

Infancia y cuestión social:
El proyecto salesiano en la modernidad liberal. Actores, prácticas y
representaciones. Córdoba, 1905-1930.

Nicolás Domingo Moretti

Directora: Beatriz I. Moreyra

TESIS DOCTORAL EN HISTORIA



Facultad de Filosofía y Humanidades
Doctorado en Historia

Córdoba, 2019



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

*A Antonia,
por irrumpir en la manufactura de estas páginas
con su sonrisa y sus abrazos.*

AGRADECIMIENTOS

Por fortuna, son muchas las personas que me hicieron sentir acompañado a lo largo de este camino.

Quiero agradecer en primer lugar a Beatriz I Moreyra, por haber dirigido esta tesis con sabiduría y dedicación desde el principio hasta el final. Su extraordinaria generosidad y paciencia hacen que cada página escrita se la deba a ella. Pero más aún, por el cariño y la amistad que me ha brindado a lo largo de diez años.

A los integrantes del grupo de historia social del CEH, Fernando, Franco, María José, Loreta, Belén, por sus consejos, compañía y ayuda desinteresada.

A mi familia, que ha estado siempre para apoyarme en los momentos donde el camino se hacía más arduo. En especial a Fedé. El indispensable. Gracias por hacerme mucho más sencillo todo.

A mis amigos Damián - con quien comparto la pasión por este oficio –, Pedro, José y Matías, que hacen de cada mate una compañía enriquecedora.

Finalmente, este trabajo no hubiera sido posible sin contar con una beca del CONICET. Lejos de un agradecimiento de rigor, considero que la coyuntura actual nos exige más que nunca valorar el apoyo estatal a la investigación científica, en particular a quienes estamos convencidos de que es un instrumento indispensable para el desarrollo de la sociedad. Durante todo el trayecto he sentido esa enorme responsabilidad. Espero que el fruto de los recursos depositados en mi formación, se traduzcan en un mejor conocimiento de nuestro pasado y, de ese modo, también de nuestro presente.

ÍNDICE

Abreviaturas.....	6
Introducción.....	7
Capítulo I	
Infancias plebeyas en la Córdoba moderna.....	20
.Cuestión social y minoridad	22
.Esa “injusta necesidad de trabajar”	31
- <i>En las industrias y talleres</i>	38
- <i>En los comercios</i>	49
- <i>En los hogares</i>	54
- <i>Voceando las noticias</i>	59
- <i>Haciendo changas</i>	77
. Rateros, vagos e indisciplinados.....	80
. El lado más triste de las cosas.....	100
. Infancia y desigualdad.....	107
Capítulo II	
Proyecto civilizador y educación profesional: la opción por los salesianos.....	113
. Estado, sociedad civil e Iglesia ante la cuestión social.....	116
. Civilizar a las clases populares: las escuelas de artes y oficios	119
. Los “apóstoles del progreso”	128
- <i>“Y Córdoba ¿Por qué no los llama?”</i>	133
- <i>Un “modo práctico de promover la honestidad de las costumbres y el bien de la sociedad”</i>	137
- <i>Los “instrumentos de la Providencia”: la representación del cooperador y el culto a su imagen</i>	150
. Una unión necesaria	152
Capítulo III	
El proyecto educativo salesiano.....	154
- Entre lo lúdico y lo formativo: el oratorio salesiano	156
- La escuela de artes y oficios.....	165
- La opción por los pobres.....	176
- La pedagogía social salesiana: artesanos y estudiantes, una inclusión desigual	184

Capítulo IV	
La construcción de una identidad salesiana	195
- Escenificar la asistencia: fiestas, conmemoraciones y rituales identitarios	198
- “Una casa salesiana sin música es como un cuerpo sin alma”	206
- Divertir, educar e instruir: el teatro salesiano y el cine como espacios de esparcimiento y de uso del tiempo libre	210
- Protagonismo editorial e identidad institucional	219
- Los “viveros de vocaciones”: Certámenes Catequísticos y Compañías Religiosas	224
- Los cuerpos de gimnastas	231
- Servir a Dios y a la Patria: los Exploradores de Don Bosco	235
- La militancia católica: el Centro de Ex-alumnos de Don Bosco	239
- La tarea pastoral en el terreno asociativo: la Società Cattolica Popolare Italiana	251
- Una congregación “moderna”	253
Capítulo V	
En el internado salesiano	255
- El espacio asistencial	258
- Templo de la virtud	272
- “¡Cuán grande es la corrupción en esta ciudad!”	281
- Los límites de la <i>amorevolezza</i>	291
Epílogo: el “fenómeno” salesiano	300
Fuentes consultadas	305
Bibliografía citada	308

ABREVIATURAS

AHPC.....	Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba
AGPC.....	Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba
AHMC.....	Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba
APJC.....	Archivo General del Poder Judicial de la Provincia de Córdoba
ACS.....	Archivo Central Salesiano
ASIN.....	Archivo Salesiano Inspectoría Norte
ACPX.....	Archivo Colegio Pio X
ACSAP.....	Archivo Colegio San Antonio de Padua
AMV.....	Asilo de Menores Varones de la Capital

INTRODUCCIÓN

A finales de 1931, Gustavo A. Martínez Zuviría publicaba una biografía de don Bosco que con el tiempo superaría las veinte ediciones. En aquella semblanza de marcado tono hagiográfico, la trascendencia de este sacerdote piamontés no se debía, en la visión de Zuviría, a dotes extraordinarias o a la puesta en escena de ampulosos milagros. Lejos de grandes oratorias dirigidas desde el púlpito y ajeno a las distinciones reservadas para las jerarquías eclesiásticas, don Bosco había entendido como ningún otro en su época la tarea pastoral a la cual se debía abocar la Iglesia en un contexto marcado por la conflictividad social en las naciones industriales. Al anticlericalismo que caracterizaba a la modernidad, él y sus salesianos habían opuesto un trabajo cotidiano y silencioso proveyendo de techo y comida e instruyendo en las virtudes cristianas a niños y jóvenes de los sectores populares. Zuviría, atento a rescatar del anecdotario de su biografiado elementos que dieran cuenta de su propia visión social y política del mundo - que comenzaba a perfilarse afín al nacionalismo católico de entreguerras -, destacaba con acierto dos elementos centrales de la tarea educativa y social de la congregación salesiana, cuyo germen se hallaba en la práctica del mismo don Bosco:

“Recorre las calles, reúne a los chicos abandonados, busca a los obreros, de preferencia a los ociosos y sin trabajo, que han aprendido a conocer el mundo en las prisiones y en cuyos oídos zumban ya los himnos comunistas. ¡Esos son sus elegidos! [...] ¿Y qué les ofrece y qué les enseña? ¿Los derechos del pueblo? ¡No! Les enseña a trabajar y a rezar. Y les ofrece un plato de menestra hecho por mamá Margarita, y a la noche un pedazo de pan, y los domingos un poco de fruta, si la tienen, función religiosa y juegos al aire libre. ¡Vaya una época para atraer al pueblo con un plato de menestra y una procesión!”¹

Trabajo y religión, los dos aspectos rescatados por la pluma del prolífico escritor argentino, resumen la labor social y educativa de los salesianos, y ayudan a entender su centralidad en el concierto de las instituciones dedicadas al auxilio social de la infancia menesterosa, que hizo de ella la congregación religiosa con mayor presencia en la Argentina moderna.

Durante las primeras décadas del siglo XX, Córdoba fue testigo del desarrollo de una obra educativa novedosa para la ciudad. En pocos años, los salesianos de don Bosco ocuparon un rol protagónico, dedicándose principalmente a atender a los niños y jóvenes varones en condiciones de riesgo. Esta tesis explora sus orígenes y desarrollo en la ciudad, analiza las características principales

¹ Hugo Wast, *Las aventuras de Don Bosco*, Burgos, Ediciones Aldecoa, 1967, p. 215.

de su modelo de formación profesional y moral con fuertes contenidos de pedagogía social, e intenta rescatar las experiencias de aquellos que fueron los sujetos preferenciales de su tarea asistencial.

Como ocurrió con otras ciudades latinoamericanas y argentinas, en Córdoba el tránsito del siglo XIX al XX estuvo marcado por la emergencia de profundos desajustes sociales. A la vez que transformaba la fisonomía urbana de manera acelerada, el proceso de modernización creaba nuevos problemas que afectaban, principalmente, a los sectores populares, quienes se veían exentos de los beneficios materiales del progreso económico. La realidad de niños que sobrellevaban sus existencias por fuera de los parámetros de contención familiar y escolar se ubicó pronto como una de las manifestaciones más evidentes del pauperismo que atravesaba el tejido social. El hecho de que una porción significativa de la población infantil experimentara diversas situaciones de exclusión, miseria y abandono, fue visto como un serio problema al desarrollo de la Nación, en tanto involucraba a los futuros ciudadanos de la República y ponía en riesgo el control sobre los sectores populares.

El Estado liberal se vio acompañado de numerosas instituciones de la sociedad civil que afrontaron la tarea de proveer la asistencia, en el intento por neutralizar los costos sociales de la modernización. En la medida que se propusieron la recuperación y ordenación de las clases desheredadas a través de la educación, la moralización de los comportamientos, la higienización y la dignidad del trabajo, la acción de las asociaciones civiles de fuerte impronta religiosa operó como correa de transmisión del proyecto de civilización emprendido por los sectores dirigentes. La educación en el trabajo, que involucraba la adopción de determinados hábitos, prácticas y costumbres que se creían indispensables para alcanzar la salud social, se constituyó en la herramienta más eficaz para lograr la regeneración de los menores. Percibiendo que en la ciudad se necesitaban instituciones capaces de brindar una formación técnico-profesional a una amplia masa de niños y jóvenes marginados en edad escolar, diferentes personalidades de la élite local vieron la acción desplegada por los salesianos en otras ciudades en consonancia con su proyecto civilizador, por lo que comenzaron las gestiones y prestaron la ayuda material necesaria para que abrieran una de sus escuelas de artes y oficios en Córdoba. Profesionales, dirigentes y sacerdotes del clero con relaciones de cercanía con el poder político y la naciente burguesía comercial de la ciudad, propiciaron el acelerado desarrollo de la obra salesiana. Esta alianza entre la congregación y sectores vinculados a posiciones institucionales de poder solo pudo ser posible gracias a la coincidencia de intereses y preocupaciones entre las partes, cuyo propósito fue lograr educar y modelar los hábitos y las costumbres de los “hijos del pueblo”.

La pregunta acerca de los orígenes de una obra educativa y religiosa con fuerte incidencia en la sociedad cordobesa de principios del siglo XX llevó a observar las evidentes conexiones entre la emergencia de la problemática de la minoridad como expresión de la cuestión social y el modelo

pedagógico y social salesiano. El rescate de la niñez callejera, a través de su incorporación al oratorio, junto con su posterior y más completa formación profesional en los talleres de la escuela de artes y oficios, sumado a las prácticas de asociacionismo juvenil que acompañaron esta tarea, fueron los principales instrumentos de reforma de una congregación que gozó del beneficio, tanto político como económico, de gran parte de la élite social cordobesa.

Un rasgo presente en la elaboración de este trabajo ha sido la preocupación por darle entidad histórica a sujetos sociales que han sido, con frecuencia, relegados por las narrativas más atentas a describir la cuestión social en el mundo adulto y en sus aspectos macrosociales. En este sentido, los virajes que marcaron la historia social desde los años '70 a esta parte - caracterizada por el desgaste de la historia estructural y las grandes explicaciones del pasado en favor de una clara faceta humanista - deslegitimaron la creencia en que las acciones de la gente se explican mejor por su situación social o por su pertenencia a categorías sociales objetivas, permitiendo una nueva valoración del poder agencial de los hombres como activos constructores de sus condiciones de existencia y pensar a la sociedad como una red de relaciones en donde los sujetos son los verdaderos artífices de "lo social".² La postulación de una interacción causal e históricamente cambiante de la agencia humana y las estructuras reales - vistas como entidades condicionantes pero no ya determinantes del comportamiento de los actores históricos - avivó el interés de los historiadores por revalorizar el carácter activo y reflexivo de la acción humana, entendiendo que los sujetos disponen de un margen variable de autonomía para desarrollarse en el marco de las restricciones del contexto.³ Es decir, se trata de dar a la experiencia de los actores un significado, una importancia frente al juego de las estructuras y a la eficacia de los procesos sociales masivos, anónimos e inconscientes, con la convicción que las vidas, por minúsculas que parezcan, también participan, desde su lugar, en esos procesos de los que dan una versión diferente y compleja.

La noción de experiencia ha permitido restituir al hombre en la historia como un agente consciente que interpreta su vida en términos de normas culturales, tradiciones, valores, sentimientos morales y familiares y creencias religiosas.⁴ Así, fenómenos históricos como la modernización, que fueron pensados comúnmente en términos globales, pueden ser objeto de una lectura diferente si se intenta aprehenderlos desde las experiencias, los comportamientos, las prácticas y las estrategias individuales o las trayectorias biográficas. Se trata de comprender cómo un detalle individual o

² Álvaro Santana Acuña, "Entre la cultura, el lenguaje, lo "social" y los actores: la nueva historiografía anglófona sobre la revolución francesa", *Historia Social*, núm. 54, 2006, p. 158.

³ Jacques Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, p. 18.

⁴ En este sentido, los historiadores dedicados a la microhistoria y a la *Alltagsgeschichte* (ambos interesados por las experiencias cotidianas de vida de los actores históricos individuales) han tendido a presentar la "experiencia" como la base de un nuevo conocimiento que se localiza en las condiciones corporales y materiales de la existencia, situada fuera de los discursos textualmente mediados, en las realidades de la vida cotidiana. Gabrielle M. Spiegel, "La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico", *Ayer*, núm. 62 (2), 2006, p. 26.

fragmentos de experiencias dan acceso a lógicas sociales y simbólicas que corresponden a conjuntos mucho más amplios.⁵ Esto ha implicado, también, que los historiadores pongan el acento en la revalorización de la capacidad explicativa del acontecimiento, como parte de un giro desde las narrativas dedicadas a series de eventos y grandes colectivos sociales hacia aquellas dedicadas a lo singular o específico. Sin embargo, esto no supone un retorno a la narrativa de los modelos lineales, sino demostrar cómo tales eventos pueden ser visualizados como exteriorizadores de los mecanismos internos de las estructuras. Como afirmaba Bloch, el problema consiste en no limitarse a evacuar el acontecimiento, sino volverlo a poner en su lugar y explicarlo en su relación con la estructura y la coyuntura.⁶

Estas líneas de interpretación de los fenómenos histórico-sociales nutrieron nuestra apuesta por rescatar las experiencias cotidianas de los niños y jóvenes de sectores populares y abordar los actores protagonistas de la relación asistencial en las instituciones salesianas. El objetivo fue intentar reconstruir cómo vivieron los condicionamientos estructurales y las transformaciones del pasado a través de diversas estrategias individuales o colectivas, ocupándonos igualmente de las representaciones elaboradas por los diferentes sujetos sociales sobre sus experiencias vitales. Justamente, el giro desde los estudios fuertemente estructuralistas a la consideración de una historia social desde el sujeto, cuestionó la concepción de los asistidos como una masa anónima e indiferenciada de sujetos pasivos y sometidos, e implicó una preocupación por el estudio más puntual de los asistentes, de los asistidos y por el significado mental del acto asistencial. Esta mirada permite cuestionar las explicaciones limitadas al disciplinamiento social, las cuales han subestimado la relativa autonomía e identidad de los sujetos de asistencia con sus percepciones y estrategias de adaptación, negociación, reciprocidad y resistencia, que debido a una dificultad heurística han sido aspectos escasamente explorados.⁷

Por otro lado, la incorporación de los aportes provenientes del giro cultural permitió a los historiadores sociales recuperar el análisis de lo cultural, entendido como un elemento y un medio de la activa construcción y representación de las experiencias y relaciones sociales y sus transformaciones.⁸ La revalorización del potencial cognitivo de la cultura se transforma en un instrumento central para captar el sentido de una época, a la vez que subraya la importancia de los factores subjetivos en la comprensión de los hechos y procesos sociales. En este sentido, reconocer que la condición de niño/a no es una entidad estática “natural”, sino el producto de una construcción

⁵ Jacques Revel, “Introducción. La construcción de lo social”, Jacques Revel (Dir.), *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*, San Martín, UNSAM, 2015, p. 15.

⁶ March Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1974.

⁷ Beatriz I. Moreyra, “El revival de la historia social en la primera década del siglo XXI: ¿retorno o reconfiguración?”, *História da historiografia*, núm. 15, 2014, p. 172.

⁸ Jürgen Kocka, “Losses, gains and opportunities: social history today”, *Journal of Social History*, vol. 37, 2003.

que está estrechamente vinculada a un contexto y período histórico específico, implica tener presente que no solo lo económico y social sino también lo cultural es estructurante de la realidad social. Desde una perspectiva de la historia social de la cultura, la noción de niñez está inmersa en una serie de significados y en una estructura social, económica, política y cultural.⁹ De allí que el uso cada vez más extendido y consensuado de “las infancias” en plural refuerza el sentido acerca de su construcción histórica, como expresión cultural particular, políticamente contingente y sujeta a cambios, la cual está dotada de múltiples sentidos según el contexto y el tiempo en el que se aborden los modos de perfilar y definir la niñez.¹⁰ En la misma línea, el abordaje de la experiencia socio-educativa de la congregación salesiana realizado en este trabajo se ha centrado en destacar su concepción social de la educación y su articulación con las ideas y proyectos concebidos por la élite dirigente. Este diálogo entre lo social y lo cultural enriquece “la historia social de la cultura y la historia cultural de la sociedad”.¹¹

La presente indagación también se vincula con una revalorización de lo político por parte de los historiadores sociales en los últimos años, que con una nueva mirada ya no lo consideran como un subcontinente desconectado de la historia social. Los márgenes de lo político se han ampliado notablemente, permitiendo descubrir las dimensiones políticas existentes en muchas relaciones sociales que, en aproximaciones previas, se habían abordado desde otras ópticas. Esto posibilitó un nuevo tipo de politización de espacios anteriormente considerados “no políticos”, como el lugar de trabajo, la familia, el hogar, la escuela, entre otros. La comprensión ampliada de la política supone preguntarse por el poder, que ya no es visto como una propiedad exclusiva del Estado, sino que puede encontrarse en los detalles más insignificantes de las relaciones humanas, donde sus participantes están continuamente negociando y renegociando aspectos relacionados con la desigualdad, la autoridad y la diferente capacidad de definir los significados del mundo.¹² La historia social ya no es el estudio de una larga duración despolitizada, sino que reconoce la necesidad de analizar el rol del Estado, de las distintas instituciones y las relaciones de poder más informales y cotidianas como actores cruciales en la conformación y evolución de las coyunturas económicas y sociales, mediante sus políticas sectoriales y sus relaciones con los grupos sociales. Su presencia y efecto dentro de los aspectos corrientes de la vida social, permite comprender que el proyecto socio-cultural de los salesianos - como expresión relevante del rol de la sociedad civil en la resolución de la

⁹ Alberto del Castillo Troncoso, *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la ciudad de México, 1880-1920*, México, El Colegio de México - Instituto Mora, 2006, p.16.

¹⁰ Oscar Saldarriaga y Javier Sáenz, “La construcción escolar de la infancia: pedagogía, raza y moral en Colombia, siglos XVI – XX”, Pablo Rodríguez y María Emma Mannarelli (Coords.), *Historia de la infancia en América Latina*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2007, p. 392.

¹¹ Antoine Prost, “Social y Cultural, indisociablemente”, Jean-Pierre Rioux y Jean François Sirinelli (Dir.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999.

¹² Geoff Eley y Keith Nield, *El futuro de la clase en la historia ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, Universitat de Valencia, 2010, p. 171.

cuestión social - no es apolítico. Por el contrario, el sistema de protección social es también una construcción socio-cultural dotada de significación política donde se configuran, se negocian, se refuerzan, se transforman y se resisten las relaciones de poder. La sociedad, como la cultura, es un campo de juego con sus límites y armonías internas, menos aparentes, en el cual actores y grupos compiten por posiciones de poder, por el control de los significados y, más ampliamente, en nuestro caso, por la hegemonía del espacio asistencial.

Estos cambios influyeron en los enfoques sobre la historia social de la infancia, que en las últimas décadas ha sabido descubrir sugerentes y prolíficas líneas de análisis que otorgaron visibilidad a un universo ausente y silenciado anteriormente. Constituye un lugar común remarcar el valor fundante que han tenido las obras de Ariès y deMause, a partir de los años '60 y '70 del siglo pasado, quienes contribuyeron a prestar especial atención a la niñez como sujeto histórico, permitiendo su comprensión desde múltiples y complejas dimensiones, sociales, culturales, políticas y educativas.¹³ En el contexto latinoamericano, desde los años '90 del siglo pasado se han acrecentado los trabajos que analizan los discursos, los actores y los repertorios de acciones que contribuyeron a configurar en distintos contextos espaciales y temporales la idea de “las infancias”. En este sentido, si la infancia debe ser vista como una expresión cultural particular, histórica, políticamente contingente y sujeta a cambios,¹⁴ el plural advierte acerca de la necesidad de tomar en cuenta las profundas diferencias espaciales y materiales, sociales y culturales, que aún hoy determinan la existencia de las distintas experiencias infantiles.¹⁵ Resulta evidente la expansión y renovación temática experimentada por un campo de conocimiento que parece gozar ya de una entidad propia. En líneas generales, se advierte el interés común de interpelar la historia tradicional focalizada en el mundo adulto para visibilizar a los niños como actores sociales, culturales y políticos.¹⁶ Uno de los aspectos más notables ha sido la ampliación de interrogantes, marcos de análisis y líneas de exploración que desafían las perspectivas abocadas a pensar a los niños como sujetos pasivos o meros receptores de iniciativas concebidas e instrumentadas por los adultos. No obstante, la mayoría de las investigaciones en la región han abordado el universo de los niños a

¹³ Philippe Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien régime*, París, Pion, 1960 [Traducción al español: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus, Madrid, 1987]; Lloyd DeMause, *The history of childhood*, New York, Harper and Row, 1974 [Traducción al español: *Historia de la infancia*, Taurus, Madrid, 1982].

¹⁴ Isabella Cosse, Valeria Llobet, Carla Villalta y María C. Zapiola, *Infancias: Políticas y saberes en Argentina y Brasil. Siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Teseo, 2011, p. 12.

¹⁵ Beatriz Alcubierre Moya y Susana Sosenski, “Espacios y cultura material para la infancia en América Latina (siglos xix y xx). Introducción”, *Secuencia*, edición especial, 2018, p. 8.

¹⁶ Entre algunas de las compilaciones de trabajos sobre la temática de la última década se destacan: Bárbara Potthast y Sandra Carreras (Eds.), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana- Vervuert, 2005; Pablo Rodríguez y María Emma Manarelli (Coords.), *Historia... cit.*; Susana Sosenski y Elena Jakson Albarran, (Coords.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones, 2012; AA.VV., *La historia de las infancias en América Latina*, Tandil, UNCen, 2018.

través de la mediación de los adultos, dando cuenta de los atributos, rasgos, características e imaginarios que se hacían de ellos desde las instituciones, los especialistas, las políticas estatales y las producciones artísticas o culturales.¹⁷ En este sentido, esta línea de indagación atenta a las representaciones restó protagonismo al rescate de las experiencias infantiles y de la apropiación e interacción de los niños con los conceptos que se construyeron sobre ellos.¹⁸

En la Argentina, el desarrollo de la historia social y cultural hacia la última década del siglo XX y principios del XXI permitió consolidar un campo de estudios que había contado con producciones aisladas.¹⁹ Como afirma Zapiola, las perspectivas analíticas del control social de inspiración foucaultiana y la historia de la infancia de tradición occidental inaugurada con la obra de Ariés convergieron en trabajos que, en su mayoría, focalizaron su atención en los discursos y en las acciones estatales y de las élites referidos a los niños y a sus familias, en el marco de la conformación del Estado moderno.²⁰ El consenso en torno a la idea del surgimiento de una visión dicotómica de la infancia que distinguía entre los “niños” - menores de edad incorporados a la familia y la escuela, y eventualmente al trabajo en el caso de los sectores populares - y los “menores” - niños y jóvenes alejados de los parámetros de comportamiento aceptables para su edad -, atravesó gran parte de la literatura referida a la infancia.²¹ En general, las indagaciones sobre ese periodo han estado fuertemente vinculadas al estudio de los sistemas de corrección y educación ideados especialmente para la niñez desvalida. Se avanzó sobre el territorio de la minoridad institucionalizada y judicializada, poniendo el foco sobre las ideas y proyectos para encauzar sus conductas y las intervenciones que desde el Estado y la sociedad civil se llevaron a cabo, sobre todo,

¹⁷ Beatriz Alcubierre Moya, “De la historia de la infancia a la historia del niño como representación”, AA.VV., *La historia de las infancias...* cit., p. 16.

¹⁸ Susana Sosenski, *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México, 1920-1934*, México, El Colegio de México, 2010, p. 26.

¹⁹ Los trabajos pioneros en el área tomaron como centro a los niños y jóvenes de los sectores populares en el contexto de los costos sociales de la modernización, analizando principalmente las situaciones de pobreza y orfandad y su incorporación al mercado laboral. Juan Suriano, “Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña a comienzos de siglo”, Diego Armus (Comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Estela Pagani y María V. Alcaraz, *Mercado laboral del menor (1900 – 1940)*, Buenos Aires, CEAL, 1991; Eduardo Ciafardo, *Los niños en la ciudad de Buenos Aires. 1890-1910*, Buenos Aires, CEAL, 1992; Julio C. Ríos y Ana M. Talak, “La niñez en los espacios urbanos (1890-1920)”, Fernando Devoto y Marta Madero (Dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999.

²⁰ María C. Zapiola, “Estado e infancia en Argentina: Reflexiones sobre un recorrido historiográfico”, AA.VV., *La historia de las infancias...* cit., p. 94.

²¹ María C. Zapiola, “Niños en las calles: imágenes literarias y representaciones oficiales en la Argentina del Centenario”, Sandra Gayol y Marta Madero (Eds.), *Formas de Historia Cultural*, Buenos Aires, Prometeo, 2007; Graciela Frigerio, *La división de las infancias. Ensayos sobre la enigmática pulsión anti-arcóntica*, Buenos Aires, Del estante editorial, 2008; Carla Villalta, “La conformación de una matriz interpretativa. La definición jurídica del abandono y la pérdida de la patria potestad”, Lucía Lionetti y Daniel Míguez (Comps.), *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890 – 1960)*, Rosario, Prohistoria, 2010; María M. Aversa, “Colocaciones y destinos laborales Las tramas sociales de la minoridad: infancias pobres y oficios “deshonestos” en la ciudad de Buenos Aires, fines del siglo XIX y principios del XX”, *Trashumante*, núm. 8, 2016.

mediante su colocación y educación.²² Conjuntamente con este interés, otra temática transitada ha sido la de los dispositivos de disciplinamiento de la población infantil en el marco de los procesos de escolarización, en lo que prima el análisis de los modos de homogeneización y de control, las formas de regulación y la construcción de un orden escolar.²³ La aproximación a la infancia como objeto de los discursos y las prácticas estatales y profesionales opacó los intentos por reconstruir las experiencias laborales, políticas y culturales de los niños, en tanto agentes históricos.²⁴ No obstante los esfuerzos de los historiadores por trascender las historias centradas en las instituciones y miradas del mundo adulto, se sigue observando una carencia de perspectivas analíticas de y desde las experiencias de los mismos sujetos infantiles.

Los aportes registrados en la historia sobre la infancia no han encontrado un eco en la producción historiográfica cordobesa que permitiera enriquecer aquellas miradas que permanecen, mayoritariamente, centradas en la ciudad de Buenos Aires. De forma aislada, algunas investigaciones se han focalizado en ver la ocupación laboral de los menores en el contexto de la transición del régimen borbónico a los primeros gobiernos republicanos y su incorporación al servicio doméstico en la segunda mitad del siglo XIX.²⁵ Rustán y Carbonetti, por su parte, abordaron desde una mirada estadística el trabajo infantil durante la primera década del siglo pasado, tomando como base los

²² María Silvia Di Liscia, “Colonias y escuelas de niños débiles. Los instrumentos higiénicos para la eugenesia en la primera mitad del siglo XX en Argentina”, María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (Comps.), *Instituciones y formas de control social en América Latina 1840-1940. Una revisión*, Buenos Aires, Prometeo – Universidad Nacional de General Sarmiento, 2005; María M. Aversa, “Infancia abandonada y delincuente. De la tutela provisoria al patronato público (1910-1931)”, Daniel Lvovich y Juan Suriano (Comps.), *Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1952*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Prometeo, 2006; Adriana Álvarez, “La experiencia de ser un ‘niño débil y enfermo’ lejos de su hogar: el caso del Asilo Marítimo, Mar del Plata (1893-1920)”, *História, Ciências, Saúde*, vol.17, núm. 1, 2010; María M. Aversa, “Infancia tutelada. Senderos institucionales y rutinas judiciales. Ciudad de Buenos Aires, 1900-1919”, Elena Jackson y Susana Sosenski (Coord.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina: entre prácticas y representaciones*, México, UNAM - Instituto de Investigaciones Históricas, 2012; Yolanda de Paz Trueba, “Educar a las huérfanas: una mirada desde un asilo del sureste de la provincia de Buenos Aires a principios del siglo XX”, *PolHis*, año 7, núm. 13, 2014; María M. Aversa, “*Un mundo de gente menuda*”: El trabajo infantil tutelado, ciudad de Buenos Aires, 1870-1920, Tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, inédita, 2015; Claudia Freidenraij, *La niñez desviada. La tutela estatal de niños pobres, huérfanos y delincuentes. Buenos Aires, c.1890-1919*, Tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, inédita, 2015; María C. Zapiola, *Excluidos de la niñez. Menores, tutela estatal e instituciones de reforma. Buenos Aires, 1890 – 1930*, Los Polvorines, UNGS, 2019.

²³ Adriana Puiggrós (Dir.), *Estado y sociedad civil en los orígenes del sistema educativo argentino (1885 – 1916)*, Buenos Aires, Galerna, 1991; Lilia A. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001; Sandra Carli, *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*, Buenos Aires, UBA-Miño y Dávila, 2002; Lucía Lionetti, *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república (1870-1916)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.

²⁴ María C. Zapiola, “Estado e infancia...” cit., p. 93.

²⁵ Miguel Candia y Francisco Tita, “Servicio doméstico, control social y circulación de menores en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XIX”, *Anuario CEH*, núm. 2-3, año 2 y 3, 2002; Claudio F. Küffer, Mónica Ghirardi y Sonia Colantonio, “Trabajo infantil en la ciudad de Córdoba, Argentina, en el primer tercio del siglo XIX”, *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, núm. 12, 2014.

censos municipales de Buenos Aires y Córdoba.²⁶ Desde la historia del derecho, Bisig realizó un análisis del papel atribuido a la infancia en tesis doctorales de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba presentadas durante las tres primeras décadas del siglo XX.²⁷ Además, se ha indagado en la práctica de la colocación de niños en la Casa Cuna de la ciudad de Córdoba.²⁸ Sin embargo, no ha concitado el mismo interés de los historiadores el impacto que tuvo el complejo proceso de modernización sobre esta franja etaria de la población, más aún en aquellos niños pertenecientes a los sectores populares.

También es notoria la escasez de indagaciones referidas a las formas en que los niños efectivamente interactuaron, dialogaron, resistieron o se apropiaron de las ideas y proyecciones elaboradas sobre ellos por el Estado, la Iglesia y/o la sociedad civil. Se ha remarcado con insistencia la dificultad que entraña su abordaje para los historiadores, debido en gran parte a la carencia de material empírico producido por sujetos cuyas voces aparecen generalmente mediadas por adultos.²⁹ Aprender de una manera más directa - incluso mediante testimonios de los mismos protagonistas - las distintas experiencias, representaciones y modalidades de agencia infantil, sigue siendo una tarea pendiente.³⁰

Por otro lado, el incremento de las problemáticas ligadas a la desarticulación del Estado de Bienestar en la década de 1990, alimentó el interés de los historiadores sociales por el estudio de las instituciones de la sociedad civil en la historia de los modelos de asistencia social. Frente a la primacía de una mirada que había privilegiado el rol del Estado en las acciones sociales, se resignificaron las prácticas de otros actores no estatales en la provisión de bienes y servicios y su trascendencia en la vida social, política y cultural.³¹ En efecto, las instituciones de la sociedad civil y la Iglesia durante la modernidad liberal - entre ellas las dedicadas exclusivamente al auxilio de los niños en condición de riesgo - tuvieron un notable protagonismo en la agenda de los historiadores. Sin embargo, la literatura sobre el asistencialismo en Argentina no ha tomado a los salesianos como

²⁶ María E. Rustán, y Adrián Carbonetti, “Trabajo infantil en contextos urbanos de la Argentina. El caso de Buenos Aires y Córdoba a principios del siglo XX”, *Cuadernos de Historia. Serie Población. CIFYH*, núm. 2, 2000.

²⁷ Nadia E. Bisig, “La infancia en debate. Hijos ilegítimos y abandonados delincuentes en Córdoba (1871-1914)”, *Revista Estudios*, número especial, 2010.

²⁸ María Elena Flores, *Expósitos y Abandonados. La práctica de colocación de niños. La Casa Cuna de Córdoba: 1884-1950*, Córdoba, Universitas, 2004.

²⁹ Susana Sosenski e Inés Rojkin, “Presentación. Dossier: Los niños como actores sociales en la historia de América Latina (siglos XIX y XX)”, *Trashumante*, núm. 8, 2016, p. 9.

³⁰ A pesar de esta disociación entre lo que sería la “historia de la infancia” y la “historia de los niños”, parece existir un creciente consenso respecto de que los acercamientos a las construcciones sociales sobre la infancia se ven enriquecidos cuando se los logra contrastar con la experiencia. Jorge Rojas Flores, “Los niños y su historia: un acercamiento conceptual y teórico desde la historiografía”, *Pensamiento Crítico*, núm. 1, 2001, p. 31.

³¹ Beatriz I. Moreyra, “Modelo asistencial e historiografía en la Argentina en la modernidad liberal”, *Quinto Sol*, vol. 21, núm. 3, 2017, p.3.

un caso de estudio específico, a pesar de su protagonismo dentro del modelo benéfico asistencial de comienzos de siglo.

Con respecto específicamente a la producción historiográfica sobre los salesianos, su historia permaneció durante mucho tiempo retratada mayoritariamente por autores de la misma congregación, en trabajos que en general se dedicaban a resaltar la epopeya misionera en los territorios patagónicos. A mediados del siglo pasado pueden situarse los inicios de esta primera escuela historiográfica salesiana, que indagó sobre los orígenes y el perfil misionero de la congregación en la Argentina.³² Hacia las décadas de 1970 y 1980, obras como las de Cayetano Bruno, Celso Valla e Ignacio López constituyeron una suerte de profesionalización de la historia salesiana, al aplicar metodologías inherentes a la propia disciplina. En líneas generales, la erudición y el rigor documental se combinaban para la elaboración de relatos en clave historicista destinados a remarcar los acontecimientos que jalonaron la historia salesiana en el país.³³ El renovado clima historiográfico de las últimas décadas propició la aparición de numerosos trabajos que vieron en las actividades de la congregación un campo fértil para investigaciones históricas de diversas líneas. En este sentido, los temas que han suscitado el mayor interés de los investigadores han sido la evangelización y práctica misionera en la Patagonia.³⁴ Otros trabajos han buscado analizar la obra y el estilo pedagógico de la congregación, destacando los aspectos educativos esenciales y las características del proyecto salesiano y las relaciones y vínculos mantenidos con la élite política y

³² Nos referimos principalmente a las obras de los salesianos Raúl Entraigas y Juan Belsa. Para un análisis detallado acerca de la producción historiográfica sobre la congregación, ver María A. Nicoletti, “Panorama historiográfico acerca de la producción de la congregación salesiana y de las hijas de María Auxiliadora en Argentina (1960-2012)”, Grazia Loparco y Stanislaw Zimniak (Eds.), *La storiografia salesiana tra studi e documentazione nella stagione postconciliare*, Roma, LAS, 2014, pp. 447 - 463.

³³ En este sentido se destaca la monumental obra de Cayetano Bruno, *Los salesianos y las hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, Buenos Aires, ISAG, 1981.

³⁴ Los estudios de María A. Nicoletti, por su sistematicidad y rigurosidad, constituyen una referencia ineludible para el estudio de la obra salesiana en la Argentina, fundamentalmente en lo que hace a la evangelización de los pueblos originarios patagónicos. De su prolífica obra destacamos: María A. Nicoletti, “Los salesianos y la conquista de la Patagonia: desde Don Bosco hasta sus primeros textos escolares e historias oficiales”, *Revista Tefros*, vol. 5. núm. 2, 2007; María A. Nicoletti, “La Congregación Salesiana en la Patagonia: "civilizar", educar y evangelizar a los indígenas (1880-1934)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 2007; María A. Nicoletti, *Indígenas y misioneros. La huella de los salesianos en la cultura y religiosidad de los pueblos originarios*, Buenos Aires, Continente, 2008; María A. Nicoletti y Marta Penhos, “Algo más que una estampita: tensiones entre aboriginalidad y santidad en las imágenes de Ceferino Namuncurá”, *Quinto Sol*, núm. 14, 2010. En la misma línea, otros autores han abordado algunos aspectos referidos a la congregación el marco de la historia de las religiones y la relación entre Estado e Iglesia: María de los Milagros Pierini, *Los salesianos en santa Cruz: una perspectiva para el análisis de las relaciones entre Iglesia – Estado, 1930-1955*, Río Gallegos, Universidad Nacional de la Patagonia Austral, 2013; Ana María Rodríguez, “¡Viva María Auxiliadora! ¡Viva Don Bosco! ¡Vivan los peregrinos! La peregrinación al Santuario de María Auxiliadora en La Pampa”, Ana María Rodríguez (Ed.), *Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)*, Rosario/Santa Rosa, Prohistoria/UNLP, 2013; Mariana Anecchini y Rocío Guadalupe Sánchez, “El arte al servicio de la religión: la epopeya salesiana pampeana en imágenes”, Ana María Rodríguez (Ed.), *Estudios...* cit. De reciente aparición se destaca la compilación de trabajos que reunió a diversos investigadores de la presencia salesiana en Argentina: Iván A. Fresia, María A. Nicoletti y Juan Picca (Comp.), *Iglesia y Estado en la Patagonia. Repensando las misiones salesianas (1880-1916)*, Rosario, Prohistoria, 2016.

social a través de los cooperadores.³⁵ Para el caso de Córdoba en particular, algunas investigaciones de mi autoría han buscado contextualizar la experiencia evangelizadora y educativa salesiana, contribuyendo al análisis de los procesos sociohistóricos en los cuales se enmarcaron.³⁶

En el marco de este contexto historiográfico, este trabajo intenta contribuir al conocimiento histórico de la infancia - en particular de las experiencias de los niños y jóvenes de sectores populares -, y del accionar educativo de la congregación salesiana, durante la modernización argentina de entresiglos. Para ello, la investigación se estructura en cinco capítulos interrelacionados. En el primero, se aborda la situación de la infancia plebeya en el contexto urbano cordobés, como una de las aristas de la cuestión social. Se ha procurado aprehender las condiciones materiales de vida, las estrategias de supervivencia y las diversas prácticas que conformaban el cuadro de sus experiencias cotidianas, vistas a la luz de la desigualdad social que caracterizaba, también, al mundo infantil. Al mismo tiempo, su notable presencia tanto en los discursos oficiales y en la prensa periódica muestra de qué manera las representaciones sobre los menores giraron en torno a su condición de delincuentes precoces, mendigos, “vagos” y huérfanos, dada su presencia en la calle y lugares públicos.

En el segundo capítulo, se analizan los orígenes de la obra salesiana en la ciudad de Córdoba, en un contexto en el que circulaban distintas propuestas de intervención sobre la minoridad. La enseñanza de un arte u oficio fue el destino imaginado por las élites intelectuales para aquella masa de niños que transitaban su infancia por fuera de la familia y alejados de la escolaridad obligatoria. De allí que promovieran la apertura de instituciones que cumplieran con el objetivo de educar y civilizar a las clases populares a través de una formación profesional. De manera particular, el desarrollo y la expansión del proyecto educativo de los salesianos en las principales ciudades del país se hizo más conocido en el ámbito cordobés, en la medida que las manifestaciones de la cuestión social también se tornaron más evidentes. La participación de las élites locales de filiación católica, nucleadas en la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, fue clave para la fundación de la escuela de

³⁵ María de los Milagros Pierini, “Con la ayuda de Dios... y de los hombres: la obra de los Cooperadores Salesianos en el Territorio Nacional de Santa Cruz”, ponencia *X Jornadas Inter-escuelas / Departamentos de Historia*, 2005; Alejandra Landaburu, *Niñez, juventud y educación. El proyecto salesiano en Tucumán. 1916-1931*, Tucumán, Edunt, 2012; Iván A. Fresia, *Urbanizar la campaña, modernizar las costumbres. Rodeo del medio, una villa mendocina: 1900-1915*, Rosario, Prohistoria, 2012; Pablo A. Scharagrodsky y Stella Maris Cornelis, “Modelar la masculinidad cristiana: prácticas corporales en los Exploradores Argentinos de Don Bosco (primera mitad del siglo XX)”, Ana María Rodríguez, (Ed.), *Estudios...* cit; Lucía Bracamonte, “La organización normativa de la Comisión Central de Señoras Cooperadoras Salesianas: género y sociabilidad. argentina, 1900-1926”, *História: Questões & Debates*, Curitiba, vol. 65, núm. 1, 2017; Lucía Bracamonte, “Un conflicto plasmado en cartas: convergencias y divergencias entre sacerdotes y cooperadoras salesianas. argentina (1920-1926)”, *Revista Cultura y Religión*, vol. 12, 2018.

³⁶ Nicolás D. Moretti, *Buenos cristianos y honrados ciudadanos. La obra salesiana y la cuestión social. Córdoba, 1905 – 1930*, Córdoba, CEH, 2014; Nicolás D. Moretti, “Cuestión social, niñez y educación profesional. La obra salesiana y la opción por los más pobres. Córdoba, Argentina (1905-1935)”, *Quinto Sol*, 21 (2), 2017; Nicolás D. Moretti, “En el templo de la virtud. Moral y religión en los colegios internados salesianos. Córdoba (Argentina), 1905 – 1930”, *Secuencia*, número especial, 2018; Nicolás D. Moretti, “Infancia y desigualdad en la pedagogía social salesiana. Córdoba (Argentina) a comienzos del siglo XX”, *Folia Histórica del Nordeste*, núm. 33, sept. – dic. 2018.

artes y oficios salesiana de Córdoba. De allí que aquí indagamos sobre sus prácticas asistenciales, sus influencias y vínculos con la dirigencia local, atendiendo a las diferentes representaciones construidas en torno a la figura del cooperador y la importancia de su misión para la concreción del proyecto educativo-civilizador de la congregación.

En el capítulo tres, se aborda el proyecto educativo salesiano, que tuvo como centro el oratorio y la escuela de artes y oficios, al tiempo que se analizan los postulados esenciales de su pedagogía social de filiación católica. En este sentido, un tema central fue desentrañar cómo las prácticas asistenciales salesianas buscaban aunar las diversas estrategias de control y disciplinamiento más rígido con los objetivos tendientes a lograr la integración social de esos niños y jóvenes marginados. La educación en y para el trabajo fue el eje de su misión educativa y de regeneración de los sectores populares, incorporados a los talleres para ser convertidos en hábiles obreros. Al mismo tiempo, se indagó cómo la particular segmentación de los alumnos hacia el interior de sus instituciones contribuyó a reproducir la desigualdad social, al proponer diferentes destinos laborales de acuerdo a la condición social de los ingresantes al internado.

El capítulo cuatro aborda el conjunto de estrategias culturales que los salesianos articularon con la finalidad de reforzar los sentidos de pertenencia a la obra y forjar una determinada comunidad emocional entre sus alumnos. Principalmente nos centramos en el estudio de los batallones de exploradores y los cuerpos de gimnastas, los Certámenes Catequísticos, la actividad editorial, la realización de fiestas y homenajes, el asociacionismo de los exalumnos y de la comunidad de inmigrantes local, la función cultural del teatro y el cine, todos aspectos que abonan la hipótesis de los salesianos como una verdadera congregación moderna, en el sentido de la utilización de medios novedosos en el campo cultural para la transmisión del mensaje católico.

Por último, el capítulo cinco reconstruye las experiencias, prácticas y tensiones cotidianas de los niños y jóvenes que pasaron sus días en el internado salesiano, el ordenamiento de los tiempos y los espacios y la práctica educativa y pastoral de la congregación, definida por el sistema preventivo y la *amorevolezza*, aspectos cruciales de la relación asistencial entre asistentes y asistidos.

Para la elaboración de este trabajo se han consultado una variedad de fuentes oficiales, institucionales y publicaciones periódicas que nos permitieron acceder a los territorios de la minoridad y adentrarnos en la cotidianeidad del espacio asilar salesiano. La profusión de publicaciones y la intensa actividad administrativa realizada por la congregación dejaron numerosas circulares, folletos, boletines, periódicos, avisos y crónicas anuales que resultaron indispensables para la reconstrucción de sus concepciones educativas, sus prácticas asistenciales y los discursos que circulaban hacia el interior de sus instituciones. De modo particular, hay que subrayar la utilización de un corpus importante de correspondencias, que permitió observar realidades omitidas por la documentación oficial. La historia social, animada por las propuestas del giro lingüístico y el giro

cultural, devolvió protagonismo a los enfoques sustentados en nuevas lecturas de fuentes cualitativas. Con ellas adquirieron renovado interés los documentos personales y, en especial, la correspondencia epistolar, la cual enriquece y amplía las posibilidades de ahondar en el conocimiento de los individuos y su vida en sociedad, de explorar su universo mental, su escala de valores y los cambios y las permanencias de cada época.³⁷ Esas evidencias cualitativas inmersas en la rutina de lo cotidiano,³⁸ permitieron acceder a aspectos de la realidad no consignados en fuentes institucionales y, en algunos casos, contradictorios y opuestos.

Al mismo tiempo, se contó con un conjunto de fotografías resguardadas en los archivos de la congregación, las cuales interpretamos como recreaciones de sus idealizaciones, muestras de imaginarios y situaciones, ya que “toda imagen encarna un modo de ver”.³⁹ La lectura de las imágenes permitió interpretar la narrativa visual producida por los salesianos, en su mayoría formada por escenificaciones de los alumnos en distintos espacios escolares. Al ser la fotografía una imagen de sí para los otros, una imagen privada volcada hacia el afuera y por lo tanto expuesta a la mirada ajena, fotografiar supone elegir una manera de dar cuenta de la historia y supone también elegir una estética, un estilo, proponer un modo de lectura determinado.⁴⁰ Los salesianos seleccionaron algunos aspectos de la vida escolar para transformarlos en imágenes fijas. Es decir, eligieron un punto de vista desde el cual narrar la experiencia escolar, mostrando a la sociedad los valores que la definían y que le daban trascendencia a la misión educativa que emprendieron entre las clases populares.

Finalmente, como afirma Eley, la tarea de recuperar experiencias que no le son propias suele exigir al historiador la adopción de una política de la empatía, sostenida en la identificación y valoración de las vidas y las historias de la gente corriente.⁴¹ El rescate de los niños que transitan por estas páginas no ha buscado promover una mirada compasiva y sentimental sobre ellos sino que se ha propuesto restituirle complejidad a sus experiencias cotidianas. Pero con la esperanza de que las miradas hacia los excluidos del pasado ayude a visualizar mejor las vulnerabilidades de los niños de nuestro presente, ya que muchas veces nos suele resultar fácil identificarnos con los vencidos de ayer, pero permanecemos indiferentes a los de la nueva hora.

³⁷ Aurora Ravina, “Archivos revisitados: la correspondencia epistolar como fuente para la historia social”, ponencia *Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social*, 13, 14 y 15 de mayo de 2009, La Falda, Córdoba. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9682/ev.9682.pdf

³⁸ Laura Martínez Martín, “Las correspondencias de la emigración en la época contemporánea: una mirada historiográfica”, *Migraciones y Exilios*, núm. 9, 2008, p. 137.

³⁹ John Berger, *Sobre las propiedades del retrato fotográfico*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 2006, p.16

⁴⁰ Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2005.

⁴¹ Geoff Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, Universitat de València, 2008, p. 101.

Capítulo I
INFANCIAS PLEBEYAS EN LA CÓRDOBA MODERNA



Celebración del “día del canillita” en la sede de La Voz del Interior. La Voz del Interior, 3 de diciembre de 1914.

“¡No hablemos de los niños de felices hogares, de buenos padres y mullidos lechos! A ellos nada les falta, y están satisfechos, y en sus cortos años tiene la vida un sabor dulcísimo de felicidad celestial”.⁴²

Raúl tiene apenas 13 años, pero ya es un delincuente habitual que ha tenido que presentarse en reiteradas ocasiones frente a la justicia. Hacia 1925, por caso, cuando apenas contaba con 10 años de edad, estuvo 18 días encerrado en el Asilo de Menores por haber robado un fardo de alpargatas en complicidad con un compañero. “La Chancha”, tal como lo apodan sus colegas en el oficio delictivo, comenzó a robar formando una “banda de ladronzuelos” en la que se repartían las tareas. Unos entraban a la propiedad, otros llevaban la mercadería y Raúl, por ser el más pequeño, se quedaba en la puerta alerta, de “campana”, por si algún transeúnte de madrugada llegaba a desbaratar el plan de robo. No toda su vida ha sido de “fechorías”. De pequeño conoció el trabajo y hasta ha pasado por varios oficios. Además de estar empleado durante un tiempo para una planchadora, fue canillita. Y antes de ser aprehendido por última vez por la policía trabajaba en un hotel. Raúl ha padecido desde pequeño las carencias de una infancia agradable. La orfandad lo sorprendió con escasos años y no ha asistido nunca a la escuela. La familia fue, en este sentido, una ausencia en su corta vida.⁴³

Los discursos que a comienzos del siglo pasado tuvieron como tópico central la infancia en condición de riesgo aludían, en gran parte, a trayectorias vitales semejantes a la de Raúl. En este capítulo intentamos acercarnos a esas experiencias que fueron identificadas por sus contemporáneos como refractarias al ideal de niñez establecido y que comprendían diversas situaciones de exclusión, miseria y abandono sufridas por una porción significativa de la población infantil de Córdoba durante las primeras décadas del siglo XX. Las formas de habitar la ciudad que encontraron los niños y jóvenes de clases populares fueron un fenómeno claramente vinculado a la vertiginosa transformación que atravesó la ciudad en esos años. En esencia, la emergencia de la minoridad como problema social fue sintomática de una realidad forjada al calor de la modernización.

⁴² *La Voz del Interior*, 20 de diciembre de 1911.

⁴³ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados y delincuentes en Córdoba. Estudio psico-patológico, médico-social, criminológico y médico-legal*, Córdoba, Talleres Gráficos de la Penitenciaría, 1933, p. 54.

En los albores del siglo pasado, la Argentina mostraba los alcances de un proceso de expansión económica iniciado años antes sobre las bases del desarrollo de la exportación de bienes primarios. Mientras la población se triplicaba, la economía se expandía y el producto bruto interno crecía a una tasa del 6% anual, el producto per cápita lo hacía aproximadamente un 3%, superando en aquel entonces al de los Estados Unidos y algunos países de Europa, como Francia e Inglaterra.⁴⁴ El desarrollo agropecuario, principal motor de ese inusitado crecimiento económico, comenzó a diversificar su estructura a fines del siglo XIX con la producción de nuevas mercancías para vender en el exterior, como cereales, carne congelada ovina y animales en pie. Este auge exportador argentino fue parte de un proceso de intercambio comercial que se aceleró en ese periodo con el desarrollo del capitalismo internacional, comenzando a relegar a países como la Argentina a una periferia que cumplía un rol, en el nuevo escenario mundial, de productora de bienes primarios e importadora de manufacturas y capitales procedentes de los países centrales. A través de una fuerte inversión en vías de transporte que la producción agropecuaria demandaba para poder comercializarse y exportarse, la red ferroviaria se expandió extraordinariamente, posibilitando la explotación de nuevas tierras necesarias para hacer que la Argentina se convirtiera en un productor de cereales de gran escala.

Las enormes extensiones de tierras productivas abiertas sobre todo luego de la campaña contra el indígena hacia 1880, influyeron en el fenómeno inmigratorio generado por la búsqueda de mano de obra abundante para conseguir una producción masiva de bienes agrícolas-ganaderos. Pocos inmigrantes lograron ser propietarios de la tierra. Y si bien una parte importante de la población extranjera pudo radicarse en zonas rurales - mayoritariamente en colonias -, la inmigración se transformó en un fenómeno esencialmente urbano. La profundización del capitalismo y la adaptación del país a modos de vida más europeos, harían que una proporción creciente de la nueva población se ubicara en las ciudades, que por esos años experimentaron un vigoroso crecimiento. El sostenido aumento demográfico transformó la sociedad argentina haciéndola cada vez más compleja, a través de la ampliación de los sectores medios y los sectores populares, a la par que el incremento de la variedad de tareas que había que cumplir hizo crecer el grupo de asalariados, principalmente obreros y peones. Mientras los centros urbanos crecían, también lo hacían las oportunidades de trabajo independiente o semidependiente para trabajadores manuales como por ejemplo sastres, zapateros y oficios a domicilio, entre otros, a la vez que se abrían nuevas oportunidades para el comercio y la

⁴⁴ Fernando Rocchi, "El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el periodo 1880-1916", Mirta Zaida Lobato (Dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Nueva Historia Argentina, Tomo IV, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 20.

industria. Muchas de estas fueron aprovechadas por grandes tiendas y fábricas, pero también dieron ocasión para que se instalara un importante número de pequeños comerciantes y fabricantes.⁴⁵

Lejos de estar ajena a estos procesos, desde finales del siglo XIX la ciudad de Córdoba afrontó un importante proceso de modernización, urbanización y crecimiento económico sostenido. En esencia, la profundización del desarrollo agropecuario, sumado también a un crecimiento de la población - debido, fundamentalmente, al aporte de la inmigración extranjera -, favorecieron la expansión de la economía a nivel local.⁴⁶ La afluencia de capitales extranjeros se invirtió mayoritariamente en fondos públicos y cédulas, en el tendido de vías ferroviarias y en la construcción de estaciones. Paralelamente, se realizaron grandes obras de infraestructura que modificaron el trazado colonial de la ciudad. La presencia de los ferrocarriles trajo dinamismo y transformó su radio urbano, que hasta entonces no había excedido demasiado el casco céntrico, salvo por una extensión hacia el oeste que superaba el cauce de La Cañada, destinado a crear un sector de quintas para el abastecimiento de la ciudad. Nuevos barrios se articularon con el centro histórico, como los pueblos General Paz y San Vicente hacia el este y el pueblo Sarmiento hacia el sur. Este crecimiento significó la apertura de 18 nuevas zonas suburbanas anexas al tejido circunscripto por los límites naturales de la ciudad.⁴⁷

A su alrededor comenzaron a surgir ciertas actividades comerciales y una incipiente industria manufacturera relacionada con el abastecimiento de la población que allí se instaló. En efecto, la industrialización en Córdoba estuvo orientada desde el inicio casi exclusivamente a la producción de bienes de consumo. Si bien el éxito inicial del desarrollo económico permitió a algunos augurar que la ciudad se convertiría, con el paso del tiempo, en la “Manchester argentina”,⁴⁸ con el correr de los años el volumen y participación de la industria en la actividad económica global de la provincia estuvo lejos de hacer realidad los sueños de aquellos que imaginaban en estas tierras los cimientos de un gran emporio industrial:

“De pocos años a esta parte el desarrollo de la industria en Córdoba ha tomado extraordinario incremento en consonancia con las condiciones especiales de esta provincia que es quizás la de mayor y mejor porvenir

⁴⁵ Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión. 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, 2009, pp. 38-40

⁴⁶ Beatriz I. Moreyra, “Crecimiento económico y desajustes sociales en Córdoba (1900 – 1930)”, AA. VV., *Estado, Mercado y Sociedad. Córdoba, 1820 – 1950*, Córdoba, CEH, 2000, p. 277.

⁴⁷ Los problemas de infraestructura como la falta de servicios o la dificultad del acceso a la vivienda que aparecieron en este periodo, hacen de Córdoba un ejemplo más de los procesos de urbanización rápido y caótico generado por la modernización de las ciudades en Latinoamérica. María Cristina Boixados, “Entre la ciudad tradicional y la ciudad nueva: la modernización del espacio urbano de Córdoba a fines del siglo XIX”, *Anuario de la Escuela de Historia*, Córdoba, núm. 1, 2001, p. 94.

⁴⁸ Waldo Ansaldo, “Una modernización provinciana: Córdoba, 1880 – 1914”, *Estudios*, núm. 7 y 8, 1997, pp. 51-80.

fabril de toda la República. Córdoba en efecto tiene un vastísimo horizonte industrial [...] Lo que hay es que nuestra producción provincial es muy poco conocida, por la falta de verdadera y útil propaganda”.⁴⁹

La expansión del trazado urbano, el desarrollo de las comunicaciones, la proliferación de casas de comercio, el surgimiento de talleres y empresas de todo tipo imprimían dinamismo a una ciudad que acrecentaba su economía e incrementaba su población. Y con ellos, también, los problemas que caracterizaban los límites del progreso, definidos por la ausencia de una redistribución significativa del poder y de la riqueza. La marginación y la exclusión de vastos sectores sociales que experimentaron en sus vidas necesidades básicas insatisfechas y la ausencia de oportunidades que impedían el desarrollo integral y participativo de los ciudadanos, eran parte de una realidad que se presentaba como ineludible

a ese crecimiento.⁵⁰ En efecto, la emergencia de la denominada cuestión social se manifestó en un conjunto de problemas como el pauperismo y la marginalidad, la aparición de carencias médico-sanitarias y de salubridad, la propagación de enfermedades y epidemias, el hacinamiento habitacional, la difusión de “males sociales” (criminalidad, prostitución), los conflictos del mundo del trabajo, el surgimiento de instituciones orientadas a defender los intereses de los trabajadores desde el punto de vista gremial, ideológico y político y la difusión de ideologías radicalizadas, que representaban una amenaza de fractura de la sociedad instalada en el centro del sistema productivo.

El problema obrero, justamente, era un aspecto central de los desajustes sociales, traducido en las malas condiciones de trabajo y los bajos salarios. Las primeras organizaciones obreras y sus campañas reivindicativas, junto a la amenaza del anarquismo, introdujeron un fuerte contenido ideológico que se sumaba a los reclamos por una transformación del sistema político. De hecho, la protesta obrera y las relaciones entre el Estado y las organizaciones sindicales se fueron afirmando como tema central de la cuestión social.⁵¹ Pero sobre todo, la acelerada modernización incluyó una amplia gama de necesidades y reivindicaciones insatisfechas que constituían los “agujeros negros” del crecimiento económico, exteriorizados en la deficiente calidad de los alimentos, en el encarecimiento de la canasta familiar, en los asentamientos precarios (ranchos y conventillos), en un estado sanitario caracterizado por malas condiciones higiénicas, en una alta mortalidad - principalmente infantil - y en niveles crecientes de pobreza y analfabetismo, sumado a una organización político administrativa, policial y judicial ineficiente.⁵² Una significativa parte de la

⁴⁹ *Los Principios*, 19 de enero de 1900.

⁵⁰ Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina. La modernidad periférica. Córdoba, 1900-1930*, Bernal, UNQ, 2009, p. 15.

⁵¹ Eduardo A. Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina. 1890 – 1916*, Sudamericana – Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 1995, p. 13.

⁵² Beatriz I. Moreyra, “Crecimiento... cit., p. 278.

sociedad cordobesa estuvo compuesta por pauperizados y, en mayor medida por pauperizables, es decir, aquellos que vivían bajo la amenaza constante de caer en la pobreza debido a su vulnerabilidad frente a las crisis económicas, derivada de su dependencia del trabajo manual.⁵³

En este contexto, el tránsito cotidiano y permanente de una gran cantidad de niños por la ciudad se presentó como un fenómeno singular de la cuestión social de principios de siglo. Como parte del nuevo paisaje urbano definido por el acelerado proceso de modernización, cobraron visibilidad los hijos de los sectores populares, cuyas complejas manifestaciones de la desigualdad se exteriorizaban en los rostros de huérfanos y abandonados por sus padres, de aquellos que se empleaban en precarios empleos como canillitas, lustrabotas y “changanines”, o de quienes participaban como mano de obra barata de un incipiente desarrollo industrial. De manera particular, su presencia en los espacios urbanos se manifestó a través de la delincuencia, ejercida tanto de manera aislada por algunos “rateros” que protagonizaban pequeños delitos, como por grupos o bandas organizadas para el asalto a toda clase de casas de comercio o a desprevenidos transeúntes de los barrios marginales. Niños y jóvenes de todas las edades se apropiaron e hicieron suyas plazas y calles, esquinas y cruces, avenidas, puentes, callejones, baldíos, pórticos, mercados, estaciones, tiendas, cines, teatros, cafés, de un modo que no podían hacerlo en sus casas o en la escuela.⁵⁴ Los periódicos aludían a esta faceta de la cuestión social que se asociaba estrechamente a las nuevas condiciones de la vida urbana:

“A medida que el crecimiento de Córdoba es mayor, aumenta la muchedumbre de niños que tienen por hogar la calle. Diversos factores concurren a acentuar ese defecto de la vida urbana: la reducción de las viviendas, la inercia de las autoridades, el relajamiento de los vínculos de familia, las exigencias de las industrias que sustraen durante el día a los padres del círculo de sus hijos, son causas permanentes de la vagancia infantil”.⁵⁵

La dinámica de la ciudad atravesada por la modernización supuso una multiplicidad de peligros para ellos, como la inmoralidad y los atentados a las buenas costumbres, y también la posibilidad de ciertos tipos de aprendizajes como la delincuencia, la prostitución, la vagancia y la criminalidad. La calle fue prontamente asociada al lugar de desamparo y abandono, la mendicidad, la enfermedad, la explotación del trabajo infantil.⁵⁶ Las referencias acerca de una masa de niños dedicados a deambular

⁵³ Fernando Remedi, “Crecimiento, modernización y bienestar en Córdoba, 1915-1930”, AA.VV. *Estado... cit.*, p. 193.

⁵⁴ Susana Sosensky, “La calle y los niños. Una mirada a las representaciones y experiencias infantiles en la ciudad de México durante la posrevolución”, María E. Sánchez Calleja y Delia Salazar Anaya (Coord.), *Los niños: el hogar y la calle*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2018, p. 186.

⁵⁵ *Los Principios*, 12 de enero de 1923.

⁵⁶ Julio Cesar Ríos y Ana María Talak, “La niñez en los espacios urbanos (1890-1920)”, Fernando Devoto y Marta Madero (Coords.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999, p. 139.

por las calles sin rumbo fijo “como los cantos sueltos del empedrado”,⁵⁷ circularon con regularidad en el discurso de referentes del saber social y de las autoridades civiles y eclesiásticas. Quien más se dedicó en su tiempo al estudio de la infancia en condición de riesgo en la ciudad, Gregorio Bermann, describía una realidad que se tornaba visible para el transeúnte cordobés:

“Es bien conocido el espectáculo de multitud de niños andrajosos de los barrios suburbanos que se difunden por todos lados y sobre todo en los refugios a orillas del Río Primero o debajo de los puentes. Allí se inician en el ocio y la vagancia, en los juegos y vicios propios de la edad, huyendo del imposible recinto del rancho. La intemperie y el sol, la tierra y el agua, son con todo elementos formadores más propicios que los que puede recoger en el ambiente promiscuo y maloliente de la casucha. Son cantidad los hijos ilegítimos, a cargo solo de las madres que deben ir a trabajar y que no pueden ejercer tutoría, a menudo explotados por el varón que les ha pegado. En el centro de la ciudad son abundantes los canillitas, lustrabotas, cuidadores de carruajes y chicos que se dedican a otros menesteres temporarios, verdaderos profesionales que se ganan la vida honestamente, aunque en trabajos impropios a la edad. Pero hay otros que pasan por diarieros, etc. y son elementos de toda mala casa, mendigos, vagos, rateros, predispuestos a la vida habitual del delito [...] muchos de ellos, alegremente, pasan las noches hasta del crudo invierno, en los portones, en los atrios de la iglesia o en los refugios de los periódicos, acurrucados unos con otros para darse un poco de calor, esperando el trabajo o el alimento.”⁵⁸

Esta descripción sintetizaba las experiencias de miseria y exclusión que significaba para muchas familias populares habitar la “ciudad moderna”. Y la aguda observación de Bermann reparaba en aspectos centrales que hacían a esa realidad: la existencia precaria de barrios marginales como mojones de miseria y atraso, la subsistencia del rancho como unidad habitacional autóctona característica del “pobrerío”, la orfandad como condición innata de cientos de niños, el tránsito de menores por empleos y actividades que los sustraían de la escuela y el hogar. En definitiva, las privaciones padecidas y la exclusión persistente daban sentido a la presencia infantil en las calles de la ciudad.

A las situaciones de carencia material, abandono y desamparo sufridas por una porción importante de la infancia cordobesa, se agregó una segmentación dada sobre la base de esas realidades concretas y cotidianas, tránsitos de vida reforzados por un discurso que acentuó las desigualdades. Fue de uso corriente entre las clases dirigentes e intelectuales de principios del siglo pasado la categoría de *menor* para dar cuenta de aquellos niños que no lograban insertarse satisfactoriamente al medio económico-social y, también, de aquellos a quienes el sistema educativo

⁵⁷ La expresión corresponde al obispo de Córdoba, Monseñor Zenón Bustos. *La Patria*, 4 de diciembre de 1906.

⁵⁸ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 23.

no lograba retener, incorporándose al trabajo o directamente a la calle.⁵⁹ Producto de un proceso cultural, legal y político, determinados niños y jóvenes de los sectores populares fueron excluidos de la “niñez” y convertidos en “menores”.⁶⁰ Para los niños, se reservó la idea de una familia bien constituida y el espacio escolar. Es decir, un imaginario, un orden simbólico cristalizado y con efectos concretos en las vidas reales, en la cual “hijos” y “alumnos” fue la síntesis de esa representación. El establecimiento de la escolarización obligatoria a partir de la sanción de la ley 1420 ubicó a la escuela como el espacio privilegiado para el desarrollo de la infancia, ya que la socialización y la incorporación de saberes que tenían lugar en su interior la convertían en el espacio civilizatorio por excelencia.⁶¹ La participación de los niños en el tránsito escolar obligatorio operó con fuerza en la delimitación de la frontera con aquellos que no lo hacían o lo hacían en parte. Los menores cargaron así con el peso de una infancia adjetivada que guardaba para sí distintos nombres: excluidos, vulnerables, marginales, en riesgo, carentes, pobres, peligrosos, huérfanos, viciosos, delincuentes.⁶² La consolidación de dicha frontera entre niño y menor no fue una cuestión metafórica, ya que las “prácticas de minorización” negaron la inscripción de determinados sujetos en el tejido social, con la consiguiente institucionalización de esas vidas.⁶³ Es decir, dicha operación discursiva construida desde distintos sectores se dirigió a legitimar la necesidad del dispositivo institucional de control y protección para esos niños, argumentando que la escuela era un lugar impropio para ellos.⁶⁴ Quienes quedaron contenidos fuera del parámetro de contención familiar y escolar se convirtieron en depositarios de sensibilidades que oscilaban entre los sentimientos románticos y filantrópicos de atención hacia la niñez y las visiones que los consideraba como menores en riesgo. En este sentido, las carencias a las cuales estaban expuestos conducían a la peligrosidad, en tanto inducían a hábitos contrarios a las buenas costumbres.⁶⁵

Si bien la presencia infantil en las calles se manifestó de diversos modos, el denominador común recayó en la situación de abandono de la que parecían ser objeto. El calificativo de “menores abandonados” hacía referencia, particularmente, a la ausencia de una familia que contuviera a esos niños en los hogares, les dispensaran los cuidados mínimos y les brindaran las condiciones

⁵⁹ Sandra Carli, “El campo de la niñez: entre el discurso de la minoridad y el discurso de la Educación Nueva”, Adriana Puigros (Dir.), *Escuela, democracia y orden [1916-1943]*, Buenos Aires, Galerna, 1992, p. 101.

⁶⁰ María C. Zapiola, *Excluidos de la niñez... cit.*, p. 17.

⁶¹ Lucía Lionetti, *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república (1870 – 1916)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.

⁶² A lo largo del trabajo prescindiremos de la utilización discriminada de ambos conceptos para referirnos a los sujetos infantiles. De cualquier modo, cuando citemos de manera textual fuentes de época, sí debe tenerse en cuenta la carga ideológica que opera en ambos apelativos.

⁶³ Graciela Frigerio, *La división de las infancias... cit.*

⁶⁴ Sandra Carli, *Niñez... cit.*, p. 84.

⁶⁵ Lucía Lionetti y Daniel Míguez, “Introducción”, Lucía Lionetti y Daniel Míguez (Comp.), *Las infancias... cit.*, pp. 20-21.

indispensables para cumplir con la escolarización. Un discurso que comenzaba a gravitar con fuerza enfatizaba las obligaciones de los padres con respecto a sus hijos, poniendo el foco de atención en las responsabilidades que debían asumir para ser considerados legítimamente como tales. En este sentido, el abandono formaba parte de prácticas consuetudinarias de las familias de escasos recursos para las cuales asumir la tarea de crianza les resultaba bastante dificultoso. La entrega temporaria de niños, los contratos con amas de leche o nodrizas y la utilización de las instituciones de beneficencia fueron parte de las estrategias destinadas a sortear las dificultades que planteaba la manutención de la prole.⁶⁶ Los debates sobre la naturaleza maternal y la fisonomía de la familia - con una centralidad cada vez mayor del binomio madre-hijo en el discurso médico y legal -, los obstáculos que las instituciones de beneficencia encargadas de brindar protección a la infancia encontraban en su tarea, sumado a las preocupaciones relacionadas a la salud de la población, tiñeron de valoraciones negativas a aquellas prácticas de cesión y entrega.⁶⁷ La Ley de Patronato de Menores sancionada en 1919 formó parte de las respuestas encaradas desde el Estado para hacer frente a las preocupaciones que el abandono de los niños generaba en las élites dirigentes. Dicha ley reglamentaba la pérdida o suspensión de la patria potestad de los padres considerados incapaces de criar o educar a sus hijos, profundizando los modos de intervención sobre los sectores populares.⁶⁸

La idea según la cual los problemas en el seno de las familias eran los que forzaban a los menores a ocupar deliberadamente el espacio público aparecía como tópico central del estudio del mismo Bermann, titulado “La familia obrera en Córdoba”.⁶⁹ La subalimentación, la falta de vivienda digna, la carencia de ropa para vestir a los hijos, la escasa educación formal, eran algunas de las

⁶⁶ Carla Villalta, “La conformación...” cit., p. 73. Bermann advertía también acerca de estas situaciones, luego de evocar un caso a su parecer único en el que se anunciaba la venta de dos criaturas en el periódico local: “[...] es notorio que son muchos los padres que no tienen suficiente concepto de sus deberes. En esta y otras provincias es fácil comprobar el desapego que sienten por sus criaturas, que para ellos no tienen suficiente valor. A menudo se ve quienes dan o prestan los hijos por una retribución, en recompensa de algún favor, o por no tener suficientes recursos para mantenerlos”. Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 45.

⁶⁷ Carla Villalta, “La conformación...” cit., p. 75.

⁶⁸ Leandro Stagno, “Infancia, juventud y delincuencia a través de una práctica judicial. Las primeras actuaciones del Tribunal de Menores número 1 (Buenos Aires, 1937 – 1942)”, Lucía Lionetti y Daniel Míguez (Comp.), *Las infancias...* cit., p. 133. La Ley habilitaba a los jueces de tribunales correccionales o criminales de la Capital Federal, las provincias y los Territorios Nacionales a suspender o quitar la patria potestad a los padres de los menores de 18 años cuando hubieran sido condenados por delitos graves o por delitos contra sus hijos, o si habían sufrido condenas que demostraran que se trataba de “delincuentes profesionales y peligrosos”; cuando sin haber sido condenados comprometieran la salud, la moralidad y la seguridad de sus hijos por “ebriedad consuetudinaria, inconducta notoria y escandalosa, malos tratos o negligencia culpable” y, en general, cuando los menores se encontraran “moral o materialmente abandonados”. En este sentido, el abandono moral implicaba “la incitación de los padres, tutores y guardadores al menor para que cometiera actos perjudiciales a su salud física o moral; la mendicidad o la vagancia del menor, su frecuentación de sitios inmorales o de juego o de ladrones o gente viciosa o de mal vivir; el ejercicio de profesiones notoriamente perjudiciales a su salud física o moral y de profesiones en la vía pública”. María C. Zapiola, “La Ley de Patronato de Menores de 1919 ¿Una bisagra histórica?”, Lucía Lionetti y Daniel Míguez (Comp.), *Las infancias...* cit., p. 120. Un tratamiento pormenorizado de los diferentes proyectos de ley en María C. Zapiola, *Excluidos de la niñez...* cit., pp. 169-190.

⁶⁹ Este apartado, que en esencia era una síntesis de una conferencia dada sobre este tema en la Casa del Pueblo de Córdoba en el mes de junio de 1931, se incorporaba como parte del Capítulo III dedicado a “La familia en Córdoba”. Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 49.

características que formaban el cuadro descrito por quien había visitado en persona las unidades domésticas de los barrios obreros y marginales de la ciudad. Esa degradante condición experimentada por madres, padres e hijos de escasos recursos se debía, para el autor, a la creciente concentración de riqueza que disminuía las posibilidades de vida de los sectores más humildes.⁷⁰ La base empírica del estudio de Bermann se componía de encuestas que él mismo había elaborado, sumado a su conocimiento de haber entrevistado personalmente a los niños y jóvenes en conflicto con la ley.

Resulta complejo cuantificar las proporciones de una realidad que nos ha llegado más por testimonios de sus contemporáneos que por cifras y porcentajes concretos. Al mismo tiempo, cualquier intento de aproximación está atravesado por la dificultad de establecer un rango etario para la minoridad. Es decir, las concepciones sobre qué era un menor en términos de edad no son tan claras si nos atenemos a los registros oficiales como censos y anuarios estadísticos. Es cierto que el Código Civil definía como menor a todo aquel que no hubiese cumplido los 22 años, lo cual incluía a los infantes, los menores impúberes (es decir, hasta los 14 años sin cumplir) y los menores adultos (de 14 a 22 años).⁷¹ Aferrarse a esta definición, sin embargo, no elimina algunos inconvenientes que surgen del trabajo con una multiplicidad de testimonios de época caracterizados más bien por el eclecticismo a la hora de referirse a los sujetos aquí analizados. Así, en los Anuarios Estadísticos de la Provincia de Córdoba los índices de delincuencia aparecen discriminados en dos grupos: los menores de 15 años y aquellos de 16 a 30 años de edad. Incluso el mismo criterio puede encontrarse en el censo municipal de 1906, al momento de establecer la cantidad de población según las edades. En estos dos casos, parece haberse considerado la edad de escolarización obligatoria, que iba de los 7 a los 14 años para el caso de Córdoba.⁷² A juzgar por los testimonios que nutren estas páginas - crónicas periodísticas, discursos de profesionales, causas judiciales, entre otros -, el fenómeno de la minoridad comprendió la presencia en la ciudad de niños, púberes y jóvenes en un arco etario que sus contemporáneos ubicaban entre los 6 y los 18 años. Al generalizar bajo un mismo grupo a sujetos que diferían tanto en edad, se corre el riesgo de perder de vista realidades y experiencias que no fueron vividas de la misma manera por un muchacho próximo a cumplir la mayoría de edad que por un niño que recién entraba en el periodo escolar. De allí que al momento de describir situaciones o

⁷⁰ Su análisis concluía en cuatro características centrales que definían a la familia obrera cordobesa. En primer lugar, la falta de alimentación en el marco de un hogar generalmente irregular con pésimas condiciones higiénicas y también culturales. Luego enfatizaba el hecho de que la familia obrera quedaba “excluida de casi todas las conquistas de la civilización y de la cultura viviendo en el orden social y cultural en una limitación extraordinaria”. En tercer lugar, llamaba la atención sobre un aspecto esencial que se derivaba de lo anterior: la “imposibilidad de cumplir con la mayor parte de las obligaciones para con sus hijos”. Por último, señalaba que la miseria material influía en lo que consideraba un “estado de servidumbre política”, que influía “poderosamente en el atraso cívico de la provincia”. *Ibidem*, p. 52.

⁷¹ Sandra Carli, “El campo de la niñez...”, *cit.*, p. 106.

⁷² En el censo se toma la edad a partir de los 6 años para establecer una comparación con los censos realizados en las ciudades de Buenos Aires y Rosario. Municipalidad de Córdoba, *Censo General de la Población, Edificación, Comercio, Industria, Ganadería y Agricultura de la Ciudad de Córdoba*, Córdoba, Establecimiento Tipográfico La Italia, 1910.

casos particulares - y cuando las fuentes así lo permitían - consideramos apropiado hacer alusión a las edades concretas de los protagonistas.

A principios del siglo XX, según los datos que arroja el Censo Municipal de la Ciudad de Córdoba levantado en 1906, la población total de varones de 6 a 17 años ascendía a 12953 individuos:

Población total de menores varones en la ciudad de Córdoba. Año 1906.

	Argentinos	Extranjeros	Total
6 a 14	9300	619	9919
15 a 17	2721	313	3034
Total	12021	932	12953

Fuente: Elaboración propia en base a Municipalidad de Córdoba, *Censo General...* cit.

Lamentablemente no podemos discriminar cuántos del total de esos trece mil menores conformaban las “legiones de desheredados” presentes en los testimonios de época. Si la escuela se consideraba uno de los lugares naturales para el desarrollo de la infancia, resulta útil reparar en el nivel de escolarización de dicha población, aun cuando no sea más que una forma de aproximarse de manera tangencial al fenómeno. De acuerdo a los datos arrojados en el mismo censo, de un total de 9919 niños en condiciones de ir a la escuela y recibir instrucción, 3241 (2943 argentinos y 298 extranjeros) no lo hacían (32%). Sin embargo, sería un error suponer que aquellos que no concurrían a la escuela ocupaban necesariamente el espacio público. Es cierto que el trabajo de muchos de ellos o la negligencia paterna los eximía de la obligación escolar. Pero hay que tener en cuenta que además de estas realidades, la escasa penetración de las instituciones educativas en el tejido urbano cordobés conspiraba a favor del analfabetismo, tal como lo señalaban las mismas autoridades encargadas de recabar los datos censales:

“Este hecho no es de mayor perjuicio en el casco de la ciudad de Córdoba donde los niños de todas las secciones, con más o menos sacrificios, concurren a las buenas escuelas; pero no así respecto a los alumnos de San Vicente, Alta Córdoba y General Paz, que no poseyendo más que las escuelas elementales e infantiles, se ven forzados a recorrer largas distancias en tranvía o a pie, para completar sus estudios primarios en los establecimientos del centro. Esta circunstancia onerosa para los padres y peligrosa para los mismos niños, se evitaría creando en cada uno de esos barrios, una escuela graduada superior, dotadas de igual personal docente y demás elementos que las de igual categoría que funcionan en el centro de la ciudad”.⁷³

⁷³ Municipalidad de Córdoba, *Censo General...* cit., p. 75.

Del mismo modo, la escolaridad tampoco estaba ausente en muchos niños que se ocupaban en otras actividades para colaborar en las menguadas economías familiares o bien se dedicaban al delito. Incluso más de un conflicto suscitado por la presencia infantil en las calles y denunciados por los vecinos se referían a sujetos escolarizados.

A lo largo de este capítulo desfilan historias que pretenden acercarnos a las experiencias de la minoridad en la Córdoba de principios del siglo XX. Niños que sobrevivían empleados en talleres e industrias, ocupados en el servicio doméstico, formando parte del paisaje de oficios callejeros, circulando, ocupando calles, plazas y mercados, mendigando limosnas, pernoctando en umbrales, socializando, aprendiendo el arte del delito, tolerando el hambre, el frío, el maltrato, riendo, jugando. Todas realidades protagonizadas por la niñez marginal y que formaron parte de los aspectos más sensibles de la cuestión social, en un contexto de profundas transformaciones y acelerado crecimiento económico. Para una mejor comprensión de los diferentes rostros, en primer lugar se analizan los menores incorporados al mundo del trabajo, distinguiendo las ocupaciones más frecuentadas por ellos durante el periodo. Luego se aborda una de las principales preocupaciones del mundo adulto con respecto a la infancia popular: los niños que dedicaron su tiempo al ejercicio de la delincuencia o en actividades reñidas con la ley. Por último, se pone el foco en la pobreza y la orfandad como condiciones presentes en muchas de las historias narradas. Esta clasificación en nada pretende segmentar experiencias que eran múltiples y heterogéneas. Por el contrario, las vidas de estos niños estuvieron atravesadas por situaciones que vuelven infructuosos los esfuerzos por definir las fronteras entre uno y otro grupo. El trabajo, la delincuencia y la mendicidad, como la tríada sobre la que se asentaba el discurso estigmatizante para con los menores, se entremezclaban en las propias trayectorias vitales de las clases populares. Este esfuerzo analítico tiende a visibilizar mejor un universo refractario a cualquier intento de modelización o categorización abstracta, y a comprender la sociedad y los fenómenos sociales desde las experiencias y las prácticas de los actores.

Esa “injusta necesidad de trabajar”

Un joven canillita de oficio como José María reparaba, hacia 1914, que su situación y la de sus colegas menores impelidos a ganarse “duramente el pan de todos los días”, encerraba una enorme injusticia.⁷⁴ Su análisis, tan modesto como sensato, se refería a la existencia de la enorme masa de congéneres que participaban como mano de obra barata en industrias y talleres, desarrollando múltiples tareas en grandes almacenes o en discretas despensas de barrio, ocupados en precarios

⁷⁴ *La Voz del Interior*, 3 diciembre 1914.

empleos en las calles, o bien realizando tareas domésticas en hogares ajenos, por mencionar solo algunas de las tantas formas en las que los menores formaron parte del universo laboral durante las primeras décadas del siglo XX. Estas realidades se anclaban en las múltiples necesidades que debían afrontar bajo todas sus formas: hambre, miseria, privaciones, penurias, todas experiencias que arrimaba a los niños a las fronteras del mundo del trabajo. Era en las situaciones soportadas por las familias más necesitadas donde podía advertirse las condiciones propicias que se conjugaban para expulsar a los niños en busca del sustento.

A los fines de entender las causas por las que determinados niños debieron emplearse en esos años, resulta esclarecedor adentrarse en las experiencias de vida de las familias obreras y marginales, donde se advierten las estrategias de reproducción social de las clases menos favorecidas. Hacia los últimos años de la década de 1920, el padre de Guillermo, un jovencito de 11 años, trabaja ocho horas diarias en la limpieza del tranvía por la suma de ochenta pesos diarios. “Hombre laborioso y sin vicios”, ha conocido el desempleo por dos años, tiempo en el que sus cinco hijos atravesaron por las mayores penurias “careciendo hasta de los alimentos más necesarios”. Su madre, dedicada a las tareas del hogar, colabora también en las cuentas de la familia lavando ropa a razón de veinte a treinta pesos mensuales. No obstante la actividad laboral de los progenitores, poco alcanza para mantener a una prole que ha quedado reducida luego de que dos hermanitos de Guillermo fallecieran por sarampión durante la primera infancia. La hija más grande, de 17 años, trabaja en un taller de encuadernación obteniendo un salario mensual de cincuenta pesos. Su escolarización no sobrepasa el 4to grado, al igual que la del siguiente hermano, tres años menor. Ambos fueron sacados de la escuela para trabajar y así lo hacen. Guillermo y sus hermanos no pueden, en cambio, abocarse a actividad alguna. Él por ser “retrasado”, diagnóstico que lo inhabilita a colaborar materialmente con la familia pero también para asistir a la escuela. A sus hermanos, de 8 y de un año, los exime aún su corta edad. Esta familia obrera, como muchas otras, vive en un déficit crónico. Nunca concurren al cine ni conocen las sierras y son escasas las ocasiones en las que pueden darse el lujo de pagar un boleto de tranvía para ir a visitar a sus parientes un domingo. Lejos de habitar una casa propia, ocupan dos habitaciones humildes en una casa de inquilinato.⁷⁵

Las condiciones “primitivas y afligentes” retratadas en la vida de esta familia trabajadora de Córdoba explican, en parte, la incorporación laboral de muchachitos que se veían en la obligación de colaborar con una magra economía familiar. Los salarios de hambre, la inestabilidad laboral de los padres, el mismo desempleo e incluso la enfermedad de alguno de los encargados de mantener el hogar, daban forma a un fenómeno que atravesó a la sociedad argentina en esos años.⁷⁶ En este

⁷⁵ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 52.

⁷⁶ Juan Suriano, “El trabajo infantil”... cit., p. 356.

sentido, el trabajo infantil era consecuencia de la exclusión de vastos sectores sociales del progreso económico que definió la cuestión social de entresiglos.

No es difícil aseverar que el trabajo infantil constituye una realidad presente en diversas regiones y etapas históricas, incluso a comienzos del siglo XXI.⁷⁷ Esta realidad no era nueva. En los primeros años del siglo XIX era posible advertir la presencia de niños en las actividades económicas realizadas por las familias de clases populares en la ciudad de Córdoba.⁷⁸ Las ideas utilitaristas ilustradas propias de las reformas borbónicas establecidas en las colonias americanas habrían cuajado en la idea de forjar, mediante el trabajo y la educación, una infancia útil para la corona primero y la patria después.⁷⁹ Así mismo, existen evidencias de que los estratos más bajos de la sociedad decimonónica practicaban la circulación de menores dentro y fuera de la esfera familiar. El Estado, incluso, conforme avanzaba el siglo, encausó esa circulación en beneficio de familias más acomodadas permitiéndoles contar con mano de obra para las tareas domésticas.⁸⁰

En una ciudad atravesada por la incorporación al mercado capitalista mundial, la transformación más relevante parece estar dada por el paulatino y creciente desplazamiento de la ocupación del menor en la unidad doméstica - con tareas acordes a las de una economía familiar, principalmente faenas hogareñas y la producción artesanal por encargo - al realizado fuera del hogar. Ello implicó que el trabajo de los niños adquiriera una valoración económica para los propietarios de talleres, fábricas y establecimientos comerciales de todo tipo. Por otra parte, la disposición al disciplinamiento, la docilidad para acatar las normas y órdenes, la escasa presencia en huelgas y reuniones obreras y el salario sensiblemente inferior al de un trabajador adulto favorecieron este fenómeno.

Más allá de la racionalidad económica, el trabajo también se concebía como una herramienta clave en la tarea reformista emprendida por una clase dirigente preocupada por los efectos no deseados de la modernización, que implicaba la corrección de hábitos y costumbres presentes en los hijos de los sectores populares. Los problemas asociados a la minoridad, como la vagancia o la delincuencia, encontraban en el trabajo una solución eficaz en la medida que incorporaba en las subjetividades de los niños hábitos que contribuían a la prevalencia de una sociedad ordenada: una estricta disciplina laboral, la responsabilidad en el cumplimiento de los deberes en tiempo y forma, el

⁷⁷ Según los resultados de la Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes 2016-2017 (EANNA), en la República Argentina cerca de 764 mil niñas y niños de entre 5 y 15 años han realizado al menos una actividad productiva en la semana de referencia durante octubre de 2016 y septiembre de 2017, lo que representa al 10% de los niños y niñas del país. Disponible en <http://www.trabajo.gob.ar/estadisticas/eanna/> (consultado el 12/11/2108).

⁷⁸ De acuerdo al análisis realizado sobre los censos de la ciudad de Córdoba de 1813 y 1832, los porcentajes de niños de ambos sexos, grupos etno-sociales y franjas etarias, para los que consta algún trabajo en el padrón fueron de 28,44% y 17,21% para cada año respectivamente. Claudio F. Küffer, Mónica Ghirardi y Sonia E. Colantonio, "Trabajo infantil..." cit., p. 18.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 6

⁸⁰ Miguel Candia y Francisco Tita, "Servicio doméstico..." cit., p. 319.

respeto a la autoridad del patrón, jefe, capataz, dueño o padre de familia. El trabajo se revestía, así, de un ropaje civilizador que lo legitimaba. Según la opinión de intelectuales y funcionarios como médicos, juristas, higienistas y abogados, se lo concebía como una herramienta de disciplinamiento y moralización de las clases menesterosas y como un mecanismo de contención e integración de los niños pobres. Incluso, en el marco de la obligatoriedad de la educación establecida luego de sancionarse la ley 1420, algunos opinaban que para los hijos del pueblo no existía mejor escuela que el taller.⁸¹ En esencia, el objetivo estaba puesto en erradicar la vagancia y la delincuencia infantil de las grandes urbes y transformar a esos niños en trabajadores aptos y ciudadanos responsables.⁸² El trabajo en los menores fue visto, además, como el único remedio a una compleja situación social caracterizada por la pobreza material y una experiencia cotidiana ligada con la marginalidad y el delito.⁸³ La trayectoria de Fernando y Pedro ejemplifican estas miradas. Hacia 1925, Fernando, un “buen muchacho, trabajador y honesto”, solicitaba que se le diera un empleo: “hace dos meses he llegado de Mendoza en busca de triunfos. He salido de la casa de mis padres, no para recorrer el mundo, ni hacer alarde de mi profesión, sino para ganarme la vida [...] es muy triste estar viviendo a expensas de los padres”.⁸⁴ Pedro, que tenía 15 años, sin madre y con un padre sumido en la pobreza, destinaba los ratos libres que le dejaba su empleo a construir aeroplanos de juguete, saciando sus anhelos de llegar a ser un hábil ingeniero en el futuro.⁸⁵ En ambos casos, la valoración del esfuerzo personal cimentaba un discurso meritocrático que revalorizaba el tesón propio de quienes no se dejaban vencer por las condiciones más adversas.

Pero aún con lo positivo que se revelara la ocupación de niños en todas sus formas, existía una sustancial diferencia entre los empleos más bien precarios realizados en la vía pública y los trabajos llevados a cabo en el sector productivo o industrial, en el comercio o en el servicio doméstico. Al trabajo estable y monótono realizado en espacios cerrados se oponían las ocupaciones realizadas en la calle, lugar de tránsito de quienes desarrollaban allí un sinnúmero de tareas y oficios como también de aquellos que vagaban sin obligaciones. Como veremos más adelante, los canillitas, justamente por ejercer el oficio ambulante más emblemático de esos años, cargaron con el peso de la censura que recaía sobre las ocupaciones temporales y autónomas. El ámbito del taller, como la escuela, ocupó el sitio de privilegio reservado para la infancia menesterosa, ya que evitaba el contacto con actividades consideradas moralmente condenables. El ejercicio de la delincuencia y la

⁸¹ María C. Zapiola, “Los niños entre la escuela, el taller y la calle. Buenos Aires, 1884-1915”, *Cadernos de Pesquisa*, vol. 39, núm. 136, 2009, p. 7.

⁸² Enrique Masés, “El trabajo infantil en la Argentina. 1900-1945. Miradas contradictorias y políticas controversiales”, *Estudios Sociales*, segundo semestre 2013, p. 135.

⁸³ María M. Aversa, “Colocaciones y destinos laborales...” cit. p. 43.

⁸⁴ *La Voz del Interior*, 20 de enero de 1925.

⁸⁵ *La Voz del Interior*, 16 de diciembre de 1914.

práctica de la mendicidad abonaron la idea de la peligrosidad que encerraba el tránsito infantil por espacios públicos poco regulados y abiertos a experiencias de todo tipo.

Que el trabajo condensara virtudes reclamadas para la educación de la niñez marginal no implicaba que no se alzarán voces de preocupación en torno a las condiciones en que los menores ejercían sus labores. De hecho, desde el “Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas” redactado por Biale Massé en 1904, a las inspecciones de Gabriela Laperrière de Coni y Carolina Muzzilli en los establecimientos industriales de la ciudad de Buenos Aires, las voces de alarma nutrieron las justificaciones sobre la necesidad de legislar en la materia. Las primeras medidas destinadas a regular el trabajo de los niños provinieron de la legislación nacional. En efecto, la ley 5291 sancionada en 1907 significó un avance en cuanto contenía disposiciones sobre la edad mínima de admisión al empleo, las condiciones de trabajo, la duración de la jornada laboral, la salud de los trabajadores, la inspección de los locales y el registro de los trabajadores infantiles y adolescentes.⁸⁶ Si bien tuvo aplicación solo en la ciudad de Buenos Aires, su sanción marcó un hito en los intentos por controlar la contratación de mano de obra infantil, prohibiendo la incorporación de menores de diez años y de aquellos que no hubieran terminado su periodo de escolarización. La ley 11317 de “Trabajo de mujeres y menores” sancionada en 1924 elevó a 12 años la edad mínima permitida para ingresar a cualquier tipo de trabajo, al tiempo que extendió su vigencia a todo el ámbito de la Nación. También prohibió el trabajo doméstico a menores de 14 años, elevó la edad mínima para las tareas nocturnas, peligrosas e insalubres a los 18 años y prohibió la contratación de aquellos menores de 12 años que no hubieran completado la escuela primaria.⁸⁷

Para el espacio cordobés, la reglamentación general sobre el trabajo de los menores provino de la ley 2790, sancionada el 16 de octubre de 1919, que en líneas generales seguía las disposiciones emanadas de la legislación nacional. Ya en mayo de 1915, el gobierno provincial había elevado el proyecto a la Legislatura para su tratamiento. En las justificaciones, el gobernador Ramón Cárcano explicitaba que era un deber amparar la “debilidad” y la “inocencia” en una época en que numerosos factores determinaban “el concurso de todos a la obra del trabajo en las diversas fases de la actividad intensa en la vida moderna”.⁸⁸ Del mismo modo, en su intervención en el recinto, el diputado Javier Zalazar resaltaba que “el déficit económico en el hogar obrero, obliga a la mujer y al niño a completar el salario del marido o del padre, de lo cual emerge una serie de inconvenientes y de

⁸⁶ Mariela Macri (et. al.), *El trabajo infantil no es juego. Estudios e investigaciones sobre trabajo infanto-adolescente en Argentina (1900-2003)*, Buenos Aires, La Crujía, 2005, p. 61. Los socialistas fueron los principales impulsores de la ley, publicando decenas de artículos, realizando campañas callejeras e incluso interpelando a organizaciones empresariales y al propio Parlamento. Juan Suriano, *El trabajo infantil...* cit., p. 364.

⁸⁷ Juan Suriano, “El trabajo infantil”... cit., p. 370.

⁸⁸ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Córdoba, 1915, p. 207.

trastornos que han impuesto la intervención del Estado”.⁸⁹ Estas aseveraciones estaban presentes en el artículo 1ro del texto elevado a la Legislatura, donde si bien se prohibía el trabajo de los menores de 10 años de edad, autorizaba al Defensor de Menores a otorgar permisos en los casos en que “fuere indispensable para la subsistencia de los mismos, de sus padres o de sus hermanos”. La ley sancionada definitivamente en 1919 especificaba los mecanismos a través de los cuales los defensores debían registrar esas situaciones. Así, se obligaba a cada menor de 14 años en adelante (se aumentó en un año la edad con respecto al proyecto original) a llevar una libreta de trabajo donde constaba la edad, la autorización del Defensor o Juez de Paz, el certificado de acreditación escolar y el certificado médico de buena salud y aptitud física acorde al trabajo a efectuar.⁹⁰ Además, la libreta debía consignar el tipo de trabajo que se realizaba y los cambios en las tareas asignadas. Las demás disposiciones también giraban en torno a lo propuesto por la ley nacional. Se prohibía el empleo de menores de 16 años en mataderos, en almacenes de expendio de bebidas alcohólicas, en establecimientos donde se confeccionaran “escritos, anuncios, grabados, pinturas, emblemas, estampas y demás objetos que pudieran herir su moralidad”, como así también con maquinarias que no gozaran de la debida protección, en tareas peligrosas o en establecimientos insalubres. Se estipulaba, además, que tanto los trabajos de los menores como de las mujeres no podían superar las 8 horas diarias y 48 semanales.

Cabe destacar dos salvedades establecidas en el proyecto de ley aunque ausentes en el cuerpo sancionado definitivamente tres años después. En primer lugar, el artículo 3 exceptuaba del cumplimiento del límite horario – ocho horas diarias y cuarenta y ocho semanales – a los trabajos que se efectuaran en establecimientos donde no fueran empleados sino los miembros de una familia bajo la autoridad del padre o de la madre. En segundo lugar, el artículo 8 establecía que la prohibición del trabajo nocturno no regía para las mujeres y menores empleados en el servicio doméstico. Estas disposiciones nos hablan tanto de los objetivos perseguidos como de las realidades laborales de muchos niños. En la reglamentación también eran perceptibles los esfuerzos por no obstruir las fuentes de ingresos de las familias obreras, cuyos hijos formaban la pléyade de trabajadores ocupados en domicilios propios o ajenos.⁹¹ En todo caso, la finalidad estaba puesta en

⁸⁹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba*, 1915, p. 208.

⁹⁰ *Compilación de Leyes y Decretos de la Provincia de Córdoba*, 1919, p. 79.

⁹¹ Es de destacar que aún en ciudades con un elevado índice de industrialización como Buenos Aires el trabajo a domicilio, lejos de desaparecer, seguía teniendo una enorme importancia para un conjunto amplio de trabajadores. Allí también la presencia de mano de obra infantil parece haber sido masiva, si bien las fuentes no permiten una exacta cuantificación. De cualquier modo, el trabajo a domicilio no formaba parte de un pasado precapitalista, sino que debe entenderse como un engranaje fundamental del desarrollo industrial, ya que proporcionaba fuerza de trabajo a bajo costo a numerosas ramas que requerían una dotación intensiva de mano de obra. Lucas Poy, *Los orígenes de la clase obrera en Argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888 – 1896*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015, p. 29.

asegurar la mayor protección del menor, pero sin obstaculizar las frágiles economías de subsistencia que caracterizaban a las familias trabajadoras.

No obstante la sanción de la ley, el empleo de niños por fuera de la normativa vigente continuó siendo una realidad gracias al ocultamiento de datos por parte de la patronal, la falta de control estatal y la omisión de los encargados de inspeccionar los comercios e industrias. Así lo denunciaba, al menos, un periódico local en marzo de 1921:

“Ya van dos o tres veces que nos ocupamos del trabajo de los menores que los patrones explotan sin alma, aprovechándose de la corta edad de estos pequeños obreros y de la miseria que reina en sus hogares. Es una explotación inicua, vista por todo el mundo, a donde quiera que sea, pero maliciosamente ignorada por los empleados que el estado mantiene para que cese semejante enormidad”.⁹²

Las acusaciones iban dirigidas, principalmente, a las autoridades encargadas de sancionar una realidad que se consideraba demasiado evidente como para obviarla. Pero al mismo tiempo, se reparaba en un aspecto no menos importante que la supuesta inoperancia de la Oficina del Trabajo de la capital cordobesa. El trabajo de los niños era fruto, sobre todo, de la persistencia de costumbres y hábitos arraigados en la cultura laboral de la sociedad, que trascendía la responsabilidad estatal para abarcar al empleador que los ocupaba, a los testigos involuntarios que elegían no denunciar y, también, a la permisividad de los padres que veían en el trabajo de sus hijos un ingreso extra a las cuentas del hogar: “[...] lo que es más grave, que a pesar de las modernas legislaciones sobre la materia, ha de costar todavía mucho desarraigar de nuestras costumbres, la de hacer trabajar a los menores de diez, doce o más horas al día, con gran peligro para su salud [...]”⁹³ Realidad advertida, también, por Bermann, quien llamaba la atención sobre la naturalización de un hecho que en su opinión debía escandalizar: “En esta provincia – lo comprobé en diversas partes del territorio – el trabajo del niño aún menor de doce años es contemplado como un hecho normal”.⁹⁴

Como aseguraba el legislador Zalazar, la ley 2790 venía a aportar a la legislación social de la provincia en un aspecto incomprensiblemente descuidado como era la regulación del trabajo infantil y de la mujer. Su sanción, sin embargo, lejos de erradicar una realidad penosa en la infancia de cientos de niños, se propuso establecer el marco regulatorio para evitar los excesos. Así, el trabajo de los menores siguió siendo un aspecto intrínseco de la realidad social cordobesa por motivos que trascendían la falta de control o la impericia de los inspectores estatales. Por un lado, las penurias socioeconómicas hicieron que amplias franjas de la población siguieran recurriendo al trabajo de sus

⁹² *La Voz del Interior*, 11 de marzo de 1921.

⁹³ *La Voz del Interior*, 9 de abril de 1921.

⁹⁴ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 94.

hijos toda vez que su subsistencia corriera peligro de ser garantizada. Además, porque las preocupaciones que circulaban sobre la mendicidad, la delincuencia y la “vagancia” de los niños perpetuaron al trabajo como la mejor herramienta en la tarea de reforma social.

En las páginas que siguen nos adentramos en las experiencias de aquellos niños y jóvenes que se incorporaron de distinta manera al mundo del trabajo en la ciudad de Córdoba. En primer lugar, se analizan los empleos llevados a cabo en espacios cerrados, como establecimientos productivos y comerciales y en casas de familia para el caso del servicio doméstico. En una segunda instancia, se abordan aquellas profesiones informales, autónomas, que transitaban de distinta manera por el espacio público. La venta ambulante de diarios y las tareas de múltiples servicios como cadetes aparecen allí como las más representativas, dentro del conjunto de ocupaciones frecuentadas por los niños de menores recursos. Las fuentes, de por sí difíciles de hallar para un estudio dedicado a sujetos marginales, son escasas. Las estadísticas oficiales forman el único registro de datos cuantitativos que permiten mensurar, aunque sea de manera incompleta y fragmentaria, las proporciones que asumía el trabajo infantil. Para este propósito resultó de suma utilidad el referido Censo Municipal de la Ciudad de Córdoba levantado en 1906, que arroja datos relevantes para el caso de los establecimientos fabriles, los pequeños talleres artesanales y el comercio, discriminados por rubros de actividad.

El abordaje, centrado en las vidas de los pequeños trabajadores, intenta dar cuenta de las prácticas, estrategias, motivaciones, dificultades y oportunidades que marcaron el universo laboral infantil y de las voces que ocasionalmente permiten reflejar existencias precarias, marginales y demasiado lascivas para ser transitadas por un niño.

En las industrias y talleres

En 1896, la fábrica de calzados ubicada sobre la calle Buenos Aires a pocas cuadras de la plaza central de la ciudad no era más que un modesto establecimiento artesanal que, a juzgar por la preponderancia del trabajo manual que imponía un techo a la producción de 40 pares de zapatos diarios, no estaba destinado a engrosar el listado dedicado a las industrias en las estadísticas provinciales. Es por eso que Pedro Cuestas, su propietario, se sentía orgulloso al ver la transformación que en menos de un lustro desde su adquisición había operado dicho taller, haciéndolo un ejemplo de “engrandecimiento y prosperidad”. Un moderno motor eléctrico de 12 caballos de fuerza generaba la energía necesaria para darle vida a las 39 máquinas que se encargaban de cortar y raspar la suela, clavar y lijar los tacos, coser y asentar las costuras del calzado, entre las demás tareas afines al rubro. Dos depósitos, uno para materias primas y otro de productos ya

terminados, regidos por una “exhaustiva y escrupulosa” contabilidad, completaban las secciones de un establecimiento que presumía de higiene, disciplina y orden.

En una imagen de modernidad que pretendía escapar a los atrasos de la Córdoba decimonónica, la magnífica producción de zapatos exhibida por esta “fábrica modelo” - que llegaba a 1400 pares diarios -, no ocultaba un dato que por esos años poco podía despertar la sorpresa en un público habituado a ciertas realidades inherentes al progreso que mostraba la ciudad:

“En la fábrica trabajan 380 operarios entre hombres, mujeres y niños, habiéndonos llamado la atención el crecido número de estos últimos. Esto es un dato muy elocuente que redundará en beneficio de la moralidad pública. ¡Cuántas de esas mujeres y niños que saborean en este importante establecimiento las dulzuras del trabajo, ganando con el sudor de sus frentes el sustento diario han sido librados de caer mañana en los antros tenebrosos del vicio por cuya pendiente resbaladiza se llega casi siempre al crimen y al cadalso!”⁹⁵

Que la imagen de industria adelantada y de vanguardia exhibida en la prensa no fuera reñida con la mención del empleo de mano de obra infantil, no era una exclusividad del establecimiento de Pedro Cuestas. La Fábrica a Vapor de Chocolates y Afines se enorgullecía también por tener contratados “60 operarios entre mujeres hombres y niños”, para una producción que superaba los 500 kg diarios de caramelos y otros tantos de confites y bombones.⁹⁶ Incluso la talabartería propiedad de la familia Nores, uno de los apellidos más emblemáticos de la élite cordobesa, incluía sin reservas en su listado de personal a “80 operarios entre hombres y niños”.⁹⁷

Estos casos ejemplifican justamente una realidad puesta de manifiesto con el desarrollo de la industrialización en el tránsito del siglo XIX al XX, cuando en los principales centros urbanos de la Argentina comenzó a advertirse la presencia más significativa de menores que dejaban la unidad doméstica como ámbito de trabajo para incorporarse a la industria y el comercio.⁹⁸ No obstante, el afianzamiento en el país de una economía sustentada en la exportación de bienes primarios impide hablar de un desarrollo industrial semejante a las urbes del viejo continente y, por ende, de una participación sustancial de los menores en este rubro.⁹⁹ Dentro de un contexto general marcado por el sostenido desarrollo agroganadero, el impulso inicial a las actividades industriales en Córdoba se dio

⁹⁵ *Los Principios*, 13 de enero de 1900.

⁹⁶ *Los Principios*, 18 de enero de 1900.

⁹⁷ *Los Principios*, 8 de febrero de 1900.

⁹⁸ Adrián Carbonetti y María E. Rustán, “Trabajo infantil...” cit., p. 5.

⁹⁹ Siguiendo el clásico trabajo de Thompson, si bien el trabajo infantil ya existía como parte intrínseca de la economía de carácter agrícola en Inglaterra, en el contexto del desarrollo industrial entre 1780 y 1840 se advierte un aumento drástico en la ocupación de este tipo de mano de obra por parte de propietarios de fábricas y talleres. De acuerdo a su visión, la magnitud de este fenómeno característico de la naciente era industrial, no admitía dudas: “La explotación de niños pequeños, a esa escala y con esa intensidad, fue uno de los sucesos más vergonzosos de nuestra historia”. Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 386.

con el surgimiento de plantas procesadoras de materias primas. Esta modalidad productiva no reclamaba como requisito ineludible mano de obra demasiado calificada, como tampoco un desarrollo tecnológico relevante ni cuantiosas inversiones iniciales. En este sentido, el paisaje productivo estuvo dominado en los primeros años por la preeminencia numérica de pequeños establecimientos de neto corte artesanal que empleaban sencillos procedimientos técnicos y que se caracterizaban por aprovechar las materias primas provenientes del agro. Al mismo tiempo, se registraba la acción de un reducido grupo de grandes empresas, caracterizadas por fuertes inversiones de capital, un notable dinamismo y una alta rentabilidad.¹⁰⁰ De manera global puede señalarse que los rubros de mayor relieve eran el alimenticio, el textil y las industrias de la construcción, dado que contaban con mayores ventajas comparativas derivadas de la disponibilidad de materias primas producidas en el sector rural a precios muy reducidos.¹⁰¹ Dentro de la construcción se destacaban, en relación con el volumen de mano de obra que empleaban, las fábricas de cal, los hornos de ladrillo, las carpinterías y los aserraderos, siendo las primeras las que presentaban un mayor grado de concentración de trabajadores, rasgo típico de un proceso industrial. En general se trataba de establecimientos pequeños, con un número de trabajadores que no superaba la decena.¹⁰²

Los intentos por cuantificar el empleo infantil en el sector industrial en Córdoba - y también en mayor o menor medida en las otras actividades laborales - se enfrentan a la insuficiencia de datos y estadísticas que permitan definir o evaluar el peso específico en el mercado de trabajo, su real participación en la población activa y en la creación de riqueza.¹⁰³ No obstante, los datos arrojados por el Censo Municipal de la Ciudad de Córdoba de 1906 parecen ser un buen punto de partida para mensurar las proporciones que adquiriría el trabajo de los menores en industrias y talleres de la ciudad hacia la primera década del siglo pasado.¹⁰⁴ La sección dedicada a “Industrias del Municipio” agrupaba las actividades a las que se dedicaban los establecimientos en diez rubros generales. En el siguiente cuadro, aparecen desglosados en cada uno de esos rubros la clase de establecimientos que declaraban ocupar mano de obra infantil. Se incluye, también, el número de obreros adultos empleados para poder establecer una comparación con la cantidad de menores por sector. Por último, se incorporan la cantidad de establecimientos existentes por cada actividad.

¹⁰⁰ María A. Malatesta, *La actividad industrial en la provincia de Córdoba*, Córdoba, CEH, 1999, p. 32.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 34.

¹⁰² Patricia Roggio, “El mercado laboral en la ciudad de Córdoba. 1914-1946”, AA.VV., *Carlos S. A. Segreti. In Memoriam. Historia e historias. Tomo II*, Córdoba, CEH, 1999, p. 506.

¹⁰³ Existen trabajos que abordan algunas de estas variables en otros contextos. En este sentido, el pionero trabajo de Paganí y Alcaraz analiza también el trabajo industrial dentro del mercado laboral del menor. Ver también José María Borrás Llop, “Tasas de actividad infantil y género en la Cataluña de 1900: estudios de caso en la cuenca del Ter”, *Historia Contemporánea*, núm. 44, pp. 73 – 108.

¹⁰⁴ Municipalidad de Córdoba, *Censo General...* cit. Carbonetti y Rustán trabajaron específicamente con este censo estableciendo un estudio comparativo con el de la ciudad de Buenos Aires. Si bien nos servimos de los valiosos datos aportados en su investigación, volvimos sobre la fuente primaria para desagregar o incorporar los elementos que consideramos importante destacar aquí. Adrián Carbonetti y María E. Rustán, “Trabajo infantil...” cit.

Establecimientos industriales radicados en la ciudad de Córdoba. Año 1906.

Establecimientos según rubro de actividad	N°	Obreros adultos empleados		Menores empleados (6 a 14 años)	
		V	M	V	M
Alimentación					
<i>Fábricas de caramelos y dulces</i>	6	43	30	8	
<i>Fábricas de fideos</i>	5	92		3	
<i>Panaderías</i>	19	244	10	12	
Construcciones					
<i>Fábricas de cal y yeso</i>	21	648	23	22	
<i>Fábricas de mosaicos</i>	2	35		1	
<i>Aserraderos</i>	6	160		3	
<i>Carpinterías</i>	37	140	3	6	
Vestido y tocador					
<i>Fábrica de alpargatas</i>	9	92	19	23	
<i>Fábrica de calzados</i>	10	508	250	1	
<i>Fábrica de camisas, medias y gorras</i>	7	15	21	4	
<i>Fábrica de sombreros</i>	3	30	10	3	
<i>Talleres de zapaterías y lustradores de calzado</i>	38	98	34	13	
<i>Peluquerías</i>	73	139		11	
<i>Casas de moda y confección de vestidos</i>	10	14	158		2
<i>Sastrerías</i>	35	127	43	6	
Maderas, muebles y anexos					
<i>Fábricas de catres y colchones</i>	4	10		5	
<i>Fábrica de carruajes y carros</i>	21	138	11	20	
<i>Fábrica de escobas</i>	4	17	3	3	
<i>Fábrica de muebles</i>	13	62	14	3	
<i>Talleres de tornería</i>	2	7		2	
Metales y anexos					
<i>Talleres de construcciones metálicas</i>	6	12		2	
<i>Herrerías</i>	27	158	4	3	
<i>Mecánicos y electricistas</i>	8	103		1	
Artísticos y adornos					
<i>Talleres de doradores</i>	2	4		1	
<i>Talleres de joyería, platería y relojería</i>	11	25	3	1	
Artes gráficas, papel y anexo					
<i>Imprentas y litografías</i>	11	170	7	4	
Tejidos, cueros y pieles					
<i>Curtiembres</i>	7	81	1	3	
<i>Talabarterías</i>	11	127		5	
Productos químicos sanitarios					
<i>Fábrica de fósforos</i>	1	20	150	8	
<i>Fábricas de jabón y velas</i>	4	37	3	1	
Empresas e industrias varias					
<i>Fábricas de carburo de calcio</i>	1	44		1	
<i>Manufactura de tabacos, cigarros y cigarrillos</i>	7	108	93	13	
<i>Molinos harineros</i>	5	59		4	

Fuente: Municipalidad de Córdoba, *Censo General...* cit.

Un total de 196 niños varones de entre 6 y 14 años de edad - esto es el 2% de la población infantil masculina - se empleaban en establecimientos industriales y talleres en cada uno de los rubros. Si tenemos en cuenta que este sector de la economía ocupaba una fuerza laboral adulta total de 5356 personas, tenemos que los menores representaban el 3,6%, que se concentraban mayoritariamente en los establecimientos pertenecientes al rubro “vestido y tocador”. Fábricas de alpargatas, de calzados, camisas, sombreros, junto a talleres de compostura y lustrado de calzado, sumado a las peluquerías, casas de moda y sastrerías – un total de 185 establecimientos - contaban con 61 menores entre su fuerza laboral. Por su parte, las fábricas de cal y yeso y las de carruajes y carros, junto con la mencionada fábrica de alpargatas, eran de los que más niños empleaban, entre 20 y 23 cada uno.

Lamentablemente, la información no permite establecer la distribución de los niños en cada rama de actividad ni conocer la cantidad de empleados por empresa.¹⁰⁵ Aunque no resulte representativo del conjunto, sirve para hacernos una idea de esto último el caso de la fábrica de fósforos que, siendo única en su ramo, ocupaba los 8 niños que aparecen escrutados en el censo. En comparación, este número resulta elevado. Si tenemos en cuenta la relación entre los 196 menores trabajadores y los 426 establecimientos dedicados a las actividades en la que se empleaban, nos da un promedio de 2 niños empleados por empresa.¹⁰⁶

No obstante, el caso de la producción de fósforos no resulta atípico. Si nos apartamos de los datos cuantitativos, podemos reparar en una imagen de entre las múltiples publicidades que nutrían las páginas de la prensa. Hacia 1914, el aserradero “El Picaflor” aparece asiduamente. La importancia del establecimiento dedicado a producir adoquines, tablones, piernas y cabezales de madera se manifestaba en la magnitud de las instalaciones que incluía una línea férrea propia para trasladar la materia prima. Posando sobre una pila de cortes de madera que ocupa toda la fotografía, se observa a un grupo de niños que doblan en número a los adultos (**Imagen 1**). No podemos afirmar con certeza la ocupación efectiva de quienes aparecen deliberadamente en el lugar de producción. Pero al menos, la escena retratada deja planteado el interrogante.

¹⁰⁵ La ausencia de algunos datos – como la edad y nivel de instrucción – junto con el escaso número registrado para el caso de las niñas - solo se da cuenta del empleo de dos menores mujeres en casas de moda y confección de vestidos -, han permitido suponer el ocultamiento de información por parte de patronos e industriales.

¹⁰⁶ La operación, si bien a los fines comparativos, no resulta exacta, ya que no podemos suponer que el número de menores se distribuía equitativamente entre todos los establecimientos del rubro.

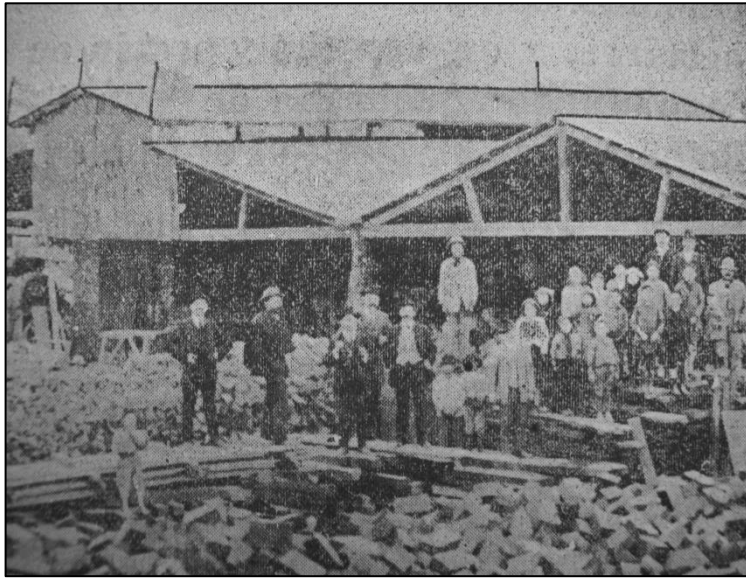


Imagen 1

En la imagen elegida como publicidad del aserradero “El Picaflor” puede observarse la presencia de menores de ambos sexos en el lugar de trabajo.

Fuente: *La Voz del Interior*, 13 de junio de 1914.

Con respecto a las condiciones laborales en talleres y establecimientos de índole industrial, los testimonios se vuelven aún más exiguos. En la capital cordobesa estaba completamente generalizado el sistema de trabajo a destajo. Este tipo de remuneración industrial era la más conveniente, frente al caso de “muy pocos propietarios” que pagaban por día, principalmente cuando la naturaleza del trabajo no permitía determinar la labor del obrero.¹⁰⁷ De allí que se calificara de “retogados” a quienes asumían esta última postura para enfrentar los compromisos salariales. Es interesante destacar aquí cierto contraste con la opinión de algunos observadores contemporáneos, más atentos a considerar sus desventajas. Justamente, para el caso de Buenos Aires esto fue duramente criticado por Laperrière de Coni.¹⁰⁸ Los efectos perjudiciales que causaba sobre los niños, debido a la fatiga ocasionada por la celeridad puesta en terminar la tarea, junto a la disminución de la atención fruto del agotamiento que llevaba a aumentar el número de accidentes laborales, eran algunos de los aspectos duramente señalados en su informe por la militante socialista. Insistía, también, en la “crueldad” que suponía para las limitadas fuerzas de los niños, quienes en afán de producir llegaban a “parecerse a máquinas y no a seres humanos”.¹⁰⁹

En las observaciones realizadas por el responsable del censo se advierte, en cambio, más la intención de destacar el desarrollo de una industria moderna que las consecuencias sociales que dicha modernidad podía traer consigo. Una imagen similar a las descripciones del progreso de la Córdoba industrial publicadas en la prensa, en la que era posible observar los “modernos sistemas de máquinas” que poseían aquellos establecimientos que habían superado el “atraso” a base de la inversión:

¹⁰⁷ Municipalidad de Córdoba, *Censo General... cit.* p. CXXIII.

¹⁰⁸ Como periodista, feminista y militante socialista, Gabriela Laperrière de Coni fue testigo clave del trabajo de mujeres y niños a comienzos del siglo pasado luego que fuera designada por la Municipalidad de Buenos Aires inspectora de fábricas y talleres que empleaban personal femenino y menores.

¹⁰⁹ Mariela Macri (et. al.), *El trabajo infantil... cit.*, p. 44.

“Desde algunos años a esta parte nuestra provincia se encuentra transformada por el trabajo. Cuantiosos capitales han sido empleados en empresas industriales que dan vida al comercio de Córdoba [...] Al visitar la fábrica no nos ha dejado de llamar la atención el correcto orden en que funcionan las máquinas y la prolija limpieza de sus instalaciones lo que prueba la contracción y competencia del personal”.¹¹⁰

Es comprensible que la imagen suscitada por estas industrias ocultara ciertas condiciones laborales que subsistían aún en época de “progreso e innovación técnica”. En lugares donde la tracción a sangre daba paso a los motores eléctricos, los trabajadores seguían expuestos tanto a las fatigas de un trabajo excesivo como a los peligros de tareas insalubres. Si bien el desarrollo industrial en Buenos Aires estaba más extendido que en Córdoba, pueden plantearse similitudes entre algunas de las actividades a las cuales se consagraban ciertos establecimientos en ambas ciudades. La postura inconveniente durante largas jornadas laborales dedicadas a la producción de sombreros o el empaquetado de cigarrillos, por ejemplo, eran destacadas en el Boletín Nacional del Trabajo como la causa de deformaciones en la columna vertebral, caderas y rodillas en los niños de la industria porteña.¹¹¹ Del mismo modo, en los talleres de imprenta y litografías - que en Córdoba empleaban a 4 menores - los operarios estaban expuestos a graves peligros para la salud a causa del contacto con plomo fundido.¹¹² Es posible, también, que la inhalación de gases tóxicos a la que se sometían los niños trabajadores de las fábricas de fósforos en Buenos Aires haya sido padecida por los 8 menores empleados en la fábrica homóloga en Córdoba.

Con respecto a la extensión de la jornada laboral, en la fábrica de zapatos de Pedro Cuestas se extendía durante diez horas y media, mientras que los feriados y domingos eran los únicos días no laborables.¹¹³ Biale Massé apunta en su informe de 1904 que en Córdoba los niños llegaban a superar las 12 horas de trabajo diario.¹¹⁴ Y aunque este dato los ubicaba no muy lejos del régimen establecido para los adultos, su salario llegaba a ser un quinto de la remuneración percibida por los mayores. Esta diferencia quedó plasmada en las estadísticas oficiales de 1916, donde se consignaban los sueldos promedios en el rubro industrial:¹¹⁵

¹¹⁰ *Los Principios*, 12 de enero de 1900.

¹¹¹ Héctor Recalde, *La higiene y el trabajo. I, (1870-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1988, p. 93.

¹¹² Adrián Carbonetti y María E. Rustán, “Trabajo infantil...” cit. p. 12.

¹¹³ Luis Felipe Viel Moreira, *Las experiencias de vida en el mundo del trabajo. Los sectores populares en el interior argentino (Córdoba, 1861 – 1914)*, Córdoba, CEH, 2005, p. 246-247.

¹¹⁴ Biale Massé, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a principios de siglo*, La Plata, Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires, 2010, p. 152.

¹¹⁵ *Anuario Estadístico de la Provincia de Córdoba*, año 1916, p. 383.

Salario promedio en el rubro industrial en la Provincia de Córdoba. Año 1916.

	Sueldo de menores	Sueldo de mayores
Obreros	\$1,85	\$4,90
Obreras	\$1,39	\$2,03
Niños	\$0,75	\$1,35
Niñas	\$0,50	\$1,25

Fuente: *Anuario Estadístico de la Provincia de Córdoba*, año 1916, p. 383.

La concentración de mano de obra y maquinaria en los espacios físicos industriales convivía con un sistema de producción descentralizado en las casas de los mismos trabajadores. Por las características que poseía el trabajo a domicilio, la manufactura no se daba bajo las mismas condiciones que en la fábrica o el taller, donde el encierro, la exposición a sustancias nocivas para la salud, las malas posturas y el exceso de esfuerzo físico, eran parte de los aspectos denunciados como perjudiciales para la niñez. Si bien la contratación se entablaba entre adultos - el empresario y el trabajador -, la unidad de producción englobaba la mayor de las veces a toda la familia, incluidos los niños, quienes participaban activamente en la elaboración. Exentos de los peligros y las vicisitudes propias de los establecimientos fabriles, las tareas realizadas por estos menores igualmente escapaban a los presupuestos del higienismo. El típico rancho con paredes de barro y paja, escasos metros cuadrados y deficiente ventilación, persistía en Córdoba como unidad habitacional de muchas familias que desarrollaban allí sus labores.¹¹⁶ Las peores condiciones para los niños se daban justamente en el trabajo a destajo realizado en las unidades domésticas,¹¹⁷ donde eran incorporados a la producción mucho antes que en otro tipo de empleos externos, para la realización de tareas sencillas y así colaborar con la economía del hogar.¹¹⁸ Al mismo tiempo, para las familias de clases populares, la adquisición de saberes informales vinculados al trabajo por parte de sus hijos, aún desde temprana edad, suponía una preparación para su futuro ingreso al mundo laboral.¹¹⁹ Cabe destacar que la legislación nacional no reglamentaba esta clase de trabajo. En este sentido, un artículo del proyecto presentado Ramón Cárcano en 1915 pero que no fue incorporado al texto final

¹¹⁶ “Como el cuarto en que se trabaja sirve generalmente también de vivienda, dormitorio y hasta cocina, es claro que resultan peligros sanitarios [...] Córdoba, es la única ciudad argentina que mantiene dentro de su recinto urbano estos edificios de construcción primitiva, de origen indígena, que nada difieren de las análogas viviendas de los indios pobladores de las costas del Pilcomayo en el Chaco Argentino”. Juan H. Ludewig, “Informe del estado actual del trabajo a domicilio de mujeres y niños en la capital de la provincia”, Oficina de Estadística de la provincia de Córdoba, *Anuario*, año 1913, pp. 355-371, citado en Beatriz I. Moreyra, Fernando Remedi, Patricia Roggio, *El hombre y sus circunstancias. Discursos, representaciones y prácticas sociales en Córdoba, 1900 – 1935*, Córdoba, CEH, 1998, p. 174

¹¹⁷ Juan Suriano, “El trabajo infantil”, Susana Torrado (Comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX, Tomo II*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, p. 363.

¹¹⁸ Si bien para otros contextos, se ha destacado el hecho de la utilización flexible del trabajo de niños y niñas en estadios de temprana industrialización a comienzos del siglo XX, como parte de los imperativos del hogar para afrontar dificultades económicas. Ver Enriqueta Camps, “Trabajo infantil y estrategias familiares durante los primeros estadios de la industrialización catalana (1850 – 1925). Esbozos a partir de un estudio de caso”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 24, 2002, pp. 263 – 279.

¹¹⁹ Adrián Carbonetti y María E. Rustán, “Trabajo infantil...” cit p. 6.

de la ley 2790, establecía la prohibición de trabajar más de ocho horas diarias a los que lo hacían en establecimientos familiares bajo la autoridad del padre o de la madre.

A dos años de sancionarse la ley que reglamentaba el trabajo de mujeres y niños en Córdoba, *La Voz del Interior* publicaba una serie de notas referidas a la situación del trabajo de los menores y los controles que el Estado debía realizar del cumplimiento de la reglamentación vigente. Las consabidas críticas que el periódico de filiación radical vertía sobre el gobierno conservador, no impide reparar en las consideraciones y pedidos que con insistencia realizaba para “salir en defensa de la niñez abandonada”. En un principio, se le exigía explicaciones al Ministro de Obras Públicas por las ausencias de datos oficiales que permitieran conocer la labor de esa dependencia de su ministerio “en pro de la infancia”, y de lo que se había hecho y se pensaba hacer para evitar infracciones a la ley respectiva.¹²⁰ Pero lo que en principio parecía un reclamo a la eficiencia de la secretaría gubernamental, devino pronto en editoriales dedicadas a denunciar las situaciones de explotación a las que se veían sometidos los pequeños obreros por parte de la patronal y que estaba a la vista del público en general. Los abusos que se denunciaban tenían su explicación no solo en la corta edad de los empleados en cuestión sino, fundamentalmente, en el aprovechamiento que sus empleadores hacían de una situación de miseria de los hogares de los que provenían.

Hacia 1921, los trabajadores de panaderías habían presentado un pliego de condiciones que los propietarios se negaron a firmar. Ante la huelga desatada en repudio a dicha actitud, pudo constatarse el empleo de una cantidad de menores de edad a quienes hacían desempeñar tareas superiores a las que podía soportar el organismo de un niño. Esta situación ya había sido advertida en un manifiesto emitido por los mismos trabajadores en pie de huelga, que no solo veían en dicha práctica de la patronal una extorsión para desarticular la medida de fuerza, sino que reparaban en la inconveniencia de que los menores realizaran tareas que excedían sus capacidades: “La especulación capitalista ha llegado al colmo con el trabajo de los menores. En algunas panaderías decíamos, se cometen inequidades con ellos haciéndoles desempeñar labores nocturnas que van minando paulatinamente esos pequeños organismos todavía en formación”.¹²¹

Entre esta nota en tono de denuncia y aquella referida a los beneficios de la creciente ocupación infantil en la fábrica de zapatos de Pedro Cuestas, median dos décadas. El contraste entre una y otra podría hacer suponer que las condiciones experimentadas por los pequeños trabajadores fueron cada vez menos auspiciosas, de la mano de un creciente rigor de las tareas realizadas o de la extensión de la jornada, dando lugar a una retórica que antes podía notarse ausente. Más bien, estas miradas opuestas frente a un mismo fenómeno hablan, en principio, de una actitud más sensible frente a esas realidades, lo que se expresó también en la sanción de una legislación que, aún con las

¹²⁰ *La Voz del Interior*, 6 de marzo de 1921.

¹²¹ *La Voz del Interior*, 11 de marzo de 1921.

omisiones destacadas, advertía sobre la inconveniencia de someter a niños a determinadas labores. El trabajo infantil en espacios fabriles nutrió gran parte de las críticas y denuncias realizadas frente a la ocupación de menores en diversos ámbitos laborales, provenientes del movimiento obrero y de algunos dirigentes, legisladores e intelectuales.¹²²

No obstante las críticas dirigidas al sistema fabril - concentradas, fundamentalmente, en las condiciones laborales más que en el trabajo en sí mismo -, es de notar que en el concierto de ocupaciones a las que podía consagrarse el menor, ninguna gozaba de mayor legitimidad que aquellas que comprendían el espacio físico del taller. En primer lugar, la disciplina, que imponía un régimen de trabajo más bien estricto en el cual el orden y la observancia reglamentaria iban ligados a la productividad, formaban un ambiente que se consideraba beneficioso para la formación del carácter y los hábitos de la niñez plebeya. Los peligros que suponía la libertad en la cual se ejercían otros empleos y actividades remuneradas en la calle - como la de canillitas o “changarines”, las cuales analizaremos más adelante -, eran obturados por los límites físicos que imponía la faena productiva realizada con máquinas y herramientas constituidas en un lugar fijo. Al analizar las ocupaciones a las cuales se consagraban los niños de clases populares, la opinión generalizada remarcaba la conveniencia del trabajo industrial y no el callejero: “Tal vez el trabajo industrial con su metódica disciplina y sus actuales jornadas sea de los menos perniciosos, sobre todo comparativamente al trabajo en la calle. [Los niños indisciplinados o de escasa adaptación al medio escolar] son los que van a parar a la calle; los más regulares y normales encuentran un lugar en las fábricas u otros trabajos permanentes [...]”¹²³

Por otro lado, el trabajo manual en el interior de los establecimientos ayudaba a formar a los niños en ciertas habilidades que se consideraban útiles para la vida. El fin productivo se unía a una intención formativa, en particular para aquellos que se iniciaban en la vida obrera desde temprana edad. La jornada laboral se confundía con una práctica de taller donde los menores aprendían la correcta utilización de las herramientas, los rudimentos básicos del oficio y las prácticas y saberes propios del mundo del trabajo. De acuerdo a la visión de algunos funcionarios y legisladores, para aquellos menores provenientes de los sectores populares destinados a ser trabajadores manuales no existía mejor escuela que el taller.¹²⁴ Lo que realmente preocupaba era evitar tanto su circulación en la calle como el cultivo del ocio. El estudio en la escuela y el trabajo en el taller suponían el

¹²² Suriano afirma que hasta la llegada del peronismo en la década de 1940, las preocupaciones por el trabajo de los niños recayeron en gran medida en las tendencias vinculadas al movimiento obrero, convencidos de la necesidad de prohibir y reglamentar el trabajo infantil. Juan Suriano, “El trabajo infantil”... cit., p. 362

¹²³ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 98.

¹²⁴ María C. Zapiola, “Los niños...” cit., p. 75.

resguardo de los niños en espacios alejados de los vicios y peligros de los lugares públicos.¹²⁵ La disciplina laboral que imponían las fábricas y talleres era legitimada por las élites dirigentes como antídoto contra la vagancia y la delincuencia infantil. Las ventajas del taller se representaban a través de los valores que implícitos en su propia dinámica de trabajo forjaban el carácter, las actitudes, las formas y hábitos de los futuros obreros. Y en este sentido, Miguel Nóbile parecía encarnarlas. Una muerte temprana, imprevista, había coartado el “futuro promisorio” destacado por sus colegas. Con 17 años, desde pequeño había comenzado una carrera a la par de su padre controlando las maquinarias que hacían girar las rotativas de uno de los periódicos de mayor tirada de la ciudad. “Hábil, inteligente, honesto”, su “contracción al trabajo” había hecho de este joven de “carácter franco y sincero” uno de los obreros más queridos entre sus pares. De allí que su desaparición física se sintiera hondamente en el lugar que lo había visto formarse.¹²⁶ Es posible que las palabras que componían el necrológico publicado por los redactores expresara, ante todo, la necesidad de amortiguar la tragedia familiar de un compañero de trabajo. Pero en esas expresiones teñidas de cumplidos también se describían las cualidades de un buen trabajador, la conducta que debían observar en los lugares de trabajo y las actitudes que favorecían el cumplimiento de determinadas obligaciones. Valores dirigidos a niños que, en su calidad de “obrerros en formación”, debían nutrirse desde temprano con las virtudes que solo el trabajo manual llevado a cabo en el taller podía inspirar.

Estas virtudes esperables confrontaban, por cierto, con la cruda realidad de algunos ambientes laborales. En ciertos lugares de producción solían ocurrir situaciones en las que afloraban las costumbres y modales de quienes respiraban los aires del suburbio, aquellas que la escuela y el mismo taller pretendían erradicar. La integridad forjada allí por el difunto Miguel contrastaba con los dos menores protagonistas de un lamentable suceso ocurrido en la Talabartería Hombravella y Hnos., a comienzos de 1911. Arturo y Eufemio, ambos operarios en las instalaciones que la firma poseía en calle Rivadavía, cedieron aquella mañana de marzo a los instintos violentos generados por una discusión en torno a cuestiones laborales, interrumpiendo la calma del taller. Antes de que el resto de los operarios pudiera darse cuenta, la riña verbal había mutado a golpes de puño, para terminar en una “feroz puñalada” asestada en el costado izquierdo del cuerpo de Arturo. Hasta donde sabemos, su estado de salud era de suma gravedad, al tiempo que el agresor pasaba a disposición del juzgado del crimen.¹²⁷

¹²⁵ En un artículo publicado en la prensa local acerca de las virtudes y defectos del cinematógrafo, quedaba de manifiesto esta preocupación subsidiaria al tema central de la nota, pero no menos importante: “Hay que prohibir además que por la mañana y en las horas escolares de la tarde vayan niños a los cines, que se han convertido de hecho en refugio de cuantos faltan a la escuela y al taller y por ende en amparo de la vagancia”. *La Voz del Interior*, 30 de noviembre de 1916.

¹²⁶ *La Voz del Interior*, 4 de enero de 1921.

¹²⁷ *La Voz del Interior*, 3 de marzo de 1911.

Para los padres, la disciplina que regía en los espacios de trabajo ayudaba a encauzar los comportamientos juveniles. Y si bien aquellos chicos incorporados al mundo laboral contaban con menos tiempo para consagrarse a picardías improductivas, los excesos solían aflorar, cruzando los límites impuestos por las conductas esperables en la fábrica o el taller. Rosario lo hizo en el invierno de 1912, mientras prestaba servicios de cadete en la fábrica de los señores Adot Hnos. Con un disparo realizado con un “matagatos” hirió en el pie a un compañero de trabajo, quien tuvo que ser internado en el hospital de niños. Lo llamativo no es tanto este hecho en sí, como los motivos por los cuales su propio padre lo denunció a las autoridades policiales, logrando que lo encerraran en el Asilo de Menores Varones (AMV). Luego de demostrar su “valentía” ante sus compañeros en el trabajo y deambular “orgullosos” por las calles, Rosario había querido enrolarse en una compañía de cómicos “para salir por esos mundos cantando la palinodia”.¹²⁸ La anécdota, que no oculta sus visos cómicos, trasluce actitudes propias de quién no se adaptaba a los destinos que los adultos exigían para él. Pulsiones propias de la edad, que llevaron al joven Rosario a desafiar los límites del taller, explorar oportunidades y confrontar las reglas establecidas por aquellos que no pertenecían a su mundo.

En los comercios

Conocemos muy poco de la vida de Plácido Zocarelo. Sabemos, sí, que hacia 1914 todavía era menor de edad, cuando aquella mañana de septiembre la ocupó en ayudar a su padre a recibir mercaderías en el interior de un molino situado sobre la calle Rivadavia, a poca distancia del centro de la ciudad. De no haber sufrido de manera accidental un golpe en la cabeza con una pala de madera, no sabríamos absolutamente nada de su existencia.¹²⁹ Plácido fue noticia por este accidente. Muchos otros, ocultos en el anonimato de las mayorías, no tuvieron la “suerte” de aparecer en la prensa. Resulta llamativo cuando justamente el comercio, en todas sus ramas y variantes, fue el sector que más cantidad de menores empleó en Córdoba a principios del siglo pasado. La utilización de mano de obra infantil en esta actividad estuvo relacionada directamente con su desarrollo a comienzos del siglo XX. Como vimos, Córdoba era una ciudad más comercial que industrial. De hecho, el número de establecimientos comerciales doblaba la cantidad de talleres, al contrario de otros centros urbanos como Buenos Aires donde el número más significativo de menores se hallaba en el sector industrial. Según el citado censo municipal de 1906, la ciudad contaba con los siguientes

¹²⁸ *La Voz del Interior*, 28 de junio de 1912.

¹²⁹ *La Voz del Interior*, 9 de septiembre de 1914.

guarismos de número y clase de establecimientos, número de obreros adultos y menores empleados, como se especifica en el siguiente cuadro:

Establecimientos comerciales radicados en la ciudad de Córdoba. Año 1906.

Rubro	N°	Obreros adultos empleados		Menores empleados (6 a 14 años)		% niños sobre total fuerza laboral del sector
		V	M	Total	Saben leer y escribir	
Alimentación	886	1853	1053	791	163	21,3
Construcciones	19	146	10	27	4	14,7
Vestido y tocador	174	667	124	216	50	21,4
Muebles y anexos	15	64	16	13	3	16,3
Artísticos, adornos y recreo	22	95	18	51	4	31
Tejidos, cueros y pieles	11	135	46	103	4	36,2
Sanidad y química	23	98	2	31	10	23,6
Artes gráficas y anexos	12	81	6	54	7	38,2
Depósitos y ventas varias	37	103	53	32	5	17
Negocios varios	61	342	31	102	9	21,4
Totales	1260	3584	1359	1420	259	22,30

Fuente: Municipalidad de Córdoba, *Censo General...* cit.

Un total de 1420 menores varones de entre 6 y 14 años de edad se ocupaban en 1260 establecimientos comerciales, representando el 22,3% del total de la fuerza laboral del sector. En comparación con el rubro industrial, este guarismo resulta mucho más elevado, aunque hay que tener presente que la cantidad de comercios y empleados era, en general, también mayor.¹³⁰

El rubro titulado “Artes gráficas y anexos” ocupaba el mayor porcentaje de niños en relación con los adultos. Un total de 36 se desempeñaban en 10 librerías, mientras que las dos cigarrerías de la ciudad tenían a 18 entre su personal empleado. Otros de los establecimientos que ocupaban gran cantidad de menores eran las 7 barracas de la ciudad, almacenes de cueros y lanas que registraban un total de 103 trabajadores de entre 6 y 14 años. Con más de 800 establecimientos, el rubro de la alimentación era el que mayor cantidad de mano de obra adulta e infantil empleaba dentro del sector mercantil. Teniendo en cuenta este dato, sumado a la enorme disparidad con los otros rubros, conviene desglosar qué clase de comercios comprendía este sector para hacernos una idea no solo de la magnitud del empleo infantil, sino también aproximarnos al tipo de actividades que desempeñaban, las tareas cotidianas de la jornada laboral y los entornos, escenarios, ambientes y circunstancias definidas por cada espacio de trabajo.

¹³⁰ Recordemos que la presencia de menores en el sector industrial era del 3,6%.

Establecimientos comerciales del rubro Alimentación radicados en la ciudad de Córdoba. Año 1906.

Clase de comercio	N°	Obreros adultos empleados		Menores empleados (6 a 14 años)	
		V	M	Total	Saben leer y escribir
Depósitos de cerveza	2	26	1		
Bodegas y bebidas	3	1		1	
Almacenes de comestibles y bebidas	532	903	710	432	136
Almacenes por mayor	12	155			
Cafés y bares	7	69	6		
Carnicerías	87	105	55	56	3
Confiterías	59	163	63	110	10
Chancherías	10	26	6		
Depósitos de café	1				
Depósitos de cereales y harina	21	52	18	26	
Depósitos de vino	9	26	3	7	2
Ventas de papas	4	10	4	2	
Hoteles, fondas y restaurants	22	121	87	62	2
Casas de huéspedes	2	1	1	2	
Tambos y lecherías	5	11	3	7	1
Ventas de aves	1	1	1	2	
Frutas y verduras	45	43	37	31	
Ventas de huevos y pollos	1	1		1	
Frutas y aves	1	1			
Ventas de pan	18	77	15	46	5
Ventas de bebidas	29	39	34	4	4
Cereales y frutas	11	15	7		
Ventas de pescados	4	6	3	2	
Totales	886	1852	1054	791	163

Fuente: Municipalidad de Córdoba, *Censo General...* cit.

La gran mayoría de los menores empleados en el rubro lo hacían en almacenes de comestibles y bebidas. Y dentro del rubro, las confiterías, hoteles, fondas y restaurants, junto con los locales dedicados a la venta de pan, ocupaban más de dos menores por unidad comercial.¹³¹

De todos los datos recogidos por el censo el que más llama la atención es, quizás, el alto nivel de analfabetismo registrado entre los trabajadores en edad escolar.¹³² De 1420 niños de entre 6 y 14 años registrados, solo 259 manifestaban saber leer y escribir; es decir, el 18%. Incluso en el rubro alimentación, el 80% eran analfabetos.¹³³ El analfabetismo era una de las marcas de la exclusión.

¹³¹ Este dato no implica que todos los menores se distribuían uniformemente entre los establecimientos. Solo nos da una proporción de la magnitud del empleo infantil en el rubro

¹³² El censo registra como alfabetizados aquellos menores entre 6 y 14 años que sabían leer y escribir, más allá de su concurrencia a establecimientos educativos.

¹³³ Si establecemos la comparación con los porcentajes de analfabetismo presentes en la población infantil en edad escolar, el número de analfabetos es casi el doble. En este sentido, hacia 1906 la población susceptible de ser

Durante las primeras décadas del siglo el sistema educativo no gozaba de una extensión acorde a las necesidades de la población.¹³⁴ Sin embargo, no resulta casual que los niños que se empleaban carecieran del nivel de instrucción mínimo. Las denuncias al escaso cumplimiento de las disposiciones de la Ley de Trabajo de Mujeres y Niños se referían a las víctimas de las infracciones como niños “casi siempre ignorantes, semi-analfabetos, que desconocen las disposiciones legales que los amparan”.¹³⁵ La participación de los menores en el mercado de trabajo era una de las causas por las que la generalidad de los alumnos no pasaba los grados inferiores. Y eran, en su mayoría, las circunstancias precarias del entorno familiar que obligaba a los niños, desde muy chicos, a colaborar en la economía doméstica renunciando muchas veces a la educación.¹³⁶ La experiencia de Navor Gimenez condice con esa tendencia. Sus padres lo buscaban angustiados el invierno de 1925 luego de haberse fugado de la casa. Había desaparecido sin dejar rastro. Incluso, nada sabían ni sospechaban de su paradero los dueños de la fonda “El orgullo de Albacete” en la que se empleaba desde hacía tiempo, ya que había cambiado la escuela para dedicarse al expendio de comidas y bebidas entre una clientela adulta.¹³⁷ Su trayectoria, como la de tantos otros que realizaban similares faenas, demuestra el incumplimiento de la normativa vigente, el artículo 8 de la ley 2790 que disponía la prohibición de emplear a menores de 16 años en el expendio de bebidas alcohólicas

En general, los menores empleados en el comercio toleraban similares condiciones laborales que sus pares ocupados en la industria, en lo que hacía a la extensión de la jornada, bajas retribuciones e instalaciones insalubres.¹³⁸ Muchas de las tareas que realizaban consistían en oficiar de cadetes, colaborar en la atención de los clientes, acomodar el depósito de mercaderías y hacer tareas de limpieza. La mayoría de los que se empleaban no tenían experiencia. Y en este sentido, la decisión de contratar mano de obra infantil estaba generalizada por las ventajas de entablar una relación laboral mucho más flexible, dada la escasa tendencia a la conflictividad de los niños. Si bien a partir de la legislación en la materia los empleadores corrían con mayores riesgos, la relajación de los vínculos laborales -sin contrato y por fuera del resguardo de la ley - seguían justificando la incorporación de niños a casas de comercio. Una pista sobre esto nos la brinda el caso de Delfín. Con 16 años de edad, engrosaba la lista de internos en el AMV de la ciudad. La causa, como la de muchos de sus compañeros de celda, era la tentativa de robo. Con un pico había encarado la caja registradora de un local comercial ubicado en la esquina de Av. Colón y Rivera Indarte, donde años atrás había

escolarizada en la ciudad de Córdoba era de 20337 niños, de los cuales 8701 eran analfabetos, es decir, el 42,7%. *Anuario Estadístico de la Provincia de Córdoba, año 1906*, p. XXIII.

¹³⁴ Hacia 1906 existían en funcionamiento en la ciudad de Córdoba 115 establecimientos educativos entre provinciales, municipales, nacionales, vecinales, particulares y populares. *Ibídem*.

¹³⁵ *La Voz del Interior*, 9 de abril de 1921.

¹³⁶ Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social...* cit., p. 75.

¹³⁷ *La Voz del Interior*, 25 de julio de 1925.

¹³⁸ Adrián Carbonetti y María E. Rustán, “Trabajo infantil...” cit., p. 10.

estado empleado y del cual lo habían echado por faltar un día sin justificativo.¹³⁹ No es difícil presentir el gusto a revancha que para este joven pudo haber tenido el robo.

Las familias también solían optar por la incorporación de sus hijos al mercado de trabajo. Una práctica común era que los padres recomendaran a alguno de sus hijos en el local de algún vecino cercano. Muchas veces eran pequeños comercios barriales, como despensas y “boliches” abiertos en los mismos domicilios de quienes lo atendían. Hacia 1911, en el Pueblo General Paz al este de la ciudad, don Patricio Cabanillas se había animado a abrir un pequeño despacho de bebidas y “otras baratijas con pretensiones de almacén”. La prosperidad del negocio, aunque modesta, sumado al ofrecimiento de una madre, lo llevó a conchabar a Pedro Romero, de 11 años, para que hiciera mandados y otros servicios en la casa. De esto sabemos no por lo “activo, diligente, entendido y solícito” que se mostró Pedro en sus tareas asignadas, sino por los dulces, golosinas, tortas y, finalmente los dos pesos que hurtó durante su estancia laboral, que terminó abruptamente luego que lo descubrieran y fuera llevado nuevamente a la casa de su madre.¹⁴⁰

Por ser la actividad económica más extendida y ocupar la mayor cantidad de menores, las denuncias por el incumplimiento de la ley recaían fundamentalmente sobre esta clase de comercios:

“La legislación sobre el trabajo de los menores no se cumple. Un ejemplo de esto nos ofrece diariamente el desarrollo de la vida comercial donde a cada paso se infringen leyes y disposiciones sin que ninguna autoridad tome injerencia directa para aplicar los correctivos merecidos y salvar a la niñez de los esfuerzos violentos que debilitan sus organismos predisponiéndolos para todas las afecciones nacidas a causa de las anemias agudas”.¹⁴¹

Se insistía con frecuencia en las enfermedades que padecían los niños trabajadores, destacando la precariedad de las viviendas que habitaban, los efectos físicos del exceso de trabajo y lo inapropiado del esfuerzo y los peligros que debían afrontar. Víctima como tantos otros de esa situación fue Honorio Rocha, ocupado en trasladar carnes en un carro a un puesto en Barrio Ferreyra, en el otoño de 1914. Al dirigirse a la intersección de las calles Entre Ríos y Deán Funes, un violento movimiento del caballo lo arrojó al suelo produciéndole lesiones que terminarían trágicamente con su vida de pequeño trabajador. Nadie solicitó las explicaciones del caso, ni reclamó sus restos. Final solitario para a una fugaz existencia marginal.¹⁴²

¹³⁹ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 106

¹⁴⁰ *La Voz del Interior*, 11 de mayo de 1911.

¹⁴¹ *La Voz del Interior*, 3 de marzo de 1921.

¹⁴² *La Voz del Interior*, 14 de mayo de 1914.

El mundo laboral infantil se conformaba también con el trabajo a domicilio. En el contexto de expansión económica de entre-siglos, que propició en la ciudad el desarrollo de actividades ligadas fundamentalmente al comercio y la producción, los trabajos realizados por menores en otros hogares subsistían como prácticas ancladas en un pasado no demasiado lejano. En la Córdoba decimonónica podían verse ya niños y niñas de sectores populares incorporados al servicio doméstico en las familias de sectores acomodados y consagrados a las faenas del hogar.¹⁴³ Ciertamente, las actividades laborales llevadas a cabo al interior de las viviendas no gozaban de la misma visibilidad de otras ocupaciones como el caso de aquellas que se desenvolvían en espacios públicos. Incluso el trabajo industrial parece haber concitado mayor atención de los contemporáneos, por ser parte de los reclamos del movimiento obrero o por las preocupaciones acerca de las consecuencias de dichos trabajos sobre la salud de los pequeños trabajadores.

Las trayectorias biográficas de los niños pobres, huérfanos, abandonados e institucionalizados que trabajaban en el servicio doméstico nos resultan generalmente inaprensibles. Pero podemos acceder a ellas cuando alguna situación hizo que su historia tuviera eco en la policía, la justicia o la prensa.¹⁴⁴ Como la de Carmelo Brandi, quien hacia 1909 se desempeña como mucamo en el Seminario Mayor de la ciudad de Córdoba. Tiene 14 años y hace poco que ha venido de Italia junto a sus padres, quienes alquilan la pieza de una vivienda ubicada sobre la calle Humberto 1°. La necesidad de colaborar al sustento de una economía familiar que dista de ser prospera lo obliga a trabajar. En el seminario no es el único menor. Jorge y Fortunato, de su misma edad, comparten el trabajo con Carmelo, que consiste principalmente en atender a las tareas domésticas, como en cualquier hogar, con la salvedad de que el número de quienes allí viven excede las tareas realizables por una sola persona. Fortunato Izzo, italiano también, con sus 34 años se hace cargo de los quehaceres que exigen mayor esfuerzo físico. Soltero, sin familia que mantener, comparte también la cotidianidad del trabajo junto a sus colegas menores. Los padres de Carmelo ven con agrado que su hijo se emplee en el seminario, aun cuando esto implique no verlo durante la semana. No solo por la ayuda material que importa a los gastos de la familia, sino también porque aprende las virtudes del trabajo al tiempo que se sustrae de otras ocupaciones indeseables que muchos de sus congéneres realizan en la calle. Por eso, cuando aquella mañana de octubre les dice a sus padres que no quiere

¹⁴³ Miguel A. Candia y Francisco A. Tita, “Servicio doméstico...” cit., p. 309. Existe evidencia también de la participación infantil en este tipo de empleos ya hacia fines del XVIII y primera mitad del XIX. En este caso, a diferencia de otros trabajos, pueden establecerse líneas de continuidad con otros momentos históricos, más que interpretarlas como invenciones exclusivas de la modernidad. Ver Claudio Küffer, Mónica Ghirardi y Sonia Colantonio, “Trabajo infantil... cit.

¹⁴⁴ Cecilia Allemandi, *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*, Teseo – Universidad de San Andrés, 2017, p. 207

volver a sus ocupaciones, estos no reparan en su pedido, pensando que obedece a la “natural poca afición al trabajo en los niños”. Lo que sigue es un derrotero judicial de una causa de presunto abuso de Fortunato sobre Carmelo. La denuncia, la investigación, los exámenes médicos, los interrogatorios y el cierre de la causa con la absolución del imputado. Para la justicia no hubo delito aunque sí existió, de acuerdo a los testimonios, una relación entre los dos implicados que contó con el consentimiento del menor, a quien el Consejo Provincial de Higiene calificó en su examen como “pederasta pasivo”.¹⁴⁵

La historia de Carmelo nos permite abordar un universo laboral del cual no poseemos demasiados registros, aun cuando fuera una práctica muy extendida en ese periodo. Muchos hijos de los sectores populares se veían obligados a incorporarse al servicio doméstico, principalmente en las casas de familias acomodadas. Los mecanismos de incorporación de los menores eran diversos. En primer lugar, era el ejercicio de una práctica consuetudinaria que se llevaba a cabo entre las partes, lejos de cualquier instrumentación oficial. Aquellos padres que no podían proveer de todo lo necesario a su progenie ofrecían a sus hijos para que se les diera manutención, educación, vestido, como contraprestación al trabajo que éstos realizarían en el nuevo hogar. Las dinámicas de sociabilidad barrial, en las que circulaba la información de quién necesitaba un criado y quién lo ofrecía, parece haber sido un mecanismo bastante difundido por medio del cual se llevaba a cabo la entrega de los niños.¹⁴⁶

La oferta en el mercado de trabajo era otra forma a través del cual se incorporaron menores al servicio doméstico. Pagani y Alcaraz han analizado la evolución del mercado laboral de menores en Buenos Aires a través de los avisos que aparecían en el diario La Nación entre 1900 y 1940, demostrando la existencia de una oferta y demanda permanente de niños y niñas para el desempeño de esta clase de actividades.¹⁴⁷

Una tercera vía de colocación de menores en casas de familia la constituía el entramado institucional de las entidades de beneficencia y el Estado, a través de las defensorías de menores y/o los mismos establecimientos correccionales. La entrega de los hijos de los pobres a ciudadanos bajo la promesa de proveerles manutención y enseñarles un oficio fue una práctica recurrente durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX.¹⁴⁸ En este sentido, el servicio doméstico resultaba

¹⁴⁵ Juzgado en lo criminal, 1ra Nominación, Capital, 1909, causa núm. 134, f. 95, AHC.

¹⁴⁶ Cecilia Allemandi, *Sirvientes, criados y nodrizas...* cit., p. 210.

¹⁴⁷ Estela Pagani y María Victoria Alcaraz, *Mercado laboral...* cit., p. 35. Para el caso de Córdoba, no existen estudios similares que permitan mensurar las proporciones de este mercado laboral tan particular. Al contrario de lo que ocurre con las industrias y comercios, los censos no registran el trabajo doméstico.

¹⁴⁸ María M. Aversa, “El circuito de colocaciones laborales de niños y niñas asilados: Ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX-principios del XX)”, *Angelus Novus*, año V, núm. 8, 2014, p. 104. En la misma línea, la autora da cuenta de que para los niños y niñas de los sectores populares “las colocaciones oficiales se fueron perfilando como un contexto de trabajo arbitrado por disposiciones legales y las atribuciones públicas, ejercidas por los defensores y los directivos de los asilos”.

funcional también a los intereses del Estado, dado que implicaba retirar a los niños de la calle y reubicarlos en casas de familia “honorables” para que los criaran y los educaran “civilizadamente” a cambio de sus servicios.¹⁴⁹ No obstante, la demanda de personal de servicio doméstico no se restringía a las familias de mayores recursos, ya que los sectores populares e incluso pobres solían contar con una sirvienta.¹⁵⁰ Así, en 1925 se ponía en duda la solvencia económica de las familias a quienes se les daba el lujo de tener servicio doméstico, denunciando el trato arbitrario del Defensor en la tarea de colocación, que privilegiaba los favores más que las ventajas en la colocación de los niños:

“Basta cualquier influencia ante el señor Defensor, para que este, sin tener en cuenta las calidades morales de las peticionantes ni sus medios de vida, les ceda un menor, como quien dá una cosa o un animal. Los pocos años no son obstáculo para la Defensoría... el chico que no tiene padres, es como un perro sin dueño. Los encargados de velar por los chicos huérfanos, parece que desconocen lo que es tener hijos y quererlos”.¹⁵¹

Las múltiples y heterogéneas actividades realizadas por los niños en los hogares se fueron transformando a medida que cambiaron las modas y/o tendencias en el consumo, se incorporaba nueva infraestructura y servicios urbanos y se incluían adelantos técnicos.¹⁵² Limpiar, fregar, lavar, planchar, cocinar, pulir, lustrar, barrer, servir la mesa, cuidar niños, hacer mandados, entregar mensajes, entre otros, formaban parte de las tareas impuestas al universo de “sirvientes” o “domésticos”.¹⁵³ Por el tipo de trabajo a los que se veía consagrado el menor, las tareas formaban parte de la vida cotidiana de la casa y el mandato del patrón se realizaba bajo formas de relaciones personales que enmascaraban el vínculo laboral existente. La figura del “criado” definió ese lazo surgido en el ámbito doméstico entre el niño y la familia beneficiaria de su trabajo no remunerado. La modalidad de empleo más frecuente, sobre todo en el caso de aquellos que eran colocados por las defensorías, implicaba la permanencia constante en el domicilio del patrón. El servicio se convertía así en una suerte de estado permanente en el que se estaba a disposición en todo momento, lo que

¹⁴⁹ Cecilia Allemandi, “Niños sirvientes y “criados”: el trabajo infantil en el servicio doméstico (ciudad de Buenos Aires, fines del siglo XIX-principios del XX)”, *Cuadernos Ides*, núm. 30, octubre 2015, p. 12. Ver también María M. Aversa, “Un mundo de gente menuda... cit., p. 293.

¹⁵⁰ Fernando Remedi, “Las trabajadoras del servicio doméstico: entre la subordinación y la negociación en una modernización periférica. Córdoba (Argentina), 1910-1930”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 19 – 2, 2014, p. 53.

¹⁵¹ *La Voz del Interior*, 28 de agosto de 1925.

¹⁵² Cecilia Allemandi, *Sirvientes, criados y nodrizas...* cit., p. 52.

¹⁵³ Para el caso de Buenos Aires los anuncios de la prensa denuncian las actividades para las que se buscaban niños: la limpieza de patios, los mandados, la ayuda en la cocina, el servicio de mucamo, para sirvienta, para mandados y quehaceres de casa, para servicio de comedor y limpieza. Ver Estela Pagani y María Victoria Alcaraz, *Mercado laboral...* cit.

conducía a hacer más palpable los abusos y la ausencia de libertad.¹⁵⁴ Las tareas en el hogar podían hacerse a discreción del dueño de casa, ya que no existía una franja horaria dedicada exclusivamente al trabajo que estuviera demarcada con claridad, como en la industria y el comercio, si bien los mismos no estaban exentos de abusos.

Con respecto a las condiciones laborales, las realidades cotidianas y las experiencias de aquellos menores ubicados como criados, los malos tratos y las penosas condiciones de vida eran recurrentes. Algunos testimonios afirmaban que se los rapaba y se los vestía con arpillera para diferenciarlos de otros niños que vivieran en los hogares, y se le destinaba un sitio en la cocina para dormir en compañía de los perros.¹⁵⁵

Para los lectores de noticias, no era extraño encontrar en las columnas destinadas a narrar sucesos policiales historias en donde la pluma de los cronistas parecía esforzarse en teñir del mayor dramatismo posible ciertos acontecimientos que de por sí gozaban de cierta singularidad. Bajo el angustioso título de “La dolorosa actualidad de los niños martirizados”, en 1925 la prensa se detenía en describir sucesos de violencia cometidos contra niños y niñas empleados como sirvientas en las casas de la ciudad de Montevideo. Golpes, flagelaciones y castigos de toda índole dirigidos a menores puestos en guarda eran parte de una secuencia demasiado habitual, según había trascendido en la prensa del país vecino. La respuesta al por qué un periódico cordobés se hacía eco de dicha noticia, se hacía explícita en los últimos párrafos de la nota:

“En todas partes, aquí mismo, existen estas bestias humanas que se ceban en los indefensos cuerpecitos infantiles con saña refinada, propia de la imaginación más fértil en inventar tormentos. Solo que estos casos pocas veces tienen publicidad. Si se hiciera una investigación del trato que reciben los menores entregados a familias “distinguidas” los resultados de esa investigación serían sencillamente aterradores. La incuria de las autoridades es tal sin embargo, cuando no llegan a mediar intereses de “relación social” que es muy difícil se mantenga una celosa inspección. Que es lo único que podría evitar la consumación de estos actos de salvajismo con la niñez que constituyen una afrenta para los días de civilización y cultura que pretendemos vivir”.¹⁵⁶

La historia de Armando Gallardo, ocurrida ocho años antes, resta cualquier grado de exageración presente en la prosa del cronista. De pequeño, la madre lo entregó al cuidado de quienes

¹⁵⁴ Además, el desarrollo de los aspectos más diversos de sus vidas –los momentos de descanso y de ocio, las relaciones afectivas y familiares, las prácticas religiosas y políticas– estaba condicionado por este medio de vida. Cecilia Allemandi, *Servientes, criados y nodrizas...* cit., p. 52.

¹⁵⁵ *La Voz del Interior*, 28 de agosto de 1925.

¹⁵⁶ *La Voz del Interior*, 3 de julio de 1925.

prometieron ser sus tutores, ya que no podía atender su subsistencia.¹⁵⁷ Un recurso, como vimos, bastante utilizado por las familias populares que se veían en la imposibilidad de atender las demandas materiales de alguno o varios de sus hijos. En la mañana del 4 de mayo de 1917, los vecinos de calle Belgrano se sorprendieron al escuchar dolorosos gritos que partían del interior de una vivienda. Por espacio de un cuarto de hora se oyeron suplicas que indicaban que la persona sufría crueles torturas. A decir de los mismos vecinos, no era la primera vez que advertían los gritos. Cuando las exclamaciones de dolor se calmaron, observaron que de la casa indicada salía corriendo un niño para refugiarse en lo de un vecino. Ese niño era Armando, de seis años de edad. Los vecinos comprobaron con asombro que el pequeño presentaba quemaduras en las manos y el cuerpo, equimosis y diversas heridas. Interrogado, manifestó que sus patrones le castigaban brutalmente por nimiedades, que nunca pasaban de escaparse a la puerta de calle y detenerse a jugar con otros niños. Los medios de tortura relatados por la víctima parecían de ficción: aplicación de planchas calientes sobre las partes más sensibles del cuerpo, aparte de azotes y palos que recibía frecuentemente. Como testimonio de sus declaraciones presentaba el cuerpo cubierto de “abiertas llagas y lesiones gravísimas en los órganos genitales”. Incluso, Armando declaró “otras cosas” que el matutino prefería “silenciar por su carácter”. Como testigos del horror, los médicos del Hospital de Niños no salían de su asombro. Pese al espanto sufrido, Armando se mostraba como un “niño vivaracho y simpático”, con inteligencia, expresándose con claridad en sus declaraciones a la policía.

Si bien los maltratos y afrentas para con los menores no eran poco comunes, el caso del pequeño Armando resulta desproporcionado por la gravedad, saña y alevosía puesta por sus guardadores. No todos los que eran colocados como criados sufrieron la misma suerte. Sin embargo, hay en este suceso algunos gestos para destacar. Tanto los vecinos como la prensa demuestran sensibilidad para lo ocurrido. La indiferencia podía haber sido una actitud a asumir, si bien el caso, como dijimos, traspasaba los límites de lo tolerable. Sin embargo se denuncia, se condena con vehemencia. La prensa dedica varias columnas a seguir las investigaciones policiales en los días posteriores. Una sensibilidad instalada que lograba impedir cualquier justificación de maltrato. A la par que el mundo adulto hace esfuerzos por justificar los beneficios civilizatorios que el trabajo imprime en el carácter de los niños, condena ciertos hábitos considerados inapropiados a la niñez, prohíbe la presencia de menores en espacios públicos y, también, establece límites, criterios de cuidado y protección hacia la infancia.

La indefensión de Armando, colocado por su propia madre en una casa ajena en donde quienes asumen la obligación de su cuidado se encargan de lastimarlo, es evidente. Sin embargo, el pequeño, en un gesto despreocupado decide correr y huir. Las angustias de los golpes y el maltrato padecidos desde hace tiempo no lo cohíben. Desobedece, con sus seis años, la restricción de salir de la casa y

¹⁵⁷ *La Voz del Interior*, 5 de mayo de 1917.

pide ayuda, habla con los vecinos y delata sin pudor a sus guardadores con la policía. Aun en las circunstancias más adversas, el niño decide actuar. Si bien no todas las realidades estuvieron marcadas por escenas dramáticas, destacar el maltrato infantil también nos permite observar la manera en la que los niños reaccionaron frente a esas situaciones. Abandonos, denuncias, negaciones fueron parte del repertorio de aquellos que no se resignaron a padecer el agobio mental y físico del poder paternal o adulto.¹⁵⁸ Caso excepcional, quizás, pero el de Armando nos acerca un poco más a realidades solapadas.

Voceando las noticias

Es 2 de diciembre y el calor se hace intenso en las calles céntricas de Córdoba. A la hora en que el sol comienza a decaer, los peatones que circulan por la ciudad se ven sorprendidos por una columna de niños y jóvenes que avanzan con “bullicio y algazara”. La policía hace acto de presencia custodiando la marcha y evitando desordenes, pero algún que otro incidente menor amerita algún encierro en la seccional primera. Poco parece importarle a estos canillitas que la movilización que llevan a cabo carezca del permiso municipal necesario para su realización. De a decenas se han lanzado a las calles a proclamar su júbilo. Es 2 de diciembre, sí, y como hace ya un par de años los voceadores de noticias celebran con orgullo su día. Los chicos recorren varias cuadras visitando las redacciones de los diarios. El público, en general, muestra simpatía para con ellos, con felicitaciones y saludos que en ocasiones se ven acompañados del obsequio de alguna moneda. El joven orador del gremio, José María Juárez, repetidas veces improvisa tribuna pronunciando su discurso con “voz potente y énfasis apropiada”:

“Compañeros! Quede consagrado el 2 de diciembre como el día de nuestro gremio, como el día de los canillitas, como con tanto cariño nos llama el público. Nosotros que somos casi todos chicos, que tenemos la necesidad injusta de ganarnos tan duramente el pan de todos los días, era menester que en nuestra larga jornada de año tras año, tuviéramos también algunas horas sino de alegría al menos de descanso. A nuestra casa a llegado la noticia como la nueva de una verdadera fortuna, nuestras pobrecitas madres que también hacen frente a la pobreza de los hogares, y que nos quieren mucho, pero muy mucho, están contentas de saber que tenemos algunas horas para divertirnos. Compañeros, seamos siempre buenos y

¹⁵⁸ Susana Sosenski, “Miradas al archivo del Tribunal de Menores como fuente para el estudio de la infancia”, Salvador Cárdenas Gutierrez y Elisa Speckman Guerra (Coord.), *Crimen y justicia en la historia de México. Nuevas miradas*, México, Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2011, p. 23

unidos, para que así todas las personas nos sigan mirando con cariño y nos ayuden en nuestra difícil tarea”.¹⁵⁹

José María, que camina día a día las calles de la ciudad en busca de la venta que le asegure el sustento, repara en la injusticia de su necesidad de trabajar. Un detalle no menor en alguien que forma parte de un colectivo generalmente ajeno a la cultura que imprime la escolarización en otros niños. La pobreza, como la ausencia de instrucción, no va reñida con la percepción de su condición social. Un “Viva el día de los canillitas!” coreado por los allí presentes clausura la marcha que da paso a un lunch preparado en los patios de la redacción de *La Voz del Interior*, compuesto de masas, sándwiches y cerveza. Poco más de quinientos pesos de recaudación dejó la velada en el biógrafo Select, destinados a la compra de ropa a ser repartida el día de navidad. Los encargados de juntar el dinero son, casualmente, los que no padecen la “injusta necesidad” de los homenajeados.

Cuando Florencio Sánchez estrenaba la obra de teatro cuyo personaje llevaba el nombre “canillita”, no debe haber imaginado que ésta voz se generalizaría de tal manera de asociar para siempre el apodo con el oficio al cual hacía referencia.¹⁶⁰ Esto era sintomático también de un fenómeno ligado al desarrollo cada vez mayor de la prensa escrita y al auge de la empresa editorial, en el que la comercialización de periódicos en la vía pública fue desplazando a la distribución por suscripción hacia finales del siglo XIX. Las condiciones de este mercado en expansión puso al descubierto la necesidad de contar con agentes de venta dispuestos a cumplir con una tarea que si bien no demandaba ningún tipo de instrucción, sí exigía dedicar muchas horas para obtener los beneficios de una escasa remuneración. Para aquellos niños de sectores populares acostumbrados a pasar los días en la calle, el empleo como canillitas significó la posibilidad de conjugar su habitual ocupación de un espacio que ya conocían, con la obtención de un rédito económico de una tarea sin demasiadas complicaciones. Formaron parte, así, de esa franja de niños de diversas edades que se volcaron a la calle - algunos de forma voluntaria y otros azuzados por imposiciones familiares - a buscar diversas formas de vida, al margen de la disciplina del taller, el comercio, la escuela y la monotonía de las tareas domésticas.¹⁶¹

Si lo comparamos con otros tipos de ocupaciones infantiles la venta ambulante de diarios ha gozado de una gran visibilidad entre sus contemporáneos. No es ilógico, teniendo en cuenta que la

¹⁵⁹ *La Voz del Interior*, 3 diciembre 1914.

¹⁶⁰ La invención del dramaturgo argentino se popularizó también en las grandes ciudades latinoamericanas, al tiempo que los niños vendedores de diarios se convertían en una pieza clave dentro de los circuitos que posibilitaban la ampliación de un público lector. Esa presencia en las calles de una figura carente de nombre explicaría, en parte, el éxito con el cual migró y se instaló la expresión rioplatense. Martín Bergel, “De canillitas a militantes. Los niños y la circulación de materiales impresos en el proceso de popularización del Partido Aprista Peruano (1930 – 1945)”, *Iberoamericana*, año XV, núm. 60, 2015, pp. 101 – 115.

¹⁶¹ Juan Suriano, “El trabajo infantil...” cit., p. 357.

calle ha sido su lugar natural, por lo que su presencia ante los ojos de la opinión pública y las autoridades superaba la de aquellos consagrados a quehaceres hogareños o a tareas industriales. Pero esta exposición impregnó el oficio de las representaciones elaboradas acerca la calle y sus peligros, trasladándose también a los sujetos que la habitaban. Los canillitas, por su actividad, pero más aún por el lugar en el que ésta tenía lugar, fueron depositarios de dos percepciones dicotómicas pero no excluyentes. Mientras su pobreza material los convirtió en destinatarios de la compasión y la beneficencia, cargaron también con el peso de un estigma que los ubicó a contramano de los modales, actitudes y formas de actuar deseables para los sujetos infantiles. De estas dos visiones construidas en torno a su figura, la del niño pobre y desamparado y la del cultor de hábitos rayanos con lo criminal, podemos rescatar fragmentos que nos acerquen a sus circunstancias de vida.

Vestido con una camisa cuyas mangas no alcanzan a cubrirle el antebrazo, los clásicos pantalones cortos a la altura de la rodilla y una boina, Francisco Robles posa sonriente con los ejemplares bien ordenados debajo del brazo. El mismo matutino que él vende ha decidido retratarlo en un gesto de complicidad para con el gremio de canillitas. La generosidad de los redactores del diario que hace partícipe del mundo de las noticias a quién se encarga de distribuir las no disimula, sin embargo, los pies desnudos de Francisco.¹⁶² Esa imagen no hace más que reproducir una escena cotidiana: la de aquellos que día a día transitan la ciudad descalzos ofreciendo los ejemplares a quien quiera adquirirlo (**Imagen 2**).

Se sabe, no obstante, que los fotógrafos de estudio solían alterar las escenas a discreción, exagerando situaciones o destacando aquello que se quería representar. Tal como hizo Jacobo Tuysuz, acreditado fotógrafo que remitió de obsequio al diario una elegante fotografía siluetada que representaba a un niño vendiendo *La Voz del Interior*.¹⁶³ Allí también, el supuesto canillita no luce ningún calzado, como parte de los atavíos propios de quien verdaderamente se dedica a esa tarea (**Imagen 3**).

En la sede de Sol Argentino F. C., club deportivo fundado por el gremio de canillitas hacia 1915, se sucede otra escena. La fotografía toma a los miembros de la flamante comisión directiva en primer plano. A los costados, tres niños acompañan el acto que inmortaliza para las páginas del citado periódico ese acontecimiento singular en la vida del gremio. Los tres posan con orgullo, aun cuando carezcan de siquiera un par de alpargatas como sus colegas mayores (**Imagen 4**).¹⁶⁴

Esta carencia visualiza las experiencias cotidianas de quienes padecieron las condiciones de una vida marcada por la pobreza, presente en sus recorridos por la ciudad durante largas horas sin un calzado. Detrás de esos pies desnudos pueden verse necesidades no cubiertas, la ausencia de una

¹⁶² *La Voz del Interior*, 9 de abril de 1921.

¹⁶³ *La Voz del Interior*, 18 de diciembre de 1920.

¹⁶⁴ *La Voz del Interior*, 31 de enero de 1915.

familia que acompañe al hijo trabajador y la magra remuneración percibida que no alcanza a adquirir lo básico. Todas vicisitudes compartidas por los hijos de un determinado sector social.

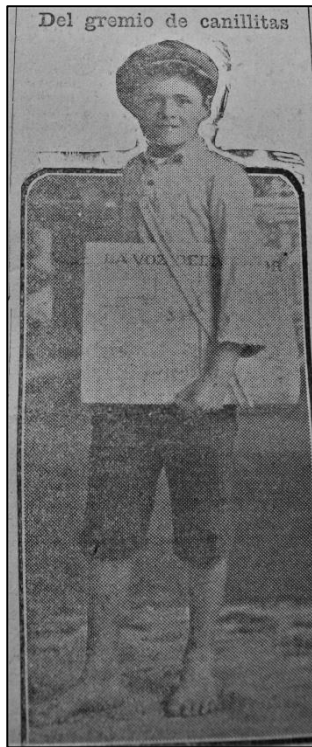


Imagen 2

El canillita Francisco Robles posa orgulloso para el periódico que reparte diariamente.

Fuente:

La Voz del Interior, 9 de abril de 1921.



Imagen 3

La representación de un canillita realizada por el fotógrafo Jacobo Tuysuz, en su estudio, obsequiada a *La Voz del Interior*.

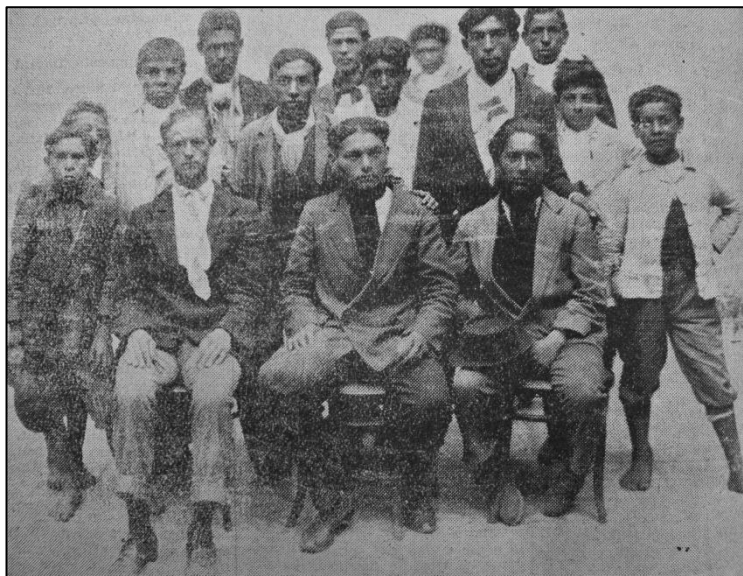
Fuente:

La Voz del Interior, 18 de diciembre de 1920.

Imagen 4

Comisión Directiva de Sol Argentino F.C., asociación deportiva fundada por los vendedores de diarios en 1915.

Fuente: La Voz del Interior, 31 de enero de 1915.



La imagen de pobreza ambulante de estos niños “desarrapados”, como se los llamaba recurrentemente, los hacía ser destinatarios de la caridad pública y privada en más de una ocasión. El “Día del canillita” era la ocasión para que los benefactores organizaran veladas caritativas y jornadas de reparto de golosinas y obsequios para los pequeños vendedores de noticias. Así, en 1914 se organizó un evento por la iniciativa de Sánchez Ortega, destinado a juntar fondos para comprar los regalos de navidad prometido a los canillitas en su día.¹⁶⁵ La distribución se concretó en el salón del biógrafo Select, donde los niños debieron ir acompañados de sus respectivas madres o encargados, a los fines de recibir el obsequio consistente en un traje, una gorra, un par de medias y otro de zapatos. Los obsequios, si bien cubrían una necesidad sentida, se parecían demasiado a uniformes destinados a resguardar la dignidad en los pequeños trabajadores y las conciencias de quienes consumían lo que estos vendían diariamente. Para amenizar la jornada, se preparó un festival cinematográfico acompañado de una repartija de caramelos, donde se exhibieron “El pequeño vagabundo” y “Ganarás el pan...”, dos comedias cuyos títulos insinúan un decidido contenido moral. Al término de la función, los canillitas recibieron también un pan de navidad, que la Confitería Oriental tuvo la delicadeza de vender a mitad de precio.

También el Estado provincial emulaba la actitud de los filántropos donando la vestimenta que los pequeños vendedores carecían. En 1916, un decreto del ministerio de gobierno autorizaba la partida de \$200 m/n “al simpático gremio de los canillitas con destino a la adquisición de ropas u otros objetos para ser distribuidos entre sus componentes, designando para este objeto una comisión formada por los directores de los diarios La República y Los Principios”.¹⁶⁶ La Legislatura de la provincia se sumó a estas iniciativas junto a las autoridades del Círculo de la Prensa, entregando en el local de la sociedad mutualista de la colectividad italiana “Unione e Benevolenza” las tarjetas para requerir las ropas donadas en ocasión de los festejos patrios de mayo (**Imagen 5**).¹⁶⁷ Eran paliativos necesarios, pero que no alcanzaban a modificar la realidad de los vendedores de diarios. Los legisladores que votaron esas resoluciones eran los mismos que paralelamente no adoptaban medidas para regular el trabajo de los niños en los espacios públicos, donde los canillitas tenían el mayor protagonismo. Carencia que la ley nacional tampoco se ocupaba de reglamentar, lo que reflejaba la subsidiariedad asumida por el Estado en materia de asistencia social.

¹⁶⁵ *La Voz del Interior*, 25 de diciembre de 1914.

¹⁶⁶ *La Voz del Interior*, 3 de diciembre de 1916.

¹⁶⁷ *La Voz del Interior*, 12 de junio de 1917.



Imagen 5

Grupo de canillitas en el local de la mutual italiana "Unione e Benevolenza", recibiendo la ropa donada por la Legislatura de la Provincia de Córdoba.

Fuente: *La Voz del Interior*, 12 de junio de 1917.

Los actos de caridad para con el gremio traducían las simpatías que un sector no desdeñable de la población y la opinión pública dirigía hacia estos vendedores de diarios. La edad, la pobreza, la orfandad, las condiciones de un oficio al abrigo de la calle, motivaban una visión compasiva en torno a ellos. En las descripciones de la época operaban también criterios que ayudaban a construir una suerte de imagen idealizada de los menores del sector. El tono simpático y jovial de las narraciones despojaba de cualquier contenido trágico realidades marcadas por la carencia. Lo dramático daba lugar a lo pintoresco, haciendo olvidar al lector que la actividad desarrollada por los retratados respondía a la necesidad y no al divertimento. La imagen del canillita se convirtió en una especie de ícono urbano, de evocaciones folklóricas, ocultando al público lo que en definitiva era una expresión de la marginalidad.

La siguiente fotografía de los menores del gremio, capturada hacia 1915, patentiza las imágenes de los voceadores de noticias. El de la izquierda, de ropajes oscuros, carga con el apelativo de "tristeza". Bien elegido, por cierto, a juzgar por la expresión de un rostro que arrastra las marcas de la dureza del oficio que le toca sobrellevar con sus escasos años. El del medio, "La pulga", no ha pasado siquiera seis primaveras. El rostro del tercero, "El Malevo", con cierta picardía da muestras de mayor desenvoltura, forjada en los ambientes del suburbio donde habita. "No tienen biografía ruidosa, como tampoco camisa limpia", remata la nota. La miseria, escenificada en estos niños, se convierte en un espectáculo satírico (**Imagen 6**).

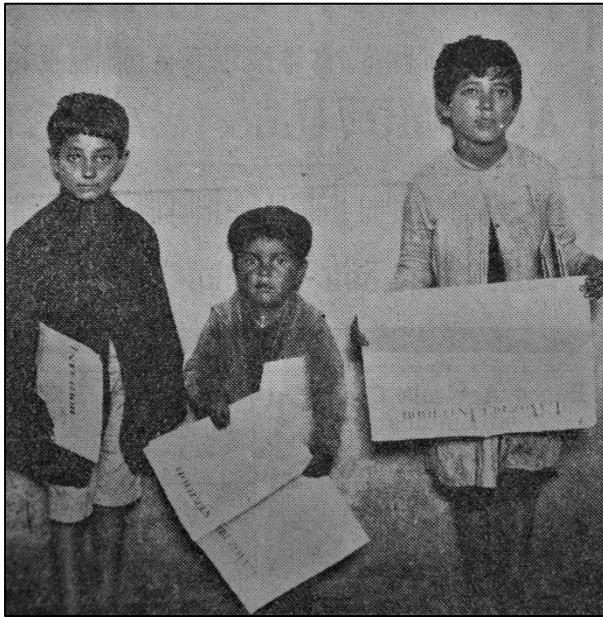


Imagen 6

“Así como suelen ilustrarse los periódicos con el retrato del hombre más grande del mundo y de la mujer más gorda del universo, no es para despreciar la oportunidad de presentar a los pijoitos del comercio ambulante”.

Fuente: La Voz del Interior, 9 de marzo de 1915.

Como una suerte de caricatura de la indigencia, esa era la imagen del canillita que circulaba, se reproducía y se instalaba en gran parte de la opinión pública. A ciertas familias de la élite cordobesa, incluso, disfrazar a sus hijos en las fiestas del carnaval les parecía una excepcional humorada. Por cierto que al llegar a su hogar, los niños que habían interpretado a sus congéneres vendedores no tendrían la obligación de salir a ganarse el pan. Como “Emilito” Segundo Dianda Moroni, que en el concurso de belleza infantil organizado por un diario local, participó interpretando a un miembro del gremio. En la fotografía, además de aparecer vestido adecuadamente - una vez más, sin calzado -, posa con un cigarrillo en sus labios a pesar de la corta edad. Un reflejo de los hábitos asociados a los canillitas y más ampliamente a los niños de clases populares (**Imagen 7**).¹⁶⁸

Imagen 7

“Un canillita encantador”, rezaba el epígrafe de la foto que la prensa exhibía de este niño, Emilio Segundo Dianda Moroni, como parte de un concurso de belleza infantil.

Fuente: La Voz del Interior, 1 de diciembre de 1916.



¹⁶⁸ Con respecto al cigarrillo, hacia 1916 el Consejo Deliberante de la ciudad de Córdoba vetó un proyecto de ordenanza en el que se pretendía reglamentar su consumo en los menores de 16 años. Si bien existía cierto consenso en lo nocivo que resultaba para la salud infantil, el proyecto era, a la vista de los concejales, de difícil aplicación. Actas de Sesiones del Consejo Deliberante, año 1916, XII, 1, A – 1 – 43, f. 265, AHMC.

La celebración de su día era una ocasión donde la sátira daba lugar a los halagos y reconocimientos:

“Hoy es el día del canillita y le debemos, aunque sea en breves líneas, nuestro cordial homenaje, obligado por un sentimiento, si no de compañerismo, por lo menos de reconocimiento a los bulliciosos colaboradores en la difusión de la prensa. Resultaría cursi, ciertamente, entonar un himno al canillita, y hacer su apología en frases de sentimentalidad barata. Además, no cuadra, porque ellos, los muchachos bullangueros, que animan las calles de la ciudad con sus voces y sus correrías, no lo necesitan. Tienen lo que les hace falta: la simpatía del público, que se manifiesta en toda forma y a cada paso”.¹⁶⁹

Las palabras que la prensa derramaba sobre el gremio traslucían la intención de los redactores de fidelizar a los trabajadores del sector. La mayoría niños, sí, pero de quienes dependía la correcta circulación del periódico entre los lectores, la venta diaria de las noticias y, en definitiva, la prosperidad de la empresa en un mercado editorial cada vez más competitivo. Mantener la cordialidad y cercanía de los “entusiastas difundidores de noticias” ayudaba a eliminar tensiones que podían conducir a conflictos, más aún en un clima social signado por la agitación obrera. De hecho, era bastante común que se plantearan discrepancias entre los canillitas y las empresas acerca de cuestiones como el precio final de venta, los porcentajes para el vendedor y las facilidades para devolver los diarios no comercializados.¹⁷⁰

Hacia mediados de 1920 los canillitas cordobeses demostraron que tenían capacidad de movilización. Durante un mes y medio llevaron a cabo un boicot con la finalidad de mejoramiento económico. Según los responsables del diario afectado, la medida no había alcanzado proyecciones de conflicto por la “vieja amistad” que los unía: “Las hostilidades, ni fueron violentas ni fueron de intransigencia. Garantizando intereses y discutiendo nuestras respectivas razones, el distanciamiento que no podía ser si no temporario, ha terminado volviendo a la confraternidad”.¹⁷¹ Lo cierto es que los vendedores no dudaron en resolver la suspensión de actividades hasta lograr un acuerdo económico, interrumpiendo de ese modo la venta ambulante del periódico con el cual mantenían discusiones.

En su transcurso, la medida de fuerza expuso también la rivalidad entre sectores liberales y clericales. Un volante repartido por los mismos canillitas que protagonizaban el boicot denunciaba una campaña por parte de *La Voz del Interior* para atraer suscriptores, con la intención de socavar la medida de fuerza llevada a cabo por el gremio. Con referencias a “burguesía” y “chantaje”, el

¹⁶⁹ *La Voz del Interior*, 2 de diciembre de 1917

¹⁷⁰ Jorge Rojas Flores, *Los suplementeros: Los niños y la venta de diarios. Chile, 1880 – 1953*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2006, p. 57.

¹⁷¹ *La Voz del Interior*, 10 de octubre de 1920

panfleto dirigido a concientizar a los huelguistas era, para los redactores de *La Voz del Interior*, obra de los frailes que estaban interesados en azuzar el conflicto. La denuncia iba dirigida tácitamente al periódico rival, *Los Principios*, con el cual mantendrían cruces y chicanas en más de una oportunidad a lo largo del periodo. La respuesta del injuriado no se hizo esperar: “Canillita no les creas, los frailes te han engrupido para que sigas rebelde contra tus propios intereses defendiéndoles los de ellos. Canillita, los frailes te han hecho daño, no los quieras canillita”.¹⁷²

Luego del boicot, el gremio pudo conseguir un arreglo con la patronal que daba lugar al mejoramiento exigido. Aun así, *La Voz del Interior* reforzó en sus páginas el tono laudatorio para con los canillitas intentando limar las asperezas.¹⁷³ La editorial publicada en ocasión de los festejos del 2 de diciembre de ese año encerraba una tónica distinta. Dejando a un lado las exaltaciones pintorescas y graciosas, se acercaba a una suerte de reflexión sociológica dispuesta a desnudar la verdad sobre aquellos niños retratados en esas mismas páginas en más de una oportunidad. En esencia, lo que hacía era interpelar ciertas imágenes construidas en torno a los menores empleados en “el diarismo”. Concepciones emanadas del discurso de intelectuales que identificaban en los canillitas una suerte de cultivo de males sociales y perversiones morales cercanas a lo criminal. Junto a la caricatura graciosa del niño vendedor de diarios, convivía esa otra visión con la cual discutía el editorial:

“Los hombres, porque son malos, tienen un concepto erróneo de lo que es el canillita. Si se piensa en el pasado de esos niños, si algún camino ha recorrido ya, es solo para decir que sus padres no fueron lo suficientemente buenos para encaminarlos por las más amplias rutas del deber. Si se habla de su existencia presente, se prejuzga sobre los frutos de la apariencia y nunca se recuerda que ellos, especialmente ellos, importan el más vivo ejemplo de la falsedad de las leyes que rigen y mal equilibran la marcha de la sociedad imperante. Y si se tiende la mirada al porvenir, objetivan sus vidas en las hondas deformidades del espíritu, que cuando menos truecan a los hombres en lobos. Sin embargo, nada se dice respecto a lo que es el canillita”.¹⁷⁴

La afinada prosa del redactor transformaba al simple vendedor de diarios en un vocero de ideales y pensamientos, que transitoriamente se convertían en “depositarios del pensamiento de la humanidad”. Ningún rastro de las expresiones divertidas sobre la figura del canillita. Las fotografías de niños en un tono burlesco daban paso a una representación gráfica de connotaciones muy distintas. Los elementos de la imagen publicada mostraban una actitud opuesta al patetismo derramado por los

¹⁷² *La Voz del Interior*, 13 de septiembre de 1920

¹⁷³ Lo discursivo, de hecho, iba acompañado de actitudes concretas. La redacción del diario dispuso entregarles el día del canillita diez ejemplares gratis a cada niño para que pudiera quedarse con lo producido por las ventas.

¹⁷⁴ *La Voz del Interior*, 2 de diciembre de 1920.

retratos de otros años. Rostros confiados, serios, adustos, de quienes desempeñaban su trabajo con responsabilidad, seguros de sí mismos y de la misión que se les encomendaba. Los rayos de un sol amaneciendo en el horizonte iluminaban el camino trazado: “Hacia el progreso y el bienestar común”. Lo que intentaba hacer la composición, en síntesis, era esbozar una imagen que lograra restituirles la dignidad, lo que delata una mirada más positiva y patriarcal de los editores (**Imagen 8**).

Imagen 8

“Bien merecía la consagración de una fecha el vocero del progreso para que festejándola, dilate su pecho y sienta dentro de sí la grandeza de su misión”.

Fuente: *La Voz del Interior*, 2 diciembre 1920.



El canillita fue, al mismo tiempo, uno de los personajes que más gozó del estigma construido por la retórica de criminólogos, policías y reformistas.¹⁷⁵ Fue José Ingenieros, con un clásico estudio realizado específicamente sobre la población infantil dedicada a la venta ambulante de diarios en la ciudad de Buenos Aires, quién más colaboró a forjar una mirada negativa en torno al oficio.¹⁷⁶ Su principal objetivo era demostrar que el ambiente formado alrededor de estos menores constituía una de las principales vías al vicio y la criminalidad. En base a sus observaciones, el autor determinó una clasificación de acuerdo a las actitudes demostradas por los canillitas, dividiéndolos en “industriales”, “adventicios” y “delincuentes precoces”. Justamente en el primer grupo se encontraban aquellos a quienes definía como “laboriosos”, que trabajaban entre 5 y 9 horas por día

¹⁷⁵ Claudia Freidenraij, *La niñez desviada...* cit., p. 162. Su análisis coincide con lo expresado ya por María C. Zapiola, “Niños en las calles...” cit., pp. 305-332.

¹⁷⁶ José Ingenieros, “Los niños vendedores de diarios y la delincuencia precoz (Notas sobre una encuesta efectuada en 1901)”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1908. Según Zapiola, el impacto del texto de Ingenieros estuvo ligado más a la gravitación del autor en el universo intelectual de la época que por la solidez argumentativa del texto o la originalidad de su contenido. María C. Zapiola, “Niños en las calles...” cit.

pero que al entrar en contacto frecuente con los niños de los otros dos grupos se iniciaban en el camino de la delincuencia precoz. Las condiciones de total libertad en la cual los niños realizaban esta actividad al aire libre explicaba, según Ingenieros, la predisposición que tenían a la vagancia y el cultivo del ocio, escapando de las tareas que muchos de sus congéneres desempeñaban en talleres e industrias. De acuerdo a su investigación, cada cien niños que se desempeñaban como vendedores de diarios había mil que habían atravesado el oficio para entrar al vagabundeo y al delito.

Para aproximarnos a las experiencias cotidianas de los canillitas cordobeses resulta muy valioso el estudio de Bermann, quien había observado la “profunda miseria de muchos hogares” que obligaban al niño a salir en busca de distintas formas de subsistencia, para él y su familia. Había sido testigo, también, de un gran porcentaje de huérfanos y abandonados dedicados a diversos quehaceres con la misma finalidad. Como mencionamos antes, la necesidad material era, desde su óptica, la principal causa del trabajo infantil. Sin embargo, reparaba en algunos casos que reflejan realidades para nada excepcionales en el universo de estos menores.

Julio Lanza, apodado “El Zurdo”, contaba con 19 años en 1928 cuando pedía ser internado en el AMV. La justificación estaba en “los castigos y explotación” que sufría desde niño y de los que intentaba huir. Ocurre que desde los 7 u 8 años se había visto obligado a salir a la calle a vender periódicos por orden de su padre. Julio había realizado el oficio por más de una década y decía estar muy cansado, porque no le gustaba el trabajo de la calle al que consideraba “aburrido y sin perspectivas de mejoramiento”. Pero sobre todo, porque el desarrollo de esa actividad le había dejado siempre poca ganancia. Por medio día de trabajo había sabido obtener no más de \$3, los cuales iban a parar, casi siempre, a los bolsillos de su progenitor. En reiteradas oportunidades buscaba colocarse en trabajos más estables, planes que se veían frustrados cuando aquel, visiblemente ebrio, lo importunaba de tal forma hasta que lo despedían. Era en esas instancias cuando volvía a ejercer su oficio de canillita. Reiterativo en su intención de aclarar que no trabajaba por su voluntad sino por obligación, afirmaba nunca haber abandonado sus ocupaciones, aunque sí se había fugado dos veces de la casa por la situación de violencia que el alcoholismo de su padre generaba. Su prontuario registraba tres entradas a la policía “por causas sin importancia, de las que se suceden a diario en la calle”.¹⁷⁷

Propio de alguien ligado a los saberes de la medicina legal, Bermann describía no solo la vida del joven sino que además daba cuenta de sus condiciones físicas y de salubridad. El examen biotipológico también incluía una indagación acerca del “estado de sus sentimientos”, basados en una carta redactada por Julio a sus padres desde el mismo establecimiento. La curiosidad científica del profesor nos brinda la oportunidad de acceder a la voz de Julio, un canillita de experiencia que ha transitado un camino para nada sencillo:

¹⁷⁷ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 94

“Córdoba, enero 31 de 1928

querido Papá. Con cuanto gusto y plaser me dirijo a saludarlos Deseo que al Resivo de esta carta conseda mis deseos de ber a mi madre ya que usted no me aprezia como hijo, sinmas los saludo a todos y la bendición de todos los días.

Julio Lanza”

Los trazos del original son casi tan rústicos como su modo de escribir. Puede parecer extraño, pero Julio ha cursado hasta cuarto grado de la escuela sin complicaciones. En el contexto en el que se desenvuelve no son muchos los que logran siquiera terminar el segundo grado. Sociable, espontaneo, lo poco que sabemos de él es que no fumaba, no consumía alcohol ni tampoco era afecto al juego. Con 19 años cumplidos, nunca había tenido relaciones sexuales. Estos rasgos destacados en el entrevistado inquirían sobre la presencia de hábitos que, según se pensaba, la calle inscribía en las conductas de los niños. Y Julio parece contradecir los estereotipos formados sobre esta clase de sujetos.¹⁷⁸ La pobreza era la marca definitoria de un colectivo formado por niños con realidades cercanas a la relatada. Su necesidad de trabajar lo aleja de aspiraciones personales que no se hallan en la calle. Y algo más. Esta actividad para la cual no se exigen conocimientos ni habilidades específicas era, para muchos, un empleo de carácter temporal que realizaban hasta lograr conchabarse en mejores condiciones.¹⁷⁹ Como el deseo de Julio de “trabajar en un escritorio o en un lugar menos aventurado que la calle”.

En el pensamiento de muchos intelectuales como Ingenieros la ocupación del canillita constituía sin ambages la puerta de entrada al delito. Sin embargo, en las estadísticas que Bermann maneja sobre la delincuencia infantil solo encuentra a dos canillitas de oficio - entre ellos Julio -, otros tres que ocasionalmente realizaban la actividad y otros dos que, siendo delincuentes habituales, simulaban la venta de diarios. Un caso bastante llamativo y que ilustra a quienes conformaban este último grupo tuvo lugar hacia mayo de 1921. La policía hacía tiempo que recibía denuncias acerca de robos en pequeña escala efectuados por una banda de rateros que, según el relato de los damnificados, operaba “con la mayor audacia en pleno día”. Gregorio Vélez, Raúl “El Cuerudo” Palacios y Andrés “El Valeado” Fúnes, fueron los tres menores que cayeron luego de un golpe

¹⁷⁸ Bermann estaba en desacuerdo con algunos intelectuales de la época que tendían a fijar una explicación determinista a la causa de la criminalidad en los menores. Como veremos más adelante, además de concebir este fenómeno como consecuencia de múltiples factores, contradecía la opinión de criminólogos que identificaban determinados oficios con la delincuencia: “Otras veces el hecho de ser diariero o lustrabotas reviste para determinados escritores prevenidos proporciones monstruosas. Ser canillita significa nada menos que un candidato a la cárcel o al patíbulo [...]”. *Ibíd.*, p. 78.

¹⁷⁹ Un detalle revelador es la entrevista a las familias mediante la cual Bermann recababa información para su estudio. Allí, al momento de indagar sobre los hijos, una de las preguntas que conforman el cuadro a ser llenado era si su primer trabajo fue el de diariero. Más que tratar de confirmar la tendencia criminal del sector, la pregunta parece obedecer al conocimiento de aquel sobre las familias de clases populares que entrevistaba, donde el empleo y ocupaciones de los niños y jóvenes en trabajos callejeros – y fundamentalmente el de canillita - era una constante.

efectuado a una importante casa comercial de la ciudad. La división de investigaciones de la fuerza policial explicaba de esta manera su accionar: “Los delincuentes operaban en combinación y para despistar hacían el papel de canillitas, pues, con este pretexto penetraban en el interior de las casas y si llegaban a ser sorprendidos ofrecían con toda naturalidad el diario del día y si no hacían desaparecer lo que encontraban a su alcance”.¹⁸⁰

La historia de Diego Funes o “Negrito de la Virgen”, quien proveniente de San Juan y con 16 años ya contaba con varias entradas a la policía en su haber, da cuenta también de esto que hablamos (**Imagen 9**). Su “modus operandi” consistía en decir que era diariero cuando la policía lo interrogaba. Se juntaba con otros canillitas, con quienes vagaba “por las orillas del río para procurarse cómplices en su arriesgada vida”.¹⁸¹

Imagen 9

Diego Funes posa para el identikit de rigor luego de ser alojado por la policía en el Asilo de Menores Varones de la Capital, en junio de 1927.

Fuente: Gregorio Bermann, *Los menores...* cit., p. 101.



Aunque no todos aquellos que vendían diarios llevaban la vida de este joven impostor, conviene reparar en los espacios que los niños de clases populares, de diversa procedencia y ocupación, frecuentaban para socializar.¹⁸² Los suburbios, por cierto, de una ciudad que crecía a un ritmo acelerado pero conservaba bajo el peso del estigma zonas transitadas por las costumbres populares. Geografías que lograban preocupar a quienes veían allí las escuelas del delito y la perversión de menores que, como parte del paisaje, completaban la imagen de lo marginal:

¹⁸⁰ *La Voz del Interior*, 5 de mayo de 1921.

¹⁸¹ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 101.

¹⁸² El autor hace alusión a una medida establecida en la ciudad de Buenos Aires por esa época para controlar a los menores del gremio, que consistía en otorgarles una identificación a cada uno que los convertía en vendedores autorizados, para impedir el tránsito por dicho empleo de delincuentes que fingían ser canillitas. Para el caso de la ciudad de Valparaíso, un decreto municipal de 1906 estableció una medida similar para evitar que “personas con malos antecedentes” se valieran de esa actividad para ocultar sus antecedentes. Jorge Rojas Flores, *Los suplementeros...* cit., p. 63.

[...] esos grupos de hijos del pueblo de nuestras orillas, mal traídos y desocupados, formando comparsas por las afueras de la ciudad y sobre los manchones arenosos y solariegos de la ribera del río, aguardando a ser mocetones para inscribir sus nombres en la clientela asidua del boliche, del almacén, de la taberna arrabalera, con sus pendencias y colisiones acabadas en la criminalidad que lo lleva, en consecuencia final, a matricularse entre la familia de las penitenciarías y cárceles [...]"¹⁸³

El trabajo indisciplinado e irregular al aire libre que realizaba el canillita suponía un desahogo a las dificultades que encontraba en el hogar. Era en las calles, las plazas y barrancas de la ciudad donde buscaba naturalmente la libertad, donde formaba su ambiente moral y su escuela, donde tenía sus diversiones y formaba su concepto de vida, sus afectos y sus normas morales. De allí que esta práctica, por sus cualidades, convocara a niños que iban a buscar allí la forma de hacerse de unas monedas para sobrevivir en ambientes alejados del hogar. Un empleo sin complicaciones para quienes circulaban en una “peligrosa libertad” fronteriza con la vagancia.

Alberto “El Gallito” Toranzo, con sus 15 años, fue un exponente bastante singular de aquellos niños que entraron al oficio de forma intermitente para solventar una vida dedicada al vagabundaje (**Imagen 10**). La realidad de un hogar atravesado por múltiples vicisitudes definió la expulsión de un niño “normal, intelectualmente ágil, bondadoso” y la consecuente caída en la “vagancia y la semi-delinuencia”.¹⁸⁴ De aspecto sucio, “siempre roto” y ostentando el hambre de quien no se alimentaba correctamente, este niño recorrió desde los 10 años los bares del centro de la ciudad vendiendo diarios, pidiendo siempre una limosna extra. Por su aspecto desalineado se volvió una figura popular y simpática entre los clientes que lo conocían de verlo asiduamente. Hacia 1926, Alberto registraba ya siete entradas a la policía, principalmente por fugarse del hogar. Huidas motivadas por los malos tratos recibidos de quien hacía de su padre, ya que sus progenitores habían fallecido cuando él recién daba sus primeros pasos. La reputación del padrastro en el vecindario terminó de confirmar que el pequeño Alberto era tratado “brutalmente”.

“Gallito” se muestra desenvuelto, bastante seguro de lo que es y lo que hace: “Yo soy un sinvergüenza, es verdad, pero nunca ladrón, ni hago mal a nadie [...] soy sinvergüenza porque no quiero trabajar, me juego el dinero, me fugo, falto de mi casa. Tengo como cincuenta entradas a la primera seccional de policía por jugar en las plazas, por pelear, por vagar, pero no por deshonesto”.¹⁸⁵ No importa tanto su sinceridad como la valoración moral en clara sintonía con la de los adultos. Puede haber aprendido a base de su propia experiencia de repetidas detenciones, como haber memorizado el discurso de policías y defensores en sus estadías en la comisaría. De cualquier

¹⁸³ *La Patria*, 4 diciembre 1906.

¹⁸⁴ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 289.

¹⁸⁵ *Ibíd.*, p. 290.

modo, “Gallito” entiende los parámetros de lo permitido y de lo que es correcto hacer. El trabajo asoma allí como la obligación que no se cumple, la responsabilidad que no se asume. No tanto los vicios a los que se consagra. Y sin embargo, este confeso “sinvergüenza” que huye del trabajo, encuentra en la venta de diarios la forma de hacerse unas monedas, aunque más no haya sido para solventar sus pequeños gastos. El oficio de canillita se presenta aquí - al igual que para el joven Julio - como un trabajo inestable y esporádico, del cual se puede entrar y salir con total libertad. Hacia 1932, ya con 19 años, “Gallito” seguiría deambulando por plazas y cafés “hecho un espectro, macilento y delgado, tosedor y débil”. Internado, con el diagnóstico de una probable tuberculosis, terminaría ese mismo año su corta vida de hijo del pueblo.¹⁸⁶



Imagen 10

“Naturalmente cínico y pícaro”, el pequeño Alberto frecuentaría de manera esporádica el oficio de canillita a lo largo de su corta vida.

Fuente: Gregorio Bermann, *Los menores...* cit., p. 101.

Este tipo de trayectorias refuerzan la visión acerca del oficio de canillita como relacionado a las actividades mal habidas, aun cuando en las noticias de la prensa se le diera un tratamiento cuasi cómico por la edad de los involucrados. Este era el caso de “Negrito del Agua”, que en diciembre de 1913 había sido puesto a disposición del Defensor de Menores por la propia madre, aduciendo que su hijo se había convertido en “un diablillo, que no quiere prestar oído a las órdenes y consejos paternos”. Luego de ser arrestado por los agentes de policía, el editor del diario se permitía darle las lecciones morales oportunas al caso: “Por malo y desobediente, “Negrito del Agua”, has perdido los lindos juguetes repartidos ayer entre tus compañeros canillitas, y la libertad que es más hermosa aún que todos los juguetes. Esperamos te corrijas, para que podamos verte pronto pregonando nuestra hoja, con tu gestito simiesco”.¹⁸⁷

La naturaleza de un empleo decididamente informal, sumado a la marginalidad de quienes lo ejercían, hizo del canillita un oficio identificado con determinados modales, costumbres y hábitos

¹⁸⁶ *Ibíd.*, p. 293.

¹⁸⁷ *La Voz del Interior*, 25 de diciembre de 1913.

cercanos a lo popular. Y va ser la escuela la institución designada para borrar en esos niños las marcas del suburbio cuando hacia 1920, por iniciativa del Presidente del Consejo de Educación de la Provincia, se decida crear la primera Escuela para Canillitas de la ciudad.¹⁸⁸ En principio, la propuesta debe entenderse como un intento de avanzar en la escolarización de determinados sectores que hasta el momento se mantenían ajenos a los trayectos educativos esenciales. En el caso de los niños vendedores de diarios, muchos eran analfabetos por la imposibilidad de asistir a la escuela en el mismo horario que realizaban su trabajo, que según ellos mismos abarcaba de las “5 a las 24 horas”.¹⁸⁹ Algunos incluso habían aprendido a leer y escribir por sí mismos en los ratos libres.¹⁹⁰ Y la alfabetización se entendía como una herramienta indispensable para la elevación social, una forma concreta a través de la cual estos niños podían mejorar su condición personal, lo que era entendido como “un anhelo inherente a todo individuo y que se despierta después que adquiere las nociones más rudimentarias de los deberes y responsabilidades que competen”.¹⁹¹ En este sentido, la adquisición de determinados aprendizajes y la formación educacional constituían aspectos decisivos si se entiende que las prácticas culturales, como criterios de selección o de exclusión reales, son fundamentales para valorar las condiciones de existencia y la desigualdad social.¹⁹²

Pero la escuela, además de instruir y brindar las competencias socialmente legitimadas, debía ser una herramienta para civilizar a los menores del gremio. Inculcarles hábitos ajenos a esa sabiduría callejera que incorporaban desde muy pequeños, como la responsabilidad, la asistencia, la disciplina, la atención, el respeto. Toda una cultura escolar que, a la par que confrontaba con “la libertad del pájaro” que proponía el oficio, buscaba morigerar “sus viciadas costumbres”, advertirles del peligro en el cual vivían para hacerles “amar y querer el orden, el estudio y el trabajo como las fuentes de felicidad mayor a que el hombre tiene derecho”.¹⁹³ Las imágenes de la vida ambulante de estos niños se ponían en juego también para justificar la existencia de esta escuela especial. En las coincidencias de los relatos elaborados por los contemporáneos - detrás de las exageraciones y estereotipos - advertimos nuevamente la presencia de esa frontera por la que transitaban los canillitas, a escasos pasos de la vida que se llevaba en los suburbios:¹⁹⁴

¹⁸⁸ Se ha destacado que un establecimiento con el mismo propósito inaugurado en Santiago de Chile en 1925 fue el primero en Sudamérica. En vistas de la creación de la escuela que nos ocupa habría que rechazar esa afirmación, pero sí ponderar que en otras ciudades el oficio del canillita despertaba similares preocupaciones entre la clase dirigente y, por caso, iguales iniciativas. Jorge Rojas Flores, *Los suplementeros...* cit., p. 156.

¹⁸⁹ *La Voz del Interior*, 18 de mayo de 1920.

¹⁹⁰ *La Voz del Interior*, 6 de junio de 1920.

¹⁹¹ *La Voz del Interior*, 16 de mayo de 1920.

¹⁹² Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social...* cit., p. 74.

¹⁹³ *La Voz del Interior*, 18 de mayo de 1920.

¹⁹⁴ Los profesionales del mundo de la educación - grupo de “educacionistas” que incluía a maestros, autores de libros de texto y funcionarios del sistema escolar -, a diferencia de Ingenieros, no establecían una relación directa entre el trabajo

“El hábito, desgraciadamente tan arraigado al punto de que constituye una segunda naturaleza en esos menores que tras de corretear algunas horas de la tarde con sus periódicos se encierran en las tabernas céntricas en las cuales se les despachan bebidas alcohólicas y se les permite hacer tertulias a base de naipes y de dados, será la primera piedra que atraviese en la marcha del establecimiento escolar.

De ahí, que ese pernicioso atractivo por la dilapidación y por el vicio puede mantener todo el vituperable monopolio de los presuntos escolares, y mientras subsista la despreocupación de las autoridades hacia este detalle de capital importancia, la matrícula arrojará porcentajes insignificantes y la asistencia a clases revelará situaciones rayanas en el fracaso”.¹⁹⁵

La efectiva asistencia de los niños al nuevo establecimiento va ser una preocupación tanto para los directivos como para los empleadores que saludaban el emprendimiento. A pocos meses de comenzar las clases, el mismo director de la escuela pedía públicamente que parte de los fondos reunidos en una colecta se destinaran “a estimular la concurrencia, o la asistencia y conducta de los canillitas que hayan de ingresar a la escuela, bien donándoles un traje, en calidad de recuerdo por la fuerza de voluntad evidenciada al contrariar hábitos arraigados”.¹⁹⁶ A la par, *La Voz del Interior* interpelaba también a los poderes públicos a los fines de fijar una resolución de eminente carácter práctico: la prohibición del ejercicio del oficio a todo menor que no comprobara estar matriculado y acreditara su asistencia en la escuela creada específicamente para ellos. Los cuidados por la efectiva concurrencia de los canillitas no eran infundados. Hacia octubre de 1920 el establecimiento poseía unos 80 inscriptos de los cuales asistían efectivamente al dictado de clases entre 25 y 30 alumnos. La misma comisión directiva del gremio, al tiempo que reconocía al director del establecimiento la “loable obra ejercida al dar a los canillitas, cultura, enseñanza y fé en la vida estudiantil”, pedía disculpas por la escasa asistencia, fruto de la clase de ocupaciones de los alumnos.¹⁹⁷

En el contexto y en las condiciones en las que muchos vivían se tornaba muy dificultoso el cumplimiento de las exigencias que les establecía el mundo adulto. La marginalidad, la carencia, la pertenencia a un colectivo socialmente postergado, eran elementos que construían una imagen estigmatizada del menor. Pero más allá de las representaciones con las que cargaban, para estos niños eran experiencias bien concretas. La pobreza, para “Chicho”, significaba trabajar con sus siete años de edad en la calle, expuesto a todo tipo de peligros. Lo supo bien aquella mañana de enero de 1925 luego de ser arrollado por un tranvía en la vía pública mientras pregonaba las noticias como cada

callejero infantil y la delincuencia, pero centraban el elemento clave de prevención en la asistencia a la escuela por parte de los niños sumado al mantenimiento de los lazos familiares.

¹⁹⁵ *La Voz del Interior*, 16 de mayo de 1920.

¹⁹⁶ *La Voz del Interior*, 1 de junio de 1920.

¹⁹⁷ *La Voz del Interior*, 24 de octubre de 1920.

día.¹⁹⁸ Escenas que se repetían para quienes no gozaban de la calidez del hogar durante el día e incluso en la noche, donde la calle era el único refugio, el espacio que los albergaba más allá del horario laboral.

En una madrugada de febrero de 1916, Federico Bertoni se encontraba durmiendo en el umbral del Banco Español en el centro de la ciudad, cuando los zamarreos del agente policial que acompañaban la orden de arresto lograron despertarlo. Con sus 10 años, “El Piojito” - tal el apodo puesto por su estatura -, puso a prueba su picardía infantil aleccionada por la cultura del arrabal y echó a correr aprovechando un descuido del policía. La calle exigía incorporar ciertas habilidades y destrezas para sortear las dificultades de una vida expuesta a toda clase de contingencias. Para el pequeño canillita, lo importante era huir de la autoridad, de la cárcel, del asilo, de las palabras del Defensor. Temas que posiblemente circulaban en las charlas informales con sus compañeros, donde aquellos que habían transitado ya el derrotero de la corrección instruían a los más pequeños. El policía empeñado en su persecución logró detener a Federico luego de arrojarle una piedra en la cabeza y tomarlo del cuello con violencia para conducirlo a la seccional.¹⁹⁹ La desprotección, la inseguridad y la carencia más angustiante simbolizadas en el cuerpo de un niño que ocupa para su descanso el espacio público. Y al mismo tiempo, la relación con la autoridad, encarnada en la figura del agente de policía que intenta apresar al menor que usa el umbral de la puerta del banco como refugio de la noche. La detención de “El Piojito” expone la actitud asumida frente al fenómeno de la mendicidad, que se condena e intenta corregir en los niños. La condición de canillita, por más que haga referencia a la práctica de un empleo, no borra la imagen construida sobre quienes lo ejercen. Es un oficio callejero, y como tal, se confunde fácilmente con actividades mal habidas. Sin dificultad se lo vincula con el delito. Ordenar la presencia infantil en el espacio urbano fue una de las tareas asumidas por la fuerza pública por esos años, de allí que muchas de las represiones encaradas por la policía tenían como objeto actividades y conductas que si bien no eran ilegales, eran consideradas una molestia para la sociedad o atentatorias del orden moral.²⁰⁰ De esto fueron víctimas Rafael, Carlos y Rufino, cuando fueron detenidos y alojados en el AMV, aun cuando las autoridades del periódico aclararan con vehemencia en sus páginas que no eran vagos sino que pertenecían al gremio de los canillitas.²⁰¹

Pero Federico, “El Piojito”, corre huyendo de la situación. Y ahí, en esa reacción espontánea o meditada que le cuesta una herida en la cabeza propia del maltrato policial hay una respuesta, una sutil resistencia difícil de soslayar en un niño de diez años que pasa las noches solo en las calles. En

¹⁹⁸ *La Voz del Interior*, 4 de enero de 1925.

¹⁹⁹ *La Voz del Interior*, 23 de diciembre de 1916.

²⁰⁰ Claudia Freidenraij, *La niñez desviada...* cit., p. 162.

²⁰¹ *La Voz del Interior*, 4 de abril de 1911

ese acto que vale la anécdota para las columnas del periódico se cuelan las desobediencias, las rebeldías, las mínimas insurrecciones que dan cuerpo a los márgenes de agencia que frente al poder demuestran los sectores populares, aún los más vulnerables. Incluso, de los avatares sufridos por el pequeño Federico sabemos gracias al relato de sus compañeros canillitas que observaron la escena aquella madrugada y acudieron a la mesa de redacción de La Voz del Interior a denunciar lo sucedido. José, Julio, Agustín y Olivio dieron sus nombres al diario como muestra de veracidad. Decidieron no quedarse pasivos frente al maltrato a uno de ellos, aún en su condición de niños y marginales, y pese al estigma que la actividad que realizaban llevaba implícita. Es posible ver allí cierta camaradería forjada entre estos niños. No tanto por practicar una actividad que los vuelve colegas, como por padecer similares circunstancias de una vida que establece sus propios códigos de supervivencia.

Estigmatizados, receptores de la caridad pública y privada, depositarios de la lástima y las simpatías de quienes habitaban la ciudad, sobre los canillitas se establecieron múltiples miradas, percepciones, construcciones simbólicas. Debajo de ellas persiste, sin embargo, una realidad atravesada por lugares comunes a todo un grupo social que recibía distintos nombres: pobres, carentes, marginales, vulnerables, menores. No obstante, gozaban de “ventajas” que amplias franjas de niños trabajadores en otros ámbitos ni siquiera aspiraban a tener: un gremio dispuesto a entablar discusiones con la patronal, un día conmemorativo, el beneplácito de la caridad privada que se traducían en recurrentes repartos de golosinas y ropas, una escuela creada exclusivamente para los cultores del oficio. Puede parecer lo mínimo - de hecho lo era -, pero frente a otras ocupaciones debe decirse que el canillita no era el que estaba en peores condiciones.

Haciendo changas

La ciudad en crecimiento albergaba espacio para el trabajo informal en todos los rubros, sin amparo legal, sin registro en ningún censo y sin la supervisión de ningún adulto. Si los vendedores de diarios gozaban de gran visibilidad, otros empleos sumergían a quienes lo ejercían en el más completo anonimato. Eran aquellos que no figuraban en las estadísticas, pero sin embargo, y de manera paradójica, se contaban de a miles en las calles, como “changarines”, cadetes, lustrabotas, vendedores ambulantes, peones, repartidores, estibadores, guardadores de coche, portadores de carteles. Una pléyade de niños deambulaba buscando la moneda que aportar en el hogar o, si se carecía de él, la forma de solventar la penosa existencia y sobre todo los “vicios” que acompañaban una infancia no elegida. Las actividades ocasionales y esporádicas que realizaban los obligaba a frecuentar lugares de mucho tránsito, donde las oportunidades de hacerse con un dinero eran

mayores. Merodeaban cerca de las casas de comercio, los mercados, las tiendas. Hacia allí confluían el desarrollo de una economía en expansión y, junto a ella, estos niños que exentos de sus beneficios inmediatos buscaban rasgar migajas de la prosperidad ajena.

Por las características de sus ocupaciones y su extracción social, se los asociaba con vagos, mendigos, rateros y oportunistas. La línea divisoria era muy delgada. Si las virtudes del trabajo se expresaban con preferencia en el taller, la industria y el comercio, el trabajo callejero era incapaz de brindar ninguna formación a estos menores. Como vimos, los canillitas también sufrían esta identificación negativa. Pero la regularidad de repartir el periódico día a día les confería otra seguridad, aunque bajo condiciones poco dignas.

La ausencia de una autoridad - como la figura del patrón - era fácilmente asociada al descontrol. Niños que durante el día abandonaban su hogar en los barrios marginales, suburbios de un centro al cual arribaban para convertirse en parte del paisaje urbano. Además, los que no tenían residencia estable ni familia, vivían allí ocupando espacios públicos, jardines, veredas, umbrales, plazas. En ambos casos, el control familiar no estaba presente ni se ejercía. En esencia, la posibilidad de que estos niños entraran en contacto con la “mala vida” era muy frecuente y estaba en el centro de las preocupaciones de las autoridades.

No es sencillo acceder a estos universos, por el escaso registro que han dejado. Pero un hecho singular puede servirnos de puerta de entrada a esas realidades. Y el ocurrido en la mañana del 11 de julio de 1930 nos aproxima a fragmentos escasos de una vida en particular, la de Ernesto Farías (**Imagen 11**). Su existencia nos sería desconocida si no hubiera mediado un suceso policial de ribetes cinematográficos, lo suficientemente extraordinario para despertar el interés de los lectores ajenos en su cotidianeidad a vidas como las de Ernesto. Aquella mañana de invierno, la acción preventiva de un guarda evitó la consumación de un atentado en la estación de tranvías. La policía, que pudo dar con los autores del plan frustrado, identificó a dos presuntos anarquistas que meses antes habían tenido una participación activa en la huelga tranviaria. Un explosivo de fabricación casera era el detonante que debía hacer estallar el coche una vez que estacionara en el final del recorrido, teniendo como objetivo dañar la infraestructura edilicia. Por más que los dos ácratas no lograron llevar a cabo su cometido, el suceso tuvo amplia repercusión en la prensa durante esos días. No eran desconocidos los atentados realizados en los contextos de conflictividad obrera, donde grupos más radicalizados tenían entre sus objetivos dañar principalmente el capital de las empresas. Sin embargo, lo que este suceso expuso no fue tanto la acción vandálica de los dinamiteros como el medio empleado para su ejecución. La dinamita dispuesta a volar el tranvía había sido colocada por un “pibe” de 11 años de edad ajeno por completo a las intenciones de los autores del hecho.



Imagen 11

El pequeño Ernesto Farías, luego de verse involucrado en los planes de un atentado de dos anarquistas, en las inmediaciones del Mercado Norte.

Fuente: Los Principios, 12 de julio de 1930.

Domiciliado en un barrio apartado de la ciudad, Ernesto describía al cronista el momento en el que había entablado contacto con los acusados, que le habían propuesto hacer una “changa” a cambio de una sustancial propina: “Yo estaba con mi hermanita y otro chico que es vecino de casa, sentado contra la pared del mercado comiendo naranjas. Como a las 11 y ½ se me acercó un hombre alto de ropa gris y sombrero negro, quien me dijo “¿estás desocupado?”²⁰²

Los pormenores del delito relatado se conjugaban en la crónica con algunos datos que remitían a la cotidianeidad del protagonista:

“Ernesto acostumbra a concurrir con otros chicos a las inmediaciones del Mercado Norte donde se ganan algunos centavos haciendo “changas”, es decir, cargando canastas o pequeñas bolsas con proveedurías de las personas que efectúan sus compras en ese mercado. Luego recogen sus desperdicios de frutas y verduras que arrojan los puesteros y los llevan a sus casas”.²⁰³

Prácticas del día a día que forjaban las costumbres de niños y jóvenes de sectores populares que merodeaban en las zonas comerciales en la búsqueda de estas “changas”, trabajos informales y variados que aportaban al sustento del hogar. Nada sabemos sobre su grado de escolarización, la composición de su grupo familiar ni mucho menos sus deseos e inquietudes. Sí sabemos que Ernesto solía estar acompañado. No solo porque la crónica refiera su presencia junto a “otros chicos”, frecuente en niños que para nada eran ajenos a la socialización. Las experiencias de la calle eran comunes a quienes la transitaban. Pero como él mismo relataba, su “hermanita” también formaba

²⁰² *Los Principios*, 12 de julio de 1930.

²⁰³ *Los Principios*, 12 de julio de 1930.

parte de la escena ocurrida en los alrededores del mercado. Pese a la corta edad de ambos, lo importante era poder contribuir a la economía familiar, aunque esto implicara pasar largas jornadas vagando en los mercados.

Ni Ernesto ni sus amigos practicaban un oficio. Eran ajenos por completo a la dinámica industrial, a los ritmos del taller, a la disciplina fabril. Las leyes no los mencionaban, ni los regulaban. Sin embargo se empleaban en la informalidad más absoluta. Y una vez más, su realidad confirma la obviedad que subyacía a estas vidas: la necesidad era el motor que impulsaba existencias precarias como las suyas.

Rateros, vagos e indisciplinados

En la mañana del 26 de julio de 1914, el jefe de la sección “Robos y Hurtos” de la Policía de la Provincia de Córdoba recibía el llamado de un vecino de la ciudad, Máximo Juri, quien denunciaba el faltante de mercaderías de su tienda ubicada sobre la calle San Martín, valuadas en unos 60 pesos. Parecía ser un robo limpio, sin testigos, llevado a cabo por profesionales del delito. No obstante, según testimonios recabados por uno de los agentes comisionados al esclarecimiento del hecho, algunos vecinos habían observado a tres menores merodear por los alrededores del local en distintas ocasiones. En cuestión de horas, se logró dar con los pequeños sospechosos, quienes no solo confesaron su culpabilidad, sino que también entregaron las evidencias consistentes en varios pares de medias nuevas, colchas, pantalones y ponchos escondidos en sus respectivos domicilios.²⁰⁴

La breve aventura delictiva de Jesús “El Chacho” Georgovich, Juan “El Gringo” Picard y José “La Pupuda” Oliva, que no superaban los 12 años de edad, era una entre muchas de aquellas que abonaron los discursos de intelectuales y dirigentes preocupados por la criminalidad infantil a comienzos del siglo pasado, un fenómeno que excedía las notas de color publicadas en la sección “policiales” de los periódicos (**Imagen 12**).²⁰⁵

²⁰⁴ *La Voz del Interior*, 27 de julio de 1914.

²⁰⁵ El lugar destacado que la delincuencia infantil y juvenil tuvo en la Argentina en este periodo puede rastrearse en las páginas de los diarios, en las revistas especializadas en cuestiones criminológicas y en las publicaciones de organismos oficiales. Al mismo tiempo, en la obra de intelectuales ligados a la cuestión criminal y en tesis doctorales abocadas a la temática se advierte una preocupación sobre la prevención del delito, orientada específicamente a la intervención sobre la infancia. El estudio de las causas del delito y su necesaria prevención incluían el abordaje de los llamados “menores en peligro”. Nadia E. Bisig, “La infancia abandonada-delincuente en el discurso académico Principios del siglo xx, Córdoba (Argentina)”, *jurid.*, núm. 6 (1), 2009, pp. 153 – 170.



Imagen 12

Jesús “El Chacho” Georgovich, Juan “El Gringo” Picard y José “La Pupuda” Oliva, la “gavilla de menores rateros” que era noticia hacia 1914.

Fuente: La Voz del Interior, 27 de julio de 1914.

La extensión de lo que muchos calificaban como un verdadero flagelo, condujo a que el gobernador Ramón Cárcano encargara en 1927 a Bermann un estudio “antropológico, psicopatológico, medico-social y criminológico de los menores delincuentes y desvalidos en la Provincia”. Un año antes, el mismo Cárcano había expresado ante la asamblea legislativa sus preocupaciones sobre la “masa enorme de niños” que vagaban por las calles aprendiendo los vicios de la mala vida. En su visión, la falta de establecimientos adecuados para contenerlos y resguardarlos, sumado a un criterio erróneo que gobernaba las leyes procesales que equiparaba al niño con el adulto, explicaban la conducta antisocial de individuos que podrían ser “brazos de trabajo e instrumentos de prosperidad y riqueza”.²⁰⁶

El estudio de Bermann constituye, por su exhaustividad y metodología, una fuente ineludible para acercarse al fenómeno de la delincuencia infantil en Córdoba durante las dos primeras décadas del siglo pasado y para interpretar las percepciones del problema por parte de autoridades, dirigentes, intelectuales y referentes del campo del saber social.²⁰⁷

Según él, la criminalidad en niños y jóvenes debía entenderse dentro de los aspectos más amplios de la minoridad, como expresión de la “aguda cuestión social”.²⁰⁸ La amplitud del problema reclamaba entenderlo en toda su magnitud, evitando circunscribirlo a un único y exclusivo aspecto. La situación atravesada por cientos de niños y jóvenes en la ciudad no podía ser limitada a un problema médico, educacional, económico o siquiera jurídico o psicológico, sino abordada como un complejo “problema médico-social” que involucraba una mirada amplia para su resolución. Es posible advertir en sus páginas cierto tono de denuncia sobre la situación general a la que se veían

²⁰⁶ Ramón J. Cárcano, *Mensaje del Gobernador de Córdoba ante la asamblea legislativa*, Ed. Biffignandi, Córdoba, 1926, p. 71.

²⁰⁷ Escapa a los fines de este trabajo el análisis de la producción de saber científico sobre la criminalidad infantil. En este sentido, Daniel Cesano ha hecho un estudio comparativo sobre la obra de Telma Reca, Lanfranco Ciampi y Gregorio Bermann, tres referentes del campo médico-legal en las ciudades de Buenos Aires, Rosario y Córdoba respectivamente, con la intención de visualizar el sistema de pensamiento de sus autores, sus discursos y praxis institucional. Daniel Cesano, *Medicalizando la niñez delincuente: intervenciones psiquiátricas en la criminalidad infantil. (Buenos Aires, Rosario, Córdoba. 1920 -1940)*, Córdoba, Brujas, 2016. En una línea similar, Nidia E. Bisig ha trabajado los saberes médico-legales acerca de la infancia en este periodo. Nidia E. Bisig, “La infancia...” cit. y *La construcción socio jurídica de la infancia. Córdoba, Argentina, Siglos XIX y XX*, Berlín, Ed. Académica Española, 2012.

²⁰⁸ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 14.

expuestos los menores. El escepticismo de Bermann acerca de los beneficios de la expansión económica quizás den cuenta de las raíces ideológicas rastreables en gran parte de su obra: “no hay que fiarse sólo en el crecimiento espontáneo del país, que maravilla tanto a algunos. No basta oponerse a que se hagan mal las cosas; es necesario mejorar al hombre mismo – el factor primordial de toda acción – desde su infancia”.²⁰⁹ Al mismo tiempo, la crítica se dirigía también a las soluciones con las que se había hecho frente al problema hasta el momento. Ni el Estado ni la sociedad civil, según Bermann, habían sabido abordar la problemática de la criminalidad infantil de manera sistemática y orgánica, sin diluirse en esfuerzos contradictorios y estériles.

En primera instancia, intentó mensurar los alcances de una problemática que los propios contemporáneos denunciaban a través de diversos medios.²¹⁰ A su entender, esto se dificultaba por la falta de precisión que ofrecían los datos disponibles. En primer lugar, las estadísticas de la misma policía no discriminaban la edad de los detenidos, e incluso existían ocasiones en las que ni siquiera registraban la entrada de menores a las comisarías. En los padrones policiales solo de tanto en tanto aparecía un detenido por contravención, cuando según él eran muy numerosos los que en cada sección policial se detenían al mes, al punto que en una de ellas, la cuarta, el sub-comisario había resuelto implantar un libro de entradas de menores.²¹¹ En segundo lugar, remarcaba el desfasaje entre los datos recabados por los registros y las edades de imputabilidad establecidas por el Código Penal en curso al momento de realizar su investigación. Los registros policiales distinguían las edades hasta 16 y de 16 a 30 años, cuando el código establecía los límites hasta 14 y de 14 a 18 años. En rigor, esta observación se corrobora en los datos arrojados por los anuarios estadísticos de la provincia durante las primeras décadas del siglo pasado. En la sección “criminalidad”, dedicada a difundir los

²⁰⁹ *Ibíd.*, p. 16. Además de médico psiquiatra y criminólogo, Bermann fue protagonista de la Reforma Universitaria de 1918, ligado al partido socialista y al pensamiento de José Ingenieros. Su producción debe ubicarse en la estrecha relación entre intelectualidad y política, en un horizonte definido por la tarea de transformar la sociedad emancipando a los sectores populares. En este sentido, su intervención política y su producción científica son indisolubles. Ver Adrián Celentano, “Psiquiatría, psicología y política de izquierdas en Argentina del siglo XX: la historia intelectual de Gregorio Bermann”, *Unisonos*, núm. 10 (1), 2006, pp. 53-64.

²¹⁰ Las afirmaciones acerca del tránsito de los menores por el universo delictivo se sustentaban más en apreciaciones subjetivas que en datos estadísticos fiables, de allí que se apelara a adjetivaciones y a descripciones de tono sensacionalista que generalmente aumentaban las proporciones del fenómeno. Claudia Freidenraij, “Legiones de pequeños criminales. Percepciones y debates sobre la delincuencia precoz en Buenos Aires, ca. 1890-1920”, *Claves. Revista de Historia*, vol. 3, núm. 4, enero-junio 2017, p. 6. En opinión de Bermann, era necesario contar con un conocimiento social fruto de la aguda observación científica: “Pienso que no es posible la reforma y la profilaxis del abandono y del mal vivir de los menores, sin ese profundo conocimiento que solo puede dar una fina observación seguida con métodos científicos”. Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 29. De cualquier modo, no hay que perder de vista que la presencia de menores en conflicto con la ley fue una realidad lo suficientemente visible como para llamar la atención de los contemporáneos.

²¹¹ *Ibíd.*, p. 60.

movimientos de la Penitenciaría de la Capital, los cortes por edad establecidos cambian a lo largo de las tres décadas, lo que dificulta la elaboración de series estadísticas.²¹²

Más allá de esta divergencia de criterios, estaba instalada la noción de que al hablar de menores delincuentes o criminales se hacía alusión a un grupo etario que incluía desde niños de 6 o 7 años hasta jóvenes de 18. Y si bien existían notables diferencias entre los más pequeños y aquellos que podían considerarse casi adultos, la distinción operaba en contraposición a aquellos mayores de edad que tenían problemas con la ley.²¹³ Una aproximación bastante más adecuada nos la brindan los datos referidos al AMV de la ciudad de Córdoba, incluidos también en los anuarios estadísticos:

²¹² 1900, menores de 15 años / de 15 a 30 años; 1910, de 10 a 20 años / de 21 a 30 años; 1912, de 13 a 20 años / de 21 a 30 años; 1916, de 15 a 20 años / de 21 a 30 años; 1924, menores de 16 años / de 16 a 30 años; 1930, menores de 16 años / de 16 a 20 años. *Anuario Estadístico de la Provincia de Córdoba*, años 1900 - 1933.

²¹³ Claudia Freidenraij, *La niñez desviada...* cit., p. 44.

Movimiento Asilo de Menores Varones de la Capital.
Años 1915 – 1930.

Año	Penados	Encausados	Enviados por Defensores	Por contravenciones policiales	Total General	Sabén leer	No saben leer	Huérfanos	Causas										
									Robos y hurtos	Lesiones	Homicidios	Riña	Violación de menores	Desorden	Enviados por padres	Enviados por guardadores	Abandonar el hogar	Vagos	Otros
1930	29	2	280	4	315	166	149	195	44	7	1	11	1	3	73	59	20	21	75
1929	51	19	275	15	360	203	157	164	42	6	2	9	3	4	69	55	17	72	81
1928	5	48	302	14	369	253	116	131	28	6	3	0	3	1	70	81	12	67	102
1927	7	21	247	18	293	184	109	124	20	2	4	0	3	3	82	87	30	27	36
1926	8	52	235	21	316	220	96	202	36	3	10	0	11	10	70	86	31	33	26
1925	9	46	248	16	319	228	91	102	41	10	1	0	5	10	66	68	47	30	41
1924	4	53	252	18	327	218	109	90	34	8	10	0	2	18	71	83	32	17	52
1923	0	60	228	10	298	211	87	66	37	15	6	3	2	69	58	45	34	7	22
1922	0	84	169	48	301	242	59	82	55	14	7	4	6	25	69	58	35	21	7
1921	0	58	178	22	258	163	95	63	41	12	3	2	0	11	59	71	25	24	10
1920	0	71	214	43	328	206	122	83	52	15	2	0	0	23	49	59	51	62	15
1919	s/d	s/d	s/d	s/d	293	s/d	s/d	s/d	38	15	5	2	4	9	36	73	55	33	23
1918	s/d	s/d	s/d	s/d	0	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d
1917	s/d	s/d	s/d	s/d	0	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d	s/d
1916	3	77	229	16	325	181	144	104	69	14	1	0	4	6	55	73	62	28	13
1915	10	19	39		68	45	23	15	20	3	3	1	0	0	20	9	0	5	7
TOTALES	126	610	2896	245	4170	2520	1357	1421	557	130	58	32	44	192	847	907	451	447	510

Fuente: Anuario Estadístico de la Provincia de Córdoba, años 1915 - 1930

Entre 1915 y 1930 fueron alojados unos 4170 internos.²¹⁴ Debido a que muchos de los que ingresaban salían a los pocos meses, no podemos establecer un promedio anual. No obstante, la información de entradas y salidas permite estimar una población estable de alrededor de 80 internos, que era la capacidad del establecimiento. La inexistencia de registros también impide observar el grado de reincidencia de quienes eran alojados, aunque como veremos más adelante, estos casos eran bastante comunes. Casi el 70% de quienes ingresaban lo hacían a través de la actuación del Defensor de Menores. El resto era enviado directamente por la fuerza policial. Sin embargo, hay que reparar que allí no se agotaban los circuitos de circulación de menores en conflicto con la ley, ya que muchos eran incorporados al penal con los presos comunes o alojados por poco tiempo en los calabozos de las mismas dependencias policiales.²¹⁵

Si bien no contamos con detalles sobre el nivel de escolarización alcanzado, el 35% de quienes entraron al asilo eran analfabetos. Aunque el porcentaje no es menor, dos tercios de los reclusos mostraban signos de haber recibido algún tipo de instrucción. En este sentido, al contrario de la opinión de muchos que observaban en la escolarización una de las vías de prevención de la delincuencia precoz, estos datos permiten matizar las esperanzas depositadas allí por las élites dirigentes preocupadas por encauzar a la infancia por los canales de la educación deseable. Bermann se mostraba aún más escéptico, recabando en las características que asumía el tránsito escolar:

“Entre nosotros los niños de ambos sexos cuando asisten a los colegios [...] tienen fuera de las horas de estudio un excedente de tiempo que distraen en la calle, en las barrancas, a lo largo de la cañada, en la orilla del río, libres de toda vigilancia paterna [...] Tampoco la escuela incita al mejoramiento del hogar por la enseñanza de los medios para lograrlo; labores inadecuadas o de mal gusto constituyen las manualidades, es ella misma, en la pobreza de su edificio y del material de enseñanza, en sus faltas de belleza y a veces hasta de higiene, una prolongación del medio familiar, no algo que lo supere y en mucho debiera serlo”.²¹⁶

La escuela, por sí misma, no brindaba garantías en la prevención del delito. Bermann entendía que la “instrucción” no necesariamente era “educación”, un concepto más amplio que englobaba la formación del carácter del niño en criterios morales necesarios para la prevención de conductas mal

²¹⁴ Recién a partir de 1915 se incluye esta información en el Anuario Estadístico, por lo cual en el cuadro solo aparecen tomados los años que van de esa fecha hasta 1930. Además, solo incluimos, para una mejor comprensión, los datos que hacen referencia a los menores ingresados en cada año, sin mencionar las salidas que se producían.

²¹⁵ La internación de menores en los pabellones de la Cárcel de Encausados fue una realidad bastante frecuente, si bien pronto se alzaron voces de las mismas autoridades policiales para la separación de ambos grupos etarios. Milena Luciano, “La Penitenciaría de Córdoba: proceso de construcción, régimen interno y tensiones institucionales, 1887-1907”, *Prohistoria*, año XVII, núm. 21, 2014. Los mismos Anuarios Estadísticos de la Provincia de Córdoba registran los movimientos de la cárcel discriminando allí el grupo de menores.

²¹⁶ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 48.

habidas. La escuela debía cumplir un rol sustituto de la familia allí donde la ausencia de contención era la principal causa de la criminalidad infantil. En este sentido, el 36,6% de aquellos menores entrados al asilo que se declaraban huérfanos carecían de resguardo familiar, de autoridad parental que marcara límites. No obstante, para el autor del informe la orfandad por sí sola no justificaba el delito. Era el medio social donde el niño se desarrollaba, el ambiente del suburbio donde se encontraban las familias obreras, los gérmenes del flagelo que pretendía erradicarse. En la atmósfera inmoral, en las compañías “viciosas”, allí había que buscar lo que verdaderamente desviaba las conductas infantiles. La carencia del hogar no era para él tan perjudicial como esta “inferiorización” caracterizada por el bajo nivel económico, el alcoholismo, el deficiente grado o instrucción y educación, sumado a otras “causas morales” que se daban, incluso, en los hogares pudientes.²¹⁷

Ciertos “actos antisociales” en los menores planteaba la dificultad de distinguir claramente una diferenciación entre “faltas” y “delitos”. Todo un repertorio de comportamientos que desplegaban en su tránsito citadino, maneras de pasar el tiempo y buscar diversiones que en ocasiones reñían con los códigos de convivencia socialmente establecidos. Esto sucedía con el grupo que se juntaba a orillas de las vías del tren en la zona sur de la ciudad, durante las calurosas tardes veraniegas de 1911. Su pasatiempo ponía en riesgo la integridad física de los pasajeros del Central Argentino, que veían llover piedras cada vez que los vagones pasaban por allí.²¹⁸ Las llamadas de atención con respecto a esta clase de hechos solían apuntar a ciertas alegrías juveniles calificadas como verdaderos desbordes. A principios de 1915, bandas de menores acostumbrados a frecuentar los barrios periféricos de la ciudad incurrían también en diversiones inapropiadas, como prender fuego una palmera y poner en grave riesgo al edificio circundante. Algunas opiniones reclamaban que estos actos de vandalismo debían ser resueltos sin reparo por la policía, que debía proceder con “mano férrea” y evitar que como consecuencia de esos hechos algunos menores a se vieran envueltos en algún “proceso criminal”.²¹⁹

Si la ausencia de ocupaciones productivas como el trabajo o el estudio los llevaban a ocupar su tiempo libre y ocioso en esta clase de divertimentos, la carta enviada por un vecino de la ciudad a uno de los periódicos de mayor tirada en la ciudad exponía otras complejidades. Allí, su denuncia no

²¹⁷ Para demostrar su hipótesis, Bermann realizó una encuesta. En las fichas repartidas entre las familias, se inquiría acerca de cómo estaba constituida la unidad familiar, si era o no regular, las variaciones sufridas, los antecedentes patológicos, las condiciones del medio (autoridad moral, reputación, antecedentes policiales o judiciales de padres e hijos). Contemplaba además algunos aspectos específicos referidos a los hijos, como la escolaridad, el trabajo, la formación moral, los gastos que ocasionaban, el ejercicio de la patria potestad. Por último, se aproximaba al conocimiento exacto de la economía doméstica, los consumos alimentarios y de vestido, los gastos de alquiler, como así también el tipo de habitación en que vivían y si existía tendencia a obtener la casa propia. Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 50

²¹⁸ *La Voz del Interior*, 26 de febrero de 1911. Igual entretenimiento ocupaba a una “patrulla de muchachos molestos” hacia 1921, quienes diariamente se detenían a arrojar piedras al azar. *La Voz del Interior*, 26 de agosto de 1921.

²¹⁹ *La Voz del Interior*, 19 de marzo de 1915.

la motivaba el vandalismo de propio de menores “vagos”, sino las actividades molestas a las que se entregaban grupos de niños y jóvenes en los horarios de entrada y salida de la escuela:

“Se trata señor director, de que en la calle Chacabuco entre San Jerónimo y Entre Ríos, todos los días, antes de la hora de entrar a clase y a la salida, después, se reúne en esta calle una turba de muchachos. Aquí, como si fuera un paseo público, juegan al football, gritan, molestan, rompen vidrios y, en fin, hacen todo lo malo y prohibido que usted pueda imaginar. Yo supongo que esta es una calle para el tránsito y seguridad del público que por ella pasa y también, para que dentro de lo relativo, vivan con tranquilidad los vecinos y no un lugar para reuniones y algazaras de muchachos, pues ya salen del límite de lo tolerable para llegar al escándalo”.²²⁰

Como veremos, las propuestas educativas ancladas en el encierro de los escolares en instituciones con régimen de internado pretendían eliminar esta clase de comportamientos en los niños, alejándolos de la libertad de la calle.

Otras formas de esparcimiento infanto-juvenil totalmente inofensivas también eran desaprobadas por la opinión pública. Entre las gracias que causaron los “terribles niños” que se reunían en la esquina de Rondeau e Ituzaingó, estaban las de embadurnar con jabón y estearina la vereda para hacer resbalar a los transeúntes, o meter las manos en los buzones y llevarse las correspondencias ajenas.²²¹ También se hallaban aquellas actividades sancionadas por la policía, como el juego o apuestas por dinero. Era común que jovencitos se divirtieran jugando a los naipes en las esquinas, apostando monedas que en ocasiones obtenían de la venta de diarios o algún que otro oficio ambulante. Lo que atravesaba todos estos esfuerzos prohibitivos por parte del mundo adulto era la preocupación por las prácticas en sí mismas y la ocupación efectiva que hacían los menores de la vía pública. Esto se ponía de manifiesto en la prensa a mediados de 1914, que advertía sobre la inconveniencia de determinadas costumbres infantiles:

“A diario y sin distinción de horas, pues ocurre a veces que el hecho se produce a avanzadas de la noche, pandillas de chiquilines traviosos toman la calle por teatro de sus fechorías infantiles, no por inofensivas, menos impropias y sobre todo por cuanto sirven de atractivos a la concurrencia de los pequeños, provocando en los hogares explicables zozobras”.²²²

²²⁰ *La Voz del Interior*, 28 de junio de 1912.

²²¹ *La Voz del Interior*, 06 de marzo de 1921.

²²² *La Voz del Interior*, 23 de junio de 1914.

Además de estas “fechorías infantiles” tenían lugar las reuniones de pandillas de muchachos de mayor edad, si bien menores, cuyas formas de divertimento causaban mayores preocupaciones en los vecindarios. Los vecinos se quejaban de las “patotas” de 10 a 15 integrantes que molestaban con sus “actos y palabras”. Muchas veces, discusiones nimias llevaban al enfrentamiento entre ellos, terminando en ocasiones con algún herido. Olive y Francisco, si bien contaban con 9 y 10 años respectivamente, no dudaron en elevar la discusión suscitada en el marco de un juego en las calles del Barrio Inglés. Gritos, golpes de puño, pedradas y, finalmente, el tajo con un cortaplumas, que terminó de dirimir la contienda, al modo de las peleas entre adultos.²²³

Para Bermann existían “faltas morales” que siendo repetidas en una misma persona podían tener una significación más seria que algunos delitos penados con años de cárcel. De allí que la línea divisoria de ciertas conductas era necesariamente arbitraria. El siguiente cuadro muestra su tarea clasificatoria, en un esfuerzo por ofrecer una taxonomía de los delitos y faltas cometidos por menores varones en Córdoba en los años veinte:

Clasificación de faltas, delitos y contravenciones de menores varones en Córdoba.
Enero – Abril de 1928.

CONTRA LA PROPIEDAD	
1	Hurto
2	Robo
3	Mendicidad
4	Defraudación
CONTRA LAS PERSONAS Y VIOLENCIA	
<i>Violencia corporal a terceros</i>	
1	Homicidio
2	Complice homicidio
3	Lesiones
4	Envenenamiento
5	Violencias sin armas (riñas golpes excesivos)
6	Crueldad con niños y animales (con daño corporal)
<i>Reacciones fuertes sin violencia</i>	
1	Excesivo mal genio
2	Incorregibilidad
3	Acusaciones falsas y peligrosas
4	Injurias y otros daños morales
5	Crueldad con niños y animales (sin daño corporal)
ATENTADOS CONTRA LA PROPIEDAD	
1	Destrucción o perjuicio intencional
2	Destrucción o daño por picardía
3	Incendio
SEXO	
<i>Al sexo contrario</i>	
1	De la misma edad y voluntario (fugarse con joven)
2	Asaltos
<i>Perversiones</i>	

²²³ *La Voz del Interior*, 09 de octubre de 1913.

1 Con el mismo sexo
2 Bestialismo
3 Masturbación excesiva
4 Asaltos
5 Exhibición
VAGANCIA
1 Faltas persistentes en el hogar
2 Dormir fuera de su casa
3 Fuga (con intención de no volver)
4 Fuga (con intención de volver)
5 Fuga del Asilo
SUFRIMIENTO
1 Tentativa de suicidio
2 Tentativas repetidas de suicidios
3 Suicidio
MENTIRAS
1 Extravagantes o persistentes

Fuente: Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., pp. 66-67.

Retomando los datos arrojados por las estadísticas del AMV, es posible observar qué tipo de delitos y faltas justificaban el ingreso de los menores, la mayoría hallables en este cuadro clasificatorio.

El alto porcentaje de padres que alojaban a sus propios hijos en el AMV (20,3%) da cuenta del uso de esta institución como una suerte de reformatorio, al que recurrían para encauzar las conductas de los niños cuando consideraban desbordada su autoridad. El vínculo paterno no era impedimento para depositar al hijo díscolo por un tiempo, esperando la corrección de las malas actitudes. Así al menos lo entendió el padre de Ángel cuando pidió expresamente que colocaran a este durante un tiempo en el AMV, luego de robar unos pantalones y telas de una de las tiendas del centro de la ciudad.²²⁴ En otros casos, sin mediar algún hecho que lo justificara seriamente, los padres solían entregar a sus hijos a la autoridad policial o al Defensor de Menores:

“Don Demetrio, como decíamos, se presentó a la 4ta y expuso que la noche antes había amonestado a su monada de hijo [Antonio, de 16 años], compeliéndolo a observar una conducta más de acuerdo con la moral y las buenas costumbres. Antoñito es incorregible. Desde temprana edad se caracteriza como vago con ribetes de calavera pobre [...] Sin asco y con resolución de verdadero criminal, le administró una banda liza de bofetadas y salió del hogar rumbo al campo de sus fechorías amorosas y atorrantiles. Al desolado padre no le quedo otro recurso que el de comunicar lo ocurrido a la policía pidiendo el merecido correctivo para su hijo”.²²⁵

²²⁴ *La Voz del Interior*, 17 de marzo de 1911.

²²⁵ *La Voz del Interior*, 18 de abril de 1911.

Similares circunstancias se daban entre aquellos niños colocados bajo el cuidado de otras familias. Allí los guardadores solían devolver a las defensorías a los pequeños desobedientes, o llevarlos ellos mismos al asilo aduciendo no poder afrontar la educación del menor.

Otras conductas eran el “abandono del hogar” y la “vagancia”, que sumaban más del 20% del total. En principio, ambos fenómenos solían estar estrechamente vinculados. El vagabundaje en los menores consistía en una contravención frecuente asociada a la fuga del hogar y, al mismo tiempo, a la mendicidad. Niños que se los encontraba errantes por las calles, pernoctando en las plazas, en los atrios de las iglesias, en las administraciones de los diarios, generalmente luego de haber abandonado el domicilio de los padres o, como ocurría muchas veces, por ausencia de tal.²²⁶

Actitudes que comprendían a los que padeciendo las condiciones vulnerables de la orfandad, encontraban en la calle el sustituto del hogar y en sus congéneres la compañía de la familia ausente. Pero las míseras condiciones materiales de vida, la falta de una contención afectiva por parte de los progenitores, el hacinamiento sufrido en viviendas precarias e insalubres, también eran situaciones que impelían a tomar la decisión de lanzarse a la aventura de la calle. El maltrato y la indiferencia de las familias solían conformar ambientes atravesados por la carencia afectiva hacia los niños. El caso de José, pequeño habitante de los arrabales de la ciudad, acaso permita ejemplificar parte de estas afirmaciones. Corría el mes de mayo de 1912 cuando los vecinos del barrio Las Chimeneas comenzaron a preguntarse por su desaparición. Se contaban más de veinte días sin conocer el paradero de este niño que era intensamente buscado por la policía. Todas las gestiones hechas para buscarlo habían resultado infructuosas. Pero lo que más alarmaba a los vecinos y autoridades era la despreocupación de la que el padre daba muestras, sin molestarse en averiguar sobre la suerte de su hijo. Esta actitud sirvió para abonar una macabra hipótesis que si bien no se explicitaba, se dejaba entrever: “Relacionado con este hecho corren por aquellos arrabales los rumores más espeluznantes. Convendría iniciar las gestiones pertinentes para saber lo que haya a este respecto, pues todo el vecindario de suburbios sur vive con este motivo bajo la pesadilla más horrible”.²²⁷

Algunas experiencias de detención por parte de la policía sirven para caracterizar las prácticas del vagabundaje, que si bien abarcaban un conjunto heterogéneo de situaciones difíciles de codificar, se resumían en el común denominador de un uso cotidiano del espacio público con autonomía e independencia del mundo adulto. En la sección policiales de la prensa local, a Rodolfo Farías, de 13 años, se lo titulaba como vago. La policía lo había detenido y alojado en el AMV a comienzos de

²²⁶ Bermann diferencia en su estudio las causas del vagabundaje en dos tipos, el social y el patológico. Mientras el primero obedecía a circunstancias problemáticas en el hogar, como maltrato, alcoholismo de los padres, o explotación laboral, los segundos encontraban los “deficientes mentales, epilépticos, perversos”, entre otros. Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., pp. 287-288. El ingreso de Ramón al AMV a mediados de 1911 ilustra estas realidades: “Al Asilo de Menores ha sido remitido Ramón Alberto Caravaca, que se había fugado de la casa de sus padres. El menor en cuestión se fugó de su casa el 3 del corriente y vagó en busca de mejor suerte durante varios días, hasta que lo encontró en forma un vigilante que estaba entregado a la tarea de buscarlo”. *La Voz del Interior*, 18 de agosto de 1911.

²²⁷ *La Voz del Interior*, 14 de mayo de 1912.

abril de 1911 por tener la costumbre de merodear en las inmediaciones del Mercado Norte. No se le descubrió delito alguno, pero la presunción de que “rondaba algunos puestos con la intención de volar algo, si los dueños sufrían algún descuido”, parecía suficiente argumento para encerrarlo algunos días. Además, se dejaba en claro que era “vago por inclinación y de nacimiento” y que sus padres no se preocupaban de él.²²⁸ Sobre Rodolfo parecen operar las representaciones que pesaban sobre aquellos que deambulaban sin rumbo por las calles de la ciudad. La ausencia de una ocupación - ya sea en la escuela o en algún trabajo - lo convertía en contraventor susceptible de ser sancionado por la autoridad policial bajo el justificativo de prevenir futuras infracciones de mayor calibre.

Por caso, la ocurrida en agosto de ese mismo año en el almacén de Don José La Rocca, situado en barrio General Paz. Su dueño no tardó en avisar a la policía de la seccional sexta cuando notó un movimiento sospechoso por parte de un grupo de menores que había ingresado furtivamente a su local. Efectivamente, ese parecía ser el “modus operandi” de esta “gavilla de vagos y rateros” que eran el terror de los almaceneros. Anacleto Montoya de 14 años, Víctor González de 15 y el más pequeño de los tres, Luis Brochero que contaba apenas 9, solían ingresar a los negocios con el inocente pretexto de averiguar la hora para hacerse con algunos objetos antes de darse rápidamente a la fuga. En aquella oportunidad, el reloj de caballero, el carretel de hilo y los paquetes de cigarrillos obtenidos parecían no justificar demasiado el arresto y posterior estadía en el AMV.²²⁹

De ambos casos se advierte la existencia de familias cuya presencia parece no ser capaz de inculcar las virtudes que intelectuales como Bermann reclamaban para la infancia. Los padres de Guillermo Miller no solo no se ocupaban de su hijo. Ni siquiera se tomaban el trabajo de buscarlo las repetidas veces que desaparecía del hogar, aún con 10 años de edad. Incluso lo dejaban irse porque no querían ocuparse más de él. Si al huir del hogar, el pequeño Guillermo buscaba nuevas libertades, de seguro no las encontró en el AMV a donde lo alojó la policía. Quizás, tampoco intuía que su presencia en los espacios públicos lo convertía a los ojos de las autoridades en un “precoz vagabundo” con intenciones criminales, lo cual se debía más al buen ojo de la policía para identificar sospechosos aún sin contar pruebas concretas: “Se trata de una criatura que si bien no se le imputa ningún delito, tiene predisposición. Es inteligente y simula con asombrosa naturalidad”.²³⁰

El peligro real que encerraba para los niños este tipo de vagabundaje estaba dado por el contacto que podía implicar con la vida al margen de la ley. De allí que su encierro se hiciera muchas veces bajo una premisa preventiva. No obstante, un 13,3% de los internos del AMV habían ingresado por cometer robos y hurtos. Y este, ciertamente, era el delito que asumía mayores proporciones, a juzgar no solo por lo que reflejan las estadísticas sino también por el eco en la prensa periódica. Un

²²⁸ *La Voz del Interior*, 8 de abril de 1911.

²²⁹ *La Voz del Interior*, 9 de agosto de 1911.

²³⁰ *La Voz del Interior*, 10 de agosto de 1911.

día de invierno de 1911, José Grispoor denuncia en la comisaría segunda que su caballerizo, un “chiquilín” que tomó a su servicio pocos días atrás, le ha robado un capote impermeable. La policía logra dar con él y lo pone a disposición del Defensor de Menores. Corre septiembre de 1914 y el menor Emanuel Sosa es detenido por un agente de tráfico, luego de haber sacado un tarro de café de una tienda ubicada en el centro de la ciudad. Hacia diciembre del mismo año, Justo Sánchez ingresa en un almacén en ausencia de su dueño. Con rapidez saca 25 pesos del mostrador y un tarro con monedas, aunque su huida no alcanza a ser tan sigilosa como su ingreso. Lo persiguen y no logran atraparlo. Pero la corrida es en vano. Su botín queda desparramado por toda la vereda. El ciudadano ruso Aron Fubank da cuenta a la policía que le ha desaparecido un saco de casimir. Sospecha de un menor a quién apodan “El medio bote”. Lo logran detener en la mañana del 6 de febrero de 1917, cerca de su casa, en los suburbios de la ciudad.²³¹ Estos sucesos, algunos de los muchos que llenan las columnas de la sección policiales de la prensa local, escenifican una de las prácticas delictivas más transitadas por los menores en este periodo. Las “raterías”, arrebatos, hurtos, robos en pequeña escala, eran llevados a cabo por niños y jóvenes que decidían obtener de lo ajeno aquello que carecían. La contextura física, generalmente delgada y pequeña, conspiraba a favor en la tarea de escabullirse ante la mirada de comerciantes y transeúntes. Por la misma envergadura de esta clase de delitos los botines consistían en dinero sustraído de almacenes, como el caso relatado, u objetos pequeños y fáciles de esconder entre las ropas. También frutas, verduras y otros comestibles que resultaban tentadores para los estómagos de niños impulsados a robar muchas veces por el hambre. En los barrios alejados del centro, donde se hacía más común la tenencia de algún animal de cría por parte de las familias, también se sucedían robos de cabras utilizadas para obtener la leche o de huevos y gallinas. Francisco Álvarez, apodado “Bombilla”, no tuvo reparos en hacerse con aves de este tipo:

“Presentose en la seccional 4ta de policía Don Jacinto Gonzalez, denunciando haberle sido hurtado de su domicilio, nueve gallinas y un gallo criollos, que valúa en 25 pesos nacionales [...] Al ser interrogado el detenido sobre el hecho que le es imputado; coincide con la denuncia, pues refiere, que en la fecha y lugar que esta indica, hurtó “como nueve o diez gallinas que las colocó en una bolsa”, agregando después la forma y medios que puso en práctica para ocultarlas, hasta el momento de venderlas en una almacén, por un precio de seis o siete pesos”.²³²

En estos casos, lo común era que actuaran solos. Veían la oportunidad y se lanzaban por cuenta propia, en un gesto espontaneo para hacerse con algo de valor. La prensa abundaba en calificativos

²³¹ *La Voz del Interior*, 2 de junio de 1911, 8 de septiembre de 1914, 23 de diciembre de 1914, 6 de febrero de 1917.

²³² Protocolos de Autos y Sentencias de los Juzgados de Instrucción y Menores, Primera Circunscripción Judicial, años 1915 - 1917, f. 160/161, APJC.

que convergían en el estereotipo de “menor raspa” o “pequeño ratero”. Los títulos en ocasiones no solo sellaban el estigma sobre esos chicos devenidos en “delincuentes precoces”, sino también auguraban su porvenir: “Menor que promete”, titulaba *La Voz del Interior* antes de describir las andanzas de Ricardo Romero, luego de hacerse con unas prendas de vestir ajenas.²³³

Ciertos casos de robos individuales ganaban en complejidad, lo que alimentaba también las fantasías y el despliegue narrativo de una prensa sensacionalista que se mostraba sorprendida por un hecho de esas cualidades. Ramón Altamirano se ganó sus breves renglones de fama, luego de protagonizar un hurto que llamó la atención por el botín obtenido y la precocidad del autor. No frecuentaba la calle con la asiduidad de muchos de sus congéneres. Incluso se empleaba, con sus trece años, en la pinturería de los Señores Sapia, bastante conocida en los negocios del rubro. No obstante, rompiendo vidrios y puertas de una casa donde su tía se empleaba como doméstica, se hizo con joyas de gran valor. Más que los objetos malversados, lo que despertaba la sorpresa de la prensa era la actitud asumida por Ramón ante las autoridades policiales, una postura digna de un “futuro residente de los presidios”:

“En efecto, con una franqueza y cinismo poco común en personas de esa edad, reveladoras tan solo de un espíritu con tendencias a la delincuencia, que desde ya empieza a manifestarse, dijo que para efectuar el robo se había valido de un martillo y un destornillador [...] Que para alejar cualquier sospecha sobre él, abrió todas las puertas haciendo creer así que los autores eran personas ajenas a la casa”.²³⁴

Los adultos se sorprendían aguardando otra reacción ante el interrogatorio, más cercana al arrepentimiento y la culpa ante el ilícito, o al temor ante la autoridad. Este “precoz delincuente” no parecía encajar con las actitudes esperables en la niñez “normal”.

El escamoteo y el engaño ante el poder policial eran prácticas bastante frecuentes en los niños detenidos. Por caso, solo luego de intensos interrogatorios solían confesar sus andanzas. En este sentido, la crónica policial del 23 de marzo de 1917 da un detalle esclarecedor. Desde hacía tiempo la comisaría primera tenía conocimiento de que varias familias se quejaban de sucesivas raterías cometidas sin que se pudieran encontrar el autor o los autores. Cercanas las 20 horas de aquel día, un agente sorprendió a dos menores que llevaban una “preciosa muñeca cuyo costo podía apreciarse a simple vista, en unos 50 pesos”. Ante el interrogatorio de rigor, uno de los dos contestó rápidamente que los habían mandado llevarla hasta Pueblo Nuevo. Solo ante las insistentes preguntas terminaron por confesar que la habían sustraído de la casa de Mercedes Pastor de Posadas, en calle Santa

²³³ *La Voz del Interior*, 8 de noviembre de 1917.

²³⁴ *La Voz del Interior*, 30 de noviembre de 1913.

Rosa.²³⁵ La premeditada actitud evasiva de estos menores da cuenta de las tácticas desplegadas para eludir la averiguación policial. No se trataba solo de cometer el delito. Ante la posibilidad de que se descubra, debía negarse hasta la última instancia, sin importar la autoridad del uniformado.

Por natural disposición a la empatía hacia congéneres que experimentaban realidades similares, o la sociabilidad muchas veces forzada que el tránsito por la calle establecía entre quienes la habitaban diariamente, estas “raterías” se realizaban principalmente en grupo. Dos, tres, cuatro, incluso más chicos de edad variada pero que generalmente no superaban los 15 años, se asociaban en la búsqueda atenta de alguna recompensa material. Como aquella “gavilla de menores vagos y rateros” de entre 10 y 15 años que la seccional segunda se jactaba de haber apresado en septiembre de 1913, ya que al parecer solían merodear por el Mercado Norte a la caza de la oportunidad para hacer víctima a los diversos puestos de frutas y legumbres.²³⁶

El suceso del 4 de diciembre de 1914 ilustra los movimientos y la dinámica seguida por los “menores raspa”. En los Bajos de Galán, un barrio a unas cuantas cuadras del centro de la ciudad, un español atendía un almacén de comestibles y artículos varios. Al dejar solo el negocio por un momento, dos “pibes” que merodeaban por el frente del local se decidieron a entrar, saltar por encima del mostrador y apoderarse del dinero que había en la caja. Justo en el momento en el que “alzaban vuelo” el dueño alcanzó a reconocer a uno de los dos. Le pareció inconfundible la silueta de Luis Montivero, apodado “El Guaso Gordo” (Imagen 13), que habitaba el mismo barrio y junto a otros “compinches” acostumbraban a juntarse precisamente frente al almacén que habían elegido como blanco. Tres horas después de radicada la denuncia, la policía detuvo a los implicados. Consigo llevaban solo diez pesos de los veinticinco que habían sustraído. El resto, según testificaron, lo habían “gastado malamente y en chucherías”. Ambos habían sido procesados ya por delitos similares. Uno por el robo de dos canarios y el otro por sustraer un sifón de soda, que luego de beber su contenido había logrado vender por un par de monedas. Según testimonios de los damnificados, los dos eran inseparables a la hora de “cometer pillerías”.²³⁷

En noviembre de ese mismo año, la policía decía haber desbaratado otra pandilla de menores que operaban de la misma forma. Mientras uno hacía de vigía, los otros aprovechaban a sacar lo más que podían de las jardineras de reparto momentáneamente abandonadas por los conductores al entregar los artículos. También sustraían ropas de las ventanas abiertas que daban a la vía pública, utilizando ingeniosamente ganchos fabricados con alambres obtenidos en obras en construcción y que daban pruebas de una frondosa imaginación juvenil. La prensa publicaba los nombres de los detenidos, de 13 y 14 años, incorporando también sus apodos: Miguel Cortez, “La Liebre”; Cipriano

²³⁵ *La Voz del Interior*, 23 de marzo de 1917.

²³⁶ *La Voz del Interior*, 21 de septiembre de 1913.

²³⁷ *La Voz del Interior*, 4 de diciembre de 1914.

Sosa, “El chispa”; Tomás Frentes, “Mascota”; Alfredo Abat, “Leñita”; Ramón Vergara, “El negro bataraza”.²³⁸

La policía instaba a los comerciantes a no comprar objetos presumiblemente robados, ya que podían ser acusados de encubrimiento. De hecho, la única manera que tenían de poder transformar el botín en dinero era la venta en diversas casas de comercio o a vecinos oportunistas que buscaban hacerse de objetos de mucho valor a precios irrisorios. Así lo manifestaban los cinco menores detenidos en los primeros días de diciembre de 1911, cuando respondieron que los cueros de cabritillas, de cabritos y de zorros que habían sacado del carro de un comerciante los habían vendido a otro vecino en la suma de \$5 que repartieron en partes iguales.²³⁹ No obstante, algunos dueños de tiendas de la ciudad se negaban a entablar negociaciones con menores. Tal el caso de Francisco Bauque, que en la mañana del 18 de octubre de 1913 se le presentó en el local un niño ofreciendo una cantidad de discos de gramófono. Al sospechar que podía tratarse de un hurto dio aviso a la policía, la que terminó aprehendiendo a Pedro Quinteros, Rafael Gerona y Esteban Zonis. Las sospechas de Bauque eran acertadas: los menores detenidos habían sustraído del salón de la congregación de los Josefinos los 18 discos de gramófono, junto a 3 cintas cinematográficas y un juego de bolas de villar que sí habían logrado vender.²⁴⁰

Más allá del oportunismo de algún comerciante, la complicidad de los adultos solía estar detrás de las acciones delictivas. Dos comerciantes de origen turco, Sabdála y Amín Hayy, se hacían con las mercaderías sustraídas por una pandilla de menores hacia 1914. Pero no solo eso. De las averiguaciones policiales se obtuvo que en realidad eran ellos los que los instigaban a delinquir. Los “pequeños ladrones” tenían una rutina armada en la que se presentaban a diversas horas del día en los negocios y mientras uno entretenía con simulaciones de compras al dueño, otros dos “afanaban” y cargaban con cuanto podían. Como tenían un lugar seguro para las ventas “iban sin cuidado a hacer correrías, siempre con mucho tino”. Los dos adultos vendían luego las mercaderías en ciertos lugares donde el origen ilegal de las mismas no fuera un problema. Así hicieron, por ejemplo, con la tanda de pares de botines para mujer que colocaron en el prostíbulo atendido por Camila Flores.²⁴¹

En ocasiones los menores mostraban cierta osadía para ejecutar atracos de importancia, protagonizando otra forma de delito más organizada que las raterías o hurtos menores. Verdaderos robos que ponían a los pequeños ejecutores a la par de adultos experimentados. Rodolfo “La Chancha” Olmos, Martín “Gallina” Freytes y Cipriano “El Negro Chispa” Sosa se dirigían hacia la plaza España en la madrugada del 14 de enero. Con 10, 14 y 11 años respectivamente habían resuelto

²³⁸ *La Voz del Interior*, 13 de noviembre de 1917.

²³⁹ *La Voz del Interior*, 3 de diciembre de 1911.

²⁴⁰ *La Voz del Interior*, 18 de octubre de 1913.

²⁴¹ *La Voz del Interior*, 6 y 8 de enero de 1914.

pasar la noche allí. Merodeando por la zona del mercado, entre los carros que esperaban a la apertura de los puestos, observaron que la zapatería Hombravella y Cia. se encontraba con la persiana entreabierta. Rompieron el vidrio y se introdujeron en el local llevando todo el calzado que les fue posible. Dieciséis pares en total, un resultado más que favorable para los pequeños aficionados. El dueño del local y el oficial encargado de esclarecer el hecho sospechaban de una “banda de experimentados delincuentes”. El hecho no se hubiera esclarecido, quizás, de no mediar un inoportuno testigo:

“Ya en la plena convicción de lo sucedido, el señor Hombravella comentaba lo ocurrido en la puerta de calle, cuando se le aproximó un menor, manifestándole que conocía a uno de los rateros y le dio un apodo y filiación del tal. El damnificado solicitó su detención. El menor delator era uno de aquellos que se aproximaban al lugar del hecho cuando los otros salieron a la fuga. El agente de facción en las inmediaciones ignoraba absolutamente lo ocurrido y ni la sospechosa presencia de los menores vagos había notado”.²⁴²

Si bien se pierden los rastros del delator anónimo, su actitud nos previene de idealizaciones acerca de una posible camaradería extendida entre aquellos que sorteaban las mismas o similares vicisitudes cotidianas. Bien podría haber callado u omitido lo visto. Incluso negociado su silencio con sus congéneres para obtener parte del botín. Y aunque su testimonio haya servido para el esclarecimiento del delito consumado, tampoco debe llevarnos a observar apresuradamente allí mayores cualidades morales que los otros tres “amigos de lo ajeno”. El contacto con el mundo de la calle, las experiencias cotidianas de los marginados, abandonados y sin hogar, volvía demasiado porosa esa zona fronteriza entre lo legal e ilegal.

No era sencillo tampoco abandonar los hábitos aprehendidos, por más que estos implicaran ir a contramano de las buenas costumbres demandadas a la población infantil. La reincidencia en el delito era una constante para muchos, incluso luego de haber tenido más de una estancia en el AMV. Podemos detenernos en la génesis y formación de un futuro ladrón consumado. En los primeros días de agosto de 1917, la señora Clementina Posse fue víctima de un robo a su domicilio. Una bandeja y un jarrón, ambos de plata, cuyo valor rondaba los \$100. El plan estuvo tan bien ejecutado, que la policía no pudo recabar ninguna pista que los llevara directamente a algún sospechoso. Diez días después encontraron los objetos sustraídos en un almacén de comestibles. Habían sido vendidos allí por “distinguidos ladrones” que contaban ya con varias entradas a la policía. Entre ellos se hallaba Luis Montivero quien dos años antes había protagonizado con un compañero el hurto de los 25 pesos en el almacén de los Bajos de Galán, al cual hemos hecho referencia. Sus repetidas estancias en el

²⁴² *La Voz del Interior*, 14 de enero de 1915.

AMV no lograron “corregir” su afición por esta actividad, de allí que la prensa publicara su fotografía con el siguiente epígrafe: “Luis Montivero (a) “El Guaso Gordo”, menor que ya ha pasado a la categoría de célebre en su triste profesión” (**Imagen 13**).²⁴³

Imagen 13

Luis Montivero, apodado “El Guaso Gordo”, llamaba la atención de la prensa local por su afición al delito.

Fuente: La Voz del Interior, 21 de septiembre de 1913.



Lo que el caso de Luis revela no es tanto su individual disposición al delito, como las relaciones tejidas en los espacios de sociabilización frecuentados por chicos de su edad. Con 15 años participaba de las reuniones protagonizadas por jóvenes como él en las aceras del barrio. Al tiempo, ya se lo podía encontrar irrumpiendo en propiedades ajenas en compañía de adultos con frondosos prontuarios policiales. Esto no significa que todos los niños que compartían las experiencias de una vida marginal hayan tenido idénticas trayectorias. Más bien ayuda a entender las preocupaciones de quienes alzaban sus voces ante la “vagancia” infantil, ese tránsito indebido de los niños por las calles sin ningún destino fijo ni ocupación aparente, al tiempo que permite comprender los esfuerzos de la clase dirigente por retirar a los menores de esos espacios y recluirlos en internados:

“Urge obligar al niño a la vida de hogar, no solo por los peligros que importa para su persona física la permanencia continua en la calle, sino también por las perniciosas enseñanzas que recoge y que matan su inocencia. Es en la calle donde el pequeño cosecha las primeras sombras de su espíritu y donde escucha las primeras lecciones de la maldad. Fácilmente progresa en su conciencia inexperta, abierta a todas las voces el consejo del amigo iniciado en el delito o se rinde a las gestiones instintivas falto de una mano piadosa que lo guíe en los primeros pasos de su existencia”.²⁴⁴

El caso de Luis, quien con escasos años supo forjar una carrera delictiva prometedora, simboliza el destino que trataba de evitarse para la amplia mayoría de los niños de sectores

²⁴³ *La Voz del Interior*, 25 de agosto de 1917.

²⁴⁴ *Los Principios*, 12 de enero de 1923.

populares. Y al mismo tiempo, es un ejemplo de los vanos esfuerzos correctivos realizados por el Estado y sus instituciones de castigo y corrección. En este sentido, a raíz de la frecuencia con que las seccionales eran llamadas a intervenir en delitos cometidos por menores de edad, las autoridades de la Policía de Córdoba elevaron al poder ejecutivo un proyecto de creación de una colonia de reclusión para menores delincuentes a semejanza de las que existían en la Capital Federal. La fundamentación estaba dada además por la inconveniencia de recluir a esos menores junto con los delincuentes mayores, “pues los resultados como se comprenderá serían negativos”.²⁴⁵

Existía cierta confianza depositada en los beneficios que la escuela y/o el tránsito laboral podían tener sobre la infancia popular, sobre todo al alejar a los niños de la mala vida. Sin embargo, esta supuesta infalibilidad no era tal en algunos casos. O por lo menos, para Norberto no representó un impedimento para iniciarse en el delito con sus amigos. Empleado como mensajero en el Ferrocarril Central Córdoba, un día se le acercó un “muchacho amigo” con quien entabló el siguiente dialogo:

“-¿Pande vai, che?

- Al trabajo

- Cuanto ganai?

- Cuarenta pesos por mes

- Vení a robar con nosotros y vai a ganar el doble por semana”.²⁴⁶

El lenguaje coloquial reproducido por la prensa intentaba simular los dialectos del suburbio, la forma de hablar propia de los compadritos de clases populares, frases rastreables incluso en las representaciones del circo criollo o las letras de tango de amplia difusión en esos años. Con el robo de un poncho a su padre y la posterior huida del hogar, Norberto aceptó el convite de su amigo para reunirse “con otros vagos”, dejando sus ocupaciones laborales. Supo mostrar una enorme destreza al trepar las columnas de alumbrado público, caminar las cornisas y saltar los techos, todas acciones que había demandado el golpe asestado en una de las habitaciones del Hotel Roma. Una valija con distintas prendas de vestir había sido el sustancioso botín obtenido, el cual habían ocultado en una obra en construcción sobre la calle Duarte Quirós, junto a sábanas, colchas, chalecos y camisas procedentes de otros hurtos cometidos.

El “consejo” o “invitación” de amigos y conocidos era una de las tantas puertas de entrada atravesada por los menores que comenzaban a delinquir. El contacto con estas prácticas era muy común para quienes andaban por las calles de la ciudad o se apostaban en las esquinas a pasar el

²⁴⁵ *La Voz del Interior*, 13 de noviembre de 1913.

²⁴⁶ *La Voz del Interior*, 16 de julio de 1921.

tiempo. Ernesto Gauna, miembro de una banda que asestaba hurtos en pequeña escala, no tenía temor en confesarse autor de un robo de un violín en el interior de una casa. Pero le explicaba al oficial de investigaciones, no obstante y a modo de descargo, que había sido instigado por sus otros dos compañeros en momentos que se hallaban en la confitería El Obrero ubicada al frente de la plaza central de la ciudad (**Imagen 14**).²⁴⁷

Imagen 14

Ernesto Gauna, Guillermo Luna y Sebastián Bustos, autores de varios hurtos en pequeña escala hacia 1916.

Fuente: La Voz del Interior, 23 de diciembre de 1916.



Del conjunto de problemáticas asociadas a la minoridad, el ejercicio de la delincuencia por niños y jóvenes fue el que supuso mayor impugnación por parte de las autoridades de gobierno e incluso la opinión pública. El resguardo de la propiedad privada no alcanza, sin embargo, a explicar sus motivos. De modo general puede advertirse la molestia por la precocidad con que niños y jóvenes han asimilado prácticas y costumbres en conflicto con la ley. Saberes, idiosincrasias, rutinas propias de una cultura plebeya pero más acorde al mundo adulto, y por tanto, condenables en las esferas de la niñez. El robo, el hurto, el engaño escandalizaban por sí mismos la moral de la sociedad. Pero se volvían más perturbadores en tanto y en cuanto eran los hijos quienes los practicaban. Y serán la familia, el Estado y la sociedad civil quienes carguen con el peso de las exigencias que demande asegurar el tránsito adecuado de esos menores a través de una infancia normalizada en la escuela y el hogar.

²⁴⁷ *La Voz del Interior, 23 de diciembre de 1916.*

El lado más triste de las cosas

Román Altamira moría en una sala del Hospital San Roque, luego de batallarse entre la vida y la muerte, en una calurosa tarde del verano de 1925. No nos interesa tanto el difunto, ni la patética causa de su deceso a manos de un asesino alcoholizado apodado “El Rengo Mariño”. Sí, en cambio, su consecuencia: “niños sin hogar y desamparados, que más tarde consumen en un mar de desencanto cuando en ellos empezaba a florecer la primavera de la vida”.²⁴⁸ Allí se hallaba, justamente, “el lado más triste de las cosas” simbolizado en la orfandad estrenada por los cuatro hijos de Román, un ciudadano corriente y desconocido, a no ser por la tragedia que envolvió el final de su corta vida. La angustia, el dolor, la extrañeza causada por la muerte del padre era retratada por la prensa, dando el toque trágico a una noticia que necesitaba venderse. Los huérfanos posaban para la foto en un primer plano, vestidos con el color negro del luto correspondiente. La escena, sin embargo, no lograba captar algo más que la pérdida irreparable y por eso necesitaba explicitarse: la ausencia del padre proveedor, no solo del afecto y la contención, sino también del sustento material. La sombra de la miseria amenazante se revelaba más angustiante que el duelo (**Imagen 15**).



Imagen 15

“¿Qué será de esos pobres niños solos en el mundo? ¿Sin padres sin una mano amiga que les indique el sendero trazado por las almas nobles?”

Fuente: La Voz del Interior, 6 de febrero de 1925.

La pobreza era el origen de las manifestaciones más elocuentes, visibles y llamativas de la cuestión social, que comprendía también al mundo de la infancia. Partir de allí nos ayuda a entender que tanto el trabajo de los niños y niñas en todas sus variantes, la delincuencia ejercida en todas las formas, el tránsito continuo de menores en las calles, la ausencia de escolarización en una población etaria que se pretendía dedicada a ella, eran realidades agrupadas bajo el mismo común denominador. En este sentido, en los párrafos precedentes hemos intentado explorar esas distintas experiencias atravesadas por la población infantojuvenil cordobesa de principios de siglo. El hambre, la falta de techo donde pasar la noche, la ausencia de un hogar, la carencia de una vestimenta digna,

²⁴⁸ *La Voz del Interior, 6 de febrero de 1925.*

son situaciones rastreables en las vidas narradas ya en estas páginas. Aun así, conviene reparar en la pobreza material que marcaba la cotidianeidad de quienes atravesaron la modernización en las condiciones más desfavorables posibles.

El crecimiento económico de entresiglos no se cristalizó en amplios beneficios para todas las franjas sociales. Familias de escasos recursos seguían subsistiendo con magros ingresos que apenas alcanzaban para cubrir las necesidades más elementales. Esta situación, como hemos apuntado antes, impulsaba a los niños a los espacios públicos para buscar en la calle lo que no encontraban en sus hogares. En el barrio La Hilacha, por ejemplo, los cinco hijos de María de Domínguez pasaban ya cinco meses “sin atender el estómago”, debido a la enfermedad del jefe de familia que lo imposibilitaba de cumplir con el trabajo (**Imagen 16**).²⁴⁹ Cuadros de miseria semejantes se multiplicaban en las páginas de una prensa atenta a retratar escenas en donde la pobreza se denunciara con toda su crudeza. La falta de alguno o de ambos padres era una de las principales culpables de la desgracia de niños que debían afrontar esa carencia. Y si el sustento no se hallaba en la casa, tenía que buscarse en las calles de diferentes maneras.

Imagen 16

María Domínguez y sus cinco hijos, protagonizando una escena de privaciones que se repetía a diario en la ciudad.

Fuente: La Voz del Interior, 12 de agosto de 1925.



Los niños de clases populares recurrieron también, al igual que los adultos, a diversas estrategias de subsistencia como el ingreso al mundo del trabajo o la apropiación de lo ajeno por vías delictivas. La calle se convirtió paulatinamente en un terreno negociado y legitimado por las clases populares para encontrar ahí comida, lugares para dormir, trabajo y diversos tipos de sociabilidad.²⁵⁰ Incluso podían usufructuar la caridad ajena. Diversas instituciones laicas o religiosas, personas acaudaladas, sumado a tibias acciones esporádicas por parte de los estados municipal y provincial - más ausentes que presentes en la atención de las demandas sociales-, se encargaban de derramar la

²⁴⁹ *La Voz del Interior*, 12 de agosto de 1925.

²⁵⁰ Susana Sosensky, “La calle y los niños...” cit., p. 179.

caridad pasajera, insuficiente, pero igualmente importante para quienes la recibían. En las intersecciones de las calles Caseros y Artigas, manzana ocupada por el Colegio Santo Tomás de Aquino dedicado a la educación de los hijos de las élites, una escena singular tenía lugar en los meses de 1925. Mientras en su interior se educaban los internos, en una de sus calles laterales se agolpaban decenas de hombres, mujeres y niños de los barrios aledaños, formando “cuadros desconcertantes de miseria y de hambre”.²⁵¹ Todos los días, a la hora del almuerzo, el cocinero del colegio entregaba una ración de las sobras del almuerzo diario recibido por alumnos y profesores. Fuera de esos muros, los menos favorecidos esperaban su hora para obtener algo con lo que llenar sus estómagos. Entre los presentes, “los menores entregados a sus juegos revoltosos” pasaban el tiempo: “Una docena de chicuelos esperando la dádiva alimenticia. Fijaos en sus rostros. ¡A que no descubríis ni una sonrisa! Tocados ya por el dolor de la vida no pueden mirarla sino así, triste y duramente”.²⁵²

De igual modo, hacía 1916, el Estado daba 40 raciones de comida diarias a través del Regimiento 4to de Ingenieros con sede en Córdoba. Hacia allí se agolpaban también los niños, muchos descalzos, en provecho de la comida gratuita (**Imagen 17**).



Imagen 17

Oficiales del ejército supervisando la distribución de raciones de comida a niños pobres.

Fuente: La Voz del Interior, 27 de diciembre de 1916.

Estas oportunidades aprovechadas por los más humildes corrían en paralelo a otra práctica más extendida y censurada por las autoridades, como era el ejercicio de la mendicidad. En este sentido, la caridad derramada sobre los pobres y menesterosos reclamaba salvar de la desgraciada suerte a las víctimas reales de la indigencia, dejando fuera a aquellos que, en opinión de las autoridades, se aprovechaban de la caridad ajena. Hacia 1913, el Concejo Deliberante debatía la reglamentación sobre el ejercicio de la mendicidad en las calles y parajes públicos del municipio. En la discusión quedaban expuestas las miradas hacia un problema que algunos de los ediles consideraban como “aberrante”. En esencia, de lo que se trataba era de distinguir a aquellos que habían encontrado en la

²⁵¹ *La Voz del Interior*, 27 de julio de 1925.

²⁵² *La Voz del Interior*, 27 de julio de 1925.

miseria un modo fácil de vivir de los verdaderos necesitados. De allí que el proyecto de ordenanza fuera destinado a promover esa distinción y, al mismo tiempo, sancionar “el mal que causan los falsos mendigos, los que prostituyen el ejercicio de la mendicidad para satisfacer viles pasiones”.²⁵³

La actitud de pedir limosna involucraba a niños y adultos. Pero en la denuncia de los concejales se ponía de manifiesto el uso deshonesto de madres que iban por la calle acompañados de sus pequeños hijos, vestidos con harapos, para recibir el mayor óbolo que la lástima pudiera generar. De igual modo, muchos de los menores que deambulaban por las calles reclamando caridad eran obligados por sus progenitores, buscando el mismo efecto. La imagen retratada por el periódico local hacia 1917 daba cuenta de estas prácticas. La fotografía incluía en el primer plano los detenidos por la policía en la seccional novena, como parte de las medidas destinadas a extirpar la mendicidad callejera, que había llegado a constituir una verdadera plaga (**Imagen 18**).²⁵⁴

Imagen 18

Con el objetivo de “extirpar la mendicidad callejera”, la policía detuvo en la comisaría 9 en una sola jornada a 140 personas, entre adultos y niños, que se encontraban solicitando dádivas en la vía pública.

Fuente: La Voz del Interior, 28 de junio de 1917.



Uno de los ediles, Sánchez Buteler, expresaba la necesidad de sancionar la reglamentación ya que los mendigos, incluidos una pléyade de “niños harapientos”, molestaba a los transeúntes en las calles o al salir de los teatros a altas horas de la noche. El concejal Páez se sumaba a estas consideraciones argumentando que dichas prácticas eran “repugnantes” e “inmorales”, ya que

²⁵³ *Compilación de Ordenanzas y demás disposiciones dictadas por el Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba*, año 1913, V-2, A-1-40, f. 139, AHM.

²⁵⁴ *La Voz del Interior*, 28 de junio de 1917.

fomentaban los “malos hábitos” y la “vagancia”.²⁵⁵ El proyecto de ordenanza abordaba el problema proponiendo, al mismo tiempo, el asilo e internación en instituciones acordes a aquellos que realmente necesitaban la ayuda ajena. En los argumentos esgrimidos se traslucía una idea bastante extendida. No era digno de una ciudad que se pretendía moderna exhibir sus miserias. La pobreza, condición padecida por una porción importante de sus habitantes, era observada como un espectáculo degradante que reñía directamente con los ideales civilizatorios de las élites dirigentes. Y por eso mismo, junto con los cuerpos que la portaban diariamente, debía esconderse, recluirse y encerrarse en instituciones dedicadas a dicha tarea.

En la discusión muchos argumentaban la insuficiencia de locales destinados a recibir a los carenciados, lo que volvía impracticable la reglamentación. El concejal Martínez dejaba en claro que esto no debía ser impedimento para la sanción de la ordenanza, ya que él conocía los existentes, como el de niños desvalidos. Y si este se veía desbordado podía recurrirse al de los salesianos, que en su opinión era “mucho más práctico”.²⁵⁶ En un esfuerzo destinado a convencer a sus interlocutores, recurría a su autoridad moral que lo habilitaba para opinar de los temas tratados. Autoridad obtenida al haber penetrado en las “inmundas bohardillas y palpado las miserias de la vida”. Solo internando a las criaturas en los asilos se las podría arrancar del “lecho del dolor para salvarlas de una pérdida segura”.

En su estudio sobre la delincuencia en los menores, Bermann incluyó el fenómeno de la mendicidad unido al del vagabundaje. Ciertamente que ambas prácticas se conjugaban y en ocasiones poco se diferenciaban. Para mendigar había que recorrer las calles, frecuentar las mesas de los bares, pedir en los atrios de las iglesias, deambular por los mercados y otros sitios comerciales que favorecían la concentración de personas a quienes pedirles una moneda. Y esto podía incluir a quienes erraban por las calles por falta de hogar, como a aquellos que eran impelidos por sus propios progenitores. En su clasificación, Bermann distinguía los vagabundajes de tipo “social” y “patológico”, de una tercera forma que adoptaba dicho fenómeno y que él llamaba de “tipo económico o de desocupación”. Este, un problema que atravesaba el mundo adulto, también involucraba a los niños lanzándolos a la calle. Y allí se encontraba el germen de futuras “pandillas y grupos de hábitos equívocos” que ocasionaban más de un problema a la policía. La causa profunda de la ocupación infantil del espacio público hallaba su explicación en razones económicas que, según

²⁵⁵ *Compilación de Ordenanzas y demás disposiciones dictadas por el Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba*, año 1913, V-2, A-1-40, f. 139, AHM.

²⁵⁶ *Ibidem*. La “practicidad” destacada por el concejal deja ver un rasgo de la política social de esos años, donde las autoridades estatales eran propensas a dejar en manos de instituciones privadas la atención de diversas problemáticas sociales, en parte por la conveniencia económica para las cuentas fiscales. Con respecto a los lugares disponibles, el colegio de los salesianos, como veremos, también se mostrará insuficiente frente a la demanda de asilo por parte de las familias pobres.

la aguda observación del profesor de medicina legal, desbordaban ampliamente las soluciones ancladas en la represión por parte de las fuerzas del orden público.²⁵⁷

La presencia infantil llegó a ser notable en las calles de la ciudad, al punto de que el Estado provincial comunicó la intención de realizar un censo de los niños de siete a doce años de edad “huérfanos, o que por las condiciones morales y económicas de sus padres, no se encuentren estos habilitados para proveer a la educación eficazmente de ellos”. Lejos de ser originales, las motivaciones del ejecutivo retomaban las consideraciones que ya circulaban en la opinión pública: “Que como puede notarse en esta misma capital, constantemente aumenta el número de niños de corta edad que vagan por las calles, solicitando la caridad pública o dedicados a oficios como la venta de diarios [...]”²⁵⁸ No hemos podido hallar rastros de ese censo, por lo que dudamos que se haya realizado efectivamente. De todos modos, si recurrimos al municipal de 1906, tenemos que en la ciudad de Córdoba se contaban 491 huérfanos menores de 14 años, de los cuales 12 eran extranjeros.²⁵⁹

La exclusión de los beneficios materiales del progreso parecía ser un aspecto subsidiario para quienes consideraban que el aumento de “la muchedumbre de niños” que tenían por hogar la calle se debía, principalmente, a la decadencia de la familia obrera. En esencia, este era un “vicio de la vida urbana” que no hacía sino acrecentarse con la expansión de la ciudad. Las viviendas reducidas, la inercia de las autoridades, el relajamiento de los vínculos de familia, las exigencias de las industrias que sustraían durante el día a los padres eran, en conjunto, ejemplos de la “decadencia de la potestad paterna”. En el centro del problema se hallaba un elemento moral y hacia allí debían enfocarse los esfuerzos de prevención:

“Urge obligar al niño a la vida de hogar, no solo por los peligros que importa para su persona física la permanencia continua en la calle, sino también por las perniciosas enseñanzas que recoge y que matan su inocencia. Es en la calle donde el pequeño cosecha las primeras sombras de su espíritu y donde escucha las primeras lecciones de la maldad. Fácilmente progresa en su conciencia inexperta, abierta a todas las voces el consejo del amigo iniciado en el delito o se rinde a las gestiones instintivas falto de una mano piadosa que lo guíe en los primeros pasos de su existencia”.²⁶⁰

Estas miradas parecían no advertir algunas realidades más complejas que la de padres desentendidos de sus hijos y niños desobedientes de los mandatos de sus progenitores. ¿Qué vida de

²⁵⁷ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 295.

²⁵⁸ *La Voz del Interior*, 28 de junio de 1916. No hemos podido hallar rastros de ese censo, por lo que dudamos que se haya realizado efectivamente.

²⁵⁹ Municipalidad de Córdoba, *Censo General...* cit.

²⁶⁰ *Los Principios*, 12 de enero de 1923.

hogar les podía esperar a cualquiera de los tres hijos de Catalina de Salazar, cuando en el invierno de 1925 acompañaban a su madre, enferma de traumatismo articular, en el pedido de auxilio?²⁶¹ Al menos las tres criaturas podían conformarse con tener alguien que velara por ellos. El mismo invierno también azotaba - y de la peor manera - a los que hacían vida nocturna en las calles. “Millares de niños pobres desarrapados y entumecidos por el frío” constituían el oprobio de una ciudad “opulenta y caritativamente católica”.²⁶²

Los hogares reclamados por aquellos preocupados por los males de la calle tenían poco que ver con las viviendas de los suburbios habitadas por la mayoría popular de la ciudad. Barrios desprovistos de agua corriente y de obras de salubridad, habitaciones mal aireadas, sin luz ni suficiente sol, antisépticos indispensables según los preceptos higiénicos de la época. Caseríos habitados sobre todo por “obreros que viven casi siempre en hacinamiento”.²⁶³ Condiciones que aumentaban el riesgo de que los niños que habitaban dichos espacios insalubres adquirieran enfermedades como difteria, neumonía, bronquitis e incluso tuberculosis. Esas condiciones de vida conspiraban a favor de la presencia infantil en los espacios públicos. La falta de espacio para las actividades lúdicas de niños que también buscaban jugar y divertirse, hacía que la ciudad se mostrara como un ámbito de libertad donde expandir deseos y curiosidades.

La circulación permanente y nutrida de niños y jóvenes podía volverse peligrosa en una ciudad de ritmo vertiginoso y en crecimiento. No solo por una cuestión moral sensible al ánimo civilizador de las autoridades. Era, también, una amenaza real a la integridad física de quienes habitaban cotidianamente las calles sujetos a innumerables peligros y accidentes. Reparemos en algunos sucesos ocurridos por esos años. Emilio Domínguez, de 7 años de edad, juega con amigos en las inmediaciones del corralón municipal, hacia 1911. Un carro cargado de aserrín y el descuido de su conductor provocan que él, por ser “el menor y más distraído en sus juegos” resulte con graves lesiones, al punto que hacia la tarde de ese 30 de marzo los médicos del Hospital de Niños esperan un desenlace fatal.²⁶⁴ Cuatro años más tarde, en la zona céntrica de la ciudad, el pequeño Salomón es embestido por un automóvil hiriéndose gravemente la pierna. La violencia del impacto hace que la prensa reitere, no sin cuotas de morbo, las imágenes desgarradoras de la escena. En el mismo hospital donde fuera internado Emilio, los médicos se sorprenden de la gravedad del traumatismo del paciente de 11 años, sin abrigar demasiadas esperanzas sobre su recuperación.²⁶⁵ En una mañana primaveral de 1916, el conductor de una chata no repara que Antonio, un mocoso de apenas 5 años,

²⁶¹ *La Voz del Interior*, 7 de julio de 1925.

²⁶² *La Voz del Interior*, 4 de julio de 1925.

²⁶³ *La Voz del Interior*, 17 de noviembre de 1917. Según el censo municipal de 1906, en la ciudad de Córdoba el término medio de habitantes por pieza era de 20.

²⁶⁴ *La Voz del Interior*, 30 de marzo de 1911.

²⁶⁵ *La Voz del Interior*, 22 de enero de 1915.

se sube en la lanza con la cual tira una jaula rodante por la Avenida 24 de septiembre. Al perder el equilibrio no puede evitar ser atropellado por las mismas ruedas del carro. Recién a la noche, un familiar cercano a la madre se apresta a reconocer el cuerpo de Antonio en la morgue.²⁶⁶

La imprudencia, presumida natural en la edad de los accidentados, se acusa en los tres relatos como la responsable de dichas tragedias. Sin embargo, algunas lecturas del fenómeno reparaban en otras complejidades:

“Todos los días ocurren desgraciados accidentes de los que resultan víctimas tiernos infantes de corta edad. La mayor parte de estos accidentes, son debido a que muchos padres y madres, a fin de evitar la bulla que sus hijos hacen dentro de la casa, los mandan a jugar a la calle. Es este también una causa de que en la época en que vivimos las habitaciones son sumamente pequeñas, y los patios tan reducidos que los pobres chicos no pueden ni jugar, ni siquiera ver un rayito de sol que es parte de la vida en la niñez [...] es la ubicación de las plazas que la mayor parte se encuentran bastante distantes de los barrios donde más chicos habitan; que son los barrios obreros”.²⁶⁷

La pobreza no solo se limitaba a las necesidades materiales, de la cual el hambre y el frío eran expresiones nítidas y palpables. También generaba las condiciones para una vida insegura para cientos de menores expulsados por las necesidades de sus hogares. ¿Cómo rastrear las huellas que las vicisitudes de una vida demasiado dura dejaban, no solo en los cuerpos, sino también en las conciencias de quienes la padecían? Aun con la dificultad que entraña visibilizar esto, la experiencia de Carlos en la exposición agrícola de 1919 dejaba entrever algo más que una nota pintoresca. Consciente de las privaciones que le tocaba vivir, con el manojito de frutas de algarrobo que aportaba frente a los productos de los mayores comerciantes de la ciudad, traducía sus carencias: “Yo quería concurrir con algo y he recogido esto en el campo. Es lo único que los pobres podemos traer a la exposición”.²⁶⁸ La voz de los precarizados, frágil y vulnerable, se hacía presente en las palabras de ese jovencito de doce años.

Infancia y desigualdad

Las formas de vulnerabilidad que emergen de los diferentes rostros de la niñez desvalida son expresiones de las desigualdades estructurales que atravesaron la sociedad cordobesa en esos años.

²⁶⁶ *La Voz del Interior*, 18 de noviembre de 1916.

²⁶⁷ *La Voz del Interior*, 1 de febrero de 1925.

²⁶⁸ *La Voz del Interior*, 23 de enero de 1914.

Las ocupaciones y actividades realizadas, las condiciones materiales de existencia, el grado diferencial de acceso a distintos tipos de consumos culturales, constituyen algunos de los rasgos más evidentes de un fenómeno que atravesó también al mundo infantil. Una lectura en estos términos implica despegarse de las interpretaciones atentas a observar en fenómenos como la pobreza, la delincuencia y la marginalidad, una norma inmutable de las sociedades, para pensar los mecanismos en que dichas condiciones de existencia fueron creadas, reproducidas y perpetuadas.²⁶⁹

La heterogeneidad de la sociedad se reflejaba en el mundo infantil. Julio Oróñez, entre los “niños”, posaba sentado en un escritorio estilo victoriano en compañía de su madre, para escenificar la realización de deberes que el trayecto escolar demandaba (**Imagen 19**).²⁷⁰ Miguel Gómez, en cambio, “menor” de trece años, no demostraba hábitos tan serenos como los del pequeño Julio. Por eso era entregado a la policía bajo el cargo de “incurable”, según su propio guardador.²⁷¹ Ambos escenificaban la inequidad entre los que tenían familia, hogar y educación y los que solo padecían la orfandad, la carencia y el extrañamiento.

Imagen 19

Las páginas de *La Voz del Interior* solían retratar escenas cotidianas de los hijos de las familias de la élite cordobesa. Aquí, la señora Angélica Ferreyra de Oróñez acompaña a su hijo Julio en la realización de los deberes escolares.

Fuente: *La Voz del Interior*, 26 de enero de 1917.



La escolaridad establecía, en este sentido, una de las marcas definitorias entre ambos universos. No solo porque en el discurso de la clase dirigente aparecía consagrada como la principal

²⁶⁹ El subcontinente latinoamericano - y Argentina en particular -, se ha caracterizado a lo largo de su historia por generar formas de desigualdades sociales, económicas y culturales particularmente severas y persistentes, como la discriminación racial, étnica y de género, la diferenciación entre ciudadanos de primera y segunda categoría y la configuración de una modernización hecha sobre la base de una desigual distribución de los recursos y los ingresos. En las décadas recientes, se ha asistido al deterioro del mundo del trabajo, la segmentación del acceso a la protección social y la multiplicación de las brechas entre clases. Esto justifica y legitima la relevancia del estudio de la desigualdad como una variable significativa y distintiva. En efecto, el análisis de las desigualdades persistentes permite interrogar e interpretar los modos en los cuales, históricamente, distintas sociedades y culturas han reproducido, tolerado, ignorado e impugnado inequidades que han adquirido formas y dimensiones diferentes para asegurar su permanencia a lo largo del tiempo. Beatriz I. Moreyra, “Introducción al Dossier: Formas de desigualdad social en una sociedad en transformación. Córdoba (Argentina) a comienzos del siglo XX”, *Folia Histórica del Nordeste*, núm. 33, septiembre-diciembre, 2018, p. 87.

²⁷⁰ *La Voz del Interior*, 26 de enero de 1917.

²⁷¹ *La Voz del Interior*, 16 de marzo de 1911.

actividad reservada para la niñez, condenando al menor que no participaba como alumno. Al no asistir a la escuela, la carencia de competencias legitimadas que en la vida social brindaba el trayecto educativo imprimía en los sujetos un estigma que no podía sino perpetuar la desigualdad en el futuro. Los cinco “niñitos” del Dr. Juan Cafferata retratados hacia 1917, eran un ejemplo en este sentido. La vestimenta, el peinado y la gestualidad daban cuenta de una pose que debía exhibir las marcas de una educación, las comodidades de un estilo de vida y la imitación de modales observados en un determinado círculo social (**Imagen 20**). A la par, entre las calles Maipú y 25 de Mayo, pasadas las diez de la noche, dos menores de 12 y 16 años se trababan en una riña con golpes de puño y cortes de navaja. Ninguno de los dos podía hacer gala de la distinción y civilidad de cualquiera de los hijos de Cafferata. A estos les estaba reservado el protagonismo de la sección “Galería infantil”, donde posaban los hijos de la élite cordobesa, y a los menores que habían aprendido demasiado pronto las destrezas de los “compadritos de barrio”, la sección “Policiales”.²⁷² La adopción o no de determinadas formas de hablar, de expresiones corporales, e incluso de gustos, hablan de la relación entre las desigualdades y los hábitos de clase que ubican a los individuos en posiciones sociales determinadas.²⁷³

Imagen 20

Los hijos del reconocido doctor Juan Caferatta posando para la sección “Galería Infantil” de La Voz del Interior.

Fuente: La Voz del Interior, 22 de abril de 1917.



Muchas de las formas más perceptibles de la desigualdad atañían al capital cultural subjetivo adquirido por los individuos a lo largo de muchos años de socialización, porque aparentaban ser habilidades que merecían recompensas cuando en realidad eran resultado de inequidades previas.²⁷⁴

²⁷² *La Voz del Interior*, 22 de abril de 1917.

²⁷³ Pierre Bourdieu, *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988, p. 54.

²⁷⁴ Luis Reygadas, *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, Iztapalapa, Anthropos. 2008, p. 56.

Es posible observar el agudo contraste entre quienes encarnaban los criterios de normalidad establecidos para la infancia y aquellos que, como parte de un mundo completamente distinto, asimilaban los hábitos de una cultura popular. Por un lado, niños como Roque Senestrari, alumno del Colegio Santo Tomás que dominaba con habilidad la esgrima. La obtención de una medalla de plata otorgada por el profesor y la dirección del colegio céntrico de la ciudad daban cuenta de la pasión puesta por el muchacho en cultivar la técnica y la elegancia que caracterizaban dicha disciplina.²⁷⁵ Sin embargo, la opinión sobre los beneficios que el deporte derramaba en las naturalezas infantiles, no parecía encontrarse acerca de la práctica del “foot-ball” por parte de menores en la vía pública. Resulta llamativo, ya que los afectados al juego de la pelota, según los comentarios, no eran improvisados. Campeonatos bien organizados los tenían como protagonistas de una escena que se repetía a diario en la segunda cuadra de la calle San Martín, en pleno centro de la ciudad.²⁷⁶

Allí, los muchachos de la barriada no gozaban, como el joven Roque, del beneplácito de la opinión pública. Porque en realidad, en la queja de los vecinos y en su eco en la prensa se advierten las preocupaciones por los espacios que los niños no debían transitar. Los menores, como vimos, por su misma condición de vulnerabilidad ocuparon de forma real y en el imaginario dichos espacios y geografías marginales. Sintomático de esta ocupación diferenciada de los espacios eran los festejos del “Carnaval de los niños” en el jardín Zoológico de Córdoba, una ceremonia infantil donde el corso, los disfraces y las golosinas daban color a las jornadas veraniegas. El de marzo de 1920 no se trató de un burdo homenaje al Rey Momo. Por el contrario, los pequeños protagonistas representaron la comedia con un “alto valor moral y espiritual”. Estos rituales cargados de premios y obsequios eran, sin embargo, exclusivos para cierta clase social. Los allí reunidos ostentaban los apellidos de quienes no poseían mayores preocupaciones que la de procurar una sana diversión a sus hijos. Así se divertían desfilando las nenas de Grassano y Campagne, mientras “Angelito” Salustiano obtenía un premio al portar un traje de fantasía. Puede parecer una obviedad, pero su filiación referida en la identificación de estos chicos con nombre y apellido denota el alarde de una niñez de la que gozaban alegremente. Solo un diminutivo se escapaba alguna que otra vez, pero que delataba más que una burla el gesto de simpatía que arrancaban al cronista. No obstante, el mismo espacio ocupado por los carnavales infantiles se convertía cada 2 de diciembre en el escenario de la fiesta conmemorativa de los canillitas. Por ser este un oficio eminentemente callejero, también despertaba la desconfianza de aquellos que observaban con recelo la presencia de los menores en los espacios públicos. Frente a las críticas de algunos que veían en ellos falta de educación, o la apariencia de existencias marginales dedicadas a actividades mal habidas, es sugerente la respuesta en defensa del gremio que el mismo empleador realizaba, a modo de homenaje en su día:

²⁷⁵ *La Voz del Interior*, 6 de marzo de 1914.

²⁷⁶ *La Voz del Interior*, 23 de junio de 1914.

“Nosotros que los conocemos, que todos los días escuchamos sus palabras y hasta pretendemos adivinar todo el secreto que ocultan cada una de sus sonrisas, sabemos que son el fruto del amor triunfante, y que al lanzarse más tarde a las corrientes de la vida, no forjaron quizá ningún destino, porque ya la sociedad les determinó de antemano su puesto en el concierto general de los seres”.²⁷⁷

En ese “concierto general” al que aludía la metáfora social del redactor, a los menores retratados en estas páginas les tocó interpretar la melodía del trabajo, de la dádiva, del hurto. No era el caso de “Pedrito” Cuartucci, que por su corta edad y sus dotes actorales, maravillaba al público cordobés en el invierno de 1914. Como figura sobresaliente del teatro de Pablo Podestá, este niño soñaba con un futuro prometedor arriba de los escenarios. O como él mismo decía, quizá se le daba por “ser doctor o cura, que todo puede ser”.²⁷⁸ Un optimismo tenaz, propio de una mentalidad joven que guardaba las expectativas ofrecidas por una vida por delante. Una carrera abierta al talento en la que, sin embargo, para algunos no todo podía ser. No solo por las desventajas materiales que suponía la pobreza, sino también por los destinos reservados de antemano para quienes la padecían. Como veremos, en tiempos en los que el Estado asumió una actitud subsidiaria en la atención de las demandas sociales en todos sus aspectos, no pocas instituciones se abocaron a la intervención de los problemas asociados a la minoridad - vagancia, delincuencia, abandono -, a través de la creación de establecimientos especiales destinados a reformar hábitos y brindar una educación que desbordaba a las escuelas normales. La “caridad cristiana”, incentivo de muchas de esas entidades benéficas, al tiempo que atendía a las situaciones de pobreza no excluía la reproducción de las desigualdades de las cuales estas eran su consecuencia. Esas desigualdades que permeaban una sociedad en vías de modernización eran naturalizadas porque a la luz de las ideas cristianas, el pobre era una consecuencia natural de la desigualdad social a quien la caridad, y en defecto de ella la asistencia social, debía atender.²⁷⁹ La cita, por escueta, no deja de revelar una concepción lo suficientemente arraigada como para no cuestionar un fenómeno social que se presumía natural. El asistencialismo no solo no supuso la impugnación y disolución de un orden social desigual, sino que creó las condiciones para su continuidad.

A comienzos del siglo pasado, los niños y jóvenes mencionados en estas páginas fueron objeto de atención preferencial por parte de una congregación que promovía la integración y el control por vías de la formación profesional y la instrucción religiosa. El proyecto educativo y pastoral de los salesianos asumió un rol protagónico en la educación de los sectores populares, principalmente como correa de transmisión de los valores, hábitos y costumbres que se consideraban apropiados para la

²⁷⁷ *La Voz del Interior*, 2 de diciembre de 1920.

²⁷⁸ *La Voz del Interior*, 22 de mayo de 1917.

²⁷⁹ *Los Principios*, 4 de febrero de 1923.

niñez. En este sentido, y como veremos a continuación, su misión regeneradora - que implicó el acceso a bienes materiales y culturales de una porción importante de la infancia plebeya cordobesa - no fue reñida con la reproducción de las desigualdades que atravesaban las vidas de aquellos alumnos que poblaron sus aulas, patios y talleres.

Capítulo II
PROYECTO CIVILIZADOR Y EDUCACIÓN PROFESIONAL:
LA OPCIÓN POR LOS SALESIANOS



El gobernador de la provincia de Córdoba, Dr. Ramón J. Cárcano, en compañía del ministro de gobierno Dr. Hipólito Montagne y su esposa, junto al Padre Director del Colegio Pio X, Pedro Tantardini, en el día de la inauguración de talleres de la escuela de artes y oficios. 27 de junio de 1926. ACPX.

“Nuestro tiempo es el tiempo del Niño y del Obrero. Y Don Bosco vino con el encargo providencial de señalar el modo de formarlos”.²⁸⁰

En la tarde del 6 de diciembre de 1905, el intenso calor que ha persistido durante toda la jornada cordobesa no impide que algunos vecinos del pueblo La Toma, barriada popular ubicada a unas diez cuadras hacia el oeste del casco céntrico de la ciudad, se arrimen a presenciar un acto singular. En efecto, la colocación de la piedra fundamental de lo que será el futuro colegio salesiano de artes y oficios ha reunido a una selecta concurrencia conformada por el obispo, Monseñor Zenón Bustos, el gobernador José E. Olmos y un numeroso grupo de distinguidas damas y señoritas del abolengo cordobés. Detrás de los ilustres visitantes, un grupo de niños deambula con curiosidad, se cuela entre las filas de asientos y algunos, los más osados, se trepan a los árboles circundantes para poder observar mejor la liturgia de una ceremonia que parece no serles ajena. El coro, la banda de música y los ornamentos de todo tipo coronan una ceremonia sencilla pero simbólica para quienes allí se encuentran.

Una vez oficiada la solemne bendición, el obispo se dispone a leer un conceptuoso discurso que intenta darle sentido al acto. En los primeros tramos de su alocución, el prelado diocesano hace mención a la “nueva bandera de religión” que los salesianos vienen a plantar en el suelo de Córdoba, con el afán de sacar a la niñez desvalida de las situaciones duras en las que crecen. Sin embargo, el contenido religioso cede lugar al eje central de su discurso que describe todo un programa de reforma social:

“En su nombre vienen a recoger por las calles de los barrios más apartados y oscuros de esta capital a los niños que van rodando de un lado a otro como cantos sueltos del empedrado, con escuela y sin ella, y a reconcentrarlos dentro de los talleres que organizarán, para enseñarles a ser carpinteros, herreros, zapateros, sastres, panaderos, ebanistas, mecánicos, contadores, tipógrafos, dándoles con el oficio una alta dignidad y un poderoso elemento de libertad moral y cívica [...] cuanto mayores sean las proporciones de capacidad que este edificio alcance, tanto mayor será el número de niños que se sustraiga al ocio, a la criminalidad y a los vicios; tantos menos malos ejemplos circularán por nuestras rancherías, tantas menos

²⁸⁰ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social de Don Bosco*, Madrid, SEI, 1960, p. 136.

celdas deben hacerse en las cárceles correccionales, tantas menos raciones deben figurar en las planillas del administrador carcelario y tantos menos gendarmes en su guarnición”.²⁸¹

Las palabras del Obispo de Córdoba resumían no solo la finalidad que se hallaba en promover la instalación de un colegio a cargo de los salesianos, sino también aquellos proyectos que se erigían como las respuestas más viables al problema social que planteaba la infancia menesterosa. Las experiencias de vida descritas en el capítulo anterior reclamaron modos de intervención por parte de las autoridades estatales, la sociedad civil y la Iglesia, cuyos objetivos coincidieron en retirar a los niños de la calle y de los ambientes considerados nocivos para el desarrollo de quienes debían encarnar el futuro de la República. En el contexto de expansión del sistema educativo, la enseñanza de un arte u oficio como expresión de una educación “en y para el trabajo” fue el destino imaginado por las élites intelectuales para aquella masa de niños que transitaban su infancia por fuera de la familia y alejados de la escolaridad obligatoria. De allí que promovieran la apertura de instituciones que cumplieran con el objetivo de educar y civilizar a las clases populares a través de una formación profesional.

Las distintas respuestas encaradas a través de una pléyade de instituciones de auxilio social favorecieron la adopción de diversas formas de intervención, muchas de las cuales fueron dependientes de la Iglesia y de numerosas congregaciones religiosas. De manera particular, el desarrollo y la expansión del proyecto educativo de los salesianos en las principales ciudades del país se hizo más conocido en el ámbito cordobés, en la medida que las manifestaciones de la cuestión social también se tornaron más evidentes. La preocupación por la educación elemental, profesional y religiosa de los niños y jóvenes más desposeídos se cristalizó hacia fines del siglo XIX en un proyecto que promovía la radicación en la ciudad de una escuela de artes y oficios que estuviera a cargo de dicha congregación. En un contexto marcado por la tibia acción estatal en materia social frente al protagonismo de las élites asistenciales de filiación católica y la importancia dada a la educación profesional como estrategia central del ideal civilizatorio, cobran sentido los esfuerzos realizados para lograr que los hijos de don Bosco se radicaran en esta ciudad. El origen y vertiginoso desarrollo que tuvo su obra social y educativa emprendida en Córdoba se entiende si se observa la conjunción de intereses y proyectos de intervención social de parte de la dirigencia local, los vínculos construidos en torno a ellos y la promoción de la jerarquía eclesiástica a la iniciativa de un grupo de laicos. En este sentido, en la fundación de la escuela de artes y oficios salesiana de Córdoba intervinieron tanto las estrategias de la Iglesia de cara a la cuestión social, la institucionalización de la beneficencia a través de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos y los discursos que promovían,

²⁸¹ *La Patria*, 4 de diciembre de 1906.

en el ámbito educativo, la creación de escuelas profesionales para la educación de las clases proletarias.

Estado, sociedad civil e Iglesia ante la cuestión social

La cuestión social no solo se expresó en un conjunto de problemáticas sintetizadas en la aparición de nichos de pauperismo, sino que su desarrollo puso en cuestión los fundamentos del progreso económico de la modernización, enfrentando a las clases dirigentes al temor provocado por la sensación de una posible pérdida de control sobre los sectores populares. De allí que se pusieran en juego un conjunto de prácticas para atenuar el déficit que caracterizaba el estado material y moral de los más empobrecidos y resolver un problema que se tornaba una amenaza evidente para el orden público.²⁸² La moralización de las costumbres y la promoción de gestos, valores y comportamientos que hicieran posible alcanzar la condición de “honorabilidad cívica”, formaron parte de un modelo de pedagogía social promovido desde las élites políticas e intelectuales que tendía al progreso moral, la paz social y el orden político.²⁸³

Inicialmente, las principales respuestas a la cuestión social provinieron de un conjunto asistencial que respondía a un modelo pluralista no planificado, con fuerte predominio de la asistencia benéfica privada y una limitada participación del Estado, que sólo impulsaba acciones y políticas reactivas frente a los desajustes y las demandas sociales puntuales. En un periodo de fuerte liberalismo económico, la cuestión social debía resolverse mediante una política sin Estado que no comprometiera a la estructura estatal o lo hiciera solo en parte mediante políticas de reglamentación y control. El desarrollo de ese modelo se anclaba en la creencia de que el pobre sólo tenía derecho a la protección y que la misma se cumplía por medio de la filantropía y la beneficencia.²⁸⁴ Este modelo mixto de protección social estaba constituido por una serie de instituciones asistenciales destinadas a la atención de las demandas materiales, morales y culturales de los sectores marginales. La miseria y la indigencia en sus distintas formas eran vistas como amenazas al orden social establecido, por lo que las élites dirigentes concentraron sus esfuerzos en la ayuda material y moral de los más desprotegidos a través del sostenimiento económico de instituciones especializadas de internación, tales como hospitales, hospicios y asilos. Esta asistencia social ponía el acento, principalmente, en la

²⁸² Juan Suriano, *La cuestión social...* cit. p. 3.

²⁸³ Lucia Lionetti, “La función republicana de la escuela pública. La formación del ciudadano en Argentina a fines del siglo XIX”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 10, núm. 27, 2005, p. 1227.

²⁸⁴ Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social...* cit., p. 17.

atención a los pobres que se hallaban alejados del proceso productivo, como niños abandonados, ancianos, mujeres solteras y viudas, enfermos y desvalidos.

Las congregaciones religiosas y asociaciones seculares dedicadas al ejercicio de la caridad tenían una importante participación, junto a diversas instituciones creadas para el reparto de limosnas y una gama de iniciativas que combinaban instrucción popular y profesional con la beneficencia, la moralización y la catequización.²⁸⁵ En este sentido, desde la aparición en 1891 de la Carta Encíclica *Rerum Novarum*, la Iglesia se implicó en la formulación de un verdadero programa social cuyo objetivo implícito apuntaba a preservar el orden social de las turbulencias revolucionarias encabezadas por socialistas y anarquistas y protagonizadas por sectores de trabajadores.²⁸⁶ Al mismo tiempo, la perspectiva católica de la cuestión social se basaba, también, en una acusación al liberalismo y en un reclamo por el retorno a una reorganización de la sociedad sobre los principios cristianos.²⁸⁷ En una visión más general, las jerarquías eclesásticas pensaban que era necesario hacer de la Iglesia, de sus instituciones, de la vida religiosa, una suerte de “contra sociedad”, alternativa y superior, ajena y contrapuesta a aquella que era por definición impía.²⁸⁸ Esto se cristalizó en la adopción de diversas estrategias de intervención social, como la fundación en 1892 de los Círculos de Obreros Católicos por el sacerdote alemán Pedro Grote, que desarrollarían una acción de carácter mutua a la vez que se movilizarían para exigir una legislación protectora para el trabajador.²⁸⁹

Se ha sostenido que la relación entre la Iglesia, el poder político y la sociedad se caracterizó en ese periodo por el establecimiento de una hegemonía liberal que se extendió hasta los primeros años de la década del '30, luego del enfrentamiento entre catolicismo y liberalismo a partir de la constitución del Estado moderno en 1880.²⁹⁰ Ese proceso de laicización, sin embargo, ha sido matizado por interpretaciones que señalan las limitaciones de sus alcances,²⁹¹ afirmando que si bien la “embestida laicista” puede ubicarse en dos momentos álgidos - en 1882 y 1884, con la discusión y promulgación de las leyes de educación y de registro civil, y en 1888, cuando se estableció el

²⁸⁵ *Ibíd.*, p. 161.

²⁸⁶ La encíclica contribuyó a profundizar la revisión de los postulados del liberalismo clásico, al situar el conflicto social y el debate sobre el rol del Estado y de las organizaciones obreras en el centro de la agenda del catolicismo europeo. Mariela Ceva, “El catolicismo social, la cuestión obrera y los empresarios en el contexto argentino de la primera mitad del siglo XX”, Claudia Touris y Mariela Ceva (Eds.), *Los avatares de la “nación católica”. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

²⁸⁷ Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas...* cit., p. 54.

²⁸⁸ Loris Zanatta y Roberto Di Stefano, *Historia de la Iglesia en la Argentina. De la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori, 2000, p. 359.

²⁸⁹ Hector Recalde, *La Iglesia y la cuestión social (1874 – 1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 65.

²⁹⁰ Fortunato Mallimaci propone una primera etapa de “enfrentamiento entre catolicismo y liberalismo” por la “definición de la modernidad religiosa en América Latina”, a la que caracteriza como la de los “Estados con hegemonías liberales entre 1880 y 1930”. Fortunato Mallimaci, “Catolicismo y liberalismo: las etapas del enfrentamiento por la definición de la modernidad religiosa en América Latina”, Jean-Pierre Bastian (Coord.), *La modernidad religiosa. Europa latina y América Latina en perspectiva comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 19-44.

²⁹¹ Sobre esto ver Roberto Di Stefano, “Por una historia de la secularización y de la laicidad en la Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 15, núm. 1, 2011.

matrimonio civil -, su empuje se vio debilitado a partir de esos años. En el plano educativo, por ejemplo, aunque los defensores laicos más entusiastas pretendían una educación completamente separada de la influencia eclesiástica, el Estado no estaba en condiciones de asumir esa tarea por sí solo. Una muestra de ello es el protagonismo que los salesianos tuvieron en la instrucción y evangelización de amplias porciones de la población educanda en los territorios nacionales patagónicos.²⁹² Y por otro lado, si la sanción de las “leyes laicas” estableció un marco de tensiones y disputas entre la clase política y la Iglesia, la cuestión social motivó un mayor entendimiento entre las clases dirigentes - que menguaron su discurso anticlerical - y las jerarquías católicas.²⁹³ Sin abandonar el uso de la caridad para resolver los problemas más acuciantes del mundo del trabajo, la Iglesia instaría al Estado a encarar una política legislativa que tuviera como finalidad afrontar el problema obrero como aspecto central de los desajustes sociales.²⁹⁴

Concordante con este enfoque, las interpretaciones que remarcaban una especie de letargo o adormecimiento de la Iglesia que culminaría con el “renacimiento católico” a partir de la tercera década del siglo pasado, parecen insuficientes.²⁹⁵ Por el contrario, la Iglesia encontró múltiples formas para relacionarse con una sociedad que se hallaba en una era de transformación profunda como consecuencia de la inmigración masiva, del crecimiento demográfico y del desarrollo económico finisecular. Lejos de permanecer en los márgenes, el catolicismo acompañó en más de un sentido esos procesos, especialmente en las regiones más estrechamente vinculadas al desarrollo socioeconómico agropecuario.²⁹⁶ La expansión y crecimiento de la estructura eclesiástica se reflejó, también, en el intenso protagonismo de las congregaciones masculinas y femeninas que llegaron a la Argentina. Esto se tradujo, entre otras cosas, en una ampliación de los sujetos asistidos, en la coexistencia de las actividades de protección benéficas con las estrategias tendientes a una modernización del paternalismo y en un nuevo discurso o racionalidad legitimadora de los derechos de beneficiarios de la asistencia, bajo la creencia de que la caridad no bastaba para dar respuestas a la cuestión social.²⁹⁷

²⁹² *Ibídem.*

²⁹³ Diego Mauro e Ignacio Martínez, *Secularización, Iglesia y política en Argentina. Balance teórico y síntesis histórica*, Cuaderno de Trabajo núm. 5, Universidad Nacional de Rosario, 2015, p. 54.

²⁹⁴ Si por “laicización” entendemos la sustracción a la autoridad religiosa de instituciones y de funciones que pasan a la órbita del Estado, la “secularización”, de modo más amplio, alude al proceso de pérdida de la capacidad normativa de la religión y de subjetivación de las creencias. Roberto Di Stefano, “Por una historia...” cit., p. 3.

²⁹⁵ Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Bernal, UNQ, 1996.

²⁹⁶ Miranda Lida, “Los orígenes del catolicismo de masas en la Argentina, 1900–1934”, *Anuario de Historia de América Latina*, núm. 46, 2009.

²⁹⁷ Beatriz I. Moreyra, “Los católicos sociales y la modernización del paternalismo. Córdoba (Argentina), 1914 – 1930”, Juan M. Cerdá, Gloria Guadarrama, María Dolores Lorenzo y Beatriz I. Moreyra (Coords.), *El auxilio en las ciudades. Instituciones, actores y modelos de protección social. Argentina y México. Siglos XIX y XX*, Córdoba, CEH, 2015, p. 118.

El intenso protagonismo que los salesianos tendrían en materia educativa cobra sentido a la luz de este contexto. Pero fundamentalmente, porque sus nociones de pedagogía social estaban en sintonía con los supuestos de que la educación profesional era la mejor garantía del progreso material y moral de los más empobrecidos.

Civilizar a las clases populares: las escuelas de artes y oficios

En los años que transcurrieron con posterioridad al establecimiento de la sanción de la ley 1420 - que fijó el carácter obligatorio, gratuito y laico del trayecto educativo - la escuela se constituyó como el espacio socialmente legitimado para el tránsito de la niñez. Concebida desde sus inicios como un instrumento eficaz para la difusión de las buenas costumbres y las normas de civilidad - caracterizadas por hábitos de conducta, valores, gestos y actitudes tanto en la vida privada como la pública -, la institución escolar albergó la misión de transformar a los niños y jóvenes de la Nación en ciudadanos. Dicha tarea procuraba transmitir una educación de carácter integral que desarrollara las potencialidades intelectuales, físicas y morales del individuo, para la adquisición de valores como la honra, la honestidad, el cumplimiento de obligaciones familiares, el respeto a las leyes y las autoridades y el amor a la patria.²⁹⁸

No obstante la centralidad que tuvieron las políticas educativas en el desarrollo de la instrucción formal, desde los primeros años del establecimiento de la obligatoriedad escolar emanaron arduos cuestionamientos sobre el contenido enciclopedista. Voces y proyectos comenzaron a discutir el paradigma tradicional de una preeminencia jerárquica de las artes liberales sobre las artes mecánicas, fundamento de un modelo educativo que había aspirado, en sus primeros años, a lograr la estabilidad política interna a través de la formación de hombres aptos para el desempeño de funciones políticas.²⁹⁹ Además se denunciaba la sobrepoblación de maestros, abogados o médicos, lo que representaba “un mal irremediable” no solo a los individuos que ostentaban lo que se consideraba un título inútil, sino al país al cual habrían podido beneficiar con el ejercicio de otras actividades. Esto, se decía, no era consecuencia de una elección personal, como fruto de una educación que desviaba a la juventud en falsas perspectivas:

“¡Cuántos hombres de familia humilde, que hubieran sido buenos comerciantes, industriales o productores, han fracasado en la vida, corriendo tras un título, que les ha costado largos años de estudio y que nada práctico les ha producido! [...] El país necesita industriales y productores, que exploten sus grandes

²⁹⁸ Lucia Lionetti, *La misión política...* cit., p. 18.

²⁹⁹ Juan C. Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880 – 1945)*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1986, p. 63.

riquezas naturales: ¿Por qué alejar a su juventud de estas fuentes de vida y de porvenir, para lanzarla por el camino del proletariado intelectual?”³⁰⁰

En este sentido, el primer ministro de instrucción pública de la nación, Francisco Pizarro, había pretendido diversificar los estudios secundarios creando establecimientos de enseñanza profesional y científica separados de los literario-humanísticos. José Zubiaur, en su calidad de inspector nacional de escuelas propuso también, hacia mediados de la década de 1880, una reforma de la enseñanza media tendiente a darle un carácter más utilitario. No obstante la proliferación de iniciativas que promovían la incorporación de una educación industrial y práctica, las propuestas no se reflejaron en una efectiva penetración de esta clase de instrucción en los planes de estudios de las escuelas. Los intentos de promover en la población algún tipo de formación profesional o técnica fracasaron, debido por un lado a la ausencia de apoyo oficial y, por otro, a las escasas necesidades de preparación formal requeridas por el exiguo grado de tecnificación alcanzado en la producción.³⁰¹ Pero al mismo tiempo, los intentos de diversificación del sistema educativo respondían más a un sentido político que a los requerimientos del desarrollo económico. La emergencia de la cuestión social era lo que ponía en entredicho un tipo de educación que preparaba a los jóvenes para empleos burocráticos. A los ojos de las clases dirigentes, el cambio de la enseñanza media hacia carreras técnico profesionales funcionaba más como respuesta a la irrupción de nuevas clases sociales. Es decir, como una manera de eliminar un número considerable de candidatos preparados para el ejercicio del poder.³⁰² Algunos legisladores plantearon la necesidad de derivar una porción de la población estudiantil - en esencia, aquella conformada por los hijos de los sectores populares - hacia una instrucción profesional, influidos por la creencia en la existencia de una clase social destinada a “funciones inferiores”.³⁰³ Incluso, algunos admitieron que la enseñanza secundaria clásica era perjudicial para los hijos de los obreros, porque los alejaba de su centro natural. De allí que el Estado

³⁰⁰ *Los Principios*, 2 de marzo de 1924.

³⁰¹ El desarrollo industrial, si bien existía, no estaba lo suficientemente desarrollado para demandar una preparación demasiado elevada en la mano de obra.

³⁰² Juan C. Tedesco, *Educación...* cit., p. 65. Como afirma Puigróss en relación a esto, si bien la idea “normalizadora-mitrista” dominó la política educativa, lo hizo luchando contra tendencias más conservadoras y contra quienes, sin desprenderse de los intereses oligárquicos, se inclinaban hacia la formación de capas diferenciadas no solamente desde el punto de vista económico y social, sino técnico-profesional, posiblemente desde una concepción más diversificada de la economía y un proyecto más moderno de Estado. Adriana Puigróss, “La educación argentina desde la reforma Saavedra-Lamas hasta el fin de la década infame. Hipótesis para la discusión”, Adriana Puigróss (Dir.) *Escuela...* cit., p. 24.

³⁰³ Como expresaba el diputado Alejandro Carbó, en ocasión de discutirse el proyecto de reforma educativa hacia 1900: “Las masas han querido subir los escalones más elevados por medio de la enseñanza. ¿Debe moderarse o sobreexcitarse el deseo de adquirir educación para subir? [...] Admito la existencia de una clase social destinada fatalmente a funciones inferiores no por su conocimiento, sino por su capacidad [...] No se trata de contener, cosa imposible por otra parte, la ola popular que sube sin cesar hacia la institución y que constituye cuando, como hoy, está mal dirigida, un verdadero peligro social que va agravándose día a día”. Lucía Lionetti, *La misión política...* cit., p. 77.

tenía la responsabilidad de proveer un tipo especial de educación para este sector de la sociedad, a través de la difusión de escuelas industriales y de artes y oficios.³⁰⁴

Uno de los debates más interesantes sobre un modelo educativo cuestionado, lo suscitó la presentación del proyecto de reforma del ministro Osvaldo Magnasco hacia 1900. En esencia, la propuesta implicaba el abandono de los fundamentos y la hegemonía de la cultura humanístico-literaria tradicional, por una nueva enseñanza de carácter práctica que debía reemplazar al viejo modelo. La nueva concepción suponía entender al hombre como un ser integral, que además de intelecto poseía un cuerpo sensible en el cual la mano, prolongada en la herramienta, cumplía un papel fundamental en el proceso de formación. Si el objetivo de la educación instituida a partir de la consolidación del Estado nacional era la formación de su clase dirigente - es decir, como agentes del Estado -, el proyecto de Magnasco se concentraba en promover una instrucción que acompañara el desarrollo y la transformación abiertos por la modernización, para configurar una nueva cultura social basada en el trabajo.³⁰⁵ La prensa local se hizo eco del proyecto de Magnasco resaltando que la iniciativa destinada a “abrir horizontes y despertar nuevas aspiraciones en la juventud argentina” iba en contra de la preocupación tan generalizada como injustificable de que únicamente el ejercicio de profesiones liberales era digno y apropiado. En este sentido, insistía en destacar que el proyecto de ley tendía a revertir la “funesta” resistencia que la inmensa mayoría de jóvenes oponía al trabajo industrial, o a las artes manuales a pesar de que su esfuerzo en este género de labores sería recompensado con positivas ventajas y aun les permitiría labrarse una fácil fortuna.³⁰⁶ Los sectores vinculados a la industria también argumentaron sobre la falta de obreros bien preparados para el manejo de maquinaria industrial y en la preparación previa de la materia prima antes de su manufactura. Se aludía, por ejemplo, a la importación de muebles, cuestión que respondía no tanto a la falta de preparación de ebanistas hábiles en la ciudad, sino a su escaso número:

“Puedo asegurar que no los habrá en suficiente número para el día aquel en que se establezcan en este país grandes fábricas de muebles y en las que se pueda confeccionar toda clase de juegos de dormitorio, comedores, sillerías, muebles de despacho, de sala, etc. Por eso urge crear escuelas de artes y oficios y procurar adiestrar en ellas a toda esa juventud que siente vocación por hacer el aprendizaje de un oficio

³⁰⁴ Las escuelas industriales eran consideradas instituciones de enseñanza técnica destinadas a formar elementos dirigentes con preparación técnico-práctica para el trabajo industrial en las especialidades mecánica, eléctrica y química, como también constructores de edificios y sobrantes de obra. Las escuelas de artes y oficios, en cambio, servían para formar obreros hábiles y capataces de taller, dotados de conocimientos generales y en donde la práctica de taller tenía una particular importancia, puesto que pretendía desarrollar lo más posible las aptitudes manuales de los alumnos.

³⁰⁵ Para un análisis detallado tanto de la propuesta del proyecto de Magnasco como una lectura en clave crítica de las interpretaciones que sobre él ha realizado la historiografía, ver Hector Muzzopappa, *Educación y trabajo en el Orden Conservador. Ideas alberdianas y vanguardia normalista*, Buenos Aires, Biblios, 2015, p. 49.

³⁰⁶ *Los Principios*, 21 de septiembre de 1900.

manual. De esas escuelas saldrán los ebanistas, carpinteros, herreros artísticos y en general, personal de toda clase de oficios e industrias”.³⁰⁷

Más allá del proyecto y los debates suscitados sobre la conveniencia o no de su aplicación, el panorama social de principios de siglo propiciaba las opiniones que insistían en los beneficios económicos y sociales que podía significar la apertura de escuelas profesionales. Hacia 1917, las estadísticas elaboradas por la Unión Industrial Argentina a partir de los datos arrojados por los censos nacionales en el periodo 1895-1914, ponderaban las ventajas que podía aportar a la industria la capacitación de los obreros en establecimientos de ese tipo.³⁰⁸ En el transcurso de los 19 años transcurridos, podía notarse un considerable aumento de diversas profesiones universitarias: abogados 146%; arquitectos 140%; dentistas 451%; ingenieros 166%; farmacéuticos 103% y médicos 114%. Si bien se deslizaba que gran parte de estos nuevos diplomados habían engrosado los puestos en la administración pública, nacional y provincial, la lección que pretendía arrojarse se centraba más - y de un modo reiterativo - en la poca utilidad para el país que significaban estas profesiones. Más aún cuando su aumento duplicaba al registrado para las tareas industriales o rurales:

“La atracción universitaria no solamente cautiva a la juventud de la clase adinerada, pues si bien a esta le seduce el doctorado, tienen el mismo empeño los hombres maduros de la clase media, pues les sugiere la ilusión de tener uno o más hijos que pueda obtener un diploma de médico, ingeniero, abogado, etc. Lo más particular es que hombres que se han formado en el trajín del comercio, en las industrias fabriles o agrícolas y ganaderas, en vez de preparar a sus hijos para ser los continuadores de la obra que ha sido la base de fortuna sean ganados por el espejismo”.³⁰⁹

Del mismo modo, un encendido editorial publicado en *Los Principios* al despuntar el siglo pasado criticaba duramente el sistema educativo vigente. En efecto, el redactor apuntaba contra la creciente afición que la juventud demostraba para con las profesiones liberales, una tendencia que acusaba de “poco halagadora” para el progreso y desarrollo individual y social del país. Como resabios de una mentalidad colonial heredada de los tiempos del dominio español, la sociedad seguía pensando que la única manera de prosperar se hallaba en la obtención de títulos académicos. Esta “corriente perniciosa” no solo promovía la titulación de doctor, sino que consideraba como denigrante el ejercicio de la industria, del comercio y de la agricultura. Como consecuencia, crecía el

³⁰⁷ *Los Principios*, 24 de enero de 1919.

³⁰⁸ Puigróss destaca que, pese a la heterogeneidad en su conformación como grupo, al menos desde el punto de vista económico no es forzado plantear que los grandes industriales nucleados en la Unión Industrial Argentina estuvieran interesados en reformas del currículum escolar referidas a la capacitación para el trabajo. Adriana Puigróss, “La educación argentina...” cit., p. 19.

³⁰⁹ *La Voz del Interior*, 10 de abril de 1917.

número de jóvenes médicos y abogados subempleados, que subsistían como rémoras en un país con necesidades de desarrollo industrial: “es tiempo de que se haga comprender a los jóvenes de que tan honroso es un título académico como el del honrado comerciante o industrial; es tiempo de que se vea que en los pueblos como el nuestro, en donde hay vasto campo al trabajo industrial, no tiene explicación el número alarmante de doctores que a la postre no tendrán qué hacer”.³¹⁰ De allí que la solución propuesta se inclinara hacia la construcción de nuevas escuelas profesionales o la transformación en escuelas de agricultura, de minas, de artes y oficios, de industria, de producción y de comercio, de por lo menos la mitad de todos los establecimientos de instrucción secundaria o normal.³¹¹

Si bien los debates en torno a las reformas de los planes educativos se anclaban en concepciones políticas y pedagógicas, la educación práctica no aportaba solamente un aspecto técnico, sino también un contenido moral vinculado a la ética del trabajo. Las virtudes regenerativas que se le asociaban nutrieron los argumentos que apelaban a una mayor presencia de las escuelas de artes y oficios en el sistema educativo y a una nueva distribución de los niños y jóvenes susceptibles de ser educados. Junto a la generalización de la idea de que toda infancia debía transcurrir entre los muros de la escuela, circularon discursos en los que se señalaba a algunos niños como carentes de las cualidades necesarias para convertirse en “alumnos”.³¹² Las experiencias de pobreza y marginalidad expresadas en la categoría de “menor” sirvieron para caracterizar a aquellos que no pudieron ser incorporados al sistema escolar obligatorio. Una porción de sujetos infantiles cuyas experiencias de vida los hacía quedar por fuera de las fronteras de las dos instituciones que conformaban la infancia normalizada, la familia y la escuela. En este sentido, ser “educable” consistía en gozar de ciertas condiciones materiales y familiares que pudieran asegurar el tránsito de los niños por los establecimientos escolares. Si esas condiciones no existían, el niño entonces debía ser “protegido” y “corregido” antes de ser educado.³¹³ De allí que a la par del circuito de escolarización común se sugieran el establecimiento de instituciones de educación especial conformadas sobre todo por casas de corrección, hospicios y asilos que debían albergar y dar respuesta a esa problemática.

³¹⁰ *Los Principios*, 19 de enero de 1900.

³¹¹ *Los Principios*, 2 de marzo de 1924. En otra nota referida a “La enfermedad del doctorado”, *Los Principios* había publicado una encuesta vocacional realizada a los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires. De los 407 alumnos, 277 contestaron “rápidamente que querían ser médicos, juriconsultos, filósofos e ingenieros, repartiéndose el resto entre la marina, el ejército y muy pocas profesiones prácticas”. Al parecer, ninguno de los estudiantes encuestados se disponía a seguir un oficio ni ser obrero, si bien como indicaba con asombro la nota, la mayor parte de ellos eran “hijos de familias pobres y de padres artesanos”. *Los Principios*, 12 de febrero de 1919.

³¹² María C. Zapiola, “¿Es realmente una colonia? ¿Es una escuela? ¿Qué es?” Debates parlamentarios sobre la creación de instituciones para menores en la Argentina, 1875-1890”, Juan Suriano y Daniel Lvovich, (Comp.), *Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1952*, Buenos Aires, Prometeo/UNGS, 2006.

³¹³ Sandra Carli, *Niñez...* cit., p. 85

Durante la primera década del siglo XX, los profesionales y funcionarios especialistas o expertos en y minoridad (médicos, pedagogos, directores de asilos, benefactores, jueces, defensores de menores, legisladores, entre otros) se encomendaron a la tarea de pensar y crear proyectos destinados a encauzar a esa porción de la infancia que no podía ser asimilada por la escuela, o que al mismo tiempo no contaba con el mínimo de contención familiar. La ley de Patronato de Menores como la creación de instituciones de reforma fueron las dos vías a través de las cuales se intentó dar solución al problema de la minoridad. A nivel internacional, para fines del siglo XIX se hallaban extendidos dos modelos separados de las prisiones para niños. Por un lado, el sistema de reformatorios, que aceptaba la vida conjunta de amplios y heterogéneos grupos de niños en grandes edificios, generalmente urbanos y por otro, la convivencia de grupos reducidos de niños en pequeños hogares o en colonias localizados en áreas rurales donde trabajarían bajo la supervisión de una pareja subvencionada por el Estado, o de personal que cumpliría las funciones parentales.³¹⁴

En este aspecto, Bermann había contemplado algunas propuestas en su trabajo vinculado a la delincuencia infantil donde coincidía con las tendencias generales de colegas criminalistas e incluso pedagogos, al recomendar tanto las colonias-hogares al estilo de la de Buenos Aires, como las escuelas-talleres. Con respecto a las primeras, consideraba que el menor encontraba allí todo lo necesario para formarse, desde el cariño paternal hasta las sociedades deportivas, desde el estímulo para el premio hasta las más diversas formas de enseñanza industrial y agrícola, los grados escolares y la orientación vocacional. La gran obra de reforma realizada por esas instituciones consistía en retirar a los niños y jóvenes carentes de hogar, de autoridad paternal o tutelar donde desarrollaban fácilmente el vicio y el delito. Al mismo tiempo, además de las colonias-hogares, promovía la instalación de escuelas de artes y oficios como una solución intermedia entre el asilo o reformatorio y la escolaridad común:

“Una escuela-taller con espíritu verdaderamente nuevo reaccionará contra la enseñanza verbalista de un intelectualismo vacío, de un valor no más que histórico. De ella podría irradiar un otro sentido de la enseñanza elemental y popular, que penetre a los jóvenes escolares de una “vida robusta, tónica, organizada en torno del trabajo”, que dé una cultura simultánea física, del carácter e intelectual”³¹⁵

³¹⁴ Para un análisis detallado sobre las propuestas e ideas en boga acerca del encierro de los menores, ver María C. Zapiola, “Espacios de reforma para la infancia. Imaginando la Colonia de Menores de Marcos Paz (Buenos Aires, comienzos del siglo xx)”, *Secuencia*, edición especial, 2018, pp. 15-52.

³¹⁵ Gregorio Bermann, *Los menores desamparados...* cit., p. 183.

La insistencia en la educación como herramienta preventiva del delito antes que la corrección por medio de penas se fue transformando en un lugar común.³¹⁶ En Córdoba, la educación elemental adolecía de una deficiente cobertura espacial que multiplicaba los nichos de analfabetismo y una calidad de la enseñanza que se resentía por la falta de equipamientos y por la gran proporción del personal docente no graduado.³¹⁷ Dadas las deficiencias para hacer llegar la instrucción mínima, hasta mediados del siglo XX, los ciclos y niveles del sistema educativo cordobés carecían de un perfil definido. Es decir, una escasa diferenciación entre los niveles de enseñanza primaria y media implicó que la función de brindar instrucción básica fuera compartida por otras instituciones vinculadas a la formación para el trabajo.³¹⁸ Hacia los primeros años de la década de 1910, los discursos que promovían la diversificación de la enseñanza y/o la creación de escuelas profesionales, llevarían a la inauguración de la primera escuela de este tipo a cargo del Estado. Por iniciativa del Ejecutivo provincial comenzó a funcionar en 1912 la escuela de artes y oficios Presidente Roca, sobre la base de lo que era el Asilo de Niños Desvalidos.³¹⁹

En el fomento de las escuelas de artes y oficios confluyeron tanto las propuestas de aquellos que pretendían una reforma del sistema educativo vigente - inclinado hacía las profesiones liberales - como la de aquellos que observaban en esas instituciones la mejor forma de sustraer a los niños y jóvenes de los peligros de la calle. Para los unos, la formación profesional se ligaba más a un criterio económico, en el sentido de favorecer el desarrollo del sistema productivo-manufacturero mediante la formación de mano de obra calificada:

“Se encuentra Córdoba, en efecto, preparada para poseer una escuela industrial de tipo moderno. Su industria, ahora importantísima, promete aumentar cada vez con mayor pujanza, consideradas las inmejorables condiciones de su suelo, su posición geográfica y la fuerte inmigración que va inundando su rica comarca [...] nuestra juventud universitaria pone toda su simpatía en aquellas carreras liberales, que si bien resultan muy honrosas y útiles a la cultura nacionales, dejan en cambio huérfanas de servidores a otras carreras necesarias”.³²⁰

³¹⁶ Yolanda de Paz Trueba, “Discursos y prácticas políticas hacia la infancia en la provincia de Buenos Aires”, *Revista de Indias*, vol. 78, núm. 272, 2018.

³¹⁷ Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social... cit.*, p. 372.

³¹⁸ Ana Terreno, “Los enunciados de las políticas educativas de formación laboral del Estado cordobés (1900-1960)”, Gardenia Vidal (Comp.), *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público. Córdoba, 1880-1960*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2007, p. 169.

³¹⁹ Entre 1906 y 1915 la provincia de Córdoba generó una red de instituciones de formación laboral: Escuela Normal para Niñas (1906), Escuela de Comercio (1907), Escuela Comercial de mujeres (1911), Escuela de Artes y Oficios (1913) y Taller de Tapices y Encajes Coloniales (1915). *Ibíd.*, p. 169.

³²⁰ *La Voz del Interior*, 20 de junio de 1912.

Sin desconocer las ventajas económicas que implicaba la formación de tipo práctico o manual, otros discursos enfatizaban el perfil disciplinador del trabajo, entendido como instrumento de moralización de los hijos del pueblo. Si bien los enunciados de los poderes públicos se anclaban en la preocupación de garantizar los medios de subsistencia para los individuos y satisfacer demandas laborales, la dimensión ético-disciplinaria de esta clase de instituciones educativas orientadas al trabajo ocupaba un lugar predominante.³²¹ En otras palabras, aun cuando se invocara la necesidad de formar personal cualificado para sustentar un desarrollo industrial, fueron las preocupaciones vinculadas a la cuestión social - en particular el referido al vagabundeo de niños y jóvenes - las que motivaron y condicionaron el desarrollo de las escuelas profesionales en Córdoba.³²² Luego de más de una década de fundada la escuela Presidente Roca, el balance que se imponía rescataba justamente los objetivos que habían guiado a su creación:

“El niño abandonado que deambulaba como un intruso en la ciudad, durmiendo en las plazas, en verano, debajo de los puentes en invierno, comiendo cuando alguien se compadecía de él, o en su defecto cuando el hambre le acuciaba el instinto, con el producto de sus rapacerías; el niño aquel, con cara de pilluelo paliducho, huraño y hasta a veces cruel, disciplinado en la dura escuela de la calle, en la escuela que más bien encamina a la delincuencia que a la vida honesta, ha sido recogido en gran parte”.³²³

No obstante las opiniones favorables acerca de la existencia de escuelas de estas características, a los pocos años de entrar en funcionamiento se denunciaban las precarias condiciones edilicias en las que se hallaba el establecimiento, dando cuenta del escaso presupuesto destinado para su mantenimiento cotidiano. Un edificio que no atendía a las exigencias de una escuela profesional, con fallas estructurales e incapaz de tolerar las inclemencias climáticas; un mobiliario casi inexistente; la falta de las mínimas herramientas en los talleres para ejercer el aprendizaje del oficio; el incumplimiento de las normas básicas de la higiene, eran apuntadas como algunas de las características más notorias del estado de abandono en la que se encontraba la única escuela de artes y oficios de carácter estatal de la ciudad.³²⁴

³²¹ Ana Terreno, “Los enunciados...” cit., p. 169.

³²² Los mismos fines regenerativos del trabajo podían encontrarse en las actividades que realizaban los internos en el AMV. Esta institución, concebida como alojamiento transitorio tanto de menores en conflicto con la ley como de huérfanos y abandonados, poseía un taller de zapatería y otro de sastrería, en los que se ocupaba a los internos. Su producción era ofrecida incluso a través de avisos en la prensa. Hacia 1911, por ejemplo, el gobierno Provincial adquirió 150 pares de botines para abastecer a los guardias del Servicio Penitenciario. *Subfondo gobierno*, AMV, 1911, f. 158, AGPC.

³²³ *La Voz del Interior*, 23 de noviembre de 1929.

³²⁴ *La Voz del Interior*, 2 de agosto de 1914. Si bien las descripciones estaban acompañadas de abundante material fotográfico, no debe perderse de vista que la nota publicada en *La Voz del Interior* no escondía su animosidad política para con el gobierno conservador de Cárcano, ya que eran claras alusiones al recorte presupuestario

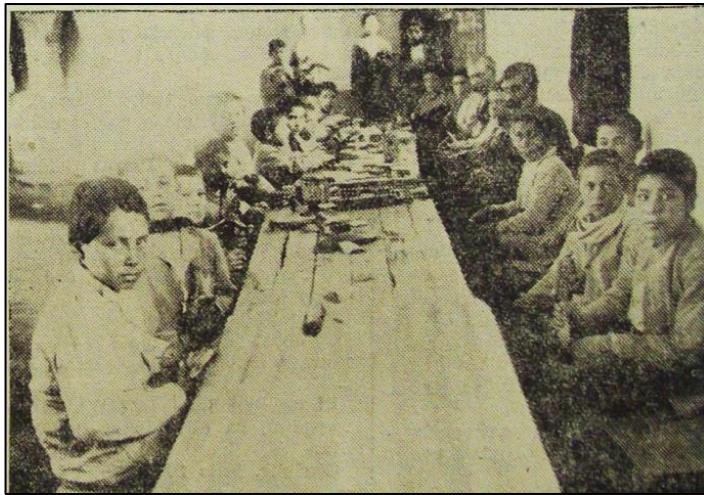


Imagen 21

La prensa destacaba la precariedad de las instalaciones de la única institución oficial dedicada a la enseñanza de artes y oficios. Aquí, la fotografía del taller de zapatería de la escuela Presidente Roca pretendía dar cuenta de la escasez de mobiliario y herramientas con la que contaban los alumnos.

Fuente: La Voz del Interior, 2 de agosto de 1914

No obstante este sombrío panorama inicial, la escuela Presidente Roca tuvo un crecimiento ininterrumpido durante los años siguientes, como lo demuestra la apertura de nuevos talleres y la cantidad de alumnos anotados en la primera década de funcionamiento:

Movimiento de alumnos de la escuela de artes y oficios Presidente Roca. Años 1916 – 1928.

Alumnos asistentes a las clases														
Año	Instrucción Primaria (grados)					Talleres						Especiales		
	1°	2°	3°	4°	Total	Sastrería	Carpintería	Mecánica	Herrería	Hojalatería	Fundición	Música	Otras	Alpargatería
1916	37	26			63	24	26	27						
1920	60	40	40		140	18	17	27	15			70		
1921	33	40	40	12	125	13	16	28	20			53	28	
1922	40	40	41	14	135	13	16	19	12	2		70	60	
1923	57	52	42	16	167	16	19	22	15	8		42	25	
1924	60	55	47	20	182	6	21	20	7	8		40	30	
1925	62	39	54	16	171	8	43	27	5	16	18	44		12
1926	63	37	54	16	170	6	48	27	5	18	18	44		
1927	34	31	64	43	172	5	35	28	10	13	21	39		
1928	37	108	33	31	209	8	92	38	17	28	24	59		

Fuente: Elaboración propia en base a Anuario Estadístico de la Provincia de Córdoba, años 1916 – 1928.

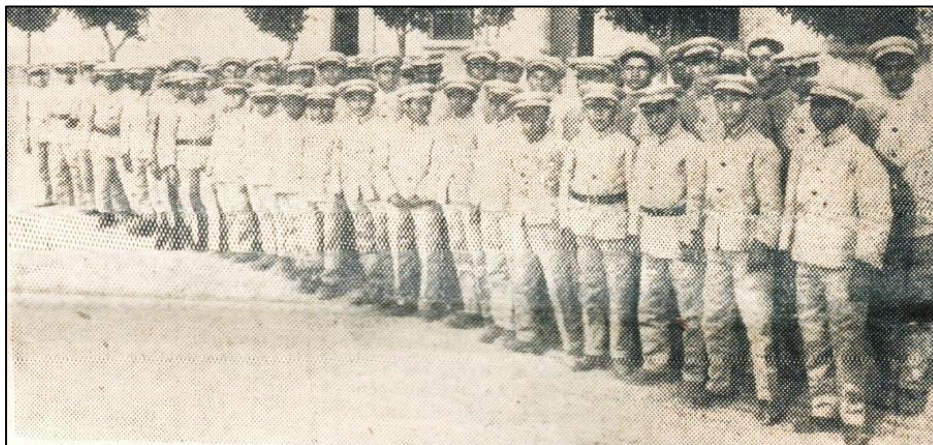
Las expectativas depositadas sobre esta clase de establecimientos se acercaban más al control y disciplinamiento de los menores que a la preparación técnica de obreros cualificados. En efecto, hasta los años '30, la escuela Presidente Roca recibió principalmente a niños huérfanos y desamparados. Los propios mensajes del ejecutivo provincial hacían clara referencia a la necesidad de enseñarles un oficio para sustraer a ese sector de la población de la vagancia y la corrupción.³²⁵ Esta tendencia confirmaba la existencia de circuitos diferenciados de educación: la escuela dirigida para el binomio “hijo-alumno” y los asilos e institutos de educación profesional para el conjunto de los menores.

³²⁵ Ana Terreno, “Los enunciados...” cit., p. 183.

Imagen 22

Grupo de alumnos de la escuela Presidente Roca formando en los patios de la institución con sus uniformes, hacia 1930.

Fuente: La Voz del Interior, 15 de enero de 1930.



En síntesis, la escasa penetración de la escuela en una ciudad en crecimiento, la proliferación de discursos que exaltaban las virtudes regenerativas de las instituciones de enseñanza profesional, y la presencia de asilos y correccionales para la contención de la infancia menesterosa, son algunos de los factores que explican que las élites asistenciales de filiación católica demandaran, a comienzos del siglo XX, la acción educativa salesiana en la ciudad de Córdoba.

Los “apóstoles del progreso”

La labor social, educativa y apostólica desarrollada por los salesianos en la ciudad de Córdoba se realizó sobre la base de un carisma, método y visión del mundo y de la sociedad que fueron parte constitutiva de un proyecto que la congregación desarrolló de manera universal.³²⁶ Ese proyecto pastoral tuvo su origen en una Europa atravesada por diversos procesos políticos y sociales que marcaron gran parte del siglo XIX.³²⁷ Tanto los orígenes de la Sociedad de San Francisco de Sales como la vida de su fundador, Juan Melchor Bosco (1815-1888)³²⁸, se enmarcan en un agitado periodo de difusión y auge del liberalismo y el surgimiento de un clima hostil a la Iglesia en Italia. La tarea sacerdotal de don Bosco se ubicó en la ciudad de Turín, epicentro de los movimientos que

³²⁶ La enorme expansión geográfica de la congregación se expresaba, hacia 1930, en 627 institutos distribuidos en Europa, América, Asia y África. *Don Bosco en el Mundo*, Turín, LDC, 1959, p. 322.

³²⁷ Nos referimos principalmente a la industrialización, el surgimiento de las nacionalidades, la irrupción del movimiento obrero organizado y la difusión del socialismo, entre otros aspectos.

³²⁸ Don Bosco nació un 16 de agosto de 1815 en el pueblo de I Becchi, en la demarcación de Morialdo, Aldea de Castelnuovo d'Ásti, en el seno de una familia campesina.

llevaron a la península italiana a la independencia mediante la expulsión de los austríacos y a la unidad en un solo país hacia 1870. El increíble aumento demográfico experimentado por este importante centro industrial durante las primeras décadas del siglo XIX, fundamentalmente a causa de la inmigración campesina, transformó su fisonomía alterando la condición de vida de los obreros en los barrios superpoblados. La nutrición inadecuada, el aumento del número de indigentes, personas sin hogar y mendigos, el alto riesgo de enfermedad y la elevada mortandad entre los niños, las frecuentes epidemias de cólera, tifus y viruela, sumado al alto índice de analfabetismo y el crecimiento de la actividad delictiva, fueron algunos de los rasgos que caracterizaron la sociedad turinesa de ese periodo.

Influido por este contexto social, desde su ingreso al seminario en 1841 don Bosco mostró especial interés por los jóvenes pobres y abandonados enfrentándose a una realidad caracterizada por un nuevo tipo de pobreza diferente a los humildes campesinos que él había conocido en su ambiente familiar. Ante sí desfilaban jóvenes de los suburbios que trataban de sobrevivir con cualquier medio, empleados marginalmente en la construcción como pedreros, albañiles, yeseros, empedradores, junto a vendedores ambulantes, limpiabotas y limpiachimeneas. Además, cerca de siete mil niños trabajaban en talleres y pequeñas fábricas a un ritmo de 16 horas diarias, en condiciones insalubres y sin ningún tipo de contrato de trabajo. Dentro de ese escenario de pobreza eran comunes los episodios de delincuencia protagonizados por estos jóvenes, en su mayoría pequeños rateros que robaban mercancías de los estantes del mercado o les quitaban las carteras a las damas. Muchos de ellos eran huérfanos o hijos ilegítimos que se habían escapado de su casa y vivían en la indigencia. Al mismo tiempo, la práctica de la violencia e intimidación de grupos organizados en verdaderas bandas juveniles constituía un problema mayor. En el tiempo en que don Bosco comenzó su ministerio, existían estas “agrupaciones indeseables”, conformadas por jóvenes y adultos, temidas por su nivel de violencia y “escandalosas actitudes inmorales”, que vivían refugiados en los barrios marginales de Turín.³²⁹

En ese convulsionado clima social y político, el Estado respondió tratando de modernizar las viejas estructuras correccionales, pero sin despegarse de una actitud policial que pretendía garantizar el orden y el imperio de la ley, postergando una intervención más profunda para erradicar un problema que tenía que ver más con “pobres y abandonados” que con delincuentes. Del mismo modo, las tradicionales organizaciones parroquiales también se mostraron incapaces de atender a estas realidades. Así fue que una nueva generación de sacerdotes comenzó a dar respuestas poniendo en evidencia la ineficacia de la práctica pastoral del clero de más edad. En términos generales, sus acciones estuvieron motivadas por una nueva comprensión de la situación social de los jóvenes y de

³²⁹ Arthur Lenti, *Don Bosco: historia y carisma. Tomo I*, Madrid, CCS, 2010, p. 371.

los ambientes que les ponían en riesgo.³³⁰ La temprana sensibilidad que demostró don Bosco para con estos niños y jóvenes se anclaba en su misma experiencia de vida, marcada también por la orfandad, el sacrificio y las privaciones.³³¹ Inició su obra a través del oratorio – un modo de intervención utilizado ya por otros sacerdotes en Italia –, que consideró como el mejor instrumento para reunir, evangelizar y educar ese tipo de jóvenes y su acción social se amplió hasta fundar un colegio internado que pudiera asegurarles una correcta formación moral y religiosa. Además, frecuentaba sus lugares de trabajo intercediendo entre ellos y los patronos a través de la formulación de contratos de trabajo que pudieran menguar la situación de explotación en la cual se encontraba la mayoría de los pequeños trabajadores. Vinculado con ello, entre las décadas de 1840 y 1850 creó los talleres de artes y oficios con el objetivo de mejorar las habilidades de los jóvenes en su trabajo, como zapateros, sastres, carpinteros, encuadernadores o herreros. A la práctica del taller, se añadía una instrucción elemental en catequesis, lectura, escritura y algo de aritmética, dado que la mayoría de los niños y jóvenes eran analfabetos. Con el paso de los años, este tipo de formación se mostró insuficiente. El nuevo contexto marcado por el veloz desarrollo industrial influyó en la necesidad de asegurar una mejor formación profesional del trabajador, que introdujera mano de obra cualificada al mercado laboral. Así, los talleres de artesanos se orientaron definitivamente hacia el nuevo mundo del trabajo, convirtiéndose en verdaderas escuelas profesionales.³³²

La centralidad del hombre en la sociedad, para quienes estaban destinados los puestos administrativos, los cargos de gobierno y la dirección de establecimientos industriales, sumado a la confinación de la mujer al espacio doméstico y la preparación de clérigos para la Iglesia, explican que la obra salesiana haya sido destinada durante mucho tiempo exclusivamente a varones, a excepción de la rama femenina de las Hijas de María Auxiliadora.³³³ La pedagogía social de don Bosco entendía que era necesario encauzar a las masas obreras por las vías del trabajo y la religión, manteniéndolas al resguardo de ideologías que sustentaban la lucha de clases. Los objetivos de evangelización e integración de los niños y jóvenes marginados fueron asumidos, por los salesianos, como una respuesta a los problemas de su tiempo.

³³⁰ *Ibíd.*, p. 377.

³³¹ De modo particular, su celo apostólico para con esta porción de la sociedad turinesa remitía, en su propia biografía personal, a un acontecimiento que en la tradición de la congregación funcionó como verdadero mito de origen. Un sueño a temprana edad, en el que él convertía a jóvenes “blasfemos y pecadores”, encierra en sí mismo una simbología que permite entender el estilo educativo-pastoral de su vocación sacerdotal. Un buen análisis estructural del sentido del “sueño de los 9 años” ligado a la tarea pastoral de don Bosco y la congregación se encuentra en Juan Bosco, *Memorias del Oratorio San Francisco de Sales. Edición crítica a cargo del Padre Fernando Peraza Leal*, Quito, Didascalía, 2012, pp. 33 – 35.

³³² Si al comienzo de su acción educativa tenían mayor relevancia los oficios tradicionales – carpintería, herrería, zapatería, sastrería, imprenta, entre otras artes manuales –, la innovación técnica y la invención de nuevas maquinarias hizo necesario ampliar el horizonte profesional a saberes como tornería, mecánica o electricidad.

³³³ Por inspiración e iniciativa del mismo don Bosco, el 5 de agosto de 1872 se ordenaban las primeras 15 religiosas que daban inicio a las Hijas de María auxiliadora, orientadas por idéntica finalidad y programa que los salesianos, pero dirigidas a la educación de niñas.

Con una rígida organización jerárquica, la congregación estuvo dirigida por el mismo don Bosco, reemplazado luego de su muerte por la figura del Rector Mayor, elegido en un Capítulo General. El gobierno de las presencias salesianas en territorios cada vez más extensos se llevó a cabo a través de los Inspectores, ayudados en cada región por un Consejo Inspectorial. Con respecto a las obras locales, las máximas autoridades eran los directores. Cada uno de los miembros se regía por las Constituciones, que fijaban el estilo propio de la vida consagrada - como los votos de obediencia, pobreza y castidad -, y las características propias del carisma. La institucionalización de su intervención social luego de la aprobación papal permitió a don Bosco expandir su obra por otras ciudades de Europa, antes de cumplir con su propósito misionero en tierras americanas.

Junto a la construcción de una obra eminentemente educativa, la acción pastoral de la congregación salesiana incluyó también una intensa actividad misionera, sobre todo a partir de su consolidación en el decenio de 1870. En un sentido amplio, las misiones comprendieron las obras de apostolado con los connacionales emigrados y las empresas apostólicas de aquellos que anunciaban la fe a los no bautizados.³³⁴ Es decir, se dedicaron a la atención de inmigrantes y nativos en colegios, internados, escuelas agrícolas u hospitales en los principales centros urbanos, así como en tareas sociales y apostólicas entre los pueblos originarios a través de misiones y reducciones. Con este doble propósito arribaron los salesianos a la Argentina, en lo que fue su primera incursión fuera de Europa. Llegados al país en 1875, en pocos años lograron expandir sus iniciativas socio-educativas a través de la fundación de oratorios, colegios e internados en ciudades como Buenos Aires, Carmen de Patagones, Viedma y La Plata.³³⁵

Aunque la tarea en las comunidades italianas de Buenos Aires fue muy importante para afianzar su presencia, la centralidad de su labor misionera giraría en esos años en los territorios de la Patagonia. Hacia el último tercio del siglo XIX, el Estado argentino evidenciaba la preocupación por circunscribir su soberanía territorial, asociándola a la seguridad de sus fronteras y a la voluntad de incorporación del indígena como sector social sometido. Desde las estructuras de poder se le imprimió al conjunto de las poblaciones aborígenes la categoría de “salvajes, incivilizados y nómades”, vistos como enemigos a los cuales era preciso someter para asegurar el proyecto que pretendía civilizar a la población y afianzar el progreso de la Nación.³³⁶ Para los grupos de sobrevivientes de la “guerra contra el indio” se siguieron diferentes prácticas de sometimiento, donde la prédica de la religión católica se insertó como constitutiva de un proyecto social, como

³³⁴ Don Bosco mostraba preocupación por la influencia que los sectores anticlericales podían tener entre las comunidades de inmigrantes, por lo que este fue uno de los motores de la actividad misionera salesiana.

³³⁵ Diversos contactos con el cónsul argentino en Savona, Juan Bautista Gazzolo, motivaron el ofrecimiento de don Bosco de suministrar sacerdotes para la iglesia Mater Misericordia en Buenos Aires – como había sido el pedido expreso de Monseñor Espinosa – y la apertura de un colegio en San Nicolás de los Arroyos.

³³⁶ María A. Nicoletti, “La Congregación salesiana en la Patagonia: "civilizar", educar y evangelizar a los indígenas (1880-1934)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 15, núm. 2, 2004.

instrumento de uniformización y como pilar de cambio cultural que pretendía ser una puerta de entrada a la civilización. Los salesianos, en este sentido, ofrecieron una alternativa que resultaba menos costosa para el Estado, a través de un proyecto eminentemente práctico que aparejaba, además de ventajas directas, una gran economía para el erario público.³³⁷ Al mismo tiempo, el contexto teológico en el que se anclaban las misiones salesianas entendía que no había salvación fuera de la Iglesia, de allí que la preocupación por la “salvación de las almas” se identificaba con la difusión de la “civilización cristiana”. En el pensamiento de don Bosco y de otros sacerdotes de su tiempo, solamente la religión católica podía ser garante de una auténtica civilización. Tanto la evangelización como la educación de los “salvajes” iba de la mano de la transmisión cultural de los valores civilizatorios occidentales, tales como la residencia estable y en habitaciones propias, el respeto y la buena administración de la propiedad privada, la vida familiar monogámica, la práctica de la agricultura y la cría de ganado, determinadas normas de convivencia e higiene, entre otras.³³⁸ La conversión del hijo del cacique Namuncurá reforzó en el imaginario esa visión que ubicaba a la congregación y a su proyecto en sintonía con la idea de progreso de la élite dirigente argentina.³³⁹ Por otro lado, más allá de la propaganda que los salesianos hicieron respecto de su oferta educativa integradora de moral cristiana, su régimen de internados, la contención de los sectores pobres y marginados, la coeducación con las Hijas de María Auxiliadora, la enseñanza de artes y oficios y de agricultura y ganadería cubrieron espacios donde la presencia estatal estaba ausente.³⁴⁰

Para la época en que los salesianos inauguraban el primer oratorio festivo en la ciudad de Córdoba, su presencia en la Argentina se extendía a través de más de medio centenar de institutos. Esta impresionante expansión de la obra iniciada en Buenos Aires a través de la multiplicación de oratorios, escuelas, internados y talleres no deja de resultar llamativo. La historiografía abocada al fenómeno salesiano en el país ha demostrado ser fructífera en destacar el protagonismo de las misiones en la Patagonia, lo cual constituye un aspecto central para explicar semejante prosperidad institucional. Pero hubo dos aspectos que merecen ser destacados. En primer lugar, un proyecto educativo con fuertes contenidos de pedagogía social que se mostró eficaz frente a las problemáticas sociales de la modernización. En particular, su intervención sobre la infancia menesterosa que no solo no entraba en contradicción con el proyecto civilizador que tenía a la escuela pública como su principal exponente - aun cuando el conflicto se diera en el plano de la religión, aspecto de tensión

³³⁷ *Ibidem*, p. 8.

³³⁸ Francesco Motto, “El proyecto educativo-misionero de Don Bosco en la Patagonia, en el contexto teológico y cultural de su tiempo y hasta 1915”, Iván A. Fresia, María A. Nicoletti y Juan Picca (Comp.), *Iglesia y Estado en la Patagonia...* cit., p. 25.

³³⁹ Los relatos elaborados acerca de la vida de Ceferino dan cuenta de la construcción de un “modelo virtuoso”, en relación con el plan educativo y evangelizador del mismo don Bosco para los indígenas de la Patagonia. María A. Nicoletti y Marta Penhos, “Algo más que una estampita...” cit. p. 17.

³⁴⁰ María A. Nicoletti, “La representación de los colegios salesianos en los supervisores neuquinos”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 7, 2003, p. 151.

ineludible con los sectores liberales -, sino que comulgaba con las visiones y proyectos que promovían la proliferación de instituciones asilares de formación en artes y oficios para la educación de las clases populares. En segundo lugar, los lazos tejidos con las élites asistenciales en las principales ciudades del país - nucleados bajo la figura de los Cooperadores Salesianos - fueron un factor crucial para hacer prosperar sus obras por todo el territorio nacional. Sin la obtención de enormes sumas de dinero canalizadas a través de donaciones y colectas hubiera sido imposible para los salesianos sostener el ritmo de fundaciones durante el primer cuarto de siglo de su estadía en la Argentina. El caso cordobés, en este sentido, se muestra revelador del protagonismo de los cooperadores. La propuesta de abrir un colegio salesiano en la ciudad, como el esfuerzo organizacional y económico realizado a través de las dos primeras décadas de funcionamiento del Colegio Pio X, dan cuenta del interés puesto por la élite dirigente en la obra educativa de la congregación. Interés que partía del convencimiento de que apoyando este tipo de iniciativas se garantizaba una solución efectiva y adecuada a los costos sociales producidos por la modernización.

“Y Córdoba, ¿Por qué no los llama?”

A principios de 1905 se estableció la primera obra salesiana en Córdoba. Los treinta años precedentes a esa fecha estuvieron caracterizados por extensas tratativas e insistentes pedidos a favor de la venida de los sucesores de don Bosco, realizados por parte de un grupo de personas influyentes de la ciudad. En efecto, la idea de abrir una escuela de artes y oficios en Córdoba tuvo un fuerte impulso por parte de la élite dirigente y no así por los mismos salesianos, quienes se opusieron a la iniciativa en varias oportunidades. Las gestiones dirigidas por personas ubicadas en espacios institucionales de poder tuvieron éxito, consiguiendo el dinero necesario para materializar los proyectos. La narrativa histórica de la congregación, atenta a destacar los logros heroicos de los padres fundadores, contiene descripciones que ayudan a entender el peso real de los aportes de la sociedad civil, los discursos en torno al valor de la escuela y la educación profesional, el rol del Estado - en general a través de las gestiones particulares de algunos funcionarios - y las opiniones de las autoridades salesianas ante la posibilidad concreta de asentarse en la ciudad.

En los primeros años de la década del 1880 el Padre Luis Galeano, por aquel entonces director del Colegio Sagrado Corazón de Jesús perteneciente a la orden de las concepcionistas, se constituyó en el principal promotor en Córdoba de la obra educativa realizada por los salesianos en Argentina. Conocedor de don Bosco y de su sistema educativo e inspirado por el accionar de la congregación en varias ciudades del país, se dirigió en reiteradas oportunidades al Padre Santiago Costamagna, superior salesiano en la Argentina, pidiéndole que mandara a Córdoba algunos sacerdotes para

establecer junto a su colegio una escuela de artes y oficios. Ubicado en los Bajos de Galán, esta institución brindaba educación a los numerosos niños de aquel barrio por entonces marginal y poco poblado.³⁴¹ Las celebraciones religiosas que tenían como epicentro la iglesia y el convento de las concepcionistas eran destacadas por la prensa católica ya que cumplían la función de “recordar a poblaciones poco frecuentadoras de la iglesia” sus deberes para con Dios.³⁴² No obstante dirigir una obra de marcado perfil social que atendía a la educación elemental de los niños pobres de un barrio periférico de la ciudad, Galeano consideraba que la educación básica no garantizaba a esos niños de condición humilde los medios necesarios con los cuales poder bastarse en la vida y ser útiles a los demás y la sociedad, por lo que el aprendizaje de un oficio serviría para darles una orientación en la vida.³⁴³ La coincidencia entre los anhelos educativos de este sacerdote y su admiración por la congregación salesiana refleja la valoración que estos cosechaban desde su llegada a la Argentina. Aun cuando su obra educativa y evangelizadora no se agotara en la educación profesional de niños y jóvenes marginales, este parecía ser el sello distintivo para aquellos que ya realizaban tareas de implicancia social con la infancia pobre en los centros urbanos del país.

Los insistentes llamados de Galeano a abrir una escuela profesional en Córdoba no lograron convencer a los salesianos de emprender una nueva fundación, ya que sus principales preocupaciones pasaban, por esos años, en asegurar el destino de las misiones patagónicas y en reclutar vocaciones sacerdotales que pudieran continuar con dicha labor. Además, las imágenes de una ciudad repleta de congregaciones religiosas que atendían ya la salud espiritual de la “Roma argentina” parecían no serles ajenas a los salesianos, como afirmaba el Padre Lorenzo Massa sobre el superior en Argentina: “¿Cómo podía enviar salesianos a Córdoba, donde había tantas congregaciones y donde siempre hubo un clero secular numeroso que se ha distinguido por su preparación, y por su celo, teniendo él la Patagonia completamente bajo su responsabilidad y casi sin sacerdotes?”³⁴⁴

A principios de 1890, el diario católico *El Porvenir* publicaba un artículo titulado “Los Padres Salesianos y las Ciencias Naturales”, en donde se hacía referencia a la contribución al progreso científico de sus escuelas en la Patagonia y se mencionaba la buena impresión de los visitantes en cuanto al deseo de abrir una obra similar en la ciudad.³⁴⁵ Comenzaba, así, a circular de manera más amplia la opinión de que ese tipo de escuelas profesionales contribuían al “progreso material de los pueblos”, dando a sus educandos los “medios para ganarse el futuro, subsistencia con facilidad y

³⁴¹ Con presencia en Córdoba desde 1877, hacia la década de 1920 las Concepcionistas poseían en la ciudad cinco casas: el colegio y noviciado de Bajos de Galán, el Asilo Maternal de la Santa infancia, el Asilo de San Luis Gonzaga para niños y niñas pobres, el Asilo de María Inmaculada para las jóvenes y un asilo para “señoras pobres vergonzantes”. *Los Principios*, 27 de marzo de 1923.

³⁴² *Los Principios*, 26 de junio de 1900.

³⁴³ Lorenzo Massa, *Memorias del Colegio Pio X*, Imprenta Colegio Pio X, 1930, p. 12.

³⁴⁴ *Ibíd.*

³⁴⁵ *El Porvenir*, 25 de febrero de 1890.

provecho para sí mismos como para la sociedad en general”.³⁴⁶ Esta valoración hallaba eco en los proyectos que planteaban la necesidad de reorientar los planes de estudio de las escuelas estatales. Pero al mismo tiempo, los sectores católicos resaltaban la específica misión evangelizadora salesiana, que encontraba su principal contribución en la educación moral y religiosa de la niñez y la juventud marginal.³⁴⁷

A los sectores clericales que conocían y apoyaban la obra educativa salesiana, se fueron sumando un nutrido grupo de personas vinculadas al círculo de la élite cordobesa de tradición católica, en su mayoría profesionales de buena posición económica, fuertes comerciantes, abogados, médicos, y algunos pertenecientes al ámbito político como concejales y senadores. Como resaltarían los mismos salesianos años después, ya hacia fines del siglo XIX la intención de la congregación de abrir un colegio se había convertido en un “anhelo general de las autoridades eclesiásticas y civiles y de toda la ciudad de Córdoba”.³⁴⁸ Esta simpatía que cosechaban entre la clase dirigente local se materializó en un nuevo pedido dirigido al superior de los salesianos en Argentina, Padre José Vespignani, con la intención de que enviara algunos religiosos a Córdoba para la dirección de un colegio de artes y oficios.³⁴⁹ En una carta fechada el 31 de marzo de 1890, este respondía la solicitud dejando en claro que existía la intención de asentarse en esa ciudad. Debido a la escasez de personal, les era indispensable a los salesianos elegir bien los destinos para la apertura de nuevas casas, ya que a la falta de sacerdotes debidamente formados se sumaba la necesidad de contar con los recursos necesarios para sostenerlas. El notable y explícito interés demostrado por una fracción importante de la clase dirigente local en su proyecto educativo, fue un factor decisivo para que la congregación eligiera Córdoba sobre otros lugares. Hacia 1893, el gobernador de la provincia Manuel Pizarro, intervino personalmente en las gestiones enviando una comisión a Turín para entrevistarse en persona con el Rector Mayor de la congregación.³⁵⁰ En ella Galeano llevaba una carta en la que Pizarro se comprometía a pagar los pasajes para seis sacerdotes a Córdoba.³⁵¹ Al mismo tiempo, la prensa católica iniciaba una ininterrumpida prédica a favor del proyecto publicando una nota sobre la

³⁴⁶ *Los Principios*, 3 de diciembre 1895.

³⁴⁷ En esos años, el Estado provincial había comenzado a evaluar la posibilidad de abrir una escuela profesional en la capital. Las instancias que se hacían para la venida de los padres salesianos y las negativas con las que eran correspondidas, convencieron al gobierno provincial que una escuela de ese tipo tardaría largo tiempo en establecerse en Córdoba. Esto motivó la presentación en 1888 de un proyecto de ley a la Legislatura para fomentar su fundación. El autor del proyecto era el educacionista Javier Lascano Colodrero, ministro de justicia e instrucción pública. Recién hacia 1912 pudo concretarse la fundación de lo que sería la escuela de artes y oficios Presidente Roca.

³⁴⁸ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 15.

³⁴⁹ *El Porvenir*, 11 de abril de 1890.

³⁵⁰ Años antes, en calidad de legislador, Pizarro había visitado el colegio de artes y oficios que los salesianos poseían en Almagro.

³⁵¹ La respuesta del superior de la congregación habría sido que efectivamente enviaría sacerdotes a Córdoba, pero que además de los pasajes era necesario que se pensara en el terreno y en el edificio. Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 23.

necesidad de una institución salesiana en la ciudad, celebrando la iniciativa del gobierno de involucrarse a favor del proyecto:

“Y Córdoba, ¿por qué no los llama? Sabemos que con una pequeña ayuda por parte del Gobierno será fácil tener en nuestra ciudad un hermoso edificio dirigido por estos abnegados y prácticos sacerdotes en la educación moral e industrial de la niñez. Es ese un establecimiento de la más vital importancia y urgente necesidad en nuestro pueblo [...] educando y dando oficio a los cientos de niños vagabundos que pululan por las calles de esta ciudad”.³⁵²

Entre 1895 y 1901, tres sucesos tuercen el rumbo de las negociaciones entabladas entre la dirigencia local y los salesianos. Por un lado, Galeano desistió de continuar al frente de las gestiones. Uno de los principales motivos fue la decisión de los superiores de la congregación de no tomar en cuenta el ofrecimiento del colegio que dirigía como sede, debido a la excesiva distancia al centro urbano. De acuerdo a los salesianos, no era óptimo establecer en dicho barrio la escuela de artes y oficios por los obstáculos que ofrecía el camino y por los gastos de transporte. Por otro lado, en esos años se sumaron dos personas que llegarían a ser figuras claves de la comisión de Cooperadores Salesianos. El primero, Monseñor Pablo Cabrera, como cura párroco del Pilar tenía una activa participación en la evangelización y difusión de la religión entre las distintas colectividades residentes en los alrededores de su parroquia, llegando a fundar el Círculo Obrero Cosmopolita del Pilar, asociación de carácter mutual dedicada a atender las necesidades materiales y espirituales de sus miembros. Desde 1897 formaba parte, a su vez, del Círculo de Obreros Católicos de Córdoba, que años más tarde absorbería al Círculo Cosmopolita.³⁵³ El segundo, Agustín Garzón, propuso él mismo retomar el proyecto ante los salesianos en su calidad de presidente del Consejo de Conferencias Vicentinas en Córdoba. Esta comisión fue la encargada de recibir al superior salesiano en Argentina cuando se decidió visitar la ciudad en 1903. En efecto, Vespignani quiso ver en persona los terrenos en los que se levantaría el futuro colegio. Se decidieron por unos lotes ubicados a cierta distancia del centro, ya que de acuerdo a la opinión de varios sectores dentro de los vicentinos y de algunos salesianos, la obra que pretendía erigirse podía estorbar el trabajo realizado por las numerosas órdenes religiosas asentadas en la ciudad. Los terrenos formaban parte del llamado Pueblo La Toma, rebautizado en 1910 con el nombre de Barrio Alberdi, caracterizado por la proliferación de ranchos y conventillos y por ser albergue de pandilleros, mendigos, prostitutas,

³⁵² *Los Principios*, 5 de Junio de 1894.

³⁵³ Cabrera se destacó también en el plano intelectual, en particular por su labor historiográfica y su activa participación en los espacios religiosos que atendían a la cuestión social. Ver Denise Reyna Berrotarán, *Monseñor Pablo Cabrera. Un sacerdote-historiador. Sus intervenciones sobre el pasado y su presente (1857-1936)*, Trabajo Final para obtener el título de Licenciada en Historia, Escuela de Historia, FFyH, UNC, 2016.

lavanderas, gentes de oficios menores, junto a “delincuentes de poca monta”.³⁵⁴ No obstante, esta conformación sociocultural no era extraña a los sacerdotes salesianos, cuya tarea pastoral los había ubicado con preferencia en los barrios marginales.

Al día siguiente de recorrer los terrenos definidos para la fundación, Vespignani brindó una conferencia sobre “Don Bosco y la Congregación” a un nutrido grupo que el mismo salesiano describiría como “lo más selecto de Córdoba”. Luego del acto se resolvió crear oficialmente la primera comisión de Cooperadores Salesianos, que tendría a su cargo la coordinación de los trabajos para la instalación de una escuela de artes y oficios para niños pobres. La dirección de la flamante comisión quedaría a cargo de Monseñor Pablo Cabrera, secundado por los señores Agustín Garzón y Vicente Castro, quienes deberían conservar relación directa con la curia diocesana y el superior salesiano para cumplir con los objetivos relativos a la fundación. Por otro lado, se estableció que en las reuniones privadas del comité y en las conferencias públicas que se dieran a los cooperadores y fieles, se haría una colecta a beneficio de la obra. Además, se determinaba que los cooperadores serían los encargados de la adquisición de los terrenos que luego entregarían a la congregación para trazar los planos de la nueva casa.³⁵⁵ El diario *Los Principios* daba cuenta de los esfuerzos realizados por la comisión en lograr la venida de los “abnegados sacerdotes salesianos” y confiaba en el éxito de la empresa, ya que aquella estaba conformada por “caballeros distinguidos, honorables y progresistas”.³⁵⁶

La realización de esta asamblea dejó establecido un marco institucional por donde se encauzaría la beneficencia. Las actividades de los cooperadores no solo brindarían una mayor seguridad y confianza a las autoridades de la congregación sino que le darían un nuevo y poderoso impulso a los trabajos destinados a reunir fondos y preparar el camino para la concreción de los proyectos.

Un “modo práctico de promover la honestidad de las costumbres y el bien de la sociedad”

El origen de los Cooperadores Salesianos debe situarse en la “familia espiritual” fundada por don Bosco, que junto con la Sociedad Salesiana y las Hijas de María Auxiliadora formaban una tercera orden cuyo objetivo consistía en “lograr la perfección con el ejercicio de la caridad hacia el

³⁵⁴ Waldo Ansaldi, *Industria y urbanización. Córdoba, 1880-1914*, Tesis doctoral, UNC, 1993, p. 501.

³⁵⁵ Lorenzo Massa, *Memorias... cit.*, p. 27.

³⁵⁶ *Los Principios*, 31 de octubre de 1903. Por citar un ejemplo, Félix Garzón Maceda y Juan Caferatta, ambos médicos y legisladores provincial y nacional respectivamente, de extracción católica y que, entre otras cosas, habían promovido la realización de un complejo de viviendas obreras para mejorar la higiene de la ciudad, formaron parte de ese primer grupo de cooperadores.

prójimo y, en particular hacia la juventud en peligro”. En este sentido, don Bosco no pretendía hacer de los cooperadores simplemente el sostén de las obras salesianas, sino formarlos como verdaderos cristianos, ejemplares y activos que ayudaran a promover el espíritu católico. Este aspecto se reveló central en las prácticas benéficas de los cooperadores cordobeses. La formalización de lo que hasta ese momento había sido la beneficencia de unas cuantas personas acaudaladas de la ciudad perseguía como objetivo central, no solamente asegurar la ayuda material indispensable, sino constituir una forma de apostolado entre las clases más acomodadas. De acuerdo a la doctrina salesiana, éstas necesitaban aprender que los bienes que poseían eran de Dios, que el acumularlos no era su fin y que si el pobre necesitaba del rico para vivir, el rico necesitaba del pobre para salvarse.³⁵⁷ La tarea centrada en la regeneración de los sectores populares a través de la evangelización y la educación profesional, solo podía llevarse a cabo si se lograba la “regeneración de las clases altas”, quienes eran las que contribuían a llevar a cabo dicha misión social. Este apostolado debía cumplir la tarea de acercar y armonizar las relaciones entre los ricos y los pobres, como una forma de prevenir los conflictos sociales:

“La visita de los establecimientos salesianos por los cooperadores ricos acostumbra a mirar a los obreros con amor de hijos, a perdonarles sus imperfecciones y a interesarse por su bienestar. En los obreros, que ven a los señores identificados con sus empresas produce este contacto un sentimiento de sorpresa primero, de admiración después, y últimamente de gratitud, trocando la prevención que antes sentían, por un verdadero afecto y perdonando acaso, o no viendo siquiera, algún movimiento de superioridad altanera de la naturaleza flaca y rebelde que en los ricos producirse pudiera”.³⁵⁸

Esta concepción constituía un rasgo compartido con otras asociaciones de laicos volcados a la asistencia benéfica, esto es, una relación entre los de arriba, que repartían las ayudas sociales, y los de abajo, visualizados y auto representados como los necesitados del espíritu del orden, de la disciplina y la subordinación imperante. Las fronteras sociales definidas basadas en relaciones asimétricas explica, a su vez, la insistencia y el esfuerzo por inculcar en los niños desvalidos, asilados y huérfanos pobres, una educación basada en valores como la resignación, la abnegación, la regeneración y la conformidad con los beneficios de la protección ante la precariedad existencial de estos sectores. Esta percepción estuvo reforzada por los discursos de los cooperadores tendientes a inculcar serenidad ante las desdichas de una vida con carencias. Estas limitaciones innatas y culturales legitimaba la acción social desde arriba y convertía a los benefactores en los únicos actores

³⁵⁷ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 105.

³⁵⁸ Velada de honor a don Rúa, Sevilla, 3 de abril de 1899, publicado en *Boletín Salesiano*, noviembre de 1899.

dotados de la capacidad y recursos para amortizar los desajustes de la cuestión social, preservando las jerarquías.³⁵⁹

Formalmente instituida y aceptada por las autoridades eclesiásticas, esta unión de laicos gozaba de importantes “beneficios espirituales” por sus obras de piedad y de caridad, particularmente en la protección de jóvenes pobres y abandonados. Los cooperadores cumplían con una serie de disposiciones acordadas en un reglamento. Para ser miembro se tenía que cumplir con tres requisitos: ser mayor de 16 años, gozar de buena reputación religiosa y social y hallarse en condiciones de poder apoyar por sí mismo o por otros las obras de la congregación, con oraciones, donativos, limosnas o trabajos.³⁶⁰ Se les concedía la “Indulgencia Plenaria” al momento de la muerte, con tal que verdaderamente arrepentidos y, habiéndose confesado y comulgado, invocaran “devotamente el nombre de Jesús con la boca si les fuera posible o con el corazón” y “aceptaran la muerte de la mano de Dios, con paciencia y valor, como pena del pecado”. Por otro lado, se concedía la remisión de los pecados a todos los socios siempre que, verdaderamente arrepentidos y habiéndose confesado, recibieran la comunión en alguna iglesia u oratorio público, “[rogaran] a Dios por la paz y concordia entre los príncipes Cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores y exaltación de la Santa Madre Iglesia”. El mismo reglamento incluía de manera más detallada un sumario de las indulgencias, privilegios e indultos concedidos a los cooperadores, donde se especificaba y reglaba qué tipo de beneficio le sería concedido a cada miembro de acuerdo a la acción realizada.³⁶¹ La formalización de estas prácticas de caridad buscaba otorgar un sentido de pertenencia y fidelidad a los valores propios del cristiano dentro de la clase dirigente. Mediante la organización de oraciones, ritos y hábitos de piedad se intentaba lograr la perfección cristiana de los miembros, que debían cumplir con la finalidad de todo cooperador salesiano; esto es, la caridad hacia el prójimo y particularmente a “la juventud expuesta a los peligros del mundo y de la corrupción”.³⁶² Al mismo tiempo, la concesión de indulgencias y de otros beneficios espirituales era una forma de captar aquellas buenas voluntades deseosas de recibir la gracia de Dios. La religión legitimaba las acciones de los miembros como fuente de inspiración y compromiso social de muchos cooperadores, dotándolas de sentido y diferenciándolas de otros tipos de beneficencias y socorros de instituciones laicas.

La ayuda a la congregación no se agotaba en lo material. La promoción de ejercicios piadosos tales como novenas, triduos, ejercicios espirituales y catecismos era parte, también, de las acciones a

³⁵⁹ Beatriz I. Moreyra y Nicolás D. Moretti, “Asistencialismo y desigualdad social: una relación persistente en la modernidad liberal”, Yolanda de Paz Trueba (Comp.), *Infancia, pobreza y asistencia. Argentina, primera mitad del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2019, pp. 17 - 34.

³⁶⁰ *Reglamento Cooperadores Salesianos o Modo práctico de promover la honestidad de las costumbres y el bien de la sociedad*, Buenos Aires, Imprenta Colegio Pio IX, 1912, p. 2.

³⁶¹ *Ibíd.*, p. 15.

³⁶² *Ibíd.*, p. 27.

realizar. De manera especial, el reglamento establecía que ante la escasez de vocaciones eclesiásticas se podrían ocupar de aquellos jóvenes que, por sus buenas cualidades y aptitud al estudio, dieran indicios de querer convertirse en sacerdotes. De esto se hacía eco el periódico mensual *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, cuando solicitaba a los cooperadores difundir lo mejor posible la vida sacerdotal: “Nosotros no dudamos ni un segundo que han de abundar personas generosas que ayudarán pecuniariamente en esto que es lo primero, la más grande y la más divina de las obras de caridad y de celo, pero tememos falten aquellas que se tomen el trabajo de buscar y cultivar buenas vocaciones”.³⁶³ De igual modo, otro importante medio de cooperación lo constituía la difusión de la “buena prensa” mediante libros, folletos, opúsculos e impresos de toda clase. Esto se hizo realidad en el seno de los cooperadores cordobeses, quienes desde un principio entendieron la necesidad y la importancia de difundir en los círculos de familias católicas y la población en general noticias, pensamientos o cuestiones vinculadas a la congregación y su carisma. El *Boletín Salesiano* - órgano oficial de los cooperadores en todo el mundo - llegaba a las familias vinculadas de una u otra manera a la obra, brindando noticias referidas a las actividades de la congregación. Hacia la década del veinte hizo su aparición el ya citado periódico institucional de tirada mensual *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, condensando en sus páginas todo tipo de noticias vinculadas al universo salesiano. Además, una profusa actividad editorial llevada a cabo en las imprentas de la misma escuela de artes y oficios canalizaría palabras y discursos de afanados cooperadores que exaltaban la vida del santo fundador, el trabajo de la congregación o pintaban un cuadro estadístico de su acción en la Argentina a través de una gran cantidad de folletos y opúsculos. Estos esfuerzos editoriales servían, además, para afianzar la cohesión interna del grupo benefactor.

No obstante todas las variantes que podía asumir la cooperación salesiana,³⁶⁴ para la congregación la más beneficiosa y urgente la constituía el auxilio pecuniario. Una de las primeras disposiciones de la flamante comisión constituida en 1903 fue la de encarar la adquisición de los terrenos donde se construiría el futuro colegio.³⁶⁵ Para esta finalidad, las donaciones y cesiones de herencias fueron también prácticas muy extendidas que lograron acrecentar enormemente el

³⁶³ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, 17 de julio de 1925.

³⁶⁴ También se podía cooperar ejerciendo la caridad hacia los “niños expuestos a extraviarse, reuniéndolos para su instrucción en las verdades de la fe, acostumbrándolos a frecuentar las funciones de la iglesia, dándoles buenos consejos o conduciéndolos hacia aquellos que pudieran encargarse de su educación religiosa”. Finalmente, se aclaraba que si alguno no podía cumplir con algunos de estos propósitos podían efectuarlo por medio de otros, animando a parientes o amigos, como una forma de multiplicar las acciones de caridad y al mismo tiempo acrecentar el fruto de las colectas.

³⁶⁵ Todos los lotes que conformaban la manzana fueron comprados por separado. El 24 de noviembre de 1903, ante el escribano Rafael García Montañó - también cooperador salesiano - se adquirió el primer lote de 13 x 48,55 metros ubicado en la intersección de las calles 9 de julio y Mendoza. La suma de dinero logró recolectarse a través de un préstamo sin interés por parte de Vicente Castro y las donaciones de efectivo de Manuel Moyano, David Carreras, Temístocles Castellanos, Rogelio Martínez e incluso Monseñor Juan Yániz. A este primer lote le siguió la compra de siete terrenos más, todos adquiridos por el aporte pecuniario de la comisión que invirtió para este fin la suma de \$51.000. El 17 de enero de 1908 se hizo la transferencia de todos los terrenos comprados al director del Colegio Pío X. La adquisición de la manzana entera pudo completarse recién hacia 1916.

patrimonio salesiano. Uno de los casos más sobresalientes en la ciudad estuvo relacionado con la apertura del oratorio festivo en barrio San Vicente,³⁶⁶ gracias a los aportes de la viuda de un acaudalado comerciante.³⁶⁷ De igual modo, también obtuvieron donaciones de terrenos y viviendas ubicadas en la campaña o en zonas de veraneo en las sierras.³⁶⁸

La construcción del nuevo colegio enfrentó a la comisión de cooperadores al problema de reunir grandes cantidades de dinero. Los salesianos implementaron la venta de rifas o bonos de acuerdo al valor del metro cuadrado de pared, un mecanismo que ya habían tenido oportunidad de poner en práctica en ocasión de la construcción del templo de San Carlos en Buenos Aires. Sin embargo, uno de los más importantes cooperadores, David Carreras, se opuso argumentando que en Córdoba este sistema no daría resultado, por lo que proponía que lo mejor era juntar unos cien caballeros que se suscribieran por unos cien o doscientos pesos por mes.³⁶⁹ Finalmente se resolvió que las familias pudientes de Córdoba se encargasen de costear uno o más salones – aulas, talleres, comedor, entre otros - dedicando ese acto de caridad a la memoria y el alma de alguno de sus seres difuntos.³⁷⁰ Un detalle de los costos asignados en 1925 a los materiales necesarios para construir el taller de imprenta de la escuela de artes y oficios, con una capacidad para cien alumnos, permiten mensurar los volúmenes de dinero recaudados a través de la cooperación salesiana:³⁷¹

³⁶⁶ El barrio San Vicente, fundado oficialmente el 19 de junio de 1870 por quien sería uno de los principales cooperadores, Agustín Garzón, se gestó por las inversiones provenientes de la primera élite urbanizadora de la ciudad, la que mantenía estrecha relación con la iglesia católica. Destinado principalmente para viviendas obreras, el barrio fue creciendo y en 1888 se incorporó al ejido municipal de la ciudad. Ya hacia principios del siglo XX se sumarían diversos asentamientos de industrias procesadoras de materias primas, como mataderos, curtiembres, barracas y fábricas de jabón y velas. Cristina Boixados, “*Las tramas de la ciudad, Córdoba entre 1870 y 1895. Élite urbanizadora, infraestructura y poblamiento*”, Córdoba, Ferreyra editor, 2000, p. 3.

³⁶⁷ De origen español y habiendo cursado la carrera de derecho, el fallecido Antonio Perea Muñoz había podido amasar una pequeña fortuna fundando una casa de comercio mayorista de suma importancia en el rubro y de gran prestigio en la ciudad. Su hermano, Manuel Perea Muñoz llegó a ser también un importante cooperador de la obra salesiana, desempeñándose durante varios años en el consulado español en Córdoba y llegando a tener una importante influencia en las actividades de gobierno, en el comercio y en la actividad bancaria. Ante la insistencia de la viuda de abrir un nuevo colegio salesiano en la ciudad, Gherra trató de disuadir a la viuda para que dedicara su caridad al colegio que ya tenían en actividad. Finalmente, se terminaron adquiriendo nuevos terrenos pero con la condición de que serían destinados no a la apertura de una nueva fundación, sino de una dependencia del Colegio Pío X, un oratorio que con el tiempo podría ser ampliado con algunas clases para niños pobres. Cayetano Bruno, *Los salesianos...* cit., p. 225.

³⁶⁸ En 1916, por ejemplo, Monseñor Zenón Bustos cedió a la congregación un terreno de unas ocho hectáreas camino a San Carlos.

³⁶⁹ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 50.

³⁷⁰ La mayoría de los salones fueron costeados y dedicados a la memoria de cooperadores difuntos por parte de las familias más acaudaladas de la sociedad cordobesa. Hacia 1930 se contaban seis salones ocupados uno para enfermería y los restantes para clases de los artesanos, donados por Susana Funes a la memoria de su esposo, el Dr. Pizarro Lastra; salones comedores de los alumnos dedicados a la memoria de los insignes cooperadores Manuel Moyano y su esposa Josefa Tarrío de Funes; salón de artes gráficas y sastrería dedicado a la memoria de José E. Ahumada por su esposa Cesárea Villada; en el hall del Colegio, una sala costeadada por David Carreras a la memoria de su amigo Vicente Ocampo, entre otros.

³⁷¹ Construcción del taller de imprenta del Colegio Pío X. Detalle de gastos. Año 1925. ACPX.

Construcción del taller de imprenta del Colegio Pio X. Detalle de gastos. Año 1925.

1895 metros cúbicos	a \$22 el metro	\$ 41.690
48 ventanas con postigos	a \$100 c/u	\$ 4.800
10 puertas	a \$110 c/u	\$ 1.100
28 columnas	a \$200 c/u	\$ 5.600
100 camas con colchón etc.	a \$50 c/u	\$ 5.000
100 roperitos para niños	a \$25 c/u	\$ 2.500
960 metros cuadrados de piso	a \$5 c/u	\$ 4.800
24 rejas como las actuales	a \$160 c/u	\$ 3.840
Maquinarias para Imprenta		\$ 21.200
Total		\$ 90.530

Fuente: ACPX.

Las prácticas y modos de beneficencia desplegados por los cooperadores dan cuenta del consenso entre amplios sectores de la élite dirigente cordobesa sobre la conveniencia de apoyar una obra social como la de los salesianos. Y si bien se recurría a colectas populares y subsidios de organismos oficiales, fueron las familias tradicionales quienes aportaron el capital necesario para lograr erigir la escuela profesional. Esto explica, también, la importancia que tenía para la congregación el fortalecimiento de los lazos con las élites asistenciales allí donde buscaban abrir nuevas casas.

La religión operaba como fuente de inspiración de la tarea emprendida por este grupo de laicos. Más allá del sentido social que adquiría la colaboración con una obra de estas características, era la caridad cristiana lo que en definitiva legitimaba el acto asistencial. Así, la fe en la “Gracia Divina” era capaz de estimular importantes donaciones. Hacia 1912, por ejemplo, se inauguraba el taller de carpintería costeadado de manera íntegra por la familia del difunto cooperador Rogelio Martínez, un fuerte comerciante que había llegado a ser presidente del Concejo Deliberante e Intendente de la ciudad, gracias a que su hija había visto cumplida una promesa realizada a través del rezo de una novena. Incluso, este tipo de colaboraciones eran promocionados a través de las publicaciones salesianas, con la intención de despertar el interés de los simpatizantes de la obra:

“Una óptima persona que tiempo hace perdió un miembro querido de su familia nos hacía la siguiente pregunta: Deseo hacer sufragios para el alma de... ¿Podría con este fin costear un saloncito o unas becas para niños pobres? Le contestamos: Es un medio de los más provechosos para los finados: Ud. comprende

que de este modo perpetuará los sufragios: serán dos, cinco, veinte niños que por Ud. anualmente serán asilados, educados y salvados”.³⁷²

El desarrollo del día a día del colegio y el oratorio demandaban también enormes esfuerzos pecuniarios, como ocurría con la donación de maquinarias y herramientas necesarias para las labores de aprendizaje de los alumnos artesanos. Los mismos cooperadores solían visitar las instalaciones para definir prioridades en la beneficencia: “En vista de la necesidad imperiosa de colocar algunos talleres en condiciones de responder a las necesidades de su creación, los miembros de la comisión directiva de los Cooperadores de Don Bosco resolvieron propiciar la organización completa de la sección carpintería para luego seguir en igual forma con las demás”.³⁷³ Si esto sucedía de manera esporádica, otro tipo de acciones estaban presentes de manera más cotidiana, como el reparto de dulces, golosinas y pequeños regalos los días de fiesta en el oratorio. La presencia entre los asistidos acentuaba la visibilidad de los cooperadores mediante acciones concretas y cercanas a la comunidad vinculada a la obra.

En ocasiones, los mismos salesianos salían a buscar los medios de sostenimiento. Hacia 1916, el director del Colegio Pio X se dirigía por correspondencia a distintas familias acaudaladas de la ciudad, adjuntando un pequeño opúsculo acerca de la vida de don Bosco. Este acto de cordialidad del Padre Juan B. Gherra cumplía el propósito de hacer conocer y publicitar la obra del fundador de la congregación, sus acciones, su carisma y los logros sociales de la educación impartida por los salesianos. Y al mismo tiempo, invitaba a colaborar con una obra que ayudaba a construir la sociedad del futuro entre los hijos del pueblo. Este tipo de gestos solían ser bien acogidos, como en el caso del abogado y diputado provincial Eduardo Molina, quien envió una tarjeta personal agradeciendo el “precioso obsequio” y ofreciendo su ayuda y colaboración “como diputado y como ciudadano”.³⁷⁴ A través de una verdadera actividad publicitaria, los salesianos buscaban sostener y aumentar el apoyo de la clase dirigente haciendo conocer y admirar sus instituciones. No menos hábil fue el gesto de Gherra cuando en el mes de julio de aquel año envió a diferentes direcciones de comerciantes, industriales, profesionales y personalidades de la dirigencia local, una tarjeta modelo a llenar por el destinatario pidiendo la donación del valor de un traje de explorador o de gimnasta.³⁷⁵ Junto con los

³⁷² *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, diciembre de 1922.

³⁷³ *Los Principios*, 9 de mayo de 1922.

³⁷⁴ *Correspondencia del Padre Gherra a los cooperadores*. Año 1916. ACPX.

³⁷⁵ Algunas firmas permiten apreciar el perfil de los destinatarios: Miguel Thea, dueño de una fábrica de cal, José Serrone, comerciante dedicado a la importación y exportación de frutas, verduras y cereales con puesto en el Mercado Norte del ciudad de Córdoba, Sor María de Sta. Eufrasia, superiora del asilo de mujeres del Buen Pastor, el Gerente del Banco de la Provincia de Córdoba y Eduardo M. Poretti, dueño de la tradicional Confitería Oriental del centro de la ciudad, entre otros. Es interesante el caso de un coronel del Ejército, de apellido Villegas, quien además de adherir al pedido del salesiano le comunicó que igualmente entregaría a su enviado algunos equipos de Boys Scouts comprados en Londres para sus hijos, que por el momento no los usaría. ACPX.

nombres de aquellos que conformaban el comité oficial de Cooperadores Salesianos - entre los que ya se encontraban personas ligadas al poder político y acaudalados comerciantes - la ayuda recibida a través de esta beneficencia más esporádica refuerza la idea de una alianza entre la élite dirigente, una naciente burguesía del sector comercial y profesional y la congregación. La confluencia de intereses y proyectos hizo posible esa unión, canalizada en la cooperación hacia el proyecto de intervención social que proponían los salesianos.

Hacia la segunda década del siglo XX, se fueron sumando otras iniciativas dedicadas a sostener su actividad educativo-pastoral. Una de las más importantes fue la de las Damas Cooperadoras Salesianas (**Imagen 23**). A partir de la organización de los festejos por el cincuenta aniversario de la llegada al país de los primeros salesianos, se constituyó un grupo permanente conformado por señoras de la alta sociedad, en su mayoría esposas, hermanas e hijas de aquellos que ya formaban parte del comité de cooperadores. El nacimiento de esta rama femenina debe entenderse no solo como fruto de la necesidad de mayores recursos para la congregación, sino también como resultado de un contexto marcado por el incremento de la participación de las mujeres en el movimiento católico. A través de la participación en acciones filantrópicas y caritativas, las mujeres de distintos grupos pudieron definir un lugar propio en la esfera de lo público, ganar prestigio y legitimidad social, desarrollar habilidades políticas como negociadoras y acumular experiencia como administradoras.³⁷⁶



Imagen 23

Comisión de Damas Cooperadoras Salesianas, al celebrarse las fiestas de inauguración de la cripta dedicada a María Auxiliadora. 29 de septiembre de 1928.

Fuente: Lorenzo Massa, *Memorias...cit.*, p. 48.

De hecho, durante toda esta década se fueron sumando grupos de cooperadoras organizadas en ciudades como Bahía Blanca, Viedma, Eduardo Castex, Tucumán y Comodoro Rivadavia.³⁷⁷ Esta organización brindaba a sus socias un espacio de sociabilidad a través de la participación en la esfera pública, que prefiguraban nuevas modalidades de ejercicio de la ciudadanía.³⁷⁸ Estas comprendían

³⁷⁶ Beatriz I. Moreyra, “Modelo asistencial...” cit., p. 10.

³⁷⁷ Lucía Bracamonte, “La organización normativa...” cit.

³⁷⁸ Las experiencias colectivas en el campo de la asistencia conformaron formas de acción pública de las mujeres que, legitimadas por sus fines benéficos, matizaron la concepción predominante de lo femenino centrada en la primacía del ámbito doméstico. Lucía Bracamonte, “Mujeres benefactoras en el sudoeste bonaerense argentino: el caso del Patronato de la Infancia de Bahía Blanca, 1906-1931”, *Historiolo*, vol. 4, núm. 7, 2012, p. 53.

desde la realización de tareas publicitarias y la organización de veladas para la recolección de fondos, hasta las gestiones ante organismos públicos para la obtención de subsidios.³⁷⁹ La institucionalización de estas formas de beneficencia, solía encubrir algunas sutiles diferencias entre los sexos. En este sentido, los sectores católicos en general consideraban que ciertas cualidades naturales, como la compasión y el espíritu de sacrificio, hacían a las mujeres especialmente aptas para las tareas caritativas. Legitimaban y valoraban sus contribuciones en el campo asistencial pero creían que sus iniciativas no podían dejarse libradas a su propio arbitrio. En el caso de los salesianos, se especificó la constitución y los fines de los grupos femeninos conformados en la Argentina. Estas diferencias en las regulaciones, aparentemente, abrevaban en construcciones de género basadas en el concepto de diferencia sexual natural que estaban extendidas en la época más allá del universo católico y que asignaban a las mujeres determinados roles y esferas de actuación legítimos. Es decir, si bien esas experiencias eran singulares por su carácter católico y salesiano, mostraban también la extensión de ciertas definiciones de la femineidad extendidas en la época y de formas de sociabilidad propias de los estratos altos de la sociedad.³⁸⁰ Para el caso cordobés, si bien es notorio que las primeras gestiones tuvieron un protagonismo exclusivamente masculino, se advierte que conforme avanzaban los años la participación femenina fue en aumento. Así, Susana Funes de Pizarro Lastra ostentó el record de ser quien más dinero aportó a la obra de los salesianos. Sin embargo, no dejaba de destacarse en las memorias de la institución que la benefactora era hija de Domingo Funes y viuda de Ángel Pizarro Lastra, ambos fallecidos y notables miembros de la comisión de cooperadores.³⁸¹

Del seno de estas damas surgió una de las formas más originales de beneficencia llamada “Las Alcancías”, destinada a costear el asilo de los huérfanos educados en la escuela de artes y oficios. Su particularidad radicaba en que se nutría exclusivamente del aporte realizado por niños y niñas de clase acomodada, en su mayoría hijos e hijas de las mismas mujeres que prestaban su colaboración. Además de la recolección del óbolo,³⁸² el objetivo estaba puesto en lograr que estos pequeños cooperadores, por medio de la “caridad silenciosa”, pudieran compartir el “dolor de la orfandad

³⁷⁹ Como ejemplo de estas iniciativas, hacia 1925 la comisión realizó gestiones ante el Gobernador de la Provincia para lograr la inclusión en el presupuesto de una partida de veinte mil pesos destinados a la adquisición de maquinaria para el taller de imprenta construido ese año. También tuvieron participación en las gestiones que los diputados nacionales, doctores Juan F. Cafferata primero y José Heriberto Martínez más tarde, hicieron ante el Congreso Nacional para que se asignara un subsidio de cincuenta mil pesos, dedicados enteramente a la construcción de un salón de actos y aulas en la planta baja del Colegio Pio X. Por otro lado, con la edificación de los cimientos del santuario dedicado a María Auxiliadora se decidió formar una comisión para colaborar exclusivamente con esa empresa. Estas “Damas de María Auxiliadora” comenzaron a valerse de todo tipo de recursos para reunir fondos, desde rifas y colectas públicas hasta exposiciones culinarias.

³⁸⁰ Lucía Bracamonte, “La organización normativa...” cit. p. 158.

³⁸¹ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p.120.

³⁸² Entre los años 1925 y 1929 esta comisión logró reunir la suma promedio de \$2500 anuales, recolectados entre 170 y 220 alcancías.

sacrificando sus pequeños ahorros para el albergue del desheredado”.³⁸³ Más allá de las intenciones explicitadas por el discurso salesiano, ese tipo de iniciativas se consideraban eficaces como mecanismos de reproducción social. Al inculcar a los más pequeños el ejercicio de la beneficencia para con los desamparados, los cooperadores formaban a quienes tendrían a su cargo la responsabilidad de continuar la obra de sus padres. Al mismo tiempo, bajo el paraguas de la caridad cristiana y la cooperación salesiana, los miembros de la élite social tejían relaciones y formaban espacios de sociabilidad donde maridos, esposas, hermanos y hermanas e hijos e hijas de corta edad, participaban y se nutrían de los mismos valores. En ese sentido, era común que las damas integrantes de las sociedades de beneficencia constituyeran redes de tipo endogámico, cuyos miembros estaban emparentados entre sí y tenían estrechas relaciones de cercanía, compartían creencias y valores, prácticas y espacios de sociabilidad y poseían una fuerte vinculación con los miembros destacados de las élites profesionales y los detentadores del poder.³⁸⁴ La pertenencia a este tipo de sociedades de ayuda ponía de manifiesto un conjunto de valores, distinciones, vinculaciones y rituales que implicaban el reconocimiento y la adquisición de un status para ser admitidos por sus iguales y valorados por sus inferiores.

En los enunciados presentes en la documentación producida por los cooperadores, es notoria la centralidad que adquirió la figura del “huérfano” o “desheredado” como destino privilegiado del óbolo. Si bien es cierto que la colocación de niños expósitos era frecuente en la vida de la institución, los salesianos también contribuyeron a realzar ese aspecto, el más nítido quizás, de su labor social. Los pedidos de colaboración se hacían no ya en nombre de los salesianos, de su obra educativa, de la formación profesional de los hijos del pueblo. Era, ante todo, un auxilio que tenía como destinatario preferencial a los “Huerfanitos de Don Bosco”, nombre otorgado a los niños de esa condición y a quienes era indispensable alimentar, vestir, educar. Con la finalidad de otorgar mayor visibilidad a esto, a través de un despliegue sumamente simbólico se realizaban las famosas colectas anuales organizadas por las Damas Salesianas, en las que participaban algunos niños huérfanos del colegio vestidos con su uniforme de gimnastas, portando los colores de la bandera nacional. Junto a las cooperadoras recorrían las calles recogiendo la colecta de transeúntes interesados, visitando lugares públicos y los domicilios de aquellas familias más pudientes. En los numerosos llamados a la colaboración publicados en la prensa, sistemáticamente se resaltaba que los “Huerfanitos de Don Bosco” solo podían instruirse profesional y moralmente gracias a la generosidad de los bienhechores:

“La sección de asilados del Colegio Pio X, que dirigen entre nosotros los Padres Salesianos, y que se titula Huerfanitos de Don Bosco, merece la cooperación social. Más de cien niños reciben allí alojamiento, ropa,

³⁸³ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 138.

³⁸⁴ Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social...* cit., p. 169.

alimentación, instrucción elemental y práctica industrial, en las aulas y en los talleres de la casa [...] La comisión de cooperadores se reúne todos los miércoles a las 18 en la dirección del Colegio a fin de atender a las necesidades crecientes de los asilados y de procurar ropas, herramientas, máquinas y encargo de obras”.³⁸⁵

Un aspecto importante a destacar es que todas estas prácticas se sustentaban en la creencia de que la caridad debía ser entendida en un sentido amplio, opuesto a lo que era considerado la simple beneficencia. En la cosmovisión salesiana, ésta había cimentado “una filantropía mundana” que, queriendo ostentar las mismas obras y los mismos efectos de la caridad verdadera, no tenía el espíritu ni el alma de la piedad cristiana. La simple limosna ofrecía los mismos asilos y los mismos hospitales con mayor ruido y con más grandiosidad, pero no por amor a Dios, sino por sentimiento de “gloria mundana o farisaica ostentación”. Por el contrario, el verdadero cristiano caritativo, no contento con dar sus bienes al menesteroso, debía sacrificar sus comodidades, sus pasatiempos, su sueño, su comida, hasta su persona y su salud, en aras de la caridad de Jesucristo.³⁸⁶ Este discurso que se deslizaba hacia los cooperadores también era reproducido dentro de las instituciones entre los alumnos, incentivándolos a la colaboración que tenía como destinatarios, precisamente, a los “compañeros más humildes y necesitados”. Con motivo de la realización de la “Gran Colecta Nacional” para los huerfanitos, en el mes de octubre de 1922 aparecía una nota en la prensa local dirigida a los organizadores y firmada por los alumnos artesanos del Colegio Pio X. Allí les presentaban lo recaudado entre ellos como un acto de adhesión a la iniciativa que pretendía proveer educación a

“tantos niños abandonados que por no tener quien se ocupe de ellos, andan vagando por las calles expuestos a mil peligros de alma y cuerpo, sin hallar una persona amiga que les haga experimentar el consuelo de una sonrisa cariñosa, de una palabra dulce y tierna y los encamine por la senda del deber, haciéndolos miembros útiles a sí mismos, a la sociedad y nuestra amada patria”.³⁸⁷

A continuación agregaban que ellos habían tenido la dicha de poder ingresar en el colegio salesiano por la “Gracia de Dios” y, siendo recibidos con los brazos abiertos, su presente era una consecuencia directa de la generosidad de los bienhechores, por lo que al compararse con “tantos hermanitos” que “gemían en la indigencia” invocando en su auxilio la caridad cristiana, habían

³⁸⁵ *Los Principios*, 23 de junio de 1922. En el aviso de la colecta de ese año, se justificaba el pedido relatando con cierta crudeza que por falta de espacio, se habían visto obligados a rechazar numerosos pedidos de solicitudes de asilo por parte de niños que se agolpaban en la puerta del colegio.

³⁸⁶ José Vespignani, *Circulares, cartas, avisos. Edición reservada para uso de los salesianos de la Inspectoría Argentina de San Francisco de Sales*, Buenos Aires, Imprenta Colegio Pio IX, 1922, p. 415.

³⁸⁷ *Los Principios*, 25 de octubre de 1922.

tratado de ahorrar lo que destinaban para golosinas, con el único objeto de poder colocar en las manos de esos niños más necesitados la “modesta dádiva de su caridad y derramar en sus pechos una gota siquiera del suave bálsamo del consuelo”.³⁸⁸ La participación de los alumnos también fue solicitada en ocasión de la construcción del santuario dedicado a la patrona de la congregación, como un modo de simbolizar que cada niño había contribuido concretamente a la construcción del templo. Estas prácticas, donde se ponían en juego la participación de amplios sectores vinculados a la obra, eran parte de una estrategia destinada a reforzar la pertenencia a una comunidad de fieles y la adhesión al proyecto social salesiano. Y al mismo tiempo, se legitimaba la obtención de los recursos sin los cuales no podían sustentarse las actividades de la congregación.

Por otra parte, era común que personas independientes que no tenían un especial vínculo con la congregación se hicieran cargo de la educación de los huérfanos costeadando su educación en los talleres salesianos. Un caso particular que ilustra esto tuvo lugar el 16 de junio de 1922, cuando el Cónsul de Italia en Córdoba colocó en el Colegio Pio X al mayor de cinco niños de corta edad que habían quedado al completo desamparo por el fallecimiento de su madre.³⁸⁹

Además del trabajo de los cooperadores, los salesianos apelaron a la colaboración de los distintos niveles del Estado, nacional, provincial y/o municipal. Generalmente, la ayuda oficial tomaba la forma de subsidios extraordinarios que solían ser destinados a la construcción de nuevas partes del edificio o a la remodelación y ampliación de las ya existentes. En el caso del municipio era común la exoneración del pago de algún impuesto, a través de la aprobación del Consejo Deliberante.³⁹⁰ Algunas subvenciones menores de carácter anual eran también dirigidas al pago de la pensión de algunos alumnos artesanos. Es decir, se cubría mediante partidas anuales de dinero la educación de algunos niños que, por su condición de huérfanos o pobres, no podrían educarse dentro de la escuela profesional salesiana. En las cartas dirigidas a distintas reparticiones del Estado los salesianos argumentaban su pedido señalando que de no subsanarse su estructura deficitaria, muchos niños quedarían sin ser recibidos en su establecimiento. Apelaban, mediante cifras y estadísticas, a demostrar que su tarea era realmente inviable si no se recibía la anhelada ayuda oficial.

La promoción estatal hacia establecimientos educativos de carácter privado cobra sentido en un contexto donde el modelo de asistencia social predominante se caracterizaba por una interdependencia entre las instituciones de caridad y los propios organismos oficiales, relación que implicaba que la cuestión social debía resolverse mediante una política sin Estado que

³⁸⁸ *Los Principios*, 25 de octubre de 1922.

³⁸⁹ *Los Principios*, 16 de junio de 1922.

³⁹⁰ Dos años después de su llegada a la ciudad, se reglamentó la exoneración de los derechos de línea de cerca y nivel de vereda por las construcciones que se realizarían en los terrenos colindantes a la calle Colón, donde se tenía previsto erigir un templo dedicado a la virgen. Actas de Sesiones del Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba, año 1913, V-9, A-1-40, f. 155, AHM.

comprometiera lo menos posible la estructura oficial.³⁹¹ La confianza de los funcionarios públicos en promover abiertamente la ayuda a los salesianos se sustentaba, también en la creencia de la conveniencia para el Estado de apoyar subsidiariamente a los establecimientos privados en vez de hacerse cargo totalmente de la asistencia. En la defensa del proyecto de ley de un subsidio acordado a la escuela de artes y oficios del Colegio Pio X realizada en la sesión del 1° de septiembre de 1926 en la Cámara de Diputados de la Nación, Juan Cafferata fundamentaba el pedido por una suma de 80 mil pesos refiriéndose particularmente al ahorro que este tipo de establecimientos educativos privados significaban para el Estado, donde el costo medio por alumno y por año se diferenciaba enormemente de los establecimientos oficiales. Según sus cálculos, si el Estado debía costear una escuela profesional como la de Córdoba, con sus 692 alumnos, el subsidio proyectado representaba una cantidad insignificante dentro de su presupuesto.³⁹² De igual manera, el presidente de los cooperadores, Telésforo Ubios, en un discurso pronunciado el 9 de octubre de 1922 en ocasión de instituirse la Liga de Padres de Familia del Colegio Pio X, remarcaba el alivio que significaban las instituciones como éstas para las arcas fiscales:

“Tantos alumnos concurrentes a ella, son tantos menos que reclaman un sitio en los establecimientos oficiales, y porque sin los internados quedarían sin educarse miles y miles de niños que por causas diversas están impedidos de asistir a la escuela pública, aun cuando esta se difundiera y multiplicase. No es un hecho local que el estado carece de capacidad suficiente para resolver el complejo problema educacional, y, siendo así, los padres de los niños que asisten a los establecimientos particulares de educación, realizan un señalado bien a la obra civilizadora de la escuela popular, pues, como contribuyentes del fisco, coadyuvan a la educación pública, y como contribuyentes voluntarios, auxilian al estado con la escuela que sostienen”.³⁹³

Algunos dirigentes liberales renuentes a la intervención estatal favorecían el mínimo de intervención pública en lo referido a la asistencia social, entablado duros debates en los ámbitos legislativos. En este sentido, el pedido de algunos concejales ligados a la comisión de cooperadores de que se subvencionara al Colegio Pio X con aportes mensuales provenientes del municipio, hacia 1907, generó la oposición de varios funcionarios que alegaban que esta institución ya era ayudada por particulares, por lo que en nada dificultaría esta decisión al funcionamiento del colegio.³⁹⁴

Como dijimos, la ayuda de los cooperadores tenía la mayor participación dentro del presupuesto anual de la obra salesiana. Es de destacar que muchos de los subsidios otorgados por el Estado fueron obtenidos gracias a los contactos personales que muchos de los miembros de la

³⁹¹ Beatriz I. Moreyra, *Cuestión social...* cit., p. 23.

³⁹² Juan Cafferata, *Labor Parlamentaria*, Córdoba, Honorable Cámara de Diputados, 1928, p. 336.

³⁹³ *Los Principios*, 9 de octubre de 1922.

³⁹⁴ *Los Principios*, 20 de abril de 1907.

comisión tenían con las autoridades gubernamentales y legislativas, lo que les abría las puertas de los despachos oficiales además de las donaciones de las casas comerciales y bancarias. Estas relaciones familiares y sociales con los círculos del poder político y económico lograban traducirse finalmente en aportes de dinero público, que se sumaban a lo obtenido a través de la beneficencia.

Los “instrumentos de la Providencia”: la representación del cooperador y el culto a su imagen

Junto con la expansión de la obra, los salesianos iniciaron un proceso de construcción ritual del culto a los cooperadores. La imagen del bienhechor, la descripción de sus invaluable colaboraciones en beneficio de una causa noble y justa como era el auxilio de los niños pobres, fue exaltada permanentemente llegando al borde de la veneración. La utilización de numerosos recursos y expresiones simbólicas como forma de enaltecer su figura, fueron creando una imagen positiva de aquellos hombres y mujeres distinguidas que habían amparado con su prestigio y ayudado con su dinero a la congregación. En un clima de época permeado por las ideas de caridad y beneficencia, la acción de los cooperadores no solo se correspondía con la prosecución de un ideal social. El espíritu caritativo representaba a su vez la manera a través de la cual se definía la pertenencia a una élite. Era una forma de crear y asegurar un determinado status, prestigio y pertenencia a un grupo social. De allí la importancia dada a las formas en que sus acciones, gestos y palabras eran representadas.

La prensa fue uno de los principales medios a través del cual lograron instalar un discurso que resaltaba esos valores, acciones y cualidades. Los Principios, el Boletín Salesiano y el periódico mensual de la institución, publicaban constantes menciones y agradecimientos a la “eficaz”, “práctica” e “indispensable” ayuda que se recibía de las élites. Las memorias institucionales también fueron un importante medio de difusión acerca de la labor benéfica realizada. Allí se resaltaba la “santa perseverancia” de los trabajos realizados, se publicaban datos y testimonios que daban cuenta de la enorme importancia de esos hombres y mujeres en la historia y vida de la institución. Se representaba el alcance y la magnitud de la acción social, moralizadora y civilizadora cometida, con una finalidad propagandística donde se describía la acción social de la élite como una forma de reivindicar la caridad cristiana como el mecanismo más acertado para la solución de los problemas sociales. Vespignani mencionaba en una circular a los salesianos en Argentina la necesidad de exhibir ante la sociedad los resultados reales de la obra de don Bosco, amparada por sus beneméritos cooperadores y cooperadoras.³⁹⁵

³⁹⁵ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 262.

En las “Memorias del Colegio Pio X”, escritas en ocasión de cumplirse sus bodas de plata en 1930, se reivindicaba la figura de los cooperadores y amigos de la obra de don Bosco en Córdoba, como acreedores de los innumerables logros cosechados, a través de un relato fundacional centrado en figura del cooperador. Por medio de la profusión de imágenes y retratos y la reiterativa mención de nombres ligados a las distintas comisiones, el discurso exaltaba la figura de estos hombres y mujeres asignándoles valores superlativos, construyendo una imagen de cualidades morales y cívicas intachables e imitables. Por otro lado, la participación protagónica de los mismos cooperadores en actos y celebraciones era otra manera de poner de relieve la figura de esas damas y caballeros distinguidos. A través de sus fiestas institucionales, los salesianos exhibían los frutos de la acción benéfica en diferentes espacios dedicados a difundir los contenidos del proyecto civilizador y su pedagogía social.

Los funerales realizados en ocasión del fallecimiento de algún cooperador de renombre eran otras instancias aprovechadas para darles centralidad. Los salesianos demostraron tener un impulso por honrar a los muertos ilustres y una vocación de recuperar para su tradición a grandes hombres, fueran sacerdotes o laicos. Los funerales organizados poseían una enorme importancia política e ideológica, en un esfuerzo de construcción simbólica que apuntaba a transmitir unidad e identificación con la obra a través de los valores y acciones del fallecido.³⁹⁶ Hacia 1922, los Cooperadores Salesianos de Córdoba prepararon el funeral de quien había sido presidente de la comisión, José Ahumada. Con toda solemnidad, ante la presencia de ex-alumnos, alumnos de la sección “Huerfanitos de Don Bosco” y público en general, se organizaron actos piadosos en la capilla del Colegio Pio X. Terminado el acto religioso, la familia del difunto fue invitada a pasar a visitar los talleres de la escuela de artes y oficios. En uno de los salones del establecimiento, un niño leyó un discurso en representación de sus compañeros, a modo de pésame por la desaparición física del “digno ciudadano” y cooperador de la casa salesiana. Luego, el nuevo presidente de la comisión Telésforo Ubios, recordó que su obra había multiplicado los “afectos por el hogar, la patria, la Iglesia y las obras de beneficencia”.³⁹⁷ Finalmente, como recuerdo del homenaje rendido se distribuyeron tarjetas con el retrato del extinto cooperador acompañado de la siguiente leyenda: “Su vida, sustentada por una fe robusta y una piedad ardiente, fue sobre todo, una acción constante, generosa y fecunda, informada por estos tres conceptos augustos que constituyeron sus tres grandes amores:

³⁹⁶ Como ha apuntado Gayol para el caso de los “grandes hombres” en la Argentina, la eficacia simbólica de los cuerpos muertos convertía a los funerales en acontecimientos de gran espectacularidad y de gran emoción, donde la burocratización del ceremonial garantizaba una presencia oficial significativa. Sandra Gayol, “La celebración de los *grandes hombres*: funerales gloriosos y carreras *post mortem* en Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 16, núm. 2, julio-diciembre 2012, p. 4.

³⁹⁷ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, septiembre de 1922.

Dios, su Patria y la humanidad doliente”.³⁹⁸ Con la misma fuerza conmemorativa, ante el fallecimiento de Manuel Perea Muñoz el 18 de septiembre de 1924, los salesianos publicaron un calendario sobre la llegada de la congregación a la Argentina. El homenaje incluyó el discurso de un alumno de la sección de niños huérfanos, que apelaba a la comunidad emocional que conformaron los desheredados y benefactores, y que se deslizaba por los intersticios de las porosas fronteras sociales:

“Dejadnos llorar, dejadnos rezar, señores, porque los restos mortales de Don Manuel Perea Muñoz merecen el tributo de nuestras lágrimas, y su alma bella y santa cual ninguna, esa alma que como Jesús, nos prefirió a los demás seres criados, merece también ser alegrada en la eterna Jerusalén con las oraciones de nuestros infantiles corazones. Un niño que reza y llora sobre los despojos de su padre, lo dice todo...”³⁹⁹

Estas diferentes formas de agradecimiento público obedecían a la preocupación de los salesianos de lograr la adhesión a la obra por parte de las élites y de la sociedad, para asegurarse los medios de sostenimiento indispensables para el desarrollo de su proyecto socio-educativo, en momentos donde no podían esperar lo mismo de las estructuras estatales. Los discursos, las publicaciones, las celebraciones conmemorativas contribuyeron a cimentar una imagen de los cooperadores que legitimaba la acción caritativa, resaltando las virtudes cristianas, cívicas y morales que los convertían en ejemplos de ciudadanos comprometidos con su comunidad y con la religión.

Una unión necesaria

Durante más de treinta años, personas vinculadas a la élite dirigente fueron construyendo un estrecho vínculo con las autoridades de la congregación. Mediante acciones de caridad y beneficencia, las prácticas asistenciales de aquellos sectores posibilitaron que en un corto tiempo la obra salesiana en la ciudad no solo pudiera abrir sus puertas, sino que experimentara un desarrollo inédito en relación a otras órdenes religiosas en ese periodo. Los salesianos supieron capitalizar la predisposición de un sector preocupado por el incremento de los costos sociales de la modernización, institucionalizando sus acciones de caridad a través de los cooperadores. En este sentido, la insistencia de las clases dirigentes en llamar a los salesianos - fruto del convencimiento de que obras como las escuelas profesionales eran necesarias para encauzar el problema de la infancia

³⁹⁸ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, septiembre de 1922.

³⁹⁹ *Almanaque de la Obra de Don Bosco en Córdoba*, año 1925, ACPX.

menesterosa - fue fundamental para persuadir a las autoridades de la congregación de su negativa a encarar una nueva fundación. Sin el apoyo económico y las influencias de la élite hubiera sido impensada la apertura de un colegio con una escuela profesional que albergaba a gran parte de su población escolar de manera totalmente gratuita.

Por diferentes medios, se fue construyendo una determinada imagen de la caridad cristiana, que ubicó al cooperador salesiano como exponente central de los valores que la congregación reclamaba en las élites católicas. A través de fiestas, símbolos y una profusa actividad editorial, se extendió la propaganda destinada a hacer conocer los enormes beneficios que la obra de don Bosco, por acción de la cooperación, aportaba a la comunidad, junto a la necesidad de sumar adeptos al proyecto educativo y social que se presumía indispensable y necesario para la época.

Para los sectores dirigentes, la cooperación salesiana significó una posibilidad concreta de frenar el avance del pauperismo y otros males sociales, como la proliferación de ideas radicalizadas y los contenidos de un liberalismo anticlerical. Al mismo tiempo, las élites encontraban en la colaboración con una causa considerada noble y justa como era la atención de los sectores más desposeídos - sobre todo de niños y jóvenes pobres - un potente mecanismo de la legitimación ante la sociedad. Para los salesianos, su relación con ellos representó la única forma de cimentar en la ciudad su obra social, en momentos en que el Estado no podía financiar íntegramente sus proyectos. Como diría Vespignani a los mismos salesianos: “La cooperación salesiana es la obra del momento, sin ella habrá que abandonar a desgraciada suerte a muchos niños, pobrecitos, que irán a aumentar el porcentaje de los que constituyen las sombras en el cuadro de las sociedades que olvidan a los desheredados de la fortuna”.⁴⁰⁰

De qué manera los salesianos asumieron la tarea encomendada y las características, formas y particularidades que tuvo su proyecto educativo, pastoral y social, son temas del próximo capítulo.

⁴⁰⁰ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 345.

Capítulo III EL PROYECTO EDUCATIVO SALESIANO



Plantel de los primeros salesianos y alumnos del Colegio Pio X posando en la galería de la originaria construcción de madera y chapa que albergó las aulas y la capilla hasta la construcción del edificio, dos años después. Abajo, de izquierda a derecha: Pedro Tantardini, Juan B. Gherra, José Vespignani, Salvador Gaglianone y Fernando Kenny. Nótese los cuadros con las imágenes del Papa Pio X a la izquierda y de don Bosco a la derecha. 3 de diciembre de 1905. ACPX.

“Que bien se ve esto [el trabajo en familia] en los colegios salesianos, donde a un lado y otro de la hermosa iglesia o capilla “trabajan” las dos secciones: estudiantes y artesanos; aulas de letras y ciencias, y aulas de talleres; el mundo en pequeño; allí se forman los ciudadanos que en la vida social y civil irán a convivir. Quien no ve en esto un germen de armonía social, carece de sentido de la Providencia”.⁴⁰¹

El 11 de marzo de 1905 es la fecha que las efemérides salesianas recuerdan la llegada de los primeros sacerdotes de la congregación a la ciudad de Córdoba. A partir de ese día, su proyecto educativo-pastoral experimentaría un crecimiento acelerado. Comenzando por la modesta instalación del oratorio y las primeras aulas en lo que prácticamente era un sitio baldío de un barrio por entonces marginal, en pocos años los salesianos entregaban el diploma de carpinteros a los primeros egresados de su escuela profesional. Durante más de veinte años, construyeron una obra social cuya finalidad esencial consistió en brindar una respuesta efectiva al problema de la infancia en condición de riesgo. Y si bien esto incluyó una heterogeneidad de iniciativas que convergían en la educación y formación cristiana de los hijos del pueblo, el oratorio y la escuela de artes y oficios constituyeron el andamiaje de ese proyecto de intervención social.

Al reconstruir las diversas prácticas y configuraciones discursivas que tuvieron lugar en sus instituciones, puede observarse cómo los salesianos aunaban las diversas estrategias de control y disciplinamiento más rígido con los objetivos tendientes a lograr la integración social plena de esos niños y jóvenes marginados. El oratorio fue la primera instancia en esa tarea que, conjugando todo tipo de juegos y diversiones apropiadas con sutiles lecciones de moral y catecismo, logró reunir a una buena cantidad de niños y jóvenes de los márgenes. Con la incorporación de los oratorianos como pupilos en la escuela de artes y oficios, el proyecto social salesiano adquirió mayor relevancia. En ese espacio cerrado y al resguardo de la calle, los alumnos aprendieron los hábitos, destrezas y valores necesarios para convertirse en honrados trabajadores, reforzando los elementos tendientes a lograr la definitiva reforma de las costumbres.

Si bien la retórica salesiana cimentó la imagen de congregación social, fundamentalmente por la tarea de inclusión realizada con los niños y jóvenes vulnerables, los postulados esenciales de la

⁴⁰¹ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 18.

pedagogía social salesiana reflejaban una visión de la sociedad que naturalizaba la diferencia de clases, invocando un orden de “inspiración divina” sobre el que debían entenderse los roles que le correspondían a cada una de ellas en la sociedad. Esta concepción se ancló con fuerza en el interior de las escuelas de la congregación, donde tenía lugar la convivencia de dos grandes grupos de alumnos, unos inclinados a profesiones liberales y otros dirigidos al aprendizaje de un arte u oficio. Como veremos en estas páginas, la unión y convivencia entre ambas secciones pretendió sentar las bases de una solución pacífica a los conflictos del mundo del trabajo, pero sin cuestionar las jerarquías entre clases.

Entre lo lúdico y lo formativo: el oratorio salesiano

La narración titulada “Un día en el Oratorio”, publicada hacia 1930 en la memoria anual del Colegio San Antonio de Padua, resulta muy ilustrativa de la dinámica de ese particular espacio de intervención social que los salesianos desplegaron en los barrios de las principales ciudades del país:

“Imagínese un gran patio anexo al Santuario; llenos de niños que corren, saltan, juegan: A una determinada hora suena una campana: Un momento de confusión indescriptible; una segunda campanada y como por encanto dos, cinco, doce filas de niños de todas las edades y tamaño se forman, se mueven entrando en completo silencio al Santuario. Rezan. Asombrado uno se pregunta: y ¿estos chicos tan piadosos recogidos como novicios, son los mismos que hace un rato correteaban y gritaban?

Los mismos... obsérvelos ahora: en el momento de la Comunión. Sin respetos humanos, los ojos bajos las manos juntas, recogidos se acercan a recibir la Santa Hostia.

Obsérvelos por la tarde a la hora del catecismo, pendientes de la voz y la mirada del maestro, helos allí escuchando con atención y con interés la Doctrina salvadora que les dará la paz y la alegría.

Y después... nuevamente algazara, gritos, carreras en todas direcciones, juegos de pelota, de foot-ball, formación de exploradores, toques de clarín y tambor.

Y llega la noche: y esos niños que antes corrían por las calles con peligro de alma y cuerpo, que formaban las pesadillas de sus padres y maestros que mutuamente se escandalizaban, vuelven a casa contentos y con el alma pura”.⁴⁰²

La pluma salesiana encargada de redactar la descripción, en sus representaciones un tanto idealizadas, traslucía la finalidad de la tarea asistencial emprendida en esos espacios: niños obedientes, sumisos, atentos en los momentos del catecismo y alegres a la hora de los juegos,

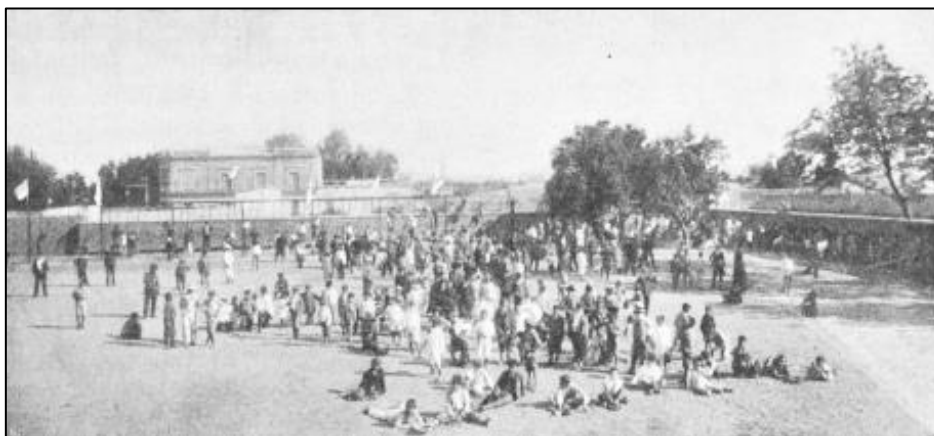
⁴⁰² *Solemne distribución de premios Colegio San Antonio de Padua, Córdoba, 1930, ACSAP.*

parecen acatar las directivas emanadas de los sacerdotes que dirigen la jornada. Niños que sustraídos de las distracciones que les ofrecía la calle encontraban ocupaciones acordes a su edad, en un ambiente que iniciaba, sutilmente, esa labor de reforma como primer eslabón del apostolado popular encarado por los salesianos.

Imagen 24

Escena del oratorio festivo de la ciudad de Córdoba retratada para las páginas del Boletín Salesiano. Año 1906.

Fuente: Boletín Salesiano, marzo de 1906.



La primera mención acerca de sus orígenes y fundamentos pueden encontrarse en las “Memorias del Oratorio”, escritas por el mismo don Bosco, en las cuales construye una suerte de relato fundacional de toda su obra, un punto de inicio en la historia de aquello que se consideraba la “célula madre de la Pía Sociedad Salesiana”. Allí se explicita lo que constituía la esencia misma del oratorio, esto es, la acción social entre jóvenes pobres y marginados para acercarlos a la religión y el catecismo.⁴⁰³ Aquellas líneas trazadas al promediar el siglo XIX siguieron estructurando la dinámica del oratorio salesiano: la reunión de niños y jóvenes, principalmente los domingos y los días de festividad civil o religiosa, en un espacio conformado por juegos, “sanas diversiones”, la práctica de deportes, junto con la instrucción religiosa, sencillas lecciones de moral y, oportunamente, la distribución de los sacramentos.⁴⁰⁴

Una vez que los primeros salesianos ocuparon los terrenos adquiridos por la comisión de cooperadores cordobeses, las primeras tareas comprendieron acondicionar las instalaciones para el

⁴⁰³ La famosa anécdota de don Bosco sobre su encuentro en una sacristía con un joven llamado Bartolomé Garelli, que él mismo menciona como su primer alumno, traza de alguna manera un mito de origen. La duda acerca de la historicidad del acontecimiento desnuda la intención del autor de querer encarnar en un personaje aquellos jóvenes que encontraba a diario en las calles de Turín y la génesis de su orientación pedagógica. Ver Juan Bosco, *Memorias del oratorio...* cit. p. 152.

⁴⁰⁴ El oratorio “festivo” específicamente se refería a las actividades recreativas y de catequesis realizadas los fines de semana, preferentemente el domingo (día festivo). Iván A. Fresia y María A. Nicoletti, “Del juego del soldado al oratorio festivo. Sociabilidad juvenil, la cuestión higienista y el cuidado del cuerpo en la educación salesiana a principios del siglo XX”, Pablo Scharagrodsky (Comp.), *Miradas médicas sobre la cultura física en Argentina. 1880 – 1970*, Buenos Aires, Prometeo, 2014, p. 254.

funcionamiento del oratorio.⁴⁰⁵ El paisaje de la nueva fundación estaba lejos de dar una imagen grandilocuente: un establo de burros en desuso, escombros y una precaria construcción de madera que sirvió de habitación a los nuevos inquilinos conformaban las bases sobre las que se pretendía erigir toda una obra de intervención social. Sin embargo, la sencillez de la propuesta no debe confundirse con su eficacia. Hacia principios de siglo, los márgenes de las ciudades en crecimiento ofrecían escasos recursos a la Iglesia para la instalación de templos y estructuras parroquiales consolidadas, por lo que la arquitectura pastoral del oratorio permitía extender su presencia en los barrios periféricos. Y si bien solían confundirse más con potreros que con sitios sagrados, la activa participación de niños y jóvenes en estas verdaderas misiones urbanas demostraría a las autoridades eclesiásticas que la original iniciativa salesiana podía resultar sumamente valiosa a sus fines evangelizadores.⁴⁰⁶

Aun cuando lo que realmente se esperaba de la congregación era la construcción de un colegio internado con talleres dispuestos para la enseñanza profesional de los alumnos, los oratorios cumplieron una doble función que los convirtió, al mismo tiempo, en una obra social y en una iniciativa de profundo espíritu catequístico y religioso. En cuanto a su carácter social, dos aspectos pueden destacarse. En primer lugar, estaba pensado fundamentalmente para atraer a los niños y jóvenes marginados, pobres y abandonados, con la finalidad de apartarlos de las “diversiones poco convenientes y peligrosas de la calle”.⁴⁰⁷ Como hemos apuntado en el primer capítulo, los espacios públicos como aceras, plazas, parques, mercados eran habitados por muchachos de diversas edades que se dedicaban a toda clase de actividades, incluyendo el delito y la mendicidad, ambas repudiadas por los discursos prevalecientes sobre la infancia. Años antes de que se abriera la primera casa salesiana en la ciudad, Monseñor Zenón Bustos, en una entrevista con Vespignani, se refería a este tema indicando que en Córdoba había tantos niños por las calles que “podrían barrerse con la escoba”.⁴⁰⁸ El modo de intervención planteado por los salesianos a través de los oratorios suponía crear un lugar de reunión donde el tiempo fuera ocupado en diversas actividades supervisadas por sacerdotes y laicos. Esto quedaba expresamente definido en una circular dirigida por el Padre Inspector a los directores de las distintas casas de la congregación, en donde recordaba que a los niños había que tenerlos permanentemente ocupados para que su mente estuviera en continuo trabajo

⁴⁰⁵ Las crónicas cuentan que el terreno fue preparado para albergar los juegos y diversiones con los cuales atraer a la muchachada del barrio, convirtiéndose en poco tiempo en un patio adornado con hamacas, columpios y sube y baja. El 23 de abril de 1905, en ocasión de celebrarse la Pascua de Resurrección, quedó formalmente inaugurado el oratorio. Ese domingo por la tarde, los salesianos organizaron juegos y obras de títeres para divertir a los 48 niños del barrio que habían asistido. Y el Padre Gherra, flamante director, les brindó las primeras lecciones de catecismo.

⁴⁰⁶ Miranda Lida, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, p. 40.

⁴⁰⁷ *Solemne distribución de premios Colegio San Antonio de Padua*, Córdoba, 1930, ACSAP.

⁴⁰⁸ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 42.

y de esa manera evitar el peligro de que cayeran en malas compañías o en ocupaciones “no siempre buenas”.⁴⁰⁹

Como los juegos y diversiones constituían la parte llamativa del oratorio, los salesianos no ahorran esfuerzos e imaginación a la hora de plantear la oferta recreativa, como trapecios, hamacas, toboganes, barras fijas, paso-volantes, “sube y bajas”, calesitas, canchas de foot-ball y de pelota vasca, juegos de pelotas, carreras, práctica de música instrumental y canto, teatro, ejercicios físicos e incluso paseos con fines recreativos, ya que esto aseguraría el éxito de la concurrencia. Junto a estas actividades de carácter lúdico se presentaban, además, una variada gama de juguetes, prendas de vestir, golosinas e incluso imágenes religiosas que servían de premio, ofrecidos a una población infantil generalmente ajena a esa clase de obsequios y actividades, aunque sí propensa a divertimentos considerados inapropiados por el mundo adulto.⁴¹⁰ Estas ceremonias de premiación y la distribución de los regalos a los oratorianos eran ocasiones utilizadas para acrecentar la popularidad de la obra social que los salesianos llevaban a cabo. La espectacularidad con la que se revestían esos eventos revela la intención de hacer visible ante los cooperadores y la sociedad en general las claves del proyecto, simbolizado en los valores que se destacaban en los niños: la asistencia, la buena conducta, el estudio y la práctica de religión. Esto se reforzaba aún más con la participación de los mismos oratorianos que declamaban poesías, ejecutaban cantos o leían discursos de agradecimiento a los bienhechores, en una imagen que daba cuenta de las prácticas culturales civilizadas adquiridas por los hijos del pueblo.

Los cooperadores cumplían aquí un rol esencial, ya que eran los encargados de brindar la ayuda material bajo la figura de “padrinos” y “madrinas”. Su acción se hacía presente no solo en las donaciones de grandes sumas de dinero, sino también en esos detalles de la vida cotidiana, desde la donación de un juguete usado hasta el préstamo de un medio de transporte para llevar a los niños de paseo. Para el caso del oratorio de barrio San Vicente, un anuncio llamando a la colaboración mostraba la variedad de recursos que se consideraban a la hora de equipar ese espacio concebido para captar la atención de imaginaciones infantiles:

“Estamos convencidos de que una de las formas de atraer a los niños es poderles presentar a menudo sorpresas agradables: juegos, rifas, pequeñas loterías, caramelos, reparto de ropa, paseos, etc. etc. ¡Si fuera dable tener un Padrino o Madrina para cada día festivo del año... ¡Ah!, entonces podríamos echar la casa por la ventana! Qué alegría! Qué contento para este mundo infantil! Para el oratorio se recibe: Ropa nueva o usada de cualquier clase - Calzado - Juguetes - caramelos - dulces - juegos - limosnas... y hasta

⁴⁰⁹ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 234.

⁴¹⁰ Gherra contaba cómo entre su equipaje había traído desde Buenos Aires un baúl con una familia de títeres, que utilizó para la función del día de apertura del oratorio entreteniéndolos y haciendo “desternillar de la risa” a los niños concurrentes con las hazañas y peleas de Bartolo Matapulgas con el Diablo. Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 62.

autos o camiones – (dados o prestados) para premiar a los de mejor conducta y mayor puntualidad llevándolos a paseo. Igualmente vienen muy bien objetos que sirvan de premio para los juegos o también para rifas a beneficio del mismo oratorio”.⁴¹¹

A pesar que los oratorios eran espacios más informales que los colegios internados, existía un reglamento que organizaba las actividades de los alumnos y de aquellos que tenían a su cargo la asistencia y dirección, fuesen miembros de la congregación o laicos ex-alumnos.⁴¹² Vespignani recordaba que no había que reducir el oratorio a un “simple recreatorio” con algo de enseñanza catequística, sino que para que éste sea lo que realmente debía ser y lograr “educar completamente a los hijos del pueblo”, se debía tener presente que el alumno oratoriano era aquel que cumplía el reglamento, como también las figuras del director, catequista y asistente eran aquellos que lo conocían y practicaban.⁴¹³ Como una forma de controlar y asegurar la concurrencia asidua, los salesianos entregaban a los niños una libreta con el título “Manual del Oratoriano” que, además de contener las especificaciones reglamentarias, servía como forma de control de la asistencia.

Si para gran parte de la población de niños que nutrían las jornadas oratorianas la calle se caracterizaba por la ausencia de una autoridad visible y cercana que impusiera límites, estableciendo normas y asegurando su cumplimiento, en el espacio salesiano se erigía la figura de una autoridad fuerte que debía ser respetada. De modo especial, el Padre Director se constituía en un líder carismático al cual los niños - y también los adultos - debían consultar y obedecer sin cuestionar. Como responsable máximo, debía encargarse no solo de coordinar las actividades del oratorio o entablar las relaciones con los cooperadores, sino también de cuidar y aplicar la disciplina. Las crónicas sobre el día de la colocación de la piedra fundamental del Colegio Pio X dejan entrever esta imagen de autoridad construida alrededor de Gherra, fundador y primer director. Mientras los niños del oratorio se trepaban a las ramas de unos perales que circundaban el palco erigido para la ceremonia,

“[...] sacó una campanilla del bolsillo y dio un toque, advirtiendo a los niños suavemente bajaran de los árboles. Fue un momento de admiración general [...] Todos los ojos se dirigieron al padre Gherra y a los árboles y vieron estupefactos a tantos chicos silenciosos a la orden del jefe. Y en realidad parecía en esos momentos el Padre Gherra un general dirigiendo sus milicias en el campo de batalla”.⁴¹⁴

⁴¹¹ *El Santuario de San Antonio*, abril de 1928.

⁴¹² Este reglamento fue redactado por el mismo don Bosco en 1854, como una forma de transmitir la idea de la organización que regía la vida y la actividad del oratorio, por ese entonces con varios años de funcionamiento.

⁴¹³ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 95.

⁴¹⁴ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 49.

La celebración de la imagen de una autoridad afable, de quien era capaz de lograr obediencia y respeto en niños formados en las libertades de la calle, refleja el interés de las clases dirigentes en apoyar estrategias que pudieran garantizar un eficaz disciplinamiento y orden social. Esta educación para el control, suponía la incorporación por parte de los niños de ciertos valores como la disciplina, la obediencia y el respeto por las jerarquías, con ausencia de toda crítica, dándoseles consignas precisas que debían ser acatadas y no pensadas. El niño debía obedecer sin cuestionar los dictámenes impuestos por los adultos, respetar la autoridad con ausencia de un examen propio, internalizando así normas y conductas que los hicieran ciudadanos capaces de garantizar el gobierno del orden.⁴¹⁵ Este modelo educativo fue buscado y deseado por ciertos sectores de la Iglesia y apoyado por las élites liberales en su afán de dar respuesta a la cuestión social. Pero bajo la acción de los salesianos, estas premisas se tejían con la elaboración de un modelo pedagógico propio que atravesaba todas sus instituciones como era el “sistema preventivo”. Como veremos más adelante, sin dejar de buscar el control y la obediencia de los niños, lo hacía mediante la acción de adultos que debían tener verdadera disponibilidad hacia los jóvenes, simpatía profunda hacia ellos, capacidad de diálogo, bondad, cordialidad, comprensión de sus problemas. Así, la disciplina no venía de la mano de la corrección y castigo duro, sino de la confianza que el educador pudiera brindar a sus educandos:

“Puede apreciarse desde luego la influencia poderosa que han comenzado a ejercer en esta sociedad, por los centenares de niños que concurren a los Oratorios Festivos que celebran los domingos y el cariño que aquellos le profesan, a los que con rara habilidad consiguen atraer por el afecto y los consejos, antes que por el temor y el castigo”.⁴¹⁶

El oratorio constituía la forma a través de la cual los salesianos lograban controlar el empleo del tiempo libre en una porción de la infancia que cultivaba el ocio. Pero además de sacar al niño de los peligros de la calle mediante juegos y diversiones, también se llevaba a cabo una intervención social más profunda, mediante un entramado de acciones benéficas: la promoción del ahorro postal, la formación de gremios de diarieros y lustrabotas y el establecimiento en los oratorios del patronato de la niñez desvalida y pobre, para suministrar colocación y trabajo, socorros y vestidos a “los más pobrecitos”.⁴¹⁷ Es decir, su objetivo no se agotaba en el ofrecimiento de un espacio al resguardo de los peligros y vicisitudes de la calle, sino que el oratorio era la primera instancia en la ardua tarea de

⁴¹⁵ Silvia Rointemburd, “Educación y control social. El Nacionalismo Católico Cordobés (1862 – 1944)”, Adriana Puiggrós (Dir.), *La educación en las provincias y territorios nacionales (1885 – 1945)*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1993, cit., p. 77.

⁴¹⁶ *La Patria*, 10 de enero de 1906.

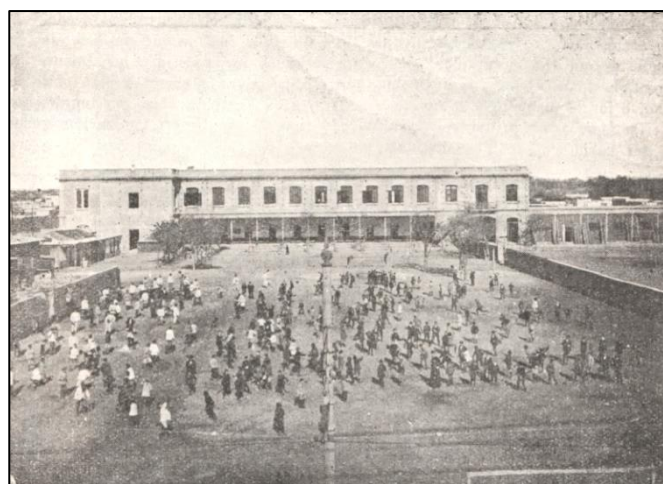
⁴¹⁷ José Vespignani, *Circulares...* cit., 130.

“rehabilitación del niño abandonado y callejero y aún para la educación de la clase media”.⁴¹⁸ En la visión de los superiores salesianos, era necesario lograr ampliar el horizonte de acción con otras tareas. De allí que se instituyó el cargo de “patrones” o “protectores”, quienes tenían la tarea de buscar colocación a los niños más pobres y abandonados con “buenos amos” y vigilar que los aprendices y los artesanos que frecuentaban el oratorio no estuvieran bajo patronos en cuyos talleres u oficinas pudieran encontrar peligros para su vida moral y cristiana. Se trataba de cuidar que los hábitos aprendidos no fueran corrompidos en los demás espacios que los niños y jóvenes frecuentaban. Además, los protectores llevaban un registro de los dueños de los talleres y fábricas que necesitaban aprendices y artesanos para recomendarles y enviarles sus oratorianos protegidos.⁴¹⁹ Al dirigir su obra de apostolado hacia los sectores más vulnerables de la población, gran parte de los niños y jóvenes que frecuentaban el oratorio debieron engrosar las estadísticas de empleo infantil. Así, los diarieros, los lustrabotas, los vendedores ambulantes, en sus espacios de tiempo libre, corrían al oratorio.⁴²⁰ Incluso la legitimación que entre las clases dirigentes poseía el trabajo como agente disciplinador e integrador permeaba la cosmovisión salesiana. No solo por sus escuelas de artes y oficios, sino porque los oratorios solían funcionar como bolsa de trabajo o sala de espera de aquellas, donde el niño de la calle empezaba a prepararse para poder aspirar a la vida obrera y civilizada. A comienzos del siglo pasado, las máximas autoridades de la congregación se referían a “la ineptitud y falta de hábito para el trabajo y la consiguiente ociosidad y amor a la vagancia” como uno de los riesgos más graves al que estaban expuestos los “hijos del pueblo”.⁴²¹

Imagen 25

El espacio destinado a los juegos y diversiones del oratorio debía ser lo suficientemente amplio para albergar la mayor cantidad de niños. Esta fotografía, que capta una jornada oratoriana en el Colegio Pio X, permite apreciar las dimensiones de los patios con respecto a las edificaciones. A la izquierda se aprecia la antigua casa donde se asentaron los primeros salesianos. Al fondo, el edificio con los dormitorios en el primer piso, los talleres y la galería.

Fuente: Almanaque de la Obra de Don Bosco en Córdoba, año 1925, p. 25, ACPX.



⁴¹⁸ *Ibíd.*, p. 374.

⁴¹⁹ Desde su origen, la acción social salesiana implicó la mediación e intervención entre los jóvenes obreros empleados como mano de obra barata y los patronos realizando contratos de trabajo para evitar la explotación y el maltrato. El mismo don Bosco reconocía que la ociosidad y la vagancia de sus alumnos oratorianos habrían destruido fácilmente los efectos de la educación dominical si no se les proporcionaba asilo y trabajo.

⁴²⁰ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 47.

⁴²¹ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 468.

Además de los patronos y protectores, existían los llamados “monitores” y “pacificadores” que tenían el encargo de velar por el buen ambiente, evitando las riñas, peleas, conversaciones y modales deshonestos o inconvenientes. A ellos se les encomendaba la tarea de recoger a los niños en las calles próximas al oratorio, invitándolos a tomar parte con la promesa de algún pequeño regalo o premio. De manera particular, los pacificadores debían tratar de reconciliar con los superiores a quienes hubieran cometido alguna falta, de traer a los que se hubiesen alejado y de aconsejar y reanimar a todos sus compañeros para la puntualidad y perseverancia.⁴²² La importancia dada a los asistentes en la supervisión de todas las actividades, incluso los juegos más libres y espontáneos, tenía como objetivo asegurar el funcionamiento y ayudar a crear un ambiente cordial y familiar, de trato amable, sobre todo para niños que carecían de la contención familiar.

Por otra parte, además de sentido social, el oratorio salesiano también tenía como finalidad la “moralización por la cristianización”. Las diversas propuestas que procuraban divertir a los niños cobraban sentido en la medida que servían para acercarlos a la instrucción catequística, los ejercicios de piedad y las lecciones de moral cristiana. No era casual que después de los entretenimientos siguieran la misa, el rezo o la distribución de los sacramentos, ya que para los salesianos la enseñanza de una sólida educación cristiana y la difusión del temor de Dios era lo que podía lograr efectivamente la regeneración de sus oratorianos. La instrucción en los ejercicios propios de la religión como hacer bien la señal de la cruz, la genuflexión, el estar bien de rodillas, sentados en una postura conveniente, aprendiendo los cantos e himnos de la Iglesia, comprendía un conjunto de saberes y prácticas que “formarían la mente y el corazón de las muchedumbres juveniles”.⁴²³ En la visión del mismo don Bosco, no era posible una verdadera educación sin una apertura a lo trascendente. De allí que su sistema educativo descansara en las columnas de la eucaristía, la penitencia, la devoción a la Virgen y el amor a la Iglesia, itinerario de devoción y liturgia que cobraba sentido en el contexto de anticlericalismo en el que actuaron los primeros salesianos en Italia.⁴²⁴ Y al mismo tiempo, los esfuerzos evangelizadores de la congregación deben situarse en un contexto en el cual la Iglesia Argentina le atribuía a la enseñanza del catecismo una función decisiva, juzgando que la elevación de la cultura religiosa de la población creaba una especie de barrera moral necesaria para detener la secularización.⁴²⁵

Como el oratorio consistía en una suerte de antesala de colegios internados, la catequesis pretendía instruir en la práctica de los deberes religiosos; asistir a misa, frecuentar los sacramentos, formar un ambiente de sano compañerismo y ponerse bajo la dirección espiritual del sacerdote. Una

⁴²² *Ibíd.*, p. 375.

⁴²³ *Memoriale*, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1916, ACPX.

⁴²⁴ Alejandra Landaburu, *Niñez...* cit., p. 99.

⁴²⁵ Loris Zanatta y Roberto Di Stefano, *Historia...* cit., p. 366.

de sus principales funciones era, justamente, la preparación de los niños para que recibieran la primera comunión. El objetivo no era solo aprender de memoria y recitar la doctrina, sino practicar y experimentar los hábitos virtuosos que constituían la vida cristiana. Sin embargo, reunir cada domingo un buen número de niños y conseguir su perseverancia en la asistencia a las lecciones de religión no era tarea sencilla. Por ello los superiores recomendaban expresamente que la lección debía estar rodeada de prácticas novedosas y seductoras y, sobre todo, el catequista debía ser amable y paciente, para hacer fácil e interesante la lección y así todos la incorporaran y practicasen. Cada niño debía quedarse con “un buen pensamiento, un saludable consejo, un propósito de hacerse buenos, de alejarse de los peligros y vencerlos”.⁴²⁶

La práctica de la religión era lo que diferenciaba a los oratorios de otras asociaciones o espacios recreativos laicos. Si bien la vida social de la ciudad estaba atravesada por la cultura católica, muchas otras formas de ocio resultaban llamativas para los sectores populares. Hacia principios de siglo, la explosión de entidades asociativas y de regulación del tiempo libre como los clubes sociales y deportivos atraían la atención de gran parte de la población. Formas tradicionales de esparcimiento construidas de manera informal y espontánea convivían con formas modernas de recreación que perfilaban una tendencia a la organización colectiva, en donde los elementos religiosos estaban ausentes.⁴²⁷ En este sentido, la denominación del oratorio como “festivo” hacía referencia no solo a un espacio de encuentro y de fiesta alrededor de los juegos y los deportes, sino que su existencia se daba en el marco de las celebraciones litúrgicas del calendario católico. En sus orígenes, don Bosco había instituido su funcionamiento los días domingo, oportunidad en que los jóvenes que trabajaban tenían un momento libre para asistir y de paso presenciar la función religiosa. El oratorio en Córdoba, al igual que sus semejantes en otros rincones del país, retomaba esta tradición. Incluso la jornada de inauguración se realizó el domingo de Pascua de Resurrección. Igualmente, se le daba particular importancia a las celebraciones consideradas representativas para los salesianos, como las fiestas de San Luis Gonzaga y de San Francisco de Sales, o la solemnidad de la patrona de la congregación, María Auxiliadora. La insistencia en la formación religiosa cobra sentido si se tiene en cuenta que la evangelización era un medio de despertar la vocación hacia el sacerdocio en los oratorianos.

Inaugurado en abril de 1905, el oratorio salesiano en Córdoba fue incorporando a un nutrido número de niños. Para el mes de junio, varios cooperadores y el Obispo visitaron las instalaciones, aún precarias. La prensa enfatizaba la admiración de las personas asistentes al acto, luego de

⁴²⁶ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1916, ACPX

⁴²⁷ Un interesante análisis sobre el surgimiento de estos espacios de sociabilidad en torno a la práctica deportiva - en particular del fútbol - en Franco Reyna, *Cuando éramos footballers. Una historia sociocultural del surgimiento y difusión del fútbol en Córdoba (1900 – 1920)*, Córdoba, CEH, 2011.

constatar la presencia de 580 niños.⁴²⁸ El siguiente verano, la asistencia media había rondado los 200 niños y para 1906, con motivo de la inauguración de las obras de los talleres de la escuela de artes y oficios, el oratorio era visto como todo un éxito.⁴²⁹ Hacia 1910, la apertura de una dependencia en el barrio San Vicente permitió a los salesianos tener una presencia activa en una zona de la ciudad habitada por familias obreras.⁴³⁰

Con todas sus aparentes simplezas, el oratorio fue la más original de todas las propuestas de intervención social de los salesianos. Mientras los esfuerzos y las intenciones de las clases dirigentes tenían como objetivo la concreción de la escuela profesional, ese espacio abierto pero regulado, llamativo y formativo a la vez, fue el sustento sobre el que pudo erigirse esa y las demás iniciativas educativas y evangelizadoras de la congregación. No obstante, las esperanzas de transformación social a través del apostolado popular siguieron depositadas en los talleres de la futura escuela de artes y oficios.

La escuela de artes y oficios

Las escuelas profesionales eran consideradas como el mejor baluarte para inculcar en la población infantil marginales verdaderos sentimientos de moralidad y amor al trabajo, más cuando el ocio y la vagancia aparecían como aptitudes naturales en las representaciones que sobre ellos tejía el mundo adulto. En efecto, don Bosco había previsto la necesidad de brindar a los niños un espacio de contención para consolidar los hábitos, las costumbres y los valores aprendidos en el oratorio en los lugares laborales, donde existía el peligro de adquirir vicios y la ausencia de religiosidad que se respiraba en la masa de los obreros.⁴³¹ Por ello, pensaba, era necesario abrir talleres independientes, con recursos propios y maestros moral y profesionalmente seleccionados, con el objetivo de lograr la incorporación material del joven trabajador, alejándolo de la miseria, del abuso, de la ignorancia, de la violencia, poniendo en sus manos el aprendizaje técnico del oficio y las nociones teóricas elementales.

La apertura de una escuela profesional fue la finalidad central de que los salesianos se sumaran al conjunto de congregaciones y órdenes religiosas que realizaban diferentes obras de evangelización

⁴²⁸ *Los Principios*, 25 de junio de 1905.

⁴²⁹ *Los Principios*, 9 de abril de 1906.

⁴³⁰ Luego de 18 años de funcionar como derivación del Colegio Pío X, en 1928 se estableció el oratorio permanente bajo la dirección del Padre José M. Parodi. Este cambio permitió sumar al funcionamiento de los días domingo y de fiesta, la apertura diaria. Posteriormente, el nuevo colegio que se construiría en esos terrenos – bautizado San Antonio de Padua – transformó al oratorio en un espacio no solo dependiente de aquel, sino complementario.

⁴³¹ *Don Bosco...* cit., p. 79.

y auxilio social en la ciudad. A mediados de 1905 comenzaron las primeras clases de la escuela elemental, con la presencia de 60 alumnos de I, II y III grado. A fines de ese mismo año comenzó la construcción del nuevo edificio destinado a albergar los talleres de la futura escuela de artes y oficios. En un singular acto en el cual se bendijo la piedra fundamental, el obispo diocesano Fray Zenón Bustos se dirigió a los presentes manifestando las esperanzas puestas en la futura obra destinada a la regeneración de un amplio sector social por vía del trabajo:

“Cuanto mayores sean las proporciones de capacidad que este edificio alcance, tanto mayor será el número de niños que se sustraiga al ocio, a la criminalidad y a los vicios; tantos menos ejemplos circularán por nuestras rancherías, tantas menos celdas deben hacerse en las cárceles correccionales, tantas menos raciones deben figurar en las planillas del administrador carcelario y tantos menos gendarmes en su guarnición”.⁴³²

El 8 de mayo de 1907 se procedió a la solemne bendición del nuevo edificio y, para junio ya se admitía la primera camada de 47 alumnos distribuidos en los primeros tres talleres de carpintería, sastrería y zapatería. Recién en 1909, con la ampliación del edificio, pudo incorporarse un taller de herrería.⁴³³ Ese mismo año, la inspección realizada por un funcionario de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Córdoba destacó el “carácter industrial y práctico” de la enseñanza y llamaba la atención sobre el alumnado, que en su mayoría describía como “pobres y expósitos”. En los talleres, el plantel docente conformado por sacerdotes y laicos dirigía los trabajos rodeados de un número proporcionado de niños a quienes se les obligaba a realizar un trabajo determinado con sujeción a las instrucciones y al modelo que les ofrecía el oficial. Si bien en un comienzo eran los mismos salesianos quienes estuvieron a cargo de los cursos, el crecimiento de la obra sumado a la escasez de personal llevó a la incorporación de maestros oficiales laicos, supervisados por los coadjutores salesianos. En este sentido, se ponía especial cuidado en la contratación de personas ajenas a la congregación, garantizando la idoneidad en el desempeño de su trabajo y las cualidades morales de las mismas.

Hacia el interior de los talleres salesianos, la educación profesional se concebía con un doble carácter. Por un lado, la instrucción en un oficio brindaba las herramientas necesarias para que el alumno tuviera la posibilidad de trabajar por su cuenta o emplearse en algún taller o industria que le permitiera sostenerse con sus propios medios, sin depender de la caridad y la asistencia. Y al mismo tiempo, la educación en el trabajo se convertía en el remedio más eficaz para reformar aquellas

⁴³² *La Patria*, 4 de diciembre de 1906.

⁴³³ La construcción estaba conformada por un salón de 40m x 7.50m destinado para capilla; un salón dormitorio (piso superior) de 22m x 14m; cuatro aulas para clases de 8.50m x 6m; y una galería para recreo y fiestas escolares de 50m x 6m, además de una sección para baños, servicios y lavatorios.

costumbres y hábitos adquiridos por los jóvenes en la calle. El ocio, la vagancia y la mendicidad eran contrarrestados con una sólida formación profesional que rescataba, ante todo, el valor del trabajo y el esfuerzo. Estos dos aspectos eran una parte sustancial de la finalidad integradora y reformista del proyecto educativo salesiano, que estaban en sintonía con la educación práctica promovida por los que bregaban por el desarrollo productivo de la Nación y por aquellos que destacaban el carácter regenerativo del trabajo. Gracias a la educación intelectual, profesional y cristiana de sus escuelas profesionales, los salesianos eran considerados verdaderos “apóstoles del progreso” que lograrían el objetivo de reducir la miseria y la ruina de las innumerables “víctimas del proletariado”, volviéndolos hombres útiles a sí mismos, a su familia y a la sociedad.⁴³⁴ Esos propósitos emergían con claridad en el discurso conmemorativo pronunciado el 21 de octubre de 1915 por el cooperador Segundo Dutari Rodríguez:

“He ahí resuelto en principio el pavoroso problema social de la actualidad. Cuando en lugar de un colegio salesiano de acción forzosamente reducida, contemos con los necesarios para amparar, formar y redimir a todos los niños que vagan por la calle abandonados a su triste suerte, entonces tendríamos el pueblo ideal, el pueblo de las fábricas y de los obreros honrados, donde no habría necesidad de cárceles y jueces del crimen, porque no los necesitan los ciudadanos formados en las escuelas del trabajo y en el culto de la virtud”.⁴³⁵

Los objetivos de reforma social se lograban mediante la transformación de la juventud abandonada en obreros útiles, honrados y trabajadores, infundidos de ideas, conceptos y tendencias que los hicieran representantes de una verdadera “salud social”.⁴³⁶ Se pretendía que los alumnos, al salir de la escuela-taller, penetrados de la doctrina católica como de las técnicas profesionales del oficio que hubiesen adquirido, fueran aptos para adquirir un patrimonio, formar un hogar con dignidad, una familia ordenada y virtuosa, respetuosa del orden y de las armonías de la autoridad.⁴³⁷ Este ideal de enseñanza hundía sus raíces en una concepción cristiana del trabajo, profesada ya por don Bosco, quien lo consideraba como un sagrado deber, un derecho a colaborar con Dios en el perfeccionamiento del mundo, una ley universal en la cual todos tenían obligación y necesidad de trabajar. El obrero que él aspiraba a formar pondría todo su esfuerzo en el trabajo porque era la voluntad de Dios.⁴³⁸ Aquí se muestran los puntos de contacto más fuertes entre el proyecto social de

⁴³⁴ *Los Principios*, 30 de marzo de 1901.

⁴³⁵ *Recuerdo del primer centenario de la fiesta de María Auxiliadora y el nacimiento de Don Bosco*, Córdoba, 1915, p. 41, ACPX.

⁴³⁶ *La institución salesiana*, Colegio San José de Artes y Oficios, Rosario, s. f., ACPX.

⁴³⁷ *La Patria*, 4 de diciembre de 1906.

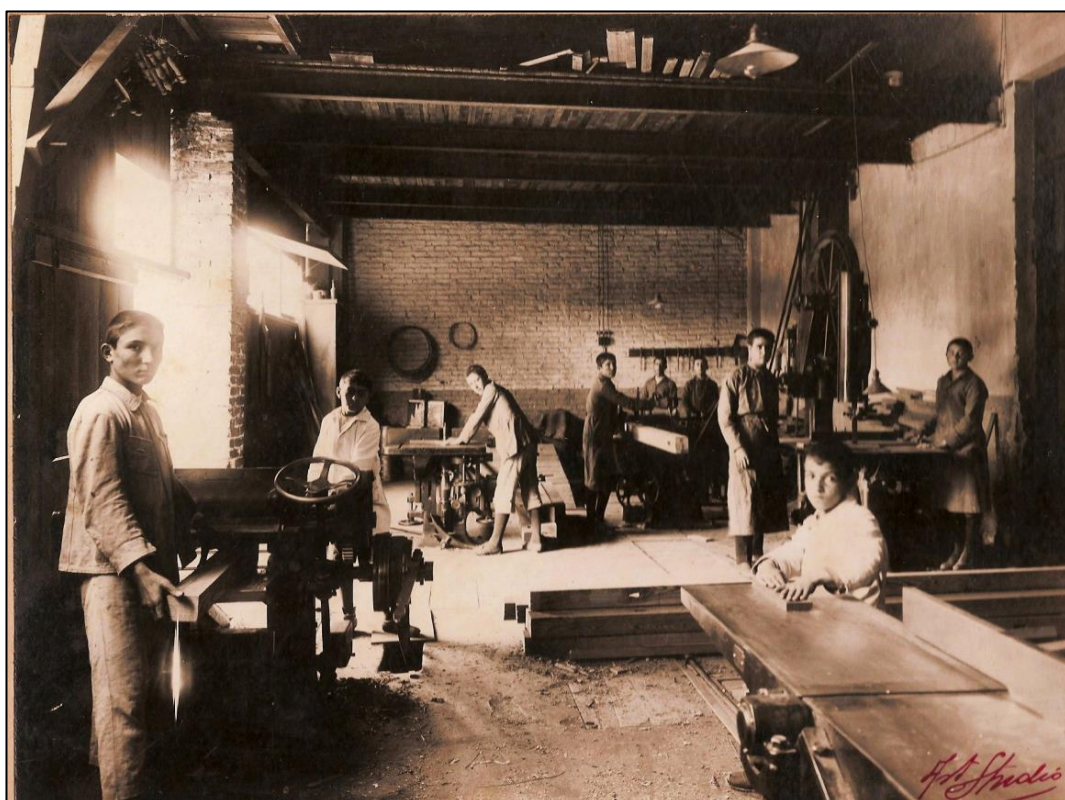
⁴³⁸ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 15.

la élite dirigente y la pedagogía social salesiana. El trabajo y la formación profesional como las mejores herramientas de regeneración, integración y control.

Imagen 26



Imagen 27



Los salesianos recurrieron a la fotografía como un medio a través del cual poder abrir las puertas del internado y mostrar a la ciudadanía el mundo de valores y aptitudes transmitido entre los asistidos, con el objetivo de lograr el consenso activo al modelo pedagógico que se desarrollaba en la institución. Las fotografías suponían elegir una manera de dar cuenta de la historia y también elegir una estética, un estilo, proponer un modo de lectura determinado. En este sentido, los salesianos narraron la experiencia escolar de sus alumnos seleccionando determinados aspectos de la vida asilar para ser mostrados.

Particularmente, estas tres fotografías corresponden a escenas de trabajo en los talleres de la escuela de artes y oficios, hacia finales de la década de 1910: la sastrería (**Imagen 26**), la sala de máquinas de carpintería (**Imagen 27**) y el taller de carpintería (**Imagen 28**).

Los rostros de los alumnos transmiten la seriedad, el orden, la disciplina, la dedicación al oficio que impregnaban su formación profesional. Ninguno presenta una conducta ociosa. Todos se encuentran entregados a la realización de una tarea. Algunos posan utilizando las herramientas, transmitiendo seguridad y habilidad en su manejo. En esencia, mostraban la conversión de niños y jóvenes marginados en hábiles obreros.

Es posible observar la presencia de los adultos, que con sutileza dirigían los trabajos. En el caso del taller de carpintería, aparece el salesiano en un escritorio más elevado, desde donde podía vigilar la conducta de los artesanos. También se observan allí los maestros oficiales y los trabajos terminados. Al mismo tiempo, las herramientas, las máquinas, la higiene y el orden de los espacios daban cuenta de una realidad distinta a la publicada por la prensa local que, como vimos, denunciaba la precariedad de la escuela Presidente Roca. Las imágenes de los talleres salesianos, limpios, ordenados, disciplinados y bien equipados, debían lograr la adhesión del público en general y en especial de quienes sustentaban económicamente dicha obra social.

Fuente: ACPX.

Imagen 28



Pero en un sentido más amplio, su valor residía en ser un aspecto esencial de la vida del hombre, quien había nacido para trabajar, ya que “Adán fue puesto en el paraíso terrestre para cultivarlo”. Como decía San Pablo, el que no quería trabajar, no debía comer.⁴³⁹ El valor económico y social quedaba relegado ante su significado religioso, ya que el trabajo era un deber para con Dios, necesario para emprender el camino de santificación. De allí la frase que solía inscribirse en los talleres y dormitorios a la vista de todos: “Qui laborat, orat. Labor est Oratio” (“Quien trabaja, ora. Trabajo es oración”).⁴⁴⁰ La unión de los dos pilares fundamentales de la educación salesiana, esto es, el trabajo y la religión, se explicitaba a través de las oraciones que los alumnos debían rezar al comenzar y finalizar los trabajos. El “Acciones”, el “Agimus”, el “Angelus” y el “Ave María” daban forma a un ceremonial destinado a sacralizar las tareas manuales, imprimiéndole así el verdadero sentido que tenían para la congregación.⁴⁴¹ Al concebirse de esta manera, el trabajo en los talleres de la escuela de artes y oficios se revestía de un halo de solemnidad casi sagrada. Esos espacios se regían por una disciplina laboral que no permitía hablar, reír, correr, ni otra actividad que pudiera distraer a los pequeños artesanos del cumplimiento de sus ocupaciones. Solo aquel que trabajara con amor y constancia, sin distracciones, tendría “paz en el corazón y encontraría el trabajo ligero”.⁴⁴²

A la par de la educación técnica tenía lugar el dictado de una sólida formación moral y cristiana que, a los ojos de los salesianos, predisponía al futuro obrero hacia los ideales más nobles y dignos. En el interior de los talleres salesianos, los alumnos aprendían los saberes que contribuirían a su propio bienestar y el de su familia, y a formarse un espíritu de orden, derivado del ambiente sano en que se desenvolvían.⁴⁴³ La educación en el trabajo constituía un elemento regenerador en sí mismo, pero solo abrazando los presupuestos fundamentales de la religión, las “clases proletarias” lograrían combatir con éxito los “embates del liberalismo” y salvarse del “anarquismo impío”.⁴⁴⁴ Este discurso se intensificaba ante el desarrollo del conflicto obrero, ya que a las campañas reivindicativas por mejores condiciones laborales y de vida se sumaba la participación de agrupaciones vinculadas a ideologías radicalizadas cuyo accionar era considerado por los sectores dirigentes un riesgo de fractura de la cohesión social. En este sentido, los trabajadores eran vistos como las víctimas predilectas del anarquismo y el socialismo, que mantenían en continua zozobra a

⁴³⁹ *Ibídem.*

⁴⁴⁰ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social... cit.*, p. 292.

⁴⁴¹ La religión se hacía presente también en el estudio para darle su verdadero sentido, lejos del cultivo vacío de saberes y conocimientos: “el que no tiene temor de Dios, que abandone el estudio porque se cansa inútilmente. La ciencia no entrará en un alma perversa, ni habitará en un cuerpo esclavo del pecado [...] el principio de la sabiduría es el temor de Dios”. *Reglamento para los alumnos de los colegios de la sociedad de San Francisco de Sales*, Artes Gráficas Colegio Pío X, Córdoba, s. f., p. 20, ACSAP.

⁴⁴² *Ibídem.*

⁴⁴³ Del Dr. Alfredo Torres, Director del Instituto Técnico Anexado a la Universidad Nacional de Tucumán, en *La institución salesiana, lo que es y lo que hace, según la opinión de argentinos eminentes*, Rosario, Colegio San José de Artes y Oficios, s. f., ACPX.

⁴⁴⁴ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social... cit.*, p. 14.

los gobiernos perturbando diariamente la marcha de las sociedades. Por eso, el baluarte más inexpugnable que podía oponérseles era la educación e instrucción cristiana de los futuros obreros, esto es, los niños pobres y marginados.⁴⁴⁵ La gravitación que podían tener tanto el socialismo y el anarquismo entre las clases populares constituía una verdadera preocupación entre los cooperadores, quienes veían a la obra de los hijos de don Bosco como el mejor medio para enfrentarla. En el discurso de apertura del oratorio festivo en barrio San Vicente, Rafael García Montaña, rector del Colegio Nacional de Monserrat y miembro del comité de cooperadores, expresaba su convencimiento que la mejor manera de eliminar la influencia negativa de esos grupos era modelar los corazones de los futuros hombres de trabajo en las enseñanzas de la religión y disputar el campo al enemigo redoblando la acción católica bajo la dirección de los salesianos.⁴⁴⁶ Para ello, los salesianos bregaron por generar una identidad en sus alumnos artesanos que los distinguiera como propagadores del catolicismo, como remedio a los males que aquejaba la sociedad.⁴⁴⁷ En esa misma tónica, el discurso de Fray Zenón Bustos en ocasión de la bendición de la piedra fundamental del Colegio Pio X, destacaba de manera clara los valores que debían cimentar la formación de los futuros obreros hacia el interior de los talleres salesianos: “el derecho, la autoridad, la propiedad tendrán veneradores apasionados y sinceros en los que de aquí salgan; el orden, las instituciones, la concordia entre los gremios con la burguesía y con los capitales, tendrán defensores en ellos y no instigadores ocultos y públicos, contrarios a estos principios”.⁴⁴⁸

Con la educación profesional y cristiana de la infancia plebeya se buscaba crear las bases de una “masa proletaria dócil y disciplinada” por las vías de la religión, alejándola de influjos perniciosos. Junto con las habilidades del oficio se les inculcaban las ideas morales y de familia y el concepto preciso de su destino futuro, operando así la “más grande transformación universal por medio del ascendiente sobre los humildes y sobre los desheredados, para elevarlos en la doctrina y en el espíritu al más alto rango de la dignidad moral”.⁴⁴⁹

El trabajo en los talleres de la escuela de artes y oficios también pretendía insertar a los alumnos en el circuito productivo. Lo resultante de la práctica del oficio, además de ser utilizado por el mismo colegio para equipar sus instalaciones era vendido al público. La comercialización se realizaba mediante un sistema de encargos a pedido del cliente. También se solía ofrecer a los padres de los alumnos lo producido en los talleres a un precio reducido. Uniformes y guardapolvos reglamentarios, además de trajes y otras prendas de vestir eran ofrecidos por la escuela de sastrería. Por su parte, la escuela de zapatería proporcionaba botines, zapatos y composturas con materiales

⁴⁴⁵ *Los Principios*, 20 de diciembre de 1903.

⁴⁴⁶ *Los Principios*, 25 y 26 de abril de 1910.

⁴⁴⁷ Alejandra Landaburu, *Niñez...* cit., p. 104.

⁴⁴⁸ *La Patria*, 4 de diciembre de 1906.

⁴⁴⁹ *Los Principios*, 2 de octubre de 1924.

seleccionados a precio conveniente. La escuela de tipógrafos fabricaba sobres, papel carta, facturas, tarjetas, carteles y folletos de toda clase, e incluso se encuadernaban libros y devocionarios y otros trabajos del ramo en la escuela de encuadernadores. Las ganancias obtenidas por las ventas de los productos iban dirigidas a solventar los gastos de los talleres, ya que la gran mayoría de los alumnos asistían de manera totalmente gratuita. Pero también los pequeños artesanos recibían una participación proporcional en relación con el valor del trabajo.⁴⁵⁰ Ni bien el alumno comenzaba a producir, recibía semanalmente un premio en dinero que la misma dirección del colegio colocaba en una caja de ahorro. Al finalizar su aprendizaje y recibir su diploma de artesano, se le entregaba la suma de dinero que había reunido durante los años de formación. Este sistema de compensación monetaria contemplaba que los alumnos mejoraran su conducta, pusieran empeño en el aprendizaje, se interesaran por la producción del taller y aprendieran, paulatinamente, a administrar y dar valor al dinero ganado con el trabajo. Al egresar, se esperaba que además de estar formados en el desempeño de su oficio, tuvieran la capacidad de administrar ese capital. La obra de regeneración cobraba aquí otro sentido, ya que no bastaba formar obreros hábiles, sino también imbuidos de saberes acordes al desarrollo del mercado laboral. En el contexto de modernización capitalista, el ahorro y la inversión, sumado a la buena administración de los recursos, se consideraban saberes esenciales que debían contribuir también al progreso de la clase obrera. La prosperidad del trabajador salesiano debía anclarse no solo en el manejo de la técnica o la incorporación de los valores cristianos ligados a trabajo y el sacrificio personal, sino que también se nutría de un manejo eficiente del dinero. Esto era, en definitiva, lo que les permitiría alejarse de la pobreza o la ruina patrimonial, entendida esta como fruto de la holgazanería y el despilfarro desprejuiciado más que como causa estructural de una desigual participación en los beneficios de la producción social de la riqueza.

Esto podía apreciarse, también, en otra sección que la escuela salesiana habilitó hacia mediados de la década de 1920 llamada Academia Mercantil, en la que se enseñaban saberes acordes a los empleos del comercio. Destinada sobre todo a los sectores medios, la enseñanza de contabilidad y matemáticas permitía atender más eficazmente los ingresos de algún comercio o pequeño negocio de propiedad familiar. Existía la idea de que aquellos niños que no sentían inclinación a los estudios universitarios podían emplearse en este sector, lo cual harían eficazmente y con éxito si lograban tener una buena preparación en la administración de sus bienes. La enseñanza comercial estaba destinada a lograr que los niños y jóvenes de clase media, cuyas familias gozaban de cierta estabilidad, aprendieran a atender, conservar y acrecentar el patrimonio familiar, evitando que

⁴⁵⁰ Una circular de la Administración de Subsidios y Beneficencia del Departamento de Relaciones Exteriores y Culto, enviada en 1928 al Colegio Pio X, pedía que se informara a la mayor brevedad si los alumnos de ese establecimiento tenían participación en las ganancias obtenidas por la venta de los trabajos o productos elaborados. Al parecer, la información era requerida para evaluar algún pedido de subsidio realizado por la institución.

“vayan rodando por todas partes, y despilfarrando los sudores de sus padres”.⁴⁵¹ Estos aspectos conformaban un aspecto esencial de la pedagogía social de la congregación.

La acción tutelar de la dirección del colegio se ocupaba también de la transición entre la vida estudiantil de los artesanos y el mundo laboral, buscando colocación en establecimientos bien reputados por ellos como “serios”. La seguridad moral del ambiente en el que irían a desenvolverse los egresados era de vital importancia para los salesianos, que trataban de evitar las malas compañías, las conversaciones indecentes y las palabras inadecuadas que circulaban en lugares de trabajo habitados por obreros “malhablados e irrespetuosos”. De acuerdo a la dirección del colegio, las gestiones para procurar un empleo a los nóveles artesanos no constituían un problema, ya que los pedidos de operarios que se recibía cada fin de año excedía el número de egresados.⁴⁵² No obstante la escases de testimonios, algunas correspondencias dirigidas al director y conservadas en el archivo institucional han permitido comprobar las dificultades que encontraban los exalumnos para emplearse, aun contando con el título de oficial. Una de las estrategias consistía en pedir colocación en los mismos talleres de la congregación, incluso como peones o asistentes entre los niños. A ello recurrió Lindor Barrionuevo, un joven imprentero que había egresado en 1929 con honores, cuando le escribía a Massa desde la localidad de General Cabrera. En su correspondencia dejaba traslucir una situación no tan halagüeña como la presentada por la propaganda salesiana:

“Le pedía que me hiciera el bien de darme trabajo allí por la comida y \$15 o \$20 para pagarme una pieza, nada más, yo les trabajaré lo mismo o más de los empleados que están en lugar mío, y daré buen ejemplo; esto se lo pido hasta que encuentre trabajo en otro lado; hasta que se mejore un poco esta situación. Hace ya 7 meses que no trabajo no hay en ninguna parte trabajo de nada y yo deceo trabajar en cualquier forma o cosa; usted sabrá que considerar mi situación P. me vine de alla porque no hay nada que hacer ya debía 4 meses de pensión y no había trabajado un día; aquí hay menos que hacer; así que le pido como exalumno este favor; si es que puede darlo, yo le prometo buena conducta y buen ejemplo y trabajar lo mejor posible y todo lo que pueda, todo esto se lo pido como le digo hasta que se componga un poco la situación y pueda encontrar trabajo en otra parte; si es que yo no los conformo a ustedes o si no hay lugar para mi allí hasta que encuentre trabajo en otra imprenta”.⁴⁵³

Como exalumno, Lindor conocía bien las cualidades que exigía un puesto como el que anhelaba. De allí la apelación a valores que eran excluyentes para que se le abrieran las puertas del taller salesiano: buena conducta, buen ejemplo entre los niños y afición a las obligaciones. Sin embargo, su pedido no fue atendido. En otra correspondencia con fecha posterior, se lamentaba de la

⁴⁵¹ *Folleto Colegio Pio X*, s. f., ACPX.

⁴⁵² *Los Principios*, 6 de marzo de 1923.

⁴⁵³ *Carta del exalumno Lindor Barrionuevo al Padre Lorenzo Massa*, 30 de julio de 1932, ACPX.

falta de trabajo también en la ciudad de Rio IV, donde había decidido probar mejor suerte. Sin poder emplearse en ninguna imprenta, renovaba su pedido apelando con mayor insistencia a su condición de exalumno:

“Ahora apreciado Padre Massa, quiero molestarlo, a usted si tiene trabajo allí en la imprenta para mí, recuerde Padre que soy exalumno de ese Colegio, y que aún ahora lo soy; y practico los deberes de un exalumno de Don Bosco. Como usted recordará Padre en una carta suya me dice que le escriba siempre que pudiera ser; que me diera trabajo allí; si puede darme trabajo, desde ya le prometo dar ejemplo de moral y trabajo; como lo aprendí allí”.⁴⁵⁴

La fuentes consultadas no permiten conocer el destino final de Lindor, pero sí es un ejemplo de las muchas peticiones para volver como trabajadores al colegio del cual habían egresado. Otro joven ebanista, Alceste Corradi, escribía a los directivos con intenciones de emplearse como oficial o medio oficial. Incluso se permitía sugerir su salario: “El precio que yo pido es de \$35 mensuales e interno, me conformo con dicho precio porque quiero tener una consideración al colegio, por los muchos beneficios que de él recibí”.⁴⁵⁵ Y pedía, incluso, una ocupación para su hermano, de 19 años y de profesión herrero. Para colmar esas expectativas los aspirantes apelaban a la internalización de las virtudes reclamadas al artesano salesiano: “Las vacaciones las estoy pasando muy bien trabajando y evitando el ocio”. Presentes también en su petición de trabajo para su hermano, ajeno a ese universo de valores: “Mi hermano desearía ocuparse allí, después de un detalle que le di yo sobre la vida colegial”.⁴⁵⁶

Las muestras y exposiciones de los mejores trabajos realizados en el año servían de publicidad a los alumnos. Para ello solían alquilarse salones en el centro de la ciudad - como el del Club Católico - para que sus obras fueran admiradas por un público más vasto y llegar a un mayor número de potenciales clientes. Pero al mismo tiempo, estas exposiciones eran una ocasión propicia para mostrar los frutos de la intervención social, que cristalizaba en la conversión de niños y jóvenes tenidos por vagos en hábiles artesanos. Estas iniciativas, de un fuerte simbolismo, evidenciaban la eficacia de un modelo educativo que reafirmaba el poder regenerador que el trabajo y la disciplina del taller ejercían sobre sujetos infantiles que por sus trayectorias vitales poco solía esperarse. Pero en un contexto en el que diversas voces y discursos confluían en destacar los beneficios que aportaba la educación profesional de las clases populares, los salesianos entendían que la importancia de visibilizar la tarea civilizatoria que llevaban a cabo radicaba en hegemonizar el campo educativo, en

⁴⁵⁴ Carta del exalumno Lindor Barrionuevo al Padre Lorenzo Massa, 30 de julio de 1932, ACPX.

⁴⁵⁵ Carta del exalumno Alceste Corradi al Padre Lorenzo Massa, 04 de enero de 1932, ACPX.

⁴⁵⁶ Carta del exalumno Alceste Corradi al Padre Lorenzo Massa, 04 de enero de 1932, ACPX.

la disputa con otras iniciativas que sostenían sectores laicos. Así lo expresaba Vespignani al recordar la importancia de las exposiciones profesionales:

“Si nosotros no patentizamos ante la sociedad los resultados reales de la Obra de don Bosco amparada por sus beneméritos Cooperadores y Cooperadoras quedaremos en el último escalón y nos faltará beneficencia para educar cristianamente a tanta niñez pobre y desvalida que la Divina Providencia nos encomienda. Corresponde, pues, a nuestra misión cristiana y benéfica el presentarnos a la sociedad y a las autoridades con elementos propios de nuestra institución y así glorificar la Obra de don Bosco que es la obra de Dios y de la Iglesia Católica”.⁴⁵⁷

La prensa católica contribuyó a difundir la labor educativa salesiana con notas donde se destacaba la inteligencia, la competencia profesional y la paciente labor de sus artesanos. A finales de 1925, una extensa columna sobre la exposición profesional fue acompañada de fotografías que mostraban los productos logrados - puertas, ventanas, columnas, mecedoras, sillas, mesas, perchas, barandas, persianas, cuadros, aparadores, vitrinas, entre otros-. Incluso, el redactor se permitía recomendar las cocinas económicas realizadas por los estudiantes de los últimos años, subrayando la solidez de su construcción y el módico precio de la misma.⁴⁵⁸



Imagen 29

La exposición de los trabajos realizados por los artesanos constituía un excelente modo de publicitar el valor y la calidad de la formación impartida. Aquí, sotanas y prendas de vestir, zapatos, muebles, diseños de ebanistería, productos de herrería, entre otros objetos elaborados en la escuela de artes y oficios, en una muestra abierta al público realizada en los salones del Colegio Pio X. c. 1910.

Fuente: ACPX

La evolución de los talleres salesianos podía notarse tanto en los variados oficios como en la expansión edilicia. Si en los comienzos del siglo XX la formación incluía las artes manuales básicas y de rápida salida laboral como carpintería, zapatería y sastrería, hacia finales de los años '20 se

⁴⁵⁷ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 262.

⁴⁵⁸ *Los Principios*, 21 de diciembre de 1925.

habían incluido la enseñanza de mecánica e imprenta. Esto fue acompañado de una renovación de las maquinarias y las instalaciones solventada por los cooperadores. En este sentido, se guardaba mucho cuidado en el mantenimiento periódico de los espacios de trabajo, como de las aulas y demás salones que conformaban el internado. No solo por una cuestión acorde al resguardo de la salud y la higiene, sino por la imperiosa necesidad de conservar su prestigio en torno a su labor educativa frente a sectores laicos o abiertamente anticlericales. Y de igual modo, era común que se resaltarán de cara a la opinión pública aquellas virtudes no privativas del arco católico, que entraban en franca competencia con las realidades de otras instituciones similares. Un ejemplo claro de esto que decimos puede verse en la otra escuela profesional que había en la ciudad, de carácter no confesional. Es posible observar las críticas que la prensa derramaba con respecto a la Escuela Presidente Roca, en cuanto al nivel de las instalaciones, la capacidad del edificio de albergar a los niños, la calidad y antigüedad de las herramientas utilizadas, e incluso la seguridad en el desempeño del oficio. Frente a esa imagen decadente, los talleres salesianos representaban el orden, la higiene, la disciplina que construían una obra sintetizada en la calidad educativa. De hecho, los vínculos entre algunos editores de *Los Principios* y los salesianos se evidenciaban en las notas cargadas de elogios con las que el diario católico local publicitaba su tarea pastoral. Hacia 1925 se hacía notar la situación de progreso del colegio, que podía palpase en “los nuevos talleres, los gabinetes modernos, las salas diferentes, los completos aparatos y maquinarias y las comodidades existentes”. En la descripción se remarcaba tanto la modernidad como la excelente conservación de las herramientas.⁴⁵⁹

Pero, por encima de estas ventajas competitivas, la obra salesiana cobró sentido por los sujetos de asistencia para quienes se dirigía. Los artesanos del Colegio Pío X sintetizaron, antes que cualquier otro rasgo, la verdadera misión social que justificaba la cooperación de las élites cordobesas.

La opción por los pobres

Los alumnos que ocuparon las aulas, los patios, los talleres y la capilla fueron el eje central de la tarea civilizadora emprendida por los salesianos. En el caso de Córdoba en particular, la carencia de registros institucionales sobre el plantel de alumnos para el periodo estudiado dificulta la tarea de establecer con precisión definiciones sobre su extracción socioeconómica, origen o trayectorias vitales. De cualquier modo, ciertos testimonios permiten trazar algunos rasgos básicos del perfil al cual apuntaba el proyecto educativo de la congregación.

⁴⁵⁹ *Los Principios*, 31 de diciembre de 1925.

Las diferentes representaciones emanadas desde la prensa, los sectores dirigentes e incluso los mismos sacerdotes coinciden en situar a las clases populares en el centro de la acción social salesiana. En general, las referencias tienen como protagonistas a niños identificados como “pobres”, “vagos”, “delincuentes”, “vagabundos”, “huérfanos”, “expósitos”. Grupos de menores “ignorantes y avezados a la ociosidad”, que por sus condiciones de abandono se los hacía fáciles “candidatos a la criminalidad y a los puestos distinguidos de las penitenciarías y presidios argentinos”.⁴⁶⁰ Un buen ejemplo tanto de las expectativas que suscitaba la obra salesiana como del perfil de alumno que se pretendía en ella se observa en las palabras de uno de los cooperadores más distinguidos, Agustín Garzón, quien daba cuenta hacia 1906 de la importancia de rescatar de la calle a los “desgraciados que no sabiendo cómo ganarse la subsistencia se dedican a las ocupaciones más bajas, y algunas veces a la pillería y a la ociosidad”. Estas expectativas no se anclaban en el vacío. Más bien recuperaban un aspecto esencial de la tradición apostólica salesiana, que desde su origen había cimentado su acción educativo-pastoral entre los niños y jóvenes marginados de los grandes centros urbanos. Los oratorios y los colegios internados se convirtieron en un refugio para numerosos niños y jóvenes que subsistían en condiciones precarias. En nuestro país, ese carisma se plasmó también en la apertura de numerosas obras que atendían en los suburbios, en barrios marginales e incluso en la campaña. En Córdoba, la preocupación mostrada por la clase dirigente local acerca del grave problema social de la niñez callejera, como el deseo de emplazar el nuevo centro educativo en las periferias de la ciudad, atestiguan la firme decisión de realizar la tarea civilizadora en los márgenes.

El ordenamiento institucional del colegio permite observar algunas características generales de los alumnos. Dos secciones estructuraban la vida colegial: la de “estudiantes” y la de “artesanos”. La primera comprendía el dictado de la enseñanza elemental y los cursos nacionales, es decir, el trayecto educativo común a los planes de estudios vigentes en las escuelas. En la sección artesanos, por otro lado, estaban aquellos alumnos dedicados al aprendizaje de un oficio. A esta división se sumaba otra separación determinada en función de su estancia en el colegio. Los que recibían una escolaridad parcial se los calificaba como “externos”, mientras que se conocía como “internos” a los pupilos que residían durante los meses de febrero a diciembre todos los días de la semana. Si bien en el internado salesiano se albergó a toda clase de niños, se privilegió la incorporación como pupilos de aquellos que no podían costear su educación, ya fuera por su situación de pobreza como por encontrarse fuera de los parámetros de contención familiar. La gratuidad de los niños alojados en el internado constituye el aspecto más importante para entender la obra social de la congregación. Esto, sin embargo, no era un detalle original de las instituciones salesianas, ya que era una cualidad presente en el trabajo educativo, formativo y asistencial con la infancia menesterosa realizada por asilos, hospicios y colegios.

⁴⁶⁰ *La Patria*, 4 de diciembre de 1906.

La preferencia por los niños y jóvenes de sectores populares quedaba plasmada en una carta dirigida por el vicedirector del Colegio Pío X al Concejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba hacia 1912. Allí, el sacerdote argumentaba a favor de un pedido de subsidio a la municipalidad aludiendo al enorme número de alumnos que se educaban en forma completamente gratuita o semigratuita, por su condición de “huérfanos o completamente pobres”, aclarando que, de no recibir la ayuda, muchos iban a quedar abandonados a sí mismos. Estos niños internos becados sumaban, según la misma fuente, un total de 55 alumnos, a los cuales se agregaban otros 120 externos que tampoco abonaban ningún tipo de mensualidad.⁴⁶¹ En la misma línea, en su visita a los talleres de la institución en 1909, el Inspector de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Córdoba resaltaba que los salesianos brindaban una educación industrial y práctica a más de 200 niños, la mayor parte de ellos “pobres y expósitos”.⁴⁶² En 1921, el Director General de Escuelas Municipales también resumía sus conclusiones muy favorables para la institución haciendo notar en el informe que, de los 449 alumnos que en término medio habían asistido en ese año, 310 lo habían hecho de manera totalmente gratuita, resaltando que un número significativo pertenecían a la sección artesanos.⁴⁶³

Los escasos registros estadísticos conservados demuestran que durante los diez primeros años de labor, unos 1600 alumnos externos gozaron de ese beneficio, mientras que a partir de la apertura de la escuela profesional, en 1907, se brindó asilo y formación gratuita a 367 pupilos; es decir, a razón de 45 por año.⁴⁶⁴ Registros un poco más completos y de años posteriores complementan estas afirmaciones:

Registro de alumnos del Colegio Pío X. Años 1924, 1925 y 1928.

1924	Niños internos asistidos				Niños externos asistidos			
	Gratis	Pagos	Argentinos	Extranjeros	Gratis	Pagos	Argentinos	Extranjeros
Enero	34	~	31	3	~	~	~	~
Febrero	90	35	104	21	~	~	~	~
Marzo	107	178	250	35	201	98	265	34
Abril	128	214	295	47	210	98	270	38
Mayo	145	214	312	47	209	98	270	37
Junio	145	212	310	47	200	96	263	31
Julio	145	212	310	47	195	95	259	31
Agosto	130	215	301	44	190	98	258	30
Septiembre	115	218	296	37	189	97	256	30
Octubre	115	220	296	39	180	95	249	26
Noviembre	113	198	276	35	175	89	242	22

⁴⁶¹ Carta del Padre Pedro Tantardini al Consejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba, 10 de septiembre de 1912, ACPX.

⁴⁶² Carta del Inspector Carlos Puebla al Director General de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Córdoba, 7 de junio de 1909, ACPX.

⁴⁶³ Visita al Colegio Pío X del Director General de Escuelas Municipales, 7 de diciembre de 1921, ACPX.

⁴⁶⁴ Recuerdo del primer centenario de la fiesta de María Auxiliadora y el nacimiento de Don Bosco, Córdoba, Estudio tipográfico Los Principios, 1915, p. 72, ACPX.

Diciembre	113	195	275	33	175	89	242	22
Promedio	115	192	255	36	192	95	257	30
1925	Niños internos asistidos				Niños externos asistidos			
	Gratis	Pagos	Argentinos	Extranjeros	Gratis	Pagos	Argentinos	Extranjeros
Enero	36	~	33	3	~	~	~	~
Febrero	85	37	117	5	~	~	~	~
Marzo	70	155	216	10	141	105	236	10
Abril	70	160	220	10	159	105	254	10
Mayo	95	140	222	13	167	103	260	10
Junio	93	147	227	13	178	107	276	9
Julio	92	133	212	13	178	98	266	10
Agosto	91	132	210	13	168	97	254	11
Septiembre	90	132	209	13	147	103	239	11
Octubre	95	129	211	13	150	95	236	9
Noviembre	92	133	215	10	132	103	225	10
Diciembre	89	126	203	12	132	98	220	10
Promedio	84	130	192	11	155	102	246	10
1928	Niños internos asistidos				Niños externos asistidos			
	Gratis	Pagos	Argentinos	Extranjeros	Gratis	Pagos	Argentinos	Extranjeros
Enero	38	~	38	~	~	~	~	~
Febrero	94	20	111	3	~	~	~	~
Marzo	110	143	243	5	184	155	330	9
Abril	113	151	257	7	210	193	391	12
Mayo	113	154	260	7	213	196	402	13
Junio	122	158	273	7	221	197	404	14
Julio	123	155	271	7	228	201	415	14
Agosto	127	159	273	7	217	204	407	14
Septiembre	126	151	270	7	204	198	388	14
Octubre	130	145	267	8	201	192	379	14
Noviembre	131	134	255	10	187	184	357	14
Diciembre	130	128	248	10	183	179	248	14
Promedio	114	137	230	7	205	189	372	13

Fuente: Elaboración propia en base a *Registro de Alumnos*, años 1924, 1925 y 1928, ACPX.

Del análisis de estos guarismos se desprende que la proporción de niños alojados en forma gratuita representaba la mitad del total de la población escolar. El funcionamiento deficitario del colegio parece confirmar esta tendencia general y explica, también, los frecuentes pedidos de subsidios realizados por los directivos y los cooperadores. La carta enviada por la secretaria de la comisión de cooperadoras salesianas al ministro de Relaciones Exteriores y Culto reflejaba las preocupaciones en este sentido: “Como consecuencia lógica de la pobreza general que castiga al país, más que nunca nos vemos en la necesidad de recibir niños desvalidos para formar de ellos

ciudadanos útiles. Si la Nación no pudiera atender nuestro pedido, nos veríamos en la angustiada necesidad de desampararlos”.⁴⁶⁵

Entre aquellos alumnos que eran eximidos del pago de la pensión, se encontraban una gran cantidad de huérfanos para quienes se designaba un tutor a cargo, conforme estipulaba el reglamento. Para solventar el asilo totalmente gratuito de estos niños conocidos públicamente como los “Huerfanitos de Don Bosco”⁴⁶⁶, los cooperadores jugaron un rol protagónico para afrontar los costos que implicaba retirar de la calle a los huérfanos. Era el caso de Juan Jorge Adaín, oriundo de la ciudad de Rosario y de padres fallecidos, a cargo de la viuda de uno de los primeros presidentes de la comisión de Cooperadores Salesianos, Cesárea Ahumada. O el caso de José Justo Giménez, oriundo de Santiago del Estero y bajo la tutela del cooperador Juan Caferatta. Incluso ante la muerte repentina del padre de algún alumno que no tuviera otro medio de sostenimiento, la tutela recaía en algún miembro de la comisión. En los numerosos llamados a la colaboración publicados en la prensa, se resaltaba sistemáticamente que los niños que recibían los beneficios del internado gratuito podían gozar del hogar que no habían tenido hasta el momento de entrar al establecimiento e instruirse profesional y moralmente gracias a la generosidad de los bienhechores. En los primeros años de la década de 1920, se hizo visible la necesidad de ampliar los talleres y salones dormitorios a los fines de albergar a un mayor número de pupilos dado que unos 420 niños no habían podido ser admitidos por falta de espacio.

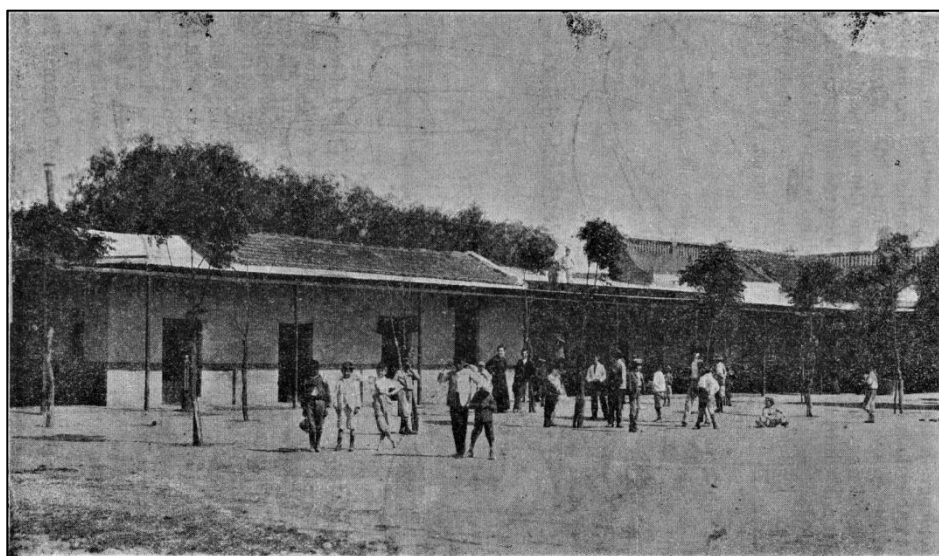


Imagen 30

Grupo de alumnos participando del recreo en los patios del Colegio Pio X. c. 1915.

Fuente: ACPX

⁴⁶⁵ Carta de la Secretaria de la comisión de Cooperadoras Salesianas al Ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, 8 de octubre 1931, ACPX.

⁴⁶⁶ La estadía de cada alumno interno implicaba atender a diversos costos provenientes de vida cotidiana, desde el lavado de ropa, la adquisición o reposición del uniforme o los útiles de clase, la confección de alguna prenda en los talleres de sastrería o algún calzado compuesto en el taller de zapatería, hasta los gastos de peluquería y del servicio de correo por alguna correspondencia enviada a familiares o tutores. Además, solían presentarse imprevistos que suponían erogar también algunas cifras de dinero, como la visita del médico en caso de enfermedad del alumno, situación que, como veremos, ocurría con bastante regularidad.

Además de los huérfanos, la mayoría de los alumnos que transitaban la institución experimentaban el denominador común de la pobreza. Hijos de familias que atravesaban serias dificultades económicas y que apenas podían procurarse la subsistencia. Alumnos como Juan Bolzoni, de primer año de herrería, que era becado por ser “muy pobre y no poder pagar nada”, o Gabriel Fernández, quien en un principio enfrentaba los gastos de pensión, pero luego se le retiró la cuenta mensual por la imposibilidad de pagarla porque su familia había quedado “en la miseria”.⁴⁶⁷ Las necesidades que experimentaban algunas familias de escasos recursos las obligaba a recurrir a diversas estrategias con la finalidad de evitar que sus hijos perdieran la oportunidad de educarse en los talleres salesianos. Eran comunes las correspondencias enviadas al padre director excusándose y prometiendo el pronto pago de lo adeudado. Así lo hizo Pío Moggetta, colono italiano domiciliado en Laguna Larga quien decidió escribirle al superior del colegio explicándole que recién luego de realizar la cosecha se aproximaría a pagar la deuda de su hijo Orlando, educado en la escuela de artes y oficios.⁴⁶⁸ Ante la imposibilidad de contar con el dinero en efectivo, algunos ofrecían trabajo o bienes a cambio. Es el caso de Antonio Damián Moreno a quién se le descontó la pensión por haber colaborado con tres gallinas y 19 huevos.⁴⁶⁹ Los padres de Ernesto Rivarola y de Liborio Alercia, propusieron que se les diera trabajo para descontar parte de la deuda de pensión de sus hijos. La apoderada de Pedro Guzmán, alumno huérfano nacido en la Casa Cuna de la ciudad de Córdoba, convino con el director pagar los gastos mensuales con lavado de ropa.⁴⁷⁰

Anualmente llegaban numerosos pedidos de becas realizados por familias pobres que rogaban un asilo en la escuela profesional salesiana para algunos de sus hijos. Muchas llevan el sello del Departamento de Relaciones Exteriores y Culto, encargado de la administración de los subsidios nacionales a las instituciones educativas y asilos de menores. Según la Ley de Presupuesto vigente en aquellos años, el Poder Ejecutivo tenía el derecho a conceder becas de primera clase en los internados subvencionados por la Nación, con preferencia a los hijos de personas pobres. En una carta fechada el 25 de diciembre de 1927 en Los Algarrobos, departamento Calamuchita de la provincia de Córdoba, un matrimonio solicitaba becas para educar en algún colegio de pupilos a dos de sus nueve hijos justificando carecer de recursos para ello. El varón, llamado Heberto, fue incorporado como interno en la escuela de artes y oficios del Colegio Pío X en marzo de 1928. En el mismo año, el inspector general de Subsidios de Santiago del Estero solicitaba una beca a favor del niño Mario Vella, que había cursado el cuarto grado de las escuelas provinciales de la campaña, para

⁴⁶⁷ Libro de Pupilos, 1930, f. 41, ACPX.

⁴⁶⁸ Libro de Pupilos, 1930, f. 36, ACPX.

⁴⁶⁹ Libro de Pupilos, 1930, f. 89, ACPX.

⁴⁷⁰ Libro de Pupilos, 1930, f. 43, ACPX.

que pudiera seguir estudiando. El pedido lo motivaba su condición de huérfano de padre e hijo de una madre “extremadamente pobre”.⁴⁷¹

La decisión última de aceptar o de rechazar a un alumno corría bajo la responsabilidad exclusiva del superior de la obra. El Padre Director era quien decidía el destino de muchos menores cuyas familias o tutores querían incorporarlos en el colegio. La buena reputación que en poco tiempo había adquirido, sumado a las pocas plazas con las que contaba el edificio hacían que la capacidad de admisión se viera muchas veces desbordada, lo que convertía la incorporación de un nuevo alumno, a los ojos de la familia, en un importante acto de beneficencia por parte de la congregación. De la misma forma, el rechazo podía ser visto como una falta de las autoridades que, en su deber de “representantes del ministerio de Cristo”, tenían la obligación de brindar educación y todo tipo de ayuda a quien la pidiera. Bastante sugestiva resulta en este sentido la carta del 28 de octubre de 1930 dirigida por el padre de un alumno, al parecer expulsado del Colegio Pío X por adeudar el dinero correspondiente a la mensualidad que exigía su educación:

“Al señor Director de la obra del beato Don Bosco en el colegio Pío X de Artes y Oficios en esta ciudad.

Cuando aún no se han secado las lágrimas por la pérdida de nuestra hijita, que apenas ayer hemos dado sepultura, el señor Director de una obra grande y piadosa como la que fundó Don Bosco, expulsa del colegio al hno. de la muerta solo porque para esta se dedicaron todos los recursos de que pude honradamente disponer, y hoy no tengo ... para satisfacer a usted.

Que dolorosa experiencia recibida de quien se dice piadoso y de quien está encargado de formar sentimientos en el alma tierna de los niños. El mío, Héctor, ha de recordar seguramente por su vida que fue castigado duramente por usted solo porque era pobre y tenía una hermanita enferma para quien se dedicaron los centavos para que pudiera pagarse su enseñanza necesaria. Usted está en el templo de la religión y de la ciencia y que así procede ¿No teme los azotes del maestro?

Hondamente apenados saludamos a usted muy atte”.⁴⁷²

En contextos de apremio económico, el alojamiento de un hijo en el internado salesiano significaba una opción tentadora para los padres que afrontaban enormes dificultades a la hora de cubrir las necesidades básicas de su prole. No sólo la educación o formación laboral, la alimentación, la vestimenta, el cuidado de la salud, la alfabetización y hasta incluso el ocio eran aspectos del desarrollo infantil cubiertos por la congregación y ponderados por las familias que deseaban un porvenir menos vulnerable para sus hijos.

⁴⁷¹ Pedidos de subsidios, cartas y correspondencias, ACPX.

⁴⁷² Pedidos de subsidios, cartas y correspondencias, ACPX.

Los mismos salesianos también remarcaban la pobreza como sello distintivo de sus alumnos. Esto ayudaba a reforzar la imagen de congregación abocada al apostolado social, lo que se traducía en subsidios y donaciones que les eran imprescindibles para llevar a cabo su tarea. Sin embargo, las correspondencias entre los mismos salesianos contienen algunos detalles que, al modo de anécdotas, ofrecen algunas características del grupo de alumnos asistidos y las apreciaciones que estos sacerdotes hacían de ellos. En el relato de las primeras tareas realizadas en la ciudad luego de su llegada, Gherra escribía a su superior en Buenos Aires: “El patio parece un corralón de maderas viejas. Los niños del barrio se asoman constantemente para curiosarse, de modo que elemento para el oratorio no nos faltará y para el colegio tampoco. La mayoría de ellos están descalzos. ¡Tanto mejor; así no harán ruido al entrar en la capilla que tendrá el piso de madera!”⁴⁷³ El mismo sacerdote narra el día inaugural del oratorio festivo en 1905, destacando algunas cualidades de aquellos que formaban el primer grupo de oratorianos. Al momento de dirigir el catecismo a los 48 niños presentes, preguntó qué era lo que un buen cristiano debía realizar por la mañana al levantarse. Un joven de unos 15 años, levantando la mano contestó que lo primero que había que hacer por la mañana al levantarse era “tomar mate”, lo que motivó una “estruendosa carcajada” por parte de los que acompañaban a “aquel criollito de pura cepa”.⁴⁷⁴ La caracterización hecha por el sacerdote italiano lleva implícita la imagen construida sobre esos niños de hábitos locales, más si se tiene presente que la mayoría de los sujetos recogidos de la calle provenían de la población de los alrededores del barrio, por aquel entonces un suburbio alejado del centro.

La labor educativa salesiana se desarrolló con niños y jóvenes atravesados por diversas situaciones sociales, familiares y económicas, en la que convivían huérfanos de condición muy humilde con hijos de trabajadores de una incipiente clase media. Sin embargo, aun cuando el perfil de alumno tuviera mayores elementos de la infancia plebeya que nutría las calles cordobesas, la obra salesiana en Córdoba siempre había estado abierta “a toda clase de niños, aún de clase pobre y de muy humilde condición”.⁴⁷⁵ Las jornadas del oratorio festivo se nutrieron de gran cantidad de niños obreros que para los salesianos eran los que más estaban expuestos a toda clase de peligros, pero no con carácter excluyente. En efecto, aunque las crónicas mencionaban que el oratorio se poblaba de sujetos provenientes de “los barrios más abandonados”, también asistían otros de mayores recursos. En las premiaciones y rifas realizadas, Gherra, coordinaba la tarea para evitar que algún niño de condición acomodada se llevara un premio que no necesitara: “deja el traje para un niño más pobre, tú conténtate con este librito, con este cuadro”, solía advertirle al ganador.⁴⁷⁶

⁴⁷³ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 62.

⁴⁷⁴ *Ibíd.*, p. 63.

⁴⁷⁵ *Ibíd.*, p. 57.

⁴⁷⁶ *Ibíd.*, p. 53.

Pensada como una obra que diera asilo y le enseñara un oficio a la multitud de menores que llevaban una vida ociosa en las calles de la ciudad, durante los primeros años los salesianos dieron prioridad a esa tarea incorporando, preferentemente, a niños provenientes de los sectores más desposeídos. Sin dejar de realizar la tarea para la cual fueron llamados, con la ampliación de las instalaciones y su acelerado crecimiento, la institución amplió el eje de su misión albergando a toda clase de jóvenes cuyas familias deseaban fueran educados con una sólida formación religiosa y moral, además de la profesional. Si en los primeros años aquellos niños pobres asilados eran mayoría, hacia finales de la década del veinte, los alumnos becados compartían su predominio con otros niños cuyos rostros ya no tenían la marca de la miseria, la exclusión y el abandono.

La pedagogía social salesiana: artesanos y estudiantes, una inclusión desigual

Ante un auditorio colmado, en la mañana del 5 de octubre de 1924, Arturo M. Bas pronuncia el discurso de apertura del IX Congreso Internacional de Cooperadores Salesianos en el amplio salón que esa entidad posee en la ciudad de Buenos Aires. En su calidad de presidente de la comisión ejecutiva encargada de organizar el congreso, el orador ofrece una semblanza sobre don Bosco y la acción educativa realizada por sus religiosos en el país. Podría haber sido un panegírico más. Pero Bas, dando muestras de una retórica que ha sabido cultivar en su banca de diputado, destaca en su discurso aquellos conceptos e ideas que lo identifican como una figura clave del catolicismo social. Los oratorios festivos salesianos desparramados por todos los rincones de los barrios marginales de la República, no son tanto una conjunción de juegos y diversiones con la excusa de acercar a los niños humildes al catecismo. Junto con las escuelas de artes y oficios, Bas observa en ellos la consagración de una verdadera “democracia obrera” que, en sus orígenes, se ha adelantado aún a la Primera Internacional. Para él la lucha de clases, bastión ideológico y discursivo del socialismo, encuentra en los salesianos una solución basada en la “armonía” y el “amor”. En sus oratorios y talleres, “obreros y estudiantes, ricos y pobres”, se mezclan e interactúan en un ejemplo de aproximación de clases que en el exterior no encuentran otra forma de dirimir sus conflictos sino es a través del “odio” y la “guerra”.⁴⁷⁷

En realidad, Bas no es del todo original. Ya el Papa Pío IX – contemporáneo de don Bosco – había celebrado la acción del “apóstol de la juventud” destacando también que en su obra se postulaba la conciliación de clases. Ambas consideraciones separadas por medio siglo de distancia, hacían referencia a uno de los rasgos distintivos de una congregación nacida en los umbrales de los

⁴⁷⁷ *Actas del IX Congreso Internacional de Cooperadores Salesianos*, Buenos Aires, 15 de octubre de 1925, ACPX.

conflictos sociales provocados por los procesos de industrialización en las grandes urbes europeas. La instrucción profesional en un arte u oficio dirigida de manera gratuita a niños y jóvenes en condición de riesgo, convivía en las instituciones salesianas con un trayecto escolar destinado a educar a otros alumnos en profesiones liberales. En el centro de su pedagogía social se hallaba la convivencia pacífica entre artesanos y estudiantes, “los hijos del proletariado y de la burguesía”, creando la atmosfera adecuada para la resolución de la cuestión social en ciernes.

Esta fue, sin embargo, una visión ligada al discurso institucional y a la propaganda salesiana, que tendía a mitigar las diferencias que en realidad separaban ambos grupos de alumnos. La distinción entre estudiantes y artesanos reproducía una división propia del orden social externo a la institución, pero que en su interior no solo continuaba sino que se reforzaba. Aquellos niños atravesados por experiencias de carencia y marginalidad, llenaron las vacantes de una educación orientada a formar obreros y artesanos, dejando las profesiones liberales para quienes, con mejor fortuna, se les daba la posibilidad de elegir otro destino. En este sentido, si bien la inclusión al circuito productivo por vías de la educación profesional de amplias franjas de la población infantil significó un avance para quienes veían allí una tarea civilizadora, esta empresa dirigida hacía uno de los sectores más vulnerables de la población ha dificultado ver en la matriz pedagógica de sus instituciones la reproducción de las desigualdades socialmente existentes. En la determinación del destino futuro que su pedagogía social imprimió en los escolares - bajo una concepción de la sociedad que naturalizaba la existencia de clases -, es donde deben buscarse los fundamentos de un mecanismo que, bajo el velo de la función igualadora en lo cívico y en lo moral, reprodujo las desigualdades que atravesaron el tejido social y, en particular, el mundo infantil en esos años.⁴⁷⁸ La incorporación de los hijos de los sectores populares a los talleres de la escuela de artes y oficios sintetiza la reproducción de un orden social desigual, que bajo la premisa de incluir, asignó roles e identidades definidas por un origen de clase.

En el margen derecho de un diploma de honor entregado al alumno Humberto Anán del tercer grado del Colegio Salesiano Pio X, una imagen sutil, casi inadvertida en el conjunto de gráficos que rodean el colorido marco de la página, condensa la manera en que los salesianos representaban su misión (**Imagen 31**). Allí, dos jóvenes sonrientes se estrechan la mano en un gesto de respetuosa camaradería. El de la derecha, vestido con moño y levita, se encuentra a la par de una mesa bien dispuesta, con mantel y jarrón de porcelana, como aquellas que componen el mobiliario de las familias de buen pasar. Su congénere posa no de traje, pero sí con un atuendo que denota el esfuerzo del trabajo manual al que se consagra, utilizando las herramientas que en la imagen le acompañan y que revelan su oficio de carpintero. Esta imagen interpreta el eje de la pedagogía social salesiana,

⁴⁷⁸ Hemos hecho referencia ya a las realidades y experiencias del universo infantil cordobés de principios del siglo pasado las cuales expresaban condiciones sociales marcadas profundamente por la desigualdad.

expresada en el mundo real en la disposición del plantel de niños y jóvenes de los colegios de la congregación: por un lado, los niños motivados al aprendizaje de un oficio y formados como futuros obreros. Por otro, los alumnos inclinados a los estudios liberales, las letras y las ciencias, y preparados para el ejercicio profesional (médicos, abogados, comerciantes o sacerdotes). Lo que podía parecer una mera organización hacia el interior de una institución educativa reflejaba, de manera más profunda, lo que a los ojos de los salesianos eran las “dos grandes direcciones en la vida del hombre en la sociedad”.⁴⁷⁹ La educación de los hijos de los obreros junto a los hijos de la burguesía debía cimentar un futuro en el que la armonía y la sana convivencia conjuraran la amenaza de revueltas y conflictividad. La obra de don Bosco, se decía, era un símbolo de lo que debía ser la sociedad entera, donde la religión se pensaba como el elemento unificador, la herramienta capaz de captar las voluntades y deseos de clases que en el exterior se dirigían a un irremediable combate.

Imagen 31

Escena representada en uno de los márgenes de un diploma de honor entregado a un alumno del Colegio Pío X. Además del saludo entre el artesano y el estudiante, aparecen abrazando al mundo los dos pilares de la acción social salesiana: el trabajo y la oración.

Fuente: ACPX.



Un observador contemporáneo se permitía dejar sus impresiones al visitar uno de los establecimientos salesianos destacando que al ver al conjunto de “burguesitos y obreros, tan estrechamente unidos en la sombra de un santuario de la Virgen”, había sentido pleno deseo de cooperar con don Bosco en esa obra de armonización social, representada allí en el “brazo de intelectuales y obreros, de los hombres de carrera y los manuales, de las clases sociales que, debiendo trabajar unidas para el progreso y la felicidad humana, se habían separado y distanciado por

⁴⁷⁹ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 34.

los egoísmos anticristianos”.⁴⁸⁰ En otras palabras, la armonía social se lograría en la medida que cada clase se abocara a realizar los deberes y obligaciones que le correspondían según el “mandato divino”:

“Dios nos ha hecho hermanos a todos, para que nos amemos y nos ayudemos. Ha hecho al pobre para que se salve con trabajo y paciencia y ha hecho al rico para que se salve con el trabajo y el ejercicio de la caridad [...] Hermanos ricos, si vosotros desdeñáis vuestros deberes de justicia y caridad, día llegará en que los obreros, trepando, os derribarán con estrépito. Hermanos obreros, si vosotros, debiendo trabajar, entorpecéis el trabajo, cometéis un pecado contra el séptimo mandamiento”⁴⁸¹

Los salesianos concebían la cuestión social como una cuestión religiosa y moral. De allí que su solución se centrara en la enseñanza del catecismo y la práctica de la comunión frecuente. Al postrarse delante del mismo altar y acercarse a una misma mesa para “recibir al que se hizo hombre, y pobre, y obrero, siendo el creador de todo, y el Señor de todo”, no podía menos que suprimir distancias que los hombres habían establecido y “eliminar las disonancias” que las pasiones habían engendrado.

Los rasgos fundamentales de la pedagogía social salesiana eran tributarios de concepciones más amplias que permeaban la Iglesia en esos años, muchas de ellas condensadas en la Carta Encíclica *Rerum Novarum*, en la cual es posible leer también la preocupación por la formación moral y religiosa del proletariado.⁴⁸² La prevención de los conflictos reclamaba ganar el corazón de los obreros. De allí que la educación cristiana y profesional salesiana fuera dirigida especialmente a los sectores más vulnerables. La preocupación por dotarlos de una educación integral donde no faltaran los elementos fundamentales de la cultura, desde las letras a las ciencias, fue pensada como una forma de reducir la brecha entre las clases y armonizar las relaciones sociales. Sus escuelas profesionales impulsaron la educación teórica y práctica del trabajador para que este, por sus propios medios, lograra mejorar su condición material y espiritual. La formación profesional impartida de manera gratuita a alumnos pobres y huérfanos fue la base sobre la que se construyó una narrativa que apelaba a la inclusión social de las clases desheredadas.

⁴⁸⁰ *Ibíd.*, p. 37.

⁴⁸¹ *Ibíd.*, p. 52.

⁴⁸² “Désele un gran valor a la instrucción religiosa, de modo que cada uno conozca sus obligaciones para con Dios; que sepa lo que ha de creer, lo que ha de esperar y lo que ha de hacer para su salvación eterna; y se ha de cuidar celosamente de fortalecerlos contra los errores de ciertas opiniones y contra las diversas corruptelas del vicio. Ínstese, incítese a los obreros al culto a Dios y a la afición a la piedad; sobre todo a velar por el cumplimiento de la obligación de los días festivos. Que aprendan a amar y reverenciar a la Iglesia, madre común de todos, e igualmente a cumplir sus preceptos y frecuentar los sacramentos, que son los instrumentos divinos de purificación y santificación”. León XIII, *Carta Encíclica Rerum Novarum. Sobre la situación de los obreros*, Roma, 1891, p. 22.

Como vimos, la gratuidad era el beneficio reservado a quienes se veían imposibilitados de costear el pago de una mensualidad y los gastos corrientes que suponía la vida en el internado. Y como la autoridad regional salesiana recordaba, “Don Bosco no admitía en calidad de gratuitos sino a los artesanos”.⁴⁸³ En una circular enviada por la comisión directiva de las cooperadoras salesianas a las familias adeptas a la obra, la demanda del óbolo llevaba la firma de los huérfanos educados en la escuela de artes y oficios. Allí se hacían los pedidos necesarios para el sostenimiento de una gran cantidad de niños “sin padres, ni cariño” y abandonados a su propia suerte:

“No pedimos halagos a la existencia, sino la felicidad de ser buenos ahora, para mañana con un oficio ocupar un sitio honrado en el mundo; pero mientras seamos niños necesitamos un pedazo de pan, un asilo y un corazón generoso que nos dé su ternura y su virtud. Don Bosco nos proporciona todo esto con sus Colegios, pero es menester que haya recursos para sostenernos”.⁴⁸⁴

La conversión de los hijos del pueblo en hábiles obreros fue el tránsito formativo destacado con insistencia por quienes vieron en los salesianos una labor de profunda implicancia social. Pero en el corazón mismo de esa propuesta pedagógica y social que le valió a la congregación su fama y su prosperidad, se advierte asimismo la reproducción de las desigualdades. Desde el momento de su recepción en el internado, aquellos niños que en el exterior llevaban el peso de la minoridad engrosaban el número de vacantes en los talleres salesianos. A ellos se les reservaba el privilegio de la gratuidad que la caridad salesiana, sostenida por quienes apoyaban su proyecto civilizador, dirigía a quienes según su criterio debían recibirla. El reglamento del colegio era claro en advertir las condiciones de aceptación para los más necesitados de socorro y ayuda. El certificado de orfandad de padre y madre, o la constancia de pobreza o abandono, eran los filtros administrativos y los pases a la escuela de artes y oficios, sellando así un destino laboral que sus beneficiarios no tuvieron oportunidad de elegir o cuestionar. Los alumnos admitidos gratuitamente eran destinados por regla general a un oficio.⁴⁸⁵

Para los artesanos, el camino a recorrer variaba entre los distintos oficios que se enseñaban, al tiempo que los signos de la marginalidad padecida en el exterior eran sustituidos por una formación que pretendía civilizar esas marcas mediante la frecuencia de los sacramentos y el tiempo en el taller:

“Entre los jovencitos de las ciudades y de los pueblos se encuentran muchos en tal condición que utiliza todo esfuerzo moral hecho en su favor, si no se les presta socorro material. Algunos adelantados ya en

⁴⁸³ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 566.

⁴⁸⁴ *Circular Cooperadores Salesianos*, Córdoba, 1915. ACPX.

⁴⁸⁵ *Reglamento en uso para los Colegios Salesianos*, Córdoba, 1910, p. 2, ACPX.

edad, huérfanos o faltos de asistencia, porque sus padres no pueden o no quieren tener cuidado de ellos, sin profesión ni oficio y sin instrucción, están expuestos a los peligros de un desgraciado porvenir, si no encuentran quien les atienda, los encamine al trabajo, al orden y a la Religión”.⁴⁸⁶

Anclado en una fuerte convicción sobre el valor moralizador y formativo del trabajo, el objetivo de reforma social de los salesianos justificaba que la formación laboral adquiriera mayor relevancia para los niños y jóvenes de los sectores populares. Ellos tuvieron un rol protagónico dentro de los talleres de la congregación, al constituirse en los sujetos preferenciales de su tarea asistencial. En este punto, los salesianos compartían la reivindicación que funcionarios, legisladores e intelectuales hacían del trabajo como la mejor educación para la infancia plebeya, ya que argumentaban que para esos niños no existía mejor escuela que el taller.⁴⁸⁷

Una oferta educativa diferente era la propuesta a los estudiantes, que poseían la suerte de contar con familia y hogar. Los salesianos eran hábiles en proponerles un camino educativo amplio, plural, destinado a toda clase de intereses y sujetos, facilitado por las “cuotas ínfimas” que debían abonar. El dinero no era para ellos un factor determinante en la elección de una educación de calidad, que era acorde a la edad, la inteligencia, la salud y hasta las inclinaciones de los hijos. Si su porvenir estaba puesto en una carrera universitaria, los “Cursos Nacionales” eran la opción más adecuada. Si en cambio el apuro por emplear al joven en algún comercio era la prioridad, se lo podía inscribir en la “Academia Mercantil Don Bosco”, con cursos prácticos.⁴⁸⁸ Esta amplia y diversa oferta educacional destinada a captar la vocación del niño, quien en estos términos podía consagrarse hacia el lugar que lo llevaran sus inclinaciones. Una elección que, sin embargo, no estaba destinada a todos. Como afirmaba la autoridad salesiana en Argentina, “el pobre debe contentarse con su condición y empezar con el trabajo (unido al estudio correspondiente) si quiere mejorar su posición”.⁴⁸⁹ La inclusión de los desheredados justificaba el hecho de que se les reservara un destino vocacional específico, en consonancia con la asignación de los roles que a cada clase se le reservaba en la estructura social. Esta distribución desigual de las posibilidades educativas se correspondía en gran medida con el origen social de los alumnos.⁴⁹⁰

Hacia 1924, un importante cooperador cordobés no ahorra cumplidos hacia lo que consideraba la “influencia civilizadora de la cultura salesiana”. Sus palabras, lejos de agotarse en

⁴⁸⁶ *Reglamento en uso para los Colegios Salesianos*, Córdoba, 1910, p. 3, ACPX..

⁴⁸⁷ María C. Zapiola, “Los niños...” cit.

⁴⁸⁸ Folleto Colegio Pio X, Córdoba, s/f. ACPX.

⁴⁸⁹ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 566.

⁴⁹⁰ Como demostraron para el caso francés Bourdieu y Passeron, las instituciones escolares suelen otorgar, de modo predominante, títulos y reconocimientos educativos a quienes pertenecen a situaciones culturales, sociales y económicas privilegiadas. Y con su acción legitiman y refuerzan desigualdades sociales de origen, a las que les dan el carácter de dones naturales de inteligencia. Pierre Bourdieu y Jean Claude Passeron, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

esperados elogios hacia la congregación, expresaban con claridad un pensamiento inspirado en la retórica y la acción de los mismos salesianos:

“[...] en la desigualdad de las condiciones la aspiración al bienestar se circunscribe a una razonable exigencia en vinculación con el destino y rol social de cada clase. Estimular con exceso esas tendencias incontenibles hacia la felicidad, [...] importa realizar una campaña peligrosa o al menos poco benéfica y duradera para la disciplina y existencia moral de las clases desheredadas”.⁴⁹¹

Un razonamiento que, sin demasiado esfuerzo, abrevaba también en el modo en que la Iglesia justificaba la existencia de clases en el cuerpo social: “Y hay por naturaleza entre los hombres muchas y grandes diferencias; no son iguales los talentos de todos, no la habilidad, ni la salud, ni lo son las fuerzas; y de la inevitable diferencia de estas cosas brota espontáneamente la diferencia de fortuna”.⁴⁹² La voluntad de incluir, labor a la que se consagraba la congregación en esos años, llevaba implícita la naturalización de las desigualdades sociales que se reproducían en la cotidianeidad de sus instituciones educativas.

Un importante ingeniero en artes e industrias afirmaba luego de visitar el colegio que la congregación poseía en Niza, en 1898: “Pues bien, todos estos niños, aunque destinados a diversas carreras y posiciones sociales, son tratados con absoluta igualdad en el colegio: son verdaderamente hermanos que viven juntos, uno al lado del otro, aprendiendo bajo el mismo régimen a conocerse y amarse”.⁴⁹³ La coexistencia de ambas divisiones, artesanos y estudiantes, se suponía debía darse sobre la base de una participación común en las actividades establecidas y en los espacios destinados a ellas: aulas, templo, patio, comedor y dormitorios, frecuentados en una proximidad cotidiana, generaría una suerte de natural unión entre quienes se educaban allí adentro. Este discurso igualitario que hacia el exterior promovían los salesianos, no se plasmó en la experiencia cotidiana de los alumnos. En realidad, las fronteras físicas e identitarias entre estudiantes y artesanos lejos de suprimirse eran reforzadas, naturalizando diferencias y, por ello mismo, posiciones y roles que a uno y otro grupo le correspondían fuera del establecimiento. En efecto, el internado salesiano no era igualitario más que en la medida en que garantizaba que todos los alumnos, incluidos los menos favorecidos, adquirieran un bagaje mínimo de conocimientos. Ofrecía a todos la dignidad escolar, pero sin trastocar las diferencias y sus jerarquías. La pertenencia a una misma institución y la

⁴⁹¹ *La Voz del Interior*, 2 de octubre de 1924.

⁴⁹² León XIII, *Carta Encíclica Rerum Novarum...* cit., p. 22

⁴⁹³ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 62.

adquisición de un bagaje cultural común, no garantizaba la movilidad social futura de estudiantes y artesanos.⁴⁹⁴

La organización espacial develaba una primera separación entre ambos grupos. No existían construcciones separadas, sino una sola edificación con las limitaciones propias que esto imponía. Pero en la administración del tiempo, a cada sección le estaba permitido usufructuar dicho espacio común, donde la premisa era cohabitar sin compartir. La vida claustal acusaba una rígida estructura horaria, esencial en el mantenimiento del orden y también una dinámica particular en la que la circulación de los espacios intentaba evitar el contacto entre secciones. Todas las mañanas, los artesanos se levantaban y luego del arreglo del cuarto y el acelerado aseo, asistían a misa. Mientras comulgaban, los cuartos de los estudiantes veían encenderse las luces, señal que se preparaban para cumplir con el mismo ritual, una vez que aquellos estuvieran ya disfrutando del desayuno. La mañana proseguía. Al tiempo que unos participaban de las clases, paseos o ejercicios espirituales, otros estaban en los talleres, con práctica de música o disfrutando de los recreos. Quizás porque la logística así lo imponía, el comedor era el espacio a donde confluían diariamente las dos secciones. Pero allí también existían límites. La cocina dividía las largas hileras de tabloneros y bancos a su izquierda y a su derecha, marcando la frontera. Solo había tiempo para degustar el almuerzo en silencio, escuchando a un sacerdote leer en voz alta los pasajes más interesantes de alguna novela moralista, obras que ostentaban el monopolio literario en los colegios salesianos. Poco o nulo espacio para el encuentro y el diálogo. Jornadas ocasionales para matizar la rutina de fin de semana veían el desarrollo de partidos de fútbol. Eso sí, los equipos, reacios a mezclarse, reproducían los grupos de pertenencia en la escuela. En la jornada lluviosa del 20 de junio de 1926 los artesanos tuvieron a maltraer a los estudiantes en el campeonato realizado en homenaje al Padre Consejero por ser el día de su onomástico.⁴⁹⁵

La construcción de una identidad salesiana fue un rasgo característico del asociacionismo de la congregación. Pero ese gran paraguas identitario no borraba los títulos de artesano o estudiante. La identificación construida permanecía inmutable en todo el trayecto escolar de los niños. Y lo que se concebía como criterio práctico de una institución preocupada en decidir el mejor orden a establecer entre sus educandos, reproducía diferencias externas a ella. La pedagogía social salesiana conjugaba sus categorías internas de “estudiantes” y “artesanos” con las categorías externas de “niños” y “menores”, reforzando la línea divisoria entre los alumnos del internado y, por ende, colaborando en la reproducción de la desigualdad.⁴⁹⁶ Los “Huerfanitos de Don Bosco” representaban la manera más

⁴⁹⁴ François Dubet, *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 27.

⁴⁹⁵ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, 20 de junio de 1926.

⁴⁹⁶ Como advierte en su análisis de “pares categoriales”, en una organización particular puede que se instituyan nombres y límites para los conjuntos de participantes, que se impongan rituales y se otorguen dispositivos simbólicos para

clara en la que intervenían estos mecanismos. La orfandad, condición natural para muchos niños cordobeses a comienzos del siglo pasado, significaba la verdadera ausencia de un hogar que pudiera contener y brindar las seguridades que a la infancia “normal” se le exigía. Y para ellos los salesianos establecieron sus institutos:

[...] así para el nuevo curso escolar podremos ampliar los talleres y recibir, a menos en parte, muchos de los niños pobres y abandonados que por absoluta falta de recursos no hemos podido recibir este año. Son más de 400 los niños que el año pasado y este, a pesar de nuestra buena voluntad hemos tenido que rechazar... por falta de local y de recursos. ¿Qué pedían esos pobres niños? Un pedazo de pan y la instrucción para podérselo ganar mañana honradamente aprendiendo un arte u oficio en las escuelas profesionales del Colegio”.⁴⁹⁷

A estos niños sus privaciones los compelían a ganarse el pan con el esfuerzo de un trabajo manual y además, los “huerfanitos” fueron depositarios de una caridad que a la par de asegurar su sustento reforzaba una relación de subordinación y dependencia con adultos y con pares. Los Cooperadores Salesianos tuvieron un rol trascendente en este mecanismo que no fue sino el establecimiento de un paternalismo común a las asociaciones dedicadas a la caridad, propias de un modelo benéfico asistencial hegemónico. Su esfuerzo caritativo estuvo dirigido particularmente a ampliar los talleres, incorporar máquinas y herramientas o costear el sostenimiento de los niños artesanos. Esta acción benéfica cobraba sentido también a la luz de la pedagogía social salesiana. Al naturalizar las diferencias sociales, esa visión reservaba obligaciones que aseguraban el normal funcionamiento de la sociedad. Los conflictos se suscitaban con el no cumplimiento de estos deberes: “Dios nos ha hecho a todos para el trabajo y el Cielo. Y ha hecho al pobre para que se gane el Cielo con la resignación y la paciencia; y ha hecho al rico para que se gane el Cielo con la caridad y la limosna [...] Cuando falta la caridad en los de arriba y resignación en los de abajo, sobrevienen las grandes catástrofes”.⁴⁹⁸

Estas concepciones se cristalizaron en la cotidianeidad de las instituciones educativas salesianas. Las colectas realizadas en favor de los alumnos huérfanos educados en la escuela de artes y oficios ubicaban justamente a los niños como protagonistas del acto asistencial. Portadores de las alcancías de lata destinadas a recibir el óbolo, reflejaban el resultado de la eficaz tarea civilizadora llevada a cabo por los talleres salesianos. Las monedas por ellos recibidas y otorgadas por niños que

reconocerlos explícitamente. Estas categorías internas suelen armonizarse con categorías externas que no son propias de la organización, sino que provienen de diferencias originadas en el exterior. Cuando se conjugan los dos tipos de categorías se fortalece la desigualdad dentro de la organización que la efectúa. Charles Tilly, *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial, 2000, p. 88.

⁴⁹⁷ *La obra de Don Bosco en Córdoba*, diciembre de 1922.

⁴⁹⁸ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 120.

esperaban en sus hogares el paso de la proclamada colecta, conformaban una escena cargada de simbolismo. La “obligada” caridad de los ricos era el sustento recibido por la “santa resignación” de los pobres. La pedagogía social salesiana se hacía presente allí con enorme eficacia.

La portada de la publicación distribuida como recuerdo de esa fiesta de la caridad rezaba “Los Huerfanitos de Don Bosco, a sus Pequeños Protectores”. En su interior, se explicitaban el sentido y los beneficios de una práctica dirigida a “establecer una corriente de simpatía y cariño entre los niños de posición social más desahogada y los hijos de los pobres”. Así, la armonía social se construía sobre bases sólidas. Y como a los ricos les correspondía ejercer la caridad, se destacaban los actos de sacrificio y de renuncia de sí mismos de muchos niños para que fuera mayor el óbolo destinado a sus congéneres: “Yo no he recolectado ni ahorrado por el premio. Yo he recolectado y ahorrado por los Huerfanitos”, decía una pequeña benefactora acerca de la recompensa que podría recibir.⁴⁹⁹ En la generosidad y altruismo de los niños ricos se ponían en juego jerarquías de clase. Los premios, a modo de incentivo para las imaginaciones infantiles, eran donados por familias que ostentaban apellidos emparentados con la misma clase de quienes los recibían. En la colecta de noviembre de 1927, el Dr. Tomás Bas había regalado el hidroavión con el cual fue premiado el niño Jorge Koning en un orgulloso primer puesto. Es de suponer el entusiasmo con el que Moisés Torres Fotheringham recibió un manomóvil otorgado por Don Andrés Piñero. O el de Adelita Bertola Martínez, al enterarse que le correspondía, por su “paciente caridad”, la jaula dorada con el canario incluido que Julia A. de Perea Muñoz había tenido la gentileza de donar.⁵⁰⁰

Un reconocimiento que hallaba eco en la gratitud de los destinatarios de dicha caridad: “Los Huerfanitos de Don Bosco no conocen lo que significa la desagradable palabra olvido: por lo que recordarán siempre el beneficio material de Vuestro óbolo y más el beneficio moral de sentirse unidos a vosotros con lazos de afecto y de simpatía [...]”⁵⁰¹ Muchos de esos niños convertidos en obreros, quizás no reconocerían esos actos de caridad en el futuro, pero sí mostrarían, tal vez, una natural disposición a acatar con “paciencia” y “resignación” lo que otros afrontaban a través de la huelga y la protesta. Esta actitud era el deseo explícito de muchos de los detentadores de los actos benéficos:

“Se puede ser indiferente, descreído, liberal, pero no desconocer la importancia social de la obra salesiana que trabaja en primer término para ellos, para dar a ese capitalista, a ese industrial, a ese estanciero,

⁴⁹⁹ *Recuerdo de la fiesta de las alcancías. Los Huerfanitos de Don Bosco a sus Pequeños Protectores*, Córdoba, noviembre de 1927, ASIN.

⁵⁰⁰ *Ibíd.*

⁵⁰¹ *Ibíd.*

hombres formados en la escuela de la honestidad, de la decencia, conscientes de los deberes y que inspirados por sentimientos más nobles serán la mejor salvaguarda de sus intereses”.⁵⁰²

Ponderar la importancia social de la obra salesiana en los términos que plantea la cita, implicaría descubrir los trazos de su pedagogía en las prácticas de aquellos que transitaron por sus espacios educativos. El oratorio y la escuela de artes y oficios fueron medios significativos de inclusión de la infancia popular, aun cuando la formación profesional y la práctica de la religión anidaran estrategias de regeneración. Más bien, ambos aspectos no fueron reñidos, sino que la inclusión y la reforma de las costumbres formaron parte indisoluble de su misión pastoral y social.

De cualquier modo, en su rechazo a impugnar un orden social anclado en la inequidad de las labores y posiciones ocupadas por distintos sujetos, y en la reproducción de los mecanismos por los que dicho orden se perpetuaba, quizás se encuentren algunas pistas que expliquen tanto el crecimiento exponencial de los salesianos como la forma en que la desigualdad persistió en una época de profundas convulsiones sociales.

⁵⁰² *Los Principios*, 21 de agosto de 1909.

Capítulo IV

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IDENTIDAD SALESIANA



Las procesiones realizadas en honor a la Virgen o algún santo representativo para la congregación, fueron ocasiones donde se desplegaba todo un aparato ceremonial dispuesto a ganar el espacio público. En la imagen puede apreciarse la activa participación que se le daba al alumnado en este tipo de acontecimientos, no sólo para reforzar en ellos el sentimiento de filiación hacia los distintos personajes del santoral salesiano, sino también como un modo de mostrar al exterior del colegio ciertas prácticas que reflejaran la internalización, por parte de los niños, de una sólida formación cristiana. La fotografía permite ver, también, el paso de las diversas Compañías Religiosas portando sus distintos estandartes. c. 1920. ACPX.

“¿Servirse de lo que hay de más mundano para vencer y conquistar el mundo!”⁵⁰³

El proyecto educativo de la congregación salesiana se expandió con éxito durante las dos primeras décadas. La escuela profesional, con la enseñanza de variados oficios y los dos oratorios, uno anexo al Colegio Pio X y otro en un terreno ubicado en un joven barrio obrero, lograron asentarse entre el conjunto de instituciones educativas de la ciudad. No obstante, desde los primeros años los salesianos recurrieron a diversas actividades con la finalidad no solo de fomentar un vívido sentimiento de pertenencia a la obra en los alumnos, sino también con miras a lograr la adhesión de la comunidad a un determinado modelo pedagógico-social que se llevaba a cabo. Así, la construcción y difusión de una identidad salesiana se realizó sobre la base de un conjunto de prácticas culturales y de sociabilidad que involucró a los alumnos, sacerdotes, cooperadores, ex-alumnos y simpatizantes de la obra, en un esfuerzo cada vez mayor por trascender los muros institucionales y apropiarse del espacio público. En esta parte de la investigación se intenta rescatar el poder configurativo de esas prácticas en la construcción de una identidad católica y salesiana, analizando el heterogéneo universo de propuestas pedagógicas que anidaban estrategias de control, inclusión y de poder. En otras palabras, se trata de interpretar la acción social desplegada por la congregación también como una construcción cultural dotada de recursos simbólicos, rituales sociales y significación política.

En las primeras décadas del siglo XX, varios sectores y grupos no alineados con la Iglesia ni el Estado idearon proyectos culturales alternativos cuyo objetivo era impartir una nueva educación hacia los sectores populares. Los anarquistas en particular, por ejemplo, buscaron la adhesión popular de su mensaje libertario a través de propuestas vinculadas al uso del tiempo libre. En su visión, consideraban necesario disputarle el monopolio del saber a las instituciones religiosas y estatales llevando adelante variadas estrategias con el fin de propagar sus ideas y construir y difundir un aparato simbólico de identificación propio.⁵⁰⁴ De la misma forma, los liberales reformistas, católicos sociales y funcionarios estatales desde otras perspectivas intentaron también encuadrar la sociabilidad popular en el ámbito público, pues era uno de los espacios donde se definía la conducta

⁵⁰³ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 575.

⁵⁰⁴ Juan Suriano, “Banderas, héroes y fiestas proletarias. Ritualidad y simbología anarquista a comienzos del siglo”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 15, 1997, p. 71.

de los individuos.⁵⁰⁵ Pero de manera más amplia, la intensa actividad cultural promovida por los salesianos se entiende en un contexto en el cual la Iglesia y el catolicismo argentinos, lejos de aletargarse frente a la irrupción de la modernidad, acompañaron las transformaciones del periodo con una presencia que lejos estuvo de pasar inadvertida. La creación de círculos de obreros, la realización de los congresos eucarísticos, el empleo de múltiples canales a través de los cuales influir en los poderes públicos, la presencia en todas las industrias culturales de su tiempo (radio, cine, prensa de masas), las movilizaciones callejeras, sumado al fuerte anclaje en el tiempo de ocio, el consumo y el deporte, fueron rasgos que definieron la actividad católica en la primera mitad del siglo pasado.⁵⁰⁶

Al mismo tiempo, si desde finales del siglo XIX la valoración social de los niños del país comenzaba a transformarse paulatinamente de la mano de un entramado de disciplinas que trataban de comprender qué era el ser niño, cuán diferente era y cómo debía educársele y tratársele, sus discursos - además de traducirse en la creación de instituciones y leyes de protección y amparo - cuajaron también en el plano del consumo cultural. En este sentido, las múltiples políticas y producciones culturales, herramientas de propaganda y de didactismo político intentaron moldear un determinado sujeto infantil.⁵⁰⁷ Así, la intensa labor de los salesianos dirigida a evangelizar y civilizar a las clases populares incluyó la apropiación de elementos presentes en la cultura de masas que tenían influencia en los sectores sociales a quienes ellos se dirigían. El trabajo con los niños y jóvenes en condición de riesgo enmarcó las diversas estrategias que pretendían moralizar las prácticas y dispositivos presentes en el terreno popular. En las décadas del veinte y del treinta particularmente, la ciudadanía absorbía y adoptaba con entusiasmo los estilos, la tecnología y los gustos que traía la modernidad. Los salesianos no solo no permanecieron indiferentes a ese fenómeno, sino que se mostraron abiertos a incorporar al repertorio más habitual de instrumentos de evangelización los elementos de consumo cultural que tenían llegada entre las clases populares, pero proponiendo un discurso que se anclaba fuertemente en los valores tradicionales del universo católico decimonónico.

En este marco, las fiestas, rituales y conmemoraciones con sus productos y artefactos culturales - cantos, himnos alusivos, poesías, discursos y otras formas literarias -, la actividad editorial y los momentos de esparcimiento - como las representaciones teatrales y los batallones de exploradores -, constituyeron herramientas culturales de profundas implicancias políticas, ideológicas e identitarias, a través de las cuales los salesianos se propusieron generar una comunidad emocional y fueron

⁵⁰⁵ Concebida la cultura en sentido agonial, es decir, como un campo particular donde la lucha de clases se transforma en contienda ideológica, es posible observar cómo la iglesia y los salesianos en particular hicieron enormes esfuerzos por disputar la hegemonía cultural frente a los sectores liberales principalmente. José Emilio Burucúa. *Corderos y elefantes: la sacralidad y la risa en la modernidad clásica*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001, p. 20.

⁵⁰⁶ Miranda Lida, *Historia del catolicismo...* cit., p. 12.

⁵⁰⁷ Susana Sosenski, "Niños limpios y trabajadores. El teatro guiñol posrevolucionario en la construcción de la infancia mexicana", *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 67, 2, 2010, p. 494.

esenciales para transmitir ideas y dar respuestas a las preocupaciones sociales. Es decir, procuraron generar espacios donde los alumnos, ex-alumnos y cooperadores se reconocieran, generaran vínculos con los superiores, reconocieran las jerarquías sociales, adoptaran un modelo de sociedad y lo difundieran entre ellos.

Escenificar la asistencia: fiestas, conmemoraciones y rituales identitarios

La construcción de esos espacios de identidad en las obras salesianas se efectuó sobre una base simbólica donde tenían suma importancia las celebraciones y conmemoraciones de los acontecimientos más significativos. En efecto, la rutina cotidiana era periódicamente alterada por las fiestas organizadas en el interior del colegio, permitiendo la interacción entre los alumnos, directivos y cooperadores y haciendo posible la visibilidad de la obra caritativa, el control del tiempo libre y la ritualización de la estrecha relación entre los salesianos y la élite dirigente. De esta manera, las fiestas y demás expresiones de sociabilidad eran utilizadas como un fenómeno de cohesión de la comunidad y el ritual festivo como un elemento activador de las identidades. Las imágenes, los símbolos, los emblemas, los estandartes presentes en las celebraciones, eran formas simbólicas a las que se apelaba para generar la cohesión social de los individuos y lograr que actuaran conforme a las exigencias del grupo que los acogía y les brindaba los medios para subsistir e integrarse al medio “civilizado”. El carácter espectacular de los festejos potenciaba la anhelada adhesión porque creaba una relación y una identificación profunda entre el espectador y el espectáculo, todo en un contexto urbano donde se reproducían las jerarquías sociales y políticas. A través de su exteriorización, las fiestas institucionales se presentaban como una instancia valedera para exhibir los logros de la acción social benéfica en diferentes espacios dedicados a difundir los contenidos del proyecto civilizador, de la educación y del control de los sectores empobrecidos y excluidos. Las élites gobernantes reivindicaban así el manejo de los pobres y el ordenamiento de la pobreza.⁵⁰⁸

En este sentido, las conmemoraciones salesianas fueron un ejemplo paradigmático del ritualismo asociativo. Ellas alternaron la vida interna de sus obras con una importante presencia pública en las calles de la ciudad. Aniversarios, actos conmemorativos, inauguraciones, premiaciones, bendiciones y hasta las fiestas propias del calendario litúrgico y del santoral salesiano, eran motivos suficientes para desplegar todo un aparato ceremonial en donde la solemnidad de los actos manifestaba la importancia dada por los organizadores a esta clase de eventos. El programa de la celebración se enviaba al domicilio de cooperadores ilustres y autoridades de gobierno, a la vez

⁵⁰⁸ Beatriz I. Moreyra y Nicolás D. Moretti, “Cuestión social, prácticas culturales y modelo asistencial en la modernidad liberal. Córdoba, Argentina. 1900 – 1930”, *Secuencia*, 93, 2015, pp. 109.

que se hacía extensiva la invitación a la comunidad en general a través de los mismos alumnos. Para la ocasión del primer gran acto realizado por los salesianos en Córdoba, a fines de 1905 y en oportunidad de la colocación de la piedra fundamental, el gobernador de la provincia de Córdoba, José Vicente Olmos y el intendente municipal Dr. Alejandro Ortiz, junto a Monseñor Zenón Bustos y los representantes del clero regular y otras órdenes religiosas, ocuparon un lugar en el ancho tarimado construido en las precarias instalaciones del Colegio Pio X (**Imagen 32**).⁵⁰⁹ La misma confluencia de autoridades civiles y eclesiásticas acompañó los actos realizados con motivo de la inauguración del nuevo edificio destinado a la escuela de artes y oficios en mayo de 1907, con la presencia del gobernador electo y un gran número de “distinguidos caballeros y damas de la “*haute social*””.⁵¹⁰ La frecuente asistencia de significativas figuras del ámbito político y eclesiástico investía de jerarquía un evento que pretendía, entre otras cosas, captar la adhesión de la opinión pública al proyecto educativo y social salesiano. La expresa invitación a un numeroso y selecto núcleo de distinguidos caballeros y familias de la sociedad era un medio para que estos observaran los trabajos que habían realizado en “tan brevísimo tiempo los hijos de Don Bosco”, se convencieran que sus generosas limosnas no habían sido en vano y continuaran contribuyendo a esta obra educacional.⁵¹¹ Por otro lado, la participación asidua de altos funcionarios gubernamentales en los actos junto a los numerosos cooperadores, reflejaba la estrecha interacción existente entre el Estado y la élite asistencial en la atención de las demandas sociales en ese periodo.



Imagen 32

Monseñor Zenón Bustos presidiendo la bendición de la piedra fundamental ante un nutrido grupo de cooperadores, funcionarios, sacerdotes y público en general. En el centro de la imagen puede apreciarse el palco adornado con los colores de la bandera nacional y un cuadro con la imagen del papa Pio X. 3 de diciembre de 1905.

Fuente: ACPX.

⁵⁰⁹ *La Patria*, 4 de diciembre de 1905.

⁵¹⁰ *La Patria*, 10 de mayo de 1907.

⁵¹¹ *Los Principios*, s. f., ACPX.

Imagen 33

El Padre Juan B. Gherra, primer director de la obra salesiana en Córdoba, posa al lado de la piedra fundamental del edificio que albergará los futuros talleres de la escuela de artes y oficios. Algunos de los niños que rodean la escena - en particular el que la captura de la cámara sorprende levantando un banco detrás del sacerdote -, se encuentran descalzos. Realidad advertida por el mismo Gherra en su correspondencia con superiores.

Fuente: ACPX.



Además de las autoridades, un grupo de “madrinas” y “padrinos” elegidos con anticipación entre el grupo de las damas y caballeros cooperadores solían estar presentes en los palcos o lugares reservados. Esta centralidad otorgada, sumado a su activa e infaltable presencia en cada uno de los actos, festejos y conmemoraciones, refuerza la idea sobre la existencia de un culto a los cooperadores por parte de los salesianos. Esos eventos eran la oportunidad para hacer público el reconocimiento a la labor de aquellos “hombres y mujeres de buena voluntad”, que habían trabajado desde un primer momento para sostener la obra de la congregación.⁵¹² Incluso, los cooperadores eran incorporados en ciertos pasajes de la liturgia de los oficios religiosos más sobresalientes, como en ocasión de las celebraciones realizadas en 1922 en honor de los dos primeros sacerdotes salesianos cordobeses. La misa solemne rezada por los nóveles presbíteros, contó con la presencia de Antonio Ardiles y Telésforo Ubios como “padrinos de las vinajeras” y las Deidamia de Colombres y Luque Garrido como madrinan. El programa de los actos también destinaba un importante espacio de expresión a los discursos, donde los oradores manifestaban su adhesión a la obra y justificaban el apoyo brindado a la labor educativa y civilizadora de los salesianos, apuntando a los enormes beneficios que para la comunidad reportaban este tipo de iniciativas. En varias ocasiones, la prensa local solía incluir las disertaciones centrales luego de la crónica del acto, dando una mayor difusión a las ideas que, generalmente, también aparecían impresas en pequeños opúsculos o folletines a manera de recuerdo para los asistentes. Los Principios, en referencia a las palabras pronunciadas en las fiestas con motivo de declararse Venerable a don Bosco, afirmaba: “[...] Félix G. Maceda dio la nota característica y

⁵¹² En este sentido, en la inauguración de la primera parte del nuevo edificio del Colegio Pio X en 1907, se aclaraba que la nueva capilla había sido costeadada por David Carreras a la memoria de su esposa Rosario Gavier de Carreras; el altar, donado por Manuel Posada y Sra.; cuatro amplios salones habían sido costeados uno por David Carreras en memoria de su madre y otro por Domingo Funes, junto con el salón dormitorio dedicado a la memoria de Rafael Escuti y costeadado por su albacea Carlos Pruneda. En mayo de 1911, con motivo de la bendición de las maquinas del taller de carpintería, oficiaron de padrinos y madrinan Rogelio Martínez, Pedro González y Nicolás Berrotarán. Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 76.

simpática del acto pronunciando uno de aquellos discursos que sabe pronunciar, de corte literario y de fondo filosófico e histórico moral, pintando con mano maestra el cuadro más acabado de la acción benéfica de Don Bosco en la sociedad”.⁵¹³

Imagen 34

En los distintos actos y celebraciones, las amplias galerías del colegio solían ser adornadas con banderas e imágenes que reforzaban la solemnidad de lo que constituía una verdadera liturgia cívico-religiosa. En la fotografía puede apreciarse a un grupo de cooperadores sentados frente a un escenario preparado para el orador. c. 1920.

Fuente: ACPX.



En esos actos, la recepción dispuesta para las autoridades adquiriría grandes proporciones. La conmemoración del cincuenta aniversario de la llegada de los salesianos a la Argentina, en octubre de 1924, incluyó la presencia en la ciudad del Padre Inspector junto al secretario general de los cooperadores. Luego de ser recibidos en la estación del Ferrocarril Central Argentino por una comitiva de cooperadores, sacerdotes de la congregación y otras autoridades de asociaciones vinculadas a la obra, se trasladaron al Colegio Pio X - cuya fachada exhibía banderas argentinas, italianas y españolas junto con carteles de bienvenida -donde fueron saludados por una comisión de damas y caballeros, mientras la banda de alumnos “ejecutaba una marcha brillante” y unos setecientos niños, estudiantes y artesanos, acompañaban con “vivas y hurras”.⁵¹⁴ Este festejo por el “cincuentenario” constituyó el evento de mayor relevancia de las dos primeras décadas. En un marco festivo que se extendió a lo largo de siete días titulado la “Semana Salesiana”, se desarrolló un imponente desfile de alrededor de mil alumnos de los colegios salesianos por las calles de la ciudad, que a los ojos de la prensa demostró en forma práctica la “eficacísima función” llevada a cabo por los padres de la congregación.⁵¹⁵ Partiendo de la puerta del colegio, la columna abarcó un extenso recorrido de varias cuadras, pasando al frente del arzobispado, la casa del Gobernador y del

⁵¹³ *Los Principios*, 10 de septiembre de 1907.

⁵¹⁴ *Los Principios*, 21 de octubre de 1924.

⁵¹⁵ *Los Principios*, 23 de octubre de 1924.

Intendente. Luego de dejar una ofrenda floral en el monumento al General San Martín en la plaza principal de la ciudad, la marcha se detuvo frente a la sede de Los Principios, para luego retornar al lugar de partida. En cada una de las estratégicas paradas realizadas, varios alumnos pronunciaron sendos discursos expresando palabras de agradecimiento hacia las autoridades por la ayuda dispensada a la obra de don Bosco en Córdoba, dejando además en evidencia los valores y principios recibidos. Uno de los pupilos, al detenerse la columna frente a la casa del gobernador, expresó:

“Traemos el saludo de los mil niños salesianos que en estos momentos veis desfilar ante la bandera de la patria, enarbolada en esta casa, asiento de gobierno. Recibid, excelentísimo señor Gobernador y distinguidos señores, el homenaje que en estos instantes la obra de Don Bosco tributa al gobierno, a la sociedad y al pueblo de Córdoba, por el cariño con que siempre le han favorecido. Amor a Dios, amor a la Patria, amor a la virtud y al trabajo; he ahí señores, nuestros ideales; eso es lo que se nos enseña y eso es lo que queremos practicar para llegar a ser dignos argentinos”.⁵¹⁶

Además de escenificar la alianza entre las élites y los salesianos en lo atinente al tratamiento de la cuestión social, estos actos y celebraciones constituían una manera de abrir las puertas de la institución, para mostrar los logros del proyecto socio-pedagógico y las trazas de la modernidad en el interior de la obra. En otras palabras, a través de estas fiestas y conmemoraciones, los salesianos se apropiaron del espacio público logrando la profundización del consenso social hacia su tarea.

Las fiestas patrias representaban también una oportunidad privilegiada para demostrar la adhesión de los salesianos al proyecto civilizador de la élite gobernante y para cultivar las relaciones de cercanía con los espacios de poder institucionalizados que subsidiaban a las entidades benéficas, y le garantizaban un lugar preponderante en el manejo de los pobres y en el mantenimiento del orden social.⁵¹⁷ En las festividades, se ponía particular énfasis en destacar cómo los niños huérfanos y pobres eran instruidos en los más puros sentimientos de nacionalidad. La escenografía de estas celebraciones tendía a ensalzar la triada patria, ejército y religión como garantía de orden y progreso de la sociedad. En efecto, superadas las tensiones entre ambas esferas del poder gestadas en la década de 1880, durante los primeros años del siglo XX y sobre todo hacia el Centenario, se reconocía por parte de las élites gobernantes que la Iglesia era un insustituible baluarte del orden social y el catolicismo un elemento irrenunciable de la nacionalidad. La religiosidad constituía una dimensión que permitía amalgamar la población heterogénea y cimentar mediante formas rituales y devociones específicas su nacionalización.⁵¹⁸ Así, en ocasión de los festejos por cumplirse cien años

⁵¹⁶ *Los Principios*, 23 de octubre de 1924.

⁵¹⁷ Beatriz I. Moreyra y Nicolás D. Moretti, “Cuestión social... cit., p. 16.

⁵¹⁸ María Elida Blasco, “La tradición colonial hispano-católica en Luján. El ciclo festivo del Centenario de la Revolución de Mayo”, *Anuario del IEHS*, núm. 17, 2002, pp. 49-76.

de la Revolución de Mayo, tuvo lugar en el Colegio Pio X una academia literario musical a la patria, donde se declamaron composiciones y diálogos con títulos como “San Martín y Aníbal”, “Los Granaderos de San Martín” y “Saludo a la bandera”.⁵¹⁹ De la misma forma, en el acto de inauguración del batallón de exploradores, después de un diálogo y una declamación a la bandera “hábilmente desempeñados por algunos alumnos” se bendijeron dos banderas argentinas y el canónigo Bruno Ferreyra pronunció un discurso sobre el concepto de patria y la significación de la bandera argentina.⁵²⁰ Igualmente, en el acto de bendición de las nuevas máquinas adquiridas para los talleres de la escuela de artes y oficios, uno de los alumnos internos de la sección artesanos, Juan González, fue el intérprete de sus compañeros al pronunciar unas palabras de agradecimiento a las autoridades por la visita que hicieron a la escuela y los talleres en que se preparaban para ser hombres útiles, llevando como lema “por Dios y por la Patria”.⁵²¹

Los salesianos otorgaban centralidad a los momentos piadosos, principalmente las ceremonias de bendición y las misas. Una sola celebración cargada de mucha solemnidad, generalmente oficiada por el Obispo o alguna otra autoridad diocesana y con la participación de las autoridades y de los cooperadores, ocupaba el programa matutino de los festejos. Pero previamente solían rezarse misas más sencillas destinadas a los niños y jóvenes del oratorio y del colegio, junto a las llamadas misas de “comuni3n general” para los vecinos y la comunidad. En ocasi3n de los preparativos de la fiesta por las bodas de oro sacerdotales de Gherra, el vicedirector del Colegio Pio X auguraba conseguir no menos de 200 a 300 comuniones de hombres, al tiempo que exponía ante su superior sus propios anhelos apost3licos: “¿Cuándo llegaremos a las 1000 o 1500 de San Carlos?”⁵²²

Los programas solían contemplar la bendici3n de edificios reci3n construidos, la adquisici3n de maquinarias y herramientas para los talleres de la escuela de artes y oficios, de instrumentos nuevos para la banda de m3sica o de uniformes destinados al batall3n de exploradores. El acto de bendecir funcionaba como un mecanismo de legitimaci3n hacia aquellos que habían colaborado para adquirir los costosos elementos materiales, lo que constituía otra forma de resaltar la importancia de la ayuda recibida por los cooperadores y el papel central de la religi3n como elemento aglutinador de sus esfuerzos. Adem3s, simbolizaba la importancia y la jerarquía que los salesianos le daban a este tipo de eventos. La solemnidad y la seriedad con la cual revestían los ritos del culto cat3lico formaba parte del respeto que debían prestarle a las normas can3nicas, en tiempos donde la Iglesia debía mostrar una imagen de uniformidad y solidez en el plano espiritual y de las prácticas religiosas, ante los procesos de laicizaci3n. La perfecta ortodoxia desplegada en la administraci3n de los

⁵¹⁹ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 76.

⁵²⁰ *Los Principios*, 26 de julio de 1916.

⁵²¹ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, septiembre de 1922.

⁵²² *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 31 de mayo de 1917, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

sacramentos, el orden en el despliegue de las procesiones, junto al esmero puesto en el cuidado de los menores detalles de la liturgia, formaban una imagen que, ante los ojos de los fieles, era la mejor demostración del abismo que separaba la santidad de la Iglesia de la corrupción del mundo.⁵²³

Por otra parte, los salesianos también contribuyeron al fortalecimiento del vínculo con los fieles a través de las devociones. Las autoridades eclesiásticas sostenían que la carencia de cultura religiosa de la población era el mayor obstáculo que impedía combatir con éxito el avance de la secularización. De allí que debían empeñar sus mayores energías en promover conductas y comportamientos sociales que se correspondieran con los principios del catolicismo. En un número creciente de parroquias, sobre todo en los centros urbanos, el clero propició, entre otras cosas, el nacimiento de ciertas devociones y sus correspondientes peregrinaciones que, aunque no siempre lograron estimular la participación de los fieles en la vida religiosa, fueron un prelude de los desarrollos más sustanciales de los años treinta y cuarenta.⁵²⁴ Las movilizaciones católicas lograban articular lo religioso con el consumo, la recreación y el espectáculo, al tiempo que convocaban a los vecinos a exteriorizar públicamente su adhesión a determinados valores y proyectos de intervención social.⁵²⁵ El impulso dado a la devoción hacia la patrona de los salesianos, María Auxiliadora, con el surgimiento y desarrollo de la procesión anual realizada en su honor, es sintomático de estos procesos de recomposición de lo religioso en el ámbito público. Durante los primeros años esta fiesta no pasó de ser una sencilla celebración piadosa ofrecida sobre todo para los alumnos del colegio, los cooperadores y aquellos que simpatizaban con la obra. Pero con el paso del tiempo, la sofisticación de este acontecimiento tan importante para la vida interna de la institución fue en aumento. Hacia 1913, ocho años después de llegados los salesianos a Córdoba, tenía lugar por primera vez la “Solemne Procesión de María Auxiliadora” por las calles de la ciudad, con la presencia de la hija del gobernador Ramón Cárcano, un nutrido grupo de cooperadores y la devota asistencia de “mucho pueblo”.⁵²⁶

Durante los días previos a la fecha se acostumbraba realizar una novena destinada al público en general, con algunas conferencias dictadas por cooperadores y sacerdotes, siendo también una ocasión propicia para la bendición de banderas y estandartes de la virgen que las diversas cofradías y asociaciones de laicos llevaban con orgullo en la procesión. El detalle de los grupos de alumnos que protagonizaban la columna que tomaba las calles del barrio en procesión, con canticos y el rezo del

⁵²³ Loris Zanatta y Roberto Di Stefano, *Historia...* cit., p. 364.

⁵²⁴ Como señala Di Stefano, la transformación de las procesiones características del siglo XIX en manifestaciones callejeras ocurren ya hacia el Centenario, mucho antes de las multitudinarias jornadas del Congreso Eucarístico Internacional de 1934. Roberto Di Stefano, “Por una historia...” cit., p.16.

⁵²⁵ Ana María T. Rodríguez y Mariana Funkner, “¡Viva María Auxiliadora!...” cit., p. 118.

⁵²⁶ El domingo 1° de junio se había bendecido la imagen de la virgen, figurando entre las madrinas la señorita Carlota Cárcano, hija del gobernador Cárcano. La procesión recorrió las calles 9 de julio, Avellaneda, Santa rosa y Rodríguez Peña.

rosario, simbolizaba el profundo espíritu católico de la obra salesiana hacia la niñez. Al mismo tiempo, la estructura que organizaba el rito devocional, los emblemas y símbolos - cruces, banderas, estandartes, uniformes -, sumado a los modales que debían regir la procesión piadosa, representaban una excelente ocasión de mostrar al público cordobés el orden y la disciplina con los que se educaba a los hijos de los sectores populares:

Solemne Procesión de María Auxiliadora.

Orden de salida

1. Cruz
 2. Batallón de Exploradores de San Vicente
 3. Colegio San Antonio de Padua
 4. Oratorianos del Colegio Pio X
 5. Niños externos
 6. Compañía del Ángel Custodio. Internos estudiantes
 7. Compañía de San Luis. Estudiantes internos
 8. Compañía de San José y niños artesanos
 9. Banda
 10. Colegio de Hermanas de San José
 11. Cofradía de María Auxiliadora
 12. Niñas de Primera Comunión
 13. Pequeño Clero y Ministros
 14. Imagen de la Sma. Virgen
 15. Hombres y jóvenes
- Pueblo

Algunas de estas fiestas y celebraciones también servían para exaltar la figura de los superiores, reforzando el respeto y autoridad que tenían adentro y fuera de la institución, entre alumnos, ex-alumnos y cooperadores. En este sentido, el calendario salesiano fijaba un día de fiesta dedicado exclusivamente al Padre Director, para recordar que su persona era la viva representación de don Bosco en la comunidad. Los niños internos veían estas jornadas especiales como una oportunidad para alternar la rutina y la cotidianidad de la vida asilar con otras actividades. Un simple cambio en el menú, o la compañía de los cooperadores significaba un gran estímulo para quienes se pasaban el año entre las aulas, los talleres y la iglesia. El celo pastoral de los salesianos convertía estas celebraciones en ocasiones inmejorables para reforzar las prácticas de piedad en los niños:

“Fuimos a la Iglesia para nuestras prácticas de piedad; lo que hicimos con más devoción y acogimiento que de costumbre, por ser el cuarto domingo de San Luis Gonzaga y en modo especial el onomástico del Rvdo. Padre Director La comunión fue general, ofrecida especialmente a Dios para que le conceda muchos años de vida a fin de que pueda trabajar mucho para la salvación de las almas”.⁵²⁷

⁵²⁷ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, 17 de julio de 1925.

En síntesis, la exteriorización de las ideas y valores que formaban el proyecto socio-educativo salesiano encontraban en la organización de actos, celebraciones y ceremonias rituales, espacios de interacción donde alumnos, cooperadores, sacerdotes y pueblo adepto a la obra, se sentían protagonistas y partícipes de una comunidad particular.

“Una casa salesiana sin música es como un cuerpo sin alma”

En esos eventos singulares pero funcionales a la operatividad social del modelo educativo de la congregación, los alumnos tenían una activa participación en el programa de los festejos. En este sentido, los salesianos dieron una gran importancia a la enseñanza de la música, justamente para que los niños y jóvenes que se educaban en sus instituciones pudieran lucirse en actos públicos y colectivos. El Padre Inspector recomendaba expresamente que en cada colegio se organizara la “Asociación de Santa Cecilia”, que debía agrupar las escuelas de canto con su respectivo reglamento. Proponía, además, la creación de una “Schola Cantorum” con alumnos encargados del canto llano y figurado en todas las funciones de la Iglesia y del teatro.⁵²⁸ En consonancia con esta aspiración, una de las primeras tareas realizadas por los salesianos apenas llegados a la ciudad fue la creación de un coro y una banda de música formados por oratorianos y alumnos del colegio (**Imagen 35**).

Imagen 35

La banda de música del Colegio Pio X posa para la foto, junto a maestros y salesianos. c. 1910.

Fuente: ACPX.



La música se entendía como una pieza clave en la tarea de regeneración y reforma de las costumbres que se lograba mediante el ejercicio práctico de la religión. Cumplía un rol protagónico en misas y actos religiosos, donde los alumnos ejecutaban melodías y cánticos piadosos. Los actos académico-musicales eran ocasiones aprovechadas para exhibir los progresos de la tarea educativa

⁵²⁸ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 148.

salesiana, como en la velada organizada en el Club Católico en ocasión del día dedicado a San Pedro, que contó con el oficio de los pequeños intérpretes: “Tu es Petrus, himno al Papa, a cuatro voces, ejecutado por los alumnos del Colegio Pio X fue muy aplaudido por el auditorio”.⁵²⁹ Los programas solían publicitar sus actuaciones como una forma de acentuar sus logros. Así, en las fiestas realizadas en honor de la ordenación sacerdotal de los dos primeros salesianos de Córdoba, las invitaciones prometían que, en los entreactos, la banda del colegio ejecutaría “brillantes trozos de música”.⁵³⁰

La ejecución de un instrumento y el dominio de la voz llevaban al alumno a cultivar el esfuerzo y la paciencia necesaria para alcanzar una buena melodía. Del mismo modo, la coordinación que exigía la organización de una orquesta, en la cual debían respetarse los tiempos, los espacios y las indicaciones del director de la banda favorecía el cultivo del orden y la disciplina, indispensables para lograr una buena interpretación. De allí que la conversión de niños sin educación ni adiestramiento en “virtuosos concertistas” resumía eficazmente la labor educativa y formativa que los salesianos pretendían exhibir. Las piezas interpretadas respondían a los cánones estéticos que se consideraban cultos y refinados, en oposición a un tipo de música identificada con los gustos de los sectores populares. El auge y la expansión del tango en particular, luego de la invención del fonógrafo y la popularización de la radio en los años '20, instaló nuevos competidores en la arena cultural para la Iglesia, cuya música seducía más que la sacra.⁵³¹ Sin embargo, esto ofrecía un estímulo para los sacerdotes salesianos, que aprovechaban la transmisión radial para la actuación de la banda.⁵³² Esto funcionaba como un nuevo canal de transmisión de valores, gustos y formas consideradas refinadas. El repertorio solía incluir marchas y melodías castrenses en las que el ritmo de los tambores y trompetas ayudaba a promover cierto dinamismo juvenil, pero evitando sus desbordes: “Y en los días de fiesta!... Cómo nos alborozan las notas marciales de la banda del Colegio, que tan hábilmente componen los niños artesanos”.⁵³³

Si en un principio su función principal fue la de “alegrar la vida del colegio, fomentar el amor al arte y dar brillo a las fiestas religiosas y sociales”, los pequeños músicos pronto comenzaron a tomar parte de diferentes festividades, actos y ceremonias realizadas en ámbitos públicos. En 1908 formalizaron su primera salida oficial participando en los actos conmemorativos del 25 de mayo, ocasión que fue aprovechada para pasar a saludar al gobernador, al obispo y cooperadores luego del desfile. Gherra dejaba testimonio en las crónicas de ese año de cómo los pequeños coristas actuaban en diferentes homenajes y celebraciones, como en ocasión de las bodas sacerdotales del Pbro. Pablo

⁵²⁹ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, 17 de julio de 1925.

⁵³⁰ *Programa de los actos religiosos-sociales en honor de los dos primeros sacerdotes salesianos cordobeses*, Córdoba, 1922, ACPX.

⁵³¹ Miranda Lida, *Historia del catolicismo...* cit., p. 92

⁵³² *Solemne Distribución de premios*, Colegio Pio X, 1937, ACS.

⁵³³ *Solemne Distribución de premios*, Colegio Pio X, 1937, ACS.

Cabrera: “A las 8 el corito de San Gregorio va a la Iglesia del Pilar y canta algunos motetes durante la misa jubilar del querido Cooperador y amigo”.⁵³⁴ La banda rápidamente se convirtió en un elemento distintivo de la institución, al punto que sus actuaciones públicas fueron en aumento. El paseo de estos alumnos por las calles de la ciudad, con su uniforme característico y el sonido de los numerosos instrumentos ejecutados, constituía un espectáculo recreativo para los vecinos, a la vez que representaba un mecanismo muy potente para exhibir y difundir la labor llevada a cabo con aquellos niños que antes eran considerados como futuros elementos de desorden. Su participación activa en actos y celebraciones públicas favorecía la interacción y la adhesión con un grupo y un proyecto determinados.

Los servicios que la banda de música prestaba se ampliaba más allá de sus fines estrictamente formativos y recreativos y actuaba como instrumento de intervención del espacio público, incluso en el campo de la disputa política e ideológica. La correspondencia enviada por el vicedirector del Colegio Pio X a su superior en Buenos Aires, expresaba sus desacuerdos ante actitudes “precipitadas” de Gherra. El día 28 de junio de 1910 por la mañana, una delegación de jóvenes de la universidad se presentó en la portería solicitando la banda de música y los niños del colegio para una manifestación escolar. Sin más averiguaciones, el director resolvió retirar a los niños de sus clases y talleres y los llevó a la calle. A unas siete cuadras esperaba la manifestación que, según el testimonio de Tantardini, se componía de “jóvenes bulliciosos y amantes de farras”. La banda del colegio pronto se puso a la cabeza de la columna para recorrer las calles céntricas rumbo a la Casa de Trejo. Para sorpresa de los salesianos, apenas transitados unos metros, los universitarios comenzaron a arrojar sus sombreros al aire mientras gritaban “¡Mueran los anarquistas!” y proferían todo tipo de groserías. Inmediatamente, los sacerdotes resolvieron retirar a los alumnos que acompañaban la marcha. Sin embargo, la banda continuó todo el trayecto hasta la universidad. Al llegar, interpretaron las estrofas del himno nacional, obteniendo un caluroso reconocimiento de los alegres manifestantes: “Vivan los salesianos y mueran los anarquistas!”⁵³⁵

El comentario arrojado por Tantardini en la carta le daba sentido a la interpretación que él hacía de aquella experiencia narrada: “¿Qué le habrá dicho Monseñor Trejo a Don Bosco en el cielo? He aquí los disparates que hace cometer esa maldita sed de exhibirse con la banda y con el batallón [de Exploradores de don Bosco] marcando el paso por las calles de la ciudad”. De cualquier modo, el mismo Vespignani había advertido en sus circulares dirigidas de modo general que la música debía cultivarse como un poderoso elemento de educación y un fuerte aliciente para llevar el pueblo a la piedad.⁵³⁶ Pero la preocupación siempre presente de resguardar el ambiente escolar de los influjos del

⁵³⁴ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 72.

⁵³⁵ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 25 de junio de 1910, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁵³⁶ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 238.

exterior generaba tensiones con la misión pastoral que la congregación pretendía adoptar entre los sectores populares. Tal como exponía Tantardini también en la misma correspondencia, haciendo notar que los pequeños músicos habían participado de manera activa amenizando una “fiesta popular” en el barrio San Vicente: “[...] la banda estuvo todo el día tocando en la plaza. Me parece demasiado. La moralidad padece inmensamente con estas salidas que no son para gloria de Dios ni para el bien de las almas, al contrario para su perdición”.⁵³⁷ Estas quejas al parecer se hacían presente, ese mismo año, en los consejos dejados por Vespignani al término de su visita al Colegio Pio X: “Habrá también que cuidar las salidas de la banda para que no sean perjudiciales y no distraigan demasiado a los pequeños músicos, ofreciendo ocasión de discursos peligrosos”.⁵³⁸



Imagen 36

Esta fotografía bastante singular permite observar la escenificación del culto religioso por parte de los salesianos. Ante la mirada atenta de vecinos curiosos y personas devotas, la banda de música encabeza la procesión por las calles del barrio Alberdi. Atrás, se pueden ver las Compañías Religiosas con sus estandartes. c. 1910.

Fuente: ACPX.

No obstante el mismo Tantardini, que mostraba reparos sobre su utilización en manifestaciones de marcado tono político, celebraba en estos términos la actuación de los alumnos en un pueblo del interior de la provincia, hacia 1917: “Nuestros niños (banda, cantores) han ido el Domingo pasado a Oliva (uno de los pueblos más anticlericales de la Provincia), cantaron misa, tocaron en la procesión y dieron teatro por la noche – lo mejor es que casualmente algunos cantores y actores eran de allí! Vino poca plata pero hubo mucho entusiasmo y luego lo más importante – la propaganda”.⁵³⁹

El resguardo moral hacia los alumnos no iba en detrimento de la particular vocación mostrada por los salesianos en militar activamente en contra de los embates anticlericales. Más aún, los fines exclusivamente educativos se confundían con los instrumentos de propaganda hacia la causa católica, como ocurría también con otras experiencias asociativas y culturales de la congregación.

⁵³⁷ Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 25 de junio de 1910, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁵³⁸ Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1910, ACPX.

⁵³⁹ Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 7 de noviembre de 1917, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

Divertir, educar e instruir: el teatro salesiano y el cine como espacios de esparcimiento y de uso del tiempo libre

En los espacios asistenciales salesianos, las propuestas de esparcimiento adquirieron un lugar central para la cooptación y el control de los asistidos, a través de una “atenta vigilancia” sobre los contenidos inculcados y transmitidos en los usos del tiempo libre. En este aspecto, no se limitaron a conjurar los peligros de la penetración de las ideas anarquistas, socialistas, fuertemente laicistas o a obturar representaciones reñidas con la moral religiosa, sino que intentaron hegemonizar el campo socio-cultural auspiciando iniciativas y poniendo en práctica diferentes representaciones culturales como parte de su pedagogía social de filiación católica.

Si bien no se negaba su carácter lúdico, desde un comienzo los salesianos visualizaron la importancia que el teatro tenía a la hora de unir entretenimiento con formación. Como la mayoría de las actividades dentro del oratorio y el colegio, el teatro hundía sus raíces hasta los orígenes mismos de la obra educativa de la congregación. En este caso, los recitales de teatro habían nacido por consentimiento del mismo don Bosco, cuando los sábados por la tarde los asistentes al oratorio tenían que esperar largo rato que él acabase de confesar, por lo que algunos divertían a los más jovencitos con escenas graciosas. Estos entretenimientos progresaron de tal manera que sobre un escenario desmontable se comenzaron a representar sainetes y comedias.⁵⁴⁰ En las disposiciones que regulaban el desarrollo de esta actividad, quedaba explícito que su finalidad principal era la diversión, instrucción, educación y desarrollo físico y mental de los jóvenes, en un clima de estricta moralidad. El teatro fomentaba pequeñas representaciones de dos o tres actos no muy difíciles, números cortos, cómicos, sentimentales, serios o musicales, que solían animar las celebraciones que rompían con la monotonía reglamentada de la vida institucional. Además, existía un tipo de teatro llamado clásico o erudito, donde sobresalían con especial referencia los dramas históricos. Al mismo tiempo, las llamadas academias músico-literarias eran parte de la dimensión instructiva otorgada a esta actividad. Preparadas en ocasión de alguna festividad o para honrar a un superior, estaban formadas por una colección de piezas clásicas o trabajos individuales que exigía a los niños una práctica de dicción apropiada, cuidar el tono de voz, los ademanes y los gestos que conformaban la representación.⁵⁴¹

La “belleza y la especialidad” de las representaciones teatrales determinaba las elecciones de composiciones preparadas o seleccionadas de buenos autores. No se recomendaban dramas o comedias en las que predominara una exterioridad moral, dejando relegada la misma representación

⁵⁴⁰ *Argentina Salesiana. Setenta y cinco años de la acción de los hijos de Don Bosco en la tierra de los sueños paternos. 1875 – 1950*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Buschi, 1951, p. 45.

⁵⁴¹ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 212.

y corriendo el peligro de convertir en un “largo sermón” lo que, en esencia, era un entretenimiento. Como un aspecto muy importante dentro de la vida de los colegios salesianos, la moral permeaba este tipo de actividades, pero no se presentaba aislada sino que estaba integrada con la acción de los personajes, inserta en los diálogos de los pequeños actores. Debían evitarse escenas que pudieran “endurecer el corazón de los jóvenes o causar mala impresión en sus delicados sentidos”.⁵⁴² De la misma manera que los juegos del oratorio eran un medio para acercar a los alumnos a las prácticas de piedad y las lecciones de catecismo, el teatro, uniendo la recreación y sana diversión con fines formativos, desplegaba en su contenido ideas y valores, ocultos unas veces y explícitos en otras, que tendían a formar hábitos y conductas en los niños y jóvenes, tanto actores como espectadores.⁵⁴³

Funciones lírico-dramáticas, cuadros poéticos, diálogos y obras de teatro eran representadas por los alumnos, tanto para compañeros y superiores como para un público más amplio que se reunía con motivo de alguna de las celebraciones que imponía el calendario cívico y litúrgico. En varias ocasiones las intervenciones frente al palco de las autoridades y demás invitados presentes eran destacadas, como en ocasión de los actos inaugurales del nuevo edificio para talleres del Colegio Pio X, donde la prensa local enfatizaba el papel de los jóvenes actores:

“Los diversos números que constituían el atrayente festival fueron desempeñados acertadamente por los pequeños artistas que cosecharon entusiastas aplausos mostrándose todos ellos posesionados del rol que se les había encomendado y que se esforzaron con éxito en caracterizar apropiadamente. Debemos hacer mención especial del joven Manuel Licas que tanto en la comedia “El falso amigo” como en la zarzuelita “El maestro de aldea”, tuvo la parte de protagonista”.⁵⁴⁴

Al tener a los hijos de familias de clases populares como sujetos preferenciales de su asistencia, los salesianos pretendían encarar una obra de reforma social mejorando sus hábitos, costumbres y gustos. Las piezas de teatro destinadas a ser representadas por el elemento infantil plebeyo que se educaba en sus instituciones - y dirigidas a un público variado que no excluía las mismas familias de sus educandos -, estaban lejos de reproducir las temáticas dirigidas a esos sectores sociales. En este sentido, el teatro salesiano contrastaba abiertamente con los espectáculos públicos que ofrecían las urbes en el periodo de entresiglos, los llamados “dramas criollos” que solían causar el repudio de las clases dirigentes. Las representaciones teatrales realizadas en circos modestos que periódicamente

⁵⁴² *Argentina Salesiana...* cit., p. 47.

⁵⁴³ Estas preocupaciones sobre la construcción de un determinado sujeto infantil podían verse, también, en algunas disposiciones de los poderes públicos. Hacia 1921, el municipio de la ciudad de Buenos Aires publicaba un concurso de piezas teatrales destinadas especialmente para los niños. Las obras, que serían representadas en el teatro infantil de la ciudad, debían ser “adecuadas a su temperamento y comprensión”, ya que no solo se pretendía divertirlos, sino educarlos y, más aún, inculcarles principios morales en forma práctica y agradable. *La Voz del Interior*, 16 de abril de 1921.

⁵⁴⁴ *La Patria*, 10 de mayo de 1907.

transitaban las ciudades y a los que concurrían ampliamente los sectores populares, generalmente exponían al gaucho como el gran héroe, en contra de la autoridad policial. Este teatro criollo transmitía vivencias de una época donde la afrenta a los símbolos de la autoridad constituía el regocijo de la audiencia, pasando a ser una de las formas de expresión cultural más combatidas. Obras permeadas por el discurso criollista presente en la cultura popular a través de una literatura de consumo masivo cuyos personajes parecían derivar del típico gaucho matrero. Trasladas al circo, al carnaval y al teatro, esas historias reproducían visiones que asimilaban al habitante rural con la barbarie y el atraso, generando reacciones negativas en sectores de la élite dirigente.⁵⁴⁵ Si bien algunos tendieron a reapropiarse de la figura del gaucho para convertirlo en emblema nacional, las historias que circulaban en las representaciones populares seguían cargando con el estigma. De hecho, en la ciudad de Córdoba una amplia legislación referente a los espectáculos públicos fue aprobada sistemáticamente desde finales del siglo XIX como una forma de restringir la realización de estas obras teatrales en la ciudad.⁵⁴⁶

De cualquier modo, algunos elementos presentes en la cultura popular se colaban en sus representaciones, aunque más no fuera para desprestigiar o ridiculizar personajes caros a esa idiosincrasia. Esto es posible advertirlo en la farsa en dos actos titulada “El criado de dos amos”, cuyo personaje principal es un joven entrerriano de oficio changador. Su nombre, “Pancho Hormiganegra”, alude claramente al personaje homónimo retratado por Eduardo Gutiérrez en uno de los numerosos folletines publicados con historias de gauchos en conflicto con la ley.⁵⁴⁷ Lejos de la realidad y el mito alimentados por el personaje original, el protagonista de la comedia salesiana aparece más bien torpe, ingenuo, débil y sumiso, al punto que todos los planes que trama para obtener cualquier beneficio se ven condenados al fracaso. El contraste con el original no puede ser mayor.

Los esfuerzos de moralización aparecen claramente en los personajes de esa obra representando cualidades, pensamientos y formas de actuar de quienes pertenecen a un determinado grupo social. Los amos para los cuales trabaja el criado y a los que él intenta engañar, se muestran cultos, inteligentes, de buena posición social. No parecen sufrir las preocupaciones inmediatas que aquejan a su sirviente, que en varias oportunidades suspira: “no se habla nunca de comer [...] estos

⁵⁴⁵ Ezequiel Adamovsky, “La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del ethnos argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 41, segundo semestre 2014, p. 50.

⁵⁴⁶ Luis Felipe Viel Moreira, “Civilización versus Barbarie: Las luchas en torno de una cultura lúdica en la Córdoba de fines del siglo XIX”, Gardenia Vidal y Pablo Vagliante (Comps.), *Por la señal de la cruz. Estudios sobre Iglesia Católica y sociedad en Córdoba, siglos XVIII-XX*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2001, p. 313.

⁵⁴⁷ Guillermo Hoyos, tal su nombre real, vivió durante la segunda mitad del siglo XIX en la pampa bonaerense. La condena a 8 años de prisión por el asesinato de un almacenero le habían hecho fama de gaucho bravo y pendenciero. Gutiérrez se valió de él para escribir su novela, en la que se muestran atributos identificables en otras de sus obras, entre ellas la clásica “Juan Moreira”.

patrones viven de aire por lo visto”.⁵⁴⁸ Al mismo tiempo, los dos hombres le demuestran su autoridad constantemente, a tal punto que en una de las escenas lo reprimen violentamente por haber descuidado su valioso patrimonio rompiendo en un descuido una letra de cambio: “...canalla de la peor raza... ¿así cuidas de mis intereses? ¡Levántate! (agita el palo) Ese es tu merecido: aprenderás a cuidar mejor mis intereses, granuja!”. El criado, no obstante la pasividad que demuestra ante los azotes de los amos, expresa su pensamiento en voz alta: “... ¿Así se trata a los de mi clase?”.⁵⁴⁹

La lectura de algunas de las piezas teatrales pertenecientes a la serie denominada “Lecturas Dramáticas” - confeccionadas en la imprenta del Colegio Pio IX de Buenos Aires y escritas en gran parte por autores salesianos - evidencia cómo estos dramas, comedias, farsas, zarzuelas y sainetes puestos en escena por los alumnos salesianos constituían prácticas discursivas que traducían códigos y valores considerados apropiados para la niñez. Este tipo de teatro solía nutrirse de aspectos presentes en la realidad cotidiana, pintándola con moralejas, diálogos y ribetes grotescos y extravagantes. El desarrollo argumental del drama en dos actos titulado “Los dos hermanos” resulta ilustrativo de esto que apuntamos. Los protagonistas - una pareja de hermanos a punto de recibir una cuantiosa herencia - encierran en sus características las clásicas antinomias del bueno y el malo. Uno de ellos conserva cualidades morales que lo hacen honesto, fiel, disciplinado, generoso y valiente, mientras el otro carga sobre su persona las bajezas de los instintos humanos. Al margen de la construcción estereotipada de los personajes, el divertimento se ponía a prueba en situaciones donde la historia recurría a escenas cargadas de dramatismo, sin dejar de revelar un trasfondo moralista difícil de ocultar, tal como puede leerse en el siguiente dialogo:

“Ricardo - Nunca creí hasta donde me pudiera conducir esta pasión que tengo por el juego. Y pensar que todo lo que me pasa es por Ramírez [el prestamista] que en mala hora conocí. ¡La ruleta, las cartas, cuantos desgraciados han hecho! Es tanto este vicio y se encuentra tan arraigado en mí que me es imposible apartarme de él. Si, bien lo veo, me encuentro en un precipicio que no tardaré en caer al fondo, sacrificándolo todo, padre, hermanos, amigos, fortuna, en fin todo (pausa) He tenido conocimiento que anoche se pegó un tiro González, otro desgraciado que deja mujer e hijos en la mayor miseria. ¿Y todo por qué? Por la fiebre que existe por el juego [...] Estos ejemplos los vemos todos los días y sin embargo somos reincidentes”.⁵⁵⁰

A comienzos del siglo pasado, diversos sectores de la opinión pública consideraban que el juego a base de apuestas en dinero y penado por ley representaba un verdadero flagelo, una verdadera plaga social que era necesario erradicar. En una nota publicada en mayo de 1909, Los

⁵⁴⁸ *Veinte años después*, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1904, p. 9.

⁵⁴⁹ *Ibíd.*, p. 13.

⁵⁵⁰ *Los dos hermanos. Drama en dos actos*, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1904.

Principios alertaba sobre sus consecuencias para la sociedad, e instaba a los padres de familia a intentar algún medio para obligar a las autoridades a cumplir con su deber de controlar y castigar debidamente a los responsables, ya que ellos eran los primeros damnificados y a quienes incumbía “la gravísima tarea y obligación de defender sus hogares de la corrupción que avanza con una espantosa rapidez”.⁵⁵¹ Estas prácticas asociadas a la mala vida urbana se vinculaban también con ciertas representaciones tejidas en torno a los niños y adolescentes que trabajaban como canillitas, ya que se decía que la mayoría eran “pillitos” que permanecían en las calles y gastaban su dinero en juegos, cigarrillos y bebidas.⁵⁵² Opinión que los menores Luis, Julio y Absalón parecían justificar, al ser arrestados en una fría madrugada de junio en una esquina céntrica de Córdoba luego de estar jugando a los naipes por monedas.⁵⁵³ En un contexto en el que se hacían evidentes ciertas preocupaciones relacionadas a la salud social, no sorprende encontrar reflejadas estas problemáticas dentro del teatro salesiano si consideramos que, fiel a sus fines formativos, buscaba persuadir a los jóvenes espectadores acerca del cuidado y el desprecio hacia prácticas y actividades social y moralmente sancionadas. Incluso, algunas de las crudas realidades representadas en la ficción podían tocar de cerca a los alumnos. Así ocurría con un exalumno que pedía ir a la casa de formación en Bernal. De acuerdo a Gherra, no tenía noticias si sus padres vivían, pero sí que cuando estaba en el colegio el padre se había separado de la madre a causa de ser “hombre entregado al juego, y en el que consumió casi enteramente los bienes de la familia”.⁵⁵⁴

El universo de valores que nutrían la pedagogía salesiana aparecían de una forma original en la comedia titulada “Veinte años después”. Aquí, el reencuentro fortuito de un grupo de excompañeros de colegio se vuelve la excusa para destacar las actitudes esperables en los alumnos. De los cinco, aquellos tres que en su época de escolares habían mostrado constancia, esmero y esfuerzo en el estudio y en el cumplimiento de sus obligaciones, habían llegado a convertirse en capitán de navío, sacerdote y comerciante respectivamente. En cambio, quien en su infancia se había mostrado perezoso e irresponsable tuvo que conformarse de grande con el “vil oficio de changador”. Apelando nuevamente al dramatismo, la obra muestra al quinto protagonista, quien de niño había osado desafiar la autoridad del maestro, lamentarse por ser un “infeliz, un miserable, el más desgraciado de los hombres”, mendigando comida por las calles. La moraleja, por más explícita que se presentaba en la trama, lejos de dejarla librada a la interpretación de los espectadores se hacía presente hacia el final de la obra en palabras de un salesiano:

⁵⁵¹ *Los Principios*, 20 de mayo de 1909.

⁵⁵² María C. Zapiola, “Niños en las calles...” cit., p. 315.

⁵⁵³ *La Voz del Interior*, 17 de junio de 1925.

⁵⁵⁴ *Carta de Juan B. Gherra a José Vespignani*, 1 de julio de 1912, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

“¡Queridos niños! Ahora ponemos término a esta sencilla comedia, compuesta con el único objeto de educaros, de formar vuestro corazón. ¿Qué seréis vosotros de aquí a veinte años? Yo no sé [...] lo que sé de cierto es que vosotros seréis lo que sois ahora en el colegio. Habéis visto las esplendidas carreras que consiguieron esos que fueron hijos obedientes, discípulos sumisos y respetuosos, y el fin desgraciado de aquellos que no escucharon los consejos y correcciones de sus padres y maestros. Sed siempre hijos obedientes y discípulos dóciles y algún día os hallaréis contentos...”⁵⁵⁵

Sin descuidar el sentido de entretenimiento que guardaban esas piezas teatrales, en ellas se mostraba y se representaba un ideal de niño entre los alumnos salesianos. Las tramas se elaboraban tratando de persuadir a los espectadores para que se comportaran de una determinada manera y acataran las normas y la autoridad impuesta. A través de las vivencias de los personajes era fácil advertir que la vagancia, la indisciplina o la desobediencia no solo suponían una violación al reglamento, sino que eran los primeros pasos de un camino que conducía a un futuro sombrío y patético marcado por la ignorancia, los padecimientos, la precariedad laboral y el hambre. Las desdichas y contratiempos podían evitarse si se era bueno y dócil a las correcciones de los maestros y educadores salesianos.

La disputa ideológica no escapaba al teatro salesiano. El drama en un acto “Un amigo del pueblo” conforma un singular derrotero de conversión que bien vale como alegoría de la conflictividad obrera. La sencilla instalación - que se indicaba con cuidado en cada una de las obras – comprendía aquí una mesa, dos sillas, un candil y un cuadro de la Virgen “todo muy viejo”. Cuatro personajes, entre ellos un niño, eran necesarios para representar este drama escrito por un sacerdote salesiano. El argumento es simple. Un anciano con su nieto esperan la llegada de Ramón, el padre que debía volver de la fábrica con la comida necesaria para la familia. La ausencia de la madre del pequeño pasa inadvertida. De hecho, no es llamativo. Todas las obras carecían de personajes femeninos, no solo porque las representaciones eran actuadas por maestros y niños de los colegios, restringidos a una población masculina. También trataba de evitarse la presencia de jóvencitas y mujeres en los espacios salesianos a los fines de resguardar las imaginaciones infantiles. En las primeras líneas de esta obra se perfila lo más notorio del argumento: Ramón, lejos de cumplir con sus obligaciones de padre, se emborracha en la taberna. Un vicio que, sin embargo, no tuvo desde siempre, tal como advierte el anciano padre del desgraciado:

“Ramón era un hombre honrado y buen cristiano!... Ah, entonces éramos dichosos ya hasta vivíamos con cierta holgura, pero ¡ay! desde que se dejó embaucar por aquel miserable de Andrés, uno de los socialistas

⁵⁵⁵ *Veinte años después...* cit., p.15.

más furibundos, ya no ha habido ni paz ni alegría en nuestro hogar; se ha convertido en una fiera, y tanto, que prefiere la taberna o el club a nuestra compañía”.⁵⁵⁶

Toda la obra se desarrolla en base a la oposición de valores entre cristianos y socialistas. Estos se representan como malvados, mentirosos y embaucadores, que se aprovechan de la inocencia y buena fe de aquellos. Los diálogos de Andrés, personaje que en la trama personifica al caudillo socialista, explicitan sus intenciones: “A este imbécil lo he enredado tanto en el asunto de la huelga que difícilmente podrá sustraerse sin grave perjuicio, ¡mentecato! cree a ojos cerrados en la regeneración de la sociedad”. Las actitudes y gestos de los personajes, los diálogos, todo conformaba un mensaje que no era difícil de codificar. Bajo el ropaje de la ficción, se les presentaba a los alumnos una determinada visión de la realidad, un código de valores deseables que debía ser naturalizado. La irrupción en la trama de un quinto personaje vuelve más explícito el sentido de la obra a los espectadores. El Padre Juan, sacerdote que interfiere en la dinámica familiar para llevar “la salvación”, es solidario, valiente, abnegado. Y si bien es una representación, los diálogos incorporan expresiones que no eran desconocidas por la audiencia. En una escena cargada de violencia, Ramón echa al sacerdote de su casa en estos términos: “yo no quiero trato con gentuza de tu ralea; no quiero hipocresías, ni obscurantismo, ni beaterías, ni guiños de ninguna clase!” Palabras que bien podían leerse en los titulares de la prensa liberal, tal como sucedía en más de una ocasión con *La Voz del Interior* cuando acusaba a la “canalla clerical”.⁵⁵⁷

No obstante los agravios, el sacerdote logra la redención del protagonista a través de su conversión. El pasaje de un socialista anticlerical, borracho y desalmado a padre de familia humilde, obediente y cristiano redimido completa el círculo de la trama:

“No temáis nada señor cura; muy al contrario, os pido dispensa (Pausa). No os conocía; me habían dicho que los curas y frailes eran unos egoístas, unos bandidos que vivían y se divertían a costa del pobre obrero, pero veo claramente que me han engañado. Os admiro, Padre; después de haberos insultado bárbaramente no solo me perdonáis sino que aun os tomáis interés por mí [...] Deploro inmensamente mi conducta y el haber martirizado a estos dos inocentes por el temor de no disgustar a estos miserables que se titulan redentores de la humanidad siendo en realidad sus destructores”.⁵⁵⁸

La escena final resulta aún más simbólica: El anciano, el niño y el hombre convertido, arrodillados frente al sacerdote que en su bendición pide: “Reine en nuestros corazones el orden

⁵⁵⁶ *Un amigo del pueblo*, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1915, p.16.

⁵⁵⁷ *La Voz del Interior*, 25 de septiembre de 1920.

⁵⁵⁸ *Un amigo del pueblo...* cit., p.21.

perfecto y una paz inalterable”.⁵⁵⁹ La memorización de los diálogos, la composición de las poses y la representación de determinados personajes por los pequeños actores, constituía un mecanismo eficiente para la incorporación de las enseñanzas que los salesianos anhelaban transmitir.

La temática que aborda esta obra se repetía con recurrencia en los títulos que los alumnos de los colegios salesianos representaban. De hecho, el drama titulado “¡Ayer y...Mañana!” estaba ambientado en la época de la Revolución Francesa. En el dialogo introductorio entre dos personajes se intentaba transmitir las intenciones de la trama argumental: “No creo venga mal empecemos este año del agonizante siglo XIX con un librito que sea como una protesta contra la tiranía de los revolucionarios, y un acto de inquebrantable adhesión a Cristo y al Papa, al par que un vivo suspiro de amor a Dios”.⁵⁶⁰ La profusión de estos temas cobraba un lugar de relevancia porque gran parte de los actores y espectadores a quienes iba dirigida estaba compuesto por alumnos que se formaban para ser obreros.

Los argumentos explícitamente moralistas del teatro salesiano, que durante los primeros años del siglo pasado confrontaron con los entretenimientos de los sectores populares como el circo criollo, tuvieron otro campo de difusión y de disputa con el desarrollo del cinematógrafo. A partir del estreno en 1909 de “La Revolución de Mayo”, de Mario Gallo, el cine comenzó a surgir como una forma de divertimento popular en la Argentina, que hasta ese momento había sido un espectáculo reservado a las clases acomodadas.⁵⁶¹ La reproducción de determinadas películas provenientes del cine norteamericano puso en alerta a ciertos sectores de la opinión pública que estaban en desacuerdo con los contenidos de muchos de los filmes. En noviembre de 1916, un editorial del periódico de mayor tirada en Córdoba advertía sobre los riesgos de exponer a los niños a ciertas películas:

“El cinematógrafo que tan enormes servicios pudo prestar a la cultura popular, se ha convertido, al dedicarse a explotar tramas policiales, en escuela de delito. Es el gran desmoralizador del público infantil. En esas cintas el ladrón lleva siempre la mejor parte: es bravo, inteligente, lucha él solo contra la organización social, la burla y la vence; los niños se enamoran de lo falsamente heroico que esa figura tiene y no puede llegarles la corrección moral de los finales desgraciados”.⁵⁶²

Esa influencia negativa aparecía con recurrencia en episodios delictivos que involucraban a menores, donde al interrogarlos algunos declaraban haber aprendido de las destrezas de los villanos del cine: “En los archivos de nuestros juzgados hay niños procesados por robo y hurto que confiesan

⁵⁵⁹ *Ibíd.*, p.24.

⁵⁶⁰ *Ayer y mañana*, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1899, p. 5.

⁵⁶¹ Matthew Karush, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920- 1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013, p. 103.

⁵⁶² *La Voz del Interior*, 11 de noviembre de 1916.

haber aprendido en el biógrafo los procedimientos de delincuencia e inmoralidad”.⁵⁶³ Se creía firmemente que el cine influía sobre las conductas de los niños. Tan pronto como se difundía, se ponía en tela de juicio el valor moral y artístico de cintas que oscilaban generalmente entre el drama policial y la tragedia sentimental, entre muertes por riesgo y por amores frenéticos. El éxito del biógrafo se interpretaba como resultado del escaso nivel cultural de la población, que consumía los dramas ingenuos y ampulosos que se proyectaban.⁵⁶⁴ Incluso, algunas voces alzaron críticas no solo hacia los contenidos, sino hacia los lugares donde se reproducían las cintas por la distracción que suponía para muchos escolares este entretenimiento: “No se puede tener la salud moral de la niñez y aún su buen gusto a merced de cuatro casas, explotadoras sin conciencia”.⁵⁶⁵

Como la finalidad principal era la de entretener y secundar la formación dentro de sus instituciones, los salesianos también incorporaron la reproducción de filmes. Si bien los internos concebían esa actividad como un momento de esparcimiento, la elección de cintas con un contenido sano y apropiado para la edad da cuenta de cómo los directivos veían en él una forma novedosa para vincular el entretenimiento con la educación y la formación moral. En una descripción del Colegio Pio X, la prensa local resaltaba el uso del cine como recurso educativo:

“Inmediatamente después de los comedores se encuentra una sala destinada por ahora al cinematógrafo, en el cual se exhiben películas instructivas. Los padres salesianos han entendido así lo necesario de este modo de enseñanza, que contribuye en manera grande a que los conocimientos queden grabados en la mente de sus alumnos, no solamente por la palabra del profesor, sino también por la cinta del biógrafo, que a la vez que pone una nota novedosa, contribuye a hacerla más amena y agradable”.⁵⁶⁶

El hecho de concebir un espacio propio para la reproducción de cintas cinematográficas revela la rapidez con la que los salesianos se apropiaron de aquellas actividades que consideraban válidas a sus fines formativos. En general, los domingos luego de la función religiosa se realizaban campeonatos deportivos, salidas y paseos, o la visita a otros oratorios y colegios salesianos. Y llegada la noche era la ocasión propicia para la reproducción de la esperada película por los alumnos: “A la vuelta en el Colegio nos esperaba una hermosa función de biógrafo que se dio después de la cena. El título de la cinta era: “La pantera de Gabino”. Fue bastante cómica [...] en el patio (al otro

⁵⁶³ *Los Principios*, 23 de enero de 1919. Este fenómeno parece haber sido un rasgo característico de los procesos de modernización y difusión de productos de consumo culturales en las ciudades latinoamericanas. Tal como analiza Sosensky para el caso de la ciudad de México, de todos los entretenimientos a los que concurrían los niños, el cine fue el más controvertido, en relación a los hábitos morales que inculcaba. Susana Sosensky, “Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la ciudad de México en la década de 1920”, Lucía Lionetti, Isabella Cosse y María C. Zapiola (Comp.), *La historia... cit.*, p. 113.

⁵⁶⁴ *Los Principios*, 23 de enero de 1919.

⁵⁶⁵ *La Voz del Interior*, 11 de noviembre de 1916.

⁵⁶⁶ *Los Principios*, 21 de diciembre de 1926.

día) se ven corrillos por todas partes haciendo comentarios sobre la función cinematográfica”.⁵⁶⁷ El control que se realizaba sobre los espacios y los contenidos trataba de evitar en los alumnos ciertos comportamientos que se daban en lugares públicos, de los que se quejaban un grupo de padres y también los propietarios de cines de la ciudad hacia 1920: “esos indiecitos bien vestidos que concurren a las salas de espectáculos y en cuanto apagan la luz vuelven a su estado primitivo: pegan alaridos, dan golpes con las patitas, pronuncian palabras inconvenientes, hacen comentarios completamente brutales acerca del vestido, la pierna o el brazo de las protagonistas [...]”⁵⁶⁸

El éxito del cine como entretenimiento se revela en el hecho de que las veladas literario-musicales realizadas en los primeros años con motivo de alguna fiesta, celebración o solemnidad fueron reemplazadas por la proyección de películas de interés general y de cintas alusivas. En ocasión de la beatificación de don Bosco, las instalaciones del Cine Rivadavia fueron utilizadas por la “Comisión Pro-Festejos a Don Bosco Santo” para la organización de un festival donde, además de contar con actuación de una banda de música, se proyectó la cinta en diez actos titulada “La Beatificación de don Bosco en Roma y Turín”, luego de la cual el Padre Director del Colegio San Antonio de Padua explicó las escenas más importantes de la película. Seguidamente, luego de un pequeño intervalo, tuvo lugar la proyección del film “Robinson Crousé”, que según los folletos publicitarios constituía una “cinta de altísimo interés, novedad, belleza y aventuras extraordinarias”.⁵⁶⁹

La diversión y la instrucción junto con la formación moral encontraban en el cine un nuevo recurso para inculcar en los alumnos valores y aptitudes presentes en las demás propuestas educativas de la congregación. En un ambiente socio-cultural donde se ponía en entredicho la influencia que los productos de la cultura popular ejercían en la formación de los niños, la opción moralizante del teatro y el cine salesianos ejemplifican la adaptación de la congregación a la hora de incorporar dispositivos culturales modernos para la cooptación de los asistidos y la propagación de su misión pastoral.

Protagonismo editorial e identidad institucional

Las entidades dedicadas a la protección social ejercieron un verdadero protagonismo editorial estrechamente vinculado con la tarea de propaganda, no solo de los beneficios de su accionar social hacia los sectores subalternos, sino también como canal para vehicular su pensamiento e influencia

⁵⁶⁷ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, 17 de julio de 1925.

⁵⁶⁸ *La Voz del Interior*, 17 de abril de 1920.

⁵⁶⁹ *Sobre los festejos de la beatificación de Don Bosco*, s. f., ACSAP.

a favor de un tipo de organización social sustentada en el orden, el progreso y la moral de filiación cristiana, en tiempos de profundas transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales involucradas en la modernidad. Esas prácticas dirigidas a la concientización de la acción social a través de la publicación de revistas o folletos propagandísticos combinaban la profusión de imágenes con un texto autocomplaciente y en tono apasionado, cuando no exaltado. Su estilo edulcorado y entusiasta era sintomático de la imagen idílica que se quería transmitir de la vida de los protegidos, especialmente en el caso de los niños.⁵⁷⁰ Las memorias institucionales, los periódicos, los folletos, las ediciones conmemorativas y de congresos, las conferencias - entre otros - fueron una parte sustancial de ese protagonismo editorial que se proponía la difusión de las prácticas asistenciales de la congregación y, fundamentalmente, generar una identidad puertas adentro como etapa previa y necesaria para replicar ese consenso y adhesión en el universo de los necesitados. Estas ediciones tenían como objetivo principal dar cuenta de los trabajos realizados, recogiendo todos los datos útiles que resaltaran la importancia y magnitud de la asistencia social brindada y la obra educativa cometida. Guardaban una finalidad propagandística donde se aunaba el énfasis en la necesidad de la protección social a los desheredados, con la prosa laudatoria confesional que reivindicaba el modelo cristiano como el camino correcto para afrontar los desajustes sociales y llevar a cabo el proceso de formación e inclusión tutelada. En otras palabras, eran portadoras de las representaciones de la élite asistencial y, en menor medida, de las de los necesitados, que daban sentido a la práctica benéfica.⁵⁷¹ Mediante una serie de imágenes, cuadros estadísticos y citas textuales se buscaba construir un criterio de veracidad sobre lo que se afirmaba. La combinación de representaciones escritas y visuales configuró un potente dispositivo de comunicación a través del que se privilegiaba una imagen de los niños pobres y abandonados como necesitados y al asistente como redentor.

Las publicaciones anuales que los colegios salesianos distribuyeron con motivo de la finalización del cierre del ciclo escolar, era una evidencia singular orientada a generar el consenso activo en la comunidad sobre los méritos de aquellos que mejor habían transitado el camino que los formaba como “buenos cristianos y honrados ciudadanos”. Bajo el título de “Solemne distribución de premios” y prologada por una carta del Padre Director a los alumnos - donde se brindaba los mejores consejos para “conservar las virtudes” durante el periodo de vacaciones - esta publicación exponía los premios obtenidos por los alumnos artesanos y estudiantes en las diferentes disciplinas. Sin dudas, la mención más importante la constituía el premio en educación moral y religiosa, donde era proclamada la “Corte de la Doctrina Cristiana” formada por los ganadores del certamen catequístico realizado anualmente. Las fotografías que acompañaban los nombres de los ganadores y en la que se

⁵⁷⁰ Beatriz I. Moreyra y Nicolás D. Moretti, “Cuestión social... cit.

⁵⁷¹ Amada C. Pérez Benavidez, “Representaciones y prácticas en las zonas de misión: los informes de los frailes capuchinos”, Max Hering Torres y Amada C. Pérez Benavidez (Eds.), *Historia Cultural de Colombia. Categorías y debates*, Bogotá, Universidad Nacional, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de los Andes, 2012, p. 295.

destacaban particularmente las imágenes del “Emperador” - aquel alumno que había obtenido el primer premio y que aparecía coronado de laureles y sentado en compañía de los escoltas vencedores -, del Padre Director y de otros sacerdotes del colegio, escenificaban el éxito de la tarea evangelizadora emprendida por los salesianos. Toda esta simbología y teatralidad enfatizaban el sentido de pertenencia de niños y jóvenes y, mediante la distinción de aquellos alumnos que mejor representaban las virtudes y valores enseñados, se publicitaban los logros de la labor civilizadora que llevaban a cabo. La intención era mostrar cómo aquellos jóvenes rescatados de los peligros y vicios de la calle eran integrados y convertidos en verdaderos “modelos de cortesanía”, en ejemplos y exponentes de grandes virtudes, educados en una sólida instrucción moral, en los valores del esfuerzo, el trabajo, la modestia, la piedad.

La importancia dada a las prácticas editoriales se reflejaba de manera particular en los salesianos, que desde sus orígenes las consideraron como un excelente medio para sostener y defender la religión católica. El “apostolado de la buena prensa” constituía una tarea fundamental para don Bosco, por lo que favoreció el desarrollo de tipografías e imprentas en sus obras para la edición de lecturas, periódicos y publicaciones católicas de tirada consecutiva. El Boletín Salesiano se convirtió en el principal medio de difusión de las obras benéficas de la congregación, sirviendo para “obtener limosnas, atrayendo el afecto de las personas”. Creado en 1877, fue el órgano mensual del cooperador salesiano. Hacia 1886 se comenzó a editar en español, repartiéndose desde la sede central de la congregación hacia todas las naciones. Recién a partir de la segunda mitad del siglo pasado dejaron de imprimirse en Turín para hacerlo en cada uno de los países con presencia salesiana.⁵⁷²

De especial importancia fue el suplemento mensual titulado “La Obra de Don Bosco en Córdoba”, anexo al Boletín Salesiano. En esas ocho páginas se encontraban varias secciones destinadas a cooperadores, padres, alumnos, ex-alumnos, fieles de la parroquia y público en general, constituyendo un medio de información de la vida institucional. La suscripción al mismo era a través de una limosna destinada a cubrir los gastos de materiales, porque la mano de obra de edición, impresión y encuadernación estaba a cargo de los mismos alumnos que aprendían el oficio en la escuela profesional de artes gráficas del Colegio Pío X. Fiel a la centralidad otorgada al discurso religioso que permeaba todas las actividades del colegio, el ejemplar de julio de 1926 titulaba “La preocupación más grande” a un artículo que exponía la necesidad del aumento de sacerdotes en la Iglesia.⁵⁷³ Por su parte, la sección titulada “Las maravillas de María Auxiliadora” contenía historias de milagros atribuidos a la patrona de la congregación, junto a testimonios de fieles que compartían con el público una gracia recibida por algún santo. Para los salesianos, esto se convertía en un

⁵⁷² *Don Bosco...* cit., p.159.

⁵⁷³ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, 17 de julio de 1925.

excelente medio para canalizar la fe popular, instaurando un espacio público de expresión en un contexto de tensiones con anticlericales:

“Últimamente encontrándome bastante apurada con un asunto que mucho me hacía pensar y no sabía cómo resolver, recordé cuan valiosa es la intercesión de este santo niño ante María Auxiliadora, y le pedí que juntamente con Don Bosco me alcanzara el favor deseado y yo lo publicaría en el Boletín Salesiano y le enviaría una limosna. Y ¡Gracias Domingo Savio! Creo que a la misma hora que yo lo invocaba, se allanaban las dificultades que a mí se me presentaban, y al día siguiente estaba todo arreglado, según mis deseos”.⁵⁷⁴

La sección más importante, titulada “Ecos del Colegio”, estaba destinada a la publicación de la información vinculada a las actividades escolares, y comprendía la nómina de alumnos distinguidos en conducta y aplicación, el comentario sobre actos y festejos cívicos y religiosos, el cuadro de honor de los artesanos y estudiantes, los informes de exámenes y hasta una crónica de la vida cotidiana redactada por algún alumno interno. Este periódico mensual constituía un importante canal de difusión de lo ocurrido puertas adentro de la institución, de aquello que los salesianos querían y autorizaban mostrar a los lectores, especialmente lo realizado en materia social por la congregación. Pero además de esta finalidad publicitaria, esta publicación representaba los esfuerzos por consolidar un eficaz medio de comunicación entre los alumnos, sus familias y el colegio, brindando información sobre pormenores de la vida institucional. En el ejemplar de diciembre del año 1922 el director del Colegio Pio X envió una circular a los padres de los alumnos que salían de vacaciones, anunciándoles la necesidad de que sus hijos no dejaran de ejercitar algunas lecciones aprendidas durante el año. Este “deber de vacaciones” comprendía composiciones, problemas, dibujos, lecciones de gramática y caligrafía que el niño debía enviar durante las vacaciones o entregar al superior al momento de reintegrarse el año próximo. Vinculado a esto, los salesianos también instituyeron dentro del periódico la sección denominada “Pequeño correo”, con la intención de generar un medio de comunicación entre los niños con los superiores para compartir noticias o simplemente como una mensajería, incentivando a los alumnos a no perder el contacto con la obra en el “peligroso momento” de las vacaciones:

“José Costamagna – He recibido tu carta con la noticia de la cosecha ¡Qué lástima! Gracias de los augurios, siento lo que les ha pasado. Saludos a papá, mamá y a Hnos.

N.N. – Me preguntas cuando empezaremos el nuevo edificio. Pronto, ya hemos recibido el permiso correspondiente de Buenos Aires. Reza y vende números de Rifa. Saludos.

⁵⁷⁴ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, septiembre de 1922.

Julio Briggiler.– Vignaud. – Mamá está contenta que pases unos días allí, vendré a buscarte a mediados de Enero y te llevaré a Capilla del Monte. Recuerdos a De la Iglesia, Cayetano y Bartolomé Bruno, Ghiono, Nassinvera, Midená, Mazzoca, Ravera, Datto, Lobato, Secci, Resistencia, Thomas. Espero me escriban y me cuenten si han tenido peripecias de viaje. Saludos al buen Padre Director y demás Superiores”.⁵⁷⁵

Este tipo de iniciativas hablan de la importancia otorgada por los salesianos a la actividad editorial como una estrategia cultural efectiva para difundir ideas, valores y acciones, transmitir una imagen modélica de la institución, su labor reformadora y estrechar los lazos entre los diferentes grupos que conformaban la obra.

Por su parte, el taller de imprenta y encuadernación inaugurado en 1926 como parte del plan de formación profesional y educación técnica de la escuela de artes y oficios, cumplió la tarea de instruir a los futuros imprenteros y encuadernadores y se constituyó en un importante órgano de difusión de numerosas publicaciones religiosas. Hacia los años '30, sus talleres producían más de siete mil ejemplares de periódicos y revistas católicas propias y de otras comunidades, entre las que se encontraban el periódico destinado a la comunidad italiana, “Vita Coloniale”, el avisador religioso de la parroquia María Auxiliadora, las revistas parroquiales de devoción “Unión” y “El Santuario”, del Sagrado Corazón de María y de los Dominicos respectivamente y otras revistas internas del colegio dirigidas principalmente a los alumnos, como “Mi Colegio” y “Mies Divina”, destinadas a publicitar las actividades educativas y recreativas realizadas y a despertar la vocación religiosa entre los jóvenes mediante lecturas con mensajes de devoción y piedad.⁵⁷⁶ Además de estas publicaciones periódicas, la imprenta funcionaba como proveedora de textos escolares y de formación moral y religiosa: libros de la vida de santos, historias de devociones marianas, publicaciones de actas de congresos de cooperadores, un sinnúmero de folletos, opúsculos y folletines informativos de todo tipo, producidos por los alumnos bajo la dirección de los maestros imprenteros con maquinarias que estaban a la vanguardia del progreso.⁵⁷⁷

Además, la difusión de las ideas y valores de la congregación se plasmaban en la publicación de los discursos pronunciados por los cooperadores. Esas piezas de oratoria eran editadas en pequeños folletos y repartidos personalmente o en los domicilios. Su circulación permitía divulgar la obra social y benéfica de la congregación, las virtudes de don Bosco, la utilidad social de la cooperación salesiana. Ejemplo de esto fue el discurso pronunciado por el Teniente Primero Pedro A. Moreno en el Colegio Pio X el 8 de diciembre de 1921, con motivo de la solemne fiesta de clausura del año escolar, que fue publicado a modo de obsequio a “los cooperadores y amigos de la Obra de

⁵⁷⁵ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, diciembre de 1922.

⁵⁷⁶ Monografía sobre la historia del Taller de Imprenta, s. f., ACPX.

⁵⁷⁷ *Ibidem*.

Don Bosco al iniciarse el Año Centenario de S. Francisco de Sales”. El discurso, titulado “La figura de Don Bosco en la Historia”, era prologado por el director del colegio, quien auguraba que su lectura pudiera despertar “energías y entusiasmos duraderos [...] para honor de Córdoba y para bienestar de los centenares de niños que piden a diario ser admitidos en el Colegio Pio X, sin lograrlo por falta de local y recursos”.⁵⁷⁸

En las publicaciones de fin de año, los salesianos incorporaron en sus páginas las voces de los alumnos que elogiaban al colegio y la formación recibida. El estudiante Eloy Larrea, en la sección titulada “Pensamientos de los alumnos de sexto grado al egresar de nuestro Colegio” de 1927, expresaba:

“Al fenecer las flores, la caída de la tarde y el suave apagar de las estrellas parece recordarme el triste adiós que debo dar a mi Colegio, que después de pasar largos y serenos años en el más íntimo compañerismo llegó la hora en que nos debemos separar quizás para no volvernos a ver más algunos, otros quizás para encontrarnos en la lucha del trabajo. Quiera Dios que así suceda para seguir siempre con los nobles ideales que se despertaron en el Colegio. ¡Adiós, pues, mi querido Colegio! Jamás podré olvidarte, jamás...”⁵⁷⁹

En esta prolífica labor editorial, que buscaba revelar la acción de la congregación en la construcción de una identidad salesiana, la voz de los niños no era la de sujetos anónimos, sino activos y conscientes en la edificación de una comunidad con sentido social y reformador.

Los “viveros de vocaciones”: Certámenes Catequísticos y Compañías Religiosas

Como una forma de reforzar la enseñanza de la doctrina cristiana y las prácticas de religión que recibían todos los cursos y secciones de los diferentes colegios salesianos, a partir de 1899 comenzó la instauración anual de los Certámenes Catequísticos. Más allá de constituir otro recurso para el adoctrinamiento cristiano inspirado en torneos similares que tenían lugar en Roma, el contexto creado por la sanción de la ley de educación común que decretaba el fin de la obligatoriedad de la enseñanza de la religión católica en todas las escuelas públicas de la Argentina, motivó a los salesianos a dar un impulso a una materia que ocupaba un lugar de suma importancia en sus establecimientos. En este sentido, el enfrentamiento hacia la década del ochenta del siglo XIX entre la Iglesia y una clase política decidida a laicizar la vida pública, influyó de manera particular en una congregación cuyo carácter particularmente evangelizador se explicitaba en oratorios, colegios y

⁵⁷⁸ Pedro A. Moreno, *La figura de Don Bosco en la Historia*, Córdoba, Imprenta Colegio Pio X, 1921, p. 2.

⁵⁷⁹ *Solemne Distribución de Premios Colegio Pio X*, Córdoba, 1927, ACPX.

escuelas profesionales atravesados por la enseñanza del mensaje de Cristo. Vespignani, viendo la manera en la cual el gobierno pretendía retirar la instrucción religiosa de las escuelas, fue el encargado de impulsar la enseñanza de la catequesis en los alumnos de sus colegios. Los salesianos entendían que la verdadera reforma de las costumbres y el mejoramiento social se lograrían únicamente mediante el estudio y la práctica de los aspectos esenciales de la doctrina cristiana. Así lo exponía claramente el Padre Inspector Valentín Bonetti al prologar la edición conmemorativa del Vigésimo Sexto Certamen Catequístico General: “El único remedio eficaz para evitar estos males sociales es el estudio y la práctica de la Religión que enseña a cumplir todos los deberes primero para con Dios, luego consigo mismo y con los demás sin impedir, antes bien fundamentando la defensa de los verdaderos derechos”.⁵⁸⁰

Imagen 37

Alumnos del Colegio Pio X, vencedores del Certamen Catequístico, posando para la foto como la “Corte de la Doctrina Cristiana” junto al Padre Gherra. Sentado al medio, el “emperador” coronado con laureles. Todos llevan la banda con los colores de la bandera nacional. La educación moral y religiosa no excluía el compromiso de los salesianos de inculcar a sus alumnos un fuerte patriotismo y un vívido sentimiento de “argentinidad”, apelando a la exaltación de los símbolos patrios en actos y celebraciones de carácter religioso. Esta imagen es un reflejo de uno de los lemas de la congregación: formar “buenos cristianos y honrados ciudadanos”. c. 1910.

Fuente: ACPX.



La organización del Certamen Catequístico implicaba movilizar y comprometer tanto a alumnos como a salesianos y catequistas de las diferentes obras, que debían estudiar y hacer practicar los temas de religión durante el año. No podía haber excepciones en el estudio de esta materia y

⁵⁸⁰ *Certamen Catequístico General*, Escuela Tipográfica Salesiana Colegio Pio IX, Buenos Aires, 1925, p. 6.

nadie podía eximirse de hacer las tareas y de prepararse de la mejor manera. Esto obedecía a la fiel convicción por parte de los directivos de que lo más importante “según el sistema del Venerable Don Bosco, es que se haga amar la Religión y que todos se sientan llevados con entusiasmo a estudiarla y practicarla”.⁵⁸¹ La centralidad otorgada a la religión se reflejaba en la formalidad dada a la organización del certamen y en la solemnidad con la cual se revestía el acontecimiento. Celebrado en el Colegio Pio IX de la ciudad de Buenos Aires, tomaban parte los alumnos de los diferentes colegios y oratorios de la Inspectoría San Francisco Solano. Antes de la fecha pautada, en cada colegio los participantes debían presentar un examen escrito correspondiente al “ensayo de inteligencia”, que consistía en diferentes preguntas relativas a las partes del catecismo que, de acuerdo al grado, los alumnos debían responder en tres horas. Para garantizar la transparencia se sustituía el nombre de los niños por un número de orden, dando paso luego a la lectura y clasificación de los ensayos por una comisión evaluadora formada por tres directores y catequistas salesianos. Solamente aquellos trabajos que hubieran obtenido las calificaciones más altas podrían participar del certamen oral realizado con los alumnos de los demás colegios. En los espaciosos salones del Colegio Pio IX se desarrollaba el denominado “ensayo de memoria”, en el que los alumnos recitaban el catecismo unos a otros dispuestos en una rueda. Un salesiano encargado de dirigir daba una señal con un timbre para marcar cualquier equivocación dando un momento al alumno para corregirse. A la segunda equivocación debía retirarse de la rueda. Finalmente, eran premiados aquellos alumnos que hubieran permanecido durante diez vueltas, resultando ganadores del certamen general si habían obtenido calificación sobresaliente en el ensayo escrito.

Los salesianos no ahorraban recursos simbólicos a la hora de proclamar los vencedores. Reconocido el “mérito indiscutible de los combatientes”, se daba la lectura de los escritos realizados por los siete alumnos que formarían la “Corte de la Doctrina Cristiana”. El alumno que la comisión examinadora había calificado con el primer puesto era declarado “Emperador”; del segundo al quinto puesto eran declarados “Príncipes” y aquellos que quedaban en el sexto y séptimo lugar se los nombraba “Capitán” y “Alférez” respectivamente. A través de un suntuoso ritual, enmarcado por el cantico de himnos religiosos ejecutados por la banda y el coro de alumnos, el Obispo coronaba al “Emperador”. Luego de ser condecorado con insignias, era conducido al trono por el Padre Inspector en medio de aclamaciones y acordes de música, a la par que los compañeros y demás concurrentes le brindaban sus aplausos y felicitaciones. Esta impresionante puesta en escena, con la liturgia de premiación de los vencedores, sumado al reconocimiento público de pares y superiores de una corte que exponía los valores de una organización jerárquica y meritocrática, se pensaba también como un estímulo al estudio de la religión.

⁵⁸¹ *Ibíd.*, p. 10.



Imagen 38

El Padre Inspector José Vespignani (centro) posa junto a la Corte de la Doctrina Cristiana del Colegio Pio X. c. 1910.

Fuente: ACPX.

Si se analiza la obra salesiana en su conjunto, se advierte que los Certámenes Catequísticos eran la culminación de un proceso evangelizador que daba sus primeros pasos en el oratorio, con las breves y sencillas lecciones de moral y práctica de la liturgia dictadas entre los juegos y diversiones. Luego se seguía en las aulas y talleres de la escuela profesional de manera más metódica y sistemática, y se concluía con la coronación de los alumnos más destacados en aquellos conocimientos que los llevarían a ser verdaderos “modelos de virtud”. Pero si la tarea de reforma social encontraba en la religión el mejor instrumento para forjar en los niños determinados valores y actitudes, ésta también cumplía con la misión de sembrar las vocaciones sacerdotales en los pequeños y jóvenes oratorianos, estudiantes y artesanos. Desde su origen, el oratorio en Turín había estado en consonancia con la decisión de don Bosco de trabajar por las vocaciones sacerdotales y religiosas. Particularmente en Argentina, el avance secularizador simbolizado en la sanción de las “leyes laicas” hacia 1880 impulsó a los salesianos a comprometerse aún más con la formación cristiana dentro de sus aulas, siendo una tarea fundamental el buscar y preparar de entre sus alumnos a los futuros miembros de la congregación y clérigos para la Iglesia, más aún cuando la notable proliferación de obras hizo indispensable el reclutamiento de vocaciones salesianas. Justamente, este era un aspecto destacado de la misión apostólica llevada a cabo por la congregación, que era vista como verdadera formadora de vocaciones religiosas, “excitando en buenos niños y jóvenes el deseo de consagrarse al servicio sublime del altar y de la salvación de las almas”.⁵⁸² La trascendencia que esto tenía en el programa educativo salesiano se expresaba, incluso, en la creación de un medio exclusivo de cooperación, consistente en ayudar en la búsqueda de futuros ministros de la Iglesia colaborando con su formación. Los avisadores religiosos de la parroquia promocionaban estas iniciativas que pretendían canalizar la devoción popular en una colaboración concreta:

⁵⁸² José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 154.

“¿Conocéis niños de piedad y llenos del santo temor de Dios? ¿Conocéis jóvenes de quince a veinte y cinco años o adultos de buenas costumbres, que desean retirarse del mundo, vivir la paz de una casa religiosa como agricultores, maestros de talleres, sacristanes, etc., o que tienen suficiente preparación intelectual para hacer los estudios eclesiásticos? Tomaos la molestia de escribir al Director de cualquier Colegio Salesiano dándole los datos que creéis necesarios y estad seguros que no solo habréis cooperado a salvar no una, sino muchas almas”.⁵⁸³

Un instrumento clave en el fomento del sacerdocio lo constituían las llamadas Compañías Religiosas, formadas por una selección de los mejores alumnos con la intención de ejercitar el buen ejemplo en los demás niños. Dos eran las finalidades y propósitos de estos grupos juveniles. En primer lugar, las compañías se concebían como auténticos “viveros de vocaciones”, ya que se proponían sembrar la aspiración al sacerdocio alimentando la formación cristiana de los socios, cultivando en los corazones la aspiración a la vida perfecta, apartados de los atractivos del mundo.⁵⁸⁴ En este sentido, formaban un eficaz instrumento de penetración en la masa de jóvenes, para crear un ambiente de piedad, de estudio, de disciplina, de alegría y de orden en todos los ambientes de la escuela. En segundo lugar y relacionado con lo anterior, estos grupos funcionaban como puentes entre los superiores y los alumnos, en la medida que eran estos quienes colaboraban en el cuidado del ambiente moral del colegio, influyendo entre sus compañeros para que acataran las normas del internado. Los consejos del Padre Inspector a los salesianos de Córdoba en 1913 reflejaban con claridad la función que tenían las compañías en la tarea pastoral:

“Parece muy necesario que la instrucción religiosa sea más metódica, práctica y sencilla, y dada de una manera constante e individual: que se acostumbren a hablar espontáneamente con sus superiores y que comprendan cómo y en qué han de vigilar y trabajar para reformarse. La organización de la compañía de San José ayudará eficazmente a esto. Se trata de formar con el elemento activo y bueno de las compañías un buen grupo de Catequistas y Asistentes que cuiden de la registración y asistencia de los niños del oratorio (comprometiéndolos a asistir y constatando la asistencia y conducta, ocupación, etc.) y guíen y fomenten la instrucción religiosa y la frecuencia de los Santos Sacramentos con verdadero método, preparando así y ayudando la obra del sacerdote”.⁵⁸⁵

Las compañías se organizaban de acuerdo a sus fines y propósitos. Las del “Santísimo Sacramento” y la del “Pequeño Clero” estaban destinadas específicamente a promover la piedad y propagar la frecuencia de los sacramentos, especialmente la comunión cotidiana, cumpliendo en el

⁵⁸³ *La Obra de Don Bosco en Córdoba*, 17 de julio de 1925.

⁵⁸⁴ *Don Bosco...* cit., p. 78.

⁵⁸⁵ *Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1913, ACPX.*

colegio una “misión de caridad y de preparación al apostolado entre los hijos de Don Bosco”.⁵⁸⁶ Además de fomentar las actitudes propias del celo religioso, la moral y la piedad, también eran importantes la formación en las prácticas y saberes propios del estado eclesiástico. Así, el Padre Inspector recomendaba a los directores que determinaran para los niños de la “Compañía del Pequeño Clero” dos lecciones semanales de latín, de canto llano y de ceremonias. Conjuntamente, existían la compañía del “Ángel Custodio”, formada por los niños más pequeños aspirantes a las compañías del “Pequeño Clero”, y la de “San José”, dedicada especialmente a formar el ambiente de respeto, piedad, orden y trabajo entre los artesanos. Cada una estaba organizada por un director y un consejo, elegido entre los mejores alumnos y supervisada por el Padre Catequista de la obra.

Imagen 39



Imagen 40



Procesión de los alumnos por los patios del Colegio Pio X. Nótese la presencia de la “Compañía del Pequeño Clero” presidiendo la marcha. Al final, se encuentran un grupo de cooperadores y público en general. A la derecha, la banda de música interpreta una melodía. Del lado izquierdo, puede apreciarse el antiguo taller de carpintería de la escuela de artes y oficios, antes de que se construyeran las nuevas edificaciones hacia 1920. Esta imagen retrata la unión de los dos pilares de la educación salesiana, trabajo y religión. c.1915.

Fuente: ACPX.

En una interesante descripción realizada por Vespignani en una de sus visitas al Colegio Pio X, en septiembre de 1916, se ponían de manifiesto ciertas prácticas destinadas a la preparación y fomento de las vocaciones en los alumnos. Al no contar por esos años con el aspirantado, es decir, la casa de formación destinada a los niños y jóvenes con inclinaciones hacia los estudios sacerdotales, se recomendaba formar la “Compañía de María Auxiliadora”. Cada semana, se les dictaba una conferencia explicando el reglamento, algunos detalles de la vida, el espíritu y la obra de don Bosco, algunos pasajes de latín, sumado a los cantos y las ceremonias. Se proponía que los alumnos se armaran una pequeña biblioteca de piedad con textos de San Alfonso y otros opúsculos. Se

⁵⁸⁶ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 209.

recomendaba, además, la meditación, la lectura espiritual y, al menos cada quince días, hacer el examen de conciencia con el director. No se aconsejaba la separación de los demás compañeros, ya que se pensaba que debía bastar la “unión moral entre sí y con los superiores para los fines de la vocación”. También se indicaba la necesidad de formar un grupo de alumnos para que pasaran las vacaciones en el colegio a fin de conservar la piedad y aquellos que consiguieran permiso y estuvieran preparados, se los llevarían a la casa de formación que poseían los salesianos en Bernal.⁵⁸⁷

Con la misma intención, la llamada “Obra de María Auxiliadora” involucraba a los mismos alumnos en la tarea de sostener la formación del futuro clero. Hacia octubre de 1920, Tantardini ponía en conocimiento a Vespignani de los logros materiales de esta iniciativa, que había logrado reunir unos \$500 entre todos los internos. Y al mismo tiempo, les comentaba sobre una iniciativa que pretendía “inspirar siempre en los niños la idea de la grandeza del sacerdote y la necesidad de ayudar las vocaciones”. Un cajón de madera dispuesto en la galería del colegio, a la vista de todos, serviría para recolectar los papeles en los que los alumnos anotarían las obras espirituales que se comprometían realizar, tales como hacer visitas al sagrario o frecuentar más seguido la comunión. El día 24 de cada mes - conmemoración de la patrona de la congregación - se leían públicamente las prácticas anónimas junto con el repaso del dinero recaudado.⁵⁸⁸ La eficacia simbólica de estas iniciativas se expresaba en las palabras que los socios de las compañías de San José y de San Luis le dirigían a Vespignani en ocasión de su visita de rigor al Colegio Pio X en 1920. Allí le manifestaban la intención de “promover la Obra de María Auxiliadora”, para ofrecerle de regalo el fruto de los “los pequeños sacrificios” de los alumnos:

“Para comenzar bien hemos pensado hacer un triduo de visitas y comuniones pidiendo a Dios que mande muchos y santos sacerdotes a la Congregación Salesiana y muchos aspirantes a Bernal. [...] es preciso que todos los niños comprendan bien la importancia del beneficio grande que se proporciona al mundo un sacerdote más”.⁵⁸⁹

La normatividad que el reglamento institucional establecía en cuanto a aspectos como la piedad, la devoción y la observancia del culto católico se transformaba en una rutina experimentada con aburrimiento por parte de los internos. De allí que este tipo de iniciativas pretendían fomentar las prácticas piadosas entre los niños, estableciendo objetivos que ayudaban a dinamizar la religión en la cotidianeidad de la vida claustral. Como le comentaba un salesiano a Vespignani un año después, esto parecía lograrse con éxito: “Con el motivo de que reúno dinero entre los niños internos para la

⁵⁸⁷ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1916, ACPX.

⁵⁸⁸ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 13 de octubre de 1920, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁵⁸⁹ *Carta de los Socios de la Compañía de San José y San Luis a José Vespignani*, 7 de abril de 1920, caja 3, “Córdoba”, ACS.

obra de María Auxiliadora, he ido varias veces a dormir con éste en el bolsillo, sin entregarlo a su debido tiempo. He de procurar de evitar este desorden. Los niños están entusiasmados en dar para ésta obra”.⁵⁹⁰

Todas estas actividades y recursos destinados a forjar una simpatía para con la vocación sacerdotal, ponen de manifiesto la importancia que este aspecto formativo tenía para los salesianos, como parte de un proyecto de reforma social que veía en la religión y su enseñanza teórico-práctica el mejor instrumento de adoctrinamiento, reforma de las costumbres y regeneración de la infancia plebeya. Y al mismo tiempo, el ritualismo católico que se ponía en juego a través de los Certámenes Catequísticos y la organización de las Compañías Religiosas se propuso fortalecer el consenso sobre el valor y la importancia de la religión en la sociedad, frente al avance secularizador.

Los cuerpos de gimnastas

Además del trabajo en aulas y talleres y del desarrollo de otras prácticas culturales como el aprendizaje del canto, la declamación de poesías, la ejecución de un instrumento y las salidas y paseos, la actividad física revestía una particular importancia dentro del sistema educativo salesiano. En un sentido más amplio, hacia finales del siglo XIX y principios del XX se pusieron de manifiesto ciertos planteos divergentes sobre la orientación que la educación física y la práctica de la gimnasia debían tener en las escuelas públicas. En la ley 1420 se especificaba que la educación debía ser, además de moral e intelectual, física, por lo que en su artículo 14° establecía que las clases diarias de las escuelas públicas debían alternarse con intervalos de descanso, ejercicios físicos y canto. La gimnasia aparecía así como parte de los contenidos mínimos que debían ser impartidos. Esta idea de educación integral, en donde la educación física reforzaba también el discurso higienista que entendía que esta disciplina ayudaría a mantener cuerpos sanos y robustos, no escapaba a los colegios salesianos. Desde un principio, incorporaron prácticas diarias supervisadas de gimnasia en sus instituciones, incluso en los espacios informales como eran los oratorios festivos. Una crónica periodística sobre el Colegio Pio X publicada a finales de 1925, rescataba la importancia del ejercicio físico como complemento de la educación intelectual. Diariamente, dirigidos por un profesor especial, los alumnos efectuaban los más diversos ejercicios gimnásticos llegando desde los más sencillos hasta los más complicados y difíciles.

Por otro lado, la ausencia de profesores formados específicamente para el dictado de esta disciplina puso en juego diferentes actores que enseñaban de acuerdo a la “cultura física” del

⁵⁹⁰ *Carta de un salesiano a José Vespignani*, 1 de julio de 1921, caja 3, “Córdoba”, ACS.

periodo. En ese campo, además de la práctica deportiva traída por los inmigrantes ingleses - football, críquet, remo, tenis, entre otros deportes -, se encontraban, principalmente, la gimnasia y ejercicios específicos que los militares realizaban para su formación profesional. Aquellos maestros que habían pasado por esa experiencia tenían incorporado ese bagaje de conocimientos y entendían que las marchas, los desfiles, las posiciones de firmes, tenían que ver con la educación física que enseñaban las escuelas. En el caso del Colegio Pio X, el dictado de estas clases estuvo, durante los primeros años, a cargo de los mismos sacerdotes salesianos, que con el correr de los años y conforme se incorporaba nuevo personal laico a la obra dejaron que los ejercicios físicos los supervisara un Teniente Primero del ejército.⁵⁹¹

En la última década del siglo XIX, el clima de creciente militarismo producto del conflicto limítrofe con Chile, sumado a un contexto internacional que acentuaba la fuerte competencia entre naciones, grupos militaristas pertenecientes al ejército, clubes y asociaciones deportivas fomentaron un enfoque que entendía a la educación física como una instrucción militar y veía a la institución educativa como una escuela del soldado.⁵⁹² Esta “gimnasia militar”, compuesta por un conjunto de posiciones y movimientos, definía un orden corporal basado en tres objetivos: en primer lugar, la búsqueda de un fuerte y pesado disciplinamiento del cuerpo a través de determinados ejercicios físicos que regulaban y controlaban los movimientos, limitando todo tipo de libertad y elasticidad. La adopción de un trabajo colectivo mecánico y automático comprendía la costumbre de trabajar y descansar únicamente en el lugar, los alineamientos rígidos para cualquier tipo de ejercicios, las actitudes fijas, crispadas y antinaturales y, en particular, la rígida inmovilidad de la posición de firmes. Estas disposiciones tendían a obturar toda iniciativa del alumno a expresarse de una manera espontánea en sus movimientos.⁵⁹³ En segundo lugar, esta gimnasia de tipo militar dirigida exclusivamente a varones producía una cultura viril que perseguía cualidades como la energía, la fuerza, el coraje, la sangre fría; es decir, elementos que ayudarían a formar el carácter masculino alejando cualquier parecido con los atributos socialmente considerados y adoptados como femeninos.⁵⁹⁴ Por último, este tipo de prácticas procuraron la búsqueda más que de un ciudadano, de un soldado, preparando a los niños en la defensa de la patria. Esta concepción de clara orientación

⁵⁹¹ Listado personal de la obra Colegio Pio X, 1935, ACPX.

⁵⁹² Lilia Ana Bertoni, “Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani*, núm. 13, 1996, p. 35.

⁵⁹³ Pablo Scharagrodsky, “Los ejercicios militares en la escuela argentina: modelando cuerpos masculinos y patriotas a fines del siglo XIX”, Ángela Ainsstein y Pablo Scharagrodsky, *Tras las huellas de la Educación Física escolar Argentina. Cuerpo, género y pedagogía. 1880-1950*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, p. 119.

⁵⁹⁴ Como analiza Carrizo para el caso del colegio salesiano de Comodoro Rivadavia, las prácticas corporales contribuían al armado de ciertas masculinidades, en donde para hacer valerlas los varones debían convencerse y convencer a los demás de que no se era homosexual. Esto se manifestaba a través de la práctica del deporte, en particular del fútbol en los colegios de la congregación. Gabriel Carrizo, “Educación y masculinidad en un Colegio técnico de la Patagonia argentina: el caso de los salesianos en Comodoro Rivadavia durante la primera mitad del siglo XX”, *Revista de Investigación Educativa*, núm. 9, 2009.

militar tuvo un particular impulso con motivo de las fiestas cívicas que tenían como finalidad la construcción de un sentimiento patriótico en los alumnos.⁵⁹⁵ Para las clases dirigentes, la afirmación de la nacionalidad constituía un objetivo primordial. Buscando subsanar la diversidad de origen de la población, consideraban la moral patriótica como la única manera de garantizar la actitud de entrega a la nación por parte la ciudadanía. Esta concepción abarcaba no solo las actividades de las organizaciones militares, sino también las de aquellas instituciones cuyas prácticas físicas y deportivas pudieran relacionarse, aun indirectamente, con la formación del soldado. El entusiasmo expresado en actos patrios se trasladaba además a las exhibiciones deportivas y gimnásticas, a las que se les atribuía un valor moral.⁵⁹⁶

Esta manera de concebir la educación física, atravesó fuertemente las actividades que ponían el acento en la formación del cuerpo en las instituciones salesianas. En 1909 se hacía referencia, en un acto de fin de año del Colegio Pio X, a los merecidos aplausos que la concurrencia había prodigado a los alumnos luego de “haber ejecutado con toda corrección lúcidos ejercicios militares”.⁵⁹⁷ Pero lo más característico en el sistema salesiano fueron los “actos gimnásticos” organizados en ocasión de alguna festividad patria y/o religiosa o con motivo de la finalización del año escolar, que alcanzaba las proporciones de un gran evento. La influencia de la orientación física militarista y la intención de inculcar sentimientos de nacionalidad en los alumnos quedaba evidenciado no solamente en las formas militares de los ejercicios realizados, sino también en el uniforme que debían vestir los alumnos. Buscando la uniformidad y la prolijidad y haciendo una clara referencia a los colores de la bandera nacional, el “traje sport” de los alumnos se componía de boina azul oscura, corbata celeste, camisa sport blanca y cinto trenzado celeste y blanco, completado por un pantalón azul marino, medias negras y zapatillas blancas.⁵⁹⁸ El paso de los gimnastas escolares en las celebraciones patrias se presentaba imbuido de un tono nacionalista:

“Ostentando, el cuerpo de gimnastas, en el color de sus uniformes los colores de la azul y blanca bandera de su patria que juran defender, se presentan al mundo, ebrios de coraje y pletórico el corazón de juveniles entusiasmos, como la esperanza más grande de una patria querida a quien deben llevar por las vías del progreso y de la civilización”.⁵⁹⁹

La exaltación patriótica funcionaba como un elemento cohesionador de la identidad nacional que movilizaba y comprometía a la población. El hecho de que los eventos gimnásticos se realizaran,

⁵⁹⁵ Lilia Bertoni, “Soldados... cit., p. 39.

⁵⁹⁶ *Ibíd.*, p. 41.

⁵⁹⁷ *Los Principios*, 22 de mayo de 1909.

⁵⁹⁸ Folleto dirigido a los señores padres de familia de la sección externos del Colegio Pio X, década de 1930, ACPX.

⁵⁹⁹ *Solemne distribución de premios Colegio Pio X*, Córdoba, 1929, p. 27, ACPX.

en su mayoría, en fiestas cívicas indica una práctica tendiente a articular entre sí el pasado nacional, las funciones formadoras del cuerpo y la idea de progreso.⁶⁰⁰ Así, los actos gimnásticos constituían ceremonias donde la coordinación, uniformidad y destreza de los pequeños y jóvenes gimnastas representaban el orden, la obediencia, la disciplina y sumisión con los cuales eran formados los alumnos salesianos:

“Conjuntos de treinta y de hasta cincuenta alumnos se movían como si fueran uno solo, respondiendo inmediatamente a las indicaciones del maestro, que les hizo efectuar ejercicios, que comprendían bastón, clavos, apoyos, pesas, caballetas, paralelas, trapecio, argollas, cuerda, etc., que invariablemente arrancaron aplausos tan entusiastas como merecidos, y efusivas felicitaciones de sus superiores”.⁶⁰¹

La realización de estos multitudinarios actos ponía en evidencia la cultura del orden que en el plano político y social la sociedad debía alcanzar, ubicando a los institutos educativos salesianos frente a la opinión pública como una de las reservas morales de la nación frente al peligro de disolución social.

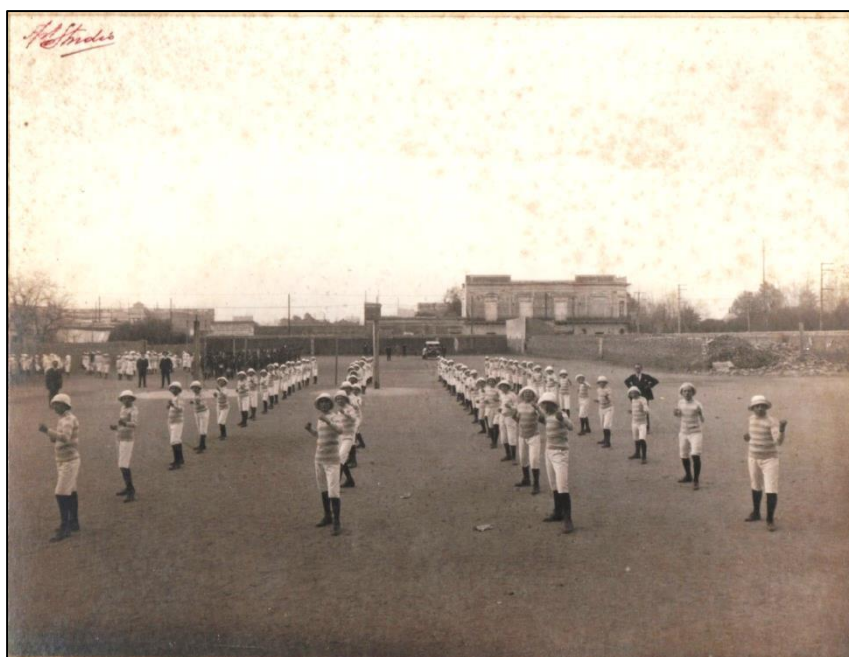


Imagen 41

El cuerpo de gimnastas del Colegio Pio X realizando maniobras y ejercicios en los patios de la institución, c. 1920.

Fuente: ACPX

⁶⁰⁰ Jorge Humberto Ruiz Patiño, *La política del sport. Élités y deportes en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*, Medellín, Pontificia Universidad Javeriana, 2010, p. 82.

⁶⁰¹ *Los Principios*, 21 de diciembre de 1925.

Como se ha expresado, en el concierto de instituciones abocadas a la atención de la infancia marginal, constituye un rasgo inédito la vocación salesiana por incorporar nuevas formas de intervención social. Al mismo tiempo, sus logros fueron importantes, y dentro de ellos los Exploradores de Don Bosco resultan el ejemplo más acabado. Hacia mediados del mes de agosto de 1915, quedó instituido formalmente el primer batallón con sede en el Colegio Pio IX de Buenos Aires, que en poco tiempo se replicaría en el conjunto de obras del interior del país. Las motivaciones que llevaron al superior de los salesianos a proponer su creación se anclaban en la misma propuesta educativa y evangelizadora de la congregación. Es decir, los batallones se entendían como una expresión más de esa tarea de reforma social emprendida, pensados como un instrumento para fortalecer valores, hábitos y conductas entre los niños y jóvenes del oratorio principalmente.⁶⁰² En consecuencia, la constitución de un reglamento específico y, sobre todo, la existencia de una “Ley de Honor” a la cual todos debían jurar fielmente no infligir, estaban dirigidos a afianzar la disciplina, el orden y el respeto a la autoridad. Así, uno de los preceptos de esta ley estipulaba que como buen ciudadano el explorador debía amar, respetar y obedecer a sus padres y superiores, reconociendo que “toda autoridad proviene de Dios, y sin ella no hay familia, ni patria, ni sociedad”.⁶⁰³

Parte de los deberes del niño explorador comprendían la “obediencia a Dios y a la Santa Iglesia”, promoviendo con la palabra y con el ejemplo el estudio y la práctica de la religión entre sus compañeros. Debía conservar su pureza y dignidad en los pensamientos, deseos y afectos, dominando sus pasiones e inclinaciones, practicando el recato en sus sentidos y huyendo de las malas compañías. Era indispensable que participara en las fiestas religiosas, asistiendo puntualmente y con devoción al “Santo Sacrificio de la Misa”. Estos postulados no eran originales en su contenido, pero sí en su forma. Los valores que traslucía el reglamento del explorador estaban ya presentes en la cotidianeidad del oratorio y el colegio, e incluso eran compartidos por otras instituciones educativas de filiación católica.⁶⁰⁴ La novedad radicaba en que los exploradores recurrían a una serie de recursos simbólicos y prácticas rituales inspirados en las fuerzas armadas, reforzando esos elementos en las falanges juveniles puestas al “servicio de la Religión Católica y el bien de la Nación”. No era

⁶⁰² El mismo Vespignani afirmaba que la creación de los exploradores constituía un medio educativo vinculado íntimamente al oratorio festivo, destinado a promover la frecuencia al mismo por parte de los niños y jóvenes del barrio. De hecho, cada explorador tenía su libreta de asistencia que cada domingo era llenada por algún asistente. “El elemento de los Exploradores se compondrán en su totalidad de niños que frecuentan el Oratorio Festivo, escogiendo entre éstos los más asiduos y los más aprovechados por su buena conducta e instrucción moral religiosa”. José Vespignani, *Circulares...* cit. p. 357.

⁶⁰³ *Ibíd.*, p. 355.

⁶⁰⁴ De hecho el lema “Dios y Patria”, sin ser tan explícito, estaba presente en la frase que resumía la labor de la congregación, “buenos cristianos y honrados ciudadanos”.

suficiente que los alumnos aceptaran y respetaran el reglamento, sino que el explorador debía realizar la jura solemne frente a la bandera, prometiendo cumplir fielmente con la “Ley de Honor” ante la mirada de sus compañeros y superiores. Este compromiso debía ayudar a incorporar determinados hábitos que promovían la reforma de las costumbres en las clases populares. El Padre Inspector señalaba en su visita al Colegio Pio X en 1916 que había que tomar aquellas “formas modernas de educación física” como medios y no como el fin. En este sentido, si bien los exploradores tuvieron una importante proyección, no dejaban de ser un instrumento eficaz para atraer a los niños, disciplinarlos y adherirlos al colegio y al oratorio. La finalidad última era “promover la frecuencia de los sacramentos y formar el carácter cristiano unido al compañerismo”.⁶⁰⁵

Al igual que la educación física militarista, estos batallones fundamentaban también su importancia en la tarea de formar un cuerpo sano y vigoroso para el desarrollo integral del individuo y, a la vez, para la capacitación y adiestramiento del ciudadano en la defensa de la patria. La propaganda salesiana destacaba que se buscaba formar “jóvenes que aman de veras la Patria en sus símbolos, dispuestos para servirla, dándole el esfuerzo de su inteligencia en el estudio y la pujanza de su brazo en el trabajo y el valor que anida en sus pechos si algún día, lo que Dios no quiera, se viera en peligro”.⁶⁰⁶ Actuando bajo el lema “Dios y Patria”, los exploradores estaban llamados a ser un vehículo de educación moral y cívica, para conservar a la niñez en el amor a la religión y el cumplimiento de los deberes cristianos, pero también en “los nobles sentimientos de patriotismo, hermanados con el cariño de la familia, el respeto a las autoridades, en medio de una expansión legítima y un sano compañerismo”.⁶⁰⁷ La organización en “batallones”, por su parte, provenía de una matriz fuertemente verticalista, compuesta de un capitán, un teniente, un subteniente, un sargento y un cabo, cada uno de ellos con una función específica. Desde su origen, los exploradores adoptaron estilos, uniformes, actividades y nomenclaturas de sesgo militar. Esto se debió, en parte, a que muchos de los primeros instructores se desempeñaban en las Fuerzas Armadas.⁶⁰⁸ Todos debían estar uniformados, poseer un número de matrícula inscripto en el sombrero y un botón con la imagen de don Bosco en sus sombreros o chaquetas.

⁶⁰⁵ Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1916, ACPX.

⁶⁰⁶ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 136.

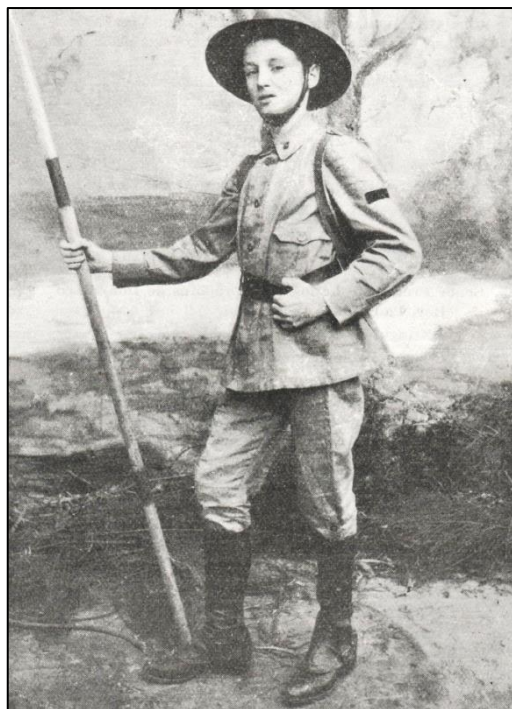
⁶⁰⁷ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 354.

⁶⁰⁸ Santiago Negrotti, “Los exploradores argentinos de don Bosco: orígenes y pedagogía de una experiencia juvenil salesiana argentina”, Jesús González, Grazia Loparco, Francesco Motto y Stanislaw Zimniak (Comps.), *L'educazione salesiana dal 1880 al 1922. Istanze attuazioni in diversi contesti. Volume II*, Roma, LAS, 2007, p. 42.

Imagen 42

Niño explorador con el uniforme característico, posando para la foto.

Fuente: La obra de Don Bosco celebrando el cuadragésimo aniversario de su Primera Escuela de Artes y Oficios y el primer decenio de sus Exploradores y Gimnastas, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Colegio Pio IX, 1918.



Un aspecto a señalar es el referido a las semejanzas que se advierten entre los exploradores salesianos y los Boys Scouts, que se basaban en un programa de adiestramiento para que los jóvenes desarrollaran un carácter viril, la confianza en sí mismos y una ejemplar vida ciudadana. La obediencia y la disciplina que se trataba de inculcar a los niños constituía, en palabras de su creador Baden Powell, “una forma de subordinación más profunda de los deseos de uno a un sentimiento de honor, de lealtad y de obligación hacia la autoridad superior”.⁶⁰⁹ A la par, se configuraban toda una serie de hábitos como cuidar la salud, no escuchar ni contar cuentos sucios, estar siempre ocupados y no ser vagos, entre otras prescripciones. Ante las evidentes similitudes entre ambos programas, se ha sugerido que los exploradores fueron una respuesta de los salesianos al éxito que el scoutismo tuvo durante los primeros años de su arribo a la Argentina, disputando la influencia ejercida sobre los niños que frecuentaban sus obras. La naturaleza internacionalista de los Boys Scouts reforzó el carácter nacional y patriótico que se le imprimió a los batallones salesianos.⁶¹⁰ Al mismo tiempo, fueron notables los esfuerzos realizados por el superior de los salesianos en la Argentina para desvincular y diferenciar los exploradores de los jóvenes scouts. En referencia a esto, Massa recordaba que Vespignani veía con preocupación el tono laicista que había tomado la organización fundada por el general británico en otros países de Europa. Ante ello, proponía la creación de batallones similares pero con un marcado perfil católico:

“Creo que nosotros [...] debemos conjurar el peligro que se cierne sobre la niñez de esta nación, formando en nuestros Oratorios Festivos los Batallones de Niños Exploradores. Estos no serían sino la continuación

⁶⁰⁹ Pablo Scharagrodsky, “Los ejercicios... cit., p. 138.

⁶¹⁰ Alejandra Landaburu, *Niñez...* cit., p. 151.

de aquellos cuerpos de gimnasia, que fundó Don Bosco en los comienzos de su obra. Estos exploradores no serán más que oratorianos; eso sí buenos oratorianos, que hagan todos los meses el ejercicio de la Buena Muerte y las demás prácticas piadosas en nuestros Oratorios”.⁶¹¹

La intención por parte del Gobierno Nacional hacia 1917 de reglamentar y de reducir a un solo tipo oficial a todas las organizaciones scouts que habían proliferado en el país, motivó un interesante intercambio epistolar entre Vespignani y el presidente Hipolito Yrigoyen, como así también con el titular del ministerio de guerra, Elpidio González, en el que fundamentaba las razones por las que los Exploradores y Gimnastas de Don Bosco no pertenecían al scoutismo y no debían ser confundidos con los batallones de Boys Scouts. Esta necesidad de diferenciar las instituciones buscaba reforzar la identidad salesiana y católica en los exploradores. El mismo Vespignani se dirigía a los alumnos recordándoles que los batallones no eran una “mera copia” de los scouts, sino que hundían sus raíces en el oratorio de don Bosco en Turín: “No es, pues, accidental el nombre de Oratorianos, como muchos pretenden; sino que es la base, el fundamento, lo más esencial de esta institución el pertenecer al Oratorio Festivo y el ser realmente Oratorianos”.⁶¹²

Inaugurado un 2 de julio de 1916 bajo las órdenes del capitán Pablo Albertini y apadrinado por el jefe de la Cuarta División del Ejército, general Proto Ordoñez, el 11° Batallón de los Exploradores fue la versión cordobesa de un movimiento que ya era de carácter nacional. Como sucedió con los alumnos del Colegio Pio X, el flamante batallón comenzó a participar en cada una de las festividades civiles y religiosas de la ciudad, realizando muestras de coordinación en el desfile, oficiando de guardias de honor y tomando parte con su banda de música. El mismo reglamento en su artículo 3ro estipulaba que para cumplir con el fin socio-patriótico de la institución, los alumnos debían comprometerse a tomar parte en los actos solmenes a los cuales las autoridades civiles y eclesiásticas los invitasen, haciendo la correspondiente guardia de honor en cada una de las funciones.⁶¹³ Así lo hicieron en ocasión de inaugurarse la estatua ecuestre dedicada al “padre de la patria” en la Plaza San Martín del centro de la ciudad, donde le rindieron homenaje oficiando de escoltas. La impresión causada por los niños y jóvenes del 11° Batallón, condujo a que diez días después de su creación fuese presentado un proyecto de ley en la legislatura provincial solicitando una subvención mensual de 150 pesos “para gastos de la institución de Exploradores de Don Bosco”. En el tratamiento

⁶¹¹ Lorenzo Massa, *Al cumplirse los veinticinco años de fundación de los Exploradores de Don Bosco en la República Argentina*, Fechada en Punta Arenas, 14 de agosto de 1939, mecanografiado, citado en Pablo Scharagrodsky, “Ejercitando niños viriles y sanamente cristianos”, *Actas V Congreso Asociación Española de Ciencias del Deporte*, León, Octubre de 2008, p. 3.

⁶¹² José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 362.

⁶¹³ *Ibíd.*, p. 354.

legislativo, uno de los senadores destacó su accionar en los desfiles de las fiestas patrióticas y en las procesiones por su marcialidad e instrucción militar.⁶¹⁴

Al igual que ocurría con otras expresiones culturales fomentadas por los salesianos, el objetivo principal de esta propuesta asociativa juvenil era la formación moral y religiosa. Apenas creado el batallón cordobés, Tantardini informó los avances de los nuevos exploradores que comenzaban a “conocer y amar el oratorio” y de a poco se incorporaban a las prácticas de piedad.⁶¹⁵ Si bien este sacerdote se lamentó que no hubieran alumnos “como los de Buenos Aires” para que el nuevo batallón se sirviera de ejemplo, una anécdota relatada un año más tarde quizás no solo nos hable de las expectativas que los salesianos depositaban en este tipo de iniciativas, sino también nos dé algunas pistas acerca de la apropiación por parte de los mismos niños de los valores y criterios de conducta que circulaban de manera reiterativa por esos espacios. Hacia finales de 1917, un maestro de quinto grado en una escuela provincial hizo votar a sus alumnos si debía o no cambiarse el artículo de la Constitución Nacional donde se indicaba que el Estado debía sostener a la Iglesia católica. Entre los 40 alumnos que llenaban el aula, se encontraban siete niños que concurrían los sábados al oratorio salesiano como Exploradores de don Bosco. Según narraba Tantardini, estos fueron los únicos que votaron en contra. Incluso, llegaron a invitar al maestro a las reuniones en el Colegio Pio X para discutir esos temas. En la clase siguiente, al renovar la invitación realizada por parte de los salesianos, aquel contestó que no quería saber nada con frailes. Fue allí que los niños “celebraron la cosa como una victoria!”⁶¹⁶ Una victoria que era, en realidad, de los salesianos, que observaban con orgullo no solo la incorporación de determinadas ideas y conceptos en sus alumnos, sino la intervención firme y decidida en su defensa. En el contexto de cruces entre católicos y liberales en la arena pública, la congregación podía arrogarse con justicia estar colaborando en la formación de buenos soldados.

La militancia católica: el Centro de Ex-alumnos de Don Bosco

Dentro de las distintas formas de movilización y participación popular que fomentó la congregación, los Centros de Ex-alumnos de Don Bosco constituyeron organizaciones laicales cuyo activismo católico tuvo una importante presencia en la escena pública, aglutinando a gran cantidad de socios en los numerosos centros distribuidos en las principales ciudades del país. Los jóvenes ex-alumnos de los colegios salesianos - a través de una activa participación que se plasmó en reuniones

⁶¹⁴ *Los Principios*, 26 de julio de 1916.

⁶¹⁵ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 5 de julio de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁶¹⁶ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 5 de julio de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

de carácter asociativo hasta formas de compromiso más militante - se conformaron como portavoces de un mensaje íntimamente vinculado a la Iglesia y, de manera particular, a la tradición propia de la congregación, cuya misión se centró en difundir los valores cristianos entre los “hijos del pueblo”.

Desde la renovación de los años ´80, la historiografía sobre la Iglesia en la Argentina se ha ocupado ampliamente en abordar las relaciones de ella con el Estado, diversas instituciones civiles y la sociedad en general, centrandose su atención en destacar la participación del clero y la jerarquía eclesiástica como actores centrales de los procesos políticos, sociales y culturales que marcaron las primeras décadas del siglo XX. En particular, numerosos trabajos inscriptos en el campo de la historia social del catolicismo contemporáneo han dado cuenta de las transformaciones que explican el surgimiento de un movimiento laical fuerte y movilizadose en el período de entreguerras.⁶¹⁷ Algunas de las interpretaciones acerca de estos procesos han insistido en dar cuenta de cómo bajo la protección del papado la Iglesia argentina habría avanzado en su lucha contra el liberalismo intentando la recristianización de la sociedad. Bajo esta concepción, se ha tendido a subestimar la autonomía que el laicado pudo tener, subsumidas estas organizaciones bajo una autoridad central emanada desde el vaticano e instrumentada desde la jerarquía de la Iglesia local. Así, el papel desarrollado por el “laicado militante” ha sido, en ocasiones, reducido al de mero espectador o instrumento de una institución controlada por el cuerpo episcopal.⁶¹⁸

Al destacar la gravitación que las distintas agrupaciones laicales tuvieron dentro del universo católico, el rol ocupado por la Acción Católica Argentina (ACA) en aglutinar y canalizar sus acciones al interior de la Iglesia ha concitado la mayor atención de los historiadores.⁶¹⁹ En cierto modo, la creación de este organismo hacia 1931 fue entendida como la manifestación más importante de un giro operado por la Iglesia hacia un catolicismo socialmente más ofensivo e inclusivo, siendo la vanguardia en un contexto de crisis de legitimidad del liberalismo. Precisamente fue en ese periodo donde adquirió mayor relevancia el integrismo en el interior de la Iglesia y donde se propagó con mayor éxito el mito de la “nación católica”.⁶²⁰ Sin embargo, si bien el catolicismo alcanzó una presencia inusitada en la escena pública nacional - sobre todo a partir de la realización de múltiples congresos eucarísticos que acompañaron al internacional de 1934 -, las décadas previas vieron surgir

⁶¹⁷ El énfasis de estos trabajos estuvo puesto no en la movilización de un importante contingente de militantes, sino más bien en la vinculación con la transformación urbana y social, con el crecimiento exponencial de la Iglesia y sus múltiples organizaciones. Roberto Di Stefano y José Zanca, “Iglesia y catolicismo en la Argentina. Medio siglo de historiografía”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 24, 2015.

⁶¹⁸ Jessica Blanco, “Religión y espacio público en la Argentina moderna. El caso de la Acción Católica Argentina (1931 – 1941)”, Gardenia Vidal (Comp.), *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público. Córdoba, 1880-1960*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2007, p. 65.

⁶¹⁹ Como destaca Blanco, algunos de los logros más importantes de la ACA estuvieron dados, justamente, por el agrupamiento de las asociaciones católicas en el interior de estructura, al tiempo que acostumbró a los laicos a la sujeción eclesiástica. Jessica Blanco, “Religión...” cit., p. 64.

⁶²⁰ Loris Zanatta, *Del Estado liberal...* cit.

diversas expresiones de sociabilidad junto a otras iniciativas que, lejos de mostrar una Iglesia dormida o aletargada, dan señales para comprender la intensidad de su movimiento. En este sentido, las tesis rupturistas que vieron en los treinta el despuntar del “renacimiento católico” han sido matizadas por investigaciones más atentas a indagar las formas en que el catolicismo logró relacionarse con una sociedad en plena transformación como fue la de la modernización.⁶²¹ Hoy existe cierto consenso en torno a la idea de que el periodo de hegemonía laico no se extendería, como se pensaba, hasta la tercera década del siglo XX, sino que su eclipse estaría dado en las décadas anteriores.⁶²²

Es en este marco que se ubican las experiencias de formación, acción y militancia del mundo católico que antecedieron a la centralización e institucionalización del laicado con la creación de la ACA a principios de la década del '30, en particular el activismo católico desempeñado por los ex-alumnos salesianos en la ciudad de Córdoba. Desde su primera reunión formal en 1910 el Centro de Ex-alumnos constituyó un espacio de reunión y sociabilidad católica pero también de militancia y acción a favor del clero, la Iglesia y la congregación, que permite visibilizar el mundo de los sectores católicos del periodo de entreguerras y, en particular, el protagonismo de las organizaciones laicales. De manera similar a los Cooperadores Salesianos, los centros de ex-alumnos fueron creados para difundir y colaborar con la obra educativa, aprovechando la formación recibida por los jóvenes dentro de las mismas instituciones salesianas. Si puertas adentro se llevaba a cabo una tarea que pretendía reformar las costumbres, hábitos y valores de los alumnos formando ciudadanos honestos, responsables, laboriosos, defensores del espíritu cristiano en las aulas y talleres de sus escuelas, al egresar debían comportarse de manera tal como se les había inculcado y ser verdaderos elementos de transformación en una sociedad que los salesianos concebían “influida de espíritus ateos y anárquicos”.⁶²³

Imagen 43

Miembros del Centro de Ex-alumnos del Colegio Pío X con el Padre Inspector José Vespignani. Sentados de izquierda a derecha: Juan Brogliatti, José Vespignani, Juan Fassi y Felipe Bruno. Parados de izquierda a derecha: Santos Raspanti y Nicolás Bruno. c. 1930.

Fuente: ACPX.



⁶²¹ Miranda Lida, “El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico”, Cynthia Folquer y Sara G. Amenta (Eds.), *Sociedad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*, Tucumán, UNSTA, 2010, p. 398.

⁶²² Sobre el debate en torno a los “umbrales de secularización” y el caso argentino, ver Roberto Di Stefano, “Por una historia...” cit.

⁶²³ *Carta de Juan B. Gherra a José Vespignani*, 14 de enero de 1910, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

La Asociación de Ex-alumnos de Don Bosco tuvo su origen en Turín en vida del mismo fundador de la congregación, a quienes antiguos alumnos suyos de los oratorios y talleres visitaban y colaboraban con las necesidades institucionales. Ese primer gesto se fue multiplicando en las casas salesianas de diferentes países, armando una red de centros que nucleaban y organizaban a los antiguos estudiantes. En la Argentina, el primer Centro de Ex-alumnos de Don Bosco se conformó en 1899 con aquellos que habían pasado por el Colegio Pio IX en la ciudad de Buenos Aires. El éxito a nivel internacional llevaría a la elaboración de un cuadro institucional formado por centros locales, consejos regionales, consejos nacionales y un consejo internacional o mundial, con sus respectivas autoridades. Según el “Estatuto de los Ex-alumnos”, el espíritu de esta iniciativa era la reunión de todos aquellos que, habiendo frecuentado como alumnos en cualquier instituto salesiano y habiéndose “formado en el amor hacia Don Bosco y sus ideales”, deseaban mantenerlos “vivos y operantes en sus vidas, permaneciendo unidos entre sí y bajo la autoridad y guía de los superiores salesianos”.⁶²⁴ Como una manera de conservar y acrecentar los vínculos filiales de los educandos con la obra, los fines y objetivos planteados por el estatuto pretendían recrear permanentemente la educación recibida en el colegio, fomentando la unión y el buen ejemplo en la práctica de las virtudes cívicas cristianas difundiendo en la sociedad, especialmente entre la juventud, el espíritu de Don Bosco. De acuerdo a como lo entendían los superiores, a través de una ejemplar vida cristiana, siendo portadores de una “educación modelada sobre la vida colegial salesiana” y entregados al “apostolado social inspirado en la fe y caridad”, se sentarían las bases del “perfecto ex-alumno, la santidad de la familia, la concordia y la prosperidad de la Patria”.⁶²⁵ Así, los salesianos intervenían en el mundo de los adultos reforzando el espíritu religioso aprehendido en la escuela, como una forma de asegurar que no se diluyeran los hábitos y valores que circulaban en esos ambientes cerrados y controlados como eran sus colegios internados.

En Córdoba, la primera reunión de ex-alumnos tuvo lugar en el mes de mayo de 1909 mediante la organización de un Círculo de Estudios Religiosos para egresados del Colegio Nacional, colegios normales y provinciales y de los primeros años de la universidad.⁶²⁶ Con la presencia de cincuenta jóvenes, estos cursos tenían por finalidad realizar un estudio apologético del catecismo y los dogmas cristianos. Esas actividades dieron la iniciativa para la fundación formal del Centro un año después, con la elección de una comisión directiva que tuvo como presidente a Pablo Albertini, un antiguo alumno del oratorio quien años después sería el encargado de dirigir el primer batallón de

⁶²⁴ Cayetano Bruno, *Los Ex alumnos de Don Bosco en la Argentina*, Buenos Aires, Antonio López Técnicas Gráficas, 1991, p. 12.

⁶²⁵ *Bodas de Oro Ex-alumnos de Don Bosco*, 1956, caja 4, “Córdoba”, ACS.

⁶²⁶ Esta iniciativa de los círculos de estudio tenía su inspiración en los Grupos de Estudios Sociales fundados en 1907 por los ex-alumnos de Buenos Aires y orientados, sobre todo, para los Círculos Católicos de Obreros. Lorenzo Massa, *Vida del Padre José Vespignani*, Buenos Aires, SEI, 1942, p. 632.

exploradores en la ciudad. A través de estas instituciones, los salesianos pretendían convertir cada hogar de ex-alumno en una “pequeña casa salesiana”. De allí que su correcto funcionamiento implicaba la organización de reuniones y asambleas periódicas, donde se trataban y debatían temas referidos a la vida institucional, se leían cartas y correspondencias de salesianos y directivos de otros lugares, se divulgaban noticias de la congregación, se elegían autoridades y se proyectaban festejos, actos y celebraciones para fechas de importancia civil y religiosa. Hacia los años veinte, con el incremento de las ofertas y consumo de actividades de ocio entre la población, el catolicismo comenzó a considerar todo tipo de actividades culturales - desde cine, teatro, libros y conferencias - como un terreno fértil para hacer valer su influencia moral, desplazando incluso del centro de la agenda la “cuestión social” por la “cuestión cultural”.⁶²⁷ En un contexto donde el mundo católico contemplaba la necesidad de moralizar estos espacios, los ex-alumnos salesianos le dieron vida a su institución a través de las funciones teatrales realizadas por el “Cuadro Dramático”, tal como sucedía en la vida colegial. Además de actuar para los asociados y sus familias y los internos del Colegio Pio X, los ex-alumnos también lo hacían para el público en general amenizando veladas o reuniones de distintos organismos, como lo hicieron el 6 de septiembre de 1919 a pedido del Círculo de Obreros Católicos con motivo del día del Pontífice.⁶²⁸

Las actividades recreativas eran una manera de vincular a los diferentes miembros y fortalecer ese espacio como un ámbito de sociabilidad. Una de las primeras tareas fue la creación, en diciembre de 1910, de un polígono de tiro reducido para uso exclusivo de los ex-alumnos. Por esos años, la difusión de las sociedades de tiro como uno de los múltiples espacios de sociabilidad estuvo ligada al interés del estado nacional en promocionar la práctica de tiro de guerra, con la intención de aumentar la pericia en el manejo de los fusiles y promover el patriotismo entre la población.⁶²⁹ Hacia 1895 había tenido lugar la fundación de Tiro Federal, un espacio destinado justamente a enseñar a la población el uso de las armas y suplir las deficiencias de su instrucción militar, obligatoria luego de la ley que disponía el alistamiento total durante dos meses en las filas del ejército. El sistema de este servicio militar requería que luego del entrenamiento los reclutas - que pasaban a formar parte de la Guardia Nacional -, mantuvieran y perfeccionaran su capacitación con una práctica complementaria en el polígono de tiro. Fiel a ese espíritu de época, los ex-alumnos salesianos crearon así su propio lugar de prácticas para los “amigos de Don Bosco”. La organización de paseos fuera de la ciudad también era una práctica recurrente. Sin descuidar el espíritu religioso que debía animar la organización, se elegía un lugar donde hubiera una capilla para ir el domingo y ayudar en la liturgia. Luego se realizaba el “pic-nic” a la sombra de los árboles, en medio de “chistes, bromas, música,

⁶²⁷ Miranda Lida, *Historia del catolicismo...* cit., p. 104.

⁶²⁸ *Boletín del Centro de Ex-alumnos de Córdoba*, octubre de 1919.

⁶²⁹ Bárbara Raiter, “Que cada ciudadano sea un buen tirador. Ciudadanía y nación a través de los editoriales de Tiro Nacional Argentino”, *PolHis*, año 8, núm. 15, enero-junio de 2015, p. 49 - 65.

cantos, bochas... cerveza fresca... y buen apetito”.⁶³⁰ Complementariamente, se encargaban de llevar a cabo acciones solidarias o de beneficio a la comunidad. La creación de bibliotecas populares fue una de ellas, algunas bautizadas con el nombre de insignes cooperadores.

En 1919 hizo su aparición el órgano de comunicación titulado “Boletín del Centro de Ex-alumnos de Córdoba” que se repartía como un anexo del Boletín Salesiano. La Argentina experimentó desde la segunda mitad del siglo XIX el desarrollo de una prensa católica, que iba desde los grandes periódicos a publicaciones parroquiales y asociativas.⁶³¹ Como se detalló, los salesianos también incursionaron en la actividad editorial, favorecidos por los talleres de imprenta que funcionaban en sus escuelas de artes y oficios, lo que les permitía imprimir a bajo costo. En el boletín del Centro se publicaban las noticias más relevantes vinculadas a la organización, al colegio y la obra en general. Uno de los apartados estaba destinado a realizar una crónica en tinte cómico de la vida social de los miembros, mediante un discurso que promovía y defendía la camaradería y el compañerismo entre ellos a través de noticias cargadas de ironía: “Se dice que un Ex alumno... ha jugado un billete de la del millón, y seguro que está de llevarse los buenos miles, regalará al Centro una mitad de la ganancia... y que otros Ex alumnos le han dicho hubiera hecho mejor en dar al Centro lo que gastó en el billete...”⁶³² Además, se publicaba la rendición de cuentas con los ingresos y egresos mensuales, los que provenían, principalmente, de la cuota que cada miembro aportaba, de las ventas de entradas para alguna función del cuadro dramático, de la venta de boletines salesianos y de las donaciones. La dirección del Colegio Pio X también solía contribuir con dinero para financiar algunas actividades en particular. Este espacio de interacción social también era propicio para publicitar oficios y profesiones, formando una red que vinculara ofertas y demandas de trabajo. Esto quedó plasmado en el boletín de diciembre de 1919, bajo el nombre de “Guía Profesional y Comercial de los Ex-alumnos”.⁶³³ El afán de fomentar aún más la familiaridad entre los socios se plasmó, hacia 1920, en la realización de té mensuales y la organización de homenajes a aquellos que cambiaban su estado civil o lograban graduarse en la universidad. Se estableció la “misa del ex-alumno” los días domingo y fiestas de precepto y las conferencias formativas de diversos temas, con la participación de renombrados oradores. Estas jugaban un papel central en el financiamiento de la identidad salesiana.

Todas estas actividades asociativas tendientes a formar un espacio de sociabilidad y ayuda mutua, estuvieron imbuidos de un fuerte compromiso hacia la causa católica en un contexto de tensiones entre la Iglesia y sus adversarios en la vida pública. Las diversas prácticas llevadas a cabo

⁶³⁰ *Boletín del Centro de Ex-alumnos de Córdoba*, diciembre de 1919.

⁶³¹ Ver Miranda Lida, *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo. 1900-1960*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 2012.

⁶³² *Boletín del Centro de Ex-alumnos de Córdoba*, diciembre de 1919.

⁶³³ *Boletín del Centro de Ex-alumnos de Córdoba*, diciembre de 1919.

por este Centro dieron muestras de una verdadera actividad militante, cuyo compromiso sobrepasó las tibias reuniones de camaradería y distensión. Durante los primeros años, la nueva institución se abocó a identificarse con las obras que tenían lugar en el colegio salesiano, vinculándose con sus directivos, participando de las misas y retiros y animando la vida escolar. Hacia la segunda década del siglo pasado, comenzaron las intervenciones en el espacio público motivadas por los superiores del Colegio Pio X como una forma de lograr la avanzada en las calles de la ciudad. Desde su origen en Buenos Aires, los Centros habían sido concebidos con el propósito de divulgar no solo la obra de don Bosco, sino para formar parte activa en las filas de los católicos que confrontaban con los sectores que atacaban a la Iglesia y su discurso. En este sentido, la figura que mejor encarnó ese espíritu fue la del salesiano coadjutor Carlos Conci, quién supo imprimirle a los centros un verdadero espíritu combativo.⁶³⁴

La historiografía oficial de la congregación ha destacado la voluntad por parte de los superiores de trascender la unión meramente sentimental y nostálgica hacia la obra salesiana por parte de los jóvenes egresados, para tomar medidas de acción más concretas frente a un clima de creciente anticlericalismo.⁶³⁵ Esta reorganización operada desde la jerarquía salesiana imprimió en los ex-alumnos un espíritu más combativo, siendo parte activa en las filas del apostolado católico. La gran expansión de la congregación en el país, junto con su mayor visibilidad y presencia pública crearon el marco adecuado para manifestarse abiertamente a favor de la causa de los “defensores de la fe y la Iglesia de Cristo”. La presentación hecha al gobierno nacional a comienzos de 1906 por parte de una delegación del Partido Liberal, pidiendo la expulsión de las congregaciones religiosas radicadas en el país, junto con una serie de artículos publicados en la prensa donde se denunciaba el maltrato dentro de instituciones dirigidas por congregaciones religiosas, colmó los ánimos del superior salesiano quién, a través de una carta dirigida al Presidente de la Nación, tomó la primera medida que involucró a la congregación de una manera más comprometida en los procesos políticos de esos años. A partir de entonces, las directivas emanadas desde los superiores tendieron a reforzar los cuadros internos de los centros de ex-alumnos, fomentando el activismo católico entre los socios. Los miembros activos se agruparon en un comité de defensa, dando inicio a una campaña de difusión

⁶³⁴ Carlos Conci gravitó en el ámbito católico argentino de la primera mitad del siglo pasado, participando y siendo un referente de diversas iniciativas y organizaciones como la Liga Social Argentina, los Círculos Católicos de Obreros, las Conferencias Callejeras, la Unión Popular Católica Argentina, la Gran Colecta Nacional, del periodismo católico como el diario El Pueblo, entre otras. Además, su nombre está íntimamente ligado a la vida de los centros de ex-alumnos de Buenos Aires y la organización nacional de los centros en el país. Para más datos, ver la biografía en clave hagiográfica de Juan Belza, *Conci. Boceto biográfico de un hombre y de una época*, Buenos Aires, Colegio Pio IX, 1965. Sobre la figura de Conci en el contexto del catolicismo argentino en las primeras décadas del siglo XX, ver Iván A. Fresia, “Catolicismo social argentino, militancia y dirigencia obrera. Trayectoria y proyecto social de Carlos Conci (1908-1930)”, Gardenia Vidal y Jessica Blanco (Eds.), *Espacio público en Argentina, fines s. XIX-primerá mitad s. XIX*, Córdoba, Editorial Brujas, 2016.

⁶³⁵ Lorenzo Massa, *Vida...* cit., p. 630.

que incluía la pegatina de carteles y repartos de volantes por la ciudad. De esta manera, “en el campo de batalla del apostolado cristiano y social se fogearon los verdaderos soldados de la causa”.⁶³⁶

La organización del Centro en Córdoba se dio alrededor de los cursos de religión, que pronto se transformaron en verdaderos círculos de estudio sobre filosofía, literatura y apologética, destinados a ex-alumnos y jóvenes universitarios en general que estuvieran interesados.⁶³⁷ A la par de estas clases teóricas tenían lugar prácticas que terminaban de apuntalar la formación recibida y constituían la parte esencial de la misión de todo ex-alumno, esto es, su actitud proactiva en defensa de los valores e ideales católicos en un contexto social teñido por un espíritu de cruzada. Así, la realización de debates y discusiones sobre algunos temas de actualidad en las reuniones y asambleas periódicas, la difusión de la “buena prensa”, la actitud proselitista a través de afiches y carteles en la vía pública, la proclamación de discursos en plazas y esquinas concurridas de la ciudad, terminaron de configurar lo que constituía una verdadera formación de cuadros políticos. Estos jóvenes que salían de las aulas y talleres del colegio salesiano fueron activos y participativos militantes de Cristo, apóstoles sociales que llevarían una vida de combate en defensa de la religión. La misión que desde la congregación se les imprimía a los ex-alumnos encontraba su lugar fuera de los muros del colegio, en el seno de la sociedad y los problemas de su tiempo. Ellos eran los encargados de llevar el espíritu salesiano a sus hogares y trabajos, a su entorno, colaborando con la obra de reforma social que empezaba con los niños del oratorio festivo. Los ex-alumnos buscaron mostrar a la sociedad que los años de educación salesiana los había formado como verdaderos cristianos comprometidos con lo social.

Esto se puso a prueba especialmente durante los meses de 1918 con la eclosión de los movimientos reformistas dentro de la Universidad Nacional de Córdoba. Los estudiantes representaban una heterogeneidad liberal convertida en una sola fuerza para oponerse a su principal enemigo que era el clericalismo, de allí que la Reforma Universitaria fuera vista como un verdadero reto para los salesianos que la concebían como una corriente laicista que iba contra la Iglesia y el clero. El mismo vicedirector del Colegio Pio X notificaba con preocupación a su superior en Buenos Aires acerca de la “opresión anticlerical” que se vivía en la ciudad:

“Se han tendido las líneas y deslindado los campos. Parece sin embargo que no vencerán porque la reacción es enérgica: aunque algo tardía. Naturalmente no se piensa ni se habla de otra cosa. Anoche

⁶³⁶ Juan Belza, *Conci...* cit., p. 102.

⁶³⁷ Este tipo de iniciativas eran frecuentes en esos años. Baste recordar la organización de los Cursos de Cultura Católica, fundados en 1922 por un grupo de jóvenes laicos con el objeto de contar con un ámbito específico de formación. Como ha indicado Zanca, guiados por el deseo de ser un vehículo de “reconquista intelectual” de la sociedad argentina, sus miembros mantuvieron una relativa independencia respecto de la jerarquía eclesial, hasta que a fines de los años treinta, con la llegada de la autorización por parte de Roma, la injerencia de las autoridades se plasmó en sus estatutos. José Zanca, “Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización”, *Prismas*, núm. 16, 2012, p. 199.

quizás lo haya sabido por diarios, parece que atentaron la vida a Tilli quienes momentos antes en el Club Católico habían fustigado terriblemente a esos nuevos Voltaire y Robespierre en verba. Hasta ahora se conocían esos individuos como guarangos, ladrones, etc. Ahora ya se pueden llamar asesinos. Hicieron ayer ellos una manifestación de casi 9000 individuos: lo más bajo y ruín de Córdoba es cierto, pero individuos que no teniendo nada que ganar ni nada que perder y si, solamente instintos brutos que desahogar y odio que satisfacer son capaces de hacer arder a Córdoba entera y proporcionarnos una Semana Negra de Barcelona!"⁶³⁸

En otra correspondencia, el mismo sacerdote insistía sobre este tema indicando que los hechos habían derivado en una "clerofobia" que ponía en peligro la institución, ya que su espíritu se infiltraba aún entre los niños pequeños de la obra.⁶³⁹ Ante esos sucesos, los ex-alumnos resolvieron lanzarse a la calle en defensa del clero y el catolicismo. El mismo Tantardini había auspiciado la idea que el Centro se involucrara con los sectores católicos ante la gran cantidad de adhesiones con que contaba la "causa del demonio y de la injusticia" y las pocas que, en su parecer, habían concitado lo que identificaba como una cruzada que debía movilizar a la congregación, ya que por las calles se oía gritar: "¡Mueran los frailes! ¡Abajo las sotanas!"⁶⁴⁰ El superior de los salesianos, observando el peligro que podía representar para la obra de Córdoba si las manifestaciones de repudio se dirigían hacia el colegio, recomendó prudencia a los ex-alumnos. En junio de ese año, estos remitían una circular a Vespignani pidiendo autorización para hacer público el repudio a los sucesos reformistas, al tiempo que recordaban la estricta obediencia a las jerarquías de la Iglesia y la congregación:

"Córdoba, presenta en estos días el indigno espectáculo de las aberraciones de una juventud inexperta, sin criterio, sin carácter, sin ideas propias, que se revela contra todo lo que es orden, decoro y dignidad, para bochorno de una ciudad que sobresalía en la República Argentina por su cultura y caballerosidad. Frutos amargos de un espíritu de insubordinación, irreligión y anarquía que domina en las escuelas modernas, en las que no reina el espíritu recto del Vble. Don Bosco. Educados en los Colegios Salesianos, los Ex-alumnos del Colegio Pio X reunidos en asamblea general, en contestación de su nota, sienten la necesidad de protestar ante S.R. que representa a los superiores de la Pía Sociedad Salesiana contra estos movimientos autoritarios y antisociales, y manifestar que ahora y siempre y en todo atiende pensar y obrar en

⁶³⁸ *Carta del Padre Pedro Tantardini a José Vespignani*, 26 septiembre de 1918, caja 3 - Córdoba, ACS (subrayado del original).

⁶³⁹ *Carta del Padre Pedro Tantardini a José Vespignani*, 20 de junio de 1918, caja4 - Córdoba, ACS. Es interesante el caso de este sacerdote salesiano quien, desde los puestos directivos que le tocó ocupar - vicedirector y director del Colegio Pio X, director espiritual de la Sociedad Católica Popular Italiana y director del periódico semanal *Vita Coloniale* - siempre mostró interés por los sucesos políticos de esos años, principalmente a raíz del conflicto de la Iglesia con los sectores liberales. De la lectura de su correspondencia mantenida con los superiores en Buenos Aires en los años que van de 1905 a 1930, se desprende su constante preocupación por el estado moral de la sociedad cordobesa, la influencia de las ideas "perniciosas" de lo que él llama el "liberalismo intransigente y destructor", como de la poca reacción de los sectores católicos en la ciudad.

⁶⁴⁰ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 26 de junio de 1918, Caja 3, "Córdoba", ACS.

conformidad con las prescripciones pontificias y con las instrucciones de nuestros Superiores Mayores y locales”.⁶⁴¹

Durante esos agitados meses de 1918, numerosos actos públicos los encontraron como protagonistas, oficiando de oradores en plazas y salones arengando a la muchedumbre. La nota principal estuvo dada por la manifestación que congregó a sesenta mil personas, llevada a cabo el domingo 13 de octubre de ese año en repudio a los acontecimientos reformistas y en los que tomaron parte activa y en primera fila diversos organismos salesianos. En esta apropiación del espacio público como elemento de avanzada militante, la religión servía como fuente y motivo de compromiso social de muchos de los ex-alumnos. Estas acciones estaban íntimamente ligadas a prácticas que algunos grupos católicos habían ensayado en años anteriores, particularmente la experiencia de las “conferencias populares” inauguradas en 1916, donde el catolicismo se acercó a las barriadas humildes con la idea de interpelar directamente a los sectores populares.⁶⁴² De manera particular, la organización de comuniones generales destinadas a varones - práctica que con el tiempo alcanzaría grandes proporciones - sirvió para reafirmar el sentido religioso de manifestaciones que en muchas ocasiones se nutrían más de un contenido político. Estas ceremonias que se preparaban con ensayos de cantos sagrados, música y propaganda entre los caballeros del vecindario, permitieron a Tantardini augurar que aquellas prácticas lograrían que la Córdoba moderna volvería a ser la “Córdoba piadosa de otros tiempos”.⁶⁴³ En este sentido, estas prácticas cargaban con un profundo contenido reformista, constituyendo verdaderas misiones urbanas que intentaban moralizar las costumbres, principalmente en aquellos barrios considerados fuentes de peligro y corrupción moral.

Así mismo, este tipo de prácticas tendían a entrenar en la calle a quienes serían los futuros dirigentes social-cristianos. Incluso la cercanía de importantes personalidades del ámbito político, fundamentalmente de católicos sociales como los legisladores Arturo M. Bas y Juan Caferatta, sirvió de referente para estos jóvenes ex-alumnos que se formaban también representando la fe en Cristo y su Iglesia. La preparación asidua y metódica de los miembros más comprometidos en la lucha social se realizaba a través de los Centros de Estudios Sociales, cuya finalidad era “defender la Iglesia contra los ataques de los políticos, especialmente, de los socialistas”, remarcando que la labor social del grupo era directamente opuesta a la “propaganda pornográfica y antirreligiosa del colectivismo socialista”.⁶⁴⁴ En 1924, con motivo de la realización en Buenos Aires del Congreso Nacional e

⁶⁴¹ *Circular del Centro de Exalumnos Salesianos de Córdoba dirigida al Padre Inspector José Vespignani*, junio de 1918, caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁶⁴² Miranda Lida, *Historia del catolicismo...* cit., p. 75. El salesiano Carlos Conci acompañó desde un primer momento esta iniciativa del Padre Dionisio Napal de las conferencias, en las que el objetivo estaba puesto en “arrojar el sacerdote al mundo, para lograr horizontalmente la conquista de la masa y ganar la calle”. Juan Belza, *Conci...* cit., 205.

⁶⁴³ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 26 de junio de 1918, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁶⁴⁴ Juan Belza, *Conci...* cit., p. 97.

Internacional de Ex-alumnos de Don Bosco y en el marco de los festejos por los cincuenta años de presencia de la congregación en la Argentina, los dirigentes del centro de Córdoba resolvieron organizar un ciclo de conferencias sobre diversos temas a cargo de “renombrados oradores de la ciudad”, entre los que se encontraba como invitado de honor Monseñor Inocencio Dávila. Como reflejo del espíritu de lucha y compromiso que se le intentaba imprimir a los centros en todo el país, Telesforo Ubios disertó sobre la misión del ex-alumno de don Bosco.⁶⁴⁵

Estas manifestaciones públicas de gran envergadura cristalizaron en el nacimiento de una celebración que perduró en el tiempo. En 1927 tuvo lugar la primera “Manifestación de Fe”, una procesión realizada en conmemoración del Jueves Santo y destinada exclusivamente a los adultos varones, en su mayoría ex-alumnos y adeptos a la obra salesiana. El paseo por las calles de la ciudad de las columnas de hombres en procesión junto al “Santísimo” significaba la presencia activa de los sectores católicos en el conjunto social. Estas marchas alcanzaron importantes dimensiones en 1930, ocasión en la que participaron cuatro mil hombres.⁶⁴⁶ La gran “manifestación de hombres católicos” - como se la conoció en los años siguientes - contó con la adhesión de numerosas instituciones que trascendían el ámbito estrictamente salesiano, como el Círculo Católico de Obreros, y en los volantes repartidos se apelaba a la participación activa: “En esta época de cobardías se destacan más que nunca los actos de valor en confesar las propias convicciones. Nadie que se precie de católico debe estar ausente en la visita a los sagrarios el Jueves Santo”.⁶⁴⁷

También ese mismo año, los ex-alumnos iniciaron las peregrinaciones a la Virgen de Lourdes en la ciudad de Alta Gracia. Estas prácticas religiosas hacia un determinado santuario conformaban verdaderos escenarios religiosos donde se ponían en juego distintas rememoraciones, sentimientos y pertenencias identitarias, a la vez que ponían en evidencia los mecanismos que la dirigencia instrumentaba para atraer y contener a los fieles.⁶⁴⁸ En el caso de los salesianos, la existencia de una devoción particular a la Virgen dentro de la Congregación bajo la advocación de María Auxiliadora, es una muestra de una movilización que se hizo extensiva a otro santuario no vinculado directamente a la orden salesiana, y que evidenciaba la búsqueda de visibilidad a su organización a través de la participación pública en eventos de mayor envergadura. En un contexto en donde la utilización de la

⁶⁴⁵ *Actas Congreso Nacional e Internacional de Ex-alumnos de Don Bosco*, año 1924, ACPX.

⁶⁴⁶ Tantardini comentaba a su superior en Buenos Aires que en un trayecto de 20 cuadras no se había dejado de rezar y de cantar un solo momento, y recordaba la impresión que le produjo el oír cantar el *Tantum Ergo*, en la Catedral, por cuatro mil “voces viriles”. *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 6 de mayo de 1930, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁶⁴⁷ *Circular del Centro de Ex-alumnos de Don Bosco de Córdoba*, año 1930, ACPX.

⁶⁴⁸ Mariela Ceva, “Inmigración e Iglesia. Las peregrinaciones extranjeras a Luján hacia el Centenario”, Patricia Fogelman, Mariela Ceva y Claudia Touris (Eds.), *El culto mariano en Luján y San Nicolás. Religiosidad e historia regional*, Buenos Aires, Biblos, 2013, p. 52.

calle se mostraba como un recurso cada vez más utilizado por el catolicismo, la movilización generaba nuevos modos de participación religiosa.⁶⁴⁹

Esta vocación de ganar el espacio público continuó, y en este sentido uno de los mayores espectáculos realizados por los salesianos fueron, en 1929, los festejos por la beatificación de don Bosco que congregaron a una multitud de treinta mil personas entre alumnos, ex-alumnos y adherentes a la obra salesiana, que marcharon por las calles de la ciudad celebrando al fundador de la congregación. Estas estrategias de manifestación en el espacio público revelan una conducta orgánica de los simpatizantes a la obra y la articulación con los sectores populares. Massa expresó que ese año constituían “una manifestación eminentemente popular, en la que los gobernantes, los jueces y los militares se hallaban confundidos con los obreros y con los hijos del pueblo para aclamar juntos al apóstol de la juventud”.⁶⁵⁰ La realización de actos y celebraciones religiosas de grandes proporciones sería una constante en el catolicismo de la década del '30, alcanzando su máxima expresión con la realización del Congreso Eucarístico Internacional del año 1934 en Buenos Aires, al que los salesianos y sus ex-alumnos adhirieron a través de unas jornadas conmemorativas, contribuyendo al clima de época triunfalista experimentado por los sectores católicos.

En síntesis, con una fuerte identidad salesiana, los Centros de Ex-alumnos de Don Bosco formaron parte de una estrategia dirigida a difundir los valores presentes dentro de las instituciones de la congregación, con la finalidad de acrecentar la legitimación, apoyo e identificación hacia su obra, concretando su misión de evangelización de una sociedad que concebían cercada por el liberalismo de las clases dirigentes y las ideas radicalizadas difundidas entre la clase obrera. Los ex-alumnos, en este sentido, jugaron un rol fundamental en la difusión de los valores católicos y salesianos formando una organización de marcado perfil militante. Las actividades desarrolladas durante las dos primeras décadas del siglo pasado son un reflejo de un espíritu combativo que, lejos de ser síntomas de quietud y retroceso de los sectores católicos, dan cuenta de la clara postura en defensa de la Iglesia. Aunque el objetivo siempre estuvo puesto en el cuidado espiritual de los antiguos alumnos que habían transitado por las aulas del colegio, los salesianos supieron imprimirle a los Centros un claro perfil evangelizador, convirtiéndolos en una importante herramienta de movilización de los grupos de laicos dentro de la ciudad. Las reuniones de carácter asociativo, la organización de eventos y actividades religiosas, las amplias convocatorias y movilizaciones públicas junto a la actividad editorial, constituyeron el repertorio de acción de una organización involucrada en fomentar el protagonismo católico en la vida pública cordobesa.

⁶⁴⁹ Diego Mauro, “La virgen de Guadalupe en Argentina. Movilización política en el catolicismo, Santa Fe, 1920 – 1928”, *Secuencia*, núm. 75, sept-dic 2009.

⁶⁵⁰ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 45.

La emigración de la población en gran escala constituyó uno de los acontecimientos históricos más significativos de la sociedad italiana tras la unificación. En efecto, entre 1876 y 1914, alrededor de 14 millones de personas emigraron solamente al continente americano, de las cuales una gran proporción eligió la Argentina como destino.⁶⁵¹ Este fenómeno inmigratorio de grandes proporciones supuso un serio problema para la Iglesia local, que por falta de sacerdotes preparados no podía brindar una adecuada asistencia religiosa. A esto se sumaba la existencia de una cierta tensión entre la tradición anticlerical y la católica en el seno de las comunidades de inmigrantes y la preocupación por la participación de un gran número de italianos entre los grupos anarquistas, socialistas y los primeros grupos sindicales.⁶⁵² La situación religiosa y moral de los italianos en el Río de la Plata se convirtió en una preocupación para don Bosco, en parte por el contacto que guardaba con varios ex-alumnos del oratorio de Turín como por los pedidos del Cónsul argentino en Savona para que dirigiera sus esfuerzos misioneros a la Argentina. Si bien, hacia 1875 las prioridades apostólicas de la congregación tenían como centro la evangelización de la Patagonia, los salesianos se encomendaron a la tarea de atender la “dolorosa situación” de las familias italianas que vivían lejos de escuelas e iglesias y en donde ni padres ni hijos, por desconocimiento de la lengua, participaban de los oficios religiosos. De esta manera el trabajo entre los inmigrantes italianos, preferencialmente los más pobres y abandonados, se convirtió en una parte central del compromiso misionero llegando a ser una tarea igual de importante que la realizada entre los nativos.⁶⁵³ Apenas llegados a Buenos Aires los salesianos se ocuparon de atender la parroquia Nuestra Señora de La Merced y, preferencialmente, el barrio de La Boca, a través de la creación de asociaciones de ayuda mutua, instituciones educativas y la difusión de la prensa católica, acrecentando su presencia en una comunidad italiana fuertemente influenciada por los grupos republicanos anticlericales.

En Córdoba, luego de fundar y dirigir el oratorio y la escuela de artes y oficios, Gherra intervino activamente en la comunidad de inmigrantes local, a la que él juzgaba convertida en “sinónimo de anticlericalismo y enemiga de las tradiciones”.⁶⁵⁴ Esta situación llevó a la formación de una sociedad de socorros mutuos que reunía a la población italiana de la ciudad con el propósito que los asociados no solo recibieran ayuda en las necesidades materiales, sino también fomentar el cumplimiento de las prácticas religiosas. Por su parte, Monseñor Pablo Cabrera no había sido ajeno al problema de la asistencia espiritual de los italianos residentes en el radio de su parroquia, ni al

⁶⁵¹ Arthur Lenti, *Don Bosco...* cit., p. 70.

⁶⁵² Fernando Devoto, “Catolicismo y anticlericalismo en un barrio italiano de Buenos Aires (La Boca) en la segunda mitad del siglo XIX”, *Estudios migratorios latinoamericanos*, 14, 1994.

⁶⁵³ Arthur Lenti, *Don Bosco...* cit., p.72.

⁶⁵⁴ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p.147.

poder de cooptación que las sociedades de socorro mutuo existentes tenían sobre aquellos. Esto, sumado a la presencia del anarquismo y el socialismo entre la clase trabajadora, lo habían impulsado a actuar en diversas iniciativas como la fundación del Círculo Obrero Cosmopolita del Pilar, institución de carácter mutual destinada a atender las necesidades materiales de los obreros del ferrocarril del Pueblo General Paz, que contaba con gran cantidad de miembros de la colectividad italiana.⁶⁵⁵ Hacia 1911, ambos sacerdotes acordaron la realización de reuniones y conferencias entre un grupo de italianos para presentar la iniciativa de fundar una sociedad católica italiana, la que finalmente se concretó con la elección de la comisión directiva y la redacción de los estatutos. La creación de la Società Cattolica Popolare Italiana concordaba con las responsabilidades asumidas por los salesianos desde la creación del Segretariato del Popolo per gli Immigranti en 1906. Con sede central en la Iglesia Mater Misericordiae de Buenos Aires y sucursales en cada colegio del interior, entre las finalidades del Segretariato figuraban la tutela y asistencia legal de los inmigrantes sin distinción de nacionalidad, manteniéndose en contacto con embajadas, consulados, patronatos y bancos, más el funcionamiento de una agencia de trabajo.

Pero la naciente organización se conformó también como un elemento de avanzada para disputarle la hegemonía dentro de la comunidad italiana local a los grupos que adherían al nacionalismo anticlerical. Desde un primer momento, favoreció la realización de diversas actividades que difundían una identidad católica y salesiana entre los italianos. Su participación en fiestas, procesiones, celebraciones y homenajes muestran el decidido impulso católico dado desde la dirección espiritual de los sacerdotes Cabrera y Gherra. Apenas un año después de su creación, sus miembros habían participado de la solemne procesión del Corpus Christi portando banderas argentinas e italianas y en la organización de un ciclo de conferencias preparatorias a la celebración de la Pascua. La fiesta de San José se constituyó también en una ocasión propicia para la reunión de un gran número de inmigrantes que participaban de conferencias dictadas por reconocidos oradores - algunos traídos desde Buenos Aires - y de la celebración de los correspondientes sacramentos, donde sobresalían las comuniones de carácter masivo. En varias ocasiones, las reuniones solían culminar con un desayuno, almuerzo o brindis realizado en los propios comedores del Colegio Pio X, creando un espacio de sociabilización que buscaba fomentar la unión y el espíritu de familia entre los miembros de la comunidad. La Società constituyó una instancia articuladora de diferentes grupos de inmigrantes definidos por su común procedencia, lugar de residencia y actividad económica. La participación en ella significaba romper con el aislamiento y una promoción de intercambios que ampliaba el espectro social y cultural de cada grupo.⁶⁵⁶ Gran parte estaban unidos, además, por su

⁶⁵⁵ María Teresa Monterisi, “El asociacionismo católico de los inmigrantes italianos en la ciudad de Córdoba desde fines del siglo XIX hasta 1914”, Gardenia Vidal y Pablo Vagliante (Comps.), *Por la señal de la cruz...* cit., p. 230.

⁶⁵⁶ *Ibidem*, p. 232.

participación en diversas asociaciones de carácter religioso. Este es el caso de un grupo de sicilianos que, hacia 1913, se reunió para conmemorar en la ciudad la fiesta de la Virgen del Tránsito. Por intermedio de Gherra pudieron realizar las fiestas y la misa en las instalaciones salesianas. Incluso, les consiguió de Italia una imagen de la Virgen que se utilizaría para las futuras procesiones.

En 1915, sus actividades se vieron reflejadas en las páginas del periódico semanal *Vitta Coloniale*, dedicado a propagar el espíritu católico y que llegó a tener una tirada de cinco mil ejemplares distribuidos en la ciudad y zonas de la campaña. Con su creación se dio un paso clave en la promoción y afianzamiento de la organización dentro de la comunidad italiana local como en la sociedad en general.

Los cargos directivos de la sociedad popular eran desempeñados por italianos de extracción socio-económica media, especialmente comerciantes de diverso origen regional. Se destacaba la presencia de agricultores, en su mayoría friulianos de la colonia de La Toma, la Quinta de López y del Camino a Sesenta Cuadras y de sicilianos lecheros y carboneros instalados en el Pueblo General Paz, comerciantes minoristas y escasos profesionales. En las asambleas de socios compartían el espacio individuos de diferentes posiciones sociales, tradiciones culturales y origen étnico, donde la religión constituía el común denominador.⁶⁵⁷

Con la creación de la *Società Cattolica Popolare Italiana*, los salesianos ampliaron su protagonismo en el campo étnico dedicándose, sobre todo, a disputar el área del asistencialismo a otras iniciativas de carácter laico. Reforzaban así la identidad católica dentro de la comunidad de inmigrantes italianos frente a la extendida propaganda anticlerical. Sus diversas actividades traslucían la impronta religiosa que, desde la dirección salesiana, se imprimió a una organización cuyo fundamento se anclaba en los fines apostólicos y misioneros que la congregación había adoptado desde su llegada a la Argentina.

Una congregación moderna

Como apuntamos al comienzo del capítulo, en los años que marcan el tránsito del siglo XIX al XX, el catolicismo se enfrentó al desafío de influir en una sociedad cada vez más compleja y dinámica. Lejos de pasar inadvertida, la Iglesia supo amoldarse a los cambios que introducía la modernidad, acompañando de un modo activo las transformaciones que tenían lugar.⁶⁵⁸ Las distintas expresiones del incipiente campo cultural que se desarrolló en el catolicismo de esos años confluyeron en la necesidad de moralizar la nueva sociedad democrática e influir en la cultura de

⁶⁵⁷ *Ibíd.*, p. 233.

⁶⁵⁸ Miranda Lida, *Historia del catolicismo...* cit., p. 12.

masas, a través de una oferta de tono moralizante dirigida a amplios sectores sociales, con la intención de teñir de catolicismo todos los aspectos de la vida de las personas.

La escuela, como instancia de reproducción de determinados valores, fue un ámbito en el que los alumnos, más allá de aprender los saberes académicos correspondientes, se impregnaban de toda una serie de códigos culturales y celebraban los valores colectivos que los identificaban como miembros de una comunidad.⁶⁵⁹ En este sentido, los salesianos entendieron la importancia de trascender los elementos formales de la enseñanza escolar para la concreción de su misión pastoral, incorporando un conjunto amplio de iniciativas culturales y asociativas que pretendían forjar una identidad católica y salesiana en alumnos, ex-alumnos y miembros de la colectividad italiana local. Los juegos del oratorio, las lecciones en aulas y talleres, las funciones teatrales, las piezas musicales, los cuerpos de gimnastas, los batallones de exploradores, los Certámenes Catequísticos, la intensa actividad editorial, los actos conmemorativos y rituales festivos y la organización y dirección de instituciones como el centro de ex-alumnos y la Società Cattolica Popolare Italiana, complementaron la tarea de integrar y civilizar a la niñez. Pero al mismo tiempo, fueron un aporte significativo en la batalla librada en el campo cultural en una sociedad que concebían atravesada por una modernidad laica y anticlerical.

Innovadora en las formas más que en el mensaje, los salesianos conservaron elementos de un discurso ultramontano que rescataba los valores católicos más tradicionales, pero canalizado a través de prácticas que se mostraban llamativas y novedosas. Esta adaptación católica y salesiana de iniciativas culturales propias de la modernidad en la que desarrollaban su misión educativa y civilizatoria, hizo de la congregación un actor preponderante de entre el conjunto de propuestas educativas religiosas.

Como veremos a continuación, lejos de las expresiones más visibles y atractivas y vinculadas con el espacio público, la trama cotidiana de ese espacio educativo que era el internado salesiano estuvo atravesada por prácticas y discursos religiosos de intención moralizante. En definitiva, allí tuvo lugar la gran tarea de reforma social que, junto con la difusión de la cosmovisión y valores culturales católicos entre las clases populares, fue el gran aporte de los salesianos al catolicismo de esos años.

⁶⁵⁹ David Parra Monserrat, “Socialización, prácticas culturales y formas de control en la cotidianeidad escolar”, *Historia Social*, núm. 94, 2019, p. 103.

Capítulo V
EN EL INTERNADO SALESIANO



Grupo de alumnos del Colegio Pio X junto a salesianos, c. 1910. ACPX

“Olvidamos por cuanto tiempo los abusos pueden seguir siendo desconocidos hasta que son evidentes; por cuanto tiempo la gente puede contemplar la miseria y no advertirla, hasta que la propia miseria se rebela”.⁶⁶⁰

El interés por explorar las dimensiones experienciales y subjetivas de los actores ha sido un rasgo asumido por una historia social más atenta, en las últimas décadas, a comprender el carácter activo y reflexivo de la conducta humana. La revalorización de la agencia en los procesos históricos sociales se ha vinculado a una mayor atención por parte de los historiadores a las subjetividades, las experiencias, las estrategias individuales, las percepciones y los significados.⁶⁶¹ Esta “historia social desde el sujeto” nutrió las investigaciones interesadas en los establecimientos dedicados al auxilio social, donde las interpretaciones más ortodoxas sobre el control han sido matizadas por estudios que rescatan el protagonismo de los asistidos e intentan explicar la heterogeneidad de los significados, coerciones y prácticas de los actores. En este sentido, se ha tendido a colocar como protagonistas excluyentes a funcionarios pertenecientes a ámbitos oficiales o a miembros de la élite, minimizando o incluso eliminando la percepción, la presión y los saberes que los sectores subordinados utilizaron para influir, resistir o resignificar la agenda implementada desde arriba.⁶⁶² La sensibilidad hacia los aspectos interpersonales de las relaciones benéficas permite dar cuenta de la pluralidad de dimensiones y modos de resistencia al poder, como así también complejizar el abordaje de las relaciones sociales y las visiones que tratan de resaltar la autonomía relativa de los sujetos históricos dentro de los constreñimientos económicos, políticos y culturales que condicionan sus vidas.⁶⁶³

Atentos a estas líneas de indagación, en este capítulo intentamos reconstruir las experiencias cotidianas de los niños y jóvenes que pasaron sus días en el internado salesiano, indagando en las lógicas institucionales que anidaban estrategias de disciplinamiento, pero también en las formas a

⁶⁶⁰ Edward P. Thompson, *La formación...* cit., p. 378.

⁶⁶¹ Desde los años '80 es posible advertir la reconsideración de la acción y los actores en la comprensión de las dinámicas históricas. La representación de un mundo social irregular, discontinuo, regido por formas de racionalidad discretas, que impone límites a los actores pero que también les ofrece recursos, asideros, posibilidades de elección, motivó el interés por indagar la agencia humana, entendida como un juego entre coerciones y disposiciones para la acción en una situación determinada. Jacques Revel, *Un momento historiográfico...* cit., pp. 17-18.

⁶⁶² María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky, “Para desatar algunos nudos (y atar otros)”, María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (Eds.), *Instituciones y formas de control social...* cit., p. 9.

⁶⁶³ Beatriz I. Moreyra, “El revival de la historia social...” cit., p. 168.

través de las cuales los alumnos interactuaron, dialogaron, resistieron o se apropiaron de las ideas y proyecciones diseñadas sobre ellos.

A través de una rígida organización de los tiempos y los espacios característica de la vida claustral, los colegios salesianos se proponían reformar los hábitos y costumbres de la infancia popular. La hegemonía discursiva de la catequesis moral, las trazas de una arquitectura de reflejos panópticos, la asistencia vigilante de los adultos, cada uno de los aspectos del universo asistencial de la congregación estuvo pensado para estructurar la vida cotidiana de los internos. Lejos de ser una originalidad de los hijos de don Bosco, estas características pueden hallarse en la mayoría de las instituciones ideadas para menores en esa época - asilos, reformatorios, colonias -, como así también en aquellas diseñadas para la reclusión y reforma, como manicomios y cárceles.⁶⁶⁴

Sin embargo, si en su estructura organizacional el internado salesiano se muestra semejante a otras experiencias religiosas y laicas, es en el particular método educativo que lo atraviesa donde debe buscarse su rasgo distintivo. El llamado sistema preventivo impregnaba cada aspecto material y simbólico de sus instituciones. En esencia, se trataba de poner al alumno en la imposibilidad moral de cometer faltas, llamándose a sí mismo al cumplimiento del deber a través de la internalización de valores y preceptos reglamentarios y la atenta vigilancia de los adultos. Frente al sistema represivo, anclado en la creencia de que al niño por naturaleza había que domarlo reprimiendo sus impulsos con castigos y/o sanciones, los salesianos intentaban captar la atención del educando para lograr una colaboración consciente con la tarea educativa.⁶⁶⁵ La base de este sistema se hallaba en la asistencia entendida como una “convivencia activa”, es decir, la interacción entre el niño y el adulto en cada una de las actividades. Se trataba de que el educador estuviera siempre con los chicos, incluso en los momentos de recreo participando activamente en sus juegos.⁶⁶⁶ Esta comunicación, que permitía al asistente observar, convencer, dirigir, formar hábitos y educar la voluntad del alumno, se daba en una atmósfera marcada por la razón, la religión y el amor. En este sentido, como aspectos interrelacionados y compenetrados en los contenidos, en los medios y en los métodos, la “racionalidad” de los reglamentos y de las normas se encontraban inspirados por la “piedad religiosa” y por la “participación empática” del educador. El sistema preventivo requería que el adulto realizara un verdadero trabajo sobre sí mismo, para ser expresión de piedad, firmeza, dulzura,

⁶⁶⁴ Acerca de la trascendencia de la dimensión espacial en los procesos de reeducación de los menores durante la primera década del siglo XX, ver María C. Zapiola, “Espacios de reforma...” cit.

⁶⁶⁵ Ya a comienzos del siglo XIX es posible advertir en la política escolar francesa dos fórmulas, la preventiva y la represiva, surgidas al calor del debate sobre la libertad de la enseñanza. No obstante sus orígenes, el sistema preventivo quedará ligado a la experiencia educativa desarrollada por don Bosco. Sobre su génesis y vinculación con la obra salesiana ver Pietro Braido, *Prevenir, no reprimir. El sistema educativo de Don Bosco*, Roma, CCS, 2003.

⁶⁶⁶ Don Bosco habla de “padres amorosos” siempre presentes en la vida de los alumnos, que hablan, guían, aconsejan y corrigen amablemente. Al mismo tiempo, señala la misa cotidiana, los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía como las “columnas” sobre las que se apoya todo el edificio educativo. *Ibíd.*, p. 9.

paciencia, celo, espíritu de sacrificio, diligencia, vigilancia y sobre todo amor.⁶⁶⁷ Ese amor educativo, la *amorevolezza*, fue el aspecto trascendente de la relación entre el asistente y el niño. Como veremos en estas páginas, toda la práctica asistencial salesiana era un reflejo del sistema preventivo, haciéndose presente desde la regulación de los tiempos y los espacios hasta en el trato de los superiores con los alumnos.

Aun con sus limitaciones, las evidencias documentales disponibles han permitido adentrarnos en la cotidianidad del internado salesiano para observar mejor las características de su sistema educativo. Más allá del discurso institucional, tendiente a difundir las virtudes de su carisma, existieron tensiones, dificultades, desafíos y contradicciones que jalaron la tarea de los educadores en el día a día. Estas vicisitudes no siempre están presentes en la documentación. Pero los indicios sobre los casos marginales actúan como una ventana que al menos nos brinda la posibilidad de reconstruir parcialmente aspectos de una realidad subterránea, permitiendo complejizar la experiencia cotidiana de los niños internos.⁶⁶⁸ Así, a través de los nombres propios, el entramado de la vida asilar se muestra más poroso y menos eficiente, desnudando una realidad en la que los márgenes de acción de los niños y jóvenes, como también de aquellos que tuvieron a su cargo la tarea de resguardar la vida moral de sus educandos, se hace más aprehensible.

El espacio asistencial

Frente a los peligros que la calle albergaba para la niñez marginal, el régimen asilar se convirtió en la mejor opción para lograr una eficaz penetración en las subjetividades de los niños. La incorporación de determinados hábitos y modales, de formas de actuar y de pensar, que los salesianos creían acordes a “buenos cristianos y honrados ciudadanos”, exigía el encierro de los alumnos en un espacio en el que circulara un discurso único, sólido y coherente. La obturación de cualquier disidencia, por pequeña que fuera, intentaba asegurar la internalización sin conflictos de dichos valores. El aislamiento que presentaban los espacios cerrados buscaba paliar los efectos nocivos del medio, resguardando a los individuos en un espacio protegido por la clausura. Para actuar eficazmente sobre su moralidad, era preciso aislarlos previamente a fin de poder inculcarle

⁶⁶⁷ Rodolfo Fierro Torres, “Algo sobre educación preventiva”, *Atenas*, núm. 27, 1956, p. 295.

⁶⁶⁸ Tal como proponen Ginzburg y Poni, los hechos singulares pueden no ser los más frecuentes de hallar. Pero si las fuentes suelen callar o distorsionar la realidad social de las clases subalternas, los casos marginales, en apariencia anecdóticos, pueden funcionar como pruebas o indicios de una realidad escondida que, la mayoría de las veces, no es perceptible a través de la documentación general. Carlo Ginzburg y Carlo Poni, “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”, Carlo Ginzburg, *Tentativas*, México, Universidad Michoacana, 2003, p. 89.

preceptos de conducta sin que se vieran perturbados por ninguna otra influencia.⁶⁶⁹ La opción por la escolaridad de tiempo completo se justificaba, también, porque constituía la única manera de reducir el estado de miseria material en el que se encontraba una gran parte de los identificados como los “Huerfanitos de Don Bosco”. Así, aunque el sistema de pupilos se orientó a toda clase de sujetos infantiles, era la opción más acorde para asegurar la educación de la niñez más vulnerable.

El reglamento del Colegio Pio X especificaba una serie de requisitos de aceptación para los ingresantes al internado. La admisión de niños y jóvenes de condición humilde era uno de los pilares del carisma de la obra social salesiana, por lo que la dirección del instituto recibía alumnos totalmente gratuitos, según los medios que le proporcionaran los cooperadores.⁶⁷⁰ Para ser aceptados en esas condiciones debían demostrar ser huérfanos de padre y madre o abandonados, con los documentos o certificados probatorios. Al mismo tiempo, debían tener un encargado que respondiera por ellos. Solo se recibían niños sanos y aptos para aprender un arte u oficio, que manejaran sin dificultad las herramientas del taller. Como cada alumno debía costearse el ajuar necesario para la vida asilar, la cooperación salesiana solía incluir en la beca de los niños expósitos los útiles, la vestimenta y demás accesorios.⁶⁷¹ La existencia de un uniforme escolar y demás enseres - que eran personales e intransferibles - se ubicaba en el marco de una regulación de los cuerpos estrechamente asociada al higienismo, que configuraba una estética que apuntalaba la idea de pureza moral y racial como ideal civilizatorio. La creencia muy difundida que las ropas informaban sobre la condición de una persona, su sensibilidad y su educación, operó también en la escuela uniformando los aspectos particulares dentro de una misma gama de colores y formas. La vestimenta escolar significó también un instrumento de inclusión social dentro de las escuelas salesianas, porque la homogeneidad en el vestido servía para ocultar las diferencias sociales, aunque estas surgieran a través de otros gestos como el vocabulario, expresiones corporales o hábitos de conducta. Al mismo tiempo, el uniforme cumplía la tarea de establecer una organización estética del espacio escolar austera y monocromática, que delimitaba claramente las diferencias con lo no escolar y permitía identificar rápidamente la transgresión del orden.⁶⁷²

⁶⁶⁹ Jacques Donzelot, “Espacio cerrado, trabajo y moralización. Génesis y transformaciones paralelas de la prisión y del manicomio”, *Topique*, núm. 3, 1970, p. 128.

⁶⁷⁰ *Folleto Colegio Pio X*, s. f., ACPX. El valor de las cuotas era de \$45 para los estudiantes y de \$25 para los artesanos. Se pagaba una única cuota o derecho de entrada la primera vez, con un valor de \$15, y de \$10 los años sucesivos. Por otro lado, aquellos que desearan lavar sus prendas en el Colegio, debían abonar un sobrecargo de \$5.

⁶⁷¹ Las pertenencias que los internos debían tener obligatoriamente eran: 1 traje uniforme color azul marino; 1 gorra azul marino; 2 trajes para entrecasa; 1 colcha blanca; 4 fundas; 4 camisas; 4 calzoncillos; 12 pares de medias negras, largas; 4 servilletas; 4 toallas; 3 corbatas; 2 bolsas de género para la ropa y enseres para la limpieza personal; 1 colchón de lana de 1,80m x 0,80m; 1 almohada; 2 frazadas; 6 sábanas. *Ibidem*.

⁶⁷² Inés Dussel, “Cuando las apariencias no engañan: una historia comparada de los uniformes escolares en Argentina y Estados Unidos (siglos XIX-XX)”, *Pro-Posições*, vol. 16, núm. 1, 2005, p. 67.

En el día a día, el alumno se encontraba con un universo de valores y costumbres que se oponían a los hábitos y formas de vida que tenían fuera de ella. La disposición de los espacios, la regulación de los tiempos, la organización de las actividades y las prerrogativas reglamentarias moldeaban un comportamiento en los niños y jóvenes basados en la virtud, la modestia, la piedad, la obediencia y el trabajo, en un esfuerzo por pulir las marcas de la cultura popular. Cada rincón del internado era atravesado por una rígida disciplina, entendida no tanto como castigo o corrección, sino como un vivir conforme al orden, el respeto y la observancia de las disposiciones que garantizaban el buen funcionamiento de la casa. Tanto los salesianos como los alumnos debían procurar “conocer, amar y cumplir el reglamento”. Los asistentes, maestros, catequistas, consejeros y el propio director eran quienes debían hacer apreciar a los alumnos los frutos del “santo sacrificio”.⁶⁷³ Era tarea fundamental hacerles conocer bien los códigos normativos que regían la vida asilar, procurando sobre todo que estos los amaran y practicaran sin miramientos. Este apego a las reglas expresado en el cumplimiento y respeto de los límites excedía la búsqueda del orden mínimo para el correcto desarrollo de la tarea educativa. La estructuración de la cotidianidad de la niñez asilada debía contribuir a la transformación social, creando “una sociedad que ama los límites y porque los ama los cumple”.⁶⁷⁴ El Padre Director, al comenzar cada año, leía y explicaba el reglamento del colegio a todos los ingresantes, instruyéndolos en el modo de dirigirse a los superiores, en el buen comportamiento y en la correcta ejecución de las prácticas de piedad en la Iglesia.

La subordinación a la autoridad representada en la figura de los directivos era un aspecto esencial de la relación asistencial. Como establecía el reglamento: “si queréis pues, adquirir todas las virtudes, empezad por la obediencia a vuestros Superiores, sometiendoos a ellos sin ningún género de oposición como si os sometierais a Dios mismo”.⁶⁷⁵ Se procuraba crear un vínculo de confianza en el que los niños contaran a los salesianos sus preocupaciones y temores, estuvieran cerca de ellos, siempre a la vista sin ocultarse. Debían escuchar agradecidos sus correcciones y, cuando fuera necesario, recibir con humildad el castigo de alguna falta cometida sin demostrar odio ni desprecio. Se exhortaba, de la misma manera, a evitar la compañía de aquellos que criticaban las determinaciones de los adultos. La cantidad y el carácter de los internos no volvían nada sencilla la tarea de los educadores, de allí que la religión apareciera para facilitar la disciplina y la obediencia: “Escuchad las palabras de San Pablo: Obedeced a los superiores que han sido puestos para guiaros y dirigiros y estad a ellos sometidos, porque han de dar cuenta a Dios de vuestras almas. Obedeced no

⁶⁷³ Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1908, ACPX.

⁶⁷⁴ Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1914, ACPX.

⁶⁷⁵ *Reglamento en uso para los Colegios Salesianos*, Córdoba, 1910, p. 21, ACPX..

por la fuerza sino de buena voluntad, para que vuestros Superiores puedan cumplir sus deberes con alegría y no con lágrimas y suspiros”.⁶⁷⁶

El resguardo de la disciplina en los diferentes espacios estaba garantizado por la correcta asistencia de los salesianos. En palabras del Padre Inspector, esta “Santa vigilancia” era la mejor herramienta para asegurar, no solo la observancia del reglamento, sino que “a través de la asistencia continua, paciente, sacrificada, activa y llena de caridad” se lograba el éxito de la educación.⁶⁷⁷ La asistencia no debía ser policial, sino más bien una presencia amistosa, constructiva, animadora de la vida del interno.⁶⁷⁸ Como indicaba el sistema preventivo, no bastaba con reprender las faltas, sino que había que ubicar al niño en la imposibilidad de cometerlas. Dada la cantidad de rincones y puntos ciegos a la vista de los adultos se proponía que los asistentes anduvieran vigilando atentamente, nunca juntos, sino distribuidos estratégicamente. Este era un punto básico que ponía el acento en la responsabilidad del adulto como sostén de la disciplina. Podía parecer una obviedad de los superiores la insistencia en el cumplimiento de este deber, pero la cultura asistencial de la congregación no siempre era incorporada con rapidez en los sacerdotes en formación. Los directivos llamaban la atención de los acólitos cuando incurrían en descuidos demasiado evidentes, como estar conversando entre ellos en el dormitorio en vez de atender a los niños.⁶⁷⁹



Imagen 44

Fotografía de una de las aulas del Colegio Pio X. La imagen de concentración, estudio y cumplimiento del deber que muestran los alumnos, bajo la atenta supervisión y vigilancia del maestro salesiano en el centro de la escena, constituía una buena publicidad de la educación recibida dentro de los muros del colegio frente a los “desordenes” del mundo exterior.

Fuente: Almanaque de la Obra de Don Bosco en Córdoba para el año 1925.

⁶⁷⁶ *Ibíd.*, p. 22.

⁶⁷⁷ *Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1922, ACPX.*

⁶⁷⁸ En la experiencia concreta de don Bosco, la asistencia, antes que pedagógica, era ayuda concreta a los jóvenes pobres y abandonados. La salvación religiosa, moral y cultural de los educandos era acompañada por la preocupación de asegurar los medios de subsistencia. Estas dos dimensiones, la social-humanitaria y la pedagógica-educativa y religiosa de la asistencia se presentaban en el universo salesiano en estrecha conexión. Pietro Braido, *Prevenir...* cit., p. 334.

⁶⁷⁹ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 14 de mayo de 1924, Caja 3, “Córdoba”, ACS.*

En las correspondencias de los directivos con sus superiores en Buenos Aires, eran frecuentes los pedidos de sacerdotes y novicios para que colaboraran en la asistencia. Gherra solía ser enfático en este punto, explicando que se resentía la disciplina de la casa ante la ausencia de personal: “V. R. no ha tenido en cuenta para nada el aumento de la sección Estudiantes Internos, pues el personal es igual al del año pasado con la única variante que hay un acólito – Veá R. Padre de dar algo más, pues no es posible evangelizar de esta manera”.⁶⁸⁰ Más descriptivo resultaba el estado de situación realizado por Tantardini con la misma intención de denunciar la necesidad de salesianos en la obra de Córdoba, dando cuenta de la importancia de la presencia adulta para el sostenimiento de la disciplina:

“El personal a más de ser enfermo es escaso, a menudo quedan los talleres sin asistentes; Prioli tiene prohibición del médico de dar clase y me lo acaban de sacar de la asistencia de los talleres para darle trabajo en la prefectura; Brasesco que atiende la sastrería y la zapatería tiene que dejar la asistencia a menudo para ir a la clase de teología y cuando yo voy a la clase de los externos, quedan mis dos talleres sin asistencia, de manera que nunca se puede estar tranquilos; si su Reverencia tuviese por allí algunos acólitos de estos enfermos que el clima de Córdoba les asienta muy bien aquí no tendrían mucho trabajo, solamente atender esos vacíos en los talleres”.⁶⁸¹

La disculpa con la que Tantardini cerraba esta correspondencia, aclarando que la escribía al mismo tiempo que asistía a los artesanos en el taller de carpintería, ponía en evidencia la sobrecarga de tareas que debían afrontar los salesianos: “Termino pidiéndole me perdone el desaliño de la presente pues el martillo de los carpinteros me impiden hacerlo con más tranquilidad”.

El celo puesto en el resguardo del ambiente del colegio, sumado a las disposiciones del sistema preventivo, restringía la incorporación de laicos para que suplantarán a los religiosos. En 1918, Gherra se quejaba de que contaba con un solo acólito para asistir a los cinco talleres de artesanos, pero igualmente se negaba a contratar “mercenarios”, haciendo referencia a maestros que no fueran de la congregación.⁶⁸² Estas reservas podían verse justificadas hacia 1924, cuando Vespignani disponía un sacerdote para que se ocupara específicamente de la administración de los talleres, ya que se tenían fundadas sospechas de la sustracción de material por parte de un operario externo.⁶⁸³

Ante estas situaciones de escasez de adultos, los mismos niños colaboraban informando a los superiores sobre alguna falta cometida por algún compañero. Esto se hacía extensivo más allá de la institución, dado que los alumnos de escolaridad parcial debían conservar las buenas costumbres

⁶⁸⁰ Carta de Juan B. Gherra a José Vespignani, Córdoba, 1 de febrero de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁶⁸¹ Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 28 de abril de 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS..

⁶⁸² Carta de Juan B. Gherra a José Vespignani, Córdoba, marzo de 1918, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁶⁸³ Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1924, ACPX.

donde se encontraran, a tal punto que el Padre Inspector instaba a los salesianos a vigilar su salida del colegio y su conducta por la calle, aconsejando valerse de los celadores y decuriones para la vigilancia en los barrios.⁶⁸⁴ Por decuriones hacía referencia a aquellos alumnos distinguidos en el Certamen Catequístico realizado anualmente, a los cuales se los instruía enseñándoles el celo que debían tener para la corrección de los defectos de sus compañeros, aprendiendo a dar avisos sin irritar y dando cuenta a los superiores cuando estos no siguieran sus consejos. Además de colaborar activamente con el cuidado del orden y la disciplina, esto era otra forma de ir sembrando la “semilla de la vocación” salesiana en los niños. El autocontrol y la observancia de las prácticas ajenas era una pieza clave de la maquinaria asistencial salesiana.

La vida del alumno salesiano estaba regida por una delimitación estricta de los horarios, en la que cada día constituía una sucesión de actividades perfectamente programadas que tendía a evitar los tiempos libres. Como el exceso de apertura y disipación propio de la calle atentaba contra la disciplina, a la ausencia de actividades predeterminadas se contraponían los hábitos fijos y estereotipados, las horas compartimentadas en el trabajo, el estudio y el descanso. Se trataba de organizar una maquinaria escolar que permitiera una economía de tiempo y esfuerzos, evitando en lo posible las improvisaciones y los tiempos vacíos. Como parte del sistema preventivo, se intentaba evitar que los alumnos se ocuparan solos libremente, dado que esas ocasiones generaban necesariamente indisciplina. Mantener a los niños permanentemente ocupados disminuía las posibilidades de que cometieran alguna falta, o se acercaran a sus compañeros con el peligro de dar rienda suelta a su imaginación mediante conversaciones inmorales: “Póngase el mayor cuidado en la asistencia para exterminar cualquier conversación o palabra peligrosa”, recomendó el Padre Inspector en una de sus visitas anuales a la institución.⁶⁸⁵ La ocupación real de las horas se exteriorizaba en la meticulosa administración del tiempo que reflejaba el horario general vigente para todas las casas salesianas:⁶⁸⁶

⁶⁸⁴ José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 216.

⁶⁸⁵ Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1909, ACPX.

⁶⁸⁶ *Actas del Capítulo de la Casa*, año 1927, ACPX.

Horario y distribución de las actividades en los colegios salesianos. Año 1927.

5:10h	1er toque de campana para los hnos.
5:30h	1ra meditación, se levantan los artesanos
6:00h	Misa para la sección artesanos
7:00h	Misa para la sección estudiantes
8:00h	Misa para la sección externos
7:00h	Clase para la sección artesanos
8:00h	Desayuno
8:30h	Los artesanos entran en los talleres
8:45h	Los estudiantes se retiran al estudio
9:00h	Clases para la sección estudiantes y externos
10:00h	Recreo
10:10h	Clase
11:00h	Terminan las clases, la sección externos salen para sus casas La sección estudiantes se retira al estudio hasta las 11:30h
11:15h	Servidores. La sección artesanos se retira del taller a las 11:45
12:00h	Ángelus, almuerzo
13:00h	Recreo
14:00h	La sección artesanos entra en los talleres La sección estudiantes va al estudio. La sección externos visita el S. S. Sacramento
14:30h	Clase para la sección estudiantes, externos
15:10h	Recreo
16:15h	Terminan las clases, la sección estudiantes se retira al Estudio para dejar los útiles La sección externos sale para las casas
16:30h	Merienda. Recreo para la sección estudios
17:00h	La sección artesanos entra en los talleres
17:30h	La sección estudiantes se retira al estudio
18:00h	La sección artesanos se retira de los talleres y se dirige a sus respectivas clases
19:00h	Clase de canto
20:00h	Cena. Recreo
20:45h	Oraciones. Descanso
HORARIO DOMINICAL	
6:00h	Levantarse
7:00h	Misa para las secciones estudiantes, artesanos
8:00h	Misa para los oratorianos
8:00h	Desayuno para las secciones estudiantes, artesanos
10:15h	2da misa para las secciones estudiantes, artesanos (sermón)
11:00h	Estudio
12:00h	Almuerzo. Recreo
14:00h	Estudio
16:00h	Merienda. Recreo
18:00h	Estudio
19:00h	Vísperas, sermón. Bendición
19:30h	Cena, oraciones, descanso

Fuente: ACPX.

Más allá de la necesidad de administrar correctamente las horas que imponía la misma dinámica institucional, esta estructuración temporal funcionaba como un mecanismo que tendía a incorporar el sentido del orden, el trabajo y la disciplina en los hábitos infantiles. La cultura del ocio que se pretendía erradicar se expresaba en la rutina de muchos niños que, como observamos en el

primer capítulo, pasaban sus días en completa ausencia de autoridades y reglamentaciones visibles y cercanas.

La penetración en las subjetividades de los alumnos - como forma de modelar sus conductas y prevenir las desviaciones de las normas - no tenía lugar solamente a través de los discursos y las prácticas. Al igual que el ordenamiento del tiempo diario, los espacios construidos para albergar a los niños eran una muestra de cómo la arquitectura escolar estaba impregnada de estas inquietudes. A este ambiente cerrado había que cuidarlo y protegerlo del influjo pernicioso que pudiera venir del exterior, haciendo más fuerte aún esta oposición entre el “adentro” y el “afuera”, la “casa de Don Bosco” y “la calle”, el “lugar de las virtudes” y el “espacio de los vicios”. Por eso se privilegiaban los espacios cerrados, al modo de claustros o asilos, que permitían establecer una separación con respecto a los lugares mundanos. Ventanas amplias que daban a un patio interior, aulas comunicadas con amplios corredores desde cuyos ángulos podía observarse el movimiento de los estudiantes, estrados construidos en comedores y talleres sobre los que el salesiano escenificaba su presencia frente a los escolares, atestiguan ciertos rasgos panópticos en la organización de los espacios de una edificación pensada para ser funcional a la vigilancia, el control y la asistencia.⁶⁸⁷

Concebidos como espacios para alojar a una población infantil principalmente menesterosa que provenía de hogares ubicados en barriadas populares, con mínimas o nulas condiciones de salubridad,⁶⁸⁸ la institución aseguraba que los niños y jóvenes crecieran y se instruyeran dentro de un ambiente sano, higiénico, disciplinado y armonioso.⁶⁸⁹ Las preocupaciones por modificar el ambiente considerado negativo de los sectores populares, que de acuerdo a la visión de diferentes profesionales e intelectuales se encontraban más predispuestos a adquirir enfermedades agudas y malestares crónicos que llegarían a su prole, se reflejaron también en la escuela, siendo una nota característica de este periodo la confluencia de medicina, higiene y educación.⁶⁹⁰ La escuela era

⁶⁸⁷ Eduardo Kingman Garcés, “Del hogar cristiano a la escuela moderna: la educación como modeladora de Habitus”, *Bull. Inst. fr. études andines*, vol. 28 (3), 1999, pp. 345 - 359.

⁶⁸⁸ De hecho, el cólera, el tífus, la fiebre amarilla y la tuberculosis eran asociadas a la miseria del medio social en el cual se desataban las epidemias. Adrián Carbonetti, “Historia epidemiológica de la tuberculosis en la Argentina. 1914 – 1947”, *Estudios*, núm. Especial, 2012.

⁶⁸⁹ Con la obligatoriedad y la extensión de la escolaridad hacia la década de 1880, la progresiva incorporación de alumnos en las escuelas procedentes de las capas populares propició la intervención de especialistas en el ámbito de la salud e higiene, que promovían determinadas conductas y prácticas tendientes a asegurar que la escuela formara en las condiciones higiénicas, sanitarias y morales adecuadas. Desde esta perspectiva, las instituciones educativas concitaron la atención privilegiada de los higienistas, dado que a su entender allí se daban tres elementos de riesgo: la aglomeración y el hacinamiento propios de los espacios cerrados y de mucha circulación de personas, la vulnerabilidad característica de los infantes y adolescentes - que los hacía más propensos a contraer enfermedades -, y los riesgos patológicos específicos de la actividad escolar, principalmente en lo que hacía al contacto diario entre los alumnos. Graciela Nélica Salto, “De las escenas de colegio a las escenas de hospital: la trama higienista en narraciones, anécdotas y casos”, María Silvia Di Liscia y Graciela Nélica Salto, *Higienismo, Educación y discurso en la Argentina (1870-1940)*, La Pampa, UNLP, 2004, p. 113.

⁶⁹⁰ Esta conexión entre higiene y educación -y de ambas con la reforma social y moral- no era algo nuevo. Ya se había establecido con anterioridad a través de los tratados de “civilidad o urbanidad”, de las “buenas maneras”, o a través de la educación física entendida como educación del cuerpo y, en especial, de todo lo relativo a la crianza de los niños desde el

considerada como el espacio social en el que podía controlarse y llevarse a cabo una atención médico-higiénica sobre la infancia. La escolarización obligatoria supuso así un mayor contacto de la escuela con el discurso higienista, que la consideraba como un espacio privilegiado para la inculcación de principios y la adquisición de hábitos higiénicos, y para la realización de actividades que contribuyeran a mejorar su salud.⁶⁹¹ En este contexto, la cuestión sanitaria no escapaba a las condiciones en las cuales debían vivir los alumnos en los colegios salesianos. En efecto, desde el ingreso se exigía como requisito indispensable la presentación del certificado de vacunas y un certificado médico de buena salud. De la misma forma, las instalaciones que debían albergar a más de 350 internos en su paso por talleres, aulas, baños, comedores, habitaciones, patios y capilla, favorecían la limpieza, el orden y la higiene. Hacia la década de 1920 la prensa local destacaba las correctas condiciones asépticas de los espacios:

“Anchas escaleras de mármol conducen a los dormitorios para los alumnos y profesores, que están colocados en el piso superior. Son estos cómodos y de grandes dimensiones, dando capacidad a una gran cantidad de camas, todas ellas de hierro, pintadas cuidadosamente y de perfecta higiene. Amplios ventanales, que se suceden a escasa distancia uno de otro, aseguran una ventilación perfecta, siendo por lo tanto de excelente conformación, ya que al mismo tiempo reciben gran cantidad de sol, el mejor antiséptico”.⁶⁹²

Frente a los problemas socioambientales del mundo urbano, la actuación de los médicos higienistas estableció un discurso que ponía la centralidad en el aseo personal, el mejoramiento del hábitat popular, el aire puro y la higiene en el lugar de trabajo como precondiciones para moralizar las costumbres obreras y resolver el problema de la higiene y la salud.⁶⁹³ El lenguaje educativo, impregnado de las prácticas del higienismo se propuso que los niños alcanzaran su edad adulta y la completa moralización de costumbres atendiendo a la salud de su cuerpo. El mandato higiénico, revestido de contenidos morales, planteaba que la mejor forma de combatir los peligros de la cuestión social era educando en los preceptos derivados del conocimiento de los especialistas. De allí que los edificios escolares debían cumplir los requisitos pertinentes para ofrecer un marco adecuado para la enseñanza y el aprendizaje. El espacio, la luz, la ventilación, los sanitarios, el mobiliario, todo debía formar parte del escenario propicio para que el alumno tuviera garantizadas las condiciones

embarazo hasta, en ocasiones, la edad adulta. Antonio Viñao Frago, “Higiene, salud y educación en su perspectiva histórica”, *Areas. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 20, 2000.

⁶⁹¹ La imbricación entre el discurso de los médicos y de los pedagogos se vio claramente expresado en la revista *Monitor de Educación Común*, quien registró a partir de su fundación en 1882 notas sobre la participación del Cuerpo Médico Escolar. Juan Carlos Tedesco, *Educación...* cit., p. 115.

⁶⁹² *Los Principios*, 21 de diciembre de 1925.

⁶⁹³ Diego Armus, “Un médico higienista buscando ordenar el mundo urbano argentino de comienzos del siglo XX”, *Salud Colectiva*, vol. 3, núm. 1, enero-abril, 2007, p. 72.

higiénicas esenciales para el cuidado de su salud. La escuela, según estos preceptos, debía estar preparada para que los escolares adquirieran el germen prolífico de fuerza, salud y vida robusta. De no ser así, las instituciones podían convertirse en espacios de contagio de múltiples y distintas enfermedades.

Atento a la difusión de las ideas higienistas, en el internado se profundizaron los cuidados porque la vida claustral se consideraba rodeada de peligros para la niñez. De acuerdo a la opinión de los profesionales en la materia, las instalaciones debían adecuarse a ciertas prerrogativas si querían ser funcionales a su propósito. En el caso de los dormitorios, se aconsejaba que estuvieran en pisos superiores para ponerlos al abrigo de la humedad y para que pudieran recibir fácilmente el aire y el sol evitando las edificaciones vecinas. El eje de su construcción debía estar dirigido preferentemente de este a oeste, de manera tal que las dos fachadas principales del pabellón presentaran una ubicación norte-sur, a los fines de asegurar un mayor tiempo de exposición a la luz solar en invierno, indispensable para lograr la adecuada purificación de los ambientes. Según los planos de las distintas dependencias, los salones dormitorios del Colegio Pio X se encontraban situados en dirección este-oeste, coincidiendo con la reglas del mandato higiénico. De la misma forma, los amplios salones provistos de series de ventanas en los dos flancos, conteniendo largas filas de camas colocadas en sentido transversal con la cabecera hacia la pared, a una cierta distancia entre unas y otras, no era casual, sino que se enmarcaban dentro de las condiciones necesarias para lograr la asepsia adecuada de los ambientes. En el caso de los talleres, la correcta ventilación e iluminación de los salones fue un aspecto esencial resguardado por los desperdicios de los materiales y los insumos y desechos de las maquinarias empleadas.

El reglamento interno recogía también parte de las preocupaciones sanitarias dedicando un apartado exclusivamente a la limpieza que debían observar los alumnos. Es interesante destacar que para los directivos de la congregación, las disposiciones higiénicas - recordar lavarse la cara y las manos al levantarse a la mañana, observar el aseo personal, cepillarse los dientes, cuidar la limpieza de la cabeza llevando el pelo corto, entre otras – tenían como finalidad, no solo el cuidado de la salud personal que se traducía en un ambiente sano al resguardo de las enfermedades, sino que se anclaba en una concepción según la cual la limpieza exterior era sinónimo de pureza de alma. Un aspecto exterior sucio, desordenado y desprolijo era visto como una exteriorización del pecado, del vicio y la mundanidad. Si la prevención sanitaria estaba presente, también lo era por una visión moral que veía el aseo como sinónimo de elevación espiritual. La religión, que permeaba todos los aspectos de la vida institucional, atravesaba también la salud, el cuidado corporal y la higiene personal. Y en este sentido, como parte del desarrollo de una educación que pretendía ser integral, el cuidado del cuerpo estuvo ligado de manera particular al desarrollo de la actividad física. La rutina de ejercicios era vista por los salesianos como uno de los métodos más eficaces para “robustecer las energías corporales” y

evitar el contagio de enfermedades. El cuerpo atlético y armonioso estaría mejor predispuesto a evitar el contagio de enfermedades, a la vez que ayudaba a fortalecer el carácter y la masculinidad en los niños. Incluso en momentos de receso escolar, el director se permitía recomendar a los alumnos que por sobre todas las cosas evitaran el ocio, como primer causa de los vicios y camino hacia el pecado, aconsejándoles que disfrutaran de levantarse temprano y de realizar paseos y caminatas, para mantenerse “fuertes, sanos y alegres”.⁶⁹⁴

Las autoridades oficiales también evidenciaron preocupaciones por la correcta observancia de las disposiciones higiénicas en el interior de los espacios asistenciales. Esto puede verse con claridad en las visitas realizadas por los inspectores de escuelas municipales al colegio de los salesianos, en las cuales - además de resaltar detalles relativos a lo educativo - se realizaban comentarios referidos al cumplimiento de las disposiciones higiénicas encuadradas en las reglamentaciones municipales vigentes. Esas preocupaciones sobre la correcta preservación de las condiciones sanitarias e higiénicas estaban ancladas en la experiencia cotidiana de la enfermedad que tocaba de cerca a la población infantil en la ciudad.

Si bien existía entre los salesianos una clara conciencia de los riesgos en salubridad que implicaba mantener un internado con tantos niños y jóvenes, la prevención no alcanzaba a evitar que la enfermedad se colara por los intersticios de una institución que pretendía ser un ejemplo de asepsia y profilaxis, en una ciudad surcada por numerosas barriadas que constituían verdaderos focos infecciosos. Las visitas médicas al colegio eran recurrentes, llamadas a tiempo cuando algún alumno daba señales de no encontrarse en buenas condiciones. Así ocurrió con René Dambielle, de 15 años de edad, quién tuvo que retirarse en el mes de mayo ya que, de acuerdo a la opinión médica, no debía concurrir a la escuela por encontrarse afectado de una enfermedad pulmonar, “necesitando el descanso por una larga temporada”.⁶⁹⁵ Los doctores Félix Garzón Maceda y Juan Cafferata - además de médicos, legisladores provincial y nacional respectivamente -, eran consultados frecuentemente por los directivos, ya que como miembros de la comisión de Cooperadores Salesianos prestaban su ayuda para la atención de los niños y para tratar la enfermedad de alguno de los sacerdotes.

Las estadísticas disponibles no permiten pintar un cuadro acabado sobre el porcentaje de mortalidad infantil en la institución. De todos modos, de acuerdo a algunos registros las defunciones por enfermedad eran una realidad frecuente. Solo en el año 1930, sobre un total de 150 alumnos internos de la sección artesanos, se produjeron 4 fallecimientos. La correspondencia entre los salesianos contiene frecuentes menciones a las situaciones de enfermedad en el interior del colegio. La recurrencia y el tono de preocupación que manifiestan algunas de ellas, evidencian que la salud -

⁶⁹⁴ *Solemne distribución de Premios Colegio Pio X*, año 1927, ACPX.

⁶⁹⁵ Registro de alumnos, 1930, f. 25, ACPX.

tanto de los niños asilados como la de los mismos sacerdotes –,se ubicaba en el centro de las inquietudes institucionales.⁶⁹⁶

En algunos periodos, las enfermedades tomaban rasgos realmente epidémicos. Hacia mediados de 1918, los salesianos estaban bastante preocupados por la gran cantidad de enfermos de tifus que llenaban 44 camas del total de 52 que poseía el hospital infantil. Dos de ellos, justamente, eran alumnos de su escuela de artes y oficios. El temor se incrementaba frente a las noticias que llegaban del resto de las comunidades religiosas. En el Colegio Santo Tomás la enfermedad se había cobrado la vida de uno de los sacerdotes, hallándose otros dos en estado delicado. En 1921, los numerosos casos de tuberculosis registrados entre la población escolar hizo alertar a la congregación. Ante la noticia de que un exalumno del colegio había ingresado al hospital con síntomas de estar infectado con el bacilo de Koch, Tantardini aseguraba con preocupación: “La estadística de esta clase de enfermedad en Córdoba es impresionante – de los niños que estuvieron en nuestros talleres, que yo recuerdo de años anteriores: tres murieron tuberculosos. Que están en casa y hospitales unos seis o siete”.⁶⁹⁷ De cualquier modo, los salesianos eran reacios al cierre del colegio frente a estos casos, por agudos que fueran. No tanto por negligencia, como por tratar de evitar que sus alumnos quedaran sin los resguardos morales del internado. De hecho los directivos solían hacer uso de sus estrechos vínculos con la clase dirigente local a los fines de obtener excepciones a medidas gubernamentales tomadas de manera general para todas las escuelas.⁶⁹⁸

Con todo, estos testimonios muestran que durante las primeras décadas del siglo pasado, las posibilidades de contagio de esta clase de enfermedades seguían siendo moneda corriente entre la población escolar. Los espacios al modo claustros no aseguraban la asepsia total, más aún cuando distintos brotes epidémicos tenían lugar en el exterior. Incluso podía golpear de la peor manera en los niños y jóvenes asilados, enfrentándolos en más de una oportunidad con la experiencia de la muerte.

⁶⁹⁶ En noviembre de 1916, el director informaba a su superior en Buenos Aires sobre casos de fallecimiento de niños en establecimientos educativos cordobeses, indicando que en una semana habían fallecido un niño por ataque al corazón, otro por difteria y dos por pulmonía, ante lo cual el gobierno provincial y la municipalidad habían pedido la clausura de todas las escuelas. Además, aclaraba que en el colegio se habían suspendido las clases por una semana ante casos de escarlatina entre los niños de escolaridad parcial, mientras que entre los internos se había dispuesto que hicieran gárgaras preventivas y se le suministraran remedios por la nariz. A la par, se había ordenado la desinfección de toda la institución. *Carta de Juan B. Gherra a José Vespignani, Córdoba*, 15 de noviembre de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁶⁹⁷ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba*, 11 de noviembre de 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, la tuberculosis se transformaría en un problema sanitario de difícil solución para la sociedad y el Estado argentino. Por su carácter endémico con una fuerte incidencia sobre grupos de población productivos y reproductivos, esta enfermedad infecto-contagiosa se constituiría, en algunos momentos de la historia de la población argentina, en una de las principales causas de muerte junto con las gastroenteritis en los niños, una vez que las grandes epidemias de cólera, viruela, fiebre tifoidea, tifus dejaran de incidir sobre la mortalidad. Adrián Carbonetti, “La mortalidad por tuberculosis en Argentina a lo largo del siglo XX”, *História, Ciências, Saúde*, vol. 20, núm. 2, 2013.

⁶⁹⁸ En 1921, Tantardini relataba de esta manera las acciones tomadas por la institución ante la peste bubónica: “Nos han hecho cerrar el Externado y a los demás Colegios han prohibido abrir. Estuve (llamado por él porque es muy amigo y fue mi médico cuando estubo enfermo de tifoidea) con el Intendente [el demócrata León S. Morra] y me permitió tener los pupilos con precauciones – motivo del cierre: siete u ocho casos de bubónica en la ciudad”. *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba*, 3 de mayo de 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

Como decía Gherra refiriéndole a su superior sobre estas situaciones: “Dios visita seguido esta casa”.⁶⁹⁹

No obstante los peligros que podían suscitarse para la integridad física de los niños en el internado, las rígidas condiciones en cuanto a cercanía y contacto con el mundo exterior dan cuenta de que la calle, como síntesis de los espacios habitados por los sectores populares, constituía para los salesianos la principal preocupación. De allí que el único contacto permitido a los alumnos con el exterior fueron las salidas o paseos, un día a la semana y bajo la estricta vigilancia de los maestros y asistentes, los cuales ayudaban a romper con la monotonía de la vida asilar y la secuencia reglamentada de las actividades. El relato de un alumno de quinto grado del Colegio Pio X atestigua de qué manera estos momentos de esparcimiento eran muy apreciados por los pupilos:

“Como ayer se hizo el paseo de Alta Gracia todos los alumnos agradecen al Padre Director y a los superiores que les brindaron con un día de tanta alegría. Fue este un hermoso paseo como uno de los nunca vistos. Las sierras, los arroyos y los valles forman un atractivo del veraneante que llega a pasear por el pintoresco pueblo de Alta Gracia”.⁷⁰⁰

En ocasiones se premiaba a los niños de mejor conducta y aplicación o a los más piadosos llevándolos de visita a otras obras de la congregación. “Terminado este acto salieron a una orden del Padre Director todos los que obtuvieron distinciones honoríficas, y después de arreglarnos en el dormitorio nos dimos un paseo a San Vicente en tranvía”.⁷⁰¹ Pero al mismo tiempo, y de manera más significativa, las excursiones escolares eran concebidas por los salesianos como una preciada actividad recreativa que predisponía mejor los ánimos de los alumnos. Esas actividades hallaban eco en el discurso higienista, ya que se creía que el contacto con ambientes puros y sanos sirvió para robustecer las energías corporales.⁷⁰² En opinión de algunos profesionales no era aconsejable la vida en esta clase de instituciones, que eran vistas como verdaderas prisiones disimuladas que encerraban al niño entre los muros de sus edificios, privándolos de su libertad y ofreciéndoles “ambientes oscuros, infinitamente tristes”, donde experimentaban “la amargura de su nostalgia, evocando los recuerdos del hogar”.⁷⁰³ Hacia los primeros años de la década del '20, algunas notas en la prensa reflejaban las críticas hacia la escuela, por considerar “anti naturales” las condiciones en las que los niños debían aprender, sentados e inmóviles durante largas jornadas:

⁶⁹⁹ Carta de Juan B. Gherra a José Vespignani, Córdoba, 15 de noviembre de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁰⁰ La Obra de Don Bosco en Córdoba, 17 de julio de 1925.

⁷⁰¹ La Obra de Don Bosco en Córdoba, 17 de julio de 1925, p. 6. Sin embargo, las salidas del colegio podían encerrar algunos peligros para los alumnos y los mismos salesianos. El 7 de enero de 1916, por ejemplo, el Padre Vanini se ahogó junto a un niño artesano en las aguas del río Cosquín, en el marco de un paseo realizado en vacaciones.

⁷⁰² Solemne Distribución de Premios Colegio Pio X, año 1927, ACPX.

⁷⁰³ Miguel Rodríguez de la Torre, *Higiene escolar...* cit, p. 84.

“El niño cuyo organismo físico y moral requiere imperiosamente la agitación; cuya sangre es áspera, viva, inquieta, petulante; el niño, que es todo hecho de alegría virgen, de movimiento rápido, de vibraciones aladas, no puede estar, durante un día entero, estúpidamente contrariado o en una posición bestial [...] Por eso, cuando los niños salen de las cárceles, tienen una alegría vibrante, radiante, alucinada; gritan, saltan, trepan a los árboles, roban los nidos, apedrean perros, corren, desaparecen, vuelan como pájaros salidos de una jaula. Vuelan, sí, la alegría tiene alas. Es la naturaleza que protesta”.⁷⁰⁴

Los salesianos intentaron despegarse de esa imagen dura de los ambientes claustrales destacando la realización de actividades recreativas, al tiempo que describían al internado como un espacio sobrio, disciplinado, estructurado, pero en donde los alumnos se encontraban a gusto, alegres, en un verdadero ambiente de familia. La opinión de uno de sus alumnos egresados, Felipe Somoza, que apareció en una publicación institucional, contenía la imagen que pretendía transmitirse puertas afuera: “Cinco años han pasado desde el día en que entré por primera vez en este Santo Colegio, día dichoso para mí, día que mi alma recuerda como bendición del Cielo, día en que yo empecé a respirar el suave ambiente Salesiano, que solo dentro de los muros de los Colegios de D. Bosco se respira”.⁷⁰⁵

Las vacaciones, lejos de ser vistas como ocasiones de reposo y descanso de los alumnos, se concebían como un periodo de sumo peligro para la tarea educativa de los salesianos. Como una forma de evitar que los alumnos abandonaran los hábitos adquiridos y de garantizar la enseñanza y formación cristiana, era requisito obligatorio para los niños presentarse en el colegio, el día de inicio de clases, con un certificado firmado por el cura párroco del barrio o localidad - en caso de tratarse de algún alumno del interior o la campaña -, atestiguando la buena conducta moral y religiosa observada durante las vacaciones y la debida asistencia a misa los domingos. Así como en el internado se mantenía a los alumnos alejados de los influjos del exterior, la salida los exponía al encuentro con ese otro mundo que, a los ojos de los salesianos, constituía un peligro para la educación de los muchachos. Así, se los exhortaba a no perder la comunicación con los directivos, invitándolos a visitar el oratorio que funcionaba por la tarde. Pero en el caso de aquellos alumnos del interior de la provincia, cuya situación de lejanía no les permitía frecuentar el colegio hasta el comienzo de clases del siguiente año, los salesianos insistían para que les escribieran frecuentemente, compartiendo sus vivencias en el “duro periodo” del receso escolar. De acuerdo al sistema preventivo, cuanto menos tiempo pasaran los niños fuera del internado mejor redundaba en el clima de moralidad y disciplina. Atento a estas preocupaciones, en 1917 Tantardini le escribía en

⁷⁰⁴ *Los Principios*, 20 de marzo de 1924.

⁷⁰⁵ *Solemne Distribución de Premios Colegio Pio X*, año 1927, ACPX.

estos términos a su superior, para pedirle que lo dejara quedarse a cuidar a los alumnos que tuvieran principio de vocación religiosa en la escuela:

“¿No le parece a Ud. que ya hice bastante vacaciones con el hermoso paseo que Ud. me proporcionó? Estoy por decirle y ofrecerme al P. Gherra que yo me encargo de los muchachos que, teniendo cierto principio de vocación, podrían inducirse o quedarse en el Colegio o en todo o en parte del tiempo de vacaciones... otros años se propuso lo mismo y... no se hizo nada. Ojalá lo consiguiera este año”.⁷⁰⁶

Como veremos más adelante, la confianza de los sacerdotes en la eficacia del resguardo de los alumnos en el internado no excluía que ese espacio seguro se viera atravesado por situaciones que confrontaban abiertamente con el clima de disciplina, moral y piedad que se intentaba construir. No siempre los peligros que intentaban evitarse se encontraban por fuera de sus muros.

Templo de la virtud

En una sociedad atravesada fuertemente por la cultura católica, las instituciones religiosas protagonizaron la tarea de normalizar el cuerpo social, transmitiendo valores y modales que estuvieran en armonía con los presupuestos doctrinales de la Iglesia. La moralización de la población fue, así, una tarea compartida por diversas congregaciones y órdenes con una presencia significativa a través de una red de establecimientos de todo tipo. Por su atención preferencial hacia niños y jóvenes en condiciones de vulnerabilidad, los salesianos fueron un eslabón fundamental en la educación católica de los sectores populares. La religión, que excedía tanto el cumplimiento formal de las obligaciones litúrgicas como la mera instrucción catequística, impregnaba cada actividad, siendo la llave de acceso a la conciencia de los escolares en la tarea de modelar sus hábitos y conductas:

“Y si una vez más me pedís explicación de cómo se alcanza la disciplina, la sujeción y el cariño de esos niños artesanos, que dedicados al trabajo material, careciendo aún de ordinaria cultura, fácilmente se han de sentir inclinados a instintos bajos y han de experimentar a menudo las reminiscencias de los hábitos de la calle; yo os puedo asegurar que la transformación de esos corazones por medio de la Piedad y Caridad es todavía más perfecta y sincera”.⁷⁰⁷

⁷⁰⁶ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 7 de noviembre de 1917, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁰⁷ *Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X*, año 1916, ACPX

Como en la vida monástica, la santificación de las labores y tareas cotidianas se realizaba por intermedio de rezos, plegarias y jaculatorias programadas y con un sentido específico. Cada actividad se realizaba bajo la premisa de que se cumplía con un “Plan Divino”. El trabajo, el estudio, los paseos, el recreo, los juegos, la música, los ejercicios físicos, todo debía ser hecho para agradar a Dios. Pero más aún, se entendía que el pecado era un impedimento real para progresar en las obligaciones cotidianas a las que el niño debía consagrarse. La omnipresencia del discurso religioso hacía que los mecanismos de censura se internalizaran en los niños, por lo que cada falta cometida era entendida como una deshonra al colegio y una ofensa hacia Dios, ante quien había que rendir cuentas al momento de la muerte. Aquellos que daban muestras de una obediencia razonable y espontánea a las normativas de la institución eran distinguidos por los superiores, como antesala de las celestiales recompensas brindadas por el Señor a sus hijos mejor predispuestos a obedecer con perseverancia y diligencia. Pero si la santificación personal se realizaba por la vía del trabajo y la buena conducta, el cuidado de la moral a través del cultivo de la modestia era indispensable para alcanzar los goces de la vida eterna. Esta intensa labor de moralización que tendía a regular los comportamientos públicos y privados de los escolares, se acentuó de manera especial con el fomento de un modo de vida que se correspondía con la conservación de la virtud, el pudor y la castidad, en el marco de una educación que pretendía regular las manifestaciones del cuerpo. Esa formación acentuó de manera particular la regulación de las pulsiones sexuales de los alumnos, destacando el cuidado de la castidad como la virtud principal del niño y joven cristiano.

La “santa modestia” – que se refería al dominio de la altanería, la soberbia y la presunción - indicaba principalmente la pureza o decoro en los pensamientos, los afectos y las acciones.⁷⁰⁸ La congregación ofrecía a sus alumnos una guía para lograr la santidad personal, fin último de su persistente labor evangelizadora. Dicha tarea pastoral desbordaba el catecismo para impregnar cada espacio y actividad realizada en el internado. La lectura asidua del reglamento familiarizaba a los ingresantes con las disposiciones que debían regular la vida en las aulas, los talleres, la iglesia, los cuartos y el trato con los superiores y compañeros. Pero más aún, excedía lo estrictamente normativo para convertirse en un manual del buen cristiano. Lejos de ser un simple listado de lo permitido y lo prohibido en el colegio, en sus páginas el niño encontraba los primeros consejos escritos para fortalecer sus virtudes cívicas y cristianas. Si bien estas recomendaciones circulaban a través de la palabra de los sacerdotes, en el reglamento se codificaba con fuerza de ley.

⁷⁰⁸ La presencia de la modestia, como virtud esencial y rectora del buen comportamiento, puede rastrearse en los tratados sobre moralidad y en los planteamientos pedagógicos desde finales del siglo XVI, asociada a la salvación del propio individuo y su obediencia a la Iglesia y al poder político. Federico Palomo, ““Disciplina christiana”. Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la historia religiosa de la alta edad moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 18, p. 121.

Junto con las blasfemias y los robos, las llamadas “impurezas” merecían el castigo más severo. Los actos de modestia, recomendados de modo especial para alcanzar la santidad, se volvían una norma cuya desobediencia debía ser penada.⁷⁰⁹ De manera más amplia, se fijaba una determinada política de los cuerpos destinada a cuidar el ambiente interior del colegio y corregir las desviaciones morales que pudieran traer consigo los alumnos. Así se exigía el cuidado del pudor en todo momento, que implicaba observar una manera decorosa y comedida de hablar, tratar y caminar, cuidar del aseo en el vestido y el rostro, estar alegres y tranquilos, evitar los movimientos innecesarios de los hombros y el cuerpo de un lado para el otro. Esta economía gestual, que revelaba las inquietudes morales de los superiores, llegaba incluso a normativizar la forma en la que los niños debían jugar con sus compañeros. Se intentaba suprimir todo tipo de contacto aún en las diversiones del recreo, procurando que no rozaran el cuerpo de los demás con las manos ni apoyaran el brazo en los hombros de otros, ya que se remarcaba que este tipo de conductas eran identificadas fácilmente en los hábitos indecentes de los “muchachos de la calle”.⁷¹⁰ Ese control de los movimientos se trasladaba a las palabras y gestos verbales. No solo debían evitar las groserías y frases que pudieran ofender la decencia, sino que incluso se estimaba que lo más conveniente era cultivar un “prudente silencio” antes que cuestionar al profesor o asistente revelando “locuacidad y atrevimiento”.⁷¹¹ El niño debía incorporar estas normativas corrigiendo oportunamente cualquier defecto del carácter, esforzándose en adquirir modales suaves y decorosos propios de un cristiano.

El reglamento del colegio era reforzado por toda una literatura destinada a moldear las subjetividades. Decenas de libros, opúsculos, folletines, revistas, redactados en su gran mayoría por sacerdotes salesianos, eran la única palabra escrita a la que tenían acceso los niños. La moralización invadía el mundo de las letras y lo ponía a su servicio, convirtiéndolo en un medio para difundir el decálogo de valores del buen cristiano y honrado ciudadano. Los escritos del fundador de la congregación tuvieron un particular protagonismo en los internados. “La juventud instruida”, verdadero vademécum para alcanzar la santidad, formaba la lectura de cabecera de todo alumno salesiano.⁷¹² El programa condensado en ese libro tenía la finalidad expresa de ofrecer un método de vida, un programa de acción para que los niños logaran ser “el consuelo de los padres, el honor de la patria y futuros habitantes felices del cielo”.⁷¹³ A través de la literatura moral y las lecturas

⁷⁰⁹ En el marco del sistema preventivo, una vez explicitados los medios para perseverar en la ascesis y la piedad, la “prevención” no era ajena a indicaciones “represivas” incluidas las amenazas de expulsión. Pietro Braido, *Prevenir...* cit., p. 303.

⁷¹⁰ *Reglamento en uso para los Colegios Salesianos*, Córdoba, 1910, p. 26, ACPX.

⁷¹¹ *Ibidem*.

⁷¹² Si en el reglamento se describía el comportamiento que debían tener los alumnos en todos los espacios, en la “Juventud instruida” se enfatizaba también el tema corporal y sus movimientos, recomendando juegos y destrezas para evitar el ocio. Iván A. Fresia y María A. Nicoletti, “Del juego del soldado...” cit., p. 256.

⁷¹³ Don Bosco, *Juventud instruida*, Madrid, SEI, 1952, p.7.

educativas, se proponían a los jóvenes algunos modelos de santidad, reforzados con una devoción que se exteriorizaba en imágenes, festividades especiales e itinerarios de fe destinados a purificar las almas. A lo largo de su vida, el mismo don Bosco había redactado algunas biografías breves de jóvenes virtuosos con la finalidad de que sus modos de vivir y experimentar la religión sirvieran de ejemplo a los alumnos e incluso a un público lector que trascendía su propia obra educativa. De todas aquellas trayectorias personales rescatadas por él y continuadas por sus sucesores, dos han gozado de una centralidad particular. En primer lugar, la figura de San Luis Gonzaga era propuesta por la Iglesia como modelo de inocencia y virtud para los jóvenes, por lo que don Bosco fomentó especialmente su devoción entre sus alumnos iniciando una tradición que los salesianos replicaron en cada colegio y oratorio fundado con posterioridad a su muerte. Su desprendimiento de los bienes y placeres terrenales, su caridad para el prójimo, su amor a Dios sin medidas, su vida de oración, su “preciosa muerte” sin el recuerdo de haber cometido pecado alguno, eran rasgos personales que conformaban los relatos hagiográficos que circulaban en el internado salesiano. Pero de manera especial, San Luis fue destacado por su “pureza angelical” y su mortificación extrema para huir del pecado. Su vida casta y su muerte en estado virginal habían sido el fruto de haber emprendido desde niño el camino de la penitencia. Don Bosco relataba con admiración cómo el joven santo había logrado vencer las tentaciones a base del ayuno a pan y agua, junto a los azotes que infligía a su cuerpo de tal manera “que sus vestidos, el piso y las paredes de su cuarto, quedaban teñidas de su inocente sangre”.⁷¹⁴

El mortificado santo del siglo XVI tuvo su continuador en Domingo Savio, que encarnaba muchas de las cualidades presentes en San Luis pero adaptadas al modelo de santidad propuesto para los alumnos salesianos. Bajo el lema “morir antes que pecar”, la particularidad de la figura de Savio no radicaba tanto en las virtudes de las que su vida fue un ejemplo excepcional, como en el hecho de que él, por haber sido alumno de don Bosco, mostraba un camino de santidad al alcance de cualquier oratoriano y pupilo de la congregación: “Si un compañero mío, en el mismo colegio, expuesto a los mismos y quizás mayores peligros que yo, halló, sin embargo, modo de ser fiel discípulo de Cristo, ¿Por qué no podré yo también hacer lo mismo?”⁷¹⁵ Así, su vida fue leída, sus consejos repetidos y sus virtudes glorificadas. El propio director del Colegio Pio X se mostraba sorprendido al ver cómo algunos alumnos habían tomado como modelo a Domingo Savio, creando un “Círculo de Estudios” con reuniones semanales y preparando homenajes al santo entre sus compañeros.⁷¹⁶ Pero si este joven era un ejemplo de santidad accesible a todos, lo era solo por haberse dejado guiar por don Bosco. De allí que la devoción a su figura también servía para legitimar la acción de una

⁷¹⁴ *Ibíd.*, p.10.

⁷¹⁵ *Ibíd.*, p. 9.

⁷¹⁶ *Carta de Juan B. Gherra a José Vespignani*, Córdoba, 2 de julio de 1917, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

congregación inspirada en un sacerdote que no solo era santo, sino que además era hacedor de santos. Del mismo modo en que Domingo Savio confió en las indicaciones de su maestro y mentor, los alumnos debían dejarse guiar por los consejos de los directivos.

Las exhortaciones sobre el cuidado de la pureza y la castidad dirigidas al público infanto-juvenil por los sacerdotes salesianos incluían métodos y recetas para sortear las tentaciones. El ayuno y la oración, junto a otros gestos de devoción como besar un crucifijo o llevar el escapulario de la virgen, formaban parte de rituales destinados a conjurar las faltas contra la moral, que trascendían lo estrictamente disciplinar para convertirse en severos pecados. Así, los “actos impuros” no solo eran sancionados en la dinámica institucional, sino que tomaban la senda del pecado prometiendo el “Castigo Divino” y la condenación eterna: “¿Cómo me dejaré arrastrar a cometer este pecado estando presente Dios, Creador y Salvador mío, quien al instante puede castigarme con la muerte? Dios, en el acto mismo en el que lo ofendo, puede arrojarme para siempre a las llamas del infierno”.⁷¹⁷ Tal era la reflexión propuesta a los niños a modo de examen de conciencia en el internado salesiano.

La “impureza” era la transgresión más importante. Pero mientras que cada pecado era referido de una manera específica, este no tenía nombre. Nunca se mencionaba de manera explícita. Ni en la literatura moral, cuya profusión y tratamiento de esta problemática fue verdaderamente notable en la congregación, existe una sola referencia concreta a aquello que se condenaba. Palabras como “pureza”, “modestia”, “virtud”, formaban el velo de pudor con el que se cubrían las prácticas reñidas con la castidad. Los consejos de los sacerdotes iban dirigidos a “moderar y vencer las malas inclinaciones o pasiones interiores y en refrenar debidamente los sentidos exteriores”, cuidando que su lenguaje no delatara aquello de lo que se hablaba. Encontrar un punto medio en las palabras para no ofender la inocencia de los más jovencitos, pero sin ser demasiado vagos en las expresiones como para que el mensaje se diluyera. La prudencia en nombrar el sexo fue la actitud asumida por una pastoral que intentó seguir sus aspectos, correlaciones y efectos vislumbrados en los más pequeños de los gestos, pensamientos y deseos.⁷¹⁸ Estas sutiles expresiones, invisibles en su mayoría a los ojos de los directivos, eran expuestas a través de la práctica de la confesión. La importancia y trascendencia que los salesianos daban al sacramento de reconciliación entre sus alumnos retomaba el ideal propuesto por el mismo don Bosco, quien por su afición a dicho ministerio solía ser llamado “el apóstol de la confesión”.⁷¹⁹ En el plan evangelizador salesiano la confesión y la comunión eran

⁷¹⁷ Juan Bosco, *Juventud...* cit., p. 33.

⁷¹⁸ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. Tomo I: La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 21.

⁷¹⁹ *La confesión según el pensamiento de Don Bosco y de sus sucesores*, Instituto Clemente J. Villada y Cabrera, 1942. Existen varias anécdotas que destacan cierta intuición de Don Bosco para examinar la conciencia de los que se acercaban a confesarse. Podemos suponer que la circulación de estos relatos que destacaban la cualidad sobrenatural del santo hayan sido, en parte, una estrategia más para inducir a los niños a una confesión total de los pecados, estimulados por el temor de que cualquier omisión voluntaria fuera descubierta por el sacerdote.

una herramienta indispensable para la salvación y rehabilitación de aquellos que habían perdido la batalla contra los instintos. Pero en este camino hacia el “perdón divino” no bastaba solo con tomar parte del acto penitencial. Rigurosas normativas establecían el modo de realizar una buena confesión, lo que en principio implicaba declarar al sacerdote cada una de las faltas sin omitir pecado.

La imagen construida sobre el confesor era fundamental para lograr despertar en los niños una confianza filial. El sacerdote salesiano debía ser el depositario fiel de las faltas de sus alumnos, sin importar la gravedad de estas. Según se explicaba, la ausencia de confianza “abría el camino a la hipocresía, la simulación, y lo que es peor, hasta los sacrilegios”.⁷²⁰ Pero tanto se remarcaba la gravedad de pecar, que en ocasiones la vergüenza superaba la valentía del penitente. En las anécdotas sobre los sueños de don Bosco, referidas con insistencia por una predica que intentaba ser lo suficientemente sugestiva como para impresionar el alma de los escolares, se repetían las imágenes de grupos de alumnos que sostenían lirios en sus manos, irradiando una luz angelical. En contraposición, los relatos incluían cuadros grotescos de niños atrapados por el demonio en forma de serpiente que no podían escapar de la angustia, la penuria y el sufrimiento. Estas eran las representaciones más oscuras del “Santo Temor de Dios” al que se aludía con insistencia en el internado y que circulaban en lecturas edificantes acerca del poder y los beneficios de la confesión.⁷²¹ Sin la presencia de un genuino dolor o arrepentimiento interior era imposible obtener la absolución de los pecados. De allí que se recomendara a los niños “excitarse el alma”, pensando en imágenes que los mismos salesianos ayudaban a componer:

“Para el pecador réprobo, Jesús ya no es Jesús, es decir, el Salvador; es el Juez, el juez que no conoce más que la justicia. Hierde con un castigo eterno y justísimo la perversa voluntad de ese pecador, que no puede ya convertirse. Le arroja para siempre de su vista: “Retírate, maldito!” Lo ha maldecido; ha derramado sobre él toda la maldición de Dios. Esta maldición precipita al pecador a donde ella precipitó a Satanás, al abismo, al fuego eterno del infierno. Arder eternamente con todos los demonios, arder en un fuego que abrasa el alma y el cuerpo, quemarse en medio de tinieblas misteriosas, e impenetrables, arder en medio de una incomprensible desesperación, en medio de remordimientos tan atroces como inútiles, arder maldiciendo y aborreciendo a Dios, a Jesús, a María, al cielo, a todas las criaturas, hasta a sí mismo: tal es el castigo del pecado mortal en la eternidad”.⁷²²

La penetración en las subjetividades de los alumnos - como forma de modelar sus conductas y prevenir las desviaciones de las normas - desbordaba el terreno meramente discursivo para saturar la

⁷²⁰ *Ibíd.*

⁷²¹ *Para confesarse con fruto. Pensamientos, consejos y ejemplos de San Juan Bosco*, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1952.

⁷²² *Consejos prácticos sobre las tentaciones y el pecado*, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1919. pp. 103 – 104.

organización espacial y las prácticas concernientes a la cotidianeidad de la vida asilar. Los espacios construidos para albergar a los niños eran el reflejo de una arquitectura escolar cargada también de preocupaciones morales. De manera especial, esto se hacía visible en la organización de los dormitorios de los internos. La decisión de disponer las camas en un solo salón en desmedro de cuartos para grupos más pequeños, intentaba excluir el cultivo de una intimidad concebida como peligrosa (**Imagen 45**). La asistencia salesiana, fiel a los preceptos del sistema preventivo, se extendía aún durante la noche, oficiada por un religioso convertido en verdadero gendarme de los sueños. Al dormir en el mismo salón que sus alumnos - si bien detrás de una cortina dispuesta a resguardar su pudor de posibles miradas accidentales -, el salesiano transformaba su descanso en una presencia que debía obturar cualquier indecencia motivada por la imaginación en sus educandos. La ausencia de intimidad impuesta al alumnado a través de la organización espacial tenía su correlato en los mecanismos de comunicación epistolar permitidos con el exterior. Cada correspondencia que atravesaba los muros del internado era escrutada prolijamente por la mirada del director.

La vida retirada suponía, además, alejarse del contacto con el sexo opuesto evitando tejer cualquier lazo de familiaridad con niñas y jóvenes. En el internado se configuraba un mundo donde la mujer se hacía visible solamente a través de la figura de la Virgen María, cuya devoción fue particularmente central para don Bosco. La prohibición del contacto con jovencitas implicaba lo físico, pero se ocupaba también de regular las miradas. Los niños debían abstenerse de ver todo aquello que pudiera atentar contra el pudor. Lógicamente que dicho régimen dejaba escasas ocasiones para que observaran otra cosa más que aquello que los sacerdotes permitían. Era, sobre todo, en los periodos de vacaciones donde los internos experimentaban el contacto con el mundo exterior y se exponían a imágenes y situaciones que los salesianos concebían sumamente peligrosas. El ejemplo de San Luis Gonzaga apuntado en “La juventud instruida” - quién habiendo servido durante dos años en la corte de España nunca se había atrevido a ver siquiera el rostro de la princesa, e incluso no se permitía fijarse en la cara de su propia madre -, da cuenta de hasta donde debía llegar el recato en la vista. Domingo Savio, el otro modelo de santidad joven, se había propuesto no mirar a la cara a mujer alguna para fijar por primera vez sus ojos en el “bellísimo rostro de la Madre de la pureza, María Santísima”. Los mismos biógrafos de don Bosco tomaron nota también de esta cualidad en el sacerdote, que procuraba ser siempre reservado en la mirada ante mujeres y señoritas, demostrando incluso “cierta repugnancia al tratar con ellas, aunque fuesen parientes”.⁷²³

⁷²³ *La mortificación cristiana en los ejemplos y enseñanzas de San Juan Bosco*, Instituto Teológico San Juan Bosco, Santiago de Chile, 1948, p. 75.

Imagen 45

Vista del salón dormitorio del Colegio Pio X.

Fuente: *Solemne distribución de premios Colegio Pio X*, año 1927.



A través de la oración, la religión se convertía en la celadora omnipresente del orden moral rigiendo también la distribución de los horarios y actividades. Si la eucaristía daba inicio a la jornada de estudio y de trabajo, el día se clausuraba con las “buenas noches”, ritual dirigido por el director e inspirado en una tradición iniciada por don Bosco en el oratorio de Valdocco. Así, la última palabra permitida a los niños antes de partir a los dormitorios era la oración nocturna recitada colectivamente, en un esfuerzo por resguardar los sueños de los niños de cualquier pensamiento, palabra o acción reprimida durante el día. La presencia cotidiana del discurso religioso perseguía también la incorporación de mecanismos de autocensura en los alumnos, quienes debían entender cada falta cometida como una deshonra al colegio. La tarea de formar un buen ambiente los involucraba activamente. El mismo reglamento era claro al advertir que ante las propuestas indecentes de algún compañero, debían dar cuenta al superior rápidamente.

La vigilancia ejercida dentro de la institución se prolongaba, incluso, en el periodo de vacaciones. A través de una carta entregada a cada pupilo, el director daba recomendaciones y consejos para conservar la virtud ante la ausencia de espacios y tiempos regulados como en el colegio. El merecido descanso podía devenir en ocio, induciendo a los niños a caer presas de hábitos impuros: “El límpido arroyuelo se vuelve pútrido y repugnante pantano cuando sus aguas se estancan. La juventud es igual. La ociosidad es la madre de todos los vicios”.⁷²⁴ Se los instaba a apartarse de las malas compañías, las lecturas obscenas y las malas conversaciones. La reserva y la moderación en la mirada, en las conversaciones y en todas las acciones debían formar el ejemplo de pertenencia a una comunidad de jóvenes cristianos y bien educados. Y los límites de lo permitido no iban demasiado lejos. Actos comúnmente asociados a la inocencia infantil como correr, gritar, o simplemente saltar un charco en la acera eran incluidos en el universo de lo prohibido. La disciplina en los actos privados, tan celosamente guardados en el internado, debían prolongarse en público a través del orden en todos los aspectos, siendo ejemplo de civilidad y buenas costumbres.

⁷²⁴ *Recuerdo para las vacaciones de los alumnos*, Colegio Pio X, año 1931, ACPX.

El conjunto de propuestas educativas, culturales y asociativas salesianas reforzaban esta catequesis moral tan presente en la vida asilar. La “Ley de Honor” de los Exploradores de Don Bosco, por ejemplo, consolidaba en sus contenidos las disposiciones emanadas del reglamento del colegio, donde la pureza y la modestia eran virtudes que debían estar presentes en un “buen explorador que honra a Dios y su Patria”. Los niños debían combatir la pornografía, los libros inmorales, las diversiones y exhibiciones licenciosas, poniendo inmediatamente de sobreaviso a sus compañeros. Como un modelo de templanza cristiana y decoro, el explorador debía dominar sus pasiones e inclinaciones, practicando el recato en los sentidos, huyendo de las malas compañías y evitando la ociosidad. Más aún, los ejercicios físicos realizados por los exploradores se vinculaban a la formación de un determinado sujeto varonil, eliminando todo rasgo que entrara en conflicto con la masculinidad que dicha política de los cuerpos tendía a formar.⁷²⁵ Del mismo modo, la intensa labor moralizante de la catequesis salesiana se conjugaba con la tarea igualmente necesaria de formar al futuro plantel de sacerdotes de la congregación. Un instrumento clave para la realización de ambos propósitos eran las Compañías Religiosas, que se proponían sembrar la aspiración al sacerdocio entre el alumnado alimentando su formación cristiana. En ellas, desde las lecturas recomendadas hasta las imágenes que formaban los emblemas de cada compañía - la flor de azucena, símbolo de la pureza estaba presente en la mayoría de los escudos distintivos - daban cuenta de una especial atención puesta en el cuidado de la moral.

Más allá de estas iniciativas pastorales específicas, cada aspecto del internado salesiano se impregnaba de resguardos morales: las preocupaciones por el pudor y el decoro; la anulación de los espacios de intimidad; la obligación impuesta de confesar lo privado; la repetición sucesiva de ritos, plegarias, cantos y estrofas vinculadas directa e indirectamente con el cuidado de la pureza y la castidad; las imágenes ejemplares de santidad propuestas para que los escolares modelen sus actos, sueños y deseos; la búsqueda constante de la perfección cristiana como fin último de la vida del alumno salesiano; la administración correcta de los gestos más inocentes y las pulsiones más secretas; la mirada, la palabra y la presencia constante del sacerdote; la inspiración del “Santo Temor de Dios”; la regulación de lo lúdico y de las vacaciones junto a la estigmatización del ocio.

En un universo tan minuciosamente regulado, las transgresiones y disidencias al poder normativo que regían la vida claustral podrían parecer fácilmente descartadas. Sin embargo, en los intersticios de la estructura y normas institucionales se revelan las prácticas de los asistidos ante el peso de la disciplina y la hegemonía discursiva salesiana.

⁷²⁵ Para los exploradores, las actividades eran reguladas con la finalidad de controlar y prevenir ciertas emociones y sensibilidades consideradas como peligrosas. Las posiciones corporales, los movimientos y los gestos iban produciendo una masculinidad que debía evitar todo tipo de desvíos o confusiones sexuales. Pablo Scharagrodsky y Stella Maris Cornelis, “Modelar...” cit., p. 138.

“¡Cuán grande es la corrupción en esta ciudad!”⁷²⁶

Aunque escasos y fragmentarios, algunos testimonios nos permiten acceder al mundo de aquellos que atravesaron parte de su infancia en los espacios asistenciales de la congregación, revelando las tensiones entre los códigos disciplinarios instituidos y las diversas formas en que fueron experimentados. En este sentido, la actitud asumida por los niños y jóvenes frente a las regulaciones y normas que marcaban el pulso de la vida asilar - los horarios, las configuraciones espaciales, la progresión de actividades, los discursos que circulaban - lejos estaban de resumirse en una aceptación sumisa de los modales, reglas y conductas propuestas. Por el contrario, cierta resistencia expresada en indiferencia, apatía y desgano en la apropiación de los valores como también en acciones más concretas que significaban flagrantes transgresiones al reglamento, revelan la persistencia de ciertas prácticas y costumbres que los salesianos pretendían desarraigar en los alumnos.

Lidiar cotidianamente con niños que en general habían permanecido por fuera del sistema escolar no representaba una tarea sencilla para los asistentes. Las barriadas marginales, la miseria en los hogares, los códigos de la calle aprendidos tempranamente, formaban hábitos y conductas que ni la rígida disciplina del internado ni la educación en el trabajo lograban erradicar con facilidad. En su visita anual en el mes de noviembre de 1910, Vespignani reconocía los avances materiales del Colegio Pio X pero alertaba sobre su “marcha moral” que, según su criterio, se debía a “la clase de niños expuestos a muchos peligros y a veces mal acostumbrados; de consiguiente la dificultad de formar un buen ambiente tanto en los pupilos como en los externos y en los oratorianos”.⁷²⁷ Algunas de las impresiones dejadas por los primeros salesianos en llegar a la ciudad son más explícitas a la hora de describir cuáles eran estos comportamientos de niños “mal acostumbrados”. Con la intención de ilustrar la rapidez de la acción educativa del oratorio, Gherra hacía referencia a algunos sucesos transcurridos durante las primeras semanas en Córdoba. Los grandes ventanales de las aulas y las habitaciones del colegio que atendían las Hermanas Dominicas a unas tres cuadras del predio de los salesianos, eran un atractivo para los “chicos de la calle” que, según la Madre Superiora, hacían llover las piedras con frecuencia. Sin embargo, la religiosa se mostraba feliz porque desde su llegada al barrio los niños se habían entretenido con los juegos y diversiones del oratorio, terminando con el vandalismo del que eran objeto las instalaciones de las hermanas.⁷²⁸ Incluso, según la descripción de Gherra, esos chicos que se entretenían apedreando ventanas eran los mismos que tenían la costumbre de utilizar como “baño público” una pileta ubicada dentro de la pequeña casa que los sacerdotes

⁷²⁶ Carta de Pedro Tantarini a José Vespignani, Córdoba, año 1911, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷²⁷ Memoriale, Visita Inspectorial, noviembre de 1910, ACPX.

⁷²⁸ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 47.

ocuparon luego con piezas y aulas de estudio.⁷²⁹ La anécdota, si bien buscaba exhibir los avances educativos deja visualizar actitudes que entraban en conflicto con los modales propuestos en los manuales de urbanidad y buenas costumbres que servían de base a la educación impartida en los colegios salesianos y que pretendían educar en las formas convenientes de conducirse en sociedad.

En la correspondencia entablada entre los directivos del Colegio Pio X y Vespignani fue un tema recurrente el estado de ánimo del alumnado. El particular celo apostólico de Tantardini, traducido en observaciones atentas a la marcha institucional, ha dejado algunas impresiones rastreables en sus misivas dirigidas al superior. La de junio de 1916, por caso, manifestaba no solo las preocupaciones del sacerdote educador, sino también la respuesta del alumnado a los estímulos catequísticos y piadosos propuestos por él:

“Yo siento en el alma esta falta de entusiasmo, esta especie de flojera del todo Cordobesa que da por resultado poca constancia y poca perseverancia en los niños. Con demasiada frecuencia se hace general la idea que se hace hasta demasiado y que con estos niños se consigue casi nada. Da pena todo esto [...] Lo que yo digo es que falta solidez de carácter que es lo que hace duradero ese estado de buenas disposiciones: falta ese *quid proprio* de nuestros colegios, una mezcolanza de todo lo bueno confianza, pureza, franqueza sin respetos humanos, etc., que forma a los niños buenos cristianos y buenos ex alumnos”.⁷³⁰

Esta clase de testimonios permiten matizar la visión optimista sustentada en el éxito civilizador de la propuesta salesiana, que nutría las páginas de los folletos y publicaciones institucionales como de los periódicos afines al ideario católico. La experiencia educativa resultaba mucho más compleja y hasta contradictoria, al observar cómo algunos saberes eran más susceptibles de ser incorporados por los alumnos. El mismo Tantardini se alegraba ese año al ver cómo los niños “fácilmente y hasta con gusto” aprendían la doctrina y practicaban la piedad. Pero al mismo tiempo, mostraba su descontento y frustración con lo “poco resueltos a quitarse los malos hábitos, poco constantes en los propósitos y sumamente débiles en los peligros de las vacaciones” que se mostraban. Se quejaba, también, de que era necesario invertir mucha energía e insistencia para desarraigar resueltamente el mal y apartar los peligros.⁷³¹ La discrepancia entre las expectativas y los resultados obtenidos se reflejaba en sus estados de ánimos: “El Padre Gherra ha perdido, a mi modo de ver, ese entusiasmo

⁷²⁹ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 44.

⁷³⁰ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 5 de junio de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷³¹ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, septiembre de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

de un tiempo [...] ¡Qué envidia siento cuando leo la vida de Don Bosco y veo la diferencia que corre entre aquel oratorio y colegio y el nuestro!”⁷³²

Las sutiles resistencias no constituían confrontaciones y rechazos abiertos a la disciplina impuesta y los mandatos morales exigidos. Más bien, se manifestaban en la falta de entusiasmo en las tareas cometidas, la conformidad por obligación y/o la distracción ante la enseñanza impartida. De allí que Vespignani recomendaba a sus hermanos que se pusiera un mayor esmero e interés en la instrucción religiosa, para que los niños practicaran “sin ficción” la piedad, necesaria para lograr una verdadera reforma de las costumbres.⁷³³ Las actitudes cotidianas, a veces imperceptibles por los asistentes, configuraban esa suerte de “adaptación a regañadientes” de la disciplina y dinámica escolar por parte de los alumnos.⁷³⁴ Pero incluso esas formas sutiles e inofensivas de oponerse, propias de espíritus juveniles propensos a ser ejemplos de voluntades díscolas, podían dar lugar a sucesos no esperados, como el ocurrido en la madrugada del 27 de octubre de 1911. Poco después de la medianoche, la guardia del cuartel de bomberos de la ciudad de Córdoba se movilizaba ante la alarma de un incendio que a esa altura ya elevaba una densa columna de humo en dirección sudoeste. Al llegar al lugar, constataron que una de las edificaciones del colegio de los salesianos ardía de forma incontrolable. La combustión generada por los tablones de madera, bambalinas, telones y elementos de vestuario, redujo a cenizas el pequeño teatro en el que los internos representaban zarzuelas, dramas y comedias. Una vez controlado el incendio, el inspector del cuerpo de bomberos en diálogo con el director del establecimiento, investigaba sobre el origen del siniestro. A decir de Gherra, ni una imprudencia de ellos, ni una mano extraña motivada por el odio a los frailes tan abiertamente manifestado por los sectores anticlericales, explicaban lo sucedido. Sus sospechas se dirigían, en cambio, a sus mismos alumnos: algún fósforo tirado con descuido por un pupilo, luego de utilizarlo para encender el cigarrillo que subrepticamente habría fumado en algunos de los rincones.⁷³⁵

La falta de testigos no impedía al director emitir su juicio sobre lo sucedido. Sin embargo, su veredicto se fundaba en la propia experiencia de la asistencia cotidiana, donde era común que los alumnos se escaparan de la vista del sacerdote para esconderse en los puntos ciegos que dejaba la edificación. Que los muchachos mostraran cierta capacidad para aprovechar esos espacios no se debía tanto a las fallas de una arquitectura incapaz de asegurar el mejor efecto del panóptico, como a la astucia puesta en escabullirse de la vigilancia adulta: “Los gravísimos pecados, que se cometieron, ay! allí atrás de la cochería, y en el cuarto de la música lisa y en ciertos talleres, es evidente que no se

⁷³² *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 5 de junio de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷³³ *Memoriale*, Visita Inspectorial, septiembre de 1916, ACPX.

⁷³⁴ James Scott, “Formas cotidianas de rebelión campesina”, *Historia Social*, núm. 28, 1997, pp. 13-39.

⁷³⁵ *La Voz del Interior*, 28 de octubre de 1911. La misma declaración aparece en Juzgado en lo Criminal, 1ra nominación, Córdoba Capital, 27 de octubre de 1911, f. 88, AHC.

habrían cometido, si hubiera habido la debida vigilancia por parte de los asistentes”.⁷³⁶ El Padre Inspector recomendaba acertadamente la vigilancia en determinados espacios susceptibles de ser utilizados por los alumnos. Ordenaba “quitar los escondrijos” y “cerrar las puertas cueste lo que cueste”. De modo particular aconsejaba tener especial cuidado en la enfermería, ya que allí también había habido “crucifixiones”. En los momentos de recreo debían asistirse con cuidado las extremidades del patio, que habían resultado ser “harto fatales”.⁷³⁷ El grave peligro que observaba en los alumnos se debía a faltas en cuestiones de moralidad, en este caso provocadas por la forzosa salida de casi dos meses motivada por la epidemia de gripe. Pero la ausencia de la disciplina escolar en algunos periodos ciertamente esporádicos no alcanza a explicar las reiteradas transgresiones a las normas institucionales y los esfuerzos realizados por los salesianos en evitarlas. Las dificultades encontradas a la hora de formar una verdadera conciencia moral en los escolares quedaban expuestas en la confesión, ritual ineludible en el internado y que permitía a los sacerdotes acceder a la intimidad de sus alumnos, mensurando los éxitos de su tarea evangelizadora:

“El día primero de la novena por casualidad hice la conferencia a la Compañía de San José [...] porque había dejado de ocuparme de la cuestión moral, hablé en términos generales de la confianza que se debe tener a los Superiores especialmente al P. Director. Hablaron ellos con el Padre, se encontraron entre los pupilos cosas graves y, aunque tuvimos que despedir ayer un niño se arregló mucho. Resulta lo que era, el nivel de la moralidad estaba algo bajo. Entre los externos las cosas fueron mejor y además son más francos y si pasa algo, todo se sabe casi en seguida”.⁷³⁸

El caso de Alfonso se muestra revelador en este sentido. Quizás por su aplicación, sus buenos modales, o el trato para con sus compañeros y directivos, este alumno logró cosechar las simpatías del superior de los salesianos en Argentina en ocasión de su visita al Colegio Pio X, a inicios de 1911. Desde luego no fue el único. La voluntad siempre presente de reclutar vocaciones hacía que los directivos estuvieran particularmente atentos a individualizar a quienes mostraban cualidades para la vida consagrada. Antes de su regreso a Buenos Aires, Vespignani pidió expresamente al director de Alfonso que lo preparara con más insistencia en el catecismo y el latín, a fin de enviarlo el siguiente año al aspirantado de Bernal.⁷³⁹ Tantardini, quien no guardaba las mejores opiniones de los alumnos que no eran pupilos, se mostró más escéptico con respecto a las virtudes de Alfonso. Luego de inducir al joven a cumplir con la confesión de rigor, pudo confirmar sus reservas:

⁷³⁶ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, octubre de 1919, ACPX.

⁷³⁷ *Ibíd.*

⁷³⁸ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 7 de mayo de 1912, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷³⁹ En el “Aspirantado” se reclutaban aquellos niños de los colegios y oratorios que se mostraban dispuestos a iniciar su formación para llegar al estado eclesiástico.

“Después de los Ejercicios (espirituales) y después de su venida [de Vespignani] presentó malos compañeros (los de antes) y hubo entre ellos actos inmorales estando solos en una pieza de su casa, y se puede deducir que también solo. El niño estuvo en Buenos Aires. Un año o dos hace y tuvo algo con unas primas. Antes de los Ejercicios también hubo bastante entre niños y no se corrigió después”.⁷⁴⁰

Hasta allí conocemos detalles de la vida privada de Alfonso, una intimidad aparentemente precoz pero quizás no tan diferente a la de otros alumnos. Sin embargo, podemos imaginar la dificultad que al ejercicio de su sexualidad impuso la nueva rutina del internado en la que entraría su vida, por decisión de su director. Al compartir el cuarto con sus compañeros y la mirada vigilante de los asistentes, Alfonso tendría menos ocasiones para entregarse al onanismo en la soledad de una habitación. Seguramente en el verano ya no vería a sus primas con las que supo compartir aquellos juegos que incitaron su arrepentimiento frente al confesor, para quedarse en el colegio a pasar sus vacaciones, como le fue sugerido. Eliminando las ocasiones para el pecado - la libertad de su casa, las malas compañías, el contacto con el otro sexo - los directivos intentaban reformar sus hábitos, proponiéndole el camino de una vida virtuosa. Las transgresiones al orden moral, aún las más íntimas y privadas, eran susceptibles de ser detectadas, censuradas y corregidas.

Para los salesianos, solo “frecuentando la Santa Comunión y siguiendo el consejo de sus maestros”, podría Alfonso “corregir sus hábitos impuros”.⁷⁴¹ Sin embargo, las recetas espirituales no lograban del todo el efecto esperado. Mientras algunos niños se comportaban, otros en cambio se mostraban menos susceptibles a los efectos purificadores de los sacramentos. El mismo Tantardini - en cuya profusa correspondencia mantenida con sus superiores revelaba un particular celo hacia la moralidad de sus alumnos -, denunciaba a comienzos de 1921 que cuatro niños sobre un total de veinte entrevistados por él habían vuelto a las “andadas” aún después de confesarse y comulgar. Y esta reincidencia era en realidad una actitud asumida con normalidad por niños que habían declarado ante el sacerdote “que desde tiempo hacían sus cosas sacrílegamente”.⁷⁴² Aún con la ventaja de contar con una organización institucional rígida y estrictamente reglamentada, encarrilar a los alumnos por las vías de la piedad y el temor de Dios no era tarea sencilla. Las expresiones de preocupación de los asistentes mostraban la persistencia en los alumnos de hábitos condenados por la disciplina moral que se les intentaba inculcar: “Estamos con 90 artesanos más o menos y 50 estudiantes. El triduo se hizo muy bien, no así el de los externos que dejan algo que desear. Es una

⁷⁴⁰ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 16 de diciembre de 1911, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁴¹ *Ibidem*.

⁷⁴² *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 4 de abril de 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS..

verdadera lucha para conservar la moralidad: a veces habría que desanimarse viendo tanta falta de energía y tanta liviandad: y esto hasta en los internos especialmente artesanos”.⁷⁴³

El rastreo puntilloso del salesiano expresaba aquello que percibía con un cierto pesimismo e insatisfacción: “Los externos regular: tanto trabajo hecho el año pasado reducido a escombros. El vicio de la impureza hace estragos [...] Hace un tiempo, de 4 niños con quienes hablé, tres debían arreglar embrollos”.⁷⁴⁴ Y aunque estos “embrollos” apuntados por el sacerdote hacían alusión a faltas como las de Alfonso - actos privados confesados ante las insistentes averiguaciones del sacerdote -, algunos niños protagonizaban “vergonzosos” actos públicos. El 10 de mayo de 1913, Pablo Morassi y José De la Vega, ambos alumnos externos del 5to grado, se encontraban en la vereda de uno de los costados de la institución esperando el tranvía que los llevara de regreso a su casa. Los “groseros juegos” practicados por lo niños en la vía pública llamaron la atención del Padre Detassis, que casualmente se encontraba observando por la ventana de su cuarto cuando Pablo tocaba repetidas veces a su compañero en “partes deshonestas” y se le subía encima apretándolo con su cuerpo. Mientras, otros dos niños de primer y segundo grado presenciaban la “impúdica escena” en la que Pablo y José se daban tiempo también para proferir groserías y dirigir señas obscenas a dos jovencitas que pasaban por allí.⁷⁴⁵ Hechos como estos no eran una novedad para los salesianos. Pablo ya se había comportado de manera similar cuando expulsaron a uno de sus mejores amigos por recurrir a indecencias que también lo habían involucrado a él. Los comentarios de lo ocurrido aquel día llegaron rápidamente a los directivos, que guiados por el relato del testigo y los antecedentes de Pablo resolvieron su retiro del colegio. La sanción, anclada en las disposiciones de un reglamento que no toleraba obscenidades, era coherente con la actitud asumida en otras circunstancias similares: “La lucha continua es contra las malas compañías. Sin embargo, expulsando dos o tres, todos los niños más grandes y medianos cuando se pasa algo hablan y se sabe todo y mucho [...]”⁷⁴⁶

También estas situaciones generaban desavenencias entre las autoridades. La visita y los ruegos de la madre del alumno damnificado por la severa sanción aplicada hicieron retractar al director, quién aceptó darle una nueva oportunidad. Detassis, que como testigo directo entendía que la gravedad del acontecimiento no ameritaba obrar con tanta flexibilidad, no avaló la medida de su superior. Incluso, actuando según su “parecer de salesiano”, ya había sumado al escarmiento aplicado una medida ejemplificadora para los compañeros de Pablo: luego de retirar simbólicamente su banco del aula, había entablado un edificante dialogo con la clase sobre las consecuencias de alejarse del camino de la virtud. Volver atrás suponía no solo disminuir la gravedad de una falta para

⁷⁴³ Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 23 de marzo de 1917, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁴⁴ Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 6 de abril de 1915, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁴⁵ Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 13 de mayo de 1913, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁴⁶ Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani, Córdoba, 4 de abril de 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

la que él pedía el mayor de los castigos, sino también perder su autoridad como maestro. Esta actitud más intransigente no tardó en confrontar con la adoptada por el director, quien entendiendo que “en ciertas familias se dan circunstancias que obligan a veces a tener más paciencia, tolerar y ver de hacer algún bien”, optó por dar curso a los ruegos de la “pobre madre”.⁷⁴⁷ Las posturas de los salesianos frente a las faltas de los niños, por graves que estas fueran, también conocían matices. El rigorismo de algunos que se inclinaban por la sanción ejemplificadora sin contemplaciones, convivía con un sistema preventivo que promovía una cultura de la corrección fraterna en la que el castigo, cuando no podía evitarse, debía preparar mejor la templanza del alumno ante la posibilidad de recurrir en nuevas faltas.

Los actos de Pablo indujeron a Vespignani a aconsejar algunas medidas correctivas para prevenir hechos similares: “Entre los externos hay graves peligros, por cierto elemento callejero que no ha entrado ni participa de la vida del Colegio, y está esparcido por todas las clases [...] Debe practicarse con este elemento peligroso la acción unida del prefecto y consejero para impedir las reuniones fuera del colegio y las recíprocas influencias de estos niños en las clases”.⁷⁴⁸ Pueden advertirse aquí tanto las representaciones de la calle como lugar de perversión, indisciplina y desorden, como los peligros que para el colegio significaban los niños cuyos hábitos hacían presumir una circulación asidua en dicho espacio.

La asistencia salesiana se muestra atenta, efectiva y firme al prevenir, descubrir y sancionar las transgresiones. Parece desborda, incluso, las propias fronteras físicas del internado. Sin embargo, cada falta descubierta, cada intento desarticulado, al tiempo que ejemplifica la capilaridad de la disciplina institucional, muestra también las grietas y las fisuras del complejo normativo construido.⁷⁴⁹ Ni la firmeza de un discurso obstinado en la condena del sexto mandamiento, ni la propia mirada atenta de los sacerdotes salesianos, impedían que esos episodios tuvieran lugar. La tarea dispuesta a corregir los hábitos, modular los gestos, disciplinar los cuerpos de los niños, resultaban menos efectivas por cada transgresión que tenía lugar.

El singular pedido realizado por un joven acólito a su director, nos brinda algunas pistas en este sentido:

“Como ya lo he experimentado el año pasado, el estar con los niños artesanos me parece que trae algún inconveniente para mí. Sus maneras de hacer, tan groseras; tan inconvenientes, tan peligrosas a veces,

⁷⁴⁷ *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, 13 de mayo de 1913, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁴⁸ *Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X*, 1913, ACPX.

⁷⁴⁹ La historiografía sobre los alcances del control social y la normalización ha matizado las interpretaciones clásicas ancladas en la obra de Foucault sobre el éxito de los mecanismos de disciplinamiento, en las que predominaba una visión que no dejaba lugar para las ineficiencias y los efectos no previstos en instituciones concebidas como sistemas cerrados, en el que todo terminaba produciendo mayor control. Lila Caimari, “Los usos de Foucault en la investigación histórica”, *Documento de Trabajo*, núm. 18, Universidad de San Andrés, 2005.

influyen mucho en mi ánimo, porque (quiero decirlo todo) mis antecedentes en materia de moralidad (desde niño hasta que entré en San Carlos) son desfavorables. Antecedentes de moralidad privada, si así se le puede llamar. Y al ver tantas groserías, las heridas cicatrizadas, o las llagas no del todo curadas quizás, parece quieran renovarse, aunque con la gracia del Señor siempre salí venciendo. Por eso me permito suplicar a S. R. quiera asignarme un puesto de maestro entre los niños externos. Me atengo, no obstante, a cualquier disposición de S. R. Lo pido porque me parece que allí podría estar más al seguro y más recogido”.⁷⁵⁰

La preocupación que motivaba la escritura de estas líneas por el otrora alumno devenido en novel maestro, se anclaba en el temor de no poder enfrentar con entereza los desafíos que su tarea pastoral le imponía. Esto exhibe, justamente, las tensiones que la propia misión civilizadora de la congregación generaba, al confrontar los modales propios de quienes acusaban las marcas del suburbio con una cultura institucional dispuesta a corregirlos. El acólito les temía a los artesanos porque era precisamente en los talleres de la escuela de artes y oficios donde se reclutaban los sujetos de atención preferencial de una institución identificada por su sensibilidad social. Al mismo tiempo, sus palabras insinúan los trazos de una educación recibida, de lecturas realizadas, de plegarias recitadas, que al modo de anticuerpos formaron en él una conciencia capaz de advertir el peligro moral y los riesgos de una exposición no demasiado conveniente para su ascetismo horadado por el recuerdo de un pasado libertino. El superior podía sentirse conforme de ver cómo su aprendiz había internalizado palabras, frases y expresiones que remitían a su trayecto formativo. Lo mismo que con Ángel, que le escribió en el invierno de 1916 exponiendo inquietudes similares: “Ved, mi buen Padre, en qué situación me encuentro: Mis padres compraron una máquina de trillar, y quieren que yo vaya allá para ayudarlos. ¡Padre mío! Dadme consejos para perseverar porque si no estoy seguro de pecar, pues estoy en medio de peones y esos son mal hablados”.⁷⁵¹

Estos testimonios revelan la apropiación a veces creativa y otras veces normativa de las conductas y reglas morales, delineando los alcances y los límites de la educación impartida. Si bien en los últimos años la historiografía ha puesto en duda la eficacia de los mecanismos de disciplinamiento, no es menos cierto también que los sujetos podían interiorizar autocensuras y autocontroles, acabando por ajustar sus acciones, comportamientos, e incluso voluntades a las pautas y parámetros definidos por el “poder”. La disciplina, ejercida de este modo, podía impregnar la experiencia vital de los individuos e influir en la toma de decisiones.⁷⁵² Pero quizás, aquellas expresiones no solo permitan reparar en los valores adquiridos en sus años de escolares, o en la

⁷⁵⁰ *Carta de un acólito residente en el Colegio Pio X a José Vespignani*, c. 1920, caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁵¹ *Carta de niño aspirante a José Vespignani*, Córdoba, 1 de diciembre de 1916, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁵² Tomás A. Mantecón Movellán, “Formas de disciplinamiento social, perspectivas históricas”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Departamento de Historia Universidad de Santiago de Chile, vol. 14, núm. 2, 2010, p. 275.

incorporación eficiente de modales establecidos para la comunicación con su superior. Hay, allí también, huellas de un afecto promovido por un maestro que entiende que su tarea trasciende la aplicación de la disciplina por medio de su autoridad y que ha sabido cultivar una relación cercana con sus alumnos. Una confianza propia de un sistema preventivo que aquí parece mostrarse eficaz.

En el caso de Antonio Damonteira, pequeño aspirante a sacerdote, tampoco es difícil observar rastros del discurso presente en los consejos de sus superiores o en la literatura moral a la que tenía acceso. Hacia 1916, lleva dos años en la casa de formación que los salesianos poseen en Bernal. Había decidido seguir sus estudios allí, a pesar de que su familia se opusiera a la idea de verlo convertido en sacerdote. Mintiendo a sus padres sobre sus intenciones, dejaría la ciudad de Córdoba entregado a un “ardiente deseo de salvar almas”. Aplicado en el estudio, desde su ingreso logró obtener calificaciones sobresalientes ganando la aprobación de sus superiores y el reconocimiento de sus compañeros. “Me corregía de los defectos y adelantaba en la piedad y en el estudio”, le llegaría a comentar con orgullo a su director espiritual. Comienza el segundo año y los éxitos alcanzados despiertan cierta soberbia en él. Decae en la piedad, en la conducta, e incluso en sus estudios. Su mal comportamiento debilita su alma. Atacado por las “pasiones especialmente impuras” y sin tener la fuerza necesaria, va perdiendo terreno. La comunión diaria ya no da resultados. Por fin, el “enemigo” vence y Antonio peca. Ofende al Señor que tantos favores le ha hecho: “¡Triste y desdichado momento!” Pese a cumplir rigurosamente con el sacramento de la confesión, las caídas y levantadas se suceden sin que los consejos de sus superiores puedan remediar nada. Su vergüenza le impide confesar las “repugnantes faltas” cometidas, repitiéndose las ocasiones de pecado. Cierta día, el director lo llama y pone palabras en la boca de Antonio para que este pueda revelar sus deslices. Aun así, la confianza entre el maestro y el alumno no es lo suficientemente sólida para impedir que el joven penitente omita los pecados más severos. Le dice, sí, que solamente una vez ha “tocado con malicia las piernas de ese compañero ocultándole lo demás”. En su casa, ya de vacaciones, sabe que aquellos actos complican su regreso al noviciado. Sin embargo alumbraba una esperanza. La atenta dirección espiritual de Tantardini, a la cual él se ha entregado, le ha permitido detener su “hábitos impuros”.⁷⁵³

La historia de Antonio nos habla justamente de esa tarea puesta a conducir y administrar la sexualidad de los niños y jóvenes educados en los colegios de la congregación. Al culpar a su soberbia como el punto de inicio de los males que lo agobian, muestra ya la incorporación de las lecciones escuchadas y leídas en más de una oportunidad: “La tercera concupiscencia es un deseo apasionado por los honores y por la nombradía, que nos obliga sin cesar a buscar alabanzas, cumplimientos, triunfos efímeros, en fin, todo aquello que pueda alagar nuestra miserable

⁷⁵³ Carta de niño aspirante a José Vespignani, Córdoba, 30 de abril de 1917, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

vanidad”.⁷⁵⁴ Antonio parece comprender que está en falta. Ha escuchado con insistencia que una buena confesión radica en el sincero propósito de cambio, pero su voluntad no alcanza para sostener los frutos de la penitencia: “Me confesé, y sabe con quién? Con Ud. Caídas y levantadas se sucedieron sin que lograra remediar nada, hasta que caí del todo. Cometí esas repugnantes faltas de que Ud. ya se habrá enterado”.⁷⁵⁵ Oculta sus actos, traicionando la confianza filial debida a sus superiores. Ha interiorizado las nociones de moral dándose cuenta de sus errores y experimentando un arrepentimiento que se muestra sincero. Aun así, las referencias explícitas a las enseñanzas recibidas muestran algo más que una cabal apropiación de la norma. En su carta confiesa sus actos, denuncia un arrepentimiento digno de quien se sabe penitente, para devenir luego en un pedido concreto que tiene que ver más con preocupaciones terrenales que con los temores a un “castigo divino”:

“Como le anuncié, mis padres se están por trasladar al Brasil, y yo vistas las circunstancias tendré que acompañarles [...] Voy por lo tanto a trabajar para ver si me dejan ir, unos cuantos días antes [a Buenos Aires] para poder charlar un poco con Ud. y con los demás superiores, acerca de mi vocación y despedirme de todos, pues yo quisiera mediante una justa reparación poder continuar mis estudios en el aspirantado de dicha nación”.⁷⁵⁶

Antonio sabe que ha obrado mal. Entiende la gravedad de sus acciones. Ha pecado, pese a tantos medios empleados para evitarlo. Pero en los márgenes de libertad que las normas y códigos establecidos dejan, los asistidos también negocian, pactan y maximizan sus oportunidades.⁷⁵⁷ Al pequeño acólito, sus faltas no le impiden canalizar su remordimiento en la demanda de aquello que anhela, subordinando su lenguaje a las fórmulas adecuadas. El arrepentimiento sincero se confunde con astucia. Antonio parece haber aprendido las lecciones, lo suficiente como para saber qué decir a su maestro.

Enfocar la mirada sobre el terreno de las experiencias de los individuos no supone negar el peso de las estructuras materiales y simbólicas que actúan y condicionan la agencia humana. Pero estudiar el mundo social a través de la perspectiva de los hombres y mujeres que lo componen, permite enriquecer la comprensión de esos procesos estructurales del cambio social. En nuestro caso, los testimonios de los niños asistidos permiten ver, aunque de manera difusa, aquello que el discurso institucional omite. Dentro de esa misma institución - y a pesar de ella- advertimos que otras

⁷⁵⁴ *Consejos prácticos...* cit., p. 21, ACPX.

⁷⁵⁵ *Carta de niño aspirante a José Vespignani*, Córdoba, 30 de abril de 1917, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁵⁶ *Ibíd.*

⁷⁵⁷ Beatriz I. Moreyra, “Los asistidos como grupo social en los espacios asistenciales en Córdoba (Argentina) 1900-1930: la conformación de una identidad”, *Delaware Review of Latin American Studies*, núm. 17 (2), noviembre 2016.

conductas, otros comportamientos a los esperables y deseables tenían efectivamente lugar. Los mecanismos de moralización, por más efectivos que aparenten ser, fueron desbordados por gestos, palabras y miradas - sutiles e imperceptibles algunas, groseras y escandalosas otras - que no podían ser obturadas, suprimidas, ocultadas. Precisamente es este gran esfuerzo invertido en regular, prohibir y vigilar lo que expresa, no una conquista sin fisuras de las conciencias infantiles, como los límites y dificultades de la tarea educativa de la congregación. En la prohibición de hablar en el interior de los talleres se descubren conversaciones prohibidas; en la imposibilidad de asistir solos a los cuartos se notan los rastros de actos reñidos con la decencia; en las confesiones mensuales se oyen los pecados callados. Cada prohibición, cada norma, cada regulación devela aquello que pretende prohibir, eliminar u ocultar. Y es en las experiencias de Antonio, Pablo, Alfonso y la de tantos otros que ellos simbolizan, donde esa otra trama de la realidad, más compleja, difusa y esquiva, se deja ver.

El sistema preventivo y los límites de la *amorevolezza*

A pocos meses de comenzar a funcionar el oratorio en la ciudad de Córdoba, la numerosa asistencia de los niños motivó cierto recelo en los sacerdotes del Colegio Santo Tomás, que veían a sus mismos alumnos entusiasmados por participar de los juegos del predio salesiano al término de cada jornada. En sus patios, ellos también colocaron toboganes, “sube y baja” y otras diversiones sin resultado favorable, dado que la mayoría persistía en frecuentar el oratorio. Intrigado, el superior de la obra de los escolapios se dirigió ante Gherra pidiéndole una explicación sobre esa especial atracción, quien le respondió que no eran solamente los juegos los que atraían, sino los asistentes y maestros que jugaban con los niños.⁷⁵⁸ Vespignani contaba con orgullo esa anécdota al modo de recuerdo de los primeros días de la congregación en Córdoba. Pero al mismo tiempo, ponía en evidencia un aspecto esencial sobre el que se sustentaba la relación asistencial en las instituciones salesianas y sobre el cual él insistió a través de circulares y consejos dirigidos a sus hermanos en las visitas como superior. El aliciente al que hacía referencia era la *amorevolezza*, rasgo fundamental y distintivo del sistema preventivo que indicaba, fundamentalmente, el amor asistencial-educativo. Si en el léxico italiano podía asumir múltiples significados, en la experiencia educativa salesiana se asociaba con el amor, la benevolencia, el afecto, la dulzura, la benignidad, la solicitud paterna y la paciencia.⁷⁵⁹ Justamente, a diferencia de otros modelos basados en la imposición rigurosa de la disciplina y el castigo severo de las faltas cometidas, la congregación promovía el “sistema del

⁷⁵⁸ Lorenzo Massa, *Memorias...* cit., p. 48.

⁷⁵⁹ Pietro Braidó, *Prevenir...* cit., p. 324.

amor”, es decir, del amor del educador por los niños expresado en el cuidado y atención de sus necesidades.⁷⁶⁰ La *amorevolezza* se traducía, así, en un complejo código de símbolos, signos y comportamientos que guiaban el trato afectuoso que el educador con sus palabras, pero especialmente con sus actos, debía manifestar a sus alumnos, con la intención de crear un vínculo de confianza filial entre el adulto y el niño. Este sistema de significaciones, valores y lenguaje conformaba una determinada cultura afectiva propia del universo asistencial salesiano, en la que se inscribía la afectividad de sus miembros.⁷⁶¹

En sus circulares, el Padre Inspector exhortaba con vehemencia a cumplir las prerrogativas del método educativo de don Bosco antes que intentar improvisaciones. De manera clara advertía: “Lanzarse hoy entre las muchedumbres para educarlas: hablar de internados, de escuelas de artes y oficios para niños pobres y abandonados: rodearse de centenares y millares de niños en los oratorios festivos, sin antes conocer bien y ensayarse prácticamente en todos los pormenores del sistema preventivo, sería una temeridad”.⁷⁶² Vespignani reconocía las dificultades que entrañaba su práctica, de allí que los alentaba a implementar diferentes grados de formación y estudio de sus principales virtudes. Los superiores debían hacerse cargo de dictar conferencias destinadas a formar el criterio salesiano a los demás sacerdotes y acólitos de cada casa, antes de que se les confiaran alumnos. Recordaba, además, que la buena práctica del mismo no solo nacía del conjunto de normas ni del espíritu salesiano individual, sino del acuerdo y la cooperación de todo el personal y de la misma organización de la institución.⁷⁶³

La *amorevolezza* excluía los castigos físicos suaves o violentos en los códigos de convivencia de las instituciones salesianas. Por medio de la amabilidad y la persuasión, los directivos y colaboradores debían acercar a los niños y jóvenes al amor de Dios, fomentando la confianza entre el educador y el educando como parte de una relación paternal y filial. Y al mismo tiempo, para ganar el corazón del joven, el maestro debía también omitir las palabras humillantes o que hirieran su sensibilidad. En el contexto socio-educativo en el que se conformó la matriz pedagógica salesiana, ciertas corrientes de la pedagogía decimonónica abalaban los castigos corporales por considerarlos una forma acertada de corrección de la indisciplina en el gobierno escolar. Las palmadas, las bofetadas, los golpes con objetos, las penitencias severas e incluso los modos de violencia verbal eran rasgos comunes por donde transitaban las distintas formas de punición que pretendían educar y marcar los límites y normas.⁷⁶⁴ Sin embargo, en el tránsito del siglo XIX al XX, aun cuando

⁷⁶⁰ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 236.

⁷⁶¹ David Le Breton, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999, p. 103.

⁷⁶² José Vespignani, *Circulares...* cit., p. 44.

⁷⁶³ *Ibíd.*, pp. 94 y 95

⁷⁶⁴ Lucía Lionetti, “Cuerpo y castigo. La penalidad física en las escuelas elementales de Buenos Aires y la campaña en el siglo XIX”, *Quinto Sol*, vol. 19, núm. 2, 2015, p. 2.

subsistieran ese tipo de prácticas correctivas, se fueron promoviendo formas de integración más amables y promotoras de los valores que encerraba la escolaridad, fruto también de una sensibilidad más civilizada que condenaba la penalidad sobre el cuerpo de los niños.⁷⁶⁵

Los aspectos esenciales del sistema preventivo circulaban en abundancia a través de cartas, conferencias y recomendaciones orales y escritas dirigidas de modo general o personal por los superiores a todos los salesianos. La prensa, incluso, destacaba lo que puertas afuera era un sello distintivo de la misión pastoral y educativa que los hijos de don Bosco llevaban a cabo entre la niñez marginal. A mediados de la década de 1920, *Los Principios* describía al director del Colegio Pio X como portador de una autoridad amigable sin rastros de violencia y despotismo: “El padre Tantardini es a la vez que el director, el hermano y el amigo de sus inferiores y alumnos, y una sonrisa de alegría ilumina los rostros infantiles, cuando pasando a su lado, tiene la palabra de aliento o la indicación acertada al retrasado, que incitado por él, se esfuerza para colocarse al nivel de sus compañeros”.⁷⁶⁶

La importancia que para la congregación tenía el cuidado de la relación entre sus miembros y los niños se manifestaba en las recomendaciones que el Padre Inspector dejaba en sus visitas anuales al colegio, donde reiteraba que se preservara el sistema preventivo y no se usara el “sistema de rigor” con los alumnos. Tanta insistencia no era infundada. En su visita de 1919 daba cuenta que algunos acólitos habían faltado gravemente a ello pegando por simple ira e incluso de modo sistemático. Vespignani podía saberlo dada la costumbre de dialogar con los alumnos en cada una de sus visitas anuales, donde estos daban cuenta de la cotidianeidad de la vida escolar. En otras oportunidades, eran los mismos salesianos en formación quienes rendían cuenta de conciencia con su director espiritual. Así al menos lo hizo Luis Brasesio, quien hacia 1921 se comprometía a corregirse totalmente del “defecto de golpear a los niños”.⁷⁶⁷ Otro caso similar resulta aún más descriptivo del tipo de comportamiento de algunos asistentes. Con tan solo 20 años, Leonardo Artese pasaba los días en el Colegio Pio X como parte de su trayecto de formación sacerdotal. El día dedicado a la patrona de la congregación, el joven acólito le escribía a su formador dando cuentas de cada una de las faltas cometidas en el último mes. La extensión y el tono de la carta denuncian la preocupación del emisor,

⁷⁶⁵ Pablo Toro Blanco, “Disciplina y castigos: fragmentos de la cultura escolar en los liceos de hombres en Chile en la segunda mitad del siglo XIX”, *Cuadernos Interculturales*, segundo semestre, año/vol. 6, núm.11, 2008, p. 143. Si en las escuelas comenzaba a primar esta visión, en los espacios de reforma de menores los castigos físicos y maltratos parecen haber sido más frecuentes. En este sentido, Zapiola ha destacado su persistencia en los casos del Asilo de Reforma de Menores Varones de la Capital y de la Colonia Agrícola Industrial para Menores Varones de Marcos Paz. De acuerdo a los informes de inspecciones oficiales, los niños allí alojados debían soportar azotes con rebenques y lonjas de cuero, encierros en calabozos helados y húmedos sin vestido ni alimentos, marchas a la intemperie durante horas y maltratos y golpes de todo tipo. Del mismo modo, Cerdá ha documentado la existencia del ejercicio de la violencia contra internos menores en el reformatorio de la ciudad de Mendoza. Ver María C. Zapiola, *Excluidos de la niñez...* cit., pp. 89 y 208; Juan Manuel Cerdá, “Vida cotidiana en el reformatorio de Mendoza a finales de la década de 1920”, Yolanda de Paz Trueba (Comp.), *Infancia, pobreza y asistencia...* cit., p. 68.

⁷⁶⁶ *Los Principios*, 31 de diciembre de 1925.

⁷⁶⁷ *Carta del acólito Luis Brasesio a José Vespignani*, Córdoba, 11 de noviembre de 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

que no ahorra reproches a la hora de cumplir con la autoevaluación de rigor. Él mismo se califica como una persona de poco criterio, escaso espíritu de obediencia y muy dejado en la piedad: “[...] confieso con dolor, no correspondí a la vocación, que Dios, en su bondad, habíase dignado regalarme [...] Pasé cerca de seis años, desde los catorce hasta hoy, soñando con caprichos y no viviendo en el mundo”. Más allá de su percepción, el joven Leonardo transcribió en la misma carta una especie de diario al modo de registro de cada una de sus culpas. Esto nos brinda la posibilidad de conocer la forma en la que el salesiano emprendía la tarea asistencial y sus labores en el internado, las actitudes que se consideraban condenables o censurables en un futuro sacerdote de la congregación y, al mismo tiempo, observar por debajo del discurso oficial la relación de los educadores con los educandos. El día 14 anotaba: “Asistí bastante mal en el dormitorio - sin ganas la clase de catecismo. Di varias cocas. Fui liviano en la misma clase: luego tuve que imponerme y gritar”. En su descripción, Leonardo parece dialogar con los preceptos del sistema preventivo, ya que interpreta que su mala asistencia es lo que genera esos gritos innecesarios que deben evitarse. Lejos de mejorar, a los dos días confiesa haber pegado y maltratado a un niño en clase de banda. Por el resto del mes se suceden episodios similares en estos términos:

“20. Esta tarde en el taller, dejé a un niño en penitencia, más de lo conveniente...”

22. Varias veces me impacienté y no procedí con calma. En la clase me dejé vencer por los fastidios de un niño y le di dos palmadas.

23. Siempre quedo vencido. Fastidiado di algunas cocas, livianas sí, pero siempre faltando al propósito de no tocar a ningún niño.

24. asistiendo el lavatorio fui débil y allá se fue también mi mano.

27. Varias veces se escapó mi mano. Me impacienté con frecuencia, especialmente en la clase. Viendo cierta desaplicación en los niños quedé todo el tiempo desanimado”.⁷⁶⁸

En una correspondencia posterior, aunque se esforzaba en retener su “nerviosidad”, el acólito volvía a confesar su severidad en el trato con los niños: “[...] a pesar de todos mis propósitos con facilidad, aunque gracias a Dios, no tan frecuente, se me escapan las manos [...] Me propuse en los S.S. Ejercicios llegar a fin de año sin pegar ni una vez, si el Señor me ayuda. Pero ya quebranté dos veces ese propósito que he vuelto a renovar”.⁷⁶⁹ Leonardo sentía su falta y rezaba para poder perseverar en el propósito de enmendarse. Pero al mismo tiempo, identificaba las razones de su destrato no solo en sus impulsos incontenibles, sino en la frustración que como maestro le generaba observar “la indiferencia, la desgana, la distracción” en los niños de su clase. Puede presumirse que

⁷⁶⁸ *Carta del acólito Leonardo Artese a José Vespignani*, Córdoba, 24 de mayo de 1920, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁶⁹ *Ibíd.*

aun en una institución que hacía del amor asistencial el pilar de su método educativo, los salesianos se vieran desbordados a la hora de mantener la disciplina y los códigos de convivencia sin recurrir a amenazas, castigos y correctivos físicos. De allí que el mismo Vespignani, atento a las dificultades que entrañaba dedicarse a niños muchas veces díscolos, aconsejara más que nunca aplicar la vigilancia del sistema preventivo y hablar mucho de don Bosco y María auxiliadora inspirando la confianza filial hacia ella por parte del “elemento peligroso”.⁷⁷⁰ Estos consejos perseguían la finalidad de mantener la conducta sin renunciar a la caridad para con aquellos niños más revoltosos. Pero tampoco excluía otras preocupaciones que se vinculaban más al contexto social y político en los que la congregación desarrollaba su tarea educativa. En su visita de 1919 aludía claramente a esto, previniendo de las consecuencias que podía traer un descuido en el trato con los internos:

“Caridad fraterna ejercitada hacia los niños; no pegándolos, especialmente cuando no ofenden a Dios gravemente. El grito tan frecuente de “Frailes no”, que resuena por estas calles, debe considerarse como un grito de alerta. Mañana estos mismos alumnos que hoy se quejan con los superiores del mal tratamiento de ciertos maestros asistentes, levantarán sus quejas a sus padres, los malos diarios predicarán la cruzada contra nosotros, y es fácil prever los tristes y fatales resultados”.⁷⁷¹

Quizás Vespignani tenía aún fresco el recuerdo de un episodio de mayor gravedad ocurrido años antes, cuando los sectores socialistas habían acusado en “materia de costumbres” al director del Colegio de La Ensenada, el salesiano Francisco Wilczek. La Vanguardia había publicado la denuncia en agosto de 1916, describiendo las situaciones de “serio ultraje al pudor” padecidas por varios niños ante el llamado “sátiro de la sotana”. Si bien el sacerdote fue sobreseído, las consecuencias se hicieron sentir en la baja de los alumnos inscriptos, ya que en la opinión pública había quedado instalada la idea de la veracidad del crimen.⁷⁷² En septiembre de ese año, Vespignani visitaba la casa de Córdoba y dejaba sus impresiones de aquellos sucesos. La principal lección consistía en ajustarse más a los preceptos del sistema preventivo, a los fines de evitar cualquier tipo de calumnia que pudiera dañar la imagen de la institución. Si bien reconocía que por las personas respetuosas que rodeaban la obra de Córdoba era improbable que ocurriera algún hecho similar en esta ciudad, se permitía dejar una advertencia: “sin embargo puede menguar la estima, el prestigio y el consiguiente provecho moral de la obra de Don Bosco por los modales rígidos, por palabras inconvenientes y demasiado humillantes o por otros descuidos en la asistencia o en la clase”.⁷⁷³

⁷⁷⁰ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1913, ACPX.

⁷⁷¹ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1919, ACPX.

⁷⁷² Pablo A. Scharagrodsky y Stella Maris Cornelis, “Modelar la masculinidad...” cit., p. 137.

⁷⁷³ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1919, ACPX.

Más que en las denuncias de los anticlericales, las preocupaciones del Padre Inspector se centraban en las prácticas asistenciales de los sacerdotes a su cargo, que a su entender solían no corresponderse con sus recomendaciones y consejos. Tal vez en su interior temía que, pese a todos los recaudos, salieran a la luz ciertas prácticas que él bien sabía tenían lugar en los colegios que visitaba como superior. Hechos que trascendían los meros excesos en la imposición de la disciplina, pero que también dejaban marcas - más severas aún - en el cuerpo y la conciencia de los escolares. Para comprender mejor esto, conviene remitirnos directamente a un documento que nos muestra sin eufemismos aspectos desconocidos, o al menos escasamente transitados, de las instituciones educativas y de auxilio de menores. Raúl Carbajo, otro joven acólito salesiano, transita sus años de formación en la escuela de artes y oficios de Córdoba cuando a mediados de octubre de 1915 envía la siguiente correspondencia a Vespignani. Su tono advierte la visible preocupación por el futuro de su vocación. El motivo, una falta cometida, cuya gravedad pone en duda su permanencia en la congregación:

“[...] Días hace amado Padre, me he dejado llevar de la pasión de la impureza, y me aconteció que he tomado apego a un niño, hasta tal punto que comprendiéndole le apreté su cuerpo con el mío, luego le manosee por varias partes del cuerpo y le pedí que me besara, pero gracias a Dios el niño no lo permitió. Yo no se lo manifesté al Rvdo. Padre Director, sino después que el niño se lo dijo, entonces el Rvdo. Padre me llamó y yo le manifesté la falta [...]”⁷⁷⁴

Al interrogar la confesión realizada por el religioso, el pasado, lejos de simplificarse, cobra otra complejidad. El evento irrumpe y otra dinámica distinta - sino contradictoria - confronta, discute, desmiente la imagen construida en torno a esa relación asistencial fundada en la *amorevolezza* propia del sistema preventivo. Si bien puede intuirse que la clase de hechos expuestos por esta carta tenían lugar en colegios internados y otras formas de resguardo de menores, el testimonio del joven aspirante a sacerdote parece situarlos efectivamente dentro del horizonte de posibilidades en el interior de esos espacios.

En principio, nos hallamos frente a una confesión de alguien que se siente en la obligación de no ocultar lo sucedido a su superior quien, por otro lado, ya se encuentra en conocimiento de lo acontecido. La omisión de algún detalle era entendido como una grave transgresión de las normas de comportamiento de los acólitos. En este sentido, el amor filial que debía observarse para con los alumnos también debía ser practicado entre los directores y los jóvenes aspirantes. Las confesiones semanales y las entrevistas diarias entre maestros y aprendices eran citas ineludibles que cimentaban esa relación. Sin embargo, la confesión de Raúl tuvo lugar luego de que se enteraran de su falta. Solo

⁷⁷⁴ Carta del acólito Raúl Carbajo a José Vespignani, Córdoba, 19 de octubre de 1915, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

cuando no tuvo otra opción, se vio obligado a hablar y revelar el hecho con toda su crudeza. La sincera declaración del religioso se muestra forzada por el contexto. El gobierno de los superiores no podía abarcar la totalidad de la vida institucional, tanto por la consumación de una práctica prohibida que exponía los espacios vacíos del control, como por lo obligado de la confesión del joven aprendiz. ¿Cuántos asistentes habrán callado con éxito, escapando a la atenta mirada de los superiores?

Como parte de esa misma *amorevolezza* que pretendía oponerse a la rigidez de otros espacios, la imagen paternal del sacerdote debía asegurar en el niño la mejor predisposición a las correcciones y una obediencia consensuada a las normativas impuestas. De allí que los golpes, la violencia verbal o cualquier tipo de maltrato debían sustituirse por la caridad y el amor. Sin embargo, tanto don Bosco como sus sucesores fueron explícitos en los límites que debían guardarse en el trato con los alumnos, conscientes del peligro que suponía un “exceso de cariño”. Eran comunes las advertencias que aconsejaban evitar por completo el contacto físico y alejarse apenas sintieran un “cariño especial” hacia algún niño. En una de las tantas semblanzas sobre el fundador de la congregación que arrojan sus Memorias Biográficas, un antiguo alumno describía un día en el oratorio de Valdocco refiriéndose de modo especial al trato cuidadoso que el santo tenía para con ellos: “Siempre rodeado de niños, en los mismos recreos y juegos desplegaba una sencilla, expedita y pudicísima agilidad [...] Sus mismas caricias (y la única que se permitía era poner su mano sobre nuestra cabeza en actitud de bendecir) parecían infundirnos el espíritu de pureza... ¡Tan puro, tan castigado, tan correcto, tan paterno!”⁷⁷⁵ Vespignani llamaba la atención en sus visitas acerca del contacto físico, no solo a través de castigos, sino en lo cotidiano: “Suma delicadeza en el trato con los educandos [...] máxime los que andan vestidos poco decentemente, o bien poseen alguna preciosidad seductora [...] No haya caricias ni nadie salga del patio ni se entretenga en particular con algún niño”.⁷⁷⁶ Los salesianos, incluso, solían manifestar sus desavenencias cuando algún hermano trataba con demasiado cariño a los alumnos, como cuando el Padre Ales había resuelto, indignado, mudar su reclinatorio para no tener que observar el modo con que Tantardini los abrazaba al confesarlos.⁷⁷⁷

Tanto celo y precauciones parecen justificarse con el caso del acólito. Antes de la consumación del hecho, Raúl advierte que ha tomado “demasiado apego a un niño”. En esa cultura afectiva normativizada por la *amorevolezza* propia del sistema preventivo salesiano, las circunstancias hacen necesario que los actores trabajen acerca de los afectos y emociones experimentados, sobre todo aquellos considerados inapropiados por los miembros de la comunidad.⁷⁷⁸ Así, la actitud confiable, afectuosa y paternal que debía regir la relación de los maestros con sus educandos, toma otra forma

⁷⁷⁵ Rodolfo Fierro Torres, *La pedagogía social...* cit., p. 318.

⁷⁷⁶ Memoriale, Segunda Visita Inspectorial Colegio Pio X, año 1919, ACPX.

⁷⁷⁷ *Carta del Padre Alejandro Anghileri a José Vespignani*, Córdoba, año 1921, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁷⁸ David Le Breton, *Las pasiones...* cit., p. 131.

en la confesión del joven religioso que no se ajusta a las expectativas del grupo. Las prescripciones y regulaciones circuladas insistentemente por los superiores, si bien pesaban sobre los asistentes, parecen haber funcionado más como sugerencias frente a circunstancias particulares que como imposiciones aceptadas mecánicamente. La preocupación con respecto al cumplimiento del sistema preventivo muestran las dificultades de un modelo educativo que puertas afuera se mostraba original y efectivo. Más aún cuando observamos los testimonios de aquellos que encarnaban la relación asistencial. Como Luis Brasesco, que no tenía reparos en exponer abiertamente los sentimientos experimentados a raíz de su tarea cotidiana de salesiano en formación:

“En cuanto a mis votos me parece cumplirlos. A veces siento cierta inclinación natural de afecto hacia algún niño, que rechazo al momento, buscándome otras ocupaciones y poniendo en su lugar a Jesús digno ciertamente de nuestro corazón.

La caridad con los niños aunque a veces durante el año he faltado, sin embargo hará cosa de varios meses que no los toco ni poco ni mucho; así espero seguir toda mi vida”.⁷⁷⁹

Interrogar los afectos y emociones supone, entre otras cosas, observar las ambivalencias, contradicciones, paradojas y conflictos que atravesaban a los sujetos, advirtiendo también las normatividades, regulaciones, negociaciones y disputas en sus experiencias subjetivas.⁷⁸⁰ Y estos ejemplos quizás permitan, también, complejizar ciertas interpretaciones atentas a señalar el rígido disciplinamiento ejercido por las instituciones de asistencia y que han tendido a oscurecer la relación afectiva que, en ocasiones, podía entablarse entre los asistentes y los asistidos.⁷⁸¹

En cuanto a Raúl, no sabemos mucho más. En ese mismo año, Tantardini le informaba a Vespignani, casi al pasar, que el acólito se mostraba arrepentido y era posible que la lección le sirviera. De cualquier modo, su futuro como sacerdote se tornaba ciertamente más incierto, pero no por la gravedad de su falta, como por sus escasas aptitudes intelectuales.⁷⁸² De hecho, él había pedido expresamente que se lo perdonara, permitiéndole quedarse en calidad de coadjutor: “[...] le pido Amadísimo Padre en el nombre del Señor que tenga compasión de mí, de mi vocación y de mi alma. Estoy dispuesto hacer lo que S. R. me mande, pero que no me despida de la Congregación y que me tenga al menos como hermano coadjutor”.⁷⁸³ No obstante las recomendaciones del Padre Inspector

⁷⁷⁹ *Carta del acólito Luis Brasesco a José Vespignani*, Córdoba, 26 de octubre de 1922, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁸⁰ Ana Abramowsky y Santiago Canevaro, “Introducción”, Ana Abramowsky y Santiago Canevaro (Comps.), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, Los Polvorines, UNGS, 2017, p. 16.

⁷⁸¹ Helen Rogers, “Kindness and reciprocity: Liberated prisoners and christian charity in early nineteenth-century england”, *Journal of Social History*, núm. 47 (3), 2014, p. 722.

⁷⁸² *Carta de Pedro Tantardini a José Vespignani*, Córdoba, s/f, Caja 3, “Córdoba”, ACS.

⁷⁸³ Durante los primeros tiempos de la congregación, la figura del hermano coadjutor se pensó para que colaboraran principalmente en las tareas de formación profesional de los alumnos, cumpliendo los mismos votos que el resto de los

para con el resto de los salesianos en cuidar el trato con los niños, ciertas prácticas parecían susceptibles de ser pasadas por alto, aunque en los discursos se condenaran con vehemencia. Hacia 1925, luego de haber realizado los votos que lo convertían en coadjutor y diez años después de aquel suceso, Raul Carbajo seguía en la congregación, esta vez como encargado de taller en el Colegio San José de la ciudad de Rosario.⁷⁸⁴

Si del niño que motivó el “apego” del religioso no sabemos ni su nombre, un detalle en apariencia insignificante nos advierte de algo importante. El alumno cuenta lo sucedido al Padre Director, porque entiende que el asistente que debe velar por su cuidado ha transgredido el sistema normativo de la institución que lo aloja. La conducta del acólito ha violado tanto los preceptos morales que regulan la vida colegial, como los códigos asistenciales que al alumno se le presentan tácitos, pero lo suficientemente claros para hacerle advertir que el beso que le han intentado dar excede el cariño de padre que le deben dispensar. En su denuncia también se juegan los márgenes de aceptación y rechazo de la realidad que le toca experimentar, por caso mucho más áspera que la edulcorada visión del universo salesiano retratado en las publicaciones institucionales.

Imagen 46

Grupo de alumnos del Colegio Pio X junto al Padre Gherra.
c. 1909.

Fuente: ACPX.



salesianos – obediencia, pobreza y castidad – pero sin necesidad de que completaran el mismo trayecto formativo de los futuros sacerdotes.

⁷⁸⁴ *Plantel de Salesianos en el mundo*, año 1925, ACS.

En octubre de 1924, los salesianos celebraron el cincuentenario de su llegada a la Argentina. Lejos de pasar desapercibida, la efeméride propició su singular vocación por las exhibiciones públicas de gran envergadura. En medio de un tono festivo y celebratorio que incluyó un imponente desfile de más de mil niños por las calles de Córdoba, diversas personalidades del ámbito político y eclesiástico destacaron públicamente las virtudes y el significado de la obra homenajeada. En la noche de gala realizada en el teatro mayor de la ciudad, el Pbro. Froilán Ferreyra cerraba su discurso con una pregunta que funcionaba como alegato a favor del indiscutible protagonismo adquirido por los salesianos en el ámbito social y educativo en el país:

“Al ver pasar por nuestras calles un puñado de estos infatigables salesianos guiando multitudes de niños en bizarros escuadrones; al verlos acudir solícitos a todas nuestras fiestas para poner la nota simpática en todos nuestros actos de fe y patriotismo; al verlos dominar en el alma de los niños con yo no sé qué atractivo singular, sacándolos de la calle o del espectáculo pernicioso y trayéndolos a sus admirables oratorios festivos, para enseñarles a santificar las fiestas del Señor con el cumplimiento de los deberes primordiales del cristiano y la sana recreación que robustece el espíritu y da vigor al cuerpo, yo me pregunto, señores, si hay una obra más grande, un apostolado más fecundo, una acción más eficaz que atraiga como la obra salesiana, las bendiciones del Altísimo y el aplauso sereno de todos los hombres de buena voluntad”.⁷⁸⁵

Lejos de la intención laudatoria de este sacerdote, la misma pregunta sobre los salesianos estuvo presente, también, en las inquietudes que motivaron este trabajo. Interrogar sobre los orígenes y desarrollo de su obra social y educativa en una ciudad del interior de la Argentina supuso dar cuenta de su intenso protagonismo dentro del modelo benéfico asistencial de su tiempo. ¿Cómo se explica que, desde su llegada al país en el último cuarto del siglo XIX, esta congregación de religiosos dedicados al auxilio de la infancia y juventud marginal conociera una expansión sin precedentes, manifestada en la fundación de una gran cantidad de oratorios, escuelas profesionales, colegios internados, parroquias y misiones en el territorio nacional? ¿Qué elementos intrínsecos a su pedagogía social y presentes en su propuesta educativa y evangelizadora hicieron de los salesianos la congregación con mayor presencia y protagonismo de la Argentina moderna?

La respuesta a estos interrogantes nos llevó a indagar, en primer lugar, el contexto social en el cual desarrollaron su misión. El problema de la infancia menesterosa como expresión de la cuestión

⁷⁸⁵ *Los Principios*, 7 de octubre de 1924.

social de comienzos del siglo pasado resulta crucial para entender la labor salesiana. Los niños y jóvenes que se encontraban fuera del circuito escolar y familiar y volcados mayoritariamente a la calle, conformaron una de las expresiones más visibles de los efectos no deseados de la acelerada modernización de esos años. Muchos se incorporaron al mercado laboral como discretos operarios en pequeños talleres artesanales e industrias medianas, como ayudantes en casas de comercio, como domésticos en casas de familias particulares, en empleos transitorios como la venta ambulante de diarios o la realización de trabajos ocasionales de toda índole, generalmente como cadetes y “changanines”. A la par, la delincuencia infantil fue un fenómeno que ocupó el centro de las preocupaciones del mundo adulto, asociándose también a la mendicidad y la vagancia como actividades reñidas con los ideales de infancia establecidos. No obstante las diferencias presentes en un universo poblacional sumamente heterogéneo, fue posible advertir la pobreza como una condición común a esas trayectorias. Hacia esos menores se dirigió, preferencialmente, la propuesta educativa y pastoral salesiana. Como sentenciaba Gherra al observar la miseria del primer grupo de oratorianos, su misión tenía “la pobreza por fundamento”. Las problemáticas ligadas a la infancia marginal fueron el terreno fértil sobre el que germinaron las iniciativas pastorales de una congregación abocada desde sus orígenes a trabajar con los sectores populares. Si bien su llegada a la Argentina estuvo motivada, principalmente, por la práctica misionera entre los pueblos originarios de los territorios patagónicos, en pocos años extendieron su presencia en las grandes urbes del país, estableciendo una red de instituciones que atendían la educación de los hijos del pueblo.

Los esfuerzos realizados por un sector de la clase dirigente local para traer a los salesianos se justificaron, también, por la misma causa. La situación de la infancia en condición de riesgo fue la realidad esgrimida para gestionar la apertura de una escuela salesiana en Córdoba, canalizando importantes sumas de dinero. En un contexto marcado por la ausencia estatal en la resolución de los desajustes producidos por la modernización, los salesianos se incorporaron sin dificultades al complejo de instituciones que formaban parte del modelo benéfico asistencial. Pero que la intervención de la sociedad civil y la Iglesia en la atención de las demandas sociales diera pie al desarrollo de su tarea social y educativa, no explica por sí mismo la centralidad de su propuesta por sobre otras iniciativas laicas y religiosas. En este sentido, un factor clave fue la fidelización de los benefactores a través de la figura del cooperador salesiano. Al instituirlos como una rama más de la “familia salesiana”, la congregación se aseguró el sustento material de sus obras, que demandaban un esfuerzo económico considerable, a juzgar por la magnitud de sus edificios escolares y templos. La alianza establecida con las élites dirigentes de filiación católica es un rasgo trascendental para entender la prosperidad de la obra de los hijos de don Bosco.

Sin embargo, fue necesario que esas familias confiaran y estuvieran convencidas en la eficacia de la labor de una congregación a la cual ellos bendecían con un generoso aporte material. Si la

bonanza de la clase dirigente cordobesa alcanzaba para sostener a más de una obra de caridad - como lo demuestra el caso del cooperador Agustín Garzón -, los salesianos fueron hábiles en destacarse por sobre las demás propuestas de auxilio social. Al inicio de este trabajo, resumíamos su propuesta educativa y pastoral en la conjunción de trabajo y religión. Estos dos elementos centrales de su pedagogía la legitimaron frente a las élites y la opinión pública. La apelación al trabajo, para nada una originalidad salesiana, circulaba ya en los discursos de los intelectuales y expertos que pensaban propuestas de regeneración de la infancia popular. Los talleres salesianos expresaron esa visión que le otorgaba significatividad a la formación en artes y oficios, impartiendo saberes que pretendían no solo forjar el carácter de los desheredados, sino incluirlos al circuito productivo. Este fue un rasgo valorado, incluso, por dirigentes ajenos al catolicismo, que subsidiaron estas instituciones con el convencimiento de que ahorraban una inversión que el Estado no estaba en condiciones de realizar. El segundo aspecto del binomio, la religión, era el elemento que daba sentido y justificaba las iniciativas de la congregación. Para los salesianos, cada acción debía servir al fin apostólico para el cual estaban llamados. El lema presente en su escudo, “Da mihi animas caetera tolle” (“Dame almas, llévate lo demás”), expresaba dicha finalidad específicamente evangelizadora que no excluía, sin embargo, la acción social. De allí que la religión se tradujera, además, en una rígida formación moral destinada a reformar las costumbres y hábitos de los sectores populares.

Un cuarto aspecto a destacar, es la intensa vocación de los salesianos por ocupar el espacio público. La participación de la banda de música, los cuerpos de gimnastas y/o los batallones de exploradores en actos oficiales funcionaba como un poderoso elemento de propaganda, al mostrar a la ciudadanía los resultados de la tarea asistencial y regeneradora emprendida con los sectores populares. Lejos de encerrarse en los muros institucionales del internado, estas escenificaciones cargadas de simbolismos eran formas sumamente eficaces de dar a conocer una imagen de la labor salesiana. Pero al mismo tiempo, el compromiso de la congregación para con la causa católica en los momentos álgidos de enfrentamiento con sectores anticlericales, favoreció la valoración positiva por parte de las jerarquías eclesiásticas y las clases dirigentes vinculadas al catolicismo. Los centros de exalumnos fueron una muestra cabal de esta militancia, al agruparse y tomar partido en la defensa de la Iglesia. Pero como hemos apuntado, los salesianos también participaron en manifestaciones de marcado tono político con sus alumnos, aun cuando no fuera explícitamente aconsejado por las autoridades de la congregación.

En esta línea, la capacidad para incorporar y adaptar elementos culturales de la modernidad es un dato clave a la hora de entender el posicionamiento de los salesianos en el campo educativo y social. Las propuestas de asociacionismo juvenil como los exploradores y gimnastas o las Compañías Religiosas, sumado a la actividad editorial y la centralidad del cine y el teatro en sus instituciones, expresan una actitud dispuesta a *aggiornar* sus prácticas pastorales, aun cuando el mensaje

transmitido tuviera, en esencia, un contenido fuertemente conservador. Esto fue un rasgo presente en la Iglesia argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Pero fueron notables los esfuerzos de esta congregación por fomentar la identidad católica y salesiana en niños y adultos adeptos a la obra, a través de actividades que excedían lo escolar para cooptar el tiempo de ocio de sus alumnos. Los salesianos, así, se mostraron eficaces en la adopción de estrategias culturales que captaran la atención de sectores cada vez más expuestos a productos de consumo popular.

La opción por la educación y formación moral y profesional de los niños y jóvenes de sectores populares, la eficaz alianza con la élites dirigentes de filiación católica, la voluntad por disputar el espacio público a sectores anticlericales y la incorporación de novedosas propuestas culturales con las que llevaron a cabo su tarea pastoral, permitieron a los salesianos posicionarse como referentes en la atención del problema de los menores en condición de riesgo. Sin embargo, más allá de esto, es lícito preguntarse de qué manera modificaron la vida de los cientos de niños y jóvenes que pasaron por sus aulas, patios, talleres y capillas. El mejoramiento de las condiciones de vida de los alumnos huérfanos, pobres y carenciados incorporados al internado constituye, sin dudas, el primer elemento para mensurar el impacto de su tarea asistencial. No es difícil advertir el cambio que supuso para muchos de los menores que dormían en la calle, o habitaban los ranchos de las orillas de la ciudad, o pasaban sus días dedicados a trabajar o mendigar para cubrir su subsistencia, experimentar las comodidades de un techo, de una cama, de comidas diarias. El contraste entre muchas de las vidas relatadas en el primer capítulo y la cotidianeidad del internado es un dato insoslayable.

Pero el asistencialismo salesiano no se agotó en cubrir la seguridad alimentaria o brindar las condiciones mínimas de una vida digna. Esas fueron las bases necesarias para otorgarles un piso cultural desde el cual acortar la brecha que los distanciaba de otros niños y jóvenes con realidades socioeconómicas menos adversas. La educación profesional buscaba asegurar su futura incorporación al mundo del trabajo como mano de obra calificada. Allí se encontraba la gran tarea social de la congregación, transformando la niñez marginal en oficiales de taller. Para la mayoría de los alumnos de la escuela de artes y oficios hubiera sido impensado acceder a una formación semejante, tanto por la falta de recursos como por las escasas propuestas educativas de esa envergadura. El pedido de las familias pobres para que los salesianos les otorgaran un lugar a sus hijos, da cuenta del interés suscitado por los beneficios de la formación impartida en la institución, más aún cuando ésta era otorgada de forma gratuita. Sin embargo, como hemos destacado, la pedagogía social salesiana, al separar a sus alumnos en estudiantes y artesanos, reproducía desigualdades presentes en el mundo infantil, ya que incorporaba a los talleres de la escuela profesional a los niños y jóvenes de menores recursos. Por más que esa educación de calidad significara más de lo que muchos podían aspirar, la creencia en la división de trabajos de acuerdo a la condición social legitimó una educación que reproducía la desigualdad.

Por último, un acercamiento a las experiencias de los alumnos del internado estaría incompleta si no destacáramos un punto nodal del carisma de la congregación como fue el sistema preventivo. La supresión de los castigos físicos a la hora de controlar la disciplina entre los internos, en efecto, aspiraba a la prevención de las faltas mediante la mirada atenta del educador, la compañía cercana que pudiera corregir suavemente los errores de los niños. Este amor educativo, o *amorevolezza*, también pretendía suplir la carencia afectiva de quienes se habían visto privados de un espacio de contención familiar. La publicidad salesiana no ahorró esfuerzos en destacar esto como una de las principales virtudes de sus instituciones, representadas por una atmósfera familiar que hacía menos rígida la vida asilar, marcando un agudo contraste con las penurias experimentadas por niños y jóvenes internados en asilos y reformatorios de la época.

Sin embargo, aun cuando el amor filial que debía dispensarse a los niños estuviera inscripto en los genes de la congregación, formas soterradas de abuso y violencia, no promovidas, existentes y en ocasiones toleradas, formaron parte también de la cotidianeidad del internado salesiano. Su presencia, corroborada por documentación hallada de manera accidental, no anula experiencias que en esencia perseguían una finalidad más noble que la allí expuesta. Por el contrario, y como hemos advertido, permite observar una trama mucho más compleja de situaciones veladas por el discurso institucional. Personalmente, la excepcionalidad del caso narrado al final de este trabajo me ha obligado a ahondar en los esfuerzos de comprensión por sobre el juicio moral, inevitable cuando se trata de experiencias de vida tan delicadas. No creo que la dificultad que se me ha presentado a la hora de historizar esta clase de hechos haya sido del todo salvada. Sin embargo, si la historia ha de tener la función de hacer inteligible el presente por el pasado, su solo conocimiento ya supone de por sí una contribución. Y porque no, también, una reparación, demasiado tardía, pero indispensable, para con aquella víctima anónima.

FUENTES CONSULTADAS

FUENTES INÉDITAS

Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba (AHPC):

Casa de Expósitos de la Ciudad de Córdoba, años 1924 – 1930.

Juzgado de Crimen Capital, Primera Nominación, años 1908, 1909, 1912, 1917, 1918.

Sociedad de Damas de la Providencia, Libros de Actas, años 1903 – 1930.

Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba (AGPC):

Subfondo Gobierno, años 1903-1930.

Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba (AHMC):

Actas de Sesiones del Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba, años 1900-1930.

Documentos del Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba, años 1900-1930.

Archivo General del Poder Judicial de la Provincia de Córdoba (APJC):

Protocolos de Autos y Sentencias de los Juzgados de Instrucción y Menores, Primera Circunscripción Judicial, años 1915-1930.

Archivo Central Salesiano – Sede Buenos Aires (ACS):

Obra salesiana de Córdoba, años 1905 – 1930.

Archivo Salesiano Inspectoría Norte (ASIN):

Obra Pio X, años 1905 – 1930.

Archivo Colegio Pio X (ACPX)

Actas Centro de Exalumnos de Don Bosco, años 1910 – 1930.

Actas Congreso Nacional e Internacional de Ex-alumnos de Don Bosco, año 1924.

Actas del Capítulo de la Casa, año 1927.

Actas del IX Congreso Internacional de Cooperadores Salesianos. Buenos Aires, año 1925.

Cartas y correspondencias, años 1905 – 1930.

Folleto Colegio Pio X, s. f.

Libro de Pupilos, 1933.

Listado personal de la obra Colegio Pio X, año 1935.

Memoriale, Visita Inspectorial Colegio Pio X, años 1908 – 1930.

Monografía sobre la historia del Taller de Imprenta, s. f.

Pedidos de subsidios, cartas y correspondencias, años 1905-1930.

Registros de Alumnos Estudiantes y Artesanos, años 1905, 1906, 1908, 1917, 1921, 1912, 1925, 1930.

Recuerdo para las vacaciones de los alumnos. Colegio Pio X, año 1931.

Archivo Colegio San Antonio de Padua (ACSAP):

Solemne distribución de premios, Colegio San Antonio de Padua, año 1930.

Folleto de propaganda sobre los festejos de la beatificación de Don Bosco, s. f.

FUENTES ÉDITAS:

Publicaciones periódicas:

La Voz del Interior, años 1900 - 1930.

Los Principios, años 1894-1930.

La Patria, años 1905, 1906.

La Obra de Don Bosco en Córdoba, años 1922, 1925, 1926.

El Santuario de San Antonio, año 1928.

Boletín del Centro de Ex-alumnos de Córdoba, año 1919.

Documentación Oficial de la Municipalidad de la Ciudad de Córdoba:

Compilación de Ordenanzas y demás disposiciones dictadas por el Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Córdoba, años 1900-1930.

Documentación Oficial de la Provincia de Córdoba:

Compilaciones de Leyes y Decretos, años 1900-1930.

Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, años 1900-1930.

Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, años 1900-1930.

Estadísticas:

Provincia de Córdoba, Dirección General de Estadísticas y Censos, *Anuario Estadístico de la Provincia de Córdoba*, años 1900-1935.

Provincia de Córdoba, *Primer Censo Infantil*, Córdoba, 1890.

Municipalidad de Córdoba, *Censo General de la Población, Edificación, Comercio, Industria, Ganadería y Agricultura de la Ciudad de Córdoba*, Córdoba, 1910.

LIBROS:

Bermann, Gregorio, *Los menores desamparados y delincuentes en Córdoba. Estudio psico-patológico, médico-social, criminológico y médico-legal*, Córdoba, Talleres Gráficos de la Penitenciaría, 1933.

Bosco, Juan, *Juventud Instruida*, Madrid, SEI, 1952.

Cafferata, Juan, *Labor Parlamentaria*, Córdoba, Honorable Cámara de Diputados, 1928.

Don Bosco en el Mundo, Turín, LDC, 1959.

Massa, Lorenzo, *Memorias del Colegio Pio X*, Imprenta Colegio Pio X, 1930.

Vespignani, José, *Circulares, cartas, avisos. Edición reservada para uso de los salesianos de la Inspectoría Argentina de San Francisco de Sales*, Buenos Aires, Imprenta Colegio Pio IX, 1922.

León XIII, *Carta Encíclica Rerum Novarum. Sobre la situación de los obreros*, Roma, 1891.

Moreno, Pedro A., *La figura de Don Bosco en la Historia*, Córdoba, Imprenta Colegio Pio X, 1921.

OTROS:

Almanaque de la Obra de Don Bosco en Córdoba para el año 1925.

Argentina Salesiana. Setenta y cinco años de la acción de los hijos de Don Bosco en la tierra de los sueños paternos. 1875 – 1950, Buenos Aires, Talleres Gráficos Buschi, 1951.

Ayer y mañana, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1899.

Certamen Catequístico General, Escuela Tipográfica Salesiana Colegio Pio IX, Buenos Aires, 1925.

Certamen Catequístico General, Escuela Tipográfica Salesiana Colegio Pio IX, Buenos Aires, 1924.

Consejos prácticos sobre las tentaciones y el pecado, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1919.

La mortificación cristiana en los ejemplos y enseñanzas de San Juan Bosco, Instituto Teológico San Juan Bosco, Santiago de Chile, 1948.

Los dos hermanos. Drama en dos actos, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1904.

Plantel de Salesianos en el mundo, año 1925.

Recuerdo de la fiesta de las alcancías. Los Huerfanitos de Don Bosco a sus Pequeños Protectores, Colegio Pio X, Córdoba, noviembre de 1927.

Recuerdo del primer centenario de la fiesta de María Auxiliadora y el nacimiento de Don Bosco, Córdoba, Estudio tipo-litográfico *Los Principios*, 1915.

Reglamento Cooperadores Salesianos o Modo práctico de promover la honestidad de las costumbres y el bien de la sociedad, Buenos Aires, Imprenta Colegio Pio IX, 1912.

Reglamento para los alumnos de los colegios de la sociedad de San Francisco de Sales, Artes Gráficas Colegio Pio X, Córdoba, s. f.

Solemne Distribución de Premios, Colegio Pio X, años 1927, 1929, 1930, 1939.

Un amigo del pueblo, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1915.

Veinte años después, Buenos Aires, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, 1904.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AA.VV., *La historia de las infancias en América Latina*, Tandil, UNCen, 2018.
- Abramowsky, Ana y Canevaro, Santiago, “Introducción”, Ana Abramowsky y Santiago Canevaro (Comps.), *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades*, Los Polvorines, UNGS, 2017.
- Adamovsky, Ezequiel, “La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del ethnos argentino (desde las primeras novelas gauchescas hasta c. 1940)”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 41, segundo semestre 2014.
- Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión. 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, 2009.
- Alcubierre Moya, Beatriz, “De la historia de la infancia a la historia del niño como representación”, AA.VV., *La historia de las infancias en América Latina*, Tandil, UNCen, 2018.
- Allemandi, Cecilia, “Niños sirvientes y "criados": el trabajo infantil en el servicio doméstico (ciudad de Buenos Aires, fines del siglo XIX-principios del XX)”, *Cuadernos Ides*, núm. 30, octubre 2015.
- Álvarez, Adriana, “La experiencia de ser un ‘niño débil y enfermo’ lejos de su hogar: el caso del Asilo Marítimo, Mar del Plata (1893-1920)”, *História, Ciências, Saúde*, vol.17, núm. 1, 2010.
- Anecchini, Mariana y Sánchez, Rocío Guadalupe, “El arte al servicio de la religión: la epopeya salesiana pampeana en imágenes”, Ana María Rodríguez (Ed.), *Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)*, Rosario/Santa Rosa, Prohistoria/UNLP, 2013.
- Ansaldi, Waldo, “Una modernización provinciana: Córdoba, 1880 – 1914”, *Estudios*, núm. 7 y 8, junio 1996-junio 1997.
- Ansaldi, Waldo, *Industria y urbanización. Córdoba, 1880-1914*, Tesis doctoral, UNC, 1993.
- Ariès, Philippe, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien régime*, París, Pion, 1960.
- Armus, Diego, “Un médico higienista buscando ordenar el mundo urbano argentino de comienzos del siglo XX”, *Salud Colectiva*, vol. 3, núm. 1, enero-abril, 2007.
- Aversa, María M., “Colocaciones y destinos laborales Las tramas sociales de la minoridad: infancias pobres y oficios “deshonestos” en la ciudad de Buenos Aires, fines del siglo XIX y principios del XX”, *Trashumante*, núm. 8, 2016.
- Aversa, María M., “Infancia abandonada y delincuente. De la tutela provisoria al patronato público (1910-1931)”, Daniel Lvovich y Juan Suriano (Comps.), *Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1952*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Prometeo, 2006.
- Aversa, María M., “Infancia tutelada. Senderos institucionales y rutinas judiciales. Ciudad de Buenos Aires, 1900-1919”, Elena Jackson y Susana Sosenski (Coord.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina: entre prácticas y representaciones*, México, UNAM - Instituto de Investigaciones Históricas, 2012.
- Aversa, María M., “*Un mundo de gente menuda*”: *El trabajo infantil tutelado, ciudad de Buenos Aires, 1870-1920*, Tesis Doctoral, UBA, 2015.
- Beatriz Alcubierre Moya y Susana Sosenski, “Espacios y cultura material para la infancia en América Latina (siglos xix y xx). Introducción”, *Secuencia*, edición especial, 2018.
- Belza, Juan, *Conci. Boceto biográfico de un hombre y de una época*, Buenos Aires, Colegio Pio IX, 1965.
- Bergel, Martín, “De canillitas a militantes. Los niños y la circulación de materiales impresos en el proceso de popularización del Partido Aprista Peruano (1930 – 1945)”, *Iberoamericana*, XV, 60, 2015.
- Berger, John, *Sobre las propiedades del retrato fotográfico*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 2006.
- Bertoni, Lilia A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.

- Bertoni, Lilia Ana, “Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani*, núm. 13, 1996.
- Bisig, Nadia E. “La infancia abandonada-delincuente en el discurso académico Principios del siglo xx, córdoba (Argentina)”, *jurid. Manizales (Colombia)*, 6 (1): 153 - 170, enero-junio 2009.
- Bisig, Nadia E., “La infancia en debate. Hijos ilegítimos y abandonados delincuentes en Córdoba (1871-1914)”, *Revista Estudios*, número especial, 2010.
- Bisig, Nidia E., *La construcción socio jurídica de la infancia. Córdoba, Argentina, Siglos XIX y XX*, Berlín, Ed. Académica Española, 2012.
- Blanco, Jessica, “Religión y espacio público en la Argentina moderna. El caso de la Acción Católica Argentina (1931 – 1941)”, Gardenia Vidal (Comp.), *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público. Córdoba, 1880-1960*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2007.
- Blasco, María Elida, “La tradición colonial hispano-católica en Luján. El ciclo festivo del Centenario de la Revolución de Mayo”, *Anuario del IEHS*, núm. 17, 2002.
- Boixados, Cristina, “*Las tramas de la ciudad, Córdoba entre 1870 y 1895. Élite urbanizadora, infraestructura y poblamiento*”, Córdoba, Ferreyra editor, 2000.
- Boixados, María Cristina, “Entre la ciudad tradicional y la ciudad nueva: la modernización del espacio urbano de Córdoba a fines del siglo XIX”, *Anuario de la Escuela de Historia*, Córdoba, núm. 1, 2001.
- Borrás Llop, José María, “Tasas de actividad infantil y género en la Cataluña de 1900: estudios de caso en la cuenca del Ter”, *Historia Contemporánea*, núm. 44.
- Bosco, Juan, *Memorias del Oratorio San Francisco de Sales. Edición crítica a cargo del Padre Fernando Peraza Leal*, Quito, Didascalía, 2012.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean Claude, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Bourdieu, Pierre, *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.
- Bracamonte, Lucía, “La organización normativa de la Comisión Central de Señoras Cooperadoras Salesianas: género y sociabilidad. argentina, 1900-1926”, *História: Questões & Debates*, Curitiba, vol. 65, núm. 1, 2017.
- Bracamonte, Lucía, “Mujeres benefactoras en el sudoeste bonaerense argentino: el caso del Patronato de la Infancia de Bahía Blanca, 1906-1931”, *Historiolo*, vol. 4, núm. 7 / enero - junio de 2012.
- Bracamonte, Lucía, “Un conflicto plasmado en cartas: convergencias y divergencias entre sacerdotes y cooperadoras salesianas. argentina (1920-1926)”, *Revista Cultura y Religión*, vol. 12, 2018.
- Braido, Pietro, *Prevenir, no reprimir. El sistema educativo de Don Bosco*, Roma, CCS, 2003.
- Bruno, Cayetano, *Los Ex alumnos de Don Bosco en la Argentina*, Buenos Aires, Antonio López Técnicas Gráficas, 1991.
- Bruno, Cayetano, *Los salesianos y las hijas de María Auxiliadora en la Argentina*, Buenos Aires, ISAG, 1981.
- Burke, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2005.
- Burucúa, José Emilio, *Corderos y elefantes: la sacralidad y la risa en la modernidad clásica*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001.
- Caimari, Lila, “Los usos de Foucault en la investigación histórica”, *Documento de Trabajo*, núm. 18, Universidad de San Andrés, 2005.
- Camps, Enriqueta, “Trabajo infantil y estrategias familiares durante los primeros estadios de la industrialización catalana (1850 – 1925). Esbozos a partir de un estudio de caso”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 24, 2002.
- Candia, Miguel y Tita, Francisco, “Servicio doméstico, control social y circulación de menores en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XIX”, *Anuario CEH*, núm. 2-3, año 2 y 3, 2002.

- Carbonetti, Adrián, “Historia epidemiológica de la tuberculosis en la Argentina. 1914 – 1947”, *Estudios*, núm. Especial, 2012.
- Carbonetti, Adrián, “La mortalidad por tuberculosis en Argentina a lo largo del siglo XX”, *História, Ciências, Saúde*, vol. 20, núm. 2, 2013.
- Carli, Sandra, “El campo de la niñez : entre el discurso de la minoridad y el discurso de la Educación Nueva”, Adriana Puigross (Dir.), *Escuela, democracia y orden [1916-1943]*, Buenos Aires, Galerna, 1992.
- Carli, Sandra, *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires-Miño y Dávila, 2002.
- Carrizo, Gabriel, “Educación y masculinidad en un Colegio técnico de la Patagonia argentina: el caso de los salesianos en Comodoro Rivadavia durante la primera mitad del siglo XX”, *Revista de Investigación Educativa*, núm. 9, 2009.
- Castillo Troncoso, Alberto, *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la ciudad de México, 1880-1920*, México, El Colegio de México - Instituto Mora, 2006.
- Celentano, Adrián, “Psiquiatría, psicología y política de izquierdas en Argentina del siglo XX: la historia intelectual de Gregorio Bermann”, *Unisonos*, 10 (1), 2006.
- Cerdá, Juan Manuel, “Vida cotidiana en el reformatorio de Mendoza a finales de la década de 1920”, Yolanda de Paz Trueba (Comp.), *Infancia, pobreza y asistencia. Argentina, primera mitad del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2019.
- Cesano, Daniel, *Medicalizando la niñez delincuente: intervenciones psiquiátricas en la criminalidad infantil. (Buenos Aires, Rosario, Córdoba. 1920 -1940)*, Córdoba, Brujas, 2016.
- Ceva, Mariela, “El catolicismo social, la cuestión obrera y los empresarios en el contexto argentino de la primera mitad del siglo XX”, Claudia Touris y Mariela Ceva (Eds.), *Los avatares de la “nación católica”. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 2012
- Ceva, Mariela, “Inmigración e Iglesia. Las peregrinaciones extranjeras a Luján hacia el Centenario”, Patricia Fogelman, Mariela Ceva y Claudia Touris (Eds.), *El culto mariano en Luján y San Nicolás. Religiosidad e historia regional*, Buenos Aires, Biblos, 2013.
- Ciafardo, Eduardo, *Los niños en la ciudad de Buenos Aires. 1890-1910*, Buenos Aires, CEAL, 1992.
- Cosse, Isabella, Llobet, Valeria, Villalta, Carla y Zapiola, María C., *Infancias: Políticas y saberes en Argentina y Brasil. Siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Teseo, 2011.
- De Paz Trueba, Yolanda, “Discursos y prácticas políticas hacia la infancia en la provincia de Buenos Aires”, *Revista de Indias*, vol. 78, núm. 272, 2018.
- De Paz Trueba, Yolanda, “Educar a las huérfanas: una mirada desde un asilo del sureste de la provincia de Buenos Aires a principios del siglo XX”, *PolHis*, año 7, núm. 13, 2014.
- DeMause, Lloyd, *The history of childhood*, New York, Harper and Row, 1974.
- Devoto, Fernando, “Catolicismo y anticlericalismo en un barrio italiano de Buenos Aires (La Boca) en la segunda mitad del siglo XIX”, *Estudios migratorios latinoamericanos*, 14, 1994.
- Di Liscia, María Silvia y Bohoslavsky, Ernesto, “Para desatar algunos nudos (y atar otros)”, María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (Eds.), *Instituciones y formas de control social en América Latina, 1840 – 1940*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.
- Di Liscia, María Silvia, “Colonias y escuelas de niños débiles. Los instrumentos higiénicos para la eugenesia en la primera mitad del siglo XX en Argentina”, María Silvia Di Liscia y Ernesto Bohoslavsky (Comps.), *Instituciones y formas de control social en América Latina 1840-1940. Una revisión*, Buenos Aires, Prometeo – Universidad Nacional de General Sarmiento, 2005.
- Di Stefano, Roberto y Zanca, José, “Iglesia y catolicismo en la Argentina. Medio siglo de historiografía”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 24, 2015.
- Di Stefano, Roberto, “Por una historia de la secularización y de la laicidad en la Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 15, núm. 1, 2011.

- Donzelot, Jacques, “Espacio cerrado, trabajo y moralización. Génesis y transformaciones paralelas de la prisión y del manicomio”, *Topique*, núm. 3, 1970.
- Dubet, François, *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Dussel, Inés, “Cuando las apariencias no engañan: una historia comparada de los uniformes escolares en Argentina y Estados Unidos (siglos XIX-XX)”, *Pro-Posições*, vol. 16, núm. 1, 2005
- Eley, Geoff y Nield, Keith, *El futuro de la clase en la historia ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, Universitat de Valencia, 2010.
- Eley, Geoff, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, Universitat de València, 2008.
- Fierro Torres, Rodolfo, “Algo sobre educación preventiva”, *Atenas*, núm. 27, 1956.
- Fierro Torres, Rodolfo, *La pedagogía social de Don Bosco*, Madrid, SEI, 1960.
- Flores, María Elena, *Expósitos y Abandonados. La práctica de colocación de niños. La Casa Cuna de Córdoba: 1884-1950*, Córdoba, Universitas, 2004.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad. Tomo 1: La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Freidenraij, Claudia, “Legiones de pequeños criminales. Percepciones y debates sobre la delincuencia precoz en Buenos Aires, ca. 1890-1920”, *Claves. Revista de Historia*, vol. 3, núm. 4, enero-junio 2017.
- Freidenraij, Claudia, *La niñez desviada. La tutela estatal de niños pobres, huérfanos y delincuentes. Buenos Aires, c.1890-1919*, Tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, inédita, 2015.
- Fresia, Iván A. y Nicoletti, María A., “Del juego del soldado al oratorio festivo. Sociabilidad juvenil, la cuestión higienista y el cuidado del cuerpo en la educación salesiana a principios del siglo XX”, Pablo Scharagrodsky (Comp.), *Miradas médicas sobre la cultura física en Argentina. 1880 – 1970*, Buenos Aires, Prometeo, 2014.
- Fresia, Iván Ariel, Nicoletti, María A. y Picca, Juan (Comp.), *Iglesia y Estado en la Patagonia. Repensando las misiones salesianas (1880-1916)*, Rosario, Prohistoria, 2016.
- Fresia, Iván Ariel, *Urbanizar la campaña, modernizar las costumbres. Rodeo del medio, una villa mendocina: 1900-1915*, Rosario, Prohistoria, 2012.
- Frigerio, Graciela, *La división de las infancias. Ensayos sobre la enigmática pulsión anti-arcóntica*, Buenos Aires, Del estante editorial, 2008.
- Gayol, Sandra, “La celebración de los *grandes hombres*: funerales gloriosos y carreras *post mortem* en Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 16, núm. 2, 2012.
- Ginzburg, Carlo y Poni, Carlo, “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”, Carlo Ginzburg, *Tentativas*, México, Universidad Michoacana, 2003.
- Ingenieros, José, “Los niños vendedores de diarios y la delincuencia precoz (Notas sobre una encuesta efectuada en 1901)”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1908.
- Iván A. Fresia, “Catolicismo social argentino, militancia y dirigencia obrera. Trayectoria y proyecto social de Carlos Conci (1908-1930)”, Gardenia Vidal y Jessica Blanco (Eds.), *Espacio público en Argentina, fines s. XIX-primer mitad s. XIX*, Córdoba, Editorial Brujas, 2016.
- Karush, Matthew, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920- 1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.
- Kingman Garcés, Eduardo, “Del hogar cristiano a la escuela moderna: la educación como modeladora de Habitus”, *Bull. Inst. fr. études andines*, vol. 28 (3), 1999.
- Kocka, Jürgen, “Losses, gains and opportunities: social history today”, *Journal of Social History*, vol. 37, 2003.
- Küffer, Claudio F., Ghirardi, Mónica y Colantonio, Sonia, “Trabajo infantil en la ciudad de Córdoba, Argentina, en el primer tercio del siglo XIX”, *Naveg@mérica, Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, núm. 12, 2014.

- Landaburu, Alejandra, *Niñez, juventud y educación. El proyecto salesiano en Tucumán. 1916-1931*, Tucumán, Edunt, 2012.
- Le Breton, David, *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- Lenti, Arthur, *Don Bosco: historia y carisma. Tomo I*, Madrid, CCS, 2010.
- Lida, Miranda, “El catolicismo de masas en la década de 1930. Un debate historiográfico”, Cynthia Folquer y Sara G. Amenta (Eds.), *Sociedad, cristianismo y política. Tejiendo historias locales*, Tucumán, UNSTA, 2010.
- Lida, Miranda, “Los orígenes del catolicismo de masas en la Argentina, 1900–1934”, *Anuario de Historia de América Latina*, núm. 46, 2009.
- Lida, Miranda, *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el XX*, Buenos Aires, Siglo XXI
- Lida, Miranda, *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo. 1900-1960*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 2012.
- Lionetti, Lucía, “Cuerpo y castigo. La penalidad física en las escuelas elementales de Buenos Aires y la campaña en el siglo XIX”, *Quinto Sol*, vol. 19, núm. 2, 2015.
- Lionetti, Lucía, “La función republicana de la escuela pública. La formación del ciudadano en Argentina a fines del siglo XIX”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 10, núm. 27, 2005.
- Lionetti, Lucía, *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república (1870-1916)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.
- Luciano, Milena, “La Penitenciaría de Córdoba: proceso de construcción, régimen interno y tensiones institucionales, 1887-1907”, *Prohistoria*, año XVII, núm. 21, 2014.
- Macri, Mariela (et. al.), *El trabajo infantil no es juego. Estudios e investigaciones sobre trabajo infanto-adolscete en Argentina (1900-2003)*, Buenos Aires, La Crujía, 2005.
- Malatesta, María A., *La actividad industrial en la provincia de Córdoba*, Córdoba, CEH, 1999.
- Mallimaci, Fortunato, “Catolicismo y liberalismo: las etapas del enfrentamiento por la definición de la modernidad religiosa en América Latina”, Jean-Pierre Bastian (Coord.), *La modernidad religiosa. Europa latina y América Latina en perspectiva comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Mantecón Movellán, Tomás A., “Formas de disciplinamiento social, perspectivas históricas”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Departamento de Historia Universidad de Santiago de Chile, vol. 14, núm. 2, 2010.
- Bloch, March, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1974.
- Martínez Martín, Laura, “Las correspondencias de la emigración en la época contemporánea: una mirada historiográfica”, *Migraciones y Exilios*, núm. 9, 2008.
- Masés, Enrique, “El trabajo infantil en la Argentina. 1900-1945. Miradas contradictorias y políticas controversiales”, *Estudios Sociales*, segundo semestre 2013.
- Massa, Lorenzo, *Vida del Padre José Vespignani*, Buenos Aires, SEI, 1942.
- Massé, Bialet, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a principios de siglo*, La Plata, Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires, 2010.
- Mauro, Diego y Martínez, Ignacio, *Secularización, Iglesia y política en Argentina. Balance teórico y síntesis histórica*, Cuaderno de Trabajo núm. 5, Universidad Nacional de Rosario, 2015.
- Mauro, Diego, “La virgen de Guadalupe en Argentina. Movilización política en el catolicismo, Santa Fe, 1920 – 1928”, *Secuencia*, núm. 75, sept-dic 2009.
- Monterisi, María Teresa, “El asociacionismo católico de los inmigrantes italianos en la ciudad de Córdoba desde fines del siglo XIX hasta 1914”, Gardenia Vidal y Pablo Vagliante (Comps.), *Por la señal de la cruz. Estudios sobre Iglesia Católica y sociedad en Córdoba, siglos XVII-XX*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2002,
- Moretti, Nicolás D., *Buenos cristianos y honrados ciudadanos. La obra salesiana y la cuestión social. Córdoba, 1905 – 1930*, Córdoba, CEH, 2014.

- Moretti, Nicolás D., “Cuestión social, niñez y educación profesional. La obra salesiana y la opción por los más pobres. Córdoba, Argentina (1905-1935)”, *Quinto Sol*, 21 (2), 2017.
- Moretti, Nicolás D., “En el templo de la virtud. Moral y religión en los colegios internados salesianos. Córdoba (Argentina), 1905 – 1930”, *Secuencia*, número especial, 2018.
- Moretti, Nicolás D., “Infancia y desigualdad en la pedagogía social salesiana. Córdoba (Argentina) a comienzos del siglo XX”, *Folia Histórica del Nordeste*, núm. 33, sept. – dic. 2018.
- Moreyra, Beatriz I., Remedi, Fernando, Roggio, Patricia, *El hombre y sus circunstancias. Discursos, representaciones y prácticas sociales en Córdoba, 1900 – 1935*, Córdoba, CEH, 1998.
- Moreyra, Beatriz I., “Crecimiento económico y desajustes sociales en Córdoba (1900 – 1930)”, AA. VV., *Estado, Mercado y Sociedad. Córdoba, 1820 – 1950*, Córdoba, CEH, 2000.
- Moreyra, Beatriz I., *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina. La modernidad periférica. Córdoba, 1900-1930*, Bernal, UNQ, 2009.
- Moreyra, Beatriz I., “El revival de la historia social en la primera década del siglo XXI: ¿retorno o reconfiguración?”, *História da historiografia*, núm. 15, pp. 168-186, 2014.
- Moreyra, Beatriz I. y Moretti, Nicolás D., “Cuestión social, prácticas culturales y modelo asistencial en la modernidad liberal. Córdoba, Argentina. 1900 – 1930”, *Secuencia*, 93, 2015.
- Moreyra, Beatriz I., “Los católicos sociales y la modernización del paternalismo. Córdoba (Argentina), 1914 – 1930”, Juan M. Cerdá, Gloria Guadarrama, María Dolores Lorenzo y Beatriz I. Moreyra (Coords.) *El auxilio en las ciudades. Instituciones, actores y modelos de protección social. Argentina y México. Siglos XIX y XX*, Córdoba, CEH, 2015.
- Moreyra, Beatriz I. “Los asistidos como grupo social en los espacios asistenciales en Córdoba (Argentina) 1900-1930: la conformación de una identidad”, *Delaware Review of Latin American Studies*, núm. 17 (2), noviembre 2016.
- Moreyra, Beatriz I., “Modelo asistencial e historiografía en la Argentina en la modernidad liberal”, *Quinto Sol*, vol. 21, núm. 3, 2017.
- Moreyra, Beatriz I., “Introducción al Dossier: Formas de desigualdad social en una sociedad en transformación. Córdoba (Argentina) a comienzos del siglo XX”, *Folia Histórica del Nordeste*, núm. 33, septiembre-diciembre, 2018.
- Moreyra, Beatriz I. y Moretti, Nicolás D., “Asistencialismo y desigualdad social: una relación persistente en la modernidad liberal”, Yolanda de Paz Trueba (Comp.), *Infancia, pobreza y asistencia. Argentina, primera mitad del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2019.
- Motto, Francesco, “El proyecto educativo-misionero de Don Bosco en la Patagonia, en el contexto teológico y cultural de su tiempo y hasta 1915”, Iván A. Fresia, María A. Nicoletti y Juan Picca (Comp.), *Iglesia y Estado en la Patagonia. Repensando las misiones salesianas (1880-1916)*, Rosario, Prohistoria, 2016.
- Muzzopappa, Hector, *Educación y trabajo en el Orden Conservador. Ideas alberdianas y vanguardia normalista*, Buenos Aires, Biblios, 2015.
- Negrotti, Santiago, “Los exploradores argentinos de don Bosco: orígenes y pedagogía de una experiencia juvenil salesiana argentina”, Jesús González, Grazia Loparco, Francesco Motto y Stanislaw Zimniak (Comps.), *L'educazione salesiana dal 1880 al 1922. Istanze attuazioni in diversi contesti. Volume II*, Roma, LAS, 2007.
- Nicoletti, María A., “La representación de los colegios salesianos en los supervisores neuquinos”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, núm. 7, 2003.
- Nicoletti, María A., “La Congregación Salesiana en la Patagonia: "civilizar", educar y evangelizar a los indígenas (1880-1934)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 2007.
- Nicoletti, María A., “Los salesianos y la conquista de la Patagonia: desde Don Bosco hasta sus primeros textos escolares e historias oficiales”, *Revista Tefros*, vol. 5. núm. 2, 2007.
- Nicoletti, María A., *Indígenas y misioneros. La huella de los salesianos en la cultura y religiosidad de los pueblos originarios*, Buenos Aires, Continente, 2008.

- Nicoletti, María A. y Penhos, Marta, “Algo más que una etampita: tensiones entre aboriginalidad y santidad en las imágenes de Ceferino Namuncurá”, *Quinto Sol*, núm. 14, 2010.
- Nicoletti, María A., “Panorama historiográfico acerca de la producción de la congregación salesiana y de las hijas de María Auxiliadora en Argentina (1960-2012)”, Grazia Loparco y Stanislaw Zimniak (Eds.), *La storiografia salesiana tra studi e documentazione nella stagione postconciliare*, Roma, LAS, 2014.
- Pagani, Estela y Alcaraz, María V., *Mercado laboral del menor (1900 – 1940)*, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- Palomo, Federico, ““Disciplina christiana”. Apuntes historiográficos en torno a la disciplina y el disciplinamiento social como categorías de la historia religiosa de la alta edad moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 18.
- Parra Monserrat, David, “Socialización, prácticas culturales y formas de control en la cotidianeidad escolar”, *Historia Social*, núm. 94, 2019.
- Pérez Benavidez, Amada C., “Representaciones y prácticas en las zonas de misión: los informes de los frailes capuchinos”, Max Hering Torres y Amada C. Pérez Benavidez (Eds.), *Historia Cultural de Colombia. Categorías y debates*, Bogotá, Universidad Nacional, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de los Andes, 2012.
- Pierini, María de los Milagros, “Con la ayuda de Dios... y de los hombres: la obra de los Cooperadores Salesianos en el Territorio Nacional de Santa Cruz”, ponencia *X Jornadas Inter-escuelas / Departamentos de Historia*, 2005.
- Pierini, María de los Milagros, *Los salesianos en santa Cruz: una perspectiva para el análisis de las relaciones entre Iglesia – Estado, 1930-1955*, Río Gallegos, Universidad Nacional de la Patagonia Austral, 2013.
- Potthast, Bárbara y Carreras, Sandra (Eds.), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana- Vervuert, 2005.
- Prost, Antoine, “Social y Cultural, indisociablemente”, Jean-Pierre Rioux y Jean François Sirinelli (Dir.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999.
- Puiggrós, Adriana (Dir.), *Estado y sociedad civil en los orígenes del sistema educativo argentino (1885 – 1916)*, Buenos Aires, Galerna, 1991.
- Puigross, Adriana, “La educación argentina desde la reforma Saavedra-Lamas hasta el fin de la década infame. Hipótesis para la discusión”, Adriana Puigross (Dir.) *Escuela, democracia y orden (1916 – 1943)*, Buenos Aires, Galerna, 1992.
- Raiter, Bárbara, “Que cada ciudadano sea un buen tirador. Ciudadanía y nación a través de los editoriales de Tiro Nacional Argentino”, *PolHis*, año 8, núm. 15, enero-junio de 2015.
- Ravina, Aurora, “Archivos revisitados: la correspondencia epistolar como fuente para la historia social”, *Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social*, 13, 14 y 15 de mayo de 2009, La Falda, Córdoba. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9682/ev.9682.pdf
- Recalde, Hector, *La Iglesia y la cuestión social (1874 – 1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Recalde, Hector, *La higiene y el trabajo. I, (1870-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1988.
- Remedi, Fernando, “Crecimiento, modernización y bienestar en Córdoba, 1915-1930”, AA. VV., *Estado, Mercado y Sociedad. Córdoba, 1820 – 1950*, Córdoba, CEH, 2000.
- Remedi, Fernando, “Las trabajadoras del servicio doméstico: entre la subordinación y la negociación en una modernización periférica. Córdoba (Argentina), 1910-1930”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 19 – 2, 2014.
- Revel, Jacques, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005.
- Revel, Jacques, “Introducción. La construcción de lo social”, Jacques Revel (Dir.), *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*, San Martín, UNSAM, 2015.
- Reygadas, Luis, *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, Iztapalapa, Anthropos. 2008.

- Reyna Berrotarán, Denise, *Monseñor Pablo Cabrera. Un sacerdote-historiador. Sus intervenciones sobre el pasado y su presente (1857-1936)*, Trabajo Final para obtener el título de Licenciada en Historia, Escuela de Historia, FFyH, UNC, 2016.
- Reyna, Franco, *Cuando éramos footballers. Una historia sociocultural del surgimiento y difusión del fútbol en Córdoba (1900 – 1920)*, Córdoba, CEH, 2011.
- Ríos, Julio C. y Talak, Ana M., “La niñez en los espacios urbanos (1890-1920)”, Fernando Devoto y Marta Madero (Dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus, 1999.
- Rocchi, Fernando, “El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el periodo 1880-1916”, Mirta Zaida Lobato (Dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Nueva Historia Argentina, Tomo IV*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Rodríguez, Ana María, “¡Viva María Auxiliadora! ¡Viva Don Bosco! ¡Vivan los peregrinos! La peregrinación al Santuario de María Auxiliadora en La Pampa”, Ana María Rodríguez (Ed.), *Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)*, Rosario/Santa Rosa, Prohistoria/UNLP, 2013.
- Rogers, Helen, “Kindness and reciprocity: Liberated prisoners and christian charity in early nineteenth-century england”, *Journal of Social History*, núm. 47 (3), 2014.
- Roggio, Patricia, “El mercado laboral en la ciudad de Córdoba. 1914-1946”, AA.VV., *Carlos S. A. Segreti. In Memoriam. Historia e historias. Tomo II*, Córdoba, CEH, 1999.
- Rojas Flores, Jorge, “Los niños y su historia: un acercamiento conceptual y teórico desde la historiografía”, *Pensamiento Crítico*, núm. 1, 2001.
- Rojas Flores, Jorge, *Los suplementeros: Los niños y la venta de diarios. Chile, 1880 – 1953*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2006.
- Ruiz Patiño, Jorge Humberto, *La política del sport. Élités y deportes en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*, Medellín, Pontificia Universidad Javeriana, 2010.
- Rustán, María E. y Carbonetti, Adrián, “Trabajo infantil en contextos urbanos de la Argentina. El caso de Buenos Aires y Córdoba a principios del siglo XX”, *Cuadernos de Historia, Serie Población, CIFYH*, núm. 2, 2000.
- Salto, Graciela Nélica, “De las escenas de colegio a las escenas de hospital: la trama higienista en narraciones, anécdotas y casos”, María Silvia Di Liscia y Graciela Nélica Salto, *Higienismo, Educación y discurso en la Argentina (1870-1940)*, La Pampa, UNLP, 2004.
- Santana Acuña, Álvaro, “Entre la cultura, el lenguaje, lo “social” y los actores: la nueva historiografía anglófona sobre la revolución francesa”, *Historia Social*, núm. 54, 2006.
- Scharagrodsky, Pablo, “Ejercitando niños viriles y sanamente cristianos”, *Actas V Congreso Asociación Española de Ciencias del Deporte*, León, Octubre de 2008.
- Scharagrodsky, Pablo, “Los ejercicios militares en la escuela argentina: modelando cuerpos masculinos y patriotas a fines del siglo XIX”, Ángela Ainsstein y Pablo Scharagrodsky, *Tras las huellas de la Educación Física escolar Argentina. Cuerpo, género y pedagogía. 1880-1950*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.
- Scharagrodsky, Pablo A. y Cornelis, Stella Maris, “Modelar la masculinidad cristiana: prácticas corporales en los Exploradores Argentinos de Don Bosco (primera mitad del siglo XX)”, Ana María Rodríguez, (Ed.), *Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)*, Rosario/Santa Rosa, Prohistoria/UNLP, 2013.
- Scott, James, “Formas cotidianas de rebelión campesina”, *Historia Social*, núm. 28, 1997.
- Sosenski, Susana, *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México, 1920-1934*, México, El Colegio de México, 2010.
- Sosenski, Susana, “Niños limpios y trabajadores. El teatro guiñol posrevolucionario en la construcción de la infancia mexicana”, *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 67, 2, 2010.
- Sosenski, Susana y Jakson Albarran, Elena (Coords.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones, 2012.

- Sosenski, Susana, “Miradas al archivo del Tribunal de Menores como fuente para el estudio de la infancia”, Salvador Cárdenas Gutierrez y Elisa Speckman Guerra (Coord.), *Crimen y justicia en la historia de México. Nuevas miradas*, México, Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2011.
- Sosenski, Susana y Rojkin, Inés, “Presentación. Dossier: Los niños como actores sociales en la historia de América Latina (siglos XIX y XX)”, *Trashumante*, núm. 8, 2016.
- Sosensky, Susana, “Diversiones malsanas: el cine y la infancia en la ciudad de México en la década de 1920”, Lucía Lionetti, Isabella Cosse y María C. Zapiola (Comp.), *La historia de las infancias en América Latina*, Tandil, IGEHCS – CONICET, 2018.
- Sosensky, Susana, “La calle y los niños. Una mirada a las representaciones y experiencias infantiles en la ciudad de México durante la posrevolución”, María E. Sánchez Calleja y Delia Salazar Anaya (Coord.), *Los niños: el hogar y la calle*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2018.
- Spiegel, Gabrielle M., “La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico”, *Ayer*, núm. 62 (2), 2006.
- Stagno, Leandro, “Infancia, juventud y delincuencia a través de una práctica judicial. Las primeras actuaciones del Tribunal de Menores número 1 (Buenos Aires, 1937 – 1942)”, Lucía Lionetti y Daniel Míguez (Comps.), *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890 – 1960)*, Rosario, Prohistoria, 2010.
- Suriano, Juan, “Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña a comienzos de siglo”, Diego Armus (Comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- Suriano, Juan, “El trabajo infantil”, Susana Torrado (Comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX, Tomo II*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.
- Suriano, Juan, “Banderas, héroes y fiestas proletarias. Ritualidad y simbología anarquista a comienzos del siglo”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, núm. 15, 1997.
- Tedesco, Juan C., *Educación y sociedad en la Argentina (1880 – 1945)*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1986.
- Terreno, Ana, “Los enunciados de las políticas educativas de formación laboral del Estado cordobés (1900-1960)”, Gardenia Vidal (Comp.), *La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público. Córdoba, 1880-1960*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2007
- Thompson, Edward P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012.
- Tilly, Charles, *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial, 2000.
- Toro Blanco, Pablo, “Disciplina y castigos: fragmentos de la cultura escolar en los liceos de hombres en Chile en la segunda mitad del siglo XIX”, *Cuadernos Interculturales*, segundo semestre, año/vol. 6, núm.11, 2008.
- Viel Moreira, Luis Felipe, “Civilización versus Barbarie: Las luchas en torno de una cultura lúdica en la Córdoba de fines del siglo XIX”, Gardenia Vidal y Pablo Vagliante, (Comps.), *Por la señal de la cruz. Estudios sobre Iglesia Católica y sociedad en Córdoba, siglos XVIII-XX*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2001.
- Viel Moreira, Luis Felipe, *Las experiencias de vida en el mundo del trabajo. Los sectores populares en el interior argentino (Córdoba, 1861 – 1914)*, Córdoba, CEH, 2005.
- Villalta, Carla, “La conformación de una matriz interpretativa. La definición jurídica del abandono y la pérdida de la patria potestad”, Lucía Lionetti y Daniel Míguez (Comps.), *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890 – 1960)*, Rosario, Prohistoria, 2010.
- Viñao Frago, Antonio, “Higiene, salud y educación en su perspectiva histórica”, *Areas. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 20, 2000.
- Wast, Hugo, *Las aventuras de Don Bosco*, Burgos, Ediciones Aldecoa, 1967.
- Zanatta, Loris y Di Stefano, Roberto, *Historia de la Iglesia en la Argentina. De la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori, 2000.
- Zanatta, Loris, *Del Estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, UNQ, 1996.
- Zanca, José, “Los Cursos de Cultura Católica en los años veinte: apuntes sobre la secularización”, *Prismas*, núm. 16, 2012.

- Zapiola, María C., “Niños en las calles: imágenes literarias y representaciones oficiales en la Argentina del Centenario”, Sandra Gayol y Marta Madero (Eds.), *Formas de Historia Cultural*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Zapiola, María C., “Los niños entre la escuela, el taller y la calle. Buenos Aires, 1884-1915”, *Cadernos de Pesquisa*, vol. 39, núm. 136, 2009.
- Zapiola, María C. “La Ley de Patronato de Menores de 1919 ¿Una bisagra histórica?”, Lucía Lionetti y Daniel Míguez (Comps.), *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890 – 1960)*, Rosario, Prohistoria, 2010.
- Zapiola, María C., “Estado e infancia en Argentina: Reflexiones sobre un recorrido historiográfico”, AA.VV., *La historia de las infancias en América Latina*, Tandil, UNCen, 2018.
- Zapiola, María C., *Excluidos de la niñez. Menores, tutela estatal e instituciones de reforma. Buenos Aires, 1890 – 1930*, Los Polvorines, UNGS, 2019.
- Zimmermann, Eduardo A., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina. 1890 – 1916*, Sudamericana – Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 1995.